STEPHEN KING
"LA TIENDA DE LOS DESEOS MALIGNOS"
("COSAS NECESARIAS")

LA TIENDA DE LOS DESEOS MALIGNOS
Titulo original en inglés: Needful Things
Traducción:Ma. Elisa Moreno,
de la primera edición de
Viking Penguin,
Nueva York. 1991.
Cop. 1991, Stephen King
D.R. Cop. 1992 por EDITORIAL GRIJALBO, S.A. de C.V.
Calz. San Bartolo Naucalpan núm. 282
Argentina poniente 11230
Miguel Hidalgo, México, D.F.
ISBN 970-05-0419-0
IMPRESO EN MÉXICO
Este es para Chris Lavin,
quuien no tiene todas las respuestas,
solo las importantes.

INDICE:
Ya has estado aquí antes
Primera parte. Celebración de la gran inauguración
Segunda parte. La venta del siglo
Tercera parte. Liquidación total
Ya has estado aquí antes

¡Damas y Caballeros, su atención, por favor!
¡Acérquense adonde todos puedan ver!
¡Voy a contarles un cuento y no les costará ni un centavo!
(Y si creen eso, vamos a congeniar muy bien.)
Steve Earle
"Snake Oil"
He sabido de muchos que, incluso, se han extraviado en las calles de la aldea, cuando la oscuridad es tan espesa que la podrías cortar con un cuchillo, según reza el dicho popular...
Henry David Thoreau
Walden

Ya has estado aquí antes

Claro que sí. Seguro: Yo nunca olvido un rostro.
¡Ven acá, déjame estrechar tu mano! Te diré algo: te reconocí por la forma en que caminas aun antes de que pudiera verte bien el rostro. No podrías haber elegido un día mejor para regresar a Castle Rock. ¿Acaso no es una maravilla? Pronto empezará la temporada de caza, una partida de tontos en los bosques que disparan a todo lo que se mueva y no use naranja brillante; y luego viene la nieve y aguanieve, pero eso será más tárele: Ahora es octubre y en The Rock permitimos que octubre permanezca todo el tiempo que quiera.
En mi, opinión, es la mejor época del año. La primavera es agradable aquí, pero entre octubre y mayo, prefiero mil veces el primero. El occidente de Maine es una parte del estado que se olvida mayormente una vez que termina el verano y toda esa gente que tiene cabañas en el lago y en el área de View ha vuelto a Nueva York y a Massachusetts. Los habitantes del pueblo los observan ir y venir cada año -hola, hola, hola; adiós, adiós, adiós-. Su llegada es benéfica, porque traen los dólares de la ciudad, pero es benéfico que se vayan porque también traen consigo los agravios de la ciudad.

De agravios es en esencia de lo que quiera hablar -¿puedes sentarte un rato conmigo?-. Aquí, en el quiosco, en los escalones de la banda estaremos bien. El sol es cálido y desde este sitio, justo en medio de la plaza pública, podemos ver casi todo el centro del pueblo. Debes tener cuidado con las astillas, eso es todo. Los peldaños necesitan lijarse y repintarse. Es una tarea para Hugh Priest, pero sigue pendiente: Hugh bebe, ¿sabes? No es un secreto para nadie. En Castle Rock se pueden guardar y se guardan los secretos, pero tienes que esforzarte mucho para lograrlo, y ya han pasado varios años desde que Hugh Priest y el trabajo duro estuvieron en lo que podríamos llamar buenos términos.

¿Qué fue eso?

¡Oh! ¡Eso! Oye, ,chico -¿no es eso toda una labor?-, ¡el pueblo está lleno de volantes! Creo que Wanda Hemphill (su esposo, Don, dirige el Supermercado Hemphill) colocó ella misma !a mayoría. Quítalo del poste y dámelo. No seas tímido -en primer lugar, nadie tiene derecho a pegar volantes en el quiosco de música de la plaza pública.

¡Caramba! ¡Fíjate en esto! DADOS Y EL DEMONIO impreso justo en el encabezado. ¡En grandes letras rojas que despiden humo, como si viniesen por entrega inmediata desde Tófet! (Equivalente al infierno. N. de la t.) ¡Ja! Me imagino que alguien que no supiera que este pueblo es un pequeño lugar somnoliento pensaría,que estamos echados a perder, en realidad. Pero ya sabes cómo se pierde el sentido de la proporción en los pueblos de este tamaño. No hay duda al respecto. En esta ocasión, el reverendo Willie se ha obsesionado con este asunto. No hay duda. Las iglesias en los pueblos pequeños... bueno, supongo que no tengo que decirte cómo se dan las relaciones entre ellas. Conviven más o menos bien. Todo transcurre en paz por un tiempo y, de repente, surge una disputa.

Sin embargo, esta vez la disputa es grave, y con una serie de resentimientos. Verás, los católicos están planeando algo que llaman Noche de Casino en el Salón de los Caballeros de Colón, al otro lado del pueblo. El último viernes de cada mes, tengo entendido, y las ganancias ayudarán a pagar las reparaciones en el techo de la iglesia. Nuestra Señora de las Aguas Serenas -tienes que haber pasado delante de ella en tu camino al interior del pueblo, si llegaste por Castle View-. Una iglesia pequeña, muy bonita, ¿no es cierto?

La Noche de Casino fue idea del padre Brigham, pero las que realmente recogieron la pelota y corrieron con ella fueron las Hijas de Isabel. Betsy Vigue en particular. Creo que le atrae la idea de ataviarse con el vestido negro más seductor y repartir "blackjack" o poner a girar la ruleta diciendo: "Hagan sus apuestas, damas y caballeros, hagan sus apuestas, por favor". Aun así, creo que a todos les gusta la idea. Sólo se trata de jugar cinco y diez centavos, inofensivo, pero de cualquier modo les parece un poquitín perverso.

No obstante, al reverendo Willie no le parece inofensivo, y tanto él como su congregación consideran que es bastante más que un poquitín perverso. En realidad, es el reverendo William Rose, y nunca le ha simpatizado mucho el padre Brigham, y el padre tampoco le tiene mucho aprecio a él. (De hecho, el padre Brigham fue quien empezó a llamar "Willie Vapor" al reverendo Rose, y esto lo sabe el reverendo Willie.)

Ya antes habían saltado chispas entre estos dos hechiceros, pero este asunto de la Noche de Casino ha hecho que salten más que chispas. Creo que lo podrías calificar como un fuego en la maleza. Cuando Willie se enteró de que los católicos se proponían pasarse una noche jugando en el Salón de los Caballeros de Colón, su cólera fue mayúscula. Pagó de su propia bolsa esos volantes de DADOS Y EL DEMONIO y Wanda Hemphill y sus amigas del círculo de costura los fijaron por todas partes. Desde entonces, el único lugar en que se comunican los católicos y los bautistas es en la columna de "Cartas" de nuestro pequeño periódico semanal, donde echan pestes y despotrican y se dicen mutuamente que se van a ir al infierno.

Mira hacia allá y verás lo que quiero decir. Ésa es Nan Roberts, quien acaba de salir del banco. Es dueña de la cafetería Nan's y creo que, ahora que el viejo Pop Merrill ha encontrado el descanso eterno, ella es la persona más rica del pueblo. Además, ha sido bautista desde que Héctor era un cachorro. Y por el otro lado, viene el grandote de Al Gendron. Es tan católico que hace que el Papa parezca kosher,(Autorizado por la ley judía.) y su mejor amigo es el irlandés Johnny Brigham. ¡Ahora observa con atención! ¿Ves esas narices en alto? ¡Ja! ¿No es todo un espectáculo? Apuesto dólares contra rosquillas a que la temperatura disminuyó seis grados cuando se cruzaron. Es como acostumbraba decir mi madre: "La gente se divierte más que nadie, excepto los caballos, y ellos no pueden".

Mira hacia aquel lado, ahora. ¿Ves la patrulla del comisario estacionada junto a la acera cerca de la tienda de vídeos? Quien está dentro es John LaPointe. Se supone que debe vigilar a los que exceden el límite de velocidad -en el centro del pueblo la velocidad es baja, sobre todo a la hora de la salida de las escuelas-, pero si te proteges los ojos del sol y te fijas bien verás que en realidad está contemplando una foto que sacó de la cartera. Desde aquí no puedo distinguirla, pero sé lo que es, igual que sé el nombre de soltera de mi madre. Es la instantánea que les tomó Andy Clutterbuck a John y Sally Ratcliffe en la feria estatal de Fryeburg, hace alrededor de un año. En esa foto, John tiene el brazo sobre los hombros de ella y Sally sostiene el oso de juguete que él ganó para ella en la

galería de tiro al blanco, y ambos se ven tan felices que parecen estar a punto de desintegrarse. Pero eso fue entonces, y esto es ahora, como dicen: en estos días, Sally está comprometida con Lester Pratt, el instructor de educación física de la secundaria. Lester es un bautista de hueso colorado, como Sally misma. John no se ha recuperado de la impresión que le causó perderla. ¿Viste el suspiro que dio? Está inmerso en un terrible caso de melancolía. Sólo un hombre que todavía está enamorado (o cree que lo está) puede suspirar tan hondo.

¿Has observado que los problemas y los agravios se componen mayormente de situaciones comunes y corrientes? Cosas sin ningún dramatismo. Déjame ponerte un ejemplo. ¿Ves al sujeto que está subiendo por la escalinata del palacio de justicia? No, el hombre del traje no; ése es Dan Keeton, nuestro Concejal Principal.

Me refiero al otro -el sujeto de tez oscura con uniforme de faena-. Ése es Eddie Warburton, el conserje del turno de la noche en el edificio municipal. Mantén la vista en él unos cuantos segundos y observa lo que hace. ¡Ahí está! ¿Ves que se detiene en la parte superior y mira calle arriba? Apostaría más dolares contra más rosquillas a que está mirando hacia la estación Sunoco. La Sunoco pertenece a Sonny Jackett y él mismo la opera, y entre los dos existe un resentimiento desde que Eddie llevó si: auto, hace dos años, para que le revisaran la transmisión.

Recuerdo muy bien ese automóvil. Era un Honda Civic, sin nada especial, excepto que era especial para Eddie, ya que fue el primero y el único auto nuevo que tuvo en su vida. Y Sonny no sólo hizo un mal trabajo, sino que le cobró un precio excesivo, por añadidura. Ésa es la versión de Eddie. Warburton está usando su color para ver si puede eludir el pago de la factura -ésa es la versión de Sonny. Ya sabe: cómo son esas cosas.

Bien, Sonny Jackett llevó a Eddie Warburton a la corte de reclamaciones menores y hubo cierta gritería, primero en la ,ala del tribunal y después en el vestíbulo. Eddie dijo que Sonny lo llamó negro estúpido y Sonny replicó: "Bueno, no le dije negro;. pero el resto es bastante cierto". Al final. ninguno de los dos quedó satisfecho. El juez dictaminó que Eddie pagara cincuenta dólares, a lo cual Eddie replicó que cincuenta dólares era demasiado y Sonny afirmó que ni siquiera se acercaba al costo real. A los pocos :fías, lo siguiente que se sabe es que se incendió el sistema eléctrico del auto nuevo de Eddie y, como remate, el Civic de Eddie fue a dar al depósito de chatarra en la carretera N°5, y ahora Eddie conduce un Oldsmobile 89 que pasa aceite. Eddie nunca se ha quitado de la cabeza la idea de que Sonny Jackett sabe más de lo que dice acerca de ese incendio eléctrico.

Vaya, la gente se divierte más que nadie, excepto los caballos, y ellos no pueden. ¿No es más de lo que puedes digerir en un día caluroso?

No obstante, es la vida de un pueblo pequeño -llámalo Peyton Place o Picos Gemelos o Castle Rock- ,todo se reduce a prójimos que comen pay y beben café y hablan unos de otros a sus espaldas. Ahí está Slopey Dodd, siempre solitario porque los demás chicos se burlan de su tartamudeo. Ahí está Myrtle Keeton, y si se ve un poco retraída y desconcertada, como si no estuviese segura de dónde está o qué está pasando, se debe a que su marido (el sujeto que viste subiendo la escalinata del palacio de justicia detrás de Eddie) no ha sido el mismo durante los últimos seis meses. ¿Notas lo hinchados que están sus ojos? Creo que ha estado llorando, no ha dormido bien o ambas cosas, ¿no lo crees tú?

Y allá va Lenore Potter, luciendo de punta en blanco. Sin duda se dirige al Western Auto para ver si ya llegó su fertilizante orgánico especial. Esa mujer tiene más clases de flores alrededor de su casa que las píldoras para el hígado que tiene Carter. Y está muy orgullosa de sus flores. No goza de gran popularidad entre las damas de este pueblo -piensan que es una presumida, con sus flores y los abalorios de estado de ánimo y los rizados permanentes de setenta dólares en Boston-. La consideran una presumida, y puesto que estamos sentados aquí, lado a lado en este peldaño astillado del quiosco de la banda, te diré un secreto: creo que tienen razón.

Todo común y corriente, supongo que dirás, pero debo decirte que no todos los problemas en Castle Rock son comunes y corrientes. Nadie ha olvidado a Frank Dodd, el guardia de crucero que se volvió loco hace doce años y mató a esas mujeres, y tampoco han olvidado al perro que contrajo la rabia y mató a Joe Camber y a un viejo borrachín que vivía cerca de él. El perro liquidó también al buen viejo del comisario George Bannerman. En estos días, Alan Pangborn desempeña ese cargo, y es un hombre íntegro, pero a los ojos del pueblo nunca estará a la altura de Big George.

Tampoco fue común y corriente lo que sucedió con Reginald "Pop" Merrill -Pop era un viejo tacaño que manejaba la tienda de chatarra del pueblo. El Emporium Galorium, se llamaba-. Estaba ahí, en el lote vacío al otro lado de la calle. La tienda se quemó totalmente hace poco tiempo, pero algunas personas del pueblo que lo vieron (o afirman que lo vieron, de cualquier modo), después de unas cuantas cervezas en El Tigre Meloso, te dirán que fue más que un simple incendio lo que destruyó el Emporium Galorium y le quitó la vida a Pop Merrill.

Ace, sobrino de Pop, dice que a su tío le ocurrió algo misterioso antes del incendio -algo como en "Dimensión Desconocida"-. Desde luego, Ace ni siquiera estaba en las cercanías cuando falleció su tío; se encontraba terminando una condena de cuatro años en la prisión de Shawshank por allanamiento durante la noche. (Los habitantes del pueblo siempre supieron que Ace Merrill acabaría mal; cuando estaba en la escuela, era uno de los peores bravucones que haya conocido el

pueblo, y más de un ciento de chicos se cruzaban al lado opuesto de la calle cuando veían que Ace venía hacia ellos, tintineando las hebillas y los cierres de la chaqueta de motociclista y resonando las abrazaderas de las botas de ingeniero a lo largo de la acera.) Sin embargo, la gente le cree, ¿sabes?; tal vez realmente hubo algo extraño en lo que le sucedió a Pop ese día, o tal vez sólo es tema de conversación en Nan's con esas tazas de café y esas tajadas de pay de manzana.
Es muy probable que el lugar donde creciste sea igual a éste. Gente que se acalora por la religión, gente que sufre decepciones amorosas, gente que guarda secretos, gente que alberga resentimientos... e incluso una historia escalofriante de vez en cuando, como lo que pudo o no haber pasado el día en que murió Pop en su tienda de chatarra, para animar un día tedioso ocasional. Aun así, Castle Rock es un bonito lugar para vivir y crecer, como lo asevera el anuncio que está en la entrada del pueblo. El sol brilla esplendoroso en el lago y en las hojas de los árboles y, en un día despejado, el paisaje se extiende hasta Vermont desde la cumbre de Castle View. Los veraneantes discuten por los periódicos del domingo y en el estacionamiento de El Tigre Meloso ocurre una pelea ocasional la noche del viernes o el sábado (algunas veces ambas), pero los veraneantes siempre vuelven a casa y las peleas siempre se terminan. The Rock siempre ha sido un sitio agradable y, ¿sabes lo que decimos cuando la gente se pone áspera? Decimos que él o ella lo superard.
Henry Beaufort, por ejemplo, está harto de que Hugh Priest le dé patadas a la rock-ola cuando está ebrio... pero Henry lo superará. Wilma Jerzyck y Nettie Cobb están enojadas una con la otra... pero Nettie lo superará (probablemente) y el estar enojada es una forma de vida para Wilma. El comisario Pangborn aún se duele por la muerte de su esposa y su hijo menor, quienes murieron prematuramente, y fue una tragedia terrible, pero, con el tiempo, lo superará. La artritis de Polly Chalmers no mejora -se agrava, de hecho, poco a poco- y tal vez no lo supere, pero aprenderá a vivir con ella. Millones lo han hecho.
De vez en cuando nos tropezamos unos contra otros, pero mayormente las cosas funcionan bastante bien. O siempre han funcionado, hasta ahora. Pero tengo que contarte un secreto real, mi amigo; por eso te llamé en cuanto vi que estabas de regreso en el pueblo. Creo que nos acechan problemas -problemas reales-. Los huelo, allá en el horizonte, como una tormenta fuera de temporada cargada de relámpagos. La disputa entre los bautistas y los católicos por la Noche de Casino, los chicos que se burlan del pobre Slopey por su tartamudeo, la decepción de John LaPointe, la pena del comisario Pangborn... Creo que todas estas contrariedades se verán muy insignificantes junto a lo que se nos aproxima.
¿Ves ese establecimiento al otro lado de la calle Main? ¿El que está a tres puertas de lote vacío que ocupaba el Emporium Galorium? ¿El que tiene el gran toldo verde en el frente? Sí, ése es. Los escaparates están enjabonados porque todavía no abre. COSAS NECESARIAS, dice el letrero -¿qué diantres significa eso? No lo sé, tampoco, pero parece que de ahí proviene la sensación negativa.
De ahí mismo.
Mira calle arriba una vez más. ¿Ves a ese chico? ¿El que lleva rodando su bicicleta y da la impresión de que está absorto en la ensoñación más dulce que haya tenido un chico? No le quites los ojos, amigo. Creo que es él quien va a iniciar los problemas.
No, ya te lo dije, no sé de qué se trata... no exactamente. Pero observa a ese chico. Y quédate en el pueblo un poco más, ¿quieres? El ambiente se siente opresivo y, si algo sucede, sería conveniente que hubiese un testigo.
Conozco a ese chico -el que está empujando la bicicleta-. Es posible que ti! también lo conozcas. Su nombre es Brian-algo. Su papá instala recubrimientos y puertas en Oxford o South Paris, creo.
No lo pierdas de vista, te repito. No pierdas nada de vista. Ya has estado aquí antes, pero van a cambiar las circunstancias.
Lo sé.
Lo presiento
Una tormenta viene en camino.
PRIMERA PARTE
CELEBRACIÓN DE LA GRAN INAUGURACIÓN
Uno
1
En un pueblo pequeño, la inauguración de una tienda nueva se convierte en una gran noticia.
Para Brian Rusk, el acontecimiento no era tan importante como lo era para otros; su madre, por ejemplo. Durante el último mes, más o menos, la había escuchado conversar por teléfono al respecto (se suponía que no debía utilizar la palabra chismorrear, le había dicho, porque el chismorreo era una costumbre muy fea y ella nunca lo hacía), con cierto detenimiento; con su mejor amiga, Myra Evans. Los primeros trabajadores habían llegado al antiguo edificio que había albergado a la Compañía de Bienes Raíces y Seguros del Occidente de Maine cuando la escuela empezó de nuevo y, desde entonces, habían trabajado laboriosamente. Nadie estaba muy enterado

de lo que estaba sucediendo ahí; el primer acto había sido la instalación de un gran escaparate y el segundo, opacarlo con jabón.
Dos semanas antes había aparecido en el umbral un letrero colgado de un cordón sobre un dispositivo autoadherible de plástico transparente.
¡PRÓXIMA INAUGURACIÓN!
decía el letrero.
COSAS NECESARIAS
UNA NUEVA CLASE DE TIENDA
¡No creerás lo que ven tus ojos!
-Será otra tienda de antigüedades más -dijo a Myra la madre de Brian. En esa ocasión, Cora Rusk estaba recargada en el sofá, sosteniendo el teléfono con una mano y comiendo cerezas cubiertas con chocolate con la otra, mientras veía "Santa Bárbara" en la televisión-. Otra tienda de antigüedades con una serie de muebles Early American falsificados y viejos teléfonos de manivela mohosos. Espera y verás.
Eso había sido poco después de la instalación y opacado del escaparate, y su madre habló con tal certeza que Brian debió haberse sentido seguro de que se había dado por terminado el asunto. Pero con su madre ningún asunto parecía terminarse nunca. Sus especulaciones y suposiciones eran tan inagotables como los problemas de los personajes de "Santa Bárbara" y "Hospital General".
La semana anterior se cambió la primera línea del letrero que colgaba de la puerta, y ahora anunciaba:
GRAN INAUGURACIÓN 9 DE OCTUBRE ¡TRAE A TUS AMIGOS!
Brian no estaba tan interesado en la nueva tienda como su madre (y algunas de las profesoras; las había oído conversar sobre esta novedad en el salón de profesores de la Escuela de Enseñanza Media de Castle Rock cuando le tocó el turno de ser mensajero de la oficina), pero tenía once años, y un chico sano de once años se interesa en cualquier cosa nueva. Además, el nombre del lugar lo fascinaba. Cosas Necesarias: ¿qué significaba eso, exactamente?
El martes pasado, en el camino a casa después de la escuela, había leído el cambio en la primera línea. Los martes en la tarde eran los días en que llegaba tarde. Brian había nacido con labio leporino y, aunque se le corrigió con cirugía cuando tenía siete años, todavía tenía que asistir a terapia lingüística. Ante cualquiera que le preguntara, sostenía con firmeza que la odiaba, pero no era así. Estaba profunda y desesperadamente enamorado de la señorita Ratcliffe y todas las semanas esperaba con ansia su clase de educación especial. La jornada escolar de los martes parecía que duraba mil años y siempre pasaba las últimas dos horas con agradables mariposas en el estómago.
En la clase había otros cuatro chicos y ninguno de ellos provenía del área del pueblo donde vivía Brian. Esto le daba gusto. Después de una hora en la misma habitación con la señorita Ratcliffe, se sentía demasiado emocionado para tolerar la compañía de nadie. Le gustaba irse a casa muy despacio, en las últimas horas de la tarde, generalmente empujando la bicicleta en vez de montarse en ella, soñando con la señorita Ratcliffe, mientras caían a su alrededor hojas amarillas y doradas en las barras oblicuas de la luz del sol de octubre.
Su ruta a casa lo llevaba a lo largo de la sección de dos manzanas de la calle Main, al otro lado de la plaza pública, y el día que vio el letrero que anunciaba la gran inauguración había apretado la nariz contra el cristal de la puerta, con la esperanza de ver lo que había remplazado a los pesados escritorios y las paredes amarillo industrial de la desaparecida Compañía de Bienes Raíces y Seguros del Occidente de Maine. Su curiosidad salió derrotada. Se había instalado una persiana y estaba cerrada por completo.
Brian no vio nada, excepto el reflejo de su propio rostro con las manos ahuecadas.
El viernes 4 había salido un anuncio de la nueva tienda en Call, el periódico semanal de Castle Rock. El anuncio estaba rodeado con un ribete orlado y debajo del texto impreso estaba un dibujo de ángeles, espalda con espalda, que tocaban largas trompetas. Aparte de la hora de la inauguración, el anuncio no decía nada que no pudiera leerse en el letrero que colgaba del dispositivo autoadherible: el nombre de la tienda era Cosas Necesarias, abriría al público a las diez de la mañana del 9 de octubre y, por supuesto, "No creerás lo que ven tus ojos". No contenía el menor indicio de los artículos que se proponía proveer el propietario o propietarios de Cosas Necesarias.
Esto pareció irritar sobremanera a Cora Rusk -lo suficiente, de cualquier modo, para que, contraviniendo la costumbre, llamara por teléfono a Myra el sábado en la mañana.
-Creeré lo que ven mis ojos, no hay duda -dijo-. Cuando vea esas camas talladas que se supone que tienen doscientos años de antigüedad, pero que si te molestas en agachar la cabeza y miras bajo los volantes del sobrecama, descubres que en los travesaños tienen estampado Rochester, Nueva York, creeré perfectamente lo que vean mis ojos.
Myra dijo algo. Cora escuchaba, mientras pescaba cacahuates Planter's de una lata, de uno en uno, o de dos en dos, y los masticaba rápidamente. Brian y su hermano pequeño, Sean, estaban sentados en el piso de la sala viendo caricaturas en la televisión. Sean estaba inmerso por completo en el

mundo de los Pitufos y Brian, a quien no le era del todo indiferente esa comunidad de pequeños seres azules, mantenía un oído atento a la conversación.
-¡Eeexacto! -había exclamado Cora Rusk con más certeza y énfasis que de costumbre cuando Myra estableció algún punto particulamente mordaz-. ¡Precios elevados y teléfonos antiguos mohosos!
El lunes, después de la escuela, Brian circuló por el centro, con dos o tres amigos. Estaban al otro lado de la calle de la tienda nueva y observó que durante el día se había colocado un toldo verde oscuro. En el frente, escritas en letras blancas, estaban las palabras COSAS NECESARIAS. Polly Chalmers, la dama que dirigía la tienda de costura, estaba de pie en la acera, las manos en las caderas admirablemente esbeltas, mirando el toldo con una expresión que parecía intrigada y apreciativa al mismo tiempo.
Brian, quien conocía un poco acerca de toldos, también lo admiró. Era el único toldo real en la calle Main y le daba una apariencia especial a la nueva tienda. El término "sofisticada" no formaba parte de su vocabulario normal, pero supo de inmediato que ninguna otra tienda de Castle Rock se asemejaba a ésta. El toldo la hacía parecerse a una tienda que podrías ver en un programa de televisión. En comparación, la Western Auto, al otro lado de la calle, se veía poco atractiva y rústica.
Cuando llegó a casa, su madre estaba en el sofá, viendo "Santa Bárbara", mientras comía un pay de crema Little Debbie, acompañado con Diet Coke. Su madre siempre tomaba refrescos dietéticos cuando veía los programas de la tarde. Brian no estaba seguro de la razón, si se. consideraba a lo que iban agregados, pero pensaba que quizá sería peligroso preguntar. Podría incluso provocar que le gritara, y cuando su madre empezaba a gritar, lo más conveniente era buscarse un refugio.
-¡Hola, mamá! -dijo, lanzando sus libros sobre la cubierta de la alacena para sacar la leche del refrigerador-. ¿Adivina qué? La tienda nueva tiene una marquesina.
-¿Quién es una marquesita? -salió la voz a la deriva desde la sala.
Brian se sirvió la leche y caminó hasta el umbral.
-Marquesina -dijo-. En la nueva tienda del centro.
Cora se incorporó, buscó el control remoto y oprimió el botón de silencio. En la pantalla, Al y Corinne siguieron hablando de sus problemas en Santa Bárbara en su restaurante favorito de Santa Bárbara, pero ahora sólo alguien que supiera lectura labial podría saber con exactitud cuáles eran los problemas.
-¿Qué? -dijo-. ¿El local de Cosas Necesarias?
-Uu-jú -asintió Brian, y bebió un poco de leche.
-No sorbas -le dijo su madre, metiéndose el resto del bocadillo en la boca-. Suena horrible. ¿Cuántas veces te lo he dicho?
Casi tantas veces como me has dicho que no hable con la boca llena, pensó Brian, pero guardó silencio. Desde muy tierna edad había aprendido el comedimiento verbal.
-Perdón, mamá.
-¿Qué tipo de marquesina?
-Verde.
-¿Prensada o de aluminio?
Brian, cuyo padre era vendedor de recubrimientos para la Compañía de Recubrimientos y Puertas Dick Perry en South Paris, sabía exactamente a qué se refería su madre, pero si hubiese sido ese tipo de marquesina, tal vez ni la habría notado. Las marquesinas de aluminio y metal prensado las había a montones por todas partes. Sobresalían de las ventanas de la mitad de las casas en The Rock.
-Ninguna de las dos -respondió-. Es de tela. Lona, creo. Se extiende y da sombra debajo. Y es redonda, como esto -curvó las manos (con cuidado, para no derramar la leche) en un semicírculo-. El nombre está impreso en el extremo. Se ve francamente pasmoso.

-¡Bueno, que me lleve el diablo!
Ésta era la frase con que, por lo general, Cora expresaba contento o exasperación. Brian retrocedió un paso cautelosamente, en caso de que fuera lo último.
-¿Qué crees que sea, mamá? ¿Un restaurante, tal vez?
-No sé -respondió Cora y extendió la mano hacia el teléfono Princess en la mesa lateral. Tuvo que quitar a Squeebles, el gato, la guía de televisión y una lata de Diet Coke para llegar a él-. Pero suena sigiloso.
-¿Mamá, qué significa Cosas Necesarias? Es como...
-No me molestes ahora, Brian, mamá está ocupada. En la caja de pan hay galletas, si quieres una. Sólo una o echarás a perder tu cena -ya estaba marcando el número de Myra y, en unos segundos, discutirían el toldo verde con gran entusiasmo.
Brian, a quien no se le apetecía una galleta (quería mucho a su mamá, pero algunas veces, al verla comer, se le quitaba el apetito), se sentó a la mesa de la cocina, abrió el libro de matemáticas y empezó a resolver los problemas asignados -era un chico inteligente, responsable, y las matemáticas eran la única tarea que no había terminado en la escuela-. Mientras movía metódicamente los

puntos decimales y después dividía, oía la parte de su madre en la conversación. De nuevo le decía a Myra que pronto tendrían otra tienda que vendía frascos de perfume viejos y malolientes, y retratos de los parientes muertos de un desconocido, y que en verdad era una vergüenza la forma en que iban y venían estos negocios. Había demasiadas personas, decía Cora, cuyo lema en la vida era tomar el dinero y salir corriendo. Cuando mencionaba el toldo, sonaba como si alguien se hubiese propuesto ofenderla deliberadamente, consiguiendo un éxito espléndido en la tarea.
Creo que piensa que se suponía que alguien debía decírselo, reflexionaba Brian, mientras el lápiz se movía con energía, sumando y redondeando. Sí, eso era. En primer lugar, tenía curiosidad. Y en segundo, estaba de mala leche. La combinación la estaba matando. Bueno, pronto lo descubriría. Y cuando lo hiciera, tal vez le comunicaría el gran secreto. Y si estaba demasiado ocupada, Brian se enteraría escuchando una de sus conversaciones vespertinas con Myra.
Pero según se dieron los acontecimientos, Brian obtuvo un profuso conocimiento acerca de Cosas Necesarias antes que su madre o Myra o cualquier otra persona en Castle Rock.
2
La tarde del día anterior al programado para la inauguración de Cosas Necesarias apenas anduvo en su bicicleta camino a su casa de la escuela; estaba perdida en un cálida ensoñación (la cual no habría salido de sus labios aunque se le hubiese querido extraer con carbones encendidos o tarántulas peludas), en la cual le pedía a la señorita Ratcliffe que fiera con él a la feria del condado de Castle y ella aceptaba.
"Gracias, Brian ' ; dice la señorita Ratcliffe, y Brian percibe diminutas lágrimas de gratitud en las comisuras de sus ojos azules -ojos de un tono tan oscuro que parecen casi borrascosos-. "He estado... bueno, muy triste últimamente. Perdía mi amor, ¿sabes?"
"Yo te ayudaré a olvidarlo", afirma Brian, la voz vigorosa y tierna al mismo tiempo, "si me llamas... Bri."
"Gracias-. murmura ella y después, acercándose lo suficiente para que él pueda oler su perfume -una esencia maravillosa de flores silvestres-, dice: "Gracias... Bri. Y puesto que por esta noche, al menos, seremos chico y chica, en vez de profesora y alumno, tú me puedes decir... Sally. "
Él toma sus manos. La !mira a los ojos.
"No soy sólo un niña ", asegura. "Puedo ayudarte a olvidarlo... Sally. "
Sally parece casi hipnotizada con esta comprensión inesperada, esta masculinidad inesperada; ¡puede tener once años solamente, piensa, pero es más hombre de lo que nunca fue Lester! Sus manos estrechan las de él. Sus rostros se acercan... se acercan más...
-No-. murmura Sally, y ahora sus ojos os están tan abiertos y tan cerca que Brian parece casi ahogarse en ellos, "no debes, Bri... está mal... "
"Está bien, cariño ", responde él y oprime sus labios sobre los de ella.
Sally se retira después de unos momentos y susurra tiernamente...
-¡Oye, chico, fíjate por dónde carajos caminas!
Sacudido de su ensoñación, Brian vio que había caminado frente a la pick up de Hugh Priest.
-Lo siento, señor Priest -dijo, enrojecido intensamente. Hugh Priest no era nadie para enojarse contigo. Trabajaba en el Departamento de Obras Públicas y tenía fama de ser el habitante con peor carácter en Castle Rock. Brian lo observó con atención. Si daba señales de que intentaba bajarse de la camioneta, Brian planeaba saltar a su bicicleta y alejarse a una velocidad cercana a la de la luz. No tenía ningún interés en pasarse el siguiente mes en el hospital sólo porque había estado soñando despierto con la visita a la feria del condado con la señorita Ratcliffe.
Pero Hugh Priest tenía una botella de cerveza en la bifurcación de las piernas, Hank Williams Jr., cantaba "High and Pressurized" en la radio y se sentía demasiado cómodo para alga tan radical como golpear a un chico pequeño la tarde de un martes.
-Más te vale abrir bien los ojos -dijo, tomando un trago de la botella y con una mirada hosca hacia Brian-, porque la próxima vez no me molestaré en detenerme le haré crujir, compañerito.
Accionó la palanca de velocidades del vehículo y se puso en marcha. Brian sintió un impulso demente (y misericordiosamente breve) de gritarle ¡Vaya, que me lleve el diablo! Esperó hasta que la camioneta naranja de las cuadrillas de carreteras diese vuelta en la calle Linden y luego siguió su camino. La ensoñación acerca de la señorita Ratcliffe, ¡ay!, se había echado a perder por este día. Hugh Priest lo había vuelto a la realidad. La señorita Ratcliffe no había tenido una pelea con su prometido, Lester Pratt; aún llevaba el anillo de compromiso con un pequeño brillante y todavía utilizaba el Mustang azul de él mientras esperaba a que saliera del taller su propia auto.
Brian había visto a la señorita Ratcliffe y al señor Pratt justo la noche anterior, cuando colocaban esos carteles de DADOS Y EL DEMONIO en los postes de teléfono de la parte baja de la calle Main, junto con un grupo de personas. I-Iabían estado cantando himnos. Lo peculiar era que en cuanto ellos se iban aparecían los católicos y quitaban los carteles. En cierta forma, era bastante divertido... pero si él hubiese sido más grande, habría hecho un esfuerzo por proteger los carteles que colocara la señorita Ratcliffe con sus manos santificadas.
Brian pensó en las ojos azul oscuro, las largas piernas de bailarina, y sintió el mismo asombro melancólico que siempre lo embargaba cuando comprendía que, cuando llegase enero, se proponía

cambiar de Sally Ratcliffe, un nombre hermoso, a Sally Pratt, el cual le sonaba a Brian como una señora gorda que se cae por un corto tramo de escaleras.
Bien, pensó, mientras tomaba el otro bordillo de la acera y caminaba lentamente por la calle Main, tal vez se retractara. No era imposible. O tal vez Lester podría sufrir un accidente de automóvil o verse afectado por un tumor cerebral o algo así. Incluso podría resultar que Lester fuese adicto á las drogas. La señorita Ratcliffe nunca se casaría con un drogadicto.
Esos pensamientos ofrecían a Brian una clase extravagante de consuelo, pero no alteraban el hecho de que Hugh Priest había abortado la ensoñación poco antes de su apogeo (el beso a la señorita Ratcliffe y su mano que tocaba realmente el pecho derecho de ella mientras estaban en el Túnel del Amor en la feria). De cualquier forma, era una idea bastante descabellada el que un chico de once años llevara a una profesora a la feria del condado. La señorita Ratcliffe era bonita, pero también era vieja. Les había dicho a sus alumnos de lingüística que en noviembre cumpliría veinticuatro años.
De este modo, Brian dobló con todo cuidado su ensoñación a lo largo de sus pliegues, como un hombre que dobla con todo cuidado un documento muy leído y muy valioso, y la guardó en el estante en el fondo de su mente, lugar al que pertenecía. Se preparó para montar en la bicicleta y pedalear el resto del camino a casa.
Pero justo en ese momento pasaba frente a la tienda nueva y le llamó la atención el letrero en la puerta. Algo había cambiado. Detuvo la bicicleta y lo miró.
GRAN INAUGURACIÓN 9 DE OCTUBRE ¡TRAE A TUS AMIGOS!
en la parte superior había desaparecido. Había sido remplazado
por un pequeño letrero cuadrado de fondo blanco con letras rojas.
ABIERTO
decía, y
ABIERTO
era todo lo que decía. Brian permaneció mirándolo con la bicicleta entre las piernas y su corazón empezó a latir un poco más rápido.
¿No vas a entrar, o sí?, se preguntó a sí mismo. Me refiero a que, aun cuando haya abierto un día antes, ¿no vas a entrar, verdad?
¿Por qué no?, se respondió a sí mismo.
Bueno... porque todavía está enjabonado el escaparate. Todavía está cerrada la persiana de la puerta. Si entras, podría pasarte cualquier cosa. Cualquier cosa.
Seguro. Como si el sujeto que es el dueño fuera Norman Bates o algo así, se pusiera los vestidos de su madre y apuñalara a los clientes. Cooorrecto.
Bueno, olvídalo, dijo la parte tímida de su mente, aunque esa parte sonaba como si supiera que ya había perdido. Había algo gracioso en ello.
Pero entonces Brian pensó en decírselo a su madre. Sólo decirle con indiferencia: "Por cierto, mamá, ¿conoces la tienda nueva, Cosas Necesarias? Bueno; abrió un día antes. Entré y di un vistazo-.
¡De inmediato oprimiría el botón de silencio en el control remoto, puedes creerlo! ¡Querrá que le contara todo lo sucedido!
Esta idea fue demasiado tentadora para Brian. Bajó el soporte de la bicicleta y caminó lentamente hasta la sombra del toldo -se sentía por lo menos tres grados más fresco debajo de la lonay se acercó a la puerta de Cosas Necesarias.
Cuando colocó la mano en la gran perilla antigua, se le ocurrió que el letrero debía de ser un error. Probablemente había estado dentro, junto a la puerta, para mañana, y alguien lo había puesto por accidente. No podía oír un solo ruido detrás de la persiana bajada; el sitio daba la impresión de estar desierto.
No obstante, dado que ya había llegado hasta este punto, probó la perilla... y ésta giró fácilmente bajo su mano. El pasador chasqueó al retroceder y se abrió la puerta de Cosas Necesarias.
3
En el interior la luz era difusa, pero no estaba oscuro. Brian pudo ver que se había instalado una iluminación en rieles (una especialidad de la Compañía de Recubrimientos y Puertas Dick Perry) y estaban encendidos unos cuantos de los reflectores montados en los rieles. Estaban enfocados hacia varias vitrinas de cristal que estaban situadas alrededor del gran espacio. Las vitrinas, en su mayor parte, estaban vacías. Los reflectores destacaban los pocos objetos que contenían las vitrinas.
El piso, el cual había sido madera desnuda cuando esto era Compañía de Bienes Raíces y Seguros del Occidente de Malos, había sido cubierto con una suntuosa alfombra de pared a pared, en color vino de Borgoña. Las paredes se habían pintado en un blanco cáscara de huevo. Una luz tenue, tan blanca como las paredes, se filtraba a través del escaparate acate enjabonado.
Bueno, es una equivocación, de todos modos, pensó Brian. Todavía no las tenía todas consigo. Quien fuese que había puesto el aviso de ABIERTO por error, también dejó la puerta sin llave por accidente. En estas circunstancias lo correcto era cerrar la puerta de nuevo, subir a la bicicleta y alejarse.

Sin embargo, estaba poco dispuesto a irse. Después de todo, en realidad estaba viendo el interior de la tienda nueva. En cuanto se enterara su madre, conversaría con él toda la tarde. La parte molesta era ésta: no estaba seguro de qué era lo que estaba viendo. Había media docena de
(muestras)
objetos en las vitrinas y los reflectores estaban enfocados a ellos -una especie de ensayo, probablemente-, pero no sabía qué eran. No obstante, sí sabía lo que no eran: camas talladas y teléfonos de manivela mohosos.
-¿Hola? -dijo inseguro, aún de pie en el umbral-. ¿Hay alguien aquí?
Estaba a punto de tomar la perilla y cerrar la puerta otra vez, cuando respondió una voz:
-Aquí estoy.
Una figura alta -lo que al principio dio la impresión de ser una figura imposiblemente alta- apareció a través de una entrada detrás de una de las vitrinas. La entrada estaba cubierta con una cortina de terciopelo oscuro. Brian sintió un calambre de temor momentáneo y monstruoso. En seguida, el resplandor que lanzaba uno de los reflectores cayó oblicuo sobre el rostro del hombre y disipó el miedo de Brian. El individuo era bastante viejo y su expresión muy bondadosa. Miraba a Brian con interés y placer.
-Su puerta estaba abierta -empezó Brian-, así que pensé...
-Por supuesto que está abierta -dijo el hombre alto-. Decidí abrir un rato esta tarde, como una especie de... prestreno. Y tú eres mi primer cliente. Entra, amigo mío. Entra con entera libertad, ¡y deja algo de la felicidad que traes contigo!
Sonrió y extendió la mano. La sonrisa era contagiosa. Brian sintió una simpatía instantánea por el propietario de Cosas Necesarias. Tuvo que dar un paso desde el umbral hasta la tienda misma para estrechar la mano del hombre alto, y lo hizo sin la menor reserva. La puerta se cerró detrás de él y el pestillo se corrió de forma espontánea. Brian no lo notó. Estaba demasiado ocupado observando que los ojos del hombre alto eran azul oscuro -exactamente del mismo tono que los ojos de Sally Ratcliffe. Podrían haber sido padre e hija.
El apretón de mano del hombre era fuerte y seguro, pero no doloroso. De cualquier modo, había algo desagradable. Algo... escurridizo. Demasiado duro, tal vez.
-Encantado de conocerlo -dijo Brian.
Esos ojos azul oscuro se fijaron en su rostro como fanales encapuchados de ferrocarril.
-Yo también estoy encantado de conocerte -respondió el hombre alto, y así fue como Brian Rusk conoció al propietario de Cosas Necesarias antes que nadie en Castle Rock.
4
-Mi nombre es Leland Gaunt -dijo el hombre alto-, ¿y tú eres...?
-Brian. Brian Rusk.
-Muy bien, señor Rusk. Y puesto que eres mi primer cliente, creo que puedo ofrecerte un precio muy especial en cualquier artículo que te guste.
-Bueno, gracias -dijo Brian-, pero no creo que pudiera comprar nada en un lugar como éste. No recibo mi dinero para gastos hasta el viernes y... -de nuevo, miró dudoso hacia las vitrinas de cristal-. Además, parece que todavía no tiene toda su mercancía.
Gaunt sonrió. Los dientes estaban torcidos y se veían bastante amarillos en la luz difusa, pero de todos modos Brian consideró encantadora la sonrisa. Una vez más, casi se vio obligado a devolverla.
-No -dijo Leland Gaunt-, no, no la tengo. La mayor parte de mi... mercancía, como tú lo expresas... llegará esta noche, más tarde. Pero aun así, tengo unos cuantos artículos interesantes. Mira a tu alrededor, joven Rusk. Me gustaría oír tu opinión, aunque sólo fuera eso... y me imagino que tienes una madre, ¿verdad? Por supuesto que sí. Un jovencito tan agradable como tú no puede ser huérfano. ¿Estoy en lo cierto?
Brian asintió con un movimiento de cabeza.
-Claro. Mamá está en casa ahora -en eso, le llegó una idea-. ¿Le gustaría que la trajera? -pero en el momento en que la propuesta salió de sus labios, lamentó haberlo dicho. No quería traer a su madre. Mañana, el señor Leland Gaunt pertenecería a todo el pueblo. Mañana, su mamá y Myra Evans empezarían a manosearlo, junto con las demás damas de Castle Rock. Brian suponía que el señor Gaunt ya no parecería tan extraño y diferente para el final del mes, diablos, tal vez para el fin de semana, pero por ahora todavía lo era, por ahora pertenecía a Brian Rusk y sólo a Brian Rusk, y Brian quería que siguiera así.
De esta suerte, Brian quedó encantado cuando el señor Gaunt levantó una mano (los dedos eran extremadamente estrechos y largos, y Brian observó que el primero y el segundo eran del mismo tamaño exacto) y negó con un movimiento de la cabeza.
-De ninguna manera -dijo-. Eso es precisamente lo que no quiero. Sin duda querría traer una amiga, ¿verdad?
-Sí -confirmó Brian, pensando en Myra.
-Tal vez hasta dos amigas o tres. No, así estamos bien, Brian... ¿Te puedo llamar Brian?
-Seguro -dijo Brian, divertido.

-Gracias. Y tú me llamarás señor Gaunt, puesto que soy mayor que tú, aunque no necesariamente mejor... ¿de acuerdo?
-Claro -Brian no estaba seguro de lo que quería decir el señor Gaunt con mayores y mejores, pero le encantaba escuchar cómo hablaba este sujeto. Y sus ojos, en realidad, eran extraordinarios; a Brian le era difícil retirar de ellos los propios.
-Sí, así está mucho mejor -el señor Gaunt se frotó las largas manos y éstas produjeron un sonido silbante. Este acto no le agradó gran cosa a Brian. Cuando el señor Gaunt se frotaba las manos en esa forma, producían un sonido como el de una serpiente alterada y dispuesta al ataque-. Tú se lo dirás a tu madre, tal vez incluso le mostrarás lo que compraste, si es que compras algo...
Brian consideró decirle al señor Gaunt que tenía un gran total de noventa y un centavos en el bolsillo y optó por quedarse callado.
-... y ella se lo contará a sus amigas, y ellas a sus amigas... ¿ves, Brian? ¡El periódico local nunca concebirá una publicidad mejor que la que tú me proporcionarás! ¡Será más efectiva que si te contratara para recorrer las calles del pueblo como hombre anuncio!
-Bueno, si usted lo dice -convino Brian. No tenía idea de qué era un hombre anuncio, pero estaba seguro de que jamás permitiría que alguien lo viera en esas condiciones-. Sería divertido dar un vistazo -su educación impidió que agregara a lo poco que hay que ver.
-¡Empieza a mirar, entonces! -dijo el señor Gaunt, señalando las vitrinas. Brian notó que llevaba puesta una larga chaqueta de terciopelo rojo. Pensó que podría ser una bata corta, como en las novelas de Sherlock Holmes que había leído. Era fantástica-. ¡Está a tu disposición, Brian!
Brian caminó lentamente hasta la vitrina más cercana a la puerta. Miró por encima del hombro, seguro de que- el señor Gaunt lo seguiría a corta distancia, pero el señor Gaunt todavía estaba de pie junto a la puerta, mirándolo con expresión divertida e irónica. Era como si hubiese leído la mente de Brian y descubierto cuánto le molestaba a Brian que el dueño de una tienda permaneciera junto a él mientras veía los objetos a la venta. Suponía que la mayoría de los propietarios temían que rompieras algo o te embolsaras algo o ambas cosas.
-Tómate tu tiempo -dijo el señor Gaunt-. Comprar es un placer cuando uno lo hace con calma, Brian, y una verdadera lata cuando uno está con prisa.
-Oiga, ¿es usted extranjero? -preguntó Brian. Le interesó el uso que hacía el señor Gaunt de "uno" en vez de "tú". Le recordó a ese viejo semental apastelado que dirigía "Obras Maestras del Teatro", el cual algunas veces veía su madre si la guía de la televisión decía que era una historia de amor.
-Soy de Akron.
-¿Eso está en Inglaterra?
-Eso está en Ohio -dijo Leland Gaunt con toda seriedad, y después mostró los fuertes dientes irregulares en una sonrisa brillarte.
A Brian le pareció gracioso, igual que le parecían graciosos con frecuencia algunos diálogos de los programas de televisión, como "Cheers". De hecho, todo este episodio lo hacía sentirse como si se hubiese metido en un programa de televisión, uno que era un poco misterioso, pero no realmente amenazante. Se rió con ganas.
Tuvo un momento para preocuparse porque el señor Gaunt pudiera pensar que era grosero (tal vez como consecuencia de que su madre siempre lo estaba acusando de grosero, Brian había llegado a creer que vivía en una gigantesca y casi invisible telaraña de etiqueta social), y en eso se le unió el hombre alto. Los dos rieron juntos y, como sea, Brian no pudo recordar haber pasado una tarde tan agradable como ésta estaba resultando.
-Sigue adelante, mira -dijo el señor Gaunt, agitando la mano-. Ya intercambiaremos historias en otra ocasión, Brian.
Así que Brian miró. Sólo había cinco objetos en la vitrina de mayor tamaño, la cual se veía como si pudiese contener cómodamente veinte o treinta más. Uno era una pipa. Otro, un retrato de Elvis Presley con el traje blanco de una pieza con un tigre en la espalda y una bufanda roja. El Rey (así se refería siempre su madre a él) sostenía un micrófono ante sus labios de puchero. El tercer objeto era una cámara Polaroid. El cuarto era un trozo de roca pulida con un hueco lleno de fragmentos de cristal en el centro. Captaban la luz del reflector del techo y resplandecían esplendorosamente. El quinto era una astilla de madera casi tan larga y gruesa como uno de los dedos índices de Brian.
Señaló el cristal.
-Eso es una geoda, ¿verdad?
-Eres un joven muy culto, Brian. Eso es exactamente. Tengo unas pequeñas placas para la mayoría de mis artículos, pero aún no las desempaco... como la generalidad de mi mercancía. Tendré que trabajar como el mismo demonio si quiero estar listo para abrir mañana -pero no se le veía preocupado en lo más mínimo, y su permanencia en el sitio donde estaba parecía satisfacerle por completo.
-¿Qué es eso? -preguntó Brian, señalando la astilla. Estaba pensando que estos artículos eran muy extraños para una tienda de pueblo pequeño. Leland Gaunt le había simpatizado instantánea y profundamente, pero si el resto de su mercancía era como esto, Brian no creía que haría negocio

por mucho tiempo en Castle Rock. Si querías vender artículos como pipas y retratos de El Rey y astillas de madera, Nueva York era el lugar donde debías instalar tu negocio... o, al menos, así lo estimaba por las películas que había visto.
-¡Ah! -dijo el señor Gaunt-. ¡Ése es un objeto muy interesante! ¡Déjame mostrártelo!
Atravesó el salón, dio vuelta al extremo de la vitrina, sacó un grueso arillo de llaves del bolsillo y seleccionó una, con apenas un vistazo. Abrió la vitrina y sacó la astilla cuidadosamente.
-Sosténla en la mano, Brian.
-Caramba, tal vez sería mejor que no -sugirió Brian..Como originario de un estado donde el turismo es una industria de importancia, había visitado un buen número de tiendas de regalos en su vida, y había visto muchos letreros con este pequeño poema impreso en ellos: "Hermoso para mirarse/ delicioso para tocarlo,/ pero si lo rompes/ tienes que comprarlo". Se imaginaba la horrorizada reacción de su madre si rompía la astilla -o lo que fueray el señor Gaunt, ya no tan amistoso, le dijera que su precio era de quinientos dólares.
-¿Por qué no? -preguntó el señor Gaunt, levantando las cejas..., pero, en realidad, sólo era una ceja; era espesa y crecía encima de su nariz en una onda doble continua.
-Bueno, soy muy torpe.
-Tonterías -replicó el señor Gaunt-. Yo conozco a los chicos torpes en cuanto los veo. Tú no eres de esa casta -colocó la astilla en la palma de Brian. Éste la miró ahí posada con cierta sorpresa; ni siquiera se había dado cuenta de que tenía la palma extendida hasta que vio la astilla en ella.
Ciertamente, no se sentía como una astilla; se sentía más como...
-Se siente como piedra -dijo dudoso, y levantó los ojos para mirar al señor Gaunt.
-Madera y piedra -dijo el señor Gaunt-. Está petrificada.
Petrificada -se maravilló Brian. Miró la astilla con toda atención y después pasó un dedo a lo largo de uno de sus lados. Era lisa y desigual al mismo tiempo. Por alguna causa, no fue una sensación completamente placentera=. Debe ser antigua.
-Más de dos mil años -convino el señor Gaunt con seriedad.
-¡Diantres! -dijo Brian. Con el sobresalto, casi deja caer la astilla. Cerró la mano en un puño sobre ella para impedir que cayera al piso... y de inmediato lo invadió una sensación de incongruencia y distorsión. De pronto se sintió... ¿qué? ¿Mareado? No; mareado no, sino lejos. Como si una parte de él se hubiese salido y alejado de su cuerpo.
Podía ver que el señor Gaunt lo miraba con interés y humor y, de repente, los ojos del señor Gaunt parecieron crecer al tamaño
de platillos de té. Sin embargo, esa sensación de desorientación no era atemorizante; más bien era emocionante y, sin duda, más agradable de lo que había sido para su dedo explorador la sensación escurridiza de la madera.
-¡Cierra los ojos! -lo invitó el señor Gaunt-. ¡Cierra los ojos, Brian, y dime lo que sientes!
Brian cerró los ojos y permaneció inmóvil por un momento, el brazo derecho extendido, el puño cubriendo la astilla. No vio que, durante unos instantes, el labio superior del señor Gaunt se levantó, como el de un perro, sobre los largos dientes torcidos, en lo que podría haber sido una mueca de placer o anticipación. Tuvo una vaga sensación de movimiento un movimiento como en espiral. Un sonido, rápido y ligero:
Conocía ese sonido Era
zuudzuud... zuudzuud... zuudzuud.
-¡Un bote! -exclamó, encantado, sin abrir los ojos -. ¡Siento que estoy en un bote!
-Así es, en efecto -dijo el señor Gaunt, y Brian lo oía a una distancia imposible.
Las sensaciones se intensificaron; ahora sentía como si ascendiera y descendiera por largas olas lentas. Podía oír el grito distante de aves y, más cerca, los sonidos de muchos animales -vacas que mugían, gallos que cacareaban, el gruñido de un gato muy grande-, no un sonido de rabia, sino una expresión de tedio. En ese segundo, casi pudo sentir madera (la madera a la que una vez había pertenecido esta astilla) bajo sus pies, y supo que los pies ya no estaban calzados con tenis Converse, sino con alguna clase de sandalias y...
Después, la sensación empezó a desvanecerse, menguando hasta un diminuto punto brillante, como la luz de una pantalla de televisión cuando se corta la energía eléctrica, y después desapareció. Abrió los ojos, sacudido y eufórico.
Su mano había formado un puño tan apretado alrededor de la astilla que literalmente tuvo que obligar a sus dedos a que se abrieran y las articulaciones crujieron como bisagras mohosas.
-Vaya, vaya -dijo en voz baja.
-Magnífico, ¿no es verdad? -preguntó en tono jovial el señor Gaunt, y de un tirón retiró la astilla de la palma de la mano de Brian con la habilidad distraída de un médico que extrae una astilla de la carne. La devolvió a su lugar y volvió a cerrar la vitrina con un ademán triunfal.
-Estupendo -convino Brian con una larga exhalación que casi fue un suspiro. Se inclinó para mirar la astilla de nuevo. La mano todavía le hormigueaba un poco donde la había sostenido. Esas sensaciones: la inclinación ascendente y el descenso sesgado de la cubierta, el ruido sordo de las olas en el casco, la sensación de la madera bajo sus pies... todavía persistían en él esas percepciones,

aunque se imaginaba (con un sentimiento de pena real) que se disiparían, como se disipan los sueños.
-¿Conoces la historia de Noé y el Arca? -preguntó el señor Gaunt.
Brian frunció el ceño. Estaba bastante seguro de que era un relato de la Biblia, pero tenía la tendencia a cerrar la mente durante los sermones del domingo y las clases de Biblia los jueves en la noche.
-¿Fue ese bote que recorrió el mundo en ochenta días?
El señor Gaunt sonrió otra vez.
-Algo parecido, Brian. Algo muy parecido. Bueno, pues se supone que esa astilla proviene del Arca de Noé. Desde luego, no puedo asegurar que es del Arca de Noé, porque la gente pensaría que soy el farsante más indignante. En estos días, debe haber cerca de cuatro mil personas en el mundo tratando de vender trozos de madera que afirman que pertenecen al Arca de Noé... y probablemente cuatrocientas mil que tratan de especular con pedazos de la Cruz Verdadera... pero sí puedo decir que tiene más de dos mil años, porque se verificó con la prueba del carbono 14, y puedo decir que proviene de Tierra Santa, aunque no se encontró en el monte Ararat, sino en el monte Boram.
La mayor parte de esto se perdió en Brian, pero no el hecho más sobresaliente.
-Dos mil años -dijo en voz baja-. ¡Uau! ¿Está completamente seguro?
-Lo estoy, en efecto -aseguró el señor Gaunt-. Tengo un certificado del Instituto Tecnológico de Massachusetts, donde se sometió a la prueba del carbono, y desde luego, acompaña al objeto. Pero, ¿sabes?, yo realmente creo que podría ser del Arca -miró especulativo la astilla por un momento y luego levantó los deslumbrantes ojos azules hacia los castaños de Brian. Brian, de nuevo, quedó pasmado de inmediato con esa mirada-. Después de todo, el monte Boram está a menos de diecisiete kilómetros, en línea recta, del monte Ararat y en muchas historias del mundo se han cometido equivocaciones más importantes que el lugar de descanso final de una embarcación, aunque se trate de una de gran tamaño, en especial cuando los relatos pasan de boca en boca durante generaciones antes de que, finalmente, se pongan por escrito. ¿Piensas que estoy en lo cierto?
-Sí -dijo Brian-. Suena lógico.
-Y, además... cuando se tiene en la mano, produce una sensación extraña, ¿no te parece?
-¡Ya lo creo!
El señor Gaunt sonrió y despeinó el cabello del chico, rompiendo el encantamiento.
-Me agradas, Brian. Desearía que todos mis clientes tuviesen la misma capacidad de asombro que tú. Si así fuera el mundo, la vida sería mucho más fácil para un humilde comerciante como yo.
-¿En cuánto... en cuánto vendería algo como eso? -preguntó Brian. Señaló hacia la astilla con un dedo que no estaba estable del todo. Apenas ahora estaba empezando a comprender lo profundamente que lo había afectado la experiencia. Había sido como sostener una concha de mar contra el oído y escuchar el sonido del océano... sólo que en tercera dimensión y con efecto circundante. Deseaba intensamente que el señor Gaunt le permitiera sostenerla otra vez, incluso por un rato más largo, pero no supo cómo pedírselo y el señor Gaunt no se lo ofreció.
-Oh, bueno -dijo el señor Gaunt, colocándose los dedos debajo de la barbilla y mirando a Brian con malicia-. Con un objeto como ese... y con todos los objetos buenos que vendo, las cosas realmente interesantes... el precio dependería del comprador. Lo que el comprador esté dispuesto a pagar. ¿Cuánto estarías tú dispuesto a pagar, Brian?
-No lo sé -murmuró Brian, pensando en los noventa y un centavos en su bolsillo, y después tragó saliva-. ¡Un montón!
El señor Gaunt echó la cabeza hacia atrás y rió a carcajadas. Cuando lo hizo, Brian observó que había cometido una equivocación respecto al hombre. Cuando entró, había pensado que el cabello del señor Gaunt era gris. Ahora veía que sólo era plateado en las sienes. Debe haber estado bajo uno de los reflectores, pensó Brian.
-Bien, esto ha sido terriblemente interesante, Brian, pero, en realidad, aún tengo mucho trabajo por delante antes de las diez de la mañana y por tanto...
-Claro -dijo Brian, volviendo con un sobresalto a la consideración de los buenos modales-. Yo también debo irme. Lamento haberlo entretenido tanto...
-¡No, no, no! ¡Me entendiste mal! -el señor Gaunt colocó una de sus largas manos en el brazo de Brian. Él retiró el brazo. Esperaba que el gesto no pareciera descortés, pero no pudo evitarlo. La mano del señor Gaunt era dura y seca, y desagradable, en alguna forma. De hecho, no se sentía muy diferente al trozo de madera petrificada que se suponía que pertenecía al Arca de Nora, o lo que fuera. Pero el fervor con que hablaba el señor Gaunt impidió que observara la retirada instintiva de Brian. Actuaba como si él, y no Brian, hubiese cometido una violación a las reglas de etiqueta-. Sólo pensaba que debemos abordar el tema de los negocios. Realmente no tiene sentido que veas las otras pocas cosas que he logrado desempacar, no son muchas y ya has visto las más interesantes de las que he sacado. Sin embargo, conozco muy bien mis existencias, incluso sin un inventario en la mano, y es posible que tenga algo que te agrade, Brian. ¿Qué te gustará?

-Caracoles -dijo Brian. Había miles de cosas que le gustaría tener y eso era parte del problema... cuando la pregunta se planteaba en términos escuetos, no podía decir cuál de las mil le gustaría más.
-En estos casos, es mejor no pensar con tanta profundidad -dijo el señor Gaunt. Hablaba distraído, pero en sus ojos no había distracción, estudiaban con atención el rostro de Brian-. Cuando digo: "Brian Rusk, en este momento, ¿qué es lo que quieres más que nada en el mundo?", ¿cuál es tu respuesta? ¡Rápido!
-Sandy Koufax -respondió Brian de inmediato. No se había dado cuenta de que tenía extendida la palma de la mano para recibir la astilla del Arca de Nora hasta que la vio colocada ahí, y no se había dado cuenta de lo que iba a decir en respuesta a la pregunta del señor Gaunt hasta que escuchó que las palabras rodaban de su boca. Pero en el momento en que las oyó supo que eran exacta y completamente correctas.
5
-Sandy Koufax -dijo el señor Gaunt pensativo-. Qué interesante. -Bueno, no Sandy Koufax en persona -dijo Brian-, sino su tarjeta de beisbol.
-¿Topps o Fleers? -preguntó el señor Gaunt.
Brian no hubiese creído que esta tarde podría mejorarse, pero de pronto había prosperado. El señor Gaunt conocía tanto de tarjetas de beisbol como de geodas y astillas. Era sorprendente, realmente sorprendente.
-Topps.
-Supongo que la que te interesa es su estampa de novato -dijo con pesar Gaunt-. No creo que te pueda ayudar con ésa, pero...
-No -lo interrumpió Brian-. No las de 1954. 1956. Ésa es la que me gustaría tener. Colecciono estampas de beisbol de 1956. Mi papá me inició en esa afición. Es muy divertido y sólo unas cuantas son realmente caras: AL Kaline, Mel Parnell, Roy Campanella, tipos como ésos. Ya tengo más de cincuenta. Incluyendo la de Al Kaline. Me costó treinta y ocho dólares. Podé bastantes céspedes para conseguir a Al.
-Apuesto a que lo hiciste -dijo el señor Gaunt con una sonrisa.
-Bueno, como le digo, la mayor parte de las tarjetas del 56 no son tan caras, cuestan cinco dólares, siete dólares, algunas veces, diez. Pero una de Sandy Koufax en buenas condiciones cuesta noventa o incluso cien dólares. No era una gran estrella en ese año, pero desde luego resultó ser magnífico, y eso fue cuando los Dodgers todavía estaban en Brooklyn. Entonces todo el mundo los llamaba Da Bums. Eso es lo que dice mi papá, al menos.
-Tu papá está doscientos por ciento en lo correcto -dijo el señor Gaunt-. Creo que tengo algo que te hará muy feliz, Brian. Espera aquí.
Salió por la puerta encortinada y dejó a Brian de pie junto a la vitrina con la astilla y la Polaroid y el retrato de El Rey. Brian casi saltaba de un pie a otro con ansiedad y anticipación. Se dijo a sí mismo que cesara de ser tan candoroso; incluso si el señor Gaunt tenía una tarjeta de Sandy Koufax e incluso si era una estampa Topps de los cincuenta, probablemente resultaría ser una del 55 o del 57. ¿Y suponiendo que en realidad fuera del 56? ¿De qué le serviría con menos de un dólar en el bolsillo?
Bueno, ¿puedo verla, no?, pensó Brian. Mirar no cuesta nada. Ése era otro de los dichos favoritos de su madre.
Desde el otro lado de la cortina provenían ruidos de cajas que se movían y ligeros golpes sordos cuando se ponían en el piso.
-Espera un minuto, Brean -dijo en voz alta el señor Gaunt. Se le oía un poco falto de aliento-. Estoy seguro de que tengo una caja de zapatos en alguna parte.
-¡No se moleste por mi causa, señor Guant! -respondió Brian, esperando como desesperado que el señor Gaunt se molestara tanto como fuera necesario.
-Tal vez la caja esté en alguno de los embarques que todavía están en camino -dijo el señor Gaunt dudoso.
El corazón de Brian se hundió.
En eso:
-¡Pero estaba seguro... espera! ¡Aquí está!
El corazón de Brian emergió... hizo más que emerger. Se elevó y dio un salto mortal.
El señor Gaunt regresó a través de la cortina. Su cabello estaba un poco desarreglado y tenía una mancha de polvo en una solapa de su chaqueta. Sostenía en la mano una caja que, en una ocasión, había contenido un par de zapatos tenis Air Jordan. La puso sobre el mostrador y le quitó la tapa. Brian se ubicó a su izquierda, mirando hacia adentro de la caja. Estaba llena de tarjetas de beisbol, cada una insertada en un sobre de plástico, igual que las que Brian compraba algunas veces en la Tienda de Estampas de Beisbol en North Conway, New Hampshire.
-Pensé que aquí estaría una lista de inventario, pero no fuimos tan afortunados -dijo el señor Gaunt-. Sin embargo, siempre recuerdo lo que tengo en existencia, correo te dije, es la clave para el éxito de un negocio en el cual vendes un poquito de todo, y estoy seguro de que vi...

Se desvanecieron sus palabras y empezó a hojear rápidamente las estampas.
Brian observaba el veloz destello de las tarjetas, mudo de asombro. El sujeto que estaba al frente de la Tienda de Estampas de Beisbol contaba con lo que su papá llamaba "una bonita selección de feria de pueblo" de estampas antiguas, pero los tesoros guardados en esta caja de zapatos le daban ciento y raya a todo el repertorio de esa tienda. Entre ellas, había estampas de tabaco para mascar con retratos de Ty Cobb y Pie Traynor. Había estampas de cigarrillos con imágenes de Babe Ruth y Dorn DiMaggio y Bíg George Keller, y hasta de Hiram Dissen, el lanzador manco que había jugado con los Medias Blancas durante los años cuarenta. Muchas de las estampas de cigarrillos proclamaban iLUCKY STRIKE VERDE SE HA IDO A LA GUERRA! Y ahí, apenas vislumbrado, un rostro ancho y solemne por encima de una camiseta del uniforme de Pittsburgh...
-¡Dios mío! ¿No es ése Honus Wagner? -exclamó Brian con voz ahogada. Su corazón se sentía como un pájaro muy pequeño que se había metido por equivocación en su garganta y ahora revoloteaba ahí, atrapado-. ¡Esa es la estampa de beisbol más excepcional del universo!
-Sí, sí -dijo el señor Gaunt, distraído. Sus largos dedos se afanaban diligentes por las estampas, rostros de otra época aprisionados bajo cubiertas transparentes de plástico, hombres que habían destrozado la pelota y habían lanzado imparables y cubierto todas las bases, héroes de una gran época dorada y pasada, una época de la cual este chico todavía albergaba entusiastas sueños animados-. Un poco de todo, eso es lo que necesita un negocio exitoso, Brian. Diversidad, placer, sorpresa, satisfacción... para el caso, eso es lo que necesita un vida exitosa... yo no doy consejos, pero si lo hiciera, sería conveniente que recordaras eso... ahora, déjame ver... en alguna parte... en alguna parte... ¡ah!
Sacó una tarjeta de en medio de la caja como si fuera un mago haciendo un truco y la colocó triunfalmente en la mano de Brian.
Era Sandy Koufax.
Era una estampa Topps de 1956.
Y estaba firmada.
"Para mi buen amigo Brian, con mis mejores deseos, Sandy Koufax", leyó Brian en un susurro ronco.
Y después descubrió que no podía pronunciar palabra.
6
Miró al señor Gaunt, la boca todavía haciendo el intento de expresarse. El señor Gaunt sonrió.
-Yo no la planté ahí, ni lo planeé, Brian. No es más que una coincidencia... pero una agradable coincidencia, ¿no crees?
Brian seguía sin capacidad para hablar y optó por un movimiento de cabeza. El sobre de plástico con su precioso contenido se sentía misteriosamente pesado en su mano.
-Sácala -lo invitó el señor Gaunt.
Cuando, por fin, emergió la voz de Brian de su boca de nuevo, era el gruñido de un inválido muy anciano.
-No me atrevo.
-Bien, yo sí -dijo el señor Gaunt. Tomó el sobre de la mano de Brian, metió dentro la uña bien manicurada de un dedo y sacó la estampa. La puso en la mano de Brian.
Brian percibió diminutas melladuras en la superficie... -habían sido hechas por la punta de la pluma que usó Sandy Koufax para escribir su nombre... sus nombres. La firma de Koufax era casi igual a la impresa, excepto que esta última decía Sanford Koufax y el autógrafo decía Sandy Koufax. Además, era mil veces mejor, porque era real. Sandy Koufax había sostenido esta tarjeta en la mano y había impuesto su marca en ella, la marca de su mano viva y de su mágico nombre.
Pero también había otro nombre ahí... el de Brian. Algún chico con su nombre había estado parado en el campo Ebbets antes del juego y Sandy Koufax, el verdadero Sandy Koufax, joven y vigoroso, con sus años de gloria, justo adelante, había tomado la tarjeta que le ofrecían, probablemente aún olorosa a chicle bomba, y había impuesto su marca en ella... y la mía también, pensó Brian.
De súbito, llegó de nuevo la misma sensación que lo invadió mientras sostuvo la astilla de madera petrificada. Sólo que esta vez era mucho, mucho más fuerte.
Olor a pasto, dulce y recién cortado.
Fuerte gustillo a fresno en la pelota.
Gritos y risas en la caja de bateo.
-Hola, señor Koufax, ¿podría firmarme su tarjeta?
Un rostro estrecho. Ojos castaños. Cabello ligeramente oscuro. Se quita la gorra por unos instantes, se rasca la cabeza justo encima del inicio del cabello y se vuelve a poner la gorra.
-Claro, chico -toma la tarjeta-. ¿Cómo te llamas?
-Brian, señor... Brian Seguin.
Arañazo, arañazo, arañazo en la tarjeta. Lo mágico: el fuego inscrito.
-¿Quieres ser beisbolista cuando crezcas, Brian? -la pregunta tiene el sentido de un recital de memoria y habla sin levantar el rostro de la tarjeta que sostiene en la mano derecha para escribir con la mano izquierda, la que está destinada a ser mágica.

-Sí, señor.
-Practica los fundamentos -y devuelve la tarjeta.
-¡Sí, señor!
Pero ya se está alejando, y luego se suelta en una carrera perezosa sobre el pasto recién cortado, mientras trota hacia la zona de calentamiento con su sombra trotando a su lado...
-¿Brian? ¿Brian?
Unos dedos largos chasqueaban bajo su nariz, los dedos del señor Gaunt. Brian salió de su ensoñación y vio que el señor Gaunt lo miraba, divertido.
-¿Estás aquí, Brian?
-Lo siento -dijo Brian, y se sonrojó. Sabía que debía devolver la tarjeta, devolverla y salir de este sitio, pero parecía que le era imposible soltarla. El señor Gaunt tenía la mirada fija en sus ojos, fija en su cabeza, parecía, de nuevo, y una vez más le fue difícil retirar la mirada.
-Bien -insinuó en voz baja el señor Gaunt-. Digamos, Brian, que tú eres el comprador. Digamos eso. ¿Cuánto pagarías por esa tarjeta?
Brian sintió que la desesperación pesaba en su corazón como una roca.
-Todo lo que tengo son...
La mano izquierda del señor Gaunt se agitó en lo alto.
-¡Sshh! -dijo con severidad-. ¡Muérdete la lengua! ¡El comprador nunca debe decirle al vendedor cuánto tiene! ¡Equivaldría a que le entregaras la cartera y volcaras el contenido de tus bolsillos en el piso, además! ¡Si no puedes decir una mentira, quédate callado! Ésa es la primera regla del comercio justo, Brian, amigo mío.
Sus ojos, tan grandes y oscuros. Brian sentía que nadaba en ellos. -Esta tarjeta tiene dos precios, Brian. Mitad... y mitad. Una mitad es en efectivo. La otra es un trato. ¿Comprendes?
-Sí -asintió Brian. Otra vez se sentía muy lejos... lejos de Castle Rock, lejos de Cosas Necesaria., incluso lejos de sí mismo. En este lugar lejano, lo único real eran los ojos grandes y oscuros del señor Gaunt.
-El precio en efectivo de esta tarjeta autografiada de Sandy Koufax, de 1956, es de ochenta y cinco centavos -dijo el señor Gaunt-. ¿Te parece justo?
-Sí -respondió Brian. Su voz era distante y diminuta. Sentía que disminuía, disminuía... y se acercaba al punto en que terminaría todo recuerdo claro.
-Bien -dijo la voz acariciante del señor Gaunt-. Hasta ahora, nuestra transacción ha progresado sin problemas. En cuanto al trato... ¿conoces a una mujer llamada Wilma Jerzyck, Brian?
-Wilma, seguro -dijo Brian desde su creciente oscuridad-. Vive al otro lado de la manzana de nosotros.
-Sí, creo que sí -convino el señor Gaunt-. Escucha cuidadosamente, Brian -con toda seguridad siguió hablando, pero Brian no recordó lo que le dijo.
7
Lo siguiente que percibió fue que el señor Gaunt lo dirigía amablemente hacia la calle Main, diciéndole cuánto había disfrutado al conocerlo y le pedía que le dijera a su mamá y a todos sus amigos que se le había tratado bien, que la transacción había sido justa.
-Claro -aseguró Brian. Se sentía desconcertado... pero también se sentía muy bien, como si acabase de despertar de una refrescante siesta vespertina.
-Y visítame de nuevo -dijo el señor Gaunt, justo antes de cerrar la puerta. Brian lo miró. El letrero que ahora colgaba ahí, decía
CERRADO
8
A Brian le pareció que había pasado varias horas en Cosas Necesarias, pero el reloj del banco decía que faltaban diez minutos para las cuatro. Habían sido menos de veinte minutos. Se preparó para montar la bicicleta, y recargó el manubrio contra su vientre mientras metía las manos en los bolsillos de los pantalones. De uno sacó seis brillantes centavos de cobre.
Del otro, la tarjeta autografiada de Sandy Koufax.
Aparentemente, había celebrado alguna clase de trato, aunque Brian, así lo mataran, no podía recordar con exactitud cuál había sido... sólo se acordaba de que se había mencionado el nombre de Wilma Jerzyck.
Para mi buen amigo Brian, con mis mejores deseos, Sandy Koufax.
Cualquiera que hubiese sido el trato, esto lo valía.
Una tarjeta como ésta valía prácticamente cualquier cosa.
Brian la guardó con todo cuidado en su mochila para que no se doblara, se montó en la bicicleta y empezó a pedalear con prisa hacia casa. Sonrió todo el camino.
Dos
1
Cuando en un pequeño pueblo de Nueva Inglaterra se abre una tienda nueva, los residentes -aunque se comporten como palurdos en otros aspectos- exhiben una actitud cosmopolita que rara vez pueden igualar sus primos de la ciudad. En Nueva York o Los Angeles, la inauguración de una

nueva galería puede atraer a un pequeño grupo de presuntos clientes, o simples espectadores, antes de que se abran las puertas por primera vez; es posible que un club nuevo congregue incluso una fila y barricadas de policías, con paparazzi, armados con bolsas de dispositivos y lentes de telefoto, de pie, expectantes, detrás de ellas. Se produce un excitado zumbido de conversación, como entre los asistentes al teatro de Broadway, antes del estreno de una obra, la cual, éxito aplastante o fracaso total, es seguro que origine comentarios.

Cuando se inaugura una tienda nueva en un pequeño pueblo de Nueva Inglaterra, rara vez se reúne una multitud antes de que se abran las puertas y nunca una fila. Cuando se levantan las persianas, se quita la llave a las puertas y se declara abierto el nuevo establecimiento, los clientes van y vienen en un goteo que, sin duda, le parecerá apático a un forastero... y probablemente como un mal presagio para la futura prosperidad del encargado de la tienda.

Con frecuencia, la impresión de falta de interés disfraza una intensa anticipación y una observación aún más intensa (Cora Rusk y Myra Evans no eran las únicas dos mujeres que habían mantenido zumbando las líneas de los teléfonos a causa de Cosas Necesarias las semanas previas a que abriera). Sin embargo, ese interés y anticipación no alteran el código de conducta conservador de los compradores del pequeño pueblo. Hay ciertas cosas que No Se Hacen, sencillamente, sobre todo en los estrechos enclaves yanquis al norte de Boston. Estas sociedades durante nueve meses de cada año son mayormente suficientes para sí mismas, y se considera de mal gusto mostrar demasiado interés demasiado pronto, o en cualquier otra forma que indique más que una curiosidad pasajera, por así decirlo.

La visita a una tienda nueva en un pequeño pueblo y la asistencia a una fiesta de prestigio social en una gran ciudad, son actividades que causan una enorme agitación entre los posibles participantes y existen reglas para ambas ocasiones, reglas tácitas, inmutables y extrañamente similares. La principal entre éstas es que no se debe ser el primero en llegar. Desde luego, alguien tiene que romper esta norma fundamental o nunca llegaría nadie, pero es muy probable que una tienda nueva permanezca vacía por lo menos los siguientes veinte minutos después de que se ha dado vuelta al letrero de CERRADO en el escaparate para que diga ABIERTO, por primera vez, y un observador entendido apostaría con certeza a que los visitantes iniciales acudirán en grupo: un par, un trío, pero lo más factible es un cuarteto de damas.

La segunda regla consiste en que los compradores que investigan muestren una cortesía tan estricta que raya en lo gélido. La tercera es que (en la primera visita, al menos) no se debe preguntar la historia de los nuevos propietarios de tienda o pedirles pruebas de su autenticidad La cuarta establece que nadie lleve un regalo de bienvenida al o un pay hecho

pueblo, en especial uno tan cursi como un pastel en casa. La última regla es tan inflexible como la primera: uno no debe irse al último.

Esta majestuosa gavota, la cual se podría llamar la Danza de la Investigación Femenina, tiene una duración que fluctúa de dos semanas a dos meses, y no se aplica cuando es alguien del pueblo quien abre el negocio. Esa clase de inauguración tiende a ser como una cena de iglesia de la Semana del Viejo Hogar: informal, jovial y bastante tediosa. Pero cuando el nuevo comerciante es De Fuera (siempre se dice en esa forma, para que se puedan oír las mayúsculas), la Danza de la Investigación Femenina es tan inevitable como el hecho de la muerte y la fuerza de gravedad. Cuando termina el periodo de prueba (nadie publica un anuncio en el periódico y lo avisa, pero todos lo saben, de alguna manera), sucede una de dos cosas: el flujo del negocio se vuelve más normal y los clientes satisfechos llevan regalos tardíos de bienvenida e invitaciones para visitarlos o fracasa el nuevo negocio. En los pueblos como Castle Rock en ocasiones se habla de los pequeños negocios como "quebrados" semanas o incluso meses antes de que los desventurados propietarios descubran el hecho por sí mismos.

En Castle Rock, había por lo menos una mujer que no actuaba con apego a las reglas aceptadas, a pesar de lo inmutables que pudieran parecerles a los demás. Era Polly Chalmers, quien manejaba Cose y Cose. La mayor parte de los habitantes no esperaban de ella un comportamiento normal; casi todas las damas de Castle Rock (y muchos de los caballeros) consideraban que Polly Chalmers era una Excéntrica.

Polly presentaba toda clase de problemas para los árbitros socíales autonombrados de Castle Rock. Para empezar, nadie podía establecer con seguridad el hecho más básico: ¿Era Polly de Castle Rock o De Fuera? Sin duda alguna había nacido en el pueblo, pero a la edad de dieciocho años se había ido con el bebé de Duke Sheehan en el vientre. Eso había sucedido en 1970, y sólo había vuelto una vez antes de su regreso definitivo en 1987.

Ese breve conato de regreso había empezado a fines de 1975, cuando su padre se estaba muriendo de cáncer en el intestino. Después de su muerte, Lorraine Chalmers sufrió un ataque cardiaco y Polly se quedó para cuidar a su madre. Lorraine había sufrido un segundo ataque al corazón -éste fatal- a principios de la primavera de 1976 y, después de que se enterró a su madre en Homeland, Polly (quien para entonces había adquirido un auténtico Aire de Misterio, a criterio de las damas del pueblo) se había ido de nuevo.

Según el consenso general, esta vez se había ido para siempre, y cuando en 1981 murió la última Chalmers que quedaba, la vieja tía Evvie, y Polly no asistió al funeral, el consenso pareció un hecho probado. Sin embargo, hacía cuatro años que había regresado y abierto su tienda de costura. Aunque nadie lo sabía con seguridad, parecía probable que hubiese utilizado el dinero de la tía Evvie Chalmers para financiar la nueva empresa. ¿A quién más se lo podría haber dejado esa vieja libertina demente?

Los seguidores más ávidos de la comédie humaine en el pueblo (que era la mayoría) se sentían seguros de que, si Polly tenía éxito en su pequeño negocio y se quedaba, a su debido tiempo, se les revelarían muchas de las cosas que les inspiraban curiosidad. Pero en el caso de Polly, eran numerosos los puntos que permanecían oscuros. Eso era realmente exasperante.

Se sabía que había pasado algunos de los años intermedios en San Francisco, pero nada más -Lorraine Chalmers había sido endemoniadamente reservada en cuanto a su hija rebelde. ¿Había ido a la escuela en esa ciudad o en alguna otra parte? Dirigía su negocio como si hubiese tomado cursos de administración, y aprendido mucho de ellos, también, pero nadie podía afirmarlo con certeza. Cuando regresó era soltera, pero, ¿se habla casado en San Francisco o en uno de esos lugares donde podría (o no podría) haber pasado algún tiempo entre Entonces y Ahora? Nadie lo sabia, tampoco, si bien nunca se había casado con el chico Sheehan -él había ingresado a los Infantes de Marina, había cumplido unos cuantos servicios ahí, y ahora vendía bienes raíces en algún lugar de New Hampshire-. ¿Y por qué había regresado Polly para quedarse después de todos esos años?

La mayoría se preguntaba qué habría pasado con el bebé. ¿Se había provocado un aborto la hermosa Polly? ¿Lo había dado en adopción? ¿Se había quedado con él? Si ése era el caso, ¿había muerto? ¿Estaba vivo ahora en la escuela en alguna parte y le escribía una carta ocasional a su madre? Nadie conocía esos detalles tampoco y, en muchas formas, las preguntas sin respuesta acerca del "bebé" eran las más mortificantes. La chica que se había marchado en un Greyhound con un bebé en el vientre, ahora era una mujer de casi cuarenta años y había vuelto, vivido y hecho negocios en el pueblo, durante cuatro años, y nadie sabía siquiera el sexo del bebé que había ocasionado que se fuera.

Últimamente, Polly Chalmers había dado al pueblo una nueva demostración de su excentricidad, si es que se necesitaba: sostenía relaciones con Alan Pangborn, el comisario de Castle Rock, y hacía tan sólo año y medio que el comisario Pangborn había enterrado a su esposa y su hijo menor. Esta conducta no era todo un Escándalo, pero era Excéntrica, ciertamente, así que nadie se sorprendió cuando vieron a Polly Chalmers caminando por la calle Main desde su puerta hasta la de Cosas Necesarias a las diez y dos minutos de la mañana del 9 de octubre. Ni siquiera les sorprendió lo que llevaba en las manos enguantadas; un recipiente Tupperware que sólo podía contener un pastel.

Era, comentaron los locales cuando lo discutieron más tarde, muy propio de ella.

2

El escaparate de Cosas Necesarias ya estaba limpio de jabón y se había colocado ahí una docena más o menos de objetos: relojes, un marco de plata, una pintura, un precioso tríptico en espera de que alguien lo llenara con las fotografías amadas. Polly miró estos artículos con aprobación y luego se dirigió a la puerta. El letrero que colgaba de ella decía ABIERTO. Cuando Polly obedeció la sugerencia del letrero, una pequeña campanilla tintineó sobre su cabeza -ésta se había instalado después del prestreno de Brian Rusk.

La tienda olía a alfombra nueva y pintura fresca. Estaba llena con la luz del sol y, cuando entró, mirando a su alrededor con interés:, le llegó un claro pensamiento: Esto es un éxito. Ni un solo cliente ha pasado por esa puerta todavía -a menos que yo sea uno- y ya es un éxito. Extraordinario. Esos juicios precipitados no eran propios de ella ni tampoco lo era la sensación de aprobación instantánea, pero eran innegables.

Un hombre alto estaba inclinado sobre una de las vitrinas do cristal. Cuando tintineó la campanilla, levantó la mirada y le sonrió.

-Hola -dijo.

Polly era una mujer práctica con un criterio bien definido y a quien, en general, le agradaban sus propios conceptos, y por esta razón le resultó complejo el instante de confusión que la invadió cuando vio los ojos de este desconocido.

Lo conozco, fue el primer pensamiento claro que apareció a través de la nube inesperada. He visto antes a este hombre. ¿Dónde?

Sin embargo, no era así, y ese conocimiento -esa seguridadllegó un momento más tarde. Fue un déjá vu, supuso, esa sensación de recuerdo falso que afecta a todo el mundo de vez en cuando, una sensación que es desorientadora por ser tan ilusoria y tan prosaica a la vez.

Durante un momento o dos, quedó desconcertada y sólo pudo sonreírle sin mucha convicción. Luego movió la mano izquierda piara sujetar mejor el recipiente para pastel que llevaba y por el dorso se disparó un cruel rayo de dolor hacia la muñeca en dos puntas brillantes. En lo profundo de su carne parecía estar hundidos los dientes de un largo tenedor de acero. Era artritis, y le dolía como el demonio, pero al menos enfocó de nuevo su atención, y habló sin un retraso notable...

aunque pensó que el hombre pudo haberlo percibido, de todos modos. Los brillantes ojos castaños daban la impresión de tener una gran capacidad de percepción.
-Hola -dijo-. Mi nombre es Polly Chalmers. Soy dueña de la tienda de vestidos y costura a dos puertas de la suya. Puesto que somos vecinos, pensé que debía visitarlo y darle la bienvenida a Castle Rock antes de que empiece el bullicio.
El hombre sonrió y se iluminó todo su rostro. Polly sintió que una sonrisa de respuesta movía sus propios labios, a pesar de que todavía le dolía terriblemente la mano izquierda. Si no estuviese enamorada de Alan, pensó, creo que me arrojarrá a los pies de cite hombre sin un quejido. Muéstreme el camino al dormitorio, amo, iré con toda discreción. Con un rasgo de humor, se preguntó cuántas de las damas que se asomarían aquí para un rápido vistazo antes de que terminara el día, se irían a casa con una pasión voraz por él. Vio que no llevaba anillo de matrimonio; más leña al fuego.
-Encantado de conocerla, señorita Chalmers -dijo, adelantándose-. Soy Leland Gaunt -extendió la mano al acercarse, y frunció levemente el ceño cuando ella retrocedió un pequeño paso.
-Lo siento -se excusó Polly-. No estrecho la mano de nadie. No crea que soy descortés, por favor. Tengo artritis -colocó el recipiente Tupperware sobre la vitrina más cercana y levantó las manos, las cuales estaban cubiertas con guantes de piel de cabritilla. No había nada monstruoso en ellas, pero estaban claramente deformadas, la izquierda un poco más que la derecha.
Algunas mujeres del pueblo pensaban que, en realidad, Polly estaba orgullosa de su enfermedad; de no ser así, razonaban, ¿por qué estaría tan dispuesta a exhibirla? La verdad era lo opuesto, exactamente. Aun cuando no era una mujer vanidosa, su apariencia le interesaba lo suficiente para que la molestara la fealdad de sus manos. Las mostraba lo antes posible y cada vez que lo hacía emergía en su mente el mismo pensamiento por breves instantes, tan breves que casi siempre pasaba inadvertido: Ahí está. Terminó. Ahora podemos seguir con lo que sea.
Por lo general, la gente mostraba cierta incomodidad o desconcierto cuando les mostraba las manos. En el caso de Gaunt, no fue así. En cambio, tomó en sus manos la parte superior del brazo de Polly y se lo estrechó. Debió haberlo considerado como un gesto íntimo e incorrecto para ser la primera ocasión en que cruzaban palabra, pero no reaccionó en esa forma. La acción fue amistosa, breve, un tanto divertida, incluso. Al mismo tiempo, se alegró de que fuese rápida. Las manos de Gaunt le transmitieron una seca sensación desagradable incluso a través del ligero abrigo de verano que llevaba puesto.
-Debe ser difícil dirigir un taller de costura con ese problema particular, señorita Chalmers. ¿Cómo se las arregla?
Era una pregunta que le formulaban muy pocas personas y, con excepción de Alan, no podía recordar a nadie más que se lo hubiese preguntado de forma tan directa.
-Mientras pude, seguí cosiendo el día completo -dijo-. Al mal tiempo, buena cara, supongo que diría: Ahora tengo media docena de chicas que trabajan para mí media jornada y yo me de-' dico al diseño. Pero todavía tengo algunos días buenos - esto era mentira, pero consideraba que no causaba ningún daño, puesto que, sobre todo, lo decía para su propio beneficio.
-Bien, estoy encantado de que haya venido. Le diré la verdad... sufro un caso grave de miedo al público.
-¿En realidad? ¿Por qué? -si- Polly nunca se precipitaba en sus juicios sobre lugares y acontecimientos, aún era más cautelosa en sus juicios sobre las personas, y le sorprendió, incluso la alarmó un poco, la rapidez y naturalidad con que sintió que congeniaba con este hombre, a quien había conocido menos de un minuto antes.
-No dejo de pensar en la posibilidad de que no venga ni una sola persona. Ni una sola. En todo el día.
-Vendrán. Querrán ver su mercancía... parece que nadie se imagina qué es lo que vende una tienda llamada Cosas Necesarias... pero lo que es más importante, querrán conocerlo a usted. Sólo que, en un lugar pequeño, como Castle Rock...
-... nadie quiere parecer demasiado ansioso -terminó el señor Gaunt-. Lo sé, ya he tenido experiencia en pueblos pequeños. Mi mente racional me asegura que lo que usted acaba de decir es la verdad absoluta, pero otra voz insiste en decir: "No vendrán, Leland, viejo amigo, ooh, no, no vendrán, permanecerán alejados en multitudes, espera y verás".
Polly se rió, recordando, de pronto, que ella había sentido exactamente lo mismo cuando inauguró Cose y Cose.
-¿Pero qué es esto? -preguntó Gaunt, tocando el recipiente Tupperware con una mano. Y Polly observó lo que Brian Rusk ya había visto: los dedos primero y segundo de esa mano eran del mismo largo.
-Es un pastel. Y si conozco este pueblo la mitad de lo que creo que lo conozco, le puedo asegurar que será el único que reciba hoy.
El señor Gaunt le sonrió, claramente complacido.
-¡Gracias! Muchas gracias, señorita Chalmers... estoy conmovido. .

Y ella, quien nunca le pedía a nadie que usara su nombre de pila el primer día que se conocían, o incluso después de varias entrevistas (y quien sospechaba de cualquiera -corredores de bienes raíces, agentes de seguros, vendedores de autos- que se apropiaba de ese privilegio de motu proprio), se quedó perpleja al escucharse diciendo:
-Si vamos a ser vecinos, ¿no debería llamarme Polly?
3
El pastel era de chocolate, como lo comprobó Leland cuando levantó la tapa y lo olió. Le pidió a Polly que se quedara y tomara una rebanada con él. Polly declinó. Gaunt insistió:
-Con seguridad tiene a alguien al frente de su tienda, y nadie se atreverá a poner un pie en la mía hasta dentro de media hora, por lo menos eso debe cumplir con los protocolos. Y tengo miles de preguntas acerca del pueblo.
Polly aceptó, ante ese argumento. Gaunt desapareció por la puerta encortinada en la parte trasera de la tienda y Polly oyó que subía escaleras -el área de la planta alta, supuse, debe de ser su vivienda, aunque sea temporal-, en busca de platos y tenedores. Mientras esperaba su regreso, Polly deambuló mirando los objetos a la venta.
Un letrero enmarcado en la pared, junto a la puerta por la que labia entrado, anunciaba que la tienda estaría abierta de las diez da la mañana a las cinco de la tarde los lunes, miércoles, viernes y sábados. Permanecería cerrada, "excepto previa cita", martes y jueves hasta fines de la primavera... o, pensó Polly con una sonrisa interior, hasta que los turistas y vacacionistas extravagantes y chiflados llegaran de nuevo, agitando puñados de dólares.
Cosas Necesarias, decidió, era una tienda de curiosidades. Una tienda de curiosidades para clientes ricos, hubiese añadido después de un solo vistazo, pero un examen más detenido de los artículos sugería que no se podían clasificar tan fácilmente.
Los objetos que habían estado en exhibición cuando Brian estuvo ahí la tarde anterior -geoda, cámara Polaroid, retrato de Elvis Presley y unos cuantos más- aún seguían en su lugar, pero se habían añadido cerca de cuatro docenas más. De una de las paredes blancas colgaba un tapete de reducidas dimensiones que probablemente valía una pequeña fortuna -era turco y antiguo-. Había una colección de soldados de plomo en una de las vitrinas, los cuales era posible que fueran antiguos, pero Polly sabía que todos los soldados de plomo, incluso los moldeados en Hong Kong el lunes de la semana anterior, tienen esa apariencia de antigüedad.
Los objetos variaban en la forma más insólita. Entre el retrato de Elvis, el cual le parecía la clase de artículo que se vendería en cualquier feria a mitad del camino en Estados Unidos por $4.99, y una veleta con un águila norteamericana, singularmente insignificante, estaba una lámpara de cristal de colores, la cual sin duda valía cerca de ochocientos dólares y podría valer tanto como cinco mil. Una tetera maltrecha y sin encanto estaba flanqueada por un par de preciosas poupées, y Polly no pudo ni siquiera imaginarse lo que valdrían esas hermosas muñecas francesas con las mejillas coloreadas y ligas en las piernas.
Había una selección de tarjetas de beisbol y tabaco, un abanico de revistas baratas de los años treinta (Weird Tales, Astounding Tales, Thrilling Wonder Stories), un radio de mesa de los cincuenta en ese horrible tono de rosa pálido que parecía favorecer la gente de esa época cuando se trataba de artículos eléctricos, si no es que de política.
La mayoría de los objetos -aunque no todos- tenían pequeñas placas frente a ellos: GEODA DE CRISTAL TRIÁSICO, ARIZONA, decía una. JUEGO DE DADOS ESTÁNDAR, decía otra. La que estaba frente a la astilla que había asombrado tanto a Brian anunciaba que era MADERA PETRIFICADA DE TIERRA SANTA. Las placas frente a las estampas y las revistas baratas decían: SE SURTEN OTRAS SOBRE PEDIDO.
Todos los artículos, ya fuesen basura o tesoros, tenían un detalle en común, observó: ninguno tema etiqueta de precio.
4
Gaunt regresó con dos pequeños platos -sencilla cerámica Corning, nada elegante-, un cuchillo para pastel y un par de tenedores.
-Todo está amontonado -le confió, quitando la tapa del recipiente para posarla a un lado (la volteo al revés para que no imprimiera un anillo de betún sobre la vitrina de la cual se estaba sirviendo)-. Tan pronto como ponga todo en orden aquí, empezaré a buscar casa, pero por ahora viviré sobre la tienda. Todo está en cajas de cartón. Dios, odio las cajas de cartón. ¿Quién cree...?
-No tan grande -protestó Polly-. ¡Por Dios!
-De acuerdo -dijo Gaunt alegremente y colocó la rebanada gruesa de pastel de chocolate en uno de los platos-.Ésta será para mí. ¡Come, tragón, come, caramba! ¿Así está bien para usted?
-Más delgada.
-No puedo cortarla más delgada -indicó, y cortó un estrecho trozo de pastel-. Huele delicioso. Gracias de nuevo, Polly.
-No tiene por qué darlas.
El aroma del pastel era espléndido, y Polly no estaba a dieta, pero su negativa inicial había sido algo más que cortesía de primera vista. Las últimas tres semanas habían sido una extensión de un

maravilloso clima de verano en Castle Rock, pero el lunes había enfriado el clima, y sus .manos sufrían con el cambio. Una vez que sus articulaciones se acostumbraran a temperaturas más bajas, era probable que disminuyera el dolor (rogaba porque así fuera, y así había sucedido otras veces, pero no estaba ciega a la naturaleza progresiva de la enfermedad), pero esta mañana, desde temprana hora, había sido intenso. Cuando esto ocurría, no estaba segura de lo que podría o no hacer con sus traidoras manos, y la negativa inicial fue producto de su preocupación y mortificación potencial.

Ahora se quitó los guantes, flexionó la mano derecha experimentalmente. Un pinchazo de dolor voraz corrió del antebrazo al codo. Flexionó de nuevo, los labios oprimidos con anticipación. El dolor llegó, pero esta vez fue menos intenso. Se relajó un poco. Iba a estar bien. Nada placentero, no tan agradable como debe ser compartir un pastel, pero estaría bien. Tomó el tenedor con precaución, doblando los dedos lo menos posible al asirlo. Mientras se llevaba el primer bocado a la boca, vio que Gaunt la miraba con simpatía. Ahora se compadecerá, pensó sombríamente, y me dirá lo terrible que fue la artritis de su abuelo. O de su ex esposa. O de alguien.

Pero Gaunt no se compadeció. Tomó un bocado de pastel y puso los ojos en blanco en un gesto cómico.

-Olvídese de la costura y los patrones -dijo-, debería abrir un restaurante.

-Oh, yo no lo hice, pero le transmitiré el cumplido a Nettie Cobb. Es mi ama de llaves.

-Nettie Cobb -asintió Gaunt pensativo, cortando otro pedazo de su rebanada de pastel.

-Sí... ¿la conoce?

-Oh, lo dudo -respondió con el aire de un hombre a quien, de pronto, se le llama al momento presente-. No conozco a nadie en Castle Rock -la miró con malicia por el rabillo del ojo-. ¿Habrá oportunidad de contratarla por otro lado?

-Ninguna -aseguró Polly, riendo.

-Le iba a preguntar acerca de corredores de bienes raíces

-di¡o-. ¿Quién cree que sea el más confiable en los alrededores?

-Oh, todos son unos ladrones, pero es probable que Mark Hopewell lo sea menos que los demás.

Gaunt ahogó la risa y se puso una mano delante de la boca para suprimir una rociada de migas. Luego empezó a toser, y si a Polly no le hubiesen dolido tanto las manos, le habría dado unas palmadas amistosas en la espalda. Aunque fuese la primera visita, le agradaba este hombre.

-Perdón -dijo, todavía riendo un poco-. Sin embargo, todos son unos ladrones, ¿verdad?

-Sin duda alguna.

Si Polly hubiese sido otra clase de mujer -una que fuera menos reservada acerca de los hechos de su propio pasado-, habría empezado a formularle a Leland Gaunt preguntas inductivas. ¿Por qué había venido a Castle Rock? ¿Dónde había estado antes de venir aquí? ¿Estaría por mucho tiempo? ¿Tenía familia? Pero no era esa clase de mujer, así que respondió a las preguntas de él con gran contento... con deleite, incluso, ya que ninguna buscaba información sobre ella. Gaunt deseaba algunos datos sobre el pueblo, el flujo del tráfico en la calle Main durante el invierno y si había un lugar cercano en el que pudiese comprar una bonita estufa Jotul pequeña y primas de seguros y cien cosas más. Del bolsillo del blazer azul que llevaba, sacó una libreta de apuntes de piel negra y anotó con seriedad los nombres que mencionó Polly.

La joven miró su plato y vio que había terminado el pastel. Todavía le dolían las manos, pero las sentía mucho mejor que cuando llegó. Recordó que casi había decidido no visitar la hueva tienda dada la intensidad del dolor. Ahora se alegraba de haberlo hecho.

-Me tengo que ir -se disculpó, mirando el reloj-. Rosalie pensará que me he muerto.

Ambos habían comido de píe. Ahora Gaunt apiló cuidadosamente los platos, colocó los tenedores encima y volvió a tapar el recipiente del pastel.

-Le regresaré esto tan pronto como se termine el pastel -dijo-, ¿No hay problema?

-Ninguno.

-Es probable que se lo tenga para media tarde, entonces -añadió Gaunt, imperturbable.

-No tiene que ser tan pronto respondió Polly mientras Gaunt la acompañaba a la puerta-. Ha sido un placer conocerlo.

-Gracias por su visita -dijo Gaunt. Por un momento Polly pensó que se proponía tomarla del brazo y sintió cierta consternación ante la perspectiva del contacto, tonto, desde luego, pero no lo hizo-. Lo que esperaba que fuera un día espeluznante, se convirtió en uno muy placentero, gracias a usted.

-Todo saldrá bien -Polly abrió la puerta, luego se detuvo. No le había preguntado nada acerca de él mismo, pero sentía curiosidad por un detalle, demasiada curiosidad para irse sin preguntarle-. Tiene muchas cosas interesantes...

-Gracias.

... pero nada tiene precio. ¿Por qué es eso?

Gaunt sonrió.

-Es una pequeña excentricidad mía, Polly. Siempre he creído que una venta que vale la pena amerita cierto regateo. Creo que debo haber sido un comerciante en tapetes del Medio Oriente en mi última encarnación. De Irak, probablemente, para mi vergüenza.
-¿Así que cobra lo que resiste el mercado? -preguntó Polly, un poco en broma.
-Podría decir eso -aceptó con seriedad, y de nuevo Polly se asombró ante el intenso color castaño de sus ojos, cuán extrañamente hermoso-. Prefiero pensar que el valor se define según la necesidad.
-Entiendo.
-¿En verdad?
-Bueno... creo que sí. Eso explica el nombre de la tienda.
Gaunt sonrió.
-Pudiera ser -asintió-. Supongo que pudiera ser, en efecto.
-Bien, le deseo un día muy productivo, señor Gaunt...
-Leland, por favor. O sólo Lee.
-Leland, entonces. Y no se preocupe por los clientes. Creo que para el viernes tendrá que contratar un guardia de seguridad para que los ahuyente al final del día.
-¿Lo cree? Sería maravilloso.
-Adiós.
-Ciao -dijo, y cerró la puerta tras ella.
Gaunt permaneció, ahí por un momento, observando mientras Polly Chalmers caminaba por la calle y se estiraba los guantes sobre las manos, tan deformes y en un contraste tan notorio con el resto de ella, el cual era armonioso y atractivo, si no es que francamente extraordinario. La sonrisa de Gáunt se acentuó. Cuando sus labios se retrajeron, exponiendo los fuentes irregulares, la sonrisa se convirtió en una desagradable mueca depredadora.
-Me servirás -susurró en voz baja en la tienda vacía-. Me servirás muy bien.
Sus labios se retrajeren Más aún, mostrando unas encías tan oscuras que eran negro púrpura, como moretones recientes y empezó a reírse.
5
La predicción de Polly resultó ser bastante acertada. Para la hora del cierre de ese día, casi todas las mujeres de Castle Rock -las qué importaban, como sea- y varios hombres se habían detenido ,en Cosas Necesarias para darle un rápido vistazo. Casi todos ellos le aclararon enfáticos a Gaunt que sólo contaban con unos minutos, pues estaban en camino a una cita previa.
Stephanie Bonsaint, Cynthia Rose Martin, Barbara Miller y Francine Pelletier fueron las primeras; Steffie, Cyndi Rose, Babs y Francie llegaran en un grupo protector antes de que transcurrieran diez minutos después de que se observó que Polly salía de la tienda nueva (la noticia de su salida se extendió rápida y minuciosamente por teléfono y el eficiente telégrafo casero que funciona con tanta efectividad en los patios traseros de Nueva Inglaterra).
Steffie y sus amigas miraron. Exclamaron oh y ah. Le aseguraron a Gaunt que tenían cierta prisa debido a que era su día de bridge (omitiendo decirle que, por lo común, el juego empezaba hasta cerca de las dos de la tarde). Francie le preguntó de dónde era. Gaunt le informó que era de Akron, Ohio. Steffie le preguntó si llevaba mucho en el negocio de antigüedades. Gaunt le explicó que no lo consideraba como un negocio de antigüedades... exactamente. Cyndi Rose quiso saber si el señor Gaunt había vivido por una larga temporada en Nueva Inglaterra. Algún tiempo, respondió Gaunt; algún tiempo.
Más tarde, las cuatro coincidieron en que la tienda era interesante -¡tantas cosas singulares!-, pero la entrevista había sido muy poco exitosa. El hombre era tan reservado como Polly Chalmers, tal vez más. Babs señaló entonces lo que todas sabían (o pensaban que sabían): que Polly fue la primera persona del pueblo que entró a la tienda nueva y que había llevado un pastel. Tal vez, especuló Babs, conocía al señor Gaunt... desde esa Época Anterior, los años que había pasado Fuera del pueblo.
Cyndi Rose expresó interés en un jarrón Lalique y le preguntó cuánto costaba al señor Gaunt (quien estaba a la mano, pero no rondaba alrededor de uno, observaron todas con aprobación).
-¿Cuánto cree usted? -preguntó Gaunt, sonriendo.
Ella le devolvió la sonrisa, con cierta coquetería.
-Oh -dijo-. ¿Es ésta la forma en que maneja las ventas, señor Gaunt?
-Es la forma en que las manejo -admitió.
-Bueno, si regatea con los yanquis, se expone a perder más de lo que pueda ganar -afirmó Cyndi Rose, mientras sus amigas contemplaban el intercambio con la profunda fascinación de los espectadores de un encuentro de campeonato en Wimbledon.
-Eso -dijo Gaunt- está por verse -su voz todavía era amistosa, pero ahora también tenía un tono ligeramente desafiante.
Cyndi Rose miró con atención el jarrón. Steffie Bonsaint le susurró unas palabras al oído. Cyndi Rose asintió con un movimiento de cabeza.
-Diecisiete dólares -concluyó. El jarrón, en realidad, se veía como si pudiese valer cincuenta, y supuso que en una tienda de antigüedades de Boston alcanzaría un precio de ciento ochenta.

Gaunt se colocó los dedos debajo de la barbilla en un ademán que habría reconocido Brian Rusk.
-Creo que mi precio sería de cuarenta y cinco, por lo menos dijo con cierto pesar.
Los ojos de Cyndi Rose se iluminaron; aquí había posibilidades. Al principio, el jarrón Lalique sólo le despertó un leve interés, más bien corno otro tema de conversación con el misterioso señor Gaunt. Ahora lo miró más de cerca y vio que en realidad era una bonita pieza, una que luciría espléndida en su sala. El borde de flores alrededor del largo cuello del jarrón era del color exacto de su papel tapiz. Hasta que Gaunt respondió a su sugerencia con un precio que estaba a corta distancia de su alcance, no se había dado cuenta de la intensidad con que deseaba el jarrón.
Cyndi lose consultó con su amiga.
Gaunt las observaba, sonriendo amablemente.
La campanilla sobre la puerta sonó y entraron dos damas más.
En Cosas Necesarias, había empezado el primer día de negocios.
6
Cuando el Club de Bridge de la calle Ash salió de Cosas Necesarias diez minutos después, Cyndi Rose Martin llevaba una bolsa con asas. Dentro estaba el jarrón Lalique, envuelto en papel de seda. Lo había comprado por treinta y un dólares, más impuesto, casi todo su dinero para gastos menores, pero estaba tan encantada que casi ronroneaba de satisfacción.
Por lo común, se sentía dudosa y un poco avergonzada de sí misma después de esas compras compulsivas, segura de que la habían engatusado, si no es que engañado rotundamente, peto hoy no era el caso. Éste fue un trato en el que ella había salido ganadora. El señor Gaunt incluso le había pedido que volviera, ya que tenía el juego de ese jarrón y llegaría en un embarque esa misma semana -¡tal vez mañana mismo!-. Éste se vería precioso en la pequeña mesa de la sala, pero si tenía el par, colocaría uno en cada extremo de la repisa de la chimenea y el efecto sería devastador. Sus amigas coincidían en que había obtenido una ganga y, aunque estaban un poco frustradas por la escasa información que les había proporcionado el señor Gaunt acerca de sus antecedentes, su opinión sobre él, en general, era bastante favorable.
-Tiene unos hermosos ojos verdes -dijo Francine Pelletier, en un leve tono de ensoñación.
-¿Son verdes? -preguntó Cyndi Rose, un tanto sorprendida. Ella había pensado que eran grises-. No me fijé bien.
7
Esa tarde, Rosalie Drake, de Cose y Cose, visitó Cosas Necesarias en su hora de descanso, acompañada por el ama de llaves de Polly, Nettie Cobb. En la tienda había varias mujeres curioseando y, en el extremo posterior, dos chicos del Condado Alto de Castle estaban revisando una caja de cartón llena de historietas y murmuraban comentarios emocionados -era sorprendente que hubiesen encontrado aquí tantos de los ejemplares que necesitaban para completar sus respectivas colecciones. Sólo esperaban que los precios no fueran demasiado altos. Era imposible saberlo sin preguntar, pues las bolsas de plástico que contenían las historietas no mostraban el precio.
Rosalie y Nettie saludaron al señor Gaunt, y éste le pidió a Rosalie que de nuevo diera las gracias en su nombre a Polly por el pastel. Sus ojos seguían a Nettie, quien se había alejado después de las presentaciones y estaba mirando con cierta melancolía una pequeña colección de cristal de colores. El señor Gaunt dejó a Rosalie estudiando el retrato de Elvis contiguo a la astilla de MADERA PETRIFICADA DE TIERRA SANTA y se acercó a Nettie.
-¿Le gusta el cristal de colores, señorita Cobb? -preguntó en tono bajo.
Nettie se sobresaltó un poco -Nettie Cobb tenía el rostro y los modales casi dolorosamente tímidos de una mujer hecha para sobresaltarse con las voces, sin importar lo suave y amistosas que fueran, cuando las escuchaba en el área general de su codo- y le sonrió nerviosa.
-Soy señora Cobb, señor Gaunt, aunque hace algún tiempo que falleció mi esposo.
-Lamento escuchar eso.
-No es necesario. Ya han pasado catorce años. Un largo tiempo. Sí, tengo una pequeña colección de cristal de colores -se veía casi temblorosa, como podría estarlo un ratón ante la proximidad de un gato-. No podría darme el lujo de unas piezas tan preciosas como éstas. Son hermosas. Como deben verse las cosas en el cielo.
-Bien, le diré algo -dijo el señor Gaunt-. Adquirí bastantes piezas de cristal de colores cuando compré éstas, y son más baratas de lo que usted piensa. Y las otras son mucho más bonitas. ¿Le gustaría venir mañana y darles un vistazo?
Nettie se sobresaltó de nuevo y se alejó cautelosa un paso, como si le hubiese preguntado si le gustaría venir al día siguiente para que él pudiera pellizcarle el trasero unas cuantas veces... tal vez hasta que gritara.
-Oh, no creo... El jueves es mi día ocupado, ¿sabe?... en casa de Polly... los jueves limpiamos toda la casa... ya sabe...
-¿Está segura de que no puede darse una vuelta? -la animó-. Polly me dijo que usted hizo el pastel que trajo esta mañana...

-¿Estuvo bien? -preguntó Nettie, nerviosa. Sus ojos decían que esperaba que le dijera: No, no estuvo bien, Nettie, me dio calambres; de hecho, me obligó a que corriera varias veces a la puerta trasera y por tanto la voy a lastimar, Nettie, la voy a arrastrar hasta la habitación trasera y le retorceré los pezones hasta que aúlle pidiendo clemencia.
-Estaba exquisito -dijo en tono tranquilizante-. Me recordó los pasteles que hacía mi madre... y eso fue hace mucho tiempo.
Éste era el punto débil de Nettie, quien había sentido un gran cariño por su madre a pesar de las palizas que le administraba esa dama después de sus frecuentes salidas por las noches a tabernas y cantinas. Nettie se relajó un poco.
-Qué bien -asintió-. Me alegro mucho de que le haya gustado. Fue idea de Polly, por supuesto. Es la mujer más dulce del mundo.
-Sí -dijo Gaunt-. Después de conocerla, se lo creo -miró en dirección de Rosalie Drake, pero Rosalie seguía curioseando. Volvió la vista a Nettie y expresó-: Siento que le debo una pequeña señal de agradecimiento.
-¡Oh, no! -protestó Nettie, alarmada de nuevo-. No me debe nada. Ni una sola cosa, señor Gaunt.
-Vuelva, por favor. Veo que sabe apreciar el cristal de colores... y podría devolverle el recipiente para pastel de Polly.
-Bueno... supongo que podrá venir durante mi descanso... -los ojos de Nettie decían que no podía creer lo que estaba oyendo de su propia boca.
-Maravilloso -dijo el señor Gaunt, y se alejó de ella, con celeridad, antes de que cambiara de parecer otra vez. Se aproximó a los chicos y les preguntó qué habían encontrado. Titubeantes, le mostraron varios números atrasados de El Hombre Increíble y Los Hombres X. Cinco minutos más tarde, salieron con la mayor parte de las revistas de historietas en las manos y expresiones de júbilo asombrado en los rostros.
Apenas se había cerrado la puerta detrás de ellos, cuando se abrió de nuevo. Entraron Cora Rusk y Myra Evans. Miraron a su alrededor, con ojos brillantes y ávidos como los de las ardillas en temporada de cosecha de nueces, e inmediatamente se dirigieron a la vitrina que contenía el retrato de Elvis. Cora y Myra se inclinaron, gorjeando con interés y exhibiendo unos traseros que fácilmente tenían el ancho de dos mangos de hacha.
Gaunt las observaba, sonriendo.
La campanilla sobre la puerta volvió a tintinear. La recién llegada era tan grande cómo Coca Rusk, pero Cora era gorda y esta mujer se veía fuerte -cómo se ve fuerte un leñador con un vientre de cerveza. Llevaba un gran botón prendido a la blusa. Las letras rojas proclamaban:
NOCHE DE CASINO-¡SÒLO PARA DIVERSIÓN!
El rostro: de la dama tenía el encanto de una pala para la nieve. Su cabello, de un tono café común y corriente y sin vida, estaba casi cubierto por completo con una pañoleta severamente atada bajo su ancha barbilla. Inspeccionó el interior de la tienda por un momento o dós, los pequeños ojos. hundidos moviéndose veloces de un lado a otro, careo los ojos, de un pistolero que examina el interior de una cantina antes de empujar las puertas batientes y armar una bronca. Luego entró.
Pocas de las mujeres que circulaban entre las vitrinas le concedieron más de un vistazo, pero Nettie Cobb miró a la recién llegada con una extraordinaria expresión de desconcierto y odio mezclados. En seguida, huyó precipitada del cristal de colores. Su movimiento captó 1,1 atención de la mujer con la pañoleta. Miró a Nettie con una especie de desprecio masivo y luego la ignoró..
La campanilla sobre la puerta tintineó cuando Nettie salió. de la tienda.
El señor Gaunt observaba todo esto con gran interés.
Se acercó a Rosalie, y dijo:
-Me temo, que la señora Cobb se marchó sin usted.
Rosalie se vio sorprendida.
-¿Por qué...? -empezó, y en, eso sus ojos se fijaron en la recién llegada con el botón de Noche de Casino prendido firmemente entre sus pechos. Estaba examinando el tapete turco que colgaba de la pared cota el esmero concentrado de un estudiante de arte en una galería. Tenía las manos plantarlas en sus inmensas caderas-. Oh -exclamó Rosalie-. Discúlpeme, realmente debo irme.
-No hay mucho cariño entre esas dos, diría -comentó el señor Gaunt.
Rosalie sonrió distraída.
Gaunt miró de nuevo a la mujer con la pañoleta.
-¿Quién es ella?
Rosalie arruó ta nariz.
-Wilma Jerzyck -dijo-. Discúlpeme... debo alcanzar a Nettie. Es muy sensible, ¿sabe?
-Desde luego -respondió Gaunt, y observó a Rosalie mientras atravesaba la puerta. Añadió para sí mismo-.: ¿Acaso no lo somos todos?
En eso, Cora Rusk le dio un pequeño golpecito en el hombro.
-¿Cuánto cuesta ese retrato de El Rey? -exigió.

Leland Gaunt dirigió su deslumbrante sonrisa hacia ella.
-Bien, hablemos al respecto -reinició-. ¿Cuánto cree que vale?.

Tres

1

El puerto de comercio más nuevo de Castle Rock llevaba casi dos horas cerrado cuando Alan Pangborn circulaba lentamente por la calle Main hacia el edificio municipal, el cual albergaba la oficina del comisario y el Departamento de Policía de Castle Rock. Iba detrás del volante del último automóvil sin insignias: una camioneta Ford Town and Country, 1986. El auto de la familia. Se sentía deprimido y un poco ebrio. Sólo había tomado tres cervezas, pero le habían pegado duro.
Cuando pasó frente a Cosas Necesarias, lanzó una mirada de aprobación al toldo verde oscuro que sobresalía por encima de la acera, igual que lo había hecho Brian Rusk. Su conocimiento acerca de esos detalles decorativos no era muy extenso (carecía de relaciones con los empleados de la Compañía de Recubrimientos y Puertas Dick Perry de South Paris), pero pensó que le daba cierto toque de clase a la calle Main, donde la mayoría de los propietarios de los comercios habían añadido fachadas falsas y se habían dado por satisfechos. Todavía ignoraba lo que se vendía en el nuevo lugar -Polly lo, sabría, si había ido esta mañana, como lo tenía planeado-, pero a Alan le recordaba uno de esos acogedores restaurantes franceses donde llevas a la chica de tus sueños antes de tratar de convencerla de que te acompañe a la cama.
Tan pronto como lo pasó, el lugar desapareció de su mente. Dos calles adelante, señaló a la izquierda y dio vuelta en el estrecho pasaje entre la manzana de ladrillos, desproporcionadamente baja, del edificio municipal y el inmueble, recubierto con madera blanca, de Aguas Distritales. Esta vía indicaba que era para VEHÍCULOS OFICIALES ÚNICAMENTE.
El edificio municipal estaba construido como una L invertida y contaba con un pequeño lote de estacionamiento en el ángulo que formaban las dos alas. Tres de los lugares estaban marcados OFICINA DEL COMISARIO. En uno de ellos estaba estacionado el viejo y traqueteado Volkswagen sedán de Norris Ridgewick. Alan se estacionó en otro, apagó los faros y llevó la mano a la manija de la portezuela.
De pronto, lo atacó la depresión que lo había estado asediando desde que salió de La Puerta Azul en Portland, rodeándolo en la forma en que los lobos dan vueltas alrededor de las fogatas en los cuentos que había leído en su infancia. Soltó la manija y permaneció sentado detrás del volante de la camioneta, esperando a que pasara.
Había pasado el día en la Corte de Distrito de Portland, como testigo de la fiscalía en cuatro juicios continuos. El distrito comprendía cuatro condados -York, Cumberland, Oxford, Castle- de todos los representantes de la ley que servían en esos condados, Alan Pangborn era quien tenía que viajar desde más lejos. Los tres jueces de distrito, por tanto, se esforzaban por programar los casos de la corte en grupos, a modo de que sólo tuviese que efectuar el viaje una o dos veces al mes. Esto le posibilitaba dedicarle más tiempo al condado que había jurado proteger, en vez de pasarlo en las carreteras entre Castle Rock y Portland, pero también significaba que, después de una de esas largas sesiones en la corte, se sentía como un chico de secundaria que salía a tropezones del auditorio donde había presentado las Pruebas de Aptitudes Escolares. Sabía que no era conveniente que bebiera después de eso, pero se había encontrado a Harry Cross y George Crompton, quienes iban en camino a La Puerta Azul y habían insistido en que Alan fuera con ellos. Había una buena razón para esa reunión: una cadena de robos claramente relacionados, que habían ocurrido en todas sus áreas. Pero la verdadera razón por la que había ido fue la que tienen en común las decisiones equivocadas: en el momento le pareció una buena idea.
Ahora estaba sentado detrás del volante del que había sido el auto de la familia, cosechando lo que había sembrado por propia voluntad. La cabeza le dolía ligeramente. Sentía más que un conato de náusea. Pero lo peor era la depresión -había vuelto implacable.
¡Hola!, le gritaba alegremente desde la fortaleza dentro de su cabeza. ¡Aquí estoy, Alan! ¡Me da gusto verte! ¿Adivina qué? ¡Aquí estás, al final de un largo y penoso día, y Annie y Todd siguen muertos! ¿Recuerdas la tarde del sábado en que Todd derramó la leche malteada en el asiento delantero? ¿Justo donde ahora está tu portafolio? ¿ Y tú le gritaste? ¡Uau! No lo has olvidado, ¿ verdad? ¿Lo olvidaste? ¡Bueno, no es problema, Alan, porque aquí estoy para recordártelo! ¡Y recordártelo! ¡Y recordártelo!
Levantó el portafolio y miró con atención el asiento. Sí, ahí estaba la mancha, y sí, le había gritado a Todd. Todo, ¿por qué siempre tienes que ser tan torpe? Algo parecido, no gran cosa, pero, desde luego, no fue la clase de expresión que pronunciarías si supieras que a tu chico le queda menos de un mes de vida.
Se le ocurrió que las cervezas no eran el problema real; era este auto, el cual nunca se había limpiado adecuadamente. Se había pasado el día conduciendo con los fantasmas de su esposa y su hijo menor.
Se inclinó y abrió la guantera para sacar la libreta de infracciónes -el llevarla consigo, incluso cuando se dirigía a Portland para pasarse el día atestiguando en la corte, era una costumbre inquebrantable- y metió la mano. Su mano golpeó un objeto tubular que cayó en el piso de la

camioneta con un pequeño ruido sordo. Colocó la libreta de infracciones sobre el portafolio y se agachó para recoger lo que fuese que había caído de la guantera. Lo sostuvo de modo que captó el brillo de la luz de arco de sodio y lo miró por un largo rato, sintiendo que lo invadía el terrible dolor de pérdida y desconsuelo. La artritis de Polly le afectaba las manos; la suya, por lo visto, le afectaba el corazón, ¿y quién podría determinar cuál de los dos sufría irás?

La lata había pertenecido a Todd, por supuesto... Todd, quien; sin duda, de habérsele permitido, habría vivido en la Tienda de Novedades Auburn. El chico estaba fascinado con las baratijas que vendían ahí: zumbadores, polvo para estornudar, vasos que goteaban, jabón que le daba a las manos del usuario el color de ceniza volcánica, cagadas de perro en plástico.

Todavía está aquí esta cosa. Hace diecinueve meses que fallecieron, y aún sigue aquí. ¿Cómo demonios la pasé por alto? ¡Cristo!

Alan dio vueltas a la lata en la mano, recordando cómo habla suplicado el chico que se le permitiera comprar ese objeto en particular con su dinero para gastos, cómo Alan mismo había puesto reparos, citando el proverbio de su propio padre: el tonto y su dinero, pronto se separan. Y cómo Annie había predominado sobre él con su habitual forma amable.

Escúchate a ti mismo, señor mago aficionado, hablando como un puritano. ¡Me encanta! En primer lugar, ¿de dónde crees que sacó esta demente afición por los juegos de manos y los trucos? Puedes creerme que nadie en mi familia tenía un retrato enmarcado de Houdíni colgado en la pared. ¿Quieres decirme que en los tórridos y atolondrados días de tu juventud no compraste un vaso o dos que gotean? ¿Que no te hubieras muerto por tener el viejo truco de la serpiente en lux lata de nueces si lo hubieses visto en algún escaparate?

Alan, refunfuñando y dudando, tenía un tono cada vez más semejante al de un ampuloso y estirado charlatán. Finalmente, tuvo que llevarse una mano a la boca para ocultar una sonrisa de tur bación. Sin embargo, Annie la había visto. Annie siempre lo hacía. Ése era su don... y en más de una ocasión había sido la salvación para él. Su sentido del humor -y también su sentido tic la perspectiva- siempre había sido mejor que el suyo: Más agudo.

Deja que lo compre, Alan -sólo será niño una vez. Y, además, es gracioso.

Y él había crecido. Y...

-... y tres semanas después había derramado la leche malteada en el asiento, y cuatro semanas más tarde había muerto. ¡Ambos habían muerto! ¡Uau! ¡Imagínatelo! El tiempo vuela, ¿verdad, Alan? ¡Pero no te preocupes! ¡No te preocupes, porque yo te lo recordaré constantemente! ¡Sí, señor! ¡No cesaré de recordártelo, porque ése es mi trabajo y me propongo cumplirlo.

La lata tenía una etiqueta que decía NUECES SURTIDAS TASTEEMUNCH. Alan giró la tapa y, de un salto, salió metro y medio de serpiente verde comprimida, pegó contra el parabrisas y rebotó en su regazo. Alan la miró, oyó en su cabeza la risa del hijo muerto y empezó a llorar. Su llanto no era espectacular, sino silencioso y exhausto. Parecía que las lágrimas tenían mucho en común con las posesiones de sus seres amados fallecidos; nunca llegabas al final. Había demasiadas y, justo cuando empezabas a relajarte y pensabas que habías terminado, que, por fin, la casa estaba limpia, encontrabas más. Y una más. Y una más.

¿Por qué había dejado que Todd comprara la maldita cosa? ¿Por qué estaba todavía en la maldita guantera? ¿Y por qué se había llevado la maldita camioneta, en primer lugar?

Sacó el pañuelo del bolsillo trasero y se enjugó las lágrimas del rostro. Después, lentamente, introdujo la serpiente -papel crepé verde barato, enrollado en un resorte de metal- en la falsa lata de nueces. Giró la tapa para cerrarla y rebotó pensativo la lata en la mano.

Tira la maldita cosa.

Pero no creía que pudiera hacerlo. Esta noche no, al menos. Guardó la broma -la última que había comprado Todd en lo que consideraba la tienda más fabulosa del mundo- en la guantera y la cerró. Luego, tomó la manija de nuevo, agarró el portafolio y bajó del auto.

Respiró profundamente en el aire de las primeras horas de la noche, esperando que le ayudara. No fue así. Podía oler maderas descompuestas y productos químicos, un olor nada agradable que provenía con regularidad de las fábricas de papel en Rumford, a cuarenta y cinco kilómetros de distancia al norte. Decidió que llamaría a Polly y le preguntaría si podía visitarla -eso ayudaría un poco.

¡Nunca habías tomado una mejor decisión!, convino con energía la voz de la depresión. Y a propósito, Alan, ¿recuerdas lo feliz que estaba Todd con la serpiente? ¡La probaba con todo mundo! ¡Casi le provoca a Norris Ridgewick un ataque al corazón del susto, y tú te reíste tanto que faltó poco para que te mojaras los pantalones! ¿Te acuerdas? ¿No es cierto que era muy vivaz? ¿No es cierto que era maravilloso? Y Annie -¿recuerdas cómo se rió cuando se lo contaste?-. También ella era vivaz y maravillosa. Desde luego, al fina/ ya no era tan vivaz ni tan maravillosa, pero tú no lo notaste siquiera, ¿verdad? Tenías cosas más importantes en qué ocuparte. El asunto de Thad Beaumont, por ejemplo -no te lo podías quitar de la mente. Lo que sucedió en su casa junto al lago y cómo, cuando todo terminó, adoptó la costumbre de embriagarse y llamarte. Y después, su esposa tomó a los gemelos y lo abandonó-. Todo eso, agregado al movimiento normal en el pueblo, te mantenía muy ocupado, ¿no es cierto? Demasiado ocupado para percibir lo que estaba ocurriendo

en tu propia casa. Qué desgracia que no lo hayas visto. ¡En caso contrario, vaya, es posible que todavía estuviesen vivos! Eso es algo que tampoco debes olvidar, y yo seguiré recordándotelo... y recordándotelo... y recordándotelo. ¿De acuerdo? ¡De acuerdo!
En un costado de la camioneta, justo sobre el tubo de llenado de gasolina, había un raspón de treinta centímetros de largo. ¿Había ocurrido desde que murieron Annie y Todd? No lo podía recordar realmente y, como sea, no importaba mucho. Pasó los dedos sobre el raspón y de nuevo tomó nota mental de que debía llevarla a la Sunoco de Sonny para que la arreglaran. Por otra parte, ¿para qué molestarse? ¿No sería mejor llevarle la maldita cosa a Harrie Ford en Oxford y cambiarla por algo más pequeño? El kilometraje todavía era relativamente bajo; era muy probable que se la recibieran en un buen precio...
¡Pero Todd derramó la leche malteada en el asiento delantero!, intervino de inmediato indignada la voz en su cabeza. ¡Lo hizo cuando estaba vivo, Alan, compañero! Y Annie...
-Oh, cállate -dijo.
Se acercó al edificio y después se detuvo. Estacionado muy cerca tan cerca que lo habría mellado la puerta de la oficina si se abría a todo lo que daba, estaba un gran Cadillac Seville. No necesitaba mirar la matrícula para saber que era: KEETON 1. Deslizó pensativamente la mano sobre la suave piel del auto y luego entró.
2
Sheila Brigham estaba sentada en el cubículo con pared de cristal del despachador, leyendo la revista People y bebiendo un YooHoo. El conjunto oficina del comisario/Departamento de Policía de Castle Rock estaba por lo demás desierto, excepto por Norris Ridgewick.
Norris estaba sentado ante una antigua máquina de escribir eléctrica IBM, trabajando en un informe con la angustiante y emocionante concentración que sólo Norris podía transmitir al papeleo administrativo. Miraba fijamente a la máquina y luego, de pronto, se inclinaba hacia adelante como un hombre a quien se ha golpeado en el vientre y pegaba en las teclas en un estallido de traqueteos. Permanecía en la posición encorvada lo suficiente para leer lo que había escrito y después emitía un suave gemido. Se oía el sonido de ¡click-rap!, ¡click-rap!, cuando Norris usaba el corrector IBM al retroceder sobre algún error (gastaba una cinta correctora por semana, en promedio), y después se enderezaba. Se daba una pausa llena de expectación y se repetía el ciclo. AL cabo de una hora más o menos de este ritual, Norris dejaba caer el informe terminado en la canasta de PENDIENTES de Sheila. Una o dos veces a la semana, estos informes eran comprensibles incluso.
Norris levantó la vista y sonrió cuando Alan cruzó la reducida área de celdas.
-Hola, jefe, ¿qué hay de nuevo?
-Bueno, ya nos quitamos de en medio a Portland por dos o tres semanas. ¿Sucedió algo aquuí?
-No, lo de siempre. ¿Sabes, Alan?, tienes los ojos más rojos que el demonio. ¿Has estado fumando ese extraño tabaco otra vez? -Ja, ja -masculló Alan con aspereza-. Me detuve para un par de tragos con un par de polizontes y después contemplé las luces altas de todos los autos durante cincuenta kilómetros. ¿Tienes las aspirinas a la mano?
-Siempre -dijo Norris-. Ya lo sabes -el cajón inferior del escritorio de Norris contenía su propia farmacia privada. Lo abrió, hurgó y sacó una botella de tamaño gigante de Kaopectate con sabor a fresa, miró la etiqueta por un momento, movió la cabeza, la dejó caer de nuevo en el cagón y hurgó otro poco. AL fin sacó un frasco de aspirinas.
-Tengo un pequeño trabajo para ti -indicó Alan, en lo que tomaba el frasco y sacudía dos aspirinas en la mano. Junto con las pastillas, salió una buena cantidad de polvo blanco y se preguntó por qué las aspirinas genéricas producían más polvo que las de marca. Se preguntó además si no estaría perdiendo la razón.
-Au, Alan, tengo que hacer dos más de estas pesadillas E-9, y...
-Cálmate -Alan fue hasta el enfriador de agua y sacó un vaso de papel del cilindro atornillado a la pared. Blub-blub-blub, emitió el enfriador mientras llenaba el vaso-. Sólo consiste en que cruces la oficina y abras la puerta por la que acabo de entrar. Tan sencillo que hasta un niño lo podría hacer, ¿correcto?
-¿Qué...?
-Pero no se te olvide tu libreta de infracciones -dijo Alan, y se tragó las aspirinas.
Norris Ridgewick de inmediato se puso en guardia.
-La tuya está sobre el escritorio, junto al portafolio.
-Lo sé. Y ahí se va a quedar, por lo menos esta noche.
Norris la miró un buen rato. Finalmente, preguntó:
-¿Buster?
Alan asintió con un movimiento de cabeza.
-Buster. De nuevo se estacionó en el condenado lugar para los minusválidos. La última vez le dije que ya me había cansado de advertírselo.
Todos los que conocían al Principal Concejal de Castle Rock, Danforth Keeton III, le llamaban Buster... pero los empleados municipales que deseaban conservar sus empleos se aseguraban de

decirle Dan o señor Keeton cuando estaba en los alrededores. Únicamente Alan, que era un funcionario electo, se atrevía a decirle Buster en su cara, y lo había hecho un par de veces, ambas cuando estaba muy enojado. Sin embargo, suponía que se repetiría la ocasión. Dan "Buster" Keeton era un hombre con quien Alan Pangborn se enojaba con facilidad.
-¡Vamos! -protestó Norris-. Hazlo tú, Alan.
-No puedo. La semana próxima tengo la junta de asignación de fondos con los concejales.
-A mí me odia -dijo Norris en tono pesimista-. Sé que me odia.
-Buster odia a todo el mundo, excepto a su esposa y su madre -aseguró Alan-, y no estoy tan seguro acerca de su esposa. Pero sigue en pie el hecho de que, en el último mes, le he advertido por lo menos media docena de veces que no debe estacionarse en el único lugar que tenemos para minusválidos, y ahora le voy a dar una lección.
-No, la lección será para mí, sobre cómo encontrar otro empleo. Esta es realmente mezquino, Alan. Te soy sincero -Norris Ridgewick se veía como un anuncio para Cuando a las Personas Buenas les Suceden Cosas Malas.
-Relájate -lo tranquilizó Alan-. Le pones una infracción de cinco dólares en el parabrisas. Viene a verme y primero me pide que te despida.
Norris gimió.
-Me niego. Después me dice que rompa la multa. Me niego a eso también. Luego, mañana al mediodía, ya que haya tenido la oportunidad de echar espuma por la boca durante un rato, cedo. Y cuando me presente en la próxima junta de asignación de fondos, me debe un favor.
-Sí, ¿pero qué me debe a mí?
-¿Norris, quieres una pistola de radar?
-Bueno...
-¿Y qué hay acerca de un fax? Llevamos casi dos años hablando de un fax.
Si!, gritó la voz en su mente con alegría simulada. ¡Empezaste a hablar de eso cuando todavía Annie y Todd estaban vivas, Alan! ¿Lo re-uerda? ¿Recuerdas cuando estaban vivos?
-De acuerdo -dijo Norris. Tomó su libreta de infracciones con la tristeza y resignación escritas con grandes letras en el rostro.
-Así me gusta -dijo Alan con una efusividad que no sentía-. Estaré en mi oficina por un rato.
3
Cerró la puerta y marcó el número de Polly.
-¿Hola? -respondió Polly, y Alan supo de inmediato que no le hablaría de la depresión que lo había abrumado con esa perfección absoluta. Polly tenía sus propios problemas esta noche. Con esa sola palabra había comprendido la situación. El sonido de la l en hola fue ligeramente indistinto. Eso sólo sucedía cuando tomaba un Percodán, o tal vez más de uno, y sólo tomaba Percodán cuando el dolor era muy intenso. Aunque nunca lo había expresado con franqueza, Alan presentía que Polly esperaba con terror el día en que los calmantes dejaran de producir efecto.
-¿Cómo estás, hermosa dama? -preguntó, mientras se recargaba en la silla y se colocaba una mano sobre los ojos. La aspirina no parecia ser de mucha utilidad para su cabeza. Tal vez debería pedirle a Polly un Perc, pensó.
-Estoy bien -Alan percibió la forma cuidadosa con que hablaba, pasando de una palabra a otra, como una mujer que cruza un arroyo pisando las piedras que sobresalen-. Y tú, ¿cómo estás? Se te oye cansado.
-Los abogados siempre me producen cansancio -archivó la idea de visitarla. Polly diría: Desde luego, Alan, y le agradaría verlo, casi tanto como a él le agradaba verla, pero le impondría más tensión de la que necesitaba esta noche-. Creo que me iré a casa y me acostaré temprano. ¿No te importa si no voy a verte hoy?
-No, cariño. En realidad, es mejor.
-¿Estás muy mal esta noche?
-He estado peor -dijo con cautela
-No es eso lo que pregunté.
-No demasiado mal, no.
Tu propia voz dice que eres una embustera, cariño, pensó.
-Bien. ¿Qué pasó con esa terapia con ultrasonido de la que me hablaste? ¿Averiguaste algo?
-Bueno, sería estupenda si pudiera darme el lujo de pasar un mes y medio en la clínica Mayo, como prueba, pero no puedo. Y no me respondas que tú puedes, Alan, porque estoy demasiado cansada como para decirte mentiroso.
-Pensé que habías dicho el hospital de Boston...
-El próximo año -dijo Polly-. Van a instalar una clínica para terapia con ultrasonido el año que viene. Tal vez.
Hubo un momento de silencio y Alan estaba a punto de despedirse cuando Polly habló de nuevo. Esta vez su tono era un poco más animado.

-Esta mañana fui a la nueva tienda. Le pedía Nettie que hiciera un pastel y lo llevé. Por pura terquedad, por supuesto... las damas no llevan golosinas horneadas a las inauguraciones. Está prácticamente grabado en piedra.
-¿Cómo es? ¿Qué vende?
-Un poco de todo. Si me pusieras una pistola en la cabeza, te diría que es una tienda de curiosidades y objetos de colección, pero en realidad desafía la descripción. Tendrás que verla por ti mismo.
-¿Conociste al dueño?
-El señor Leland Gaunt, de Akron, Ohio -dijo Polly, y ahora .Atan pudo oír la sugerencia de una sonrisa en su voz-. Este año va a ser el ídolo del grupo elegante de Castle Rock... como sea, ésa es mi predicción.
-¿Qué piensas de él?
Cuando habló de nuevo, le llegó con más claridad la sonrisa de su voz.
-Bueno, Alan, voy a ser sincera... tú eres mi amor, y espero que yo sea el tuyo, pero...
-Lo eres -el dolor de cabeza se había disipado un poco. Dudaba que fuese la aspirina de Norris Ridgewick la que estuviese produciendo este pequeño milagro.
pero provocó que se me desbocara el corazón. Y deberías haber visto a Rosalie y a Nettie cuando regresaron...
-¿Nettie? -Alan quitó los pies del escritorio y se enderezó en la silla-. ¡Nettie se asusta con su propia sombra!
-Sí. Pero en vista de que Rosalie la convenció de que fuera con ella, ya sabes que la pobre no va sola a ningún lado, cuando volví a casa esta tarde le pregunté qué opinaba del señor Gaunt. Alan, los lastimosos ojos tristes se le iluminaron al instante. "¡Tiene cristal de colores!", exclamó. "¡Cristal de colores bellísimos! ¡Incluso me invitó a que volviera mañana para que viera más piezas!" Creo que es lo más que me ha dicho de una sola tirada en cerca de cuatro años. Así que le dije: "Fue muy amable de su parte, ¿verdad, Nettie?" Y me respondió, "Sí, ¿y sabes algo?" Le pregunté qué, por supuesto, y Nettie me contestó: "¡Yes muy posible que vaya!"
La risa de Alan fue estrepitosa y sincera.
-Si Nettie está dispuesta a ir a verlo sin una duenna, creo que amerita una investigación. Ese sujeto debe ser realmente encantador.
-Bueno, es algo curioso... no es apuesto, al menos no según los modelos de las estrellas del cine, pero tiene los ojos castaños más maravillosos. Le iluminan toda la cara.
-Cuidado, dama -gruñó Alan-. Se está empezando a crispar mi músculo celoso.
Polly rió un poco.
-No creo que tengas que preocuparte. Sin embargo, hay otra cosa.
-¿Qué es?
-Me dijo Rosalie que cuando Nettie estaba ahí, llegó Wilma Jerzyck.
-¿Sucedió algún incidente? ¿Se cruzaron palabras?
-No. Nettie miró con ferocidad a Jerzyck, y ésta como que le enseñó los dientes a Nettie, así es como lo expone Rosalie, y luego Nettie se fue a toda prisa. ¿Te ha llamado Wilma Jerzyck acerca del perro de Nettie en los últimos días?
-No -dijo Alan-. No ha habido razón. He pasado por la casa de Nettie después de las diez y media una docena de noches durante las últimas seis semanas. El perro ya no ladra. No eran más que los gemidos propios de los cachorros, Polly. Ya creció un poco y tiene una buena dueña. Es posible que Nettie esté un poco escasa de recursos en el piso superior, pero ha cumplido su tarea con ese perro... ¿cómo lo llama?
-Raider.
-Bien, ahora que Raider se ha reformado, Wilma Jerzyck tendrá que buscarse otra persona a quien joder. Sin embargo, la encontrará. Las damas como Wilma siempre tienen a alguien en la mira. Como sea, nunca fue el perro, en realidad. Wilma era la única persona que se quejaba en todo el vecindario. Su objetivo era Nettie. La gente como Wilma tiene un olfato especial para la debilidad. Y en Nettie Cobb esa característica es abundante.
-Sí -Polly se oía triste y pensativa- ¿Sabías que Wilma Jerzyck llamó una noche y le dijo a Nettie que si no callaba al perro iría y le cortaría la garganta?
-Bueno -asintió Alan, en tono conciliador-. Sé que Nettie te lo comentó. Pero también sé que Wilma aterrorizó a Nettie profundamente, y que Nettie ha tenido... problemas. No digo que Wilma Jerzyck no sea capaz de hacer una llamada como ésa, porque sí lo es. Pero podría haber sido producto de la imaginación de Nettie.
La afirmación de que Nettie había tenido problemas era una descripción piadosa, pero no había necesidad de decir más; ambos sabían de qué estaban hablando. Después de años de infierno, casada con un bruto que abusaba de ella en todas las formas que un hombre puede abusar de una mujer, Nettie Cobb había hundido un tenedor para carne en la garganta de su marido mientras éste dormía. Había pasado cinco años internada en Juniper Hill, una institución para enfermos mentales cerca de Augusta. En la actualidad trabajaba para Polly como parte de un programa de rehabilitación. Según el criterio de Alan, no podía haber quedado en mejor compañía y esta opinión

la confirmaba el constante restablecimiento del estado mental de Nettie. Ya tenía dos años viviendo en su propia casa en la calle Ford, a seis manzanas del centro.
-Nettie tiene problemas, de acuerdo -dijo Polly-, pero su reacción al señor Gaunt fue nada menos que sorprendente. Fue muy dulce, en realidad.
-Tendré que ir a ver a ese sujeto con mis propios ojos -dijo Alan.
-Dime lo que piensas. Y fíjate en esos ojos castaños.
-Dudo que a mí me causen la misma impresión que parece que te causaron a ti -observó Alan en tono seco.
Polly rió de nuevo, pero esta vez Alan pensó que sonaba ligeramente forzada.
-Trata de dormir un poco.
-Lo haré. Gracias por llamar, Alan.
-De nada -hizo una pausa-. Te quiero, hermosa dama.
-Gracias, Alan... yo también te quiero. Buenas noches.
-Buenas noches.
Alan colgó el auricular, torció el cuello de ganso de la lámpara del escritorio de modo que lanzara un reflejo de luz a la pared, subió los pies al escritorio y juntó las manos frente a su pecha, como si rezara. Extendió los dedos índices. En la pared, la sombra de un conejo movió las orejas. Alan deslizó los pulgares entre los dedos extendidos y la sombra del conejo arrugó la nariz. Después hizo que el conejo saliera a saltos de la luz del reflector improvisado. Un elefante apareció pesadamente, ondeando la trompa. Las manos de Alan se movían con una facilidad hábil y extraña. Apenas observaba los animales que estaba creando; era una vieja costumbre, su forma de concentrarse.
Estaba pensando en Polly; Polly y sus pobres manos. ¿Qué hacer con Polly?
Si sólo fuese cuestión de dinero, mañana en la tarde estaría en la clínica Mayo, firmada, sellada y entregada. Lo haría, aunque tuviese que envolverla en una camisa de fuerza y llenarla de sedantes para llevarla.
Pero no sólo era cuestión de dinero. El ultrasonido como tratamiento para la artritis degenerativa todavía estaba en la infancia. Con el tiempo, tal vez se volvería tan efectiva como la vacuna Salk o demostraría ser un fraude, como la ciencia de la frenología. En cualquier caso, no tendría sentido intentarlo ahora. Las probabilidades de que fuese improductivo eran de mil a una. No temía a la pérdida del dinero, sino a la frustración de las esperanzas de Polly.
Un cuervo -tan ágil y lleno de vida como el de una caricatura animada de Disney- aleteó lentamente sobre su certificado enmarcado de graduación en la Academia de Policía de Albany. Sus alas se alargaron y se convirtió en un pterodáctilo prehistórico, la cabeza triangular inclinada mientras volaba hacia los archiveros en el rincón y se salía de la luz.
Se abrió la puerta. El lúgubre rostro de sabueso de Norris Ridgewick se asomó.
-Lo hice, Alan -dijo, como un hombre que confiesa el asesinato de varios niños.
-Muy bien, Norris -le agradeció Alan-. La mierda no te salpicará. Te lo prometo.
Norris lo miró un momento más con ojos húmedos y luego asintió con expresión de duda. Después, vio hacia la pared.
-Haz a Buster Alan
- Alan sonrió, negó con la cabeza y extendió la mano hacia la lámpara.
-Anda -le rogó Norris-. Infraccioné su maldito automóvil... me lo merezco. Haz a Buster, Alan. Por favor. Eso me levanta el ánimo.
Alan miró por encima del hombro de Norris, no vio a nadie, y arqueó una mano contra la otra. En la pared, la sombra de un hombre robusto caminaba con paso majestuoso a través de la luz, balanceando el vientre. Se detuvo una vez para subirse los pantalones de sombra en la espalda y continuó su camino, volviendo truculento la cabeza de un lado a otro.
La risa de Norris era aguda y feliz -la risa de un niño-. Por un momento, Alan se vio obligado a pensar en Todd, y luego apartó el recuerdo. Ya había tenido suficiente de eso para una noche, por favor Dios mío.
-Caramba, eso me mata de risa -dijo Norris, riendo todavía-. Naciste demasiado tarde, Alan... podrías haber hecho una carrera en el programa de Ed Sullivan.
-Vete -ordenó Alan-. Fuera de aquí.
Norris cerró la puerta, riendo aún. Alan hizo que Norris -delgaducho y un poco engreído- caminara por la pared y luego apagó la lámpara y sacó una libreta maltrecha del bolsillo trasero. Hojeó en ella hasta que encontró una página en blanco y escribió Cosas Necesarias. Bajo eso, anotó Leland Gaunt, Cleveland, Ohio. ¿Estaba correcto? No. Tachó Cleveland y escribió Akron. Tal vez realmente estoy perdiendo la razón, pensó. En un tercer renglón anotó: Investigar.
Volvió a guardar la libreta en el bolsillo, pensó en irse a casa y, en lugar de eso, encendió la lámpara de nuevo. Casi en seguida, el desfile de sombras marchaba por la pared una vez más: leones y tigres y osos, de todo. Como la niebla de Sandburg,(Carl Sandburg, autor norteamericano, 1878-1967.) la depresión regresó con pequeños pies felinos. La voz insistió en hablarle acerca de Annie y Todd. Después de un rato, Alan Pangborn empezó a escucharla. Lo hacía contra su voluntad... pero con creciente atención.

4

Polly estaba en la cama y, cuando terminó la conversación con Alan, se dio vuelta sobre el costado izquierdo para colgar el teléfono. Se le cayó de la mano y se estrelló en el piso. La base del teléfono Princess se deslizó lentamente por la mesa de noche, con el propósito obvio de unirse a su otra mitad. Polly trató de alcanzarla y su mano golpeó contra el borde de la mesa. Un monstruoso rayo de dolor atravesó la delgada red que el analgésico había tendido sobre sus nervios y siguió veloz hasta el hombro. Tuvo que morderse los labios para ahogar un grito.

La base del teléfono cayó del borde de la mesa y se derrumbó con un simple ¡clingl de la campanilla interior. Polly pudo oír el constante zumbido idiota de la línea abierta que resonaba a la deriva. Se oía como una colmena de insectos que se transmite vía ondw corta.

Pensó en recoger el teléfono con las garras que ahora estaban acurrucadas sobre su pecho, aunque tendría que hacerlo sin asirlo -esta noche, los dedos no se doblarían en absoluto-, sino oprimiendo, como una mujer que toca el acordeón, y de repente fue demasiado, incluso algo tan sencillo como recoger un teléfono que se había caído al piso era demasiado, y empezó a llorar.

El dolor estaba completamente despierto ahora, despierto y voraz, convirtiendo sus manos -en especial la que se había golpeado- en abismos infernales. Permaneció recostada, mirando el techo a través de ojos nublados, y aumentó la intensidad de su llanto.

Oh, dará cualquier cosa por librarme de esto, pensó. Daría cualquier cosa, cualquier cosa, lo que fuera.

5

A las diez de la noche de un día entre semana de otoño, la calle Main en Castle Rock estaba tan herméticamente cerrada como una caja fuerte Chubb. Los faroles de la calle lanzaban círculos de luz blanca en las aceras y las fachadas en los negocios en perspectiva menguante, con lo que el centro se veía como escenario teatral desierto. Se podría pensar que en cualquier momento aparecería una figura solitaria, vestida con frac y un sombrero de copa -Fred Astaire, o tal vez Gene Kelly-, y bailaría de uno de los puntos de luz al otro, cantando lo desolado que se siente un hombre cuando su chica le da calabazas y están cerrados todos los bares. En eso, desde el otro extremo de la calle Main, aparecería otra figura -Ginger Rogers o tal vez Cyd Charisse- vestida en traje de noche. Bailaría hacia Fred (o Gene), cantando lo apesadumbrada que se siente una chica cuando la deja plantada su amor. Se verían el uno al otro, harían un alto artístico y después bailarían juntos frente al banco, o tal vez frente a Cose y Cose.

En cambio; Hugh Priest fue quien apareció a la vista.

No se parecía ni a Fred Astaire ni a Gene Kelly, no había ninguna chica en el extremo opuesto de la calle Main que avanzarte hacia un romántico encuentro fortuito con él y no bailaba, definitivamente. Sin embargo, sí bebía, y había estado bebiendo sin cesar en El Tigre Meloso desde las cuatro de esa tarde. En este punto de las festividades, el caminar ya era una proeza, olvídate de elegantes pasos de baile. Caminaba despacio, pasando de un remanso de luz al otro, su sombra alargada sobre las fachadas de la barbería, el Western Auto, la tienda de renta de vídeos. Se tambaleaba ligeramente, los ojos enrojecidos fijos impasibles frente a él, el gran vientre saliéndose de la sudorosa camiseta azul (en el frente, tenía el dibujo de un enorme mosquito sobre las palabras PÁJARO DEL ESTADO DE MAINE) en una extensa curva colgante. La pick up del Departamento de Obras Públicas de Castle Rock que había estado conduciendo todavía estaba parada en la parte trasera del lote de estacionamiento de El Tigre. Hugh era el poseedor no muy orgulloso de varias infracciones de-tránsito y, después de la última -la dial había resultado en una suspensión por seis meses de su privilegio de conducir-, ese bastardo de Keeton y sus cobastardos Fullerston y Samuel y su coperra Williams (el cuarto concejal de Castle Rock era, en realidad, una mujer) habían puesto en claro que habían llegado al límite de su paciencia con él. La siguiente infracción probablemente significaría la pérdida definitiva de su licencia y, con seguridad, la pérdida de su empleo.

Ni siquiera esto fue suficiente para que Hugh dejara de beber

-ningún poder en la tierra lograría esa proeza-, pero sí fue motivo para que tomara una firme resolución: no conduciría después de que bebiera. Tenía cincuenta y un años, y era un poco tarde en la vida para cambiar de empleo, en especial con un largo historial de conducir ebrio que lo seguiría por todas partes, como una lata atada a la cola de un perro-.

Ésa era la razón por la que esta noche se dirigía caminando a casa, y era un jodido trayecto bastante largo, y un cierto empleado de Obras Públicas, de nombre Bobby Dugas, tendría que darle una buena explicación mañana, a no ser que quisiera irse a casa con unos cuantos dientes menos de los que tenía cuando llegó al trabajo.

Mientras Hugh pasaba frente a la cafetería de Nan, una ligera bruma empezó a humedecerlo. Esto no mejoró su estado de ánimo.

Le había preguntado a Bobby, quien pasaba por delante de la casa de Hugh todas las noches, si esta tarde se dejaría caer por El Tigre para tomarse unas cuantas cervezas. Bobby Dugas había dicho: "Claro, seguro, Hubert" -Bobby siempre le decía Hubert, el cual no era su podido nombre, y podía apostar a que también iba a cambiar esa mierda, y pronto-. Claro, seguro, Hubert, probablemente caeré por ahí alrededor de las siete, como de costumbre.

Por tanto, Hugh, confiado en que Bobby lo llevaría a casa si estaba demasiado achispado para conducir, se había estacionado en El Tigre a las cuatro y cinco, más o menos (había suspendido el trabajo un poco más temprano, casi una hora y media antes, en realidad, pero demonios, Deke Bradfort no había estado por los alrededores), y había entrado directamente. Y a las siete, ¿adivina qué? ¡Ni rastro de Bobby Dugas! Dieron las ocho y las nueve, y las nueve treinta, ¿y adivina qué más? ¡Más de lo mismo, por Dios!

A las nueve cuarenta, Henry Beaufort, cantinero y propietario de El Tigre Meloso, había invitado a Hugh a que se pusiera el sombrero, tomara sus guantes y bastón y se despidiera o, en otras palabras, que se fuera mucho al carajo. Hugh se indignó. Era cierto que había pateado el tocadiscos automático, pero el maldito disco de George Jones había estado saltándose de nuevo.

-¿Qué se suponía que debía hacer, quedarme sentado oyéndolo?

-le preguntó furioso a Henry-. Tienes que sacar ese disco, eso es todo. Ese sujeto se oye como si tuviera un jodido ataque pepiléctico.

-Todavía no tienes bastante, por lo visto -dijo Henry-, pero ya se te dio todo lo que podías obtener aquí. Tendrás que sacar el resto de tu propio refrigerador.

-¿Y si digo que no? -exigió Hugh.

-Entonces, llamaré al comisario Pangborn -respondió Henry tranquilamente.

Los demás parroquianos de El Tigre -no eran muchos a esta hora en un día entre semana-•- observaban el intercambio con interés. Los hombres procuraban ser cuidadosos y corteses cerca de Hugh Priest, sobre todo cuando tenía sus copas, pero nunca ganaría el concurso del Ciudadano más Popular de Castle Rock.

-No me gustaría -continuó Henry-. Pero lo haré, Hugh. Ya me cansé de que le des de patadas a mi rock-ola.

Hugh consideró la siguiente respuesta: Entonces, creo que tendré que darte a ti unas cuantas patadas en cambio, sapo hijo de perra. Pero pensó en ese bastardo obeso de Keeton, entregándole la nota de despido por darle de patadas a un maldito en la taberna local. Desde luego, si en realidad lo despedían, el aviso llegaría por correo, siempre era así, los cerdos como Keeton nunca se ensuciaban las manos (o se arriesgaban a que les hincharan la boca) haciéndolo en persona; no obstante, era útil pensar en eso.., bajaba un poco el volumen. Y él tenía un par de canastillas de cerveza en casa, una en el refri y la otra en el cobertizo.

-Está bien -dijo-. No necesito esta mierda, de cualquier modo. Dame mis llaves -cuando se sentó en la barra, seis horas y dieciocho cervezas antes, se las había entregado a Henry, como precaución.

-No -Henry se secó las manos con una toalla y miró fijamente a Hugh sin inmutarse.

-¿No? ¿Qué diablos quieres decir con no?

-Quiero decir que estás demasiado ebrio para conducir. Lo sé, y mañana, cuanto te despiertes y veas como sientes la cabeza, tú lo sabrás también.

-Escucha -observó Hugh pacientemente-. Cuando te di las malditas llaves, pensaba que alguien me dejaría cerca de casa. Bobby Dugas me dijo que vendría a tomarse unas cuantas cervezas. No es mi culpa que no se haya presentado el estúpido cabrón.

Henry suspiró.

-Simpatizo contigo, pero ése no es mi problema. Me podrías demandar si aniquilas a alguien. Dudo que eso signifique mucho para ti, pero para mí sí es importante. Tengo que cubrirme las espaldas, compañero. En este mundo, nadie lo hace por ti.

Hugh sintió que de la superficie de su mente brotaba resentimiento, autoconmiseración y una desdicha rudimentaria, como algún líquido horrible que rezuma de una lata llena con un desecho tóxico que ha estado enterrada largo tiempo. Miró desde sus llaves, las cuales colgaban detrás de la barra junto a la placa que decía SI NO TE GUSTA NUESTRO PUEBLO, BUSCA EL HORARIO DE SALIDAS, hasta Henry de nuevo. Se alarmó al descubrir que estaba a un paso de las lágrimas.

Henry miró hacia los pocos clientes que aún permanecían en la cantina.

-¡Hey! ¿Alguno de ustedes, imbéciles, se dirige a Castle Hill?

Los hombres miraron sus mesas y ninguno dijo nada. Uno o dos hicieron crujir sus nudillos. Charlie Fortin se fue al sanitario de hombres con lentitud elaborada. Nadie respondió.

-¿Lo ves? -insistió Hugh-. Vamos, dame las llaves.

Henry negó con la cabeza en actitud firme.

-En otra ocasión que quieras venir a tomarte unas cervezas, es conveniente que te traiga alguien.

-¡Está bien, lo haré! -dijo Hugh. Su voz era la de un niño que hace un puchero y está a punto de estallar en un berrinche. Cruzó el salón con la cabeza baja y las manos apretadas en puños. Esperaba que alguien se riera. Casi deseaba que alguien lo hiciera. Entonces limpiaría el piso con un prójimo, y al carajo el empleo. Pero el lugar estaba en silencio, excepto por Reba McEntire, quien gemía algo acerca de Alabama.

-¡Puedes recoger las llaves mañana! -gritó Henry a su espalda.

Hugh no respondió. Con un esfuerzo poderoso, se contuvo de meter una maltratada bota de trabajo amarilla a través de la maldita rock-ola vieja de Henry Beaufort cuando pasaba junto a ella. Después, con la cabeza baja, salió a la oscuridad.

6

Ahora la bruma se había convertido en una auténtica llovizna y Hugh se imaginaba que la llovizna prosperaría en una lluvia constante que lo mojaría hasta los huesos para la hora en que llegara a casa. Así era su suerte. Caminó resuelto, sin tambalearse tanto ahora (el aire le había despejado la mente), los ojos moviéndose inquietos de un lado a otro. Su ánimo era turbulento y deseaba que apareciera alguien y lo provocara de algún modo. Incluso una pequeña provocación sería suficiente para esta noche. Pensó brevemente en el chiquillo que se había cruzado frente a la camioneta la tarde de ayer, y deseó malhumorado haber golpeado al mocoso a todo lo largo de la calle. No hubiese sido su culpa; de ninguna manera. En sus tiempos, los chicos veían por dónde andaban.

Pasó por delante del lote vacío donde había estado el Emporium Galorium antes de que se quemara, Cose y Cose, la ferretería Castle Rock... y, en eso, estaba pasando por Cosas Necesarias. Le lanzó un vistazo al escaparate, miró lo que le restaba de la calle Main (sólo le faltaban cerca de dos kilómetros ahora y, tal vez, después de todo, podría ganarle a la lluvia antes de que empezara a diluviar) y se detuvo de pronto.

Sus pies lo habían llevado más adelante de la nueva tienda y tuvo que regresar. Había una sola luz sobre el escaparate y lanzaba un suave resplandor sobre los tres objetos que se exhibían ahí. La luz se derramó sobre su rostro y produjo una transformación asombrosa. De repente, Hugh se vio como un pequeño niño cansado, aún activo mucho después de la hora de irse a la cama, un pequeño niño que acaba de ver lo que quiere para Navidad -lo que debe tener para Navidad, porque, de pronto, no existe nada comparable en este verde mundo de Dios-. El objeto central en cl escaparate estaba flanqueado por dos jarrones aflautados (el cristal de colores venerado por Nettie Cobb, aunque Hugh ignoraba este detalle y, en caso contrario, no le hubiese importado lo más mínimo).

Era un rabo de zorra.

De súbito, era 1955 de nuevo, acababa de obtener su licencia e iba conduciendo hacia el juego del Campeonato Escolar del Occidente de Maine -Castle Rock vs. Greenspark- en el Ford convertible 1953 de su padre. Era un extemporáneo día cálido en noviembre, lo suficientemente cálido como para bajar el viejo toldo raído y fijarlo en la parte posterior (es decir, si el auto lo ocupaba un grupo de chicos impetuosos, preparados, dispuestos y capaces de armar un escándalo, y había seis de ellos en el auto). Peter Doyon había llevado un frasco de bolsillo lleno con whisky Log Cabin, Perry Como cantaba en la radio, Hugh Priest estaba sentado detrás del volante blanco y de la antena de la radio ondeaba un largo y exuberante rabo de zorra, igual al que ahora estaba contemplando en el escaparate de la tienda.

Recordaba que había mirado ese rabo de zorra ondeante y pensado que cuando tuviese un convertible propio tendría uno exactamente igual.

Recordaba que había rehusado el frasco cuando le llegó el turno. Iba tras el volante y cuando se conduce no se bebe, porque eres responsable de la vida de los demás. Recordaba otra cosa, también: la certidumbre de que estaba viviendo la mejor hora del mejor día de su vida.

El recuerdo lo sorprendió y lo lastimó con su claridad y evocación sensorial total -el aroma a humo de las hojas que se queman, el sol de noviembre centelleando en los reflectores de los pretiles, y ahora, al ver el rabo de zorra en el escaparate de Cosas Necesarias, se le ocurrió que había sido el mejor día de su vida, uno de los últimos días productivos antes de que lo atrapara firmemente la bebida con sus garras elásticas y flexibles, convirtiéndolo en una extraña variación del rey Midas; parecía que, desde entonces, todo lo que tocaba se transformaba en mierda.

De improviso, pensó: podría cambiar.

Esta idea tuvo una claridad impresionante.

Podría empezar de nuevo.

¿Eran posibles esas cosas?

Sí, creo que son posibles algunas veces. Podría comprar ese robo de zorra y atarlo a la antena de mi Buick.

Se reirían, pensó. Sus compinches se reirían.

¿Cuáles compinches? ¿Henry Beaufort? ¿El miserable de Bobby Dugas? ¿ Y qué? Al carajo con ellos. Cómprate ese rabo de zorra, átalo a la antena, y ve a...

¿A dónde voy?

Bueno, para empezar, ¿qué te parece la junta de los jueves en la noche de Alcohólicos Anónimos en Greenspark?

Durante un momento, la posibilidad lo asombró y emocionó, igual que se asombraría y emocionaría un prisionero con una larga condena al ver que un vigilante descuidado olvida la llave en la cerradura de su celda. Por unos instantes, se imaginó que lo hacía, en realidad, que obtenía una ficha blanca, después una roja y luego una azul, manteniéndose sobrio día tras día y mes tras mes. No más El Tigre Meloso. Lástima. Pero ya no pasaría los días de pago con el terror de que, junto con el cheque, encontraría en el sobre el aviso de despido y eso no era una lástima.

En esos pocos minutos, mientras permanecía mirando el rabo de zorra en el escaparate de Cosas Necesarias, Hugh pudo visualizar un futuro. Por primera vez en años, podía visualizar un futuro, y ese hermoso rabo de zorra naranja con la punta blanca flotaba en alto como un estandarte de batalla.
En eso, la realidad se abatió sobre él de nuevo y la realidad olía a lluvia y ropa sucia húmeda. No habría rabo de zorra para él ni juntas de Alcohólicos Anónimos ni fichas ni futuro. Tenía cincuenta y un jodidos años, y a los cincuenta y un años y a se es demasiado viejo para soñar con el futuro. A los cincuenta y un años sólo resta seguir corriendo para escapar de la avalancha de tu propio pasado.
De todos modos, si hubiesen sido horas hábiles, pensó, habría hecho e! intento. Que se condenara si no lo hubiese hecho. Habría entrado, como cualquier hijo de vecino, y preguntado cuánto costaba el rabo de zorra del escaparate. Pero eran las diez de la noche, la calle Main estaba tan impenetrablemente cerrada como el cinturón de castidad de la reina del hielo, y cuando despertara mañana, sintiéndose como si alguien le hubiera plantado un picahielo entre los ojos, habría olvidado todo lo relativo al hermoso rabo de zorra, con su vibrante color bermejo.
No obstante, permaneció un momento más, deslizando los dedos sucios y callosos por el cristal, como un niño que contempla el escaparate de una tienda de juguetes. En las comisuras de la boca se asomaba un esbozo de sonrisa. Era una sonrisa amable que se veía fuera de lugar en el rostro de Hugh Priest. En eso, en alguna parte de Castle View, se oyeron las explosiones falsas de un auto, el retumbo tan agudo como disparos en el aire lluvioso, y Hugh volvió en sí, sobresaltado.
Al carajo. ¿En qué diablos estás pensando?
Se retiró del escaparate y miró de frente hacia casa de nuevo -si querías llamarle casa a la barraca de dos cuartos con la leñera añadida donde vivía-. Cuando pasó bajo el toldo, vio hacia la huerta... y se detuvo otra vez.
El letrero, por supuesto, decía
ABIERTO
Como un hombre en un sueño, Hugh extendió la mano y probó la perilla. Giró libremente bajo su mano. En lo alto, tintineó una pequeña campanilla de plata. El sonido parecía provenir de una distancia imposible.
A la mitad del local estaba un hombre de pie. Pasaba un plumero sobre la cubierta de una vitrina y canturreaba al mismo tiempo. Cuando sonó la campanilla, se dio vuelta hacia Hugh. No parecía sorprendido en lo más mínimo al ver que un presunto cliente se presentaba en la puerta diez minutos después de las diez de la noche, en miércoles. En ese momento confuso, lo único que llamó la atención de Hugh acerca del hombre fueron sus ojos: eran tan negros como los de un indio.
-Se olvidó de darle vuelta al letrero, compañero -oyó Hugh que decía él mismo.
-De ningún modo -respondió el hombre con cortesía-. Me temo que no duermo muy bien y algunas noches se me antoja abrir tarde. Nunca se sabe. cuándo podría pasar una persona, como usted mismo... y prendarse de algún objeto. ¿Le gustaría entrar y dar un vistazo?
Hugh Priest entró y cerró la puerta detrás de él.
7
-Hay un rabo de zorra... -comenzó Hugh, después tuvo que detenerse, aclararse la garganta y empezar de nuevo. Las palabras habían salido en un murmullo ronco, incomprensible-. En el escaparate está un rabo de zorra.
-Sí -dijo el propietario-. Una belleza, ¿verdad? -ahora sostenía el plumero frente a él y los ojos negros de indio miraban con interés a Hugh por encima del racimo de plumas, el cual ocultaba la parte baja de su rostro. Hugh no podía ver la boca del sujeto, pero tenia la impresión de que estaba sonriendo. Por lo general, se inquietaba cuando las personas, especialmente las desconocidas, le sonreían. Le provocaban deseos de pelear. Sin embargo, esta noche no pareció molestarle en absoluto. Tal vez se debiera a que todavía estaba medio ebrio.
-Lo es -coincidió Hugh-. Es una belleza. Cuando yo era pequeño, mi padre tenía un convertible con un rabo de zorra igual a ése atado a la antena. En este pueblucho de mala muerte, muchas personas no creerían que alguna vez fui pequeño; pero lo fui. Igual que todos los demás.
-Desde luego -los ojos del hombre permanecían fijos en los de Hugh y estaba ocurriendo la cosa más extraña... parecía que crecían. Hugh, aparentemente, no podía despegar sus propios ojos de ellos. Un contacto visual prolongado, por lo común, también le provocaba ganas de pelear. Pero esta noche parecía de lo más normal.
-En ese entonces, pensaba que ese rabo de zorra era lo más fantástico del mundo.
-Desde luego.
-Fantástico... ésa era la palabra que usábamos entonces. Nada de esa mierda de pasmoso. Y tronchante... no tengo la menor jodida idea de qué significa eso, ¿usted lo sabe?
Pero el propietario de Cosas Necesarias no respondió, siguió parado, observando a Hugh Priest con los ojos negros de indio por encima del follaje del plumero.
-Como sea, quiero comprarlo. ¿Me lo venderá?
-Desde luego -dijo Leland Gaunt por tercera vez.

Hugh sintió alivio y una súbita y extrema felicidad. De pronto, estaba seguro de que todo saldría bien, todo. Esto era totalmente descabellado; le debía dinero a casi todos los habitantes de Castle Rock y los tres pueblos circunvecinos, había estado a un paso de perder el empleo en los últimos seis meses, su Buick funcionaba por puro milagro, pero también era indudable.
-¿Cuánto? -preguntó. De repente, temió que no pudiera darse el lujo de adquirir ese magnífico rabo y sintió pánico. ¿Qué pasaría si estaba fuera de su alcance? Y peor aún, ¿si en alguna forma conseguía que alguien le prestara el dinero mañana, o pasado mañana, y resultaba que ya lo había vendido este sujeto?
-Bueno, eso depende.
-¿Depende? ¿De qué depende?
-De cuánto esté dispuesto a pagar.
Como un hombre en un sueño, Hugh sacó del bolsillo trasero la maltrecha Lord Buxton.
-Guarde eso, Hugh.
¿Le dije mi nombre?
Hugh no pudo recordarlo, pero guardó la cartera.
-Vacíe sus bolsillos, aquí, sobre esta vitrina.
Hugh volteó sus bolsillos. Sobre la vitrina puso la navaja de bolsillo, un tubo de Certs, el encendedor Zippo y cerca de un dólar cincuenta en cambio, salpicado con tabaco. Las monedas resonaron sobre el cristal.
El hombre se inclinó y miró la pila de objetos.
-Parece que está bien -comentó, y pasó el plumero sobre la magra pila. Cuando lo quitó, la navaja, el encendedor y los Certs todavía estaban ahí. Las monedas habían desaparecido.
Hugh observó esto sin ninguna sorpresa. Se quedó tan silencioso corno un juguete con las baterías muertas mientras el hombre alto se dirigía al escaparate y regresaba con el rabo de zorra. Lo colocó sobre el gabinete, junto a la menguada parafernalia de bolsillo.
Lentamente, Hugh estiró la mano y acarició la piel. Se sentía fresca y suntuosa; crujió con sedosa electricidad estática. Acariciarla era igual a acariciar esa noche de otoño despejada.
-¿Bonita? -preguntó el hombre alto.
-Bonita -respondió Hugh desde la lejanía e hizo ademán de tomar el rabo de zorra.
-No haga eso -dijo con brusquedad el hombre alto, y Hugh retiró la mano de inmediato. Miró a Gaunt con un daño tan profundo que era un pesar-. Aún no hemos regateado.
-No -aceptó Hugh. Estoy hipnotizado, pensó. Que me condenen si no me tiene hipnotizado este sujeto. Pero no importaba. De hecho, en cierto modo, era... agradable.
Hugh buscó de nuevo su cartera, moviéndose con tanta lentitud como un hombre en el agua.
-Deténgase, imbécil... -lo interrumpió el señor Gaunt con impaciencia y dejó a un lado el plumero.
La mano de Hugh cayó de nuevo a su costado.
-¿A qué se debe que tantas personas piensen que todas las respuestas están en sus carteras?- preguntó el hombre en tono quejumbroso.
-No lo sé -dijo Hugh. Nunca antes había considerado la idea-. Parece un poco tonto.
-Peor -replicó mordaz Gaunt. Su voz había adquirido la cadencia fastidiada y un tanto irregular de un hombre que está muy cansado o muy enojado. Estaba muy cansado; había sido un largo día, muy demandante. Se había logrado mucho, pero apenas había empezado el trabajo-. Es mucho peor. ¡Es una estupidez criminal! ¿Sabe algo, Hugh? El mundo está lleno de personas necesitadas que no comprenden que todo, absolutamente todo, está a la venta... si estás dispuesto a pagar el precio. Manejan el concepto de dientes para afuera y se enorgullecen de su saludable cinismo. Pues bien, esa hipocresía no es más que una fantochada. ¡Una absoluta... fantochada!
-Fantochada -concordó Hugh mecánicamente.
-Para las cosas que las personas necesitan en realidad, Hugh, la cartera no es la respuesta. La cartera más gruesa -de este pueblo no vale el sudor de la axila de un obrero. ¡Fantochada total! ¡Y las almas! ¡Si tuviese cinco centavos, Hugh, por cada vez que he oído que alguien dice: "Vendería mi alma por esto y aquello", podría comprar el edificio del Empire State! -se agachó más cerca, y ahora sus labios mostraron los dientes irregulares en una enorme sonrisa maligna-. Dime esto, Hugh: ¿para qué, en nombre de todas las bestias que se arrastran bajo la tierra, querría yo tu alma?
-Para nada, probablemente -su voz se oía muy distante. Parecía que provenía del fondo de una cueva profunda y oscura-. No creo que esté en muy buena forma estos días.
De pronto, el señor Gaunt se relajó y enderezó.
-Ya basta de mentiras y verdades a medias. Hugh, ¿conoces a una mujer llamada Nettie Cobb?
-¿Nettie la loca? Todo el pueblo conoce a Nettie la loca. Mató a su marido.
-Lo sé. Ahora escúchame, Hugh. Escucha cuidadosamente. Después, podrás tomar el rabo de zorra e irte a casa.
Hugh Priest escuchó con gran atención.
Afuera llovía más fuerte y había empezado a soplar el viento.

-¡Brian! -dijo la señorita Ratcliffe con aspereza-. ¡Vaya, Brian Rusk! ¡Nunca lo hubiese creído de ti! ¡Ven acá! ¡Ahora mismo!
Brian estaba sentado en la última fila del salón del sótano donde se impartían las clases de terapia lingüística y había hecho algo malo, terriblemente malo, a juzgar por el tono de voz de la señorita Ratcliffe, pero no sabrá qué era hasta que se puso de pie. Entonces vio que estaba desnudo. Lo invadió una horrible ola de vergüenza, pero también se sintió excitado. Cuando miró hacia su pene y vio que empezaba a endurecerse, sintió alarma y emoción.
-¡Ven aquí; he dicho!
Avanzó lentamente hacia el frente del salón, mientras los demás -Sallv Mevers, Donny Frankel, Nonie Martin y el pobre alelado de Slopey Dodd- lo miraban con ojos desorbitados.
La señorita Ratcliffe estaba de pie frente a su escritorio, las manos en las caderas, los ojos flameantes, una nube maravillosa de cabello castaño rojizo oscuro flotaba alrededor de su cabeza.
-Eres un chico malo, Brian... un chico muy malo.
Brian asintió con la cabeza, sin musitar palabra, pero si., pene estaba levantando su cabeza, y por tanto parecía que, por lo menos, a una parte de él no le importaba ser malo. Que, de hecho, DISFRUTABA siendo malo.
La señorita Ratcliffe le puso un pedazo de tiza en la mano. Brian sintió un pequeño rayo de electricidad al contacto de sus manos.
-Ahora -dijo la señorita Ratcliffe en actitud severa-. Escribirás en el pizarrón TERMINARÉ DE PAGAR MI TARJETA DE SANDY KOUFAX quinientas veces.
-Sí, señorita Ratcliffe.
Empezó a escribir, poniéndose de puntas para alcanzar la parte superior del pizarrón, consciente del aire cálido en las nalgas desnudas. Justo acababa de escribir TERMINARÉ DE PAGAR, cuando sintió que la mano tersa y delicada de la señorita Ratcliffe rodeaba su pene rígido y tiraba de él suavemente. Durante un momento, pensó que caerá desmayado, se sentía tan bien.
-Sigue escribiendo -ordenó la joven detrás de él-, y yo te seguiré haciendo esto.
-Se-señorita Rat-Rat-Ratcliffe, ¿y mis ejercicios lingüísticos? -preguntó Slopey Dodd.
-Cállate o te atropellaré en el lote del estacionamiento, Slopey -dijo la señorita Ratcliffe-. Te haré crujir, compañerito.
Mientras hablaba, segura tirando del pito de Brian. Ahora, él gemía. Estaba mal, lo sabrá, pero se sentía estupendo. Sinceramente, se sentía imponente. Se sentía como que era eso lo que necesitaba. Eso mismo.
Entonces se dio vuelta y no era la señorita Ratcliffe la que estaba detrás de él, sino Wilma Jerzyck, con su gran rostro pálido redondo y los profundos ojos café, como dos pasas hundidas en una bola de masa.
-¡Te la quitará si no pagas! -dijo Wilma-. Y eso no es todo, compañerito. Él...
9
Brian Rusk despertó con tal sacudida que casi cae de la cama al piso. Su cuerpo estaba cubierto de sudor, el corazón golpeaba como un martillo eléctrico y su pene era una pequeña rama rígida bajo los pantalones de la pijama.
Se sentó, todo tembloroso. Su primer impulso fue abrir la boca y llamar a su madre, cono lo hacía cuando era pequeño y una pesadilla invadía su sueño. Después se dio cuenta de que ya no era pequeño, tenía once años... y además, no era la clase de sueño que le contabas a tu madre, de todos modos.
Se recostó, los ojos muy abiertos, contemplando la oscuridad. Miró el reloj digital en la mesa junto a la cama y vio que eran cuatro minutos después de medianoche. Podía oír el sonido de la lluvia, fuerte ahora, que golpeaba contra la ventana de su dormitorio, impulsada por enormes alaridos del viento.
Mi tarjeta. Se perdió mi tarjeta de Sandy Koufax.
No se había perdido. Lo sabía, pero también sabía que no podría volver a dormirse hasta que verificara que todavía estaba ahí, en la carpeta de anillas donde guardaba su creciente colección de estampas Topps de 1956. Ayer, antes de irse a la escuela, había comprobado que ahí estaba; de nuevo, cuando llegó a casa, y la noche anterior, después de la cena, había interrumpido el juego de pase de la bola en el patio trasero con Stanley Dawson para verificar una vez más. Le había dicho a Stanley que tenía que ir al baño. Antes de que se acostara y apagara la luz, le había dado un último vistazo. Reconocía que se había convertido en una especie de obsesión, pero el reconocimiento no la anulaba.
Se deslizó de la cama, sin notar apenas que el aire frío le ponía carne de gallina a su cuerpo caliente y le marchitaba el pene. Caminó en silencio hasta la cómoda. Detrás de él, dejó la forma de su cuerpo en la sábana que cubría el colchón, impresa en sudor. El gran libro estaba sobre la cómoda en un círculo de luz blanca que proyectaba el farol de la calle.
Lo bajó, lo abrió y hojeó rápidamente a través de las hojas de plástico transparente con las bolsas donde se metían las tarjetas. Pasó a Mel Parnell, Whitney Ford y Warren Spahn -tesoros que una vez había contemplado extasiado- con apenas un vistazo. Tuvo un momento de pánico terrible

cuando llegó a las hojas finales de la carpeta, las que todavía estaban vacías, sin ver a Sandy Koufax. Luego, se dio cuenta de que, en su prisa, había pasado varias páginas a la vez. Volvió hacia atrás, y sí, ahí estaba, ese rostro angosto, esos ojos absortos, levemente sonrientes, mirando por debajo de la visera de la gorra.
Para mi buen amigo Brian, con mis mejores deseos, Sandy Koufax.
Sus dedos siguieron los rasgos inclinados de la inscripción. Su; labios se movían. Se sentía en paz de nuevo... o casi en paz. Aún no era realmente suya la tarjeta. Esto era una especie de... un ensayo. Había algo que tenía que hacer antes de que le perteneciera de verdad. Brian no estaba del todo seguro de qué era, pero sabía que se relacionaba con el sueño del que acababa de despertarse, y confiaba en que lo sabría cuando llegara
(¿mañana?, ¿hoy mismo, más tarde?)
el momento.
Cerró la carpeta con la leyenda ¡COLECCIÓN DE BRlaN NO TOCAR! cuidadosamente impresa en una tarjeta de archivo pegada con papel adhesivo en el frente, y la regresó a la cómoda.
Sólo una cosa le molestaba en el hecho de tener la tarjeta de Sandy Koufax. Había querido enseñársela a su padre. En el camino a casa desde Cosas Necesarias se había imaginado cómo sería el acto de mostrársela. Él, Brian, elaboradamente indiferente: Oye, papá, hoy encontré .una 56 en la tienda nueva. ¿ Quieres verla? Su padre diría que sí, sin mayor interés, y seguiría a Brian hasta su habitación para darle gusto -pero en eso, sus ojos se iluminarían al ver el hallazgo de Brian. i Y cuando viera la inscripción... !
Sí, se quedaría atónito y encantado, desde luego. Probablemente le daría unas palmadas en la espalda y le estrecharía la mano.
Pero, ¿después qué?
Después empezarían las preguntas, eso era... y ése sería el problema. Su padre querría saber, primero, dónde había conseguido 1,1 estampa y, segundo, de dónde había sacado el dinero para comprar una tarjeta como esa, la cual era (a) muy poco común, (b) estaba en excelentes condiciones y (c) autografiada. La firma impresa en la tarjeta decía Sanford Koufax, el cual era el verdadero hombre del legendario lanzador de la bola rápida. La firma autógrafa decía Sandy Koufax, y en el extraño mundo, a veces de altos precios, de los coleccionistas de estampas de beisbol, eso significaba que el precio en el mercado alcanzaría hasta ciento cincuenta dólares.
En la mente, Brian ensayó una posible respuesta.
La conseguí en la tienda nueva, papá... Cosas Necesarias. El sujeto me la vendió con un descuento rea/mente ESCANDALOSO... dijo que si mantenía bajos sus precios, la gente se interesaría más en visitar su tienda.
Hasta ahí todo iba bien, pero incluso un chico a quien le faltaba un año para que pagara el precio completo de adulto para entrar al cine sabía que no llegaba mucho más lejos. Las personas siempre se interesaban cuando comentabas que alguien te había dado muy buen precio en algo. Se interesaban demasiado.
¿Ah, sí? ¿Cuánto te descontó? ¿Treinta por ciento?¿ Cuarenta? ¿Te la dio a mitad deprecio? Aun así, serían sesenta o setenta dólares, Brian, y yo SÉ que no tienes esa cantidad de dinero en tu alcancía.
Bueno... en realidad, fue un poco menos, papá.
Está bien, dime. Cuánto pagaste?
pues... ochenta y cinco centavas.
¿Te vendió una tarjeta de beisbol de 1956, autografiada por Sandy Koufax, en óptimas condiciones, por ochenta y cinco centavos?
Sí, y ahí es donde empezaría el problema, en efecto.
¿Qué clase de problema? No lo sabía, exactamente, pero estaba seguro de que se armaría un escándalo. En alguna forma sería culpado por su papá, tal vez, pero por su mamá, seguro.
Podrían incluso obligarlo a que la devolviera, y no la devolvería de ninguna manera. No sólo estaba firmada; estaba firmada para Brian.
De ninguna manera.
Diablos, ni siquiera había podido enseñársela a Stan Dawson cuando vino a jugar el pase de la bola, aunque había querido hacerlo -Stan se hubiese ensuciado los Jockey-. Pero Stan se quedaría a dormir el viernes en la noche y Brian lo visualizaba con toda claridad diciéndole a su papá: ¿Le gustó la tarjeta de Sandy Koufax de Brian, señor Rusk? Sensacional, ¿verdad? Y lo mismo se aplicaba a sus otros amigos. Brian había descubierto una de las grandes verdades de los pueblos pequeños: muchos de los secretos -de hecho, todos los secretos realmente importantes- no podían compartirse, porque las palabras tendían a circular, y circulaban muy aprisa.
Se encontró en una posición extraña e incómoda; había obtenido un tesoro y no podía mostrarlo o compartirlo. Esto debía empañar el placer de la nueva adquisición, y así era, pero, en cierto grado, también le concedía una satisfacción furtiva, avarienta. No era tanto lo que disfrutaba la tarjeta, sino lo que se recreaba con ella, y así había descubierto otra gran verdad: el recrearse en privado produce un placer peculiar. Era como si un rincón de su naturaleza sincera y de buen corazón se

hubiese amurallado y después iluminado con una luz negra especial que distorsionaba y resaltaba lo que ahí estaba oculto.
Y no iba a renunciar a eso.
De ningún modo, no, negativo.
Entonces, más vale que termines de pagarla, susurró una voz profunda en su mente.
Lo haría. No había problema. No creía que lo que se suponía que debía hacer fuese exactamente agradable, pero estaba seguro de que tampoco era muy grave. Sólo una... una...
Sólo una travesura, murmuró una voz en su mente, y vio los ojos del señor Gaunt -azul oscuro, como el mar en un día despejado, y extrañamente calmantes-. Eso es todo. Una pequeña travesura, nada más.
Sí, una travesura, fuera lo que fuera.
No había problema.
Se acomodó bajo el edredón de pluma de ganso, se dio vuelta sobre un costado, cerró los ojos e inmediatamente empezó a dormirse.
Cuando él y su hermano se acercaron más mientras dormían, pensó en algo. En algo que había dicho el señor Gaunt. ¡El periódico local nunca CONCEBIRÍA una publicidad mejor que la que tú me proporcionarás! Sólo que no podía mostrar la maravillosa tarjeta que había comprado. Si con un poco de reflexión le había parecido obvio, a él que era un chico de once años que no era lo bastante listo como para mantenerse fuera del camino de Hugh Priest cuando cruzaba la calle, ¿no lo habría pensado también un sujeto tan inteligente como el señor Gaunt?
Bueno, tal vez. Pero tal vez no. Los adultos no piensan como las personas normales y, además, él tenía la tarjeta, ¿no era cierto? Y estaba en su carpeta, en el lugar donde debía estar, ¿no era cierto?
La respuesta a ambas preguntas era afirmativa y Brian dejó de pensar en todo ese asunto y se volvió a dormir mientras la lluvia golpeaba contra su ventana y el incansable viento de otoño gritaba en los ángulos bajo los aleros.

Cuatro

1

En el amanecer del jueves, la lluvia se había detenido, y a las diez treinta, cuando Polly se asomó por el escaparate del frente de Cose y Cose y vio a Nettie Cobb, las nubes empezaban a disiparse. Nettie llevaba un paraguas enrollado y caminaba presurosa por la calle Main con el bolso aferrado bajo el brazo, como si detrás de ella sintiese las fauces abiertas de una nueva tormenta.
-¿Cómo están tus manos esta mañana, Polly? -preguntó Rosalie Drake.
Polly suspiró en su interior. Suponía que esa tarde tendría que sortear la misma pregunta con Alan, si bien presentada con mayor insistencia -le había prometido encontrarse con él para tomar un café en la cafetería de Nan alrededor de las tres-. No es posible engañar a las personas que te han conocido por largo tiempo. Veían la palidez de tu rostro y las oscuras medias lunas bajo los ojos. Y lo que era más importante, percibían la mirada torturada en tus ojos.
-Mucho mejor hoy, gracias -dijo. Esto era una exageración un tanto excesiva de la verdad; estaban mejor, ¿pero mucho mejor? De ningún modo.
-Pensaba que con la lluvia y todo...
-Es impredecible la causa del dolor. Eso es lo más endiablado. Pero no te preocupes, Rosalie, ven rápido y asómate por el escaparate. Creo que estamos a punto de presenciar un milagro menor.
Rosalie se unió a Polly en el escaparate a tiempo para ver que la pequeña figura furtiva con el paraguas aferrado con fuerza en la mano -posiblemente para usarlo como cachiporra, a juzgar por la forma en que lo sostenía- se acercaba al toldo de Cosas Necesarias.
-¿Es Nettie? ¿Es ella, en realidad? -exclamó Rosalie con voz casi entrecortada.
-Es ella, sin duda.
-¡Dios mío, va a entrar!
Pero, por un momento, pareció que la predicción de Rosalie había arruinado el suceso. Nettie se acercó a la puerta... y luego retrocedió. Cambió de mano el paraguas y miró la fachada de Cosas Necesarias como si fuese una serpiente que pudiera atacarla.
-Adelante, Nettie -dijo polly en voz baja-. ¡Decídete, cariño!
-El letrero de CERRADO debe estar en el escaparate -dijo Rosalie.
-NO, hay otro que dice MARTES Y JUEVES SÓLO CON PREVIA CITA. Lo vi cuando llegué esta mañana.
Nettie se estaba acercando de nuevo a la puerta. Extendió la mano hacia la perilla y luego retrocedió otra vez.
-Dios, esto me está matando -comentó Rosalie-. Me dijo que era probable que volviera, y sé lo mucho que le gusta el cristal de colores, pero nunca creí que se resolviera a hacerlo.
-Me preguntó si estaba de acuerdo en que saliera de la casa durante su descanso para venir a lo que llamó "el nuevo lugar" para recoger el recipiente para pastel -murmuró Polly.
Rosalie asintió con un movimiento de cabeza.
-Ésa es nuestra Nettie. Acostumbraba pedirme permiso hasta para ir al baño.

-Tengo la impresión de que una parte de ella esperaba que me negara a que saliera, había demasiado quehacer. Pero creo que otra parte deseaba que le dijera que sí.
Los ojos de Polly no se despegaban del feroz conflicto a pequeña escala que se desarrollaba a menos de cuarenta metros de distancia, una miniguerra entre Nettie Cobb y Nettie Cobb. ¡Si se decidía a entrar, significaría un gran avance para ella!
Polly sintió un dolor sordo y cálido en las manos, las miró y vio que se las había estado retorciendo. Las obligó a quedarse quietas a sus costados.
-No es el recipiente del pastel ni el cristal de colores -dijo Rosalie-. Es él.
Polly la miró fijamente.
Rosalie rió y se ruborizó un poco.
-Oh, no quiero decir que Nettie esté alborotada por él, o algo así, aunque se veía bastante entusiasmada cuando la alcancé en la calle. El fue amable con ella, Polly. Eso es todo. Sincero y amable.
-Muchas personas son afectuosas con ella -indicó Polly-. Alan se desvive por ser amable con Nettie, y aun así se retira asustada en cuanto lo ve.
-Nuestro señor Gaunt tiene una clase especial de amabilidad
-dijo Rosalie sencillamente y, como para probarlo, vieron que Nettie tomaba la perilla y la giraba. Abrió la puerta y luego se limitó a quedarse ahí, en la acera, aferrando el paraguas, como si se hubiese agotado por completo el pozo poco profundo de su resolución. Polly sintió la súbita certeza de que Nettie cerraría la puerta de nuevo y se alejaría. Sus manos, artritis o no, se cerraron en puños flojos.
Adelante Nettie. Entra. Arriésgate. Reincorpórate al mundo.
Nettie sonrió, obviamente en respuesta a alguien que no podían ver ni Polly ni Rosalie. Bajó el paraguas de su posición sobre el pecho... y entró.
La puerta se cerró detrás de ella.
Polly se volvió hacia Rosalie y se conmovió al ver que había lágrimas en sus ojos. Las dos mujeres se miraron una a la otra durante un momento y luego se abrazaron, riendo.
-¡Así se hace, Nettie! -dijo Rosalie.
-¡Dos puntos a nuestro favor! -coincidió Polly, y dentro de su cabeza el sol apareció entre las nubes dos horas antes de que finalmente lo hiciera en el cielo sobre Castle Rock.
2
Cinco minutos más tarde, Nettie Cobb estaba sentada en una de las elegantes sillas de respaldo alto que el señor Gaunt había instalado a lo largo de una pared de su tienda. El paraguas y su bolso estaban en el piso junto a ella, olvidados. Gaunt estaba sentado a su lado, sus manos sostenían las de Nettie, sus agudos ojos fijos en los inciertos ojos de Nettie. Sobre una de las vitrinas de cristal estaba una pantalla de cristal de colores junto al recipiente para pastel de Polly Chalmers. La pantalla era un artículo de relativa belleza y, en las tiendas de antigüedades de Boston, podría haber alcanzado un precio de trescientos dólares o más; sin embargo, Nettie Cobb la había comprado por diez dólares y cuarenta centavos, todo el dinero que llevaba en el bolso cuando llegó a la tienda. Bonita o no, por el momento permanecía tan olvidada como el paraguas.
-Un trato -decía ahora Nettie. Se oía como una mujer que habla dormida. Movió ligeramente las manos, como para estrechar más las del señor Gaunt. Él le correspondió con un gesto similar y en el rostro de Nettie apareció una pequeña sonrisa de placer. -Sí, en efecto. No es más que un asunto de poca importancia. Conoce al señor Keeton, ¿no es así?
-Oh, sí -dijo Nettie-. A Ronald y a su hijo, Danforth. Los conozco a ambos. ¿A cuál se refiere?
-Al más joven -respondió el señor Gaunt, en tanto acariciaba las palmas de las manos de Nettie con los extensos pulgares. Las uñas eran ligeramente amarillentas y muy largas-. El Principal Concejal.
-Le llaman Buster a sus espaldas -comentó Nettie, con una risita sofocada. Fue un sonido áspero, un poco histérico, pero no pareció alarmar a Leland Gaunt. Por el contrario, daba la impresión de que le complacía la risa no del todo normal de Nettie-. Lo han hecho desde que era niño.
-Quiero que termine de pagar la pantalla gastándole una broma a Buster.
-¿Broma? -Nettie mostró una leve inquietud.
Gaunt sonrió.
-Una travesura inofensiva. Y nunca sabrá que fue usted. Pensará que fue otra persona.
-Oh -Nettie desvió los ojos más allá de Gaunt hacia la pantalla y, por unos instantes, algo agudizó su mirada; codicia, tal vez, o simple nostalgia y placer-. Bueno...
-No hay problema, Nettie. Nadie lo sabrá... y usted tendrá la pantalla.
Nettie habló lenta y pensativamente:
-Mi marido me gastaba muchas bromas. Sería divertido jugarle una a otra persona -Nettie miró a Gaunt de nuevo y ahora era preocupación lo que agudizaba su mirada-. Si no le ocasiona ningún daño. No quiero causarle daño. Yo dañé a mi esposo, ¿sabe?
-No le dañará -dijo Gaunt en voz baja, acariciando las manos de Nettie-. No lo perjudicará en lo más mínimo. Sólo quiero que ponga unas cosas en su casa.
-¿Cómo puedo entrar a la casa de Buster...?

-Tome.
Le puso algo en la mano. Una llave. Nettie cerró la mano sobre ella.
-¿Cuándo? -preguntó Nettie. Los ojos soñadores habían vuelto a la pantalla.
-Pronto -el señor Gaunt le soltó las manos y se puso de pie-. Y ahora, Nettie, debo guardarle esta hermosa pantalla en una caja. La señora Martin vendrá a ver unos jarrones Lalique en... -miró su reloj-. ¡Caramba, en quince minutos! Pero me es difícil expresarle el gusto que me da que haya decidido venir. En estos días, muy pocas personas aprecian la belleza del cristal de colores, la mayoría no son más que comerciantes, con cajas registradoras en vez de corazón.
Nettie también se levantó y miró la pantalla con la expresión tierna de una mujer enamorada. Ya había desaparecido por completo el terrible nerviosismo con que se había acercado a la tienda.
-Es hermosa, ¿verdad?
-Muy hermosa -confirmó el señor Gaunt en tono cálido-. Y no puedo definir... ni siquiera encuentro las palabras... para decirle lo feliz que me hace saber que tendrá un buen hogar, un sitio donde alguien hará más que sacudirla los miércoles en la tarde, para después de unos años romperla en un momento de descuido, barrer los pedazos y tirarlos a la basura sin pensarlo dos veces.
-¡Yo nunca haría eso! -exclamó Nettie.
-Sé que no lo hará -aseguró el señor Gaunt-. Ése es uno de sus encantos, Netitia.
Nettie lo miró, asombrada.
-¿Cómo supo mi nombre?
-Tengo un don especial para eso. Nunca olvido un nombre o un rostro.
Salió por la cortina en la parte posterior de la tienda. Cuando regresó, sostenía una hoja plana de cartón blanco en una mano y un gran manojo de papel de seda en la otra. Colocó el papel de seda junto al recipiente para pastel (al instante, empezó a expandirse, con pequeños crujidos y chasquidos, en algo semejante a un ramillete gigantesco) y procedió a doblar el cartón en una caja del tamaño exacto para la pantalla.
-Sé con certeza que quedará en buenas manos. Por eso se la vendí.
-¿En verdad? Pensaba... el señor Keeton... y la broma...
-¡No, no, no! -respondió el señor Gaunt, medio riendo, medio exasperado-. ¡Cualquiera puede jugar una broma! ¡A la gente le encanta gastar bromas a los demás! Pero colocar los objetos con personas que los aprecien y los necesiten... es una cosa muy diferente. Hay ocasiones, Netitia, en que pienso que lo que vendo, de hecho, es felicidad... ¿qué opina?
-Bueno -dijo Nettie con sinceridad-, a mí me ha hecho feliz, señor Gaunt. Muy feliz.
Gaunt expuso los dientes torcidos, encimados, en una extensa sonrisa.
-¡Bien! ¡Me alegro! -el señor Gaunt metió el ramillete de papel de seda en la caja, acomodó la pantalla en la blancura crujiente, cerró la caja y le dio un golpecito final con aire triunfal.
-¡Listo! ¡Otro cliente satisfecho que encontró su cosa necesaria!
Le tendió la caja. Nettie la recibió. Y cuando sus dedos tocaron los de él, sintió un estremecimiento de repulsión, a pesar de que unos momentos antes los había estrechado con fuerza -incluso con ardor-. Pero ese intervalo empezaba a adquirir una característica nebulosa e irreal. Colocó el recipiente Tupperware sobre la caja blanca. Nettie vio algo dentro del primero.
-¿Qué es eso?
-Una nota para su patrona.
De inmediato apareció la inquietud en el rostro de Nettie.
-¿Es acerca de mí?
-¡Santo cielo, no! -dijo Gaunt, riendo, y Nettie se relajó en seguida. Cuando reía, era imposible resistirse o desconfiar del señor Gaunt-. Cuide su pantalla, Netitia, y vuelva a visitarme.
-Lo haré -aseguró Nettie, y ésta podría ser la respuesta a ambas recomendaciones, pero en el fondo del corazón (ese depósito donde las necesidades y los temores se dan codazos continuamente, como pasajeros incómodos en un atestado vagón del tren subterráneo) sentía que, si bien era posible que volviese en otra ocasión, la pantalla sería lo único que compraría en Cosas Necesarias en su vida.
¿Y eso, qué importaba? Era un objeto hermoso, la clase de cosa que siempre había deseado. La única pieza que necesitaba para completar su modesta colección. Consideró el decirle al señor Gaunt que su marido podría estar vivo todavía si, catorce años antes, no le hubiese destrozado una pantalla de colores muy parecida a ésta, que eso había sido la última gota de agua, lo que finalmente la llevó al límite de la resistencia. Su marido le había roto muchos huesos durante sus años juntos y lo había perdonado. Por último, le había roto algo que necesitaba realmente y le había costado la vida.
Decidió que no tenía que decírselo al señor Gaunt.
Era el tipo de hombre que daba la impresión de que ya lo sabía.
3
-¡Polly! ¡Polly ya sale!
Polly dejó el maniquí de costurera donde estaba prendiendo un dobladillo lenta y cuidadosamente, y corrió al escaparate. Polly y Rosalie permanecieron lado a lado, observando que Nettie salía de Cosas Necesarias en un estado que sólo se podía describir como muy cargado. Llevaba el bolso bajo

un brazo, el paraguas bajo el otro y en las manos sostenía el recipiente Tupperware para pastel de Polly, equilibrado sobre una caja blanca cuadrada.
-Tal vez sería conveniente que fuera a ayudarla -dijo Rosalie.
-No -Polly levantó una mano y la detuvo amablemente-. Mejor no. Creo que se sentiría mortificada y se agitaría más.
Observaron a Nettie mientras caminaba por la calle, ya no se apresuraba como si estuviera delante de las fauces de una tormenta; ahora parecía que estaba a la deriva.
No, pensó Polly. No, no es ésa la palabra. Más bien... como si flotara.
De improviso, su mente estableció una de esas extrañas conexiones que son casi como referencias cruzadas y estalló en carcajadas.
Rosalie la miró, las cejas arqueadas.
-¿Lo compartimos?
-Es la expresión de su rostro -aclaró Polly, contemplando a Nettie, quien transitaba por la calle Linden con pasos lentas, soñadores.
-¿Qué quieres decir?
-Se ve como una mujer a quien acaban de tirársela... y tuvo tres orgasmos.
Rosalie se puso roja, miró a Nettie una vez más y después rió a carcajadas también. Polly se le unió. Las dos se abrazaron y se balancearon de un lado a otro, riendo sin control.
-Caramba. -dijo Alan Pangborn desde la puerta del establecimiento-. Unas damas, muertas de risa, cuando todavía no son las once de la mañana. Es demasiado temprano para champaña, ¿de qué se trata?
-¡Cuatro! -estalló Rosalie, riendo desenfrenada. Las lágrimas escurrían por sus mejillas-. ¡A mí me parecieron cuatro, más bien!
Y se desataron de nuevo, meciéndose abrazadas, aullando de risa, mientras Alan las observaba con las manos en los bolsillos de los pantalones del uniforme, sonriendo burlón.
4
Norris Ridgewick llegó a la oficina del comisario en traje de civil cerca de diez minutos antes de que la fábrica hiciera sonar el silbato del mediodía. Durante todo el fin de semana tenía el turno intermedio, de las doce a las nueve p.m., y así era como le gustaba. Que fuera otro quien limpiara los desastres en las carreteras y caminos vecinales del condado de Castle después de que cerraban los bares a la una de la madrugada; él podía hacerlo, lo había hecho en muchas ocasiones, pero casi siempre se le volteaba el estómago al revés. A veces se le volteaba el estómago al revés aunque las víctimas estuviesen de pie, caminando y gritando que no tenían que someterse a ninguna jodida prueba del alcoholímetro, ellos conocían sus derechos Constipacionales. Así se comportaba el estómago de Norris. Sheila Brigham acostumbraba bromea con él diciéndole que era igual al asistente Andy, de ese programa de televisión "Picos Gemelos", pero Norris sabía que no era verdad. El asistente Andy lloraba cuando veía personas muertas. Norris no lloraba, pero tendía a vomitar sobre ellas, como casi había vomitado sobre Homer Gamache cuando lo encontró desmadejado en una zanja cerca del cementerio Homeland, asesinado a golpes con su propio brazo postizo.
Norris revisó la lista, vio que tanto Andy Clutterbuck como John LaPointe estaban fuer, de patrulla, después vio el pizarrón de la guardia del día. Nada para él, lo cual también le agradaba. Para que su día fuese completo -al menos esta parte- la tintorería había entregado su segundo uniforme... en el día prometido, por una vez. Eso le ahorraría un viaje a casa para cambiarse.
Una nota prendida en la bolsa de plástico de la tintorería decía: "Hey, Barney, me debes $5.25. No me estafes esta vez o serás un hombre más triste y más sabio cuando se ponga el sol". Clut, decía la firma.
Ni siquiera el saludo de la nota alteró el buen humor de Norris. Sheila Brigham era la única persona en la oficina del comisario de Castle Rock que clasificaba a Norris como un individuo propio de "Picos Gemelos" (Norris creía que ella era la única persona en el departamento -aparte de él, es decir- que veía el programa). Los otros asistentes -John LaPointe, Seat Thomas, Andy Clutterbuck- lo llamaban Barney, por el personaje de Don Knotts del viejo programa "Andy Griffith Show". Esto lo irritaba en ocasiones, pero hoy no. Cuatro días de turno intermedio y después tres libres. Una semana completa de seda extendida delante de él. La vida podía ser estupenda a veces.
Sacó un billete de un dólar y otro de cinco de la cartera y los extendió sobre el escritorio de Clut. "Hey, Clut, vive un poco", anotó en el reverso de una forma de reporte, firmó con una floritura y lo dejó junto al dinero. Después le quitó la bolsa de la tintorería al uniforme y lo llevó al sanitario de hombres. Silbaba mientras se cambiaba de ropa; luego movió las cejas con aprobación al contemplar su reflejo en el espejo. Estaba En Guardia, por Dios. Cien por ciento En Guardia. Más valía que los malhechores de Castle Rock tuviesen cuidado hoy o...
Captó un movimiento detrás de él en el espejo, pero antes de que pudiese siquiera empezar a volver la cabeza lo habían agarrado, dado vuelta y estrellado contra los azulejos junto a los orinales. Su

cabeza rebotó contra la pared, se le cayó la gorra y, de pronto, estaba mirando el rostro redondo, agitado, de Danforta Keeton.
-¿Qué diablos crees que estás haciendo, Ridgewick? -le preguntó.
Norris había olvidado por completo la multa que había deslizado bajo el limpiador del parabrisas del Cadillac de Keeton la noche anterior. Ahora recordó todo el incidente.
-¡Suéltame! -exclamó. Intentó un tono de indignación, pero la voz salió como un chirrido molesto. Sentía las mejillas cada vez más calientes. Siempre que se enojaba o asustaba, y en este momento era víctima de ambas cosas, se sonrojaba como una chica.
Keeton, quien sobrepasaba a Norris por diez centímetros y cincuenta kilos, dio al asistente una brusca sacudida y lo soltó. Sacó del bolsillo la boleta de infracción y la blandió bajo la nariz de Norris.
-¿Es o no es tu nombre el que aparece en este maldito papel? -exigió, como si ya lo hubiese negado Norris.
Norris Ridgewick sabía muy bien que era su firma, en facsímil, pero perfectamente reconocible, y que la boleta provenía de su libreta de infracciones.
-Estabas estacionado en el lugar de los lisiados -dijo, retirándose de la pared mientras se frotaba la nuca. Maldito si no se le iba a formar un chichón ahí. Según se abatía la sorpresa inicial
(y no podía negar que Buster le había dado un susto de todos los
demonios), aumentaba su enojo.
-¿El qué?
-¡El espacio para los minusválidos! -gritó Norris. Y lo que es más, ¡Atan mismo fue quien me dijo que te impusiera esa multa!, estuvo a punto de agregar, pero se contuvo. ¿Para qué darle a este cerdo obeso la satisfacción de verlo escurriendo el bulto?- Ya se te había advertido antes, Bu... Danforth, y lo sabes bien.
-¿Cómo me dijiste? -preguntó Danforth Keeton en tono amenazador. En las mejillas y quijadas le hablan salido manchones rojos, del tamaño de coles.
-Es una multa válida -continuó Norris, ignorando esto último- y, por lo que a mí respecto, más vale que la pagues. ¡Vaya, tienes suerte de que no te entregue también un citatorio por atacar a un oficial de policía!
Danforth se rió. El sonido rebotó plano en las paredes.
-No veo a ningún oficial de policía -dijo-. Veo un angosto pedazo de mierda empacado para que parezca una salchicha de res.
Norris se agachó y recogió su sombrero. Sus entrañas sufrían una turbulencia de temor -Danforth Keeton era un mal enemigo para cualquier hombre- y su enojo se profundizó en furor. Le temblaban las manos. Sin embargo, se tomó un momento para ponerse el sombrero en el centro de la cabeza.
-Puedes discutirlo con Alan, si quieres...
-¡Lo estoy discutiendo contigo!
-... pero yo ya terminé de hablar al respecto. Asegúrate de pagarla en treinta días, Danforth, o tendremos que ir a buscarte -Norris se estiró en su metro sesenta y cinco centímetros de estatura y añadió-: Sabemos dónde encontrarte.
Se dirigió a la salida. Keeton, cuyo rostro ahora se veía casi como la puesta del sol en un área de devastación nuclear, avanzó para bloquearle la ruta de escape. Norris se detuvo y lo señaló con un dedo.
-Si me tocas, te guardo en una celda, Buster. Lo digo en serio.
-De acuerdo, no hablemos más -dijo Keeton con una voz extraña, sin tono-. No hablemos más. Estás despedido. Quítate ese uniforme y empieza a buscar otro em...
-¡No! -estalló una voz detrás de ellos, y ambos se dieren vuelta. Alan Pangborn estaba de pie en la puerta del sanitario.
Keeton dobló las manos en apretados puños gordos.
-No te metas en esto.
Alan entró, dejando que la puerta se cerrara lentamente tras él con un crujido.
-No -dijo-. Fui yo quien le ordenó a Norris que impusiera esa multa. También le dije que te la iba a perdonar antes de la junta de asignaciones. Es una multa de cinco dólares, Dan. ¿Qué mosca te ha picado?
El tono de voz de Alan era de intriga. Estaba intrigado. Buster nunca había sido un hombre amable, ni siquiera en sus mejores momentos, pero un estallido como éste era desproporcionado, incluso para él. Desde fines del verano, el hombre parecía que siempre estaba enfurecido y con los nervios de punta -Alan oía con frecuencia el distante sonido de su voz cuando se reunía el comité de concejales- y sus ojos habían adquirido una expresión casi obsesiva. Por unos instantes, se preguntó si Keeton estaría enfermo y decidió que era una consideración para otra oportunidad. En este momento tenía en las manos una situación moderadamente delicada.
-Nada me ha picado -respondió Keeton malhumorado y se alisó el cabello hacia atrás. Norris observó con satisfacción que las manos de Keeton también temblaban-. Ya estoy harto y cansado de

tantos vanidosos imbéciles coino este hombre... dedico toda mi energía a este pueblo... y estoy harto de esa constante persecución... -se quedó callado por un momento, la obesa garganta en funcionamiento, y después estalló-: ¡Me llamó Buster! ¡Ya sabes cómo me molesta eso!
-Se disculpará -dijo Alan, con calma-. ¿Verdad, Norris?
-No sé si lo haré -dudó Norris. La voz le temblaba y el estómago estaba hecho un nudo, pero aún seguía enojado-. Sé que no le gusta, pero la verdad es que la sorpresa me obligó a decirlo. Me encontraba aquí, mirándome en el espejo para comprobar que la corbata estuviese derecha, cuando me agarró y me lanzó contra la pared. Me di un buen porrazo en la cabeza. Caramba, Alan, no sé lo que dije.
Los ojos de Alan se volvieron hacia Keeton.
-¿Es cierto eso?
Keeton bajó la mirada.
-Estaba furioso -dijo, y Alan supuso que era lo más cerca que un hombre como él podría llegar a una disculpa espontánea e indirecta. Miró a Norris para ver si lo entendía el asistente. Parecía que sí. Eso era bueno; ya era un gran paso para desactivar esta desagradable bomba fétida. Alan se relajó un poco.
-¿Podemos considerar este incidente como cerrado? -les preguntó a ambos hombres-. ¿Tomarlo como una experiencia y proseguir desde este punto?
-Yo no tengo inconveniente -concedió Norris después de un momento. Alan se conmovió. Norris era escuálido, tenía la costumbre de dejar latas medio vacías de Jolt y Nehi en las patrullas que usaba y sus informes eran horribles... pero era un hombre de un gran corazón. Estaba cediendo, pero no porque le temiera a Keeton. Si el corpulento concejal creía que era por eso, cometía un error muy grave-. Lamento haberle llamado Buster -prosiguió Norris. No lo lamentaba, en lo más mínimo, pero suponía que esa afirmación no perjudicaba a nadie.
Alan miró al hombre grueso con la escandalosa chaqueta deportiva y camisa de golf con cuello abierto.
-¿Danforth?
-De acuerdo, nunca sucedió -dijo Keeton. Habló con un tono de magnanimidad rebosante y Alan sintió que lo invadía la familiar ola de desagrado. Una voz enterrada en algún lugar profundo de su mente, la primitiva voz reptante del subconsciente, habló breve, pero claramente: ¿Por qué no te da un ataque al corazón, Buster? ¿Por qué no nos haces el favor de morirte?
-Muy bien -concluyó-. No se hable...
-Si es que... -dijo Keeton, levantando un dedo.
-¿Si es qué? -Alan arqueó las cejas.
-Si es que podemos hacer algo con esta multa -la sostuvo ante Alan, apretada entre dos dedos, como si fuese un trapo que se había usado para limpiar algún derrame de origen dudoso.
Alan suspiró.
-Ven a mi oficina, Danforth. Ahí lo discutiremos -miró a Norris-. Éste es tu turno, ¿correcto?
-Sí -dijo Norris. Su estómago seguía en rebeldía. Su buen humor había desaparecido, probablemente para el resto del día, y este cerdo obeso tenía la culpa y, encima, Alan le perdonaría la multa. Lo entendía, así era la política, pero no por eso le agradaba.
-¿Prefieres quedarte? -le preguntó Alan. Fue la forma más acertada que se le ocurrió para preguntarle: ¿Necesitas que discutamos esto?, con Keeton al lado de ellos, mirándolos ceñudo.
-No -respondió Norris-. Tengo que ir a varios sitios y atender algunos asuntos. Hablaré contigo más tarde, Alan -salió del sanitario para hombres, rozando a Keeton sin mirarlo. Y aunque Norris no lo supo, Keeton reprimió con un gran esfuerzo, casi heroico, un impulso irracional, pero poderoso, de plantarle un pie en el trasero para que saliera más rápido.
Alan se entretuvo verificando su propio reflejo en el espejo con la intención de que Norris tuviese tiempo para alejarse, en tanto Keeton permanecía junto a la puerta, observándolo impaciente. Después Alan salió al área de las celdas con Keeton pegado a los talones.
Un hombre pulcro, de constitución pequeña, con un traje color crema, estaba sentado en una de las dos sillas fuera de la puerta de su oficina, leyendo ostentosamente un gran libro forrado en piel que sólo podía ser una Biblia. A Alan se le encogió el corazón. Había estado casi seguro de que no podía presentarse otro incidente demasiado desagradable esta mañana, la idea parecía razonable, ya que sólo faltaban uno o dos minutos para el mediodía, pero se había equivocado.
El reverendo William Rose cerró su Biblia (cuyo forro casi hacía juego con el traje) y se puso de pie.
-Jefe-uh Pangborn -dijo. El reverendo Rose era uno de esos bautistas de ideas lentas que empiezan a retorcer el final de las palabras cuando están alterados emocionalmente-. ¿Podría hablar con usted?
-Deme cinco minutos, por favor, reverendo Rose. Tengo que atender un asunto.
-Esto es-uh de extrema importancia.
Apuesto a que sí, pensó Alan.
-También lo es éste. Cinco minutos.

Abrió la puerta y pidió a Keeton que pasara a su oficina antes que el reverendo Willie, como lo llamaba el padre Brigham, pudiese añadir otra palabra.
5
-Se trata de la Noche de Casino -dijo Keeton después de que Alan cerró la puerta de la oficina-.Fíjate en lo que te digo. El padre John Brigham es un irlandés obstinado, pero lo prefiero a este sujeto. Rose es un imbécil increíblemente arrogante.
Mira quién habla, pensó Alan.
-Siéntate, Danforth.
Keeton se sentó. Alan dio vuelta al escritorio, sostuvo en alto la infracción y la rompió en fragmentos pequeños. Los tiró al cesto de la basura.
-Ahí está. ¿Conforme?
-Conforme -dijo Keeton e inició el movimiento para levantarse.
-No, espera unos minutas.
Las espesas cejas de Keeton se unieron bajo su gran frente rosada en una nube de tormenta.
-Por favor -añadió Alan. Él mismo se sentó en la silla giratoria. Juntó las manos y trató de formar un mirlo; Alan las atrapó en el juego y entrelazó firmemente los dedos sobre el secante.
-La próxima semana tendremos una junta del comité de asignaciones sobre asuntos presupuestales para la Junta Municipal en febrero... -empezó Alan.
-En efecto -retumbó Keeton.
-... y eso es una cuestión política -siguió Alan-, Lo reconozco y tú lo reconoces. Acabo de romper una boleta de infracción perfectamente válida por consideraciones políticas.
Keeton esbozó una breve sonrisa.
-Ya llevas suficiente tiempo en el pueblo para saber cómo funcionan las cosas, Alan. Hoy por ti, mañana por mí.
Alan se revolvió en la silla. Esta emitió ligeros crujidos y rechi. nidos; los sonidos que oía en ocasiones en sus sueños, después de un día largo y pesado. La clase de día que prometía ser éste.
-Sí -dijo-. Hoy por ti, mañana por mí. Pero sólo temporalmente.
Las cejas se unieron de nuevo.
-¿Qué significa eso?
-Significa que incluso en los pueblos pequeños hay un punto en el que tiene que terminar la política. Es necesario que recuerdes que yo no soy un funcionario por nombramiento. Los concejales manejan el dinero, pero a mí me eligieron los votantes. Y me eligieron para protegerlos y para vigilar la observancia de la ley. Presté un juramento y trato de cumplirlo.
-¿Me estás amenazando? Porque si ése es el caso...
Justo en ese momento, se escuchó el silbato de la fábrica. Aquí llegaba amortiguado, pero aun así Danforth Keeton saltó como si lo hubiese picado una avispa. Sus ojos se ensancharon por unos instantes, las manos aferraron los brazos de la silla como garras blancas.
Alan sintió esa perplejidad de nuevo. Está tan nervioso como una yegua en celo. ¿Qué demonios le pasa?
Por primera vez le asaltó la duda de que tal vez el señor Danforth Keeton, quien había sido el Principal Concejal de Castle Rock desde mucho antes de que Alan oyera hablar del lugar, estuviese metido en algo que no fuera estrictamente ético.
-No te estoy amenazando -insistió. Keeton empezaba a relajarse de nuevo, pero can cautela... como si temiera que se disparara otra vez el silbato de la fábrica, con el único propósito de molestarlo.
-Qué bueno. Porque no es cuestión de quien maneja el dinero, comisario Pangborn. La junta directiva de los concejales, junto con los tres Comisionados del Condado, tiene facultades para aprobar la contratación y despido de los asistentes del comisario. Entre otras facultades, que estoy seguro que son de su conocimiento.
-Eso es letra muerta.
-Eso ha sido siempre -coincidió Keeton. Del bolsillo interior sacó un cigarro Roi-Tan. Lo sostuvo en los dedos, haciendo que crujiera el celofán-. Pero no significa que tiene que seguir así.
¿Ahora quién está amenazando a quién?, pensó Alan, pero no lo dijo. En cambio, se recargó en la silla y miró a Keeton. Keeton le devolvió la mirada por unos cuantos segundos y después bajó los ojos al cigarro y empezó a pellizcar la envoltura.
-La próxima vez que te estaciones en el lugar para minusválidos, yo, personalmente, te impondré la multa y esa infracción se sostendrá -lo amenazó Alan-. Y si vuelves a poner las manos sobre uno de mis asistentes, te acusaré de ataque en tercer grado. Esa acusación seguirá su curso normal, no obstante las facultades de aprobación con que cuenten los concejales. En lo que a mí respecto, las consideraciones políticas sólo se extienden hasta ese punto. ¿Me entiendes?
Keeton contempló el cigarro por un buen rato, como si meditara. Cuando levantó la mirada hacia Alan, los ojos se habían vuelto pequeños pedernales.
-Si quieres conocer lo duro que es mi trasero, comisario Pangborn, sigue empujándome -el rostro de Keeton mostraba enojo, sí, con toda certeza, pero Alan pensó que revelaba algo más. Creía que

era temor. ¿Lo veía? ¿Lo olía? No lo sabía y no importaba. Pero sí era importante lo que le inspiraba temor a Keeton. Eso podría ser muy importante.
-¿Me entiendes? -repitió.
-Sí -dijo Keeton. Arrancó el celofán del cigarro con un ademán súbito y lo dejó caer al piso. Se puso el cigarro en la boca y habló alrededor de él-. ¿Me entiendes tú a mí?
La silla crujió y rechinó cuando Alan se inclinó hacia adelante de nuevo. Miró a Keeton con franqueza.
-Entiendo lo que dices, pero no entiendo tu actuación en absoluto, Danforth. Tú y yo nunca hemos sido los mejores amigos...
-Eso dalo por seguro -convino Keeton, y mordió la punta del cigarro. Durante un momento, Alan pensó que también terminaría en el piso y estaba preparado para pasarlo por alto -política-, pero Keeton la escupió en la palma de la mano y después la depositó en el cenicero limpio que estaba sobre el escritorio. Ahí quedó, como una diminuta cagada de perro.
pero siempre hemos tenido buenas relaciones de trabajo. Y ahora surge esto. ¿Hay algún problema? Si lo hay y puedo ayudar...
-No hay ningún problema -dijo Keeton, levantándose abruptamente. Estaba enojado otra vez; más que enojado. Alan casi podía ver que le salía vapor de las orejas-. Es que estoy harto de esta... persecución.
Era la segunda vez que usaba esa palabra. Alan pensó que era extraña, inquietante. De hecho, toda la conversación le parecía inquietante.
-Bien, ya sabes dónde estoy -concluyó Alan.
-¡Vaya si lo sé! -dijo Keeton y se dirigió a la puerta.
-Y, por favor, Danforth... recuerda el espacio de los minusválidos.
-¡Al carajo el espacio de los minusválidos! -exclamó Keeton y cerró la puerta de golpe.
Alan permaneció sentado detrás del escritorio y contempló la puerta cerrada por largo rato, con una expresión de preocupación en el rostro. Después le dio la vuelta al escritorio, recogió del piso el cilindro arrugado de celofán, lo tiró al cesto de basura y abrió la puerta para pedirle que pasara a Willie Vapor.
6
-El señor Keeton se veía muy molesto -dijo Rose. Se sentó cuidadosamente en la silla que acababa de desocupar el Principal Concejal, miró con disgusto la punta de cigarro en el cenicero y después colocó con esmero la blanca Biblia en el centro de su poco generoso regazo.
-Para el mes próximo están programadas una serie de juntas de asignaciones -dijo Alan con vaguedad-. Estoy seguro de que eso significa tensión para todos los concejales.
-Sí -coincidió el reverendo Rose-. Jesús-uh nos dijo: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios".
-Ajá -dijo Alan. De pronto, deseó tener un cigarrillo, un Lucky o un Pall Mall que estuviese repleto de alquitrán y nicotina-. ¿Qué puedo hacer por usted esta tarde, re... reverendo Rose? -se horrorizó al darse cuenta de lo cerca que había estado de decirle reverendo Willie.
Rose se quitó los lentes redondos, sin armazón, los pulió y luego los volvió a colocar en su sitio, ocultando las dos pequeñas manchas rojas en lo alto de la nariz. El cabello negro, perfectamente engomado con alguna poción que Alan percibía, pero no podía identificar, brillaba bajo la luz de lámpara fluorescente fija en el techo.
-Es acerca de la abominación que el padre John Brigham ha elegido llamar Noche de Casino -anunció al fin el reverendo Rose-. Si lo recuerda, jefe Pangborn, vine a verlo poco después de que me enteré de esa pavorosa idea para exigirle que se negara a autorizar ese acto en el nombre-uh de la decencia.
-Reverendo Rose, si usted recuerda...
Rose levantó una mano con ademán imperioso y hundió la otra en el bolsillo de la chaqueta. Sacó un folleto que era casi del tamaño de un libro, edición de bolsillo. Alan vio con aprensión (pero sin sorpresa real), que era la versión resumida del Código Legal del Estado de Maine.
-Vengo de nuevo -dijo el reverendo Rose en tonos vibrantesa demandar que se prohiba ese acto, no sólo en nombre de la decencia, ¡sino en nombre de la ley!
-Reverendo Rose...
-Ésta es la sección 24, subsección 9, párrafo 2 del Código Legal del Estado de Maine -predominó el reverendo Rose. Ahora sus mejillas flameaban con color y Alan se dio cuenta de que en los últimos minutos lo único que había logrado era cambiar un demente por otro-. "Excepto donde se observen -leyó el reverendo Rose, cuya voz había adoptado el sonsonete del púlpito con el que estaba tan familiarizada su devota congregación- juegos de azar, como se definen previamente en la sección 23 del Código- uh, en los cuales se induzcan apuestas de dinero, como condición para el juego, se considerarán ilegales" -cerró de golpe el libro y miró a Alan. Sus ojos centelleaban-. ¡Se considerarán-uh ilegales! -gritó.
Alan sintió un breve impulso de levantar los brazos al aire y exclamar ¡Alabado sea Jesús! Cuando se le pasó, habló:

-Conozco las secciones del Código que se refieren al juego, reverendo Rose. Las revisé después de su anterior visita y se las mostré a Albert Martin, quien está a cargo de una gran parte del trabajo legal del pueblo. Su opinión es que la sección 24 no se aplica a funciones tales como la Noche de Casino -hizo una pausa y agregó-: Tengo que decirle que yo soy de la misma opinión.
-¡Imposible! -escupió Rose-. ¡Se proponen convertirla casa del Señor en un garito de juego, y usted me dice que eso es lega:
-Es tan legal como los juegos de lotería que se celebran en el Salón de las Hijas de Isabel desde 1931.
-¡Esto-uh no es lotería! ¡Esto es ruleta-uh! ¡Esto es juego de cartas por dinero! ¡Esto es... -la voz del reverendo Rose tembló... dados-uh!
Alan sorprendió a sus manos cuando trataban de formar otro pájaro, y esta vez las apretó juntas sobre el secante del escritorio.
-Le pedí a Albert que enviara una carta de consulta a Jim Tierney, el procurador general del estado. La respuesta fue la misma. Lo siento, reverendo Rose. Sé que lo ofende. A mí, por ejemplo, me molestan las patinetas. Si pudiera, las declararía ilegales, pero no puedo. En una democracia, algunas veces tenemos que soportar cosas que no nos gustan o desaprobamos.
-¡Pero esto es juego! -dijo el reverendo Rose, y en su voz se notaba una clara angustia-. ¡Esto es juego por dinero! Cómo puede ser legal una cosa así, cuando el Código especifica que...
-Dado el procedimiento que siguen, no es realmente un juego por dinero. Cada... participante... paga un donativo en la puerta. A cambio, el participante recibe una cantidad igual de dinero para jugar. Al final de la noche, se subasta un número de premios, no dinero, sino premios. Una videocasetera, un tostador, una aspiradora, un juego de porcelana, cosas corno ésas -y algún diablillo interior hizo que añadiera-: Además, creo que el donativo inicial es deducible de impuestos.
-Es una abominación depravada -condenó el reverendo Rose. El color había desaparecido de sus mejillas y las ventanillas de su nariz se agitaban descontroladas.
-Ése es un juicio moral, no legal. En todo el país se procede igual.
-Sí -dijo el reverendo Rose. Se puso de pie, aferrando la Biblia delante de él, como un escudo-. Son los católicos. A los católicos les encanta el juego. Me propongo ponerle un alto a esto, jefe-uh Pangborn. Con su ayuda o sin ella.
Alan también se levantó.
-Un par de detalles, reverendo Rose. Soy comisario Pangborn, no jefe. Y yo no puedo dictarle a usted lo que debe decir desde su púlpito, como tampoco puedo decirle al padre Brigham la cla
se de actos que debe celebrar en su iglesia o en el Salón de las Hijas de Isabel o en el Salón de los Caballeros de Colón; es decir, siempre y cuando no estén expresamente prohibidos por las leyes del estado, pero sí puedo advertirle que obre con prudencia. Y creo que debo advertirle que obre con prudencia.
Rose lo miró fríamente.
-¿Qué quiere decir?
-Quiero decir que está usted alterado. Está bien que su gente coloque cartelones por el pueblo y no hay problema con las cartas al periódico, pero existe una línea de violación de derechos que no debe cruzar. Le aconsejo que olvide todo esto.
-Cuando-uh Jesús vio a las prostitutas y a los prestamistas enuh el Templo, no consultó ningún código de leyes escritas, comisario. Cuando-uh, Jesús vio a esos hombres y mujeres malvados profanando la casa del Señor-uh, no buscó una línea de violación de derechos. Nuestro Señor hizo lo que sabía que era correcto.
-Sí -concedió Alan con calma-, pero usted no es Él.
Rose lo miró durante unos cuantos segundos, los ojos brillantes
como mecheros de gas, y Alan pensó: Vaya. Este sujeto está más loco que una cabra.
-Buenos días, jefe Pangborn -dijo Rose en tono gélido.
Esta vez Alan no se molestó en corregirlo. Se limitó a asentir con la cabeza y extendió la mano, sabiendo perfectamente que no
se le estrecharía. Rose se dio vuelta y caminó a grandes zancadas hacia la puerta, la Biblia todavía contra su pecho.
-Olvídese de esto, reverendo Rose, ¿de acuerdo? -insistió Alan mientras el reverendo le daba la espalda.
Rose ni volvió la cabeza ni habló. Salió por la puerta y la cerró con un golpe tan fuerte que hizo que vibrara el cristal del marco.
Alan se sentó en el escritorio y se oprimió las sienes con las puntas de los dedos.
Unos momentos después, Sheila Brigham asomó tímidamente la cabeza.
-¿Alan?
-¿Se fue? -preguntó Alan sin levantar la mirada.
-¿El predicador? Sí. Dio un portazo tan violento como el viento de marzo.
-Elvis ha salido del edificio -murmuró Alan con voz hueca. -¿Qué?

-No tiene importancia -miró a Sheila-. Me gustaría alguna droga fuerte, por favor. ¿Quieres revisar el casillero de evidencias, Sheila, a ver qué encuentras?
Sheila sonrió.
-Ya lo hice. El armario está vacío, me temo. ¿Te serviría una taza de café?
Alan devolvió la sonrisa. Ya había empezado la tarde, y tenía que ser mejor que la mañana -tenía que ser.
-Hecho.
-En seguida -Sheila cerró la puerta, y Alan por fin soltó las manos de la cárcel. En unos instantes, una serie de mirlos volaban a través de una banda de sol en la pared proveniente de la ventana.
7
En la escuela de Enseñanza Media de Castle Rock, los jueves se dedicaba el último periodo del día a diversas actividades. Debido a que era un estudiante de honor y no participaría en las actividades escolares hasta que se definiera el reparto para la Obra Teatral de Invierno, a Brian Rusk se le permitía salir temprano ese día -con eso se equilibraba muy bien la clase tardía de los martes.
Esta tarde de jueves salió por la puerta lateral casi antes de que hubiese dejado de sonar la campana para el sexto periodo. Su mochila no sólo contenía los libros, sino también la capa impermeable que su madre le había obligado a usar esa mañana, y sobresalía cómicamente en su espalda.
Pedaleó con energía, el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Tenía algo
(un trato)
que hacer. Una pequeña tarea que quitarse de en medio. En realidad, una tarea bastante divertida. Ahora sabía qué era. Le había llegado con toda claridad en un lapso de ensoñación durante la clase de matemáticas.
Cuando Brian descendía Castle Hill por la calle School, el sol
salió de detrás de los jirones de nubes por primera vez ese día. Miró a su izquierda y vio a un chico sombra en una bicicleta sombra que trataba de mantener el paso con él sobre el húmedo pavimento. Hoy tendrás que darte mucha prisa para competir conmigo,

chico sombra, pensó. Debo ir a varios lugares y hacer varias cosas.
Brian pedaleó a través del distrito comercial sin mirar hacia Cosas Necesarias al otro lado de la calle Main, deteniéndose brevemente en las intersecciones para una somera mirada en ambos lados antes de apresurarse de nuevo. Cuando llegó a la intersección de las calles Pond (en la cual vivía) y Ford, dio vuelta a la derecha en vez de continuar por la calle Pond hasta su casa. En la intersección de Ford y Willow, dio vuelta a la izquierda. Las calles Pond y Willow eran paralelas. Las residencias en ambas calles se unían en la parte posterior por los patios traseros, los cuales estaban divididos, en su mayor parte con cercas de tablones.
Pete y Wilma Jerzyck vivían en la calle Willow.
Debo tener un poco de cuidado aquí.
Pero él sabía cómo ser cuidadoso; en el camino de la escuela, había repasado en la mente los próximos movimientos y le habían llegado con suma facilidad, como si hubiesen estado ahí todo el tiempo, igual que el conocimiento de lo que se suponía que debía hacer.
La casa de los Jerzyck estaba en silencio y la entrada vacía, pero eso no garantizaba necesariamente seguridad y protección. Brian sabía que Wilma trabajaba, al menos tiempo parcial, en el mercado Hemphill, en la Ruta 117, porque la había visto ahí, manejando una caja registradora con la eterna mascada atada sobre la cabeza, pero eso no significaba que ahora estuviese ahí. El maltratado Yugo que conducía podía estar estacionado en la cochera de los Jerzyck, donde no le fuera posible verlo.
Brian pedaleó la bicicleta hasta la entrada, se bajó y colocó el soporte. En los oídos y en la garganta sentía el latido del corazón. Sonaba como el retumbo de tambores. Caminó hasta la puerta principal, ensayando lo que diría si, después de todo, resultaba que la señora Jerzyck estaba en casa.
Hola, señora Jerzyck, soy Brian Rusk, del otro lado de la manzana. Asisto a la escuela de enseñanza media y pronto vamos a vender suscripciones a revistas para adquirir uniformes nuevos para la banda, y estoy preguntando a las personas si les interesan las revistas. Así podré regresar otro día, cuando tenga el equipo de
ventas. Nos darán un premio a los que vendamos más.
Le había sonado bien cuando lo estuvo repasando en la mente y todavía le sonaba bien, pero, de todos modos, se sentía tenso. Permaneció junto a la puerta, tratando de oír algún ruido dentro de la casa -un radio, una televisión sintonizada en una de las telenovelas (no sería "Santa Bárbara", sin embargo; faltaban dos horas para "Santa Bárbara"), tal vez una aspiradora. No se oía nada, pero eso no era ningún indicio seguro, como no lo era la entrada vacía.
Brian tocó el timbre de la puerta. Oyó el débil tintineo en algún lugar de las honduras de la casa: ¡Bing-bong!

Se quedó en el pórtico, a la espera, mirando de vez en cuando a su alrededor para ver si alguien lo estaba observando, pero la calle Willow parecía profundamente dormida. Y en el frente de la casa de los Jerzyck había un seto. Era una ventaja. Cuando te propones cumplir con
(un trato)
algo que otras personas -tu papá y tu mamá, por ejemplo- no aprobarían exactamente, un seto era la mayor ventaja en el mundo.
Había transcurrido medio minuto, y no aparecía nadie. Hasta ahora, todo iba bien... pero era mejor ser precavido. Llamó al timbre de nuevo, oprimiéndolo dos veces, por lo que el sonido en la casa fue ¡Bing-bong! ¡Bing-bong!
Nada.
Bien, entonces. Todo estaba saliendo a pedir de boca. De hecho, la situación era sinceramente pasmosa y absolutamente decisiva.
Pero sinceramente pasmosa y absolutamente decisiva o no, Brian no pudo resistir la tentación de dar otra mirada a su alrededor -un tanto furtiva esta vez- mientras rodaba la bicicleta, todavía con el soporte abajo, entre la casa y la cochera. En esta área, la cual los amistosos empleados de Puertas y Recubrimientos Dick Perry llamaban corredor, Brian estacionó la bicicleta. Luego caminó hasta el patio trasero. El corazón le golpeaba más fuerte que nunca. Algunas veces, la voz le temblaba cuando el corazón le golpeaba en esa forma. Esperaba que si la señora Jerzyck estaba ahí atrás, plantando bulbos o algo así, no le temblara la voz cuando le hablara acerca de las suscripciones a revistas. Si le temblaba, podría sospechar que no era verdad lo que le decía. Y eso podría conducir a toda clase de problemas, en los cuales prefería no pensar siquiera.
Se detuvo cerca de la parte posterior de la casa. Desde ahí podía ver parte del patio trasero de los Jerzyck, pero no todo. Y de repente ya no le pareció tan divertido. De repente, le pareció que era una broma pesada -no más que eso, pero tampoco menos, con certeza-. De pronto, una voz aprensiva habló en su mente: ¿Por qué no te subes otra vez a la bicicleta, Brian? Vuelve a casa. Tómate un vaso de leche y piensa bien esto.
Sí. Eso parecía una muy bonita idea -una idea muy sensata-. En efecto, empezó a darse la vuelta... y le llegó una imagen, una que era bastante más poderosa que la voz. Vio un largo automóvil negro, un Cadillac, o tal vez un Lincoln Mark IV, que se paraba frente a la casa. Se abría la puerta del conductor y bajaba el señor Leland Gaunt. Sólo que el señor Gaunt no llevaba puesta una bata corta de casa, como la que usaba Sherlock Holmes en algunas de la novelas. El señor Gaunt, quien ahora caminaba a largos pasos por el paisaje de la imaginación de Brian, llevaba un formidable traje negro -el traje de un director de funeraria-y su rostro ya no era amistoso. El enojo profundizaba aún más el azul oscuro de sus ojos y los labios mostraban los dientes torcidos... pero no en una sonrisa. Las largas piernas delgadas avanzaban enérgicas hacia la puerta principal de la casa de los Rusk y el hombre sombra pegado a sus talones parecía un verdugo de película de terror. Cuando llegaba a la puerta, no se detenía para tocar el timbre, oh, no. Entraba sin más ni más. Si la mamá de Brian intentaba interponerse en su camino, la haría a un lado. Si el papá de Brian trataba de ponerse en su camino, lo derribaría de un golpe. Y si Sean, el hermano pequeño de Brian, se atrevía a ponerse en su camino, lo lanzaría a toda la longitud de la casa, corno un marisca¡ de campo de futbol lanzando un pase largo. Subiría las escaleras a grandes zancadas, aullando el nombre de Brian, y las rosas del papel tapiz se marchitarían cuando pasara junto a ellas esa sombra de verdugo.
Y me encontraría, sin duda, pensó Brian. Su rostro, mientras permanecía a un lado de la casa de los Jerzyck, era un estudio de consternación. Será igual que tratara de ocultarme. Serró igual que me fuese a BOMBAY. Me encontraría. Y cuando lo hiciera...
Trató de bloquear la imagen, de borrarla, y no pudo. Verá que los ojos del señor Gaunt crecían, transformándose en abismos azules que se hundían y hundían en una horrenda eternidad color añil. Veía las largas manos del señor Gaunt, con los extraños dedos del mismo tamaño que se convertían en garras cuando descendían sobre sus hombros. Sentía que la piel se le erizaba ante ese contacto repugnante. Oía que el señor Gaunt aullaba: ¡Tienes algo que es mío, Brian, y no lo has pagado!
¡Se lo devolveré!, se oyó a sí mismo que gritaba a ese rostro distorsionado, candente. ¡Por favor, oh, por favor, lo devolveré, lo devolveré, pero no me lastime!
Brian volvió en sí, tan aturdido como cuando salió de Cosas Necesarias el martes en la tarde. Ahora la sensación no era tan agradable como lo había sido entonces.
No quería devolver la tarjeta de Sandy Koufax, ése era el problema.
No quería devolverla, porque era suya.
8
Myra Evans pasaba bajo el toldo de Cosas Necesarias justo cuando el hijo de su mejor amiga entraba por fin al patio trasero de Wilma Jerzyck. El vistazo de Myra, primero hacia atrás y después al otro lado de la calle Main, fue aún más furtivo que el anterior vistazo de Brian hacia la calle Willow.

Si Cora -quien era, en realidad, su mejor amiga- supiera que estaba aquí y, lo más importante, el motivo de su visita, probablemente nunca le volvería a hablar a Myra. Cora también quería el retrato.
Eso no importa, pensó Myra. Se le ocurrieron dos dichos, y ambos parecían adecuados para esta situación. Primero en tiempo, primero en derecho, era uno. Ojos que no ven, corazón que no siente, era el otro.
Como sea, Myra se había puesto un gran par de gafas para el sol Foster Grant antes de venir al centro. Más vale prevenir que remediar, era otro consejo que necesitaba tomarse en cuenta.
Ahora avanzó despacio hasta la puerta y estudió el letrero que colgaba ahí:
MARTES Y JUEVES SÓLO CON PREVIA CITA
Myra no tenía cita. Había venido de improviso, impulsada a la acción por una llamada de Cora, desde la cual no habían transcurrido ni veinte minutos.
-¡He estado pensando en eso todo el día! No resisto las ansias de tenerlo, Myra... debí comprarlo el miércoles, pero sólo llevaba cuatro dólares en el bolso y no estaba segura de que aceptaría un cheque personal. Ya sabes lo mortificante que resulta cuando no la aceptan. Me he estado mordiendo las uñas desde entonces. Vaya, anoche no pude pegar los ojos. Ya sé que pensarás que es tonto, pero es verdad.
Myra no creía que fuera tonto en absoluto, y sabía que era verdad, porque tampoco ella había pegado los ojos la noche pasada. Y no era correcto que Cora diera por hecho que el retrato tenía que ser suyo sólo porque lo había visto primero, como si eso le confiriese alguna especie de derecho divino o algo semejante.
-De cualquier modo, no creo que ella lo haya visto primero -dijo Myra con una voz débil y malhumorada-. Estoy segura de que yo lo vi primero.
Como sea, la cuestión de quién había visto primero ese retrato, absolutamente delicioso, era discutible. Lo que -no se prestaba a discusión era lo que Myra sentía cuando se imaginaba que llegaba a casa de Cora y veía el retrato de Elvis colgado sobre la chimenea, justo entre la figura de Elvis en cerámica de Cora y el tarro de cerveza de Elvis en porcelana de Cora. Cuando pensaba en esa imagen, a Myra se le subía el estómago hasta el corazón y ahí se quedaba, anudado como un trapo húmedo. Así se había sentido durante la primera semana de la guerra con Irak.
No era justo. Cora tenía toda clase de objetos bonitos de Elvis e incluso había visto a Elvis en un concierto en una ocasión. Había sido en el Centro Cívico de Portland, más o menos un año antes de que se llamara a El Rey al cielo para que estuviera con su bienamada madre.
-Ese retrato tiene que ser mío -murmuró, y haciendo acopio de valor, llamó a la puerta.
Se abrió casi antes de que bajara la mano y un hombre de hombros angostos, que salía en ese momento, casi. la derriba.
-Perdón -murmuró el hombre sin levantar la cabeza, y Myra apenas tuvo tiempo para registrar el hecho de que era el señor Constantine, el farmacéutico del Supermercado La Verdiere. Caminó a toda prisa por la calle y cruzó a la plaza pública, sosteniendo un pequeño paquete envuelto en las manos, sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda.
Cuando Myra volvió la cabeza, el señor Gaunt estaba en la entrada, sonriéndole con los alegres ojos castaños.
-No tengo cita... -se excusó con voz tenue. Brian Rusk, quien había crecido con la costumbre de oír que Myra pronunciaba las palabras en un tono de total autoridad y aplomo, no hubiese reconocido esa voz en un millón de años.
-Ya la tiene, querida señora -dijo el señor Gaunt, invitándola a pasar con gesto amable-. ¡Bienvenida! ¡Pase con entera libertad y deje algo de la felicidad que trae!
Después de un vistazo final que le confirmó que no había nadie conocido en los alrededores, Myra Evans entró apresurada en Cosas Necesarias.
La puerta se cerró detrás de ella.
Una mano de dedos largos, tan blanca como la mano de un cadáver, apareció entre la penumbra, encontró la arilla que colgaba y cerró la persiana.
9
Brian no se dio cuenta de que había estado reteniendo la respiración hasta que la dejó salir en un largo suspiro silbante.
No había nadie en el patio trasero de los Jerzyck.
Wilma, animada sin duda por la mejoría en el clima, antes de irse a dondequiera que hubiese ido, había dejado la ropa limpia en el exterior. Ondeaba en tres líneas con la brisa refrescante bajo el sol. Brian se dirigió a la puerta trasera y atisbó por el cristal, sombreándose los lados dei rostro con las manos para evitar el reflejo. La cocina que veía estaba desierta. Pensó en tocar y decidió que sólo era otra forma de eludir la tarea pendiente. No había nadie. Lo mejor era terminar con el asunto y alejarse volando de aquí.
Bajó lentamente los escalones hasta el patio trasero de los Jerzyck. A la izquierda estaban los tendederos, con su carga de camisas, pantalones, ropa interior, sábanas y fundas. A la derecha estaba y; un pequeño jardín, del cual se habían cosechado todas las verdu ras con excepción de

unas cuantas calabazas insignificantes. Brian , sabía que en el otro lado estaba la casa de los Haverhill, a sólo cuatro lotes de distancia de la suya.
La fuerte lluvia de la noche anterior había convertido el jardín en un pantano; la mayor parte de las calabazas restantes estaban medio sumergidas en charcos. Brian se agachó, recogió un puñado de fango café oscuro de jardín en cada mano y después avanzó hasta el tendedero con gotas de agua café escurriendo entre los dedos
El tendedero más cercano al jardín estaba cubierto con sábanas que colgaban a todo lo largo. Todavía estaban húmedas, pero la brisa las secaba rápidamente. Emitían perezosos sonidos aleteantes. Eran de un blanco puro, prístino.
Adelante, susurró en su mente la voz del señor Gaunt. Adelante, Brian... sigue el ejemplo de Sandy Koufax. ¡Hazlo!
Brian llevó las manos hacia atrás sobre los hombros, las palmas hacia el cielo. No le sorpendió del todo descubrir que, de nuevo, tenía una erección, como en su sueño. Se alegró de no haberse acobardado. Esto iba a ser divertido.
Impulsó las manos hacia adelante, con fuerza. El lodo salió disparado de sus manos en largas oleadas cafés que se extendieron en abanicos antes de estrellarse en las sábanas ondulantes. Se esparcieron sobre ellas en parábolas líquidas, viscosas.
Volvió al jardín, recogió dos puñados más, los lanzó a las sábanas, regresó, recogió más y lo lanzó también. Sobre él descendió una especie de frenesí. Corría afanado de un lado a otro, recogiendo y arrojando el lodo.
Podría haber seguido toda la tarde, si no es que lo interrumpe un grito. Al principio pensó que le gritaban a él. Encorvó los hombros y se le escapó un chillido aterrorizado. Entonces se dio cuenta de que era la señora Haverhill que llamaba a su perro desde el otro lado de la cerca.
De todos modos, tenía que irse de aquí. Y rápido.
Sin embargo, se detuvo por un momento, mirando lo que había hecho, y sintió un estremecimiento leve de vergüenza y desasosiego.
Las sábanas habían protegido la mayor parte de la ropa, pero éstas estaban cubiertas con el lodo. Sólo quedaban unos cuantos parches blancos aislados que mostraban el color original.
Brian miró sus manos, las cuales estaban apelmazadas con el fango. Corrió a la esquina de la casa, donde había un grifo de agua. Aún no estaba cerrada; cuando giró la llave, un frío arroyo de agua brotó del grifo. Metió las manos bajo el agua y las frotó fuerte. Se lavó hasta que desapareció todo el lodo, incluyendo la viscosidad bajo las uñas, indiferente al entumecimiento que se extendía. Incluso los puños de la camisa pasaron por el mismo proceso.
Cerró el grifo, regresó a la bicicleta, subió el soporte y caminó por la entrada. Tuvo un momento de angustia cuando vio que se aproximaba un pequeño auto compacto amarillo, pero era un Civic, no un Yugo. Pasó sin reducir la velocidad, el conductor indiferente al chico con las manos rojas, agrietadas y congeladas, junto a la bicicleta en la entrada de los, Jerzyck, un chico pequeño, cuyo rostro casi era un cartelón con una palabra escrita a gritos: ¡CULPABLE!
Cuando el automóvil se perdió de vista, Brian se montó en la bicicleta y empezó a pedalear con toda la velocidad que le fue posible. No se detuvo hasta que se deslizó por la entrada de su casa. Ya no sentía las manos tan entumecidas para entonces, pero le picaban y escocían... y aún conservaban el enrojecimiento.
-¿Eres tú, Brian? -preguntó su madre desde la sala cuando entró.
-Sí, mamá -lo que había hecho en el patio trasero de los Jerzyck ya parecía algo que podría haber soñado. Con toda certeza, el chico que estaba aquí en esta cocina soleada, normal, el chico que ahora iba al refrigerador y sacaba la leche, no podía ser el mismo chico que había hundido las manos hasta la muñecas en el lodo del jardín de Wilma Jerzyck y después había arrojado ese lodo a las sábanas limpias de Wilma Jerzyck, una y otra vez.
No, ciertamente.
Se sirvió un vaso de leche, estudiándose las manos mientras lo hacía. Estaban limpias. Rojas, pero limpias. Guardó la leche. Su corazón había recuperado su ritmo normal.
-¿Tuviste un buen día en la escuela, Brian? -salió flotando de nuevo la voz de Cora.
-Estuvo bien.
-¿Quieres venir a ver la televisión conmigo? En unos momentos empezará "Santa Bárbara" y hay Kisses de Hershey.
-Claro -dijo-, pero primero voy a subir unos minutos.
-¡No dejes el vaso de leche arriba! ¡Se pone agria y huele mal y la lavadora de platos nunca la limpia bien!
-Lo bajaré, mamá.
-Más te vale.
Brian subió a su habitación y pasó media hora sentado ante el escritorio, soñando con la tarjeta de Sandy Koufax a la vista. Cuando Sean entró para preguntarle si quería ir con él a la tienda de la esquina, Brian cerró la carpeta de estampas de beisbol de golpe y le dijo a Sean que saliera de la

habitación y no volviera hasta que aprendiera a llamar a la puerta cuando estaba cerrada. Oyó a Sean de pie en el pasillo, llorando, y no sintió ninguna compasión.
Después de todo, habrá cosas como los buenos modales.
10
En la cárcel del condado, una fiesta e! guardián organizó,
Ahí estaba !a banda de la prisión y !a música empezó,
La banda saltaba y el antro empezó a bailar,
Oírlos debías, a esos pájaros de cuenta cantar.
El Rey está de pie, con !as piernas separadas, los ojos azules resplandecen, se sacuden los extremos acampanados del traje blanco. La pedrería reluce y relampaguea bajo los reflectores. Un mechón de cabello negro azuloso le cae sobre la frente. El micrófono está cerca de su boca, pero no tan cerca que impida que Myra vea el gesto de puchero del labio superior.
Puede ver todo. Está en la primera fila.
Y, de repente, cuando estalla la sección de ritmo, El Rey extiende la mano, la extiende hacia ELLA, igual que Bruce Springsteen (quien nunca será El Rey ni en un millón de años, por más que lo intente) extiende la mano a esa chica en el video "Bailando en la oscuridad".
Durante un momento se queda demasiado atónita como para hacer algo, demasiado atónita para moverse, y en eso, desde atrás, unas manos la empujan hacia adelante y la mano de ÉL se cierra sobre su muñeca, la mano de ÉL tira de ella hacia el escenario. Puede OLERLO, una mezcla de sudor, English Leather y carne cálida, limpia.
En menos de un instante, Myra Evans está en los brazos de Elvis.
Las manos de Myra se deslizan por el lustroso satín del traje de una pieza. Los brazos que la rodean son musculosos. El rostro, su rostro, el rostro de El Rey, está a unos centímetros del suyo. ;Está bailando con ella -son una pareja, Myra Josephine Evans, de Castle Rock, Maine, y Elvis Aron Presley, de Memphis, Tennessee! Bailan con lujuria por el ancho escenario, frente a cuatro mil admiradoras que gritan cuando Los Jordanaires entonan ese melodioso viejo estribillo de los años cincuenta: "Let's rock... everybody let's rock..."
Las caderas de él se mueven contra las de ella; puede sentir la tensión en espiral en el centro de él que se empuja contra su vientre. Después la hace girar, la falda ondea horizontal, mostrando las piernas hasta el encaje de las pantaletas Victorias Secret, la mano de Myra gira en la de Elvis, como una flecha en un eje, y después la atrae hacia él y su mano resbala desde la cintura hasta la redondez de las asentaderas, oprimiéndolas contra él. Durante un momento mira hacia abajo y ahí; más allá y bajo el brillo de las candilejas, distingue a Cora, mirándolos. El rostro de Cora tiene el ceño fruncido por el odio y está verde de envidia.
En eso, Elvis vuelve la cabeza de Myra hacia la suya y le habla con ese acento almibarado de la región media del sur: "¿No se supone que debemos mirarnos el uno al otro, cariño?"
Antes de que pueda responderle, sus labios llenos están sobre los de ella; el olor de él y el contacto con él llenan el mundo. DE pronto, la lengua de Elvis está en la boca de Myra -¡El Rey del Rock and Roll la está besando al estilo francés frente a Cora y todo el condenado mundo!-. La estrecha más y, cuando las trompetas intervienen con un estremecimiento rítmico, Myra siente que en su entrepierna empieza a desenrollarse un calor de éxtasis. Oh, nunca había sentido nada como esto, ni siquiera con Ace Merrill en el lago Castle, tanto años antes. Quiere gritar, pero la lengua de él está enterrada en su boca y sólo puede aferrarse de la suave espalda de satín, moviendo las caderas, cuando las trompetas estallan en "My Way ".
11
El señor Gaunt estaba sentado en una de las elegantes sillas, mirando a Myra Evans con objetividad clínica mientras la recorría el orgasmo. Temblaba como una mujer que experimenta un colapso nervioso total, el retrato de Elvis aferrado estrechamente en las enanos, los ojos cerrados, el pecho agitado, las piernas que se aprietan, se aflojan, se aprietan, se aflojan. El cabello había perdido el rizado del salón de belleza y colgaba sobre su cabeza como un casco no muy atractivo. Por la doble papada corría el sudor, igual que en la de Elvis cuando giraba por el escenario en sus últimos conciertos.
-¡Ooohh! -gimió Myra, temblando como una bola de gelatina. en un platón-. ¡.Oooh! ¡Ooooooh, Dios mío! ¡Oooooooooohh, Dios míoooooooooooooooo! ¡ooooo H ... !
El señor Gaunt tomó distraído la raya de sus pantalones oscuros entre el pulgar y el índice, la sacudió a su anterior filo de navaja y después se inclinó hacia adelante y arrebató el retrato de las manos de Myra. Los ojos de ella, llenos de consternación, se abrieron al instante. Estiró las manos en busca del retrato, pero ya estaba fuera de su alcance. Empezó a levantarse.
-Siéntese -dijo el señor Gaunt.
Myra permaneció en la misma postura, como si se hubiese vuelto de piedra durante el acto de levantarse.
-Si quiere volver a ver este retrato, Myra, sién... tese.
Se sentó, mirándolo en agonía muda. Grandes manchas de sudor aparecían bajo sus brazos y a los lados de los pechos.

-Por favor -rogó. La palabra salió como un gruñido tan polvoso que se asemejó a un soplo de viento en el desierto. Extendió las manos.
-Diga un precio -invitó Gaunt.
Myra lo pensó. Los ojos en blanco en el rostro sudoroso. Subía y bajaba su manzana de Adán.
-¡Cuarenta dólares! -exclamó.
Gaunt se rió y negó con la cabeza.
-¡Cincuenta!
-Ridículo. Por lo visto, su deseo por este retrato no es muy intenso, Myra.
-¡Sí lo es! -las lágrimas empezaron a rezumar de las comisuras de los ojos. Corrieron por sus mejillas, mezclándose con el sudor-. ¡Sí lo es!
-Está bien -dijo Gaunt-. Lo quiere. Acepto el hecho de que lo quiere. ¿Pero lo necesita, Myra? ¿Lo necesita realmente?
-¡Sesenta! ¡Es todo lo que tengo! ¡Hasta el último centavo!
-Myra, ¿le parece que soy un niño?
-No...
-Creo que debo parecérselo. Soy un hombre viejo... más viejo de lo que se imagina; he envejecido muy bien, si no está mal que yo lo diga, pero supongo que a usted le parezco un niño, un niño que creería que una mujer que vive en una casa dúplex nuevecita, a menos de tres manzanas de Castle View, sólo tiene sesenta dólares a su nombre.
-¡Usted no entiende! Mi marido...
El señor Gaunt se puso de pie, el retrato todavía en las manos. El hombre sonriente que la había recibido amablemente ya no estaba en esta habitación.
-No tenía cita, Myra, ¿verdad? No. La recibí por bondad. Pero ahora me temo que tendré que pedirle que se vaya.
-¡Setenta! ¡Setenta dólares!
-Insulta mi inteligencia. Váyase, por favor.
Myra cayó de rodillas delante de él. Lloraba con sollozos roncos, aterrados. Se aferró a las pantorrillas del señor Gaunt mientras se arrastraba a sus pies.
¡Por favor! ¡Por favor, señor Gaunt! ¡Ese retrato tiene que ser mío! ¡Tiene que serlo! ¡Hace... no creería lo que hace!
El señor Gaunt miró el retrato de Elvis y por su rostro cruzo un momentáneo mohín de disgusto.
- -No creo que quiera saberlo -dijo-. Se ve extremadamente... sudoroso.
-Pero si fueran más de setenta dólares, tendría que darle un cheque. Chuck se enteraría. Querrá saber en qué gasté esa cantidad. Y si se lo digo, él... él...
-Ése -advirtió el señor Gaunt- no es mi problema. Soy un comerciante, no un consejero matrimonial -la miraba a sus pies y le hablaba a la punta de la sudorosa cabeza-. ¡Estoy seguro de que alguna otra persona, la señora Rusk, por ejemplo, podrá darse el lujo de adquirir esta imagen casi única del difunto señor Presley!
AL oír el nombre de Cora, la cabeza de Myra se alzó de golpe. Tenía los ojos hundidos, puntos relucientes en profundas órbitas oscuras. Sus dientes se revelaron en un gruñido. En ese instante parecía completamente demente.
-¿Se lo vendería a ella? -siseó.
-Creo en el libre comercio -dijo el señor Gaunt-. Eso fue lo que hizo grande a este país. Le agradecería que me soltara, Myra. Sus manos están empapadas en sudor. Tendré que enviar a la tintorería estos pantalones y aun así no estoy seguro...
-¡Ochenta! ¡Ochenta dólares!
-Se lo venderé en dos veces esa suma exactamente -concluyó el señor Gaunt-. Ciento sesenta dólares -sonrió, mostrando los dientes torcidos-. Y Myra, su cheque personal es bueno para mí.
Myra emitió un aullido de desesperación.
-¡No puedo! ¡Chuck me matara!
-Tal vez -dijo el señor Gaunt-, pero moriría por un amor tórrido, ¿o no?
-Cien -gimoteó Myra, aferrando de nuevo las pantorrillas del señor Gaunt, mientras él trataba de librarse de ella-. Por favor, cien dólares.
-Ciento cuarenta -contratacó Gaunt-. Es lo más bajo que puedo llegar. Es mi oferta final.
-Está bien -jadeó Myra-. Está bien, está bien, le pagaré...
-Y tendrá que hacerme cierto servicio con la boca, desde luego -añadió Gaunt, sonriendo hacia ella.
Myra lo miró, la boca en una O perfecta.
-¿Qué dijo? -murmuró.
-¡Chúpemelo! -le gritó-. ¡Hágame felación! ¡Abra esa espléndida boca llena de obturaciones de metal y engúllase mi pene!
-Oh, Dios mío -gimió Myra.
-Como quiera -concedió el señor Gaunt y empezó a darse la vuelta.
Myra lo agarró antes de que pudiera irse. Un momento más tarde sus manos temblorosas revolvían con dificultad en la bragueta de los pantalones de Gaunt.

La dejó hurgar por unos segundos, el rostro con expresión divertida, y después se quitó las manos de un palmetazo.
-Olvídelo -dijo-. El sexo oral me da amnesia.
-¿Qué...?
-No importa, Myra -le tiró el retrato. Myra revoloteó las manos hacia él, lo atrapó en alguna forma y lo aferró contra su pecho-. Hay otra cosa, sin embargo.
-¿Qué? -siseó.
-¿Conoce al hombre que atiende la cantina en el otro lado de Tin Bridge?
Myra empezaba a negar con la cabeza, los ojos llenos de alarma de nuevo, y en eso comprendió a quién debía referirse.
-¿Henry Beaufort?
-Sí. Creo que también es dueño del establecimiento, el cual se llama El Tigre Meloso. Un hombre bastante interesante.
-Bueno, no lo conozco personalmente, pero sé quién es, me imagino -nunca en su vida había estado en El Tigre Meloso, pero sabía, como todo el mundo, quién era el dueño y atendía el lugar.
-Sí. Él. Quiero que le gaste una pequeña broma al señor Beaufort.
-¿Qué... qué clase de broma?
Gaunt se agachó, tomó una de las manos de Myra, viscosas por el sudor, y la ayudó a ponerse de pie.
-Eso -indicó-, es algo de lo que podemos hablar mientras, expide el cheque, Myra -sonrió y todo el encanto volvió a su rostro. Los ojos castaños brillaban y bailaban-. Y a propósito, ¿quiere el retrato envuelto para regalo?
Cinco
1
Alan se deslizó frente a Polly en un gabinete de la cafetería Nan's y de inmediato se dio cuenta de que todavía era muy intenso el dolor -lo bastante intenso para que Polly hubiese tomado un Percodán en la tarde, lo cual sucedía en muy raras ocasiones. Lo supo antes de que ella abriera la baca, incluso-, lo distinguía en sus ojos. Una especie de brillo. Le era fácil percibirlo.., pero no le agradaba. Ni creía que nunca llegara a agradarle. Se preguntó, no por primera vez, si se habría vuelto adicta al medicamento, En el caso de Polly, suponía que la adicción no era más que otra efecto secundario, algo que era predecible, que requería observación y después adecuarlo al problema principal -el cual, en pocas palabras, consistía en que estaba viviendo con un dolor del que él, probablemente, carecía de la capacidad para comprenderlo.
Su voz no mostró rastro de esta preocupación cuando le preguntó: -¿Cómo van las cosas, hermosa dama?
Polly sonrió.
-Bueno, ha sido un día muy interesante. Muuuuy,interesante, como acostumbraba decir aquel sujeto en "Laugh-In"
-.No tienes tantos años como para recordar eso.
-Sí los tengo. ¿Alan, quién es esa mujer?
Alan se volvió en dirección de la mirada de Polly justo a tiempo para ver a una mujer que pasaba por delante de la ventana de cristal de Nan, con un paquete rectangular apretado contra el pecho. Llevaba los ojos fijos al frente y un hombre que venía en sentido opuesto tuvo que apartarse con celeridad de su camina para evitar una colisión. Alan hojeó rápidamente en el enorme archivo de nombres y rostros que guardaba en la cabeza y encontró lo que Norris, quien era un ferviente enamorado del lenguaje policiaco, sin duda habría llamado "un parcial".
-Evans. Mabel o Mavis o algo así. Está casada con Chuck Evans.
-Se ve como si acabara de fumarse una panameña roja(Marihuana muy potente.N.T) muy buena -dijo Polly-. La envidio.
Nan Roberts en persona se acercó a atenderlos. Pertenecía a los Soldados Cristianos Bautistas de William Rose y hoy llevaba un pequeño botón amarillo sobre el pecho izquierdo. Era el tercero que Alan veía esta tarde y pensaba que vería muchos más durante las semanas siguientes. Mostraba una máquina tragamonedas dentro de un círculo negro con una raya diagonal roja sobre él. No incluía palabras; sin necesidad de ellas, aclaraba perfectamente los sentimientos del usuario acerca de la Noche de Casino.
Nan era una mujer de mediana edad, con un enorme pecho y un rostro dulce y atractivo que te hacía pensar en mamá y el pay de manzana. El pay de manzana de Nan, como lo sabían Alan y todos sus asistentes, era muy sabroso -sobre todo con una gran bola de helado de vainilla derritiéndose encima-. Era fácil juzgar a Nan por su apariencia, pero muchos negociantes hábiles -corredores de bienes raíces, en su mayor parte- habían descubierto que no era una idea inteligente. Detrás del dulce rostro estaba una mente de computadora, y debajo del matee maternal regazo, donde debía estar el corazón, se encontraba una pila de libros de contabilidad. Nan era propietaria de un considerable trozo de Castle Rock, incluyendo, por lo menos, cinco de los edificios

comerciales en la calle Main, y ahora que Pop Merrill ya estaba bajo tierra, Alan sospechaba que era probable que fuese la persona más acaudalada del pueblo.
Nan le recordaba a la dueña de un burdel que había arrestado hacía tiempo en Utica. La mujer le había ofrecido un soborno y, cuando él lo rechazó, trató muy en serio de romperle la cabeza con una jaula para pájaros. El morador, un loro escrofuloso que decía algunas veces: "Me jodí a tu mamá, Frank", con voz hosca y pensativa, todavía había estado en la jaula en esa oportunidad. En ocasiones, cuando Alan veía que se profundizaba la arruga entre los ojos de Nan Roberts, creía que ella sería muy capaz de hacer algo semejante. Y le parecía muy natural que Nan, quien en estos días se limitaba a sentarse frente a la caja registradora, viniese ella misma a atender al comisario del condado. Era ese toque personal que significa tanto.
-Hola, Alan -saludó-, ¡no te había visto en años! ¿Dónde has estado?
-Aquí y allá -respondió-. Me muevo bastante, Nan.
-Bien, no te olvides de los viejos amigos mientras lo haces -dijo Nan, dirigiéndole su brillante sonrisa maternal. Tenías que conocer muy bien a Nan, reflexionó Alan, para darte cuenta de lo raro que era que esa sonrisa llegara a sus ojos-. Ven a vernos de vez en cuando.
-¡Y milagro! ¡Aquí estoy! -bromeó Alan.
La risa de Nan repicó tan fuerte y tan lozana que los hombres sentados a la barra -leñadores en su mayor parte- volvieron la cabeza por unos segundos. Y más tarde, pensó Alan, les dirán a sus conocidos que vieron a Nan Roberts y al comisario en una animada conversación. Como los mejores amigos.
-¿Café, Alan?
-Por favor.
-¿Con una rebanada de pay para acompañarlo? Hecho en casa; las manzanas son de la huerta McSherry en Suecia. Se cortaron ayer por lo menos no intentó decirnos que las cortó con sus propias manos, pensó Alan.
-No, gracias.
-¿Seguro? ¿Y tú, Polly?
Polly negó con un movimiento de cabeza.
Nan se fue por el café.
-No te simpatiza mucho, ¿verdad? -le preguntó Polly en voz baja.
Aián consideró esta pregunta, un poco sorprendido; su pensamiento no había registrado las simpatías y antipatías.
-¿Nan? Me agrada. Sólo que me gusta saber quiénes son realmente las personas, si es que puedo.
-¿Y qué quieren realmente?
-Eso es demasiado difícil -respondió Alan, riendo-. Me conformo con saber qué se proponen.
Polly sonrió -a Alan le encantaba darle motivo para que sonriera- y dijo:
-Todavía te convertiremos en un filósofo yanqui, Alan Pangborn.
Alan tocó el dorso de la mano enguantada y devolvió la sonrisa.
Nan volvió con un grueso tarro blanco con café solo y se fue de inmediato. Eso se podrá decir en su favor, pensó Alan, sabe cuándo dar por terminados los intercambios amistosos con oportunidad. Era una arte que no conocían todas las personas con los intereses y ambiciones de Nan.
-Ahora -indicó Alan, dando un sorbo al café-, cuéntame todo lo relacionado con tu día muy interesante.
Le contó el incidente que Rosalie y ella habían presenciado esta mañana con Nettie Cobb como protagonista, la angustiosa indecisión de Nettie frente a Cosas Necesarias y su entrada final, después de haber hecho acopio de valor.
-Eso es estupendo -respondió y lo decía en serio.
-Sí... pero no es todo. Cuando salió, había comprado algo. Nunca la había visto tan alegre y tan... ilusionada como hoy. Eso es, ilusionada. Ya sabes lo tímida que es.
Alan asintió.
-Bien, tenía rosas en las mejillas, el cabello casi desarreglado y se rió varias veces, aunque parezca increíble.
-¿Estás segura de que sólo se dedicaron a los negocios? -preguntó Alan, con una expresión significativa.
-No seas tonto -hizo ademán de pegarle en la mano, algo que él sabía que no haría nunca, ni siquiera en broma. No con sus manos-. Como sea, esperó afuera hasta que te fuiste, sabía que lo haría, y luego entró y nos mostró su compra. ¿Conoces la pequeña colección de cristal de colores que tiene?
-No. Algunas cosas de este pueblo han escapado a mi atención. Aunque no lo creas.
-Posee una media docena de piezas. Recibió la mayoría de su madre. Una vez me dijo que eran más, pero se rompieron algunas. De cualquier forma, está muy encariñada con las pocas que le quedan y este hombre le vendió la pantalla de cristal de colores más hermosa que he visto en años. A primera vista, creí que era una Tiffany. Por supuesto que no lo es, no podría serlo, Nettie nunca podría darse el lujo de adquirir una pieza de cristal Tiffany auténtica, pero es muy bonita.

-¿Cuánto pagó?
No se lo pregunté. Pero apuesto a que a esta hora está completamente vacío el calcetín donde guarda su dinero para caprichos.
Alan frunció el ceño.
-¿Estás segura de que no la timaron?
-Oh, Alan... ¿tienes que ser tan suspicaz siempre? Nettie podrá ser vaga respecto a algunas cosas, pero conoce el cristal de colores. Mencionó que fue una ganga y eso significa que es probable que lo fuera. Está tan feliz, Alan.
-Magnífico. Justo la Respuesta.
-¿Perdón?
-Ese era el nombre de una tienda en Utica -dijo-. Hace mucho tiempo. Apenas era un niño. Justo la Respuesta.
-¿Y tenían tu Respuesta? -preguntó en broma.
-No lo sé. Nunca entré.
-Bueno -dijo Polly-, aparentemente, el señor Gaunt piensa que pudiera tener la mía.
-¿A qué te refieres?
-Nettie recogió el recipiente del pastel y había una nota adentro. Del señor Gaunt -empujó su bolso por la mesa hacia él-. Dale un vistazo... no creo que pueda con el broche esta tarde.
Alan ignoró el bolso por el momento.
-¿Qué tan mal está, Polly?
-Mal -respondió sencillamente-. Ha estado peor, pero no te voy a mentir; nunca había estado demasiado peor. Toda la semana, desde que cambió el clima.
-¿Vas a ver
Polly suspiró.
al doctor Van Allen?
-Todavía no. Me espera una tregua. Cada vez que se pone tan mal como ahora, mejora justo cuando pienso que me volverá loca en cualquier minuto. AL menos, siempre ha sido así. Supongo que habrá un día en el que no llegará la tregua. Iré a verlo el lunes, si no he mejorado. Pero lo único que puede hacer es darme recetas. No quiero convertirme en drogadicta si puedo evitarlo, Alan.
-Pero...
-Suficiente -dijo en tono bajo-. Suficiente por ahora, ¿de acuerdo?
-Está bien -concedió, con cierta renuencia.
-Mira la nota. Es muy dulce... y muy amable.
Alan abrió el broche del bolso y vio un sobre delgado cubriendo la billetera. Lo sacó. El papel se sentía cremoso y untuoso al tacto. Escrito en el anverso, en una caligrafía tan pasada de moda que se veía como un diario antiguo, decía: Señorita Polly Chalmers.
-Ese estilo de letra se llama gótico -dijo Polly, divertida-. Creo que dejaron de enseñarla poco después de la Edad de los Dinosaurios.
Alan sacó del sobre una hoja de papel de borde irregular. En la parte superior estaba impreso
COSAS NECESARIAS
Castle Rock, Maine
Leland Gaunt, Propietario
La caligrafía en la nota no era tan artificiosa como en el sobre, pero ambas, y el lenguaje mismo, tenían una calidad agradablemente antigua.
Estimada Polly:
Gracias de nuevo por el pastel de chocolate. ¡Es mi favorito y estaba delicioso! A la vez, quiero agradecerle su bondad y consideración -supongo que se imaginaba lo nervioso que estaría el día de la inauguración, cuando además era fuera de temporada.
Tengo un artículo, todavía no está en existencia, pero viene con varias otras cosas por vía aérea, el cual creo que podría serle de gran interés. No quiero añadir más; preferiría que lo viera usted misma. En realidad, no es más que una chuchería, pero me acordé de él en cuanto usted salió y, a través de los años, rara vez me he equivocado en mis intuiciones. Espero que me llegue el viernes o sábado. Si tiene oportunidad, ¿por qué no pasa por aquí el domingo en la tarde? Estaré todo el día, formulando el inventario de la existencia, y me encantaría mostrárselo. No deseo extenderme más por ahora; el artículo se explicará por sí mismo o no lo hará. ¡Al menos, permítame corresponder a su amabilidad con una taza de té!
Espero que Nettie disfrute su nueva pantalla. Es una dama muy apreciable y pareció muy complacida.
Sinceramente suyo,

Leland Gaunt

-¡Misterioso! -opinó Alan, doblando la nota para meterla en el sobre y guardarla en el bolso-. ¿Lo vas a comprobar, como decimos en la jerga de la policía?
-¿Cómo podría rehusarme, con un señuelo como ése... y después de haber visto la pantalla de Nettie? Sí, creo que iré... si están mejor mis manos. ¿Quieres venir, Alan? Tal vez también tenga algo para ti.
-Es posible. Pero tal vez opte por quedarme con los Patriotas. Están destinados a ganar uno a la larga.
-Te veo cansado, Alan. Tienes círculos oscuros en los ojós.
-Ha sido un día pesado. Lo primero fue que apenas pude evitar que el Principal Concejal y uno de mis asistentes se golpearan mutuamente hasta convertirse en una pulpa sangrienta en el sanitario para hombres.
Polly se inclinó hacia adelante, preocupada.
-¿De qué estás hablando?
Alan le contó la reyerta entre Keeton y Norris Ridgewick y la extraña impresión que le había causado Keeton -su empleo de la palabra persecución le volvía a la mente en ratos perdidos durante el día-. AL concluir, Polly guardó un silencio prolongado.
-¿Y bien? -le preguntó finalmente-. ¿Qué piensas?
-Pensaba que todavía van a transcurrir bastantes años antes de que te enteres de todo lo que necesitas saber acerca de Castle Rock. Es probable que eso también se aplique a mí... estuve lejos mucho tiempo, y nunca hablo sobre dónde estuve y qué pasó con mi "pequeño problema", y creo que muchas personas del pueblo no confían en mí. Pero se adquiere información, Alan, y se recuerdan cosas. ¿Sabes lo que sentí cuando regresé a The Rock?
Alan movió la cabeza, interesado. Polly no era una mujer que acostumbrara ahondar en el pasado, ni siquiera con él.
-Fue como sintonizar una telenovela que dejaste de ver hace mucho tiempo. Aun cuando no la hayas visto en un par de años, reconoces a los personajes y sus problemas de inmediato, porque nunca cambian, realmente. En el momento en que vuelves a ver esa clase de programa, es como si te pusieras un par de zapatos muy cómodos.
-¿Qué me quieres decir?
-Que aún no estás actualizado con una buena parte del argumento de la telenovela. ¿Sabías que el tío de Danforth Keeton estuvo en Juniper Hill en la misma época que Nettie?
-No.
Polly asintió.
-Empezó a tener problemas mentales cuando tenía cerca de cuarenta años. Mi madre acostumbraba decir que Bill Keeton era un esquizofrénico. Ignoro si ése es el término correcto o el que mamá escuchaba con más frecuencia en la televisión, pero es indudable que estaba mal. Recuerdo que veía que detenía a las personas en la calle y las intimidaba con una cosa u otra... la deuda nacional, que John Kennedy era comunista, no sé que más. Yo sólo era una niña pequeña. Sin embargo, me asustaba, Alan... lo sabía.
-Bueno, es comprensible.
-Otras veces caminaba por la calle con la cabeza baja, hablando consigo mismo en voz alta y refunfuñante al mismo tiempo. Mi madre me decía que nunca hablara con él cuando se comportaba en esa forma, ni siquiera si íbamos camino a la iglesia y él también. Finalmente, trató de dispararle a su esposa. O eso fue lo que oí, pero tú sabes que las murmuraciones distorsionan los hechos con los años. Tal vez todo lo que hizo fue blandir la pistola de servicio ante ella. Como sea, fue suficiente para que lo llevaran a la cárcel del condado. Hubo alguna clase de audiencia sobre competencia y, cuando terminó, lo depositaron en Juniper Hill.
-¿Sigue ahí todavía?
-Ya murió. Una vez que lo internaron, su estado mental se degeneró rápidamente. Estaba catatónico cuando falleció por fin. O al menos, eso fue lo que oí.
-Jesús.
-Pero eso no es todo. Ronnie Keeton, el padre de Danforth y hermano de Bill Keeton, pasó cuatro años en el ala para enfermos mentales del. hospital para veteranos en Togus, a mediados de los años setenta. Ahora está en un asilo. Enfermedad de Alzheimer. Y también una tía abuela o prima, no estoy segura, que se suicidó en los años cincuenta, después de un cierto escándalo. No podría afirmarlo con certeza, pero una vez oí que le gustaban más las damas que los hombres.
-¿Quieres decirme que es de familia?
-No -dijo Polly-. No hay una moraleja en todo esto, ni un tema común. Lo que pasa es que conozco un poco de la historia del pueblo que tú ignoras, la clase de sucesos que no se relatan en el discurso del Cuatro de Julio en la plaza pública. Sólo te la estoy pasando. Las conclusiones son tarea de la policía.
Esto último lo dijo con tanto remilgo que Alan rió un poco -pero se sentía intranquilo, de todos modos. ¿Se heredaba la demencia? En la clase de psicología en preparatoria se le había enseñado que esa teoría era un cuento de comadres. Años más tarde, en la Academia de Policía de Albany, un

conferencista había afirmado que era cierta, o podía serlo, en ciertos casos, al menos: que era posible seguir la pista. de algunas enfermedades mentales por los arboles genealógicos con la misma claridad que los rasgos físicos, como ojos azules y flexibilidad excesiva en las articulaciones. Uno de los ejemplos que había usado fue el alcoholismo. ¿Había mencionado algo sobre la esquizofrenia? Alan no lo recordaba. Habían pasado ya muchos años desde sus días en la academia.
-Creo que será mejor que empiece a investigar acerca de Buster -dijo Alan con énfasis-. Te diré, Polly, la idea de que el Principal Concejal de Castle Rock pudiera estar convirtiéndose en una granada de mano humana no me complace exactamente.
-Claro que no. Y es probable que no sea el caso. Pero pensé que debías saberlo. Las personas del pueblo responderán a tus preguntas... si sabes cuáles son las preguntas indicadas. En caso contrario, verán alegremente como das tumbos en grandes círculos y nunca dirán una palabra.
Alan sonrió a medias. Era verdad.
-Todavía no has oído todo, Polly.. en cuanto se fue Buster, recibí la visita del reverendo Willie. El...
-¡Sshh! -lo interrumpió Polly, con tanta intensidad que Alan guardó silencio, sobresaltado. Polly miró alrededor, con la evidente intención de verificar que nadie escuchaba su conversación, y se volvió hacia Alan de nuevo-. Algunas veces me desesperas, Alan. Si no aprendes un poco de discreción, te expones a que te derroten en las urnas dentro de dos años... y te quedarás de pie, con una gran sonrisa intrigada, y dirás "¿Qué sucedió?" Tienes que ser cuidadoso. Si Danforth Keeton es una granada de mano, ese hombre es una plataforma de lanzamiento de cohetes.
Alan se inclinó más cerca de Polly, y dijo:
-No es una plataforma de cohetes. Un santurrón y un ampuloso cretino, eso es lo que es.
-¿La Noche de Casino?
Alan asintió.
Polly colocó las manos sobre las de él.
-Pobrecito. Y desde el exterior parece un pequeño pueblo somnoliento, ¿no es cierto?
-Lo es, generalmente.
-¿Se marchó enojado?
-Oh, sí -asintió Alan-. Esa fue mi segunda conversación con el buen reverendo acerca de la legalidad de la Noche de Casino. Espero que tendremos varias más antes de que los católicos la lleven a cabo y terminen de una vez.
Es un cretino santurrón, ¿verdad? -le preguntó Polly con una voz aún más baja. Su rostro estaba serio, pero resplandecían los ojos.
-Sí. Ahora aparecen los botones. Son un nuevo ángulo.
-¿Botones?
-Máquinas tragamonedas con rayas trazadas sobre ellas, en vez de rostros sonrientes. Nan lleva uno. Me pregunto de quién fue la idea.
-De Don Hemphill probablemente. No sólo es un buen bautista, sino que además es miembro del comité republicano estatal. Don sabe una o dos cosas acerca de organizaciones de campañas, pero apuesto a que está averiguando que cuando se trata de religión, es más difícil manipular la opinión pública -acarició las manos de Alan-. Tómalo con calma, Alan. Ten paciencia. Espera. De eso se compone mayormente la vida en The Rock: calma, paciencia y esperar a que se disipe el mal olor ocasional. ¿Sí?
Alan le sonrió, dio vuelta a las manos y tomó las de ella... pero con mucha suavidad. Oh, con tanta suavidad.
-Sí -dijo-. ¿Quieres compañía esta noche, hermosa dama?
-Oh, Alan. no sé...
-Sin escarceos amorosos -le aseguró-. Encenderé la chimenea, nos sentaremos frente a ella y puedes sacar unos cuantos esqueletos más del armario del pueblo para entretenerme.
Polly sonrió con cierta tristeza.
-Creo que les has dado un vistazo a todos los esqueletos que he conocido durante los últimos seis o siete meses, Alan, incluyendo el mío. Si quieres proseguir tu educación sobre Castle Rock, debes hacer amistad con el viejo Lenny Partridge... o con ella -movió la cabeza hacia Nan, y luego bajó un poquitín más la voz-: La diferencia entre Lenny y Nan es que Lenny se conforma con saber las cosas. A Nan Roberts le gusta usar lo que sabe.
-¿Lo que quiere decir...?
-Quiere decir que la dama no pagó el valor justo del mercado por todas las propiedades de que es dueña -dijo Polly.
Allan la miró pensativo. Nunca había visto a Polly en un estado de ánimo como éste -introspectiva, comunicativa y deprimida, todo al mismo tiempo. Por primera vez desde que se había convertido en su amigo y después en su amante, se preguntó si estaba escuchando a Polly Chalmers... o a las drogas.
-Creo que es mejor permanecer lejos esta noche -dijo con súbita decisión-. No soy una buena compañía cuando me siento como ahora. Lo puedo ver en tu rostro.
-Polly, eso no es verdad.

-Me voy a ir a casa y me daré un largo baño caliente. No voy a tomar más café. Desconectaré el teléfono, me acostaré temprano y, con suerte, mañana, cuando me despierte, me sentiré como una mujer nueva. Entonces tal vez podamos... ya sabes. No sólo escarceos, sino algo más.
-Me preocupas -observó Alan.
Sus manos se movieron suave y delicadamente en las de él.
-Lo sé -dijo-. No alivia nada, pero lo aprecio, Alan. Más de lo que crees.
2
Hugh Priest disminuyó la velocidad cuando pasó delante de El Tigre Meloso en su camino a casa desde el depósito de vehículos de Castle Rock... luego aceleró de nuevo. Llegó a casa, estacionó el Buick en la entrada y se dirigió al interior.
La casa se componía de dos habitaciones: una donde dormía y otra para todo lo demás. En el centro de esta última estaba una mesa de formica desportillada, cubierta con envases de aluminio de cenas congeladas (en la mayoría se habían aplastado colillas de cigarrillos en la salsa en congelación). Fue al clóset abierto, se puso de puntillas y palpó a lo largo de la repisa superior. Por un momento pensó que había desaparecido el rabo de zorra, que alguien había entrado y lo había robado, y el pánico encendió una bola de calor en su vientre. En eso, su mano encontró la suavidad sedosa y soltó la respiración en un largo suspiro.
Durante la mayor parte del día había estado pensando en el rabo de zorra, pensando en cómo lo ataría a la antena del Buick, en cómo se vería, revoloteando alegremente. Casi lo había atado esa mañana, pero había estado lloviendo y no le atraía la idea de que la humedad lo convirtiera en una empapada cuerda de piel que colgara ahí como un cadáver de animal. Ahora salió de nuevo con él, quitando distraído de una patada una lata vacía de jugo de su camino, mientras acariciaba la lustrosa piel a través de los dedos. ¡Dios, se sentía estupendo!
Entró a la cochera (la cual había estado demasiado llena de basura para admitir el auto desde 1984 más o menos) y, después de hurgar un poco, encontró un trozo de alambre fuerte. Había tomado una decisión: primero fijaría con alambre el rabo de zorra a la antena, cenaría algo y después iría en el auto hasta Greenspark. Alcohólicos Anónimos se reunía en el Salón de la Legión Americana a las siete en punto. Tal vez era demasiado tarde para que empezara una nueva vida... pero no era demasiado tarde para averiguarlo con certeza, de un modo u otro.
Formó un pequeño lazo firme con el alambre y lo fijó alrededor del extremo grueso del rabo. Empezó a enrollar el otro extremo del alambre alrededor de la antena, pero sus dedos, los cuales al principio se habían movido con una rápida seguridad, ahora mostraban mayor lentitud. Sentía que se desvanecía su confianza y, llenando el hueco que dejaba atrás, empezaba a infiltrarse la duda.
Se vio a sí mismo estacionándose en el lote de la Legión Americana, y hasta ahí todo iba bien. Se vio a sí mismo entrando a la junta; ningún problema. Pero en eso vio a un chico pequeño, como el pazguato que se había puesto delante de su camioneta el otro día, que caminaba por el frente del Salón de la Legión, mientras él estaba adentro, diciendo que su nombre era Hugh P. y que era impotente ante el alcohol. Algo capta la vista del chico -un resplandor de naranja brillante en la luminosidad blanco azulosa que lanzan los arcos de sodio que alumbran el lote de estacionamiento-. El chico se acerca al Buick y examina el rabo de zorra... primero, lo toca, después, lo acaricia. Mira a su alrededor, no ve a nadie, y arranca el rabo de zorra, rompiendo el alambre. Hugh veía a este chico cuando llegaba a la galería local de juegos de vídeo y les decía a los amigos: Hey, miren lo que me alcé en el lote de estacionamiento de la Legión. ¿No está mal, eh?
Hugh sintió que se deslizaba en su pecho un enojo frustrado, como si no fuese una simple especulación, sino un hecho consumado. Acarició el rabo de zorra, después miró hacia todos lados en la creciente penumbra de las cinco de la tarde, como si esperase ver una multitud de chicos de dedos largos reuniéndose en el extremo opuesto del camino a Castle Hill, esperando a que entrase y metiese al horno un par de cenas Hungry Man para robarse el rabo de zorra.
No, sería mejor quedarse en casa. En estos días, los chicos no respetaban nada. Los chicos se robaban cualquier cosa, sólo por diversión. Lo guardaban un día o dos, luego perdían el interés y lo tiraban en una zanja o en un lote vacío. La imagen -y era una imagen clara, casi una visión- de este hermoso rabo abandonado en un barranco de basura, cada vez más húmedo por la lluvia, perdiendo el color entre cajas de Big Mac y latas de cerveza desechadas, llenó a Hugh con una sensación de agonía furiosa.
Necesitaba estar loco para que corriera un riesgo como ése.
Desenrolló el alambre que sujetaba el rabo a la antena, llevó el rabo a la casa de nuevo y lo colocó en la repisa alta del clóset. Esta vez cerró la puerta, pero el picaporte no encajaba.
Tengo que ponerle una cerradura, pensó. Los chicos se meten en todas partes. En estos días, ya no respetan la autoridad. En lo más mínimo.
Se dirigió al refrigerador, sacó una lata de cerveza, la miró por un momento y la volvió a guardar. Una cerveza -incluso cuatro o cinco cervezas- no contribuiría en mucho para equilibrarlo. No en la forma en que se sentía esta noche. Abrió uno de los gabinetes inferiores, revolvió entre un surtido de sartenes y cacerolas provenientes de ventas de cosas usadas y encontró la botella medio llena de Black Velvet que reservaba para emergencias. Llenó un vaso de jalea hasta la marca de la mitad, la

consideró por unos instantes y después llenó el vaso hasta el borde. Tomó un trago o dos, sintió que el calor explotaba en su vientre y llenó e! vaso de nuevo. Empezó a sentirse un poco mejor, un poco más relajado. Miró hacia el clóset y sonrió. Ahí estaba seguro, y estaría más seguro en cuanto consiguiera un buen candado Kreig en la Western Auto y lo colocara. A salvo. Era muy agradable poseer algo que realmente querías y necesitabas, pero era mejor cuando esa cosa estaba a salvo. Eso era lo mejor de todo.
En eso se apagó un poco la sonrisa.
¿Para eso lo compraste? ¿Para tenerlo guardado en una repisa alta, detrás de una puerta cerrada?
Bebió otra vez, lentamente. De acuerda pensó, tal vez no era lo más conveniente. Pero es mejor que perderla por algún chico de dedos largos.
-Después de todo -dijo en voz alta-, ya no estamos en 1955. Éstos son tiempos modernos.
Asintió con la cabeza para, enfatizarlo. Sin embargo, persistía el pensamiento. ¿Qué provecho producía el rabo de zorra ahí guardado? ¿Qué provecho para él u otra persona?
Pero dos o tres tragos se ocuparon de ese pensamiento. Dos o tres tragos convirtieron el rabo encerrado en la decisión más razonable y racional del mundo. Resolvió posponer !a cena; esa determinación tan sensata merecía recompensarse con otro trago o dos.

Llenó de nuevo e! vaso de jalea, se sentó en una de las sillas de la cocina con patas tubulares de acero y encendió un cigarrillo. Y mientras permanecía ahí sentado, bebiendo y soltando rizos de ceniza en uno de los envases de cenas congeladas, se olvidó del rabo de zorra y empezó a pensar en Nettie Cobb. Nettie Cobb, la loca. Le iba a gastar una broma a Nettie la loca. La próxima semana, tal vez, o la semana siguiente... pero esta misma semana parecía más probable. El señor Gaunt le había dicho que era un hombre a quien no le gustaba perder el tiempo, Hugh estaba dispuesto a aceptar su palabra.
Le agradaba la perspectiva.
Rompería la monotonía.
Bebió, fumó y, cuando finalmente cayó redondo en las sucias sábanas de la estrecha cama en la otra habitación, a las diez menos cuarto, lo hizo con una plácida sonrisa en el rostro.
3
El turno de Wilma Jerzyck en el Supermercado Hemphill terminaba a las siete, hora en que cerraba la tienda. Llegó a su propia entrada a las siete y quince. Una suave luz se derramaba a través de las cortinas corridas de la ventana de la sala. Entró y olió. Olía a macarrones y queso. Bastante bien... hasta ahora, al menos.
Pete estaba arrellanado en el sofá, sin zapatos, viendo "Rueda de la Fortuna". El Press-Herald de Portland en su regazo.
-Vi tu nota -dijo, sentándose rápidamente y haciendo a un lado el periódico-. Metí la cacerola. Estará lista a las siete treinta -la miró con ojos castaños sinceros y ligeramente ansiosos. Como a un perro con un fuerte instinto por agradar, a Pete Jerzyck se le había entrenado desde temprano, y muy bien. Tenía lapsos, pero ya había pasado mucho tiempo sin que Wilma lo encontrara acostado en el sofá con los zapatos puestos, más tiempo aún sin que se atreviera a encender la pipa en la casa y sería un día de nieve en agosto cuando orinara sin acordarse de volver a bajar la cubierta en cuanto te- minara.
-¿Metiste la ropa limpia?
Una expresión de culpa mezclada con sorpresa inquietó su rostro redondo, franco.
-¡Caramba! Estaba leyendo el periódico y lo olvidé. Ahora mismo voy -ya estaba buscando los zapatos.
-No te preocupes -dijo Wilma, dirigiéndose a la cocina.
-¡Wilma, yo lo haré!
-No te molestes -señaló con dulzura-. No quisiera que dejaras el periódico o a Vanna White sólo porque he estado seis horas de pie detrás de una caja registradora. Siéntate, Peter. Diviértete.
Wilma no necesitaba darse vuelta para verificar su reacción; después de siete años de matrimonio, estaba honestamente convencida de que Peter Michael Jerzyck ya no le reservaba ninguna sorpresa. Su expresión sería una combinación de desazón lastimada y débil. Después de que ella saliera al patio, se quedaría de pie durante unes momentos, viéndose corno un hombre que acaba de salir del excusado y no recuerda bien si se limpió, y después emprendería sus tareas, pondría la mesa y serviría la cacerola. Le formularía muchas preguntas acerca de su turno en el supermercado, escucharía con atención sus respuestas y no la interrumpiría ni una vez con los detalles de su jornada en Williams-Brown, la gran agencia de bienes raíces en Oxford donde trabajaba. Eso le parecería perfecto a Wilma, ya que le parecía que los bienes raíces eran el tema más aburrido del mundo. Después de la cena limpiaría todo sin necesidad de pedírselo y ella leería el periódico. Se ocuparía de todos estos servicios porque había olvidado una pequeña tarea. A ella no le importaba meter la ropa limpia -de hecho, le gustaba el olor y la sensación de la ropa que había pasado una tarde feliz secándose en el sol-, pero no tenía intención de permitir que lo supiera Pete. Era un pequeño secreto.

Tenía muchos secretos similares, y todos los guardaba por la misma razón: en una guerra, te aferras a cualquier ventaja. Algunas noches llegaba a casa y podrían originarse una hora o dos de escaramuzas antes de que pudiese empujar a Peter en una retirada a plena escala, remplazando sus alfileres blancos en el mapa de batalla interior con los de cabeza roja de ella. Esta noche, el combate se había ganado en menos de dos minutos a partir del momento en que entró por la puerta, y eso estaba bien para Wilma.

Estaba convencida de que el matrimonio era una aventura de agresión para toda la vida, y en esa larga campaña, en la cual no se podían tomar prisioneros ni dar cuartel y no quedaba sin arrasar ningún tramo del paisaje matrimonial, esas victorias fáciles, a la larga, podían perder su sabor. Pero todavía no llegaba esa hora y, por tanto, salió a los tendederos con la canasta bajo el brazo izquierdo y el corazón ligero bajo el bulto de su pecho.

A la mitad del patio se detuvo intrigada. ¿Dónde diablos estaban las sábanas?

Debía verlas fácilmente, las grandes figuras rectangulares blancas, flotando en la oscuridad, pero no estaban. ¿Se habrían volado? ¡Ridículo! En la tarde había soplado una brisa, pero no un ventarrón. ¿Se las había robado alguien?

En eso, un soplo de viento respingó por el aire y oyó un gran sonido ondulante y perezoso. Bien, ahí estaban... en alguna parte. Cuando eres la mayor de un extenso clan católico de trece hijos, conoces cómo suena una sábana cuando se ondula en la cuerda. Pero ese sonido no era normal. Era demasiado pesado.

Wilma dio otro paso hacia adelante. Su rostro, el cual siempre mostraba esa mirada débilmente sombreada de una mujer que espera problemas, se oscureció. Ahora podía ver las sábanas... o unas figuras que debían ser las sábanas. Pero eran nebulosas.

Dio otro paso más pequeño hacia adelante, y de nuevo la brisa se agitó por el patio. Esta vez, las figuras se ondularon hacia ella, llenándose con el viento, y antes de que pudiese levantar la mano la golpeó algo pesado y viscoso. Una sustancia pegajosa se extendió en sus mejillas; un material espeso y esponjoso se oprimió contra ella. Era casi como si tratara de agarrarla una mano fría y pegajosa.

No era una mujer que gritara con facilidad o con frecuencia, pero ahora gritó y dejó caer el canasto de la ropa. Ese sonido mojado ondulante le llegaba de nuevo y trató de eludir la figura que surgía ante ella. Su tobillo izquierdo golpeó contra el canasto de mimbre de la ropa y cayó en una rodilla, evitando el derrumbarse a todo lo largo con una combinación de suerte y reflejos rápidos.

Una cosa pesada, mojada, babeó sobre su espalda; una humedad espesa escurrió por los lados de su cuello. Wilma gritó otra vez y huyó de las cuerdas en manos y rodillas. Unos mechones de cabello se habían escapado de la mascada que llevaba y colgaban sobre sus mejillas, cosquilleando. Odiaba esa sensación... pero odiaba aún más esa caricia babeante, pegajosa, de la figura oscura que colgaba del tendedero.

La puerta de la cocina se abrió de golpe y la voz alarmada de Pete atravesó el patio:

-¿Wilma? ¿Wilma, estás bien?

Detrás de ella aleteaba un desagradable sonido, como una risa sofocada de cuerdas vocales cuajadas con tierra. En el patio de junto, el perro de los I-Iaverhill empezó a aullar histéricamente en tono alto, molesto -¡Yark! ¡ Yark! ¡Yark!-, y esto no contribuyó en nada para mejorar el estado mental de Wilma.

Se puso de pie y vio que Pete descendía los escalones con cautela.

-¿Wilma? ¿Te catite? ¿Estás bien?

-¡Sí! -gritó furiosa-. ¡Si, me caí! ¡Sí, estoy bien! ¡Enciende la maldita luz!

-¿Te lastimaste...?

-¡Sólo enciende la maldita LUZ! -vociferó, y se frotó una mano en el frente del abrigo. La retiró cubierta con una viscosidad fría. Ahora estaba tan enojada que podía ver su propio pulso como puntos brillantes de luz delante de los ojos... y el enojo más intenso era con ella misma, por haberse asustado. Siquiera por un segundo.

¡York! ¡Yark! ¡Yark!

El maldito chucho en el patio de al lado se estaba volviendo loco. ¡Cristo, cómo adiaba ü los perros, especialmente a los hocicones!

La sombra de Pete se retiró a la parte superior de los escalones de la cocina. Se abrió la puerta, su mano se deslizó al interior y en seguida (legó la iluminación, bañando el patio con luz brillante.

Wilma bajó la vista para revisar la situación en su persona y vio un gran manchón café en el frente de su abrigo de otoño nuevo. Se frotó el rostro con furia, extendió la mano y vio que también era café. Podia sentir un lento goteo pegajoso que le escurría a la mitad Je la espalda.

-¡Fango! -la incredulidad la tenía estupefacta, tanto que no se dio cuenta de que hablaba en voz alta. ¿Quién pudo haberle hecho esto? ¿Quién pudo atreverse?

-¿Qué dijiste, cariño? -preguntó Pete. Iba caminando hacia ella; ahora se detuvo a una prudente distancia. El rostro de Wilma se distorsionaba en una forma que Pete Jerzyck encontraba extremadamente alarmante: era como si un nido de serpientes pequeñas hubiese incubado debajo de su piel.

-¡Fango! -exclamó, mostrándole las manos... a él. De las puntas de los dedos se escapaban salpicaduras café-. ¡Fango, dije! ¡Fango!
Pete miró al espacio detrás de ella, entendiendo finalmente. Quedó boquiabierto. Wilma se dio vuelta. en dirección a su mirada. El foco instalado sobre la puerta de la cocina iluminaba los tendederos y el jardín con una claridad despiadada, revelando todo lo que necesitaba revelarse. Las sábanas que había tendido limpias ahora colgaban de las pinzas en grumos desanimados, saturados. No sólo estaban salpicadas con lodo; estaban cubiertas con él, estaban forradas.
Wilma miró hacia el jardín y vio profundas horadaciones en los lugares donde se había recogido el fango. En el césped vio un camino trillado por donde el tirador de lodo había ido de un lado a otro y con el cual se podían reconstruir sus movimientos: primero cargaba, después caminaba hacia las cuerdas, lanzaba el fango y volvía para recargar.
-¡Maldita sea! -gritó.
-Wilma... entra a la casa, cariño, y yo... -Pete buscó a tientas una inspiración y se vio aliviado cuando concibió una idea-: Prepararé té.
-¡Al carajo el té! -aulló Wilma desde la cúspide, la misma cima de su alcance vocal y, desde el patio vecino, el chucho de los Haverhill mandó todo su resto, yarkyarkyark, ¡oh, como odiaba a los perros, la estaba volviendo loca, ese jodido perro hocicón!
Su furia rebosó y se lanzó contra las sábanas, las arañó y empezó a tirar de ellas. Los dedos se le atoraron en la primera línea y ésta chasqueó como una cuerda de guitarra. Las sábanas que colgaban de ahí cayeron en una empapada arremetida j ugosa. Con los puños apretados, los ojos torcidos, como un niño con una paleta, Wilma dio un gran salto de rana y aterrizó sobre una de las sábanas. Ésta produjo un cansado sonido, flush, y onduló hacia lo alto, lanzando rociadas de lodo sobre sus medias. Fue el toque final. Abrió la boca y bramó su furia. Oh, descubriría quién había hecho esto. Sí, por supuesto que sí. Más te valía creerlo. Y cuando lo hiciera...
-¿Tienen algún problema, señora Jerzyck? -era la voz de la señora Haverhill, titubeante con la alarma.
-Sí, maldita sea, estamos bebiendo Sterno y viendo a Lawrence Welk, ¿no puede callar a ese chucho? -vociferó Wilma en respuesta.
Se retiró un poco de la sábana lodosa, jadeante, el cabello colgado alrededor del rostro enrojecido. Lo hizo a un lado con rabia. El jodido perro la iba a volver loca. El jodido hocicón...
Sus pensamientos se desgajaron con un chasquido casi audible.
Perros.
Jodidos perros hocicones.
¿Quién vivía a la vuelta de la esquina, en la calle Ford?
Corrección: ¿Quién era la dama dernente con un jodido perro hocicón llamado Raider que vivía a la vuelta de la esquina?
¡Vaya, Nettie Cobb!
Su perro había ladrado durante toda la primavera, con esos ladridos agudos de cachorro, que realmente se te meten bajo la piel y, por último, Wilma había llamado a Nettie y le había dicho que si no podía callar al perro debería deshacerse de él. Una semana más tarde, en vista de que no se había presentado ninguna mejoría (al menos, ninguna que Wilma estuviese dispuesta a admitir), de nuevo había llamado a Nettie para decirle que si no tenía la capacidad para mantener callado al perro, ella, Wilma, tendría que recurrir a la policía. La siguiente noche lo hizo, en efecto, en cuanto el maldito chucho empezó los ladridos y gemidos una vez más.
Alrededor de una semana más tarde, Nettie se había presentado en el supermercado (al contrario de Wilma, Nettie parecía que era la clase de persona que tiene que darle vueltas en la cabeza a las cosas por un tiempo, reflexionar sobre ellas, incluso, antes de actuar). Se había formado en la fila de la registradora de W filma, aunque no llevaba ni un solo artículo. Cuando llegó a su turno, había dicho, con una vocecita aguda, sin aliento:
-Ya no nos busque más problemas a mí y a Raider, Wilma Jerzyck. Es un buen perrito y más le vale dejarnos en paz.
Wilma, siempre lista para una pelea, no se habla desconcertado en lo más mínimo al ser confrontada en su lugar de trabajo. De hecho, más bien le gustó.
-Señora, usted no sabe lo que son problemas. Pero si no consigue que se calle ese maldito perro, lo sabrá bien.
Nettie Cobb estaba pálida como la leche, pero se irguió apretando el bolso con tanta fuerza que los tendones de sus descarnados antebrazos sobresalían desde las muñecas a los codos. Añadió:
-Es una advertencia -y salió presurosa.
-¡Oh, oh, creo que me mojé las pantaletas! -había gritado Wilma ruidosamente detrás de ella (el sabor de la batalla siempre la ponía de buen humor), pero Nettie no se dio vuelta, sólo apresuró un poco más el paso.
Después de eso se había tranquilizado el perro. Para Wilma, ese silencio fue más bien una decepción, ya que la primavera había sido bastante tediosa. Pete no daba señales de rebelión y Wilma había estado sintiendo un desánimo de fines de invierno que no parecía alterarse con el

nuevo r-everdecimiento en los árboles y pasto. Un buen enemigo era lo que realmente necesitaba para añadirle color y condimento a la vida. Por un tiempo, pareció que esa loca de Nettie Cobb llenaría los requisitos admirablemente, pero cuando el perro corrigió sus modales Wilma pensó que tendría que buscar la diversión en otra parte.

De repente, una noche de mayo, el perro había empezado a ladrar de nuevo. Sólo ladró un raía, pero Wilma corrió al teléfono y llamó a Nettie de todos modos, había marcado el número en la guía para tenerlo a la mano en cuanto fuera necesario. No perdió el tiempo en preliminares, sino que fue directamente al punto.

-Soy Wilma Jerzyck, mi estimada. Te llamo para decirte que si no callas a ese perro lo callaré yo misma.

-¡Ya está callado! -había gritado Nettie-. ¡Lo metí en cuanto llegué a casa y lo oí! ¡Déjanos en paz a mí y a Raider! ¡Te lo advertí! ¡Te arrepentirás si no lo haces!

-Sólo recuerda lo que dije -respondió Wima- Ya estoy harta. La próxima vez que empiece ese escándalo, no me molestaré en quejarme con los polizontes. Iré para allá y le cortaré la maldita garganta.

Había colgado el teléfono sin darle oportunidad de responder a Nettie. La regla fundamental que regía los enfrentamientos con el enemigo (parientes, vecinos, cónyuge) dictaba que el agresor fuese quien dijera la última palabra Desde entonces, el perro no había
hecho ruido. Bueno, tal vez
sí, pero Wilma no lo había notado; nunca había sido tan molesto en primer lugar, no en realidad, y además, Wilma había inaugurado un altercado más productivo con la mujer que dirigía el salón de belleza en Castle View. Wilma casi se había olvidado de Nettie y Raider.

Pero era posible que Nettie no la hubiese olvidado a ella. Wilma había visto a Nettie ayer mismo, en la nueva tienda. Y si las miradas mataran, pensó Wilma, habría caído fulminada en el piso.

Ahora, ahí de pie, junto a las sábanas lodosas, arruinadas, recordó la expresión de temor y desafío que había aparecido en el rostro de esa perra chiflada, la forma en que se arqueó su labio, mostrando los dientes por un segundo. Wrlma estaba muy familiarizada con la expresión de odio, y ayer la había visto en el rostro de Nettie Cobb.

-Te lo advertí... te arrepentirás.

-Wilma, entra a la casa -dijo Pete. Colocó una mano tentativa en su hombro.

Wilma se lo sacudió con energía.

-Déjame en paz.

Pete retrocedió un paso. Se veía como si
quisiera retorcerse las
manos pero no se atreviera.

Tal vez ella también lo olvidó, pensó Wilma. Al menos hasta que me vio ayer, en la tienda nueva. O tal vez todo este tiempo ha estado planeando algo
(te lo advertí)
en esa dislocada cabeza y el verme la puso en acción.

En los últimos momentos se había convencido de que Nettie era la culpable -¿con quién más, que pudiese guardarle rencor, había cruzado la mirada en el último par de días?-. En el pueblo había otras personas que no sentían ningún agrado por ella, pero esta clase de truco, esta clase de truco furtivo y cobarde, armonizaba con la forma en que Nettie la había mirado ayer. Ese gesto de temor
(te arrepentirás)
y odio combinados. Se había visto como un perro, uno lo bastante bravo para morder sólo en cuanto la víctima le diera la espalda.

Sí, había sido Nettie Cobb, en efecto. Entre más lo pensaba, más se convencía. Y el acto era imperdonable. No porque las sábanas estuvieran arruinadas. No porque fuese una jugarreta cobarde. Ni siquiera porque fuese la acción de una persona con el cerebro agrietado.

Era imperdonable porque había asustado a Wilma.

Un solo segundo, cierto, ese segundo cuando la cosa café viscosa había salido ondulando de la oscuridad para darle en el rostro, acariciándola con una frialdad propia de la mano de un monstruo... pero incluso un solo segundo era demasiado.

-¿Wilma? -preguntó Pete cuando ella volvió el rostro plano hacia él. No le gustó la expresión que le mostró la luz del pórtico, superficies blancas, brillantes, y sombras oscuras, como hoyuelos. No le gustó esa mirada embotada en los ojos-. ¿Cariño? ¿Estás bien?

Wilma pasó al lado de él, sin prestarle la más mínima atención. Pete corrió tras ella en dirección a la casa... y al teléfono.

4

Cuando sonó el teléfono, Nettie estaba sentada en la sala con Raider a sus pies y la nueva pantalla de cristal de colores en el regazo. Eran las ocho y veinte minutos. Se sobresaltó al oírlo y aferró más estrechamente la pantalla, mirando el teléfono con temor y desconfianza. Sintió una certeza momentánea -tonta, desde luego, pero parecía que no podía librarse de esa sensación- de que sería Alguna Persona de Autoridad, que la llamaba para decirle que debía devolver esa hermosa

pantalla, que pertenecía a otra persona, que un objeto bello, de cualquier forma, no podía sumarse a la pequeña colección de Nettie; la misma idea era ridícula.
Raider la miró unos instantes, como si le preguntara si iba a contestar o no, y luego colocó el hocico de nuevo sobre las patas.
Nettie puso a un lado cuidadosamente la pantalla y tomó el auricular. Lo más probable era que fuese Polly, para pedirle que recogiera algo para la cena en el Supermercado Hemphill, en el camino al trabajo mañana.
-Hola, residencia Cobb -dijo con voz seca. Toda su vida había estado aterrorizada con la figura de Alguna Persona de Autoridad y había descubierto que la mejor forma en que podía manejar ese temor consistía en que hablara como una persona de autoridad. Esto no lograba que desapareciera el temor, pero al menos lo mantenía bajo control.
-¡Sé lo que hiciste, perra loca! -le escupió una voz. Fue tan súbito y tan horripilante como el pinchazo de un picahielo.
La respiración se le inmovilizó, como atorada en tina espina; una expresión de horror atrapado congeló su rostro y el corazón trató de abrirse paso hasta. la garganta. Raider la miró de nuevo, interrogante.
-¿Quién... quién...?
-Sabes muy bien quién soy -dijo la voz, y Nettie lo supo, desde luego. Era Wilma Jerzyck. Esa mujer malvada, malvada.
-¡Ya no ladra! -la voz de Nettie era aguda y débil y chillante, la voz de alguien que acaba de inhalar todo el contenido de un globo de helio-. ¡Ya creció y ya no ladra! ¡Está aquí, a mis pies!
-¿Te divertiste arrojando lodo a mis sábanas, buscona estúpida? -Wilma estaba furiosa. La mujer estaba fingiendo que sólo se trataba del perro.
-¿Sábanas? ¿Cuáles sábanas? Yo... Yo...
-Nettie miró hacia la pantalla de cristal de colores y pareció extraer fuerza de ella-. ¡Déjame en paz! ¡Tú eres la que está loca, no yo!
-Me las vas a pagar. Nadie entra a mi patio y arroja lodo a mis sábanas cuando yo no estoy. Nadie. ¡NADIE! ¿Entiendes? ¿Está entrando esto en tu cráneo agrietado? No sabrás dónde ni sabrás cuándo y, sobre todo, no sabrás como, pero... me las vas a PAGAR. ¿Entiendes?
Nettie sostenía el auricular estrechamente apretado contra el oído. Su rostro tenía una palidez mortal, excepto por una veta roja brillante que corría por su frente entre las cejas y el inicio del cabello. Los dientes estaban trabados y sus mejillas se inflaban y desinflaban como un fuelle, mientras jadeaba por los lados de la, boca.
-¡Déjame en paz o te arrepentirás! -gritó con su voz aguda, débil, de helio. Raider se había levantado, las orejas en alto, los ojos brillantes y ansiosos. Percibía amenaza en la, habitación. Ladró una vez, con severidad. Nettie no lo oyó-. ¡Te arrepentirás! ¡Yo... yo conozco personas! ¡Personas de Autoridad! ¡Las conozco muy bien! ¡No tengo que tolerar esto!
Wilma habló lentamente, con una voz baja y sincera y totalmente furiosa:
-Joderme fue el peor error que has cometido en tu vida. No sabes lo que te espera.
Se oyó un click.
-¡No te atrevas! -gimió Nettie. Ahora corrían lágrimas por sus mejillas, lágrimas de terror y una rabia abismal, impotente-, ¡No te atrevas, malvada! Yo... yo...
Se oyó un segundo click, seguido por el zumbido de una línea abierta.
Nettie colgó el auricular y se sentó tiesa en la silla durante casi tres minutos, con la mirada perdida. Luego empezó a llorar. Raider ladró de nuevo y puso las patas en el borde de la silla. ¡Nettie lo abrazó y lloró contra su pelo. Raider le lamió el cuello.
-No permitirá que te lastime, Raider -dijo. Inhalo el dulce y limpio calor del perro, tratando de encontrar consuelo en él- No permitiré que te lastime esa mujer -malvada. No es una Persona de Autoridad, en absoluto. No es más que una vieja mala, y si trata de lastimarte... o dañarme a mí... se arrepentirá.
Al fin se enderezó, encontró un kleenex metido entre un lado de la silla y el cojín y lo usó para limpiarse los ojos. Estaba aterrorizada. .. pero también sentía que el enojo zumbaba y taladraba en su interior. Así se había sentido antes de tomar el tenedor de carne del cajón bajo el fregadero y hundirlo en la garganta de su marido.
Tomó la, pantalla de cristal de colores de la mesa y la abrazó suavemente.
-Si empieza algo, lo lamentará mucho, mucho -dilo Nettie.
Permaneció sentada, con Raider a sus pies y la pantalla en su regazo, por un rato prolongado.
5
Norris Ridgewick recorría. lentamente la calle Main en la patrulla policiaca, inspeccionando tos edificios en el lado oeste de la calle. Pronto terminaría su turno y eso lo alegraba. Recordaba lo bien que se había sentido esta mariana, antes de que ese idiota lo hubiese atacado; recordaba que estaba frente al espejo en el sanitario para hombres, ajustándose el sombrero y pensando con satisfacción que se veía En Guardia. Podía evocarlo, pero el recuerdo parecía muy viejo y en tono sepia, como

una fotografía del siglo diecinueve. Desde el momento en que ese idiota de ICeeteh lo había agarrado hasta ahora, todo le había salido real.
Había tomado el almuerzo en Cluck-Cluck Tonite, el puesto de pollo en la ruta 119. Generalmente, la comida de ahí era buena, pero esta vez le había provocado un caso furioso de indigestión ácida, seguida por un acceso de diarrea. Alrededor de las tres había rodado sobre un clavo en el camino vecinal 7, cerca de la vieja casa. de Camber, y tuvo que cambiar el neumático. Se había limpiado los dedos en la camisa del uniforme recién salido de la tintorería, :in pensar en lo que hacía, con la única intención de secarse las puntas de los dedos para sostener mejor los tornillos sueltos, y había embarrado cuatro rayas gris oscuro brillantes de grasa en la camisa. Mientras miraba el accidente con desaliento, los calambres le habían convertido en agua los intestinos de nuevo y tuvo que correr a un grupo de arbustos. 1-labia sido una. carrera para ver si lograba bajarse los pantalones antes de llenarlos. Norris había ganado esa carrera... pero no le había gustado la apariencia del pequeño arbusto que había elegirlo para defecar.. Parecía zumaque venenoso y, de acuerdo con los acontecimientos del día, era probable que lo fuese.
Norris pasó lentamente por delante de los edificios que formaban el centro de Castle Rock; el Norway Bank and Trust, la Western Auto, la cafetería de Nan, el hoyo negro donde había estado el palacio de las chucherías de Pop Merrill, Cose y Cose, Cosas Necesarias, la ferretería Castle Rock...
Súbitamente, Norris apretó los frenos y se detuvo. En el escaparate de Cosas Necesarias había visto algo sorprendente, o creía haberlo visto, de cualquier forma.
Verificó en el espejo retrovisor, pero la calle Main estaba desierta. El semáforo en el extremo bajo del distrito comercial se apagó de pronto y permaneció oscuro unos cuantos segundos, mientras el mecanismo se ajustaba cuidadosamente en el interior. Luego empezó a encenderse la luz amarilla intermitente en el centro. Las nueve, entonces. Las nueve exactamente.
Norris condujo la patrulla en reversa y se estacionó junto al bordillo de la acera. Miró al radio, pensó en enviar un 10-22 -oficial sale del vehículo- y decidió en contra. Sólo quería dar un rápido vistazo al escaparate. Subió un poco el alcance del radio y bajó la ventanilla antes de descender. Con eso sería suficiente.
No viste lo que pensaste que viste, se previno a sí mismo, levantándose los pantalones mientras caminaba por la acera. De ningún modo. Hoy era un día de decepciones, no de descubrimientos. No era más que una vieja caña y carrete Zebco...
Excepto que no fue así. La caña de pescar en el escaparate de Cosas Necesarias estaba dispuesta en un agradable exhibidor pequeño con una red y un par de botas de hule amarillo brillante y, definitivamente, no era una Zebco. Era una Bazun. Desde que murió su padre, hacía dieciséis años, no había visto una. Entonces Norris tenía catorce y la Bazun le había fascinado por dos razones: lo que era y lo que simbolizaba.
¿Qué era? Nada menos que la mejor maldita caña de pescar para lago y arroyo en el mundo, eso era todo.
¿Qué simbolizaba? Los buenos tiempos. Tan sencillo como eso. Las horas placenteras que un chico delgaducho llamado Norris Ridgewick había vivido con su viejo. Horas placenteras abriéndose paso por los bosques, junto a algún arroyo en las orillas del pueblo, horas placenteras en el pequeño bote, anclado en el centro del lago Castle, mientras todo a su alrededor era blanco por la bruma que surgía del lago en pequeñas columnas vaporosas y los encerraba en su propio mundo privado. Un mundo sólo para hombres. En algún otro mundo, las mamás pronto empezarían a preparar el desayuno y ése también era un buen mundo, pero no tan bueno como éste. Ningún mundo había sido tan bueno como éste, ni antes ni después.
Cuando su padre sufrió el ataque fatal a las coronarias, desapareció la caña y el carrete Bazun. Recordaba haberla buscado en la cochera después del funeral y no estaba ahí. Había revisado el sótano, incluso había mirado en el clóset del dormitorio de su papá y mamá (aunque sabía que era más probable que su mamá permitiese que Henry Ridgewick guardara ahí un elefante que una caña de pescar, pero la Bazun se había desvanecido. Norris siempre había sospechado de su tío Phil. En varias ocasiones había reunido el valer para preguntarle, pero cada vez que llegaba al punto crítico, había retrocedido.
Ahora. mirando esa caña y carrete, la cual podía haber sida la misma, se olvidó de Buster Keeton por primera vez en el día. Estaba inundado con un simple recuerdo perfecto: su padre sentado en la popa del bote, la caja de aparejos entre los pies, dándole a Norris la Bazun para servirse una taza de café del gran termo rojo con rayas grises. Podía oler el café, caliente y aromático, y podía oler la loción para después de afeitar de su padre: Caballero (le! Sur, se llamaba.
De improviso, surgió el antiguo dolor y lo envolvió en su abrazo gris y deseó tener a su padre. Después de todos esos años, el antiguo pesar le roía los huesos de nuevo, tan fresco y hambriento como cuando su madre llegó a casa del hospital y le tomó las manos y dijo: Tenemos que ser muy valientes, Norris.
El reflector -en el escaparate extraía brillantes rayos de luz de la cubierta de acero del carrete y lo recorrió de nuevo ese viejo cariño, ese oscuro y dorado cariño. Norris contempló la caña Bazun y pensó en el olor a café recién hecho que emanaba del gran termo rajo con rayas grises y en la

tranquila y ancha extensión del lago. Sintió en la mente la áspera textura de la empuñadura de corcho de la caña y levantó lentamente una mano para limpiarse los ojos.
-¿Oficial? -preguntó una voz baja.
Norris emitió un pequeño grito y saltó hacia atrás del escaparate. Por un terrible momento pensó que, después de todo, iba a llenar los pantalones -el final perfecto de un día perfecto-. En ese pasó el calambre y miró a su alrededor. Un hombre alto con chaqueta de tweed estaba de pie en la puerta de la tienda y lo miraba con una pequeña sonrisa.
-¿Lo sobresalté? -preguntó-. Lo siento mucho.
-No -dijo Norris, y logró esbozar una sonrisa propia. Su corazón todavía palpitaba como martillo de percusión-. Bueno... tal vez un poco. Estaba mirando la caña y recordando los viejos tiempos.
-Llegó hoy mismo -explicó el hombre-. Es vieja, pero está en excelentes condiciones. Es una Bazun, ¿sabe? No es una marca conocida, pero los pescadores serios las aprecian mucho. Es...
-... japonesa -dijo Norris-. Lo sé. Mi papá tenía una.
-¿En efecto? -se amplió la sonrisa del hombre. Los dientes que reveló estaban torcidos, pero Norris pensó que era una sonrisa agradable, de todos modos-. Sí que es una coincidencia, ¿verdad?
-Seguro que lo es -aceptó Norris.
-Soy Leland Gaunt. Ésta es mi tienda -extendió la mano.
Cuando esos dedos largos se volvieron alrededor de su mano, una repulsión momentánea invadió a Norris. Sin embargo, el apretón de manos de Gaunt sólo duró unos instantes y, cuando lo soltó, la sensación desapareció de inmediato. Norris decidió que era su estómago, todavía delicado por las almejas en mal estado que había corrido en el almuerzo. La próxirna vez que estuviese por ese rumbo, pediría el pollo, el cual, después de todo, era la especialidad de la casa.
-Podría ofrecerle un precio extremadamente justo para la caña -dijo el señor Gaunt-. ¿Por qué no entra, oficial Ridgewick? Hablaremos al respecto.
Norris se sorprendió un poco. Estaba seguro de que no le había dicho su nombre a este viejo pajarraco. Abrió la 'toca para preguntarle a Gaunt cómo lo sabía y luego la cerró. Llevaba un pequeño marbete sobre su placa. Eso era, por supuesto.
-No debería -dijo y dirigió un pulgar sobre el hombro hacia la patrulla. Todavía podía escuchar el radio, aunque sólo emitía estáticas; no había tenido una llamada en toda la noche-. Estoy de servicio, ¿sabe? Bueno, termino a las nueve, pero técnicamente, hasta que devuelvo el automóvil...
-Sólo nos llevará un minuto -lo animó Gaunt. Sus ojos miraban a Norris con expresión alegre-. Cuando me decido a negociar con un hombre, oficial Ridgewick, no pierdo el tiempo. En especial, cuando el hombre en cuestión está afuera en la mitad de la noche, protegiendo mi negocio.
Norris pensó en decirle a Gaunt que las nueve no era la media noche y que, en un pequeño pueblo somnoliento corno Castle Rock, la protección de las inversiones de los comerciantes locales rara vez era una tarea difícil. Luego miró otra vez la caña Bazun y esa vieja nostalgia, tan sorprendentemente fuerte y vívida, lo invadió de nuevo. Pensó que ese fin de semana podría ir al lago con esa caña. Saldría temprano en la mañana, con una caja de gusanos y un gran termo de café recién hecho de Nan. Sería casi como si volviese a estar con el viejo.
-Bueno...
-Oh, ande -lo alentó Gaunt-. Si yo puedo hacer una pequeña venta después del horario, usted puede hacer una pequeña compra en el tiempo del pueblo. Y realmente, oficial Ridgewick... no creo que nadie vaya a robar el banco esta noche.
Norris miró hacia el banco, el cual parpadeaba de amarillo a negro con el tartamudeo medido de la luz intermitente, y se rió.
-Lo dudo.
-¿Bien?
-De acuerdo -aceptó Norris-. Pero si no podemos llegar a un trato en un par de minutos, tendré que marcharme.
Leland Gaunt gimió y rió al mismo tiempo.
-Creo que oigo el suave sonido de mis bolsillos al vaciarse -dijo-. Entre, oficial Ridgewick... será un par de minutos.
-Sí que me gustaría tener esa caña -reveló impulsivamente Norris. Era una forma equivocada de empezar una compra y lo sabía, pero no pudo evitarlo.
-Y la tendrá -dijo el señor Gaunt-. Le voy a ofrecer el mejor trato de su vida, oficial Ridgewick.
Condujo a Norris al interior de Cosas Necesarias y cerró la puerta.

SEIS

1

Wilma Jerzyck no conocía a su marido, Pete, tan bien como creía. La noche del jueves se fue a la cama con la decisión firme de que lo primero que haría la mañana del viernes sería ir a casa de Nettie Cobb y Ocuparse de las Cosas. Algunas veces, sus riñas frecuentes se desvanecían simplemente, pero en las ocasiones en que alcanzaban una crisis, Wilma era quien elegía el terreno del duelo y las armas. La primera regla de su estilo de vida de confrontación constante consistía en Decir siempre la última palabra. La segunda era Hacer siempre el primer movimiento cuando las

cosas se ponían candentes. Este primer movimiento era lo que denominaba Ocuparse de las Cosas, y se proponía ocuparse de Nettie sin demora. Le dijo a Pete que tenía la intención de ver cuántas veces le podía dar vueltas a la cabeza de la perra loca antes de que reventara del tronco.
Estaba segura de que pasaría la mayor parte de la noche despierta y descargando vapor, tensa como una cuerda de arco tirante; no hubiese sido la primera vez. En cambio, se quedó dormida en menos de diez minutos después de acostarse y, cuando despertó, se sentía descansada y extrañamente tranquila. El viernes en la mañana, sentada a la mesa de la cocina en bata de casa, se le ocurrió que tal vez era demasiado temprano para Ocuparse de las Cosas de Modo Definitivo. Anoche, por teléfono, había dejado a Nettie muerta de miedo; a pesar de lo furiosa que estaba Wilma, no estaba tan furiosa como para no darse cuenta de eso. Sólo una persona tan sorda como una tapia no lo hubiese notado.
¿Por qué no dejar que la señorita Enfermedad Mental 1991 se mantuviera en ascuas por un poco de tiempo más? Que fuese ella la que permaneciera despierta en las noches, preguntándose poi dónde caería la Ira de Wilma. Le daría unas vuelta` con el auto tal vez unas cuantas llamadas más por teléfono. Mientras tomaba el café (Pete estaba sentado al otro lado de la mesa, observándola con aprensión por encima de la sección de deportes del periódico), se le ocurrió que, si Nettie estaba tan chiflada como decían todos, tal vez no tuviese que ocuparse de las cosas, después de todo. Ésta podría ser una de las raras ocasiones en que las Cosas se Arreglaban por Sí Mismas. Encontró este pensamiento tan alentador que permitió que Pete le diera un beso antes de que tomara su portafolio y se preparara para salir al trabajo.
La idea de que el ratón asustado de su marido pudiese haberla drogado nunca cruzó por la mente de Wilma. No obstante, eso era .lo que había hecho Pete Jerzyck, y no por primera vea..
Wilma sabía que mantenía acobardado a su marido, pero no se imaginaba la extensión de esa intimidación. No sólo le tenía miedo; le tenía pavor, al igual que los nativos de ciertas regiones tropicales, quienes, supuestamente, vivieron en un tiempo con una veneración y un terror supersticioso ante el Gran Dios del Trueno de la Montaña, el cual podría cernerse silencioso sobre sus vidas soleadas durante años o generaciones, incluso, antes de explotar de súbito en una sangrienta diatriba de lava candente.
Esos nativos, ya fuesen reales o hipotéticos, sin duda celebraban sus propios rituales propiciatorios. Es posible que no resultaran muy útiles cuando despertaba la montaña y lanzaba rayos y truenos y un río de fuego sobre sus aldeas, pero cuando la montaña estaba tranquila, seguramente contribuía a la paz mental de todos. Pete Jerzyck no conocía rituales sagrados para venerar a Wilma; parecía que tendría que recurrir a medidas prosaicas. Medicamentos controlados, en vez de hostias de comunión, por ejemplo.

Concertó una cita con Ray van Allen, el único médico familiar de Castle Rock, y le dijo que quería algo que le aliviara sus sentimientos de ansiedad. Su programa de trabajo era terrible, le explicó a Ray, y según aumentaba el porcentaje de comisión, cada vez le era más difícil dejar en la oficina los problemas relacionados con el trabajo. Finalmente, había decidido que era hora de ver si el médico podía recetarle algo que le hiciera la vida más llevadera.
Ray van Allen no sabía nada acerca de las presiones del juego de los bienes raíces, pero sí tenía una idea muy aproximada de lo fuertes que debían ser las presiones si se vivía con Wilma. Sospechaba que la ansiedad de Pete Jerzyck disminuiría considerablemente si no saliera nunca de la oficina, pero desde luego no era su papel decir eso. Extendió una receta para Xanax, citó las precauciones habituales y le deseó al hombre buena suerte y mucho éxito. Creía que Pete, en su viaje por el camino de la vida en tándem con esa yegua en particular, necesitaba bastante de ambas cosas.
Pete tomaba Xanax, pero no abusaba de él. Ni le comentó a Wilma nada al respecto -si supiera que Pete estaba USANDO DROGAS, le daría una pataleta-. Tuvo cuidado de guardar la receta de Xanax en el portafolio, el cual contenía papeles que a Wilma no le interesaban en absoluto. Tomaba cinco o seis pastillas al mes, la mayoría en los días previos a que se iniciara el periodo de Wilma.
En eso, el verano pasado, Wilma había entablado una riña con Henrietta Longman, quien era propietaria y estaba al frente del salón de belleza de Castle Hill. El motivo fue un rizado permanente estropeado. Después del encuentro inicial a gritos, se dio un intercambio entre ellas en el Supermercado Hemphill al siguiente día. Una semana más tarde, ocurrió un nuevo altercado a alaridos en la calle Main. En éste, casi llegan a las manos.
Como resultado, Wilma había paseado de un lado a otro por la casa, como una leona enjaulada, jurando que iba a apalear a esa perra, que la mandaría al hospital.
-Necesitará un tratamiento de belleza completo cuando acabe con ella -había rechinado Wilma entre los dientes apretados-. Puedes estar seguro. Mañana mismo. Me presentaré ahí y me Ocuparé de las Cosas.
Pete, con creciente alarma, se dio cuenta de que no se trataba de bravatas meramente; Wilma se proponía cumplir con sus amenazas. Sólo Dios sabía qué maniobra disparatada tendría en mente. Pete tenía visiones en las que Wilma hundía la cabeza de Henrietta en una tina con una sustancia corrosiva que dejaría a la, mujer tan calva como Sinead O'Connor para el resto de su vida.

Había esperado alguna moderación del enfurecimiento durante la noche, pero cuando Wilma se levantó, en la mañana siguiente, estaba más enojada aún. Pete no lo hubiese creído posible, pero parecía que así era. Los oscuros círculos bajo sus ojos eran una proclama de la noche en vela.
-Wilma -había dicho débilmente-, en realidad no creo que sea una buena idea que vayas hoy al salón de belleza. Estoy seguro de que si lo piensas bien...
-Lo pensé bien anoche -había replicado Wilma, fijando en él la mirada atemorizante y categórica-, y he decidido que cuando termine con ella nunca volverá a quemarle las raíces del cabello a nadie. Cuando acabe con ella, necesitará un perro para ciegos para encontrar el camino al baño. Y si me sigues jodiendo, Pete, tú y ella podrán comprar los malditos perros de la misma camada de pastores alemanes.
Desesperado, inseguro de su eficacia, pero sin que se le ocurriera otra forma de evitar la catástrofe inminente, Pete Jerzyck sacó el frasco de la bolsa interior del portafolio y dejó caer una tableta de Xanax en el café de Wilma. Luego, se fue a la oficina.
En un sentido muy real, ésa fue la primera comunión de Pete Jerzyck.
Había pasado el día en una congoja de suspenso y volvió a casa aterrorizado de lo que podría encontrarse (Henrietta Longman muerta y Wilma en la cárcel era su fantasía más recurrente). Quedó encantado cuando vio que Wilma estaba en la cocina, y cantando, además.
Pete respiró aliviado, hizo a un lado el escudo emocional contra las explosiones y le preguntó qué había sucedido con la mujer Longman.
-No abre hasta el mediodía, y para esa hora ya había disminuido mi enojo -le explicó Wilma-. Sin embargo, fui a enfrentarme con ella de todos modos... como sea, me había prometido a mí misma que lo haría. ¡Y sabes que me ofreció una copa de jerez y dijo que quería devolverme el dinero!
-¡Uau! ¡Estupendo: -exclamó Pete, confortado y feliz, y ése había sido el fina¡ de Paffaire Henrietta. Había pasado varios días esperando que volviera la furia de Wilma, pero no fue así, al menos, no encauzada en esa dirección.
Pete había considerado el sugerirle a Wilma que viese al doctor Van Allen para que le diese la receta de un tranquilizante para ella, pero descartó la idea después de una larga y cuidadosa reflexión. Si le insinuaba que TOMARA DROGAS, Wilma lo pondría en órbita de un sopapo. LAS DROGAS eran para los viciosos timoratos. Ella enfrentaría la vida en los términos que presentara, muchas gracias. Y, además, concluyó Pete con renuencia, la verdad era demasiado evidente para negarla: a Wilma !e gustaba estar enojada. Una Wilma furiosa era una Wilma satisfecha, una Wilma animada con un alto :-opósito.
Y él la amaba -como los nativos de esa isla tropical hipotética amaban sin duda al Gran Dios del Trueno de la Montaña-. En realidad, el pavor y la veneración intensificaban su amor; ella era W WILMA, una fuerza en sí misma, y sólo intentaba desviarla de su curso cuando temía que pudiese lastimarse... lo cual, a través de las transubstanciaciones místicas del amor, lo lastimaría a él tambien.
Desde entonces, le había administrado el Xanax en tres ocasiones. La tercera -la más atemorizante de todas- fue la Noche de las Sábanas Enlodadas. Había insistido con tenacidad en que tomara una taza de té y, cuando accedió por fin (después de un diálogo corto, pero extremadamente satisfactorio con Nettie Cobb, la loca), lo preparó bastante fuerte y no le puso un Xanax, sino dos. La mañana siguiente, se sintió profundamente aliviado al constatar el descenso en el termostato de su esposa.
Wilma Jerzyck confiaba en su poder sobre la mente de su esposo e ignoraba estas prácticas, mismas que impidieron que Wilma derribara la puerta de Nettie con el Yugo y arremetiera ciegamente contra ella (o tratara) el viernes en la mañana.
2
Wilma no había olvidado a Nettie ni la había perdonado ni abrigaba la más ligera duda sobre quién había arruinado su ropa de cama; ninguna medicina en la tierra podría lograr esas proezas. Poco después de que Pete salió al trabajo, Wilma subió a su auto y circuló lentamente por la calle Willow (en la defensa trasera del pequeño Yugo amarillo estaba pegada una calcomanía que le decía al mundo SI NO TE GUSTA CÓMO CONDUZCO MARCA 1-800-COME-MIERDA). Dio vuelta a la derecha, sobre la calle Ford, y disminuyó aún más la velocidad cuando se acercó a la pequeña y bien cuidada casa de Nettie Cobb. Creyó ver una ligera sacudida en una de las cortinas y eso era un buen inicio:.. pero sólo un inicio.
Dio vuelta a la manzana (cruzó delante de la casa de los Rusk en la calle Pond sin darle un vistazo), pasó por su propia casa en Willow y de nuevo por la calle Ford. En esta ocasión, al aproximarse a la casa de Nettie, tocó la bocina del Yugo dos veces y después se estacionó en el frente, con el motor en marcha.
La cortina se movió de nuevo. No cabía la menor duda. La mujer la estaba atisbando. Wilma se la imaginó detrás de la cortina, temblando de culpa y terror, y descubrió que disfrutaba esta imagen aún más de lo que había saboreado la que la acompañó a la cama: la imagen en que daba vueltas a la cabeza de la perra loca hasta que se soltaba, como la de esa pequeña niña en "El Exorcista".
-Te veo, ratoncito -dijo inexorable mientras la cortina volvía a su lugar-. No creas que no.

Dio otra vuelta a la manzana, se detuvo de nuevo frente a la casa de Nettie y tocó la bocina para notificarle su llegada a la presa. En esta ocasión, se quedó enfrente casi cinco minutos. La cortina se movió dos veces. Al fin, se retiró satisfecha.
La buscona loca se pasará el resto del día pendiente de lo que hago, pensó en tanto se estacionaba en su propia entrada y bajaba del auto. No se atreverá a sacar un pie de la casa.
Wilma se dirigió al interior, ligera de pies y corazón, y se arrellanó en el sofá con un catálogo. Poco tiempo después ordenaba encantada tres nuevos juegos de sábanas: blanco, amarillo y estampado.
3
Raider estaba en el centro de la alfombra de la sala, mirando a su ama. Al cabo de un rato gimió intranquilo, como para recordarle a Nettie que era día de trabajo y ya tenía media hora de retraso. Hoy era el día destinado a aspirar la planta alta de la casa de Polly y, además, iría el hombre de los teléfonos con los nuevos aparatos, los de grandes botones para marcar los números. Se suponía que eran los más adecuados para las personas que sufrían una artritis tan terrible como la de Polly.
¿Pero cómo podría salir?
Esa polaca demente estaba ahí afuera, en algún lugar, dando vueltas en su pequeño auto.
Nettie estaba sentada y sostenía la pantalla en el regazo. Había permanecido en esa posición desde que la polaca. demente pasó por delante de la casa la primera vez. En seguida volvió se estacionó y tocó la bocina. Cuando se fue, Nettie pensó que ya habría terminado, pero no, la mujer regresó por tercera ocasión. Nettie había estado segura de que la polaca demente trataría de meterse en la casa. Se había sentado en la silla, abrazando la pantalla con un brazo y a Raider con el otro, preguntándose qué haría si lo intentaba la polaca demente, cómo se defendería. No lo sabía.
Por fin, reunió el suficiente valor para asomarse otra vez a la ventana y vio que ya se habla ido lar polaca demente. El temor sustituyó a la primera sensación de alivio. Temía que la polaca cemente estuviese patrullando las calles, esperando a que saliera; la atemorizaba más aún la posibilidad de que la polaca demente pudiese entrar a la casa después de que ella se fuera.
Que entrase y viera su hermosa pantalla y la estrellara contra el piso en mil fragmentos.
Raider girnió de nuevo.
-Ya lo sé -dijo con una voz que era casi un quejido- Ya lo sé.
Tenía que irse. Tenía una responsabilidad y sabía lo que era y con quien. Polly Chalmers había sido muy buena con ella. Polly Chalmers fue quien extendió la recomendación que la sacó para siempre de Juniper Hill, y Polly era quien aparecía. como aval en el préstamo del banco para su casa. Si no fuera por Polly, cuyo padre había sido el mejor amigo del padre de Nettie, seguiría viviendo en un cuarto alquilado en el otro lado de Tin Bridge.
¿Pero si se iba y volvía la polaca demente?
Raider no podía proteger la pantalla; era valiente, pero no era más que un perro pequeño. Si trataba de detenerla, la polaca demente podría lastimarlo. Nettie sentía que su mente, atrapada en el torno de ese horrible dilema, empezaba a dislocarse. Gimió de nuevo.
Y de pronto, misericordiosamente, se le ocurrió una idea.
Se puso de pie, aún con la pantalla en los brazos, y cruzó la sala, la cual casi estaba en penumbra por las persianas bajadas. Atravesó la cocina y abrió la puerta en un rincón. Anexo a esta parte de la casa había un cobertizo. En la oscuridad, se distinguían las sombras del montón de leña y diversos objetos almacenados.
Una sola bombilla colgaba de un cable en el techo. No tenía interruptor ni cadena; lo encendías enroscándolo firmemente en su enchufe. Levantó la mano con la intención de encenderla... luego titubeó. Si la polaca demente estaba acechando por el patio trasero, verá la luz. Y si veía que se encendía la luz, sabría exactamente dónde buscar la pantalla de cristal de colores de Nettie.
-Oh, no, no me atraparás con tanta facilidad -dijo en voz baja, abriéndose paso por delante del armario de su madre y el viejo librero holandés de su padre hasta el montón de leña-. Oh, no, Wilma Jerzyck. No soy tonta, ¿sabes? Te lo advierto.
Nettie sostuvo la pantalla contra el vientre con la mano izquierda y con la derecha retiró la rnaraña de viejas y sucias telarañas frente a la única ventana del cobertizo. Se asoleó al patio trasero, los ojos saltando rápidamente de un punto a otro. Estudió el terreno por casi un minuto. No se movía nada en el patio trasero. Por un momento creyó ver a la polaca demente agachada en la esquina izquierda del patio, pero un examen más minucioso la convenció de que sólo era la sombra de un roble en la parte posterior del patio de los Fearon. Las ramas más bajas del árbol se proyectaban sobre su propio patio. El viento las movía un poco y por esa razón, durante un segundo, el manchón de sombra se había visto como una loca (una polaca loca, para ser exactos).
Raider gimió detrás de ella. Nettie miró a su alrededor y lo vio parado en la puerta del cobertizo, una silueta negra con la cabeza inclinada.
-Ya sé -musitó-. Ya sé, muchacho... pero la vareos. a engañar. Cree que soy tonta. Bien, le puedo dar algunas lecciones.
Regresó a tientas sobre sus pasos. Sus ojos se estaban acostumbrando a la penumbra y decidió que, después de todo, no necesitaría encender la bombilla. Se puso de puntillas y palpó a lo largo de la parte superior del armario hasta que sus dedos encontraron la llave que abría y cerraba la larga

alacena en el lado izquierdo. La llave que abría los cajones faltaba desde hacía años, pero no importaba... Nettie tenía la que buscaba.
Abrió la larga alacena y depositó dentro la pantalla de cristal de colores. ciare polvosas suciedades de conejos y ratones.
-Ya sé que merece un lugar mejor que éste -le dijo a Raider en voz baja-. Pero aquí está segura y eso es lo importante.
Insertó de nuevo la llave en la cerradura, la giró y comprobó la puerta de la alacena. Cerraba perfectamente y, de pronto, sintió como si su corazón se liberara de un enorme peso. Examinó de nuevo la puerta de la alacena, asintió con energía y deslizó la llave en el bolsillo de su delantal. Cuando llegara a la casa de Polly, la pondría en un trozo de cuerda y se la colgaría al cuello. Sería lo primero que haría.
-¡Listo! -le habló a Raider, quien empezaba ya a mover el rabo. Tal vez sintió que había pasado la crisis-. ¡Ya me ocupé de eso, muchacho, y debo irme a trabajar! ¡Ya es tarde!
Cuando se estaba poniendo el abrigo, sonó el teléfono. Nettie dio unos pasos hacia él y luego se detuvo.
Raider soltó un severo ladrido y la miró. ¿No sabes lo que se supone que debes hacer cuando suena el teléfono?, le preguntaban sus ojos. Incluso yo lo sé y no soy más que el perro.
-No contestaré -dijo Nettie.
¡Sé lo que hiciste, perra loca, sé lo que hiciste, sé lo que hiciste y ... me las... PAGARÁS!
-No lo contestaré. Me voy a trabajar. Ella es la que está loca, no yo. ¡Nunca le he hecho nada! ¡Absolutamente nada!
Raider ladró en ratificación.
El teléfono dejó de sonar.
Nettie se relajó un poco... pero el corazón le palpitaba con fuerza.
-Pórtate bien -le dijo a Raider, acariciándolo-. Regresaré tarde, porque me voy tarde. Pero te quiero y, si lo recuerdas, serás un perrito bueno todo el día.
Este era un conjuro de despedida que Raider conocía bien y agitó el rabo. Nettie abrió la puerta principal y, antes de salir, miró hacia ambos lados. Tuvo un mal momento cuando vio un destello amarillo brillante, pero no era el auto de la polaca demente; el chico Pollard había dejado el triciclo Fisher Price en la vereda, eso era todo.
Nettie usó la llave para cerrar la puerta detrás de ella y después caminó hasta la parte posterior de la casa para asegurarse de que la puerta del cobertizo estaba bien cerrada. Lo estaba. Se dispuso a dirigirse a casa de Polly, el bolso sobre el brazo y los ojos en busca del automóvil de la polaca demente (estaba tratando de decidir si debía esconderse detrás de un seto o hacerle frente, en caso de que lo viera). Ya casi había llegado al final de la calle cuando se le ocurrió que no había revisado la puerta principal con el cuidado debido. Miró ansiosamente el reloj y volvió sobre sus pasos. Verificó la puerta principal. Estaba bien cerrada. Nettie suspiró con alivio y en eso decidió que también debía revisar la cerradura de la puerta del cobertizo, para estar segura.
-Más vale prevenir que remediar -murmuró en voz baja y dio la vuelta hacia la parte trasera de la casa.
Su mano se congeló en el momento en que tiraba de la manija de la puerta del cobertizo.
El teléfono sonaba de nuevo en el interior de la casa.
-Está loca -gimió Nettie-. ¡Yo no he hecho nada!
La puerta del cobertizo estaba cerrada, pero Nettie no se movió hasta que el teléfono dejó de sonar. Después emprendió el camino hacia el trabajo con el bolso colgando de un brazo.

4

En esta ocasión ya casi había recorrido dos calles antes de que recurriera, atormentándola, la convicción de que era posible que no hubiese echado la llave a la puerta principal. Sabía que había cerrrado con llave, pero temía que no lo hubiese hecho.
Se detuvo junto al buzón azul del correo de Estados Unidos, en la esquina de Ford y la avenida Deaconess, indecisa. Casi había determinado seguir su camino cuando vio un auto amarillo que cruzaba la instersección una calle abajo. No era el automóvil de la polaca demente, era un Ford, pero pensó que podría ser un presagio. Volvió rápidamente a la casa y revisó ambas puertas. Cerradas. Cuando llegaba al extremo de la entrada, se le ocurrió que también debería revisar la puerta del armario y asegurarse de que estaba cerrada con llave.
Sabía que lo estaba, pero temía que no lo estuviese.
Abrió la puerta principal y entró. Raider saltó al verla, agitando vigorosamente el rabo, y Nettie lo acarició por un momento, pero sólo un momento. Tenía que cerrar la puerta, porque en cualquier instante podría aparecer la polaca demente. En cualquier instante.
Cerró de golpe la puerta, giró el cerrojo y se dirigió al cobertizo. La puerta del armario estaba cerrada, por supuesto. Regresó a la casa y se detuvo en la cocina por un minuto. Ya empezaba a preocuparse, ya empezaba a creer que había cometido un error y la puerta no estaba cerrada realmente. Tal vez no había tirado con suficiente fuerza para sentirse cien por ciento segura. Podría estar trabada.

Retornó para revisarla de nuevo y, en el camino, empezó a sonar el teléfono. Corrió de regreso a la casa, con la llave del armario aferrada en la sudorosa mano derecha. Se golpeó la espinilla en un banquillo y se quejó en voz alta.
Cuando llegó a la sala, ya estaba en silencio el teléfono.
-No puedo ir a trabajar hoy -murmuró-. Tengo que... que...
(montar guardia).
Eso era. Tenía que montar guardia.
Tomó el teléfono y marcó el número apresurada, antes de que los pensamientos empezaran a roer de nuevo su mente, igual que Raider roía sus juguetes de cuero.
-¿Hola? -dijo Polly-. Cose y Cose.
-Hola, Polly. Soy yo.
-¿Nettie? ¿Estás bien?
-Sí, pero te llamo desde casa, Polly. Tengo el estómago trastornado -para ahora no era mentira-. Me preguntaba si podría tomarme el día. Sé que debo aspirar la planta alta... y que va a ir el hombre de los teléfonos... pero...
-Está bien -respondió Polly en seguida-. El hombre del teléfono no irá hasta las dos y, de todos modos, hoy me voy a ir temprano. Todavía me duelen mucho las manos para trabajar todo el día. Yo le abriré.
-Si realmente me necesitas, podría...
-No, en verdad -le aseguró Polly con efusión, y Nettie sintió que las lágrimas le pinchaban los ojos. Polly era tan bondadosa.
-¿Tienes dolores agudos, Nettie? ¿Quieres que llame al doctor Van Allen?
-No... sólo una especie de calambres. Estaré bien. Si puedo ir esta tarde, lo haré.
-Tonterías -dijo Polly con energía-. No has pedido un día libre desde que empezaste a trabajar conmigo. Métete en la cama y vuélvete a dormir. Te lo advierto: si intentas venir, te enviaré a casa.
-Gracias, Polly -murmuró Nettie. Estaba a punto de soltar el llanto-. Eres muy buena conmigo.
-Te lo mereces. Tengo que irme, Nettie... clientes. Acuéstate. Te llamaré en la tarde para saber cómo estás.
-Gracias.
-No tienes por qué darlas. Hasta luego.
-Hasta luego -respondió Nettie y colgó.
Acto seguido, fue a la ventana e hizo a un lado la cortina. La calle estaba vacía -por ahora-. Regresó al cobertizo, utilizó la llave para abrir el armario y sacó la pantalla. En cuanto la tuvo en sus brazos, la invadió una sensación de calma y tranquilidad. La llevó a la cocina, la lavó con agua jabonosa tibia, la enjuagó y secó cuidadosamente.
Abrió uno de los cajones de la cocina y sacó el cuchillo de carnicero. Se trasladó a la sala con el cuchillo y la pantalla y se sentó en la penumbra. Toda la mañana permaneció sentada en la misma posición, erguida en la silla, la pantalla en el regazo y el cuchillo de carnicero apretado en la mano derecha.
El teléfono llamó dos veces.
Nettie no contestó.
Siete
1
El viernes once de octubre fue un día espléndido para la tienda más nueva de Castle Rock, sobre todo cuando la mañana dio paso a la tarde y los habitantes del pueblo empezaron a cambiar los cheques de sus salarios. El dinero en la mano era un incentivo para comprar, como también lo eran las recomendaciones de palabra que divulgaron los que la habían visitado el miércoles. Desde luego, un buen número de personas creía que aro se podía confiar en los juicios de individuos tan imprudentes como para visitar una tienda nueva e! mismo día de su apertura, pero era una minoría, y la pequeña campana de plata sobre la puerta principal de Cosas Necesarias tintineó laboriosamente todo el día.
Desde el miércoles, se había desempacado o recibido nueva mercancía. A los que se interesaban en estos detalles les era difícil creer que se había realizado una entrega -nadie había visto un camión-, pero de un modo u otro, en realidad, no tenía mucha importancia. Lo importante era que el viernes, en Cosas Necesarias, había bastante más mercancía.
Muñecas, por ejemplo. Y rompecabezas de madera, exquisitamente fabricados, algunos de ellos de tamaño doble. Había un singular juego de ajedrez: las piezas eran trozos de cristal de roca tallados en forma de animales africanos por alguna mano primitiva, pero de talento extraordinario -jirafas al trote corno alfiles, rinocerontes con cabezas bajas en actitud combativa corno torres, chacales corno peones, leones corno reyes y sinuosos leopardos como reinas-. Habla un collar de perlas negras que era costoso a todas luces -nadie se atrevió a preguntar su precio (al menos, no ese día)-, pero casi provocaba angustia cuando se contemplaba su belleza, y varios visitantes de Cosas Necesarias se fueron a casa sintiéndose melancólicos y extrañamente inquietos, con la imagen de ese

collar de perlas bailando en la oscuridad detrás de sus ojos, negro sobre negro. Y no todos eran mujeres.
Había un par de títeres que eran bufones danzantes. Había una caja de música, antigua y con tallados en estilo florido -el señor Gaunt dijo que estaba seguro de que, cuando se abría, tocaba algo original, pero no recordaba qué era y estaba cerrada con llave. Reconocía que el comprador tendría que buscar a alguien que le hiciera una llave para la caja; todavía había algunos veteranos, dijo, que poseían esa pericia. Se le preguntó varias veces si se podría devolver la caja en caso de que el comprador consiguiera abrirla y descubriera que no le gustaba la tonada. El señor Gaunt sonrió y señaló un nuevo letrero en la pared. Decía:
NO ACEPTO DEVOLUCIONES NI HAGO CAMBIOS ¡CAVEAT EMPTOR! (Principio del comercio en el cual el comprador asume el riesgo por la calidad del producto.(N. de la t.))
-¿Qué significa eso? -preguntó Lucille Dunham. Lucille era mesera de la cafetería de Nan y había venido con su amiga Rose Ellen Myers durante su hora de descanso.
-Significa que si compras a ciegas, tú no ves nada y él ve tu dinero -explicó Rose Ellen. Se dio cuenta de que la había oído el señor Gaunt (y ella hubiese jurado que lo había visto en el otro lado de la tienda un momento antes) y se ruborizó intensamente.
Sin embargo, el señor Gaunt sólo se rió.
-Tiene razón -le dijo-. ¡Ése es el significado exacto!
Un revólver antiguo de cañón largo en un estuche con una tarjeta frente a él que decía NED BUNTLINE ESPECIAL; un títere que representaba a un niño con cabello rojo de madera, pecas y una sonrisa amistosa fija (PROTOTIPO DE HOWDY DOODY, decía la tarjeta); cajas de papel para escribir, agradables, pero nada extraordinario; una selección de postales antiguas; juegos de pluma y lapicero; pañuelos de lino: animales de felpa. Parecía que había un artículo para cada gusto y, aunque no había una sola etiqueta de precio en toda la tienda, para cada presupuesto.
El señor Gaunt hizo un buen negocio ese día. La mayor parte de los artículos que vendió eran bonitos, pero de ninguna manera únicos. Sin embargo, celebró una serie de tratos "especiales" y todas estas ventas se llevaron a cabo durante los intervalos en que sólo había un cliente en la tienda.
-Cuando disminuye el movimiento, me pongo inquieto -le confió con su amistosa sonrisa a Sally Ratcliffe, la profesora de lingüística de Brian Rusk-, y cuando me pongo inquieto, algunas veces pierdo la prudencia. Malo para el vendedor, pero muy provechoso para el comprador.
La señorita Ratcliffe era un miembro devoto de la congregación bautista del reverendo Rose; ahí había conocido a Lester Pratt, su prometido, y además del botón No a la Noche de Casino, llevaba otro que decía: ¡YO ME SALVÉ! ¿QUÉ HAY ACERCA DE TI?
La astilla catalogada como MADERA PETRIFICADA DE TIERRA SANTA captó su atención de inmediato y no puso ninguna objeción cuando la sacó del estuche el señor Gaunt y la colocó en su mano. La compró por diecisiete dólares y la promesa de hacerle una jugarreta inofensiva a Frank Jewett, el director de la Escuela de Enseñanza Media de Castle Rock. Su visita a la tienda duró cinco minutos y salió con aire soñador y distraído. El señor' Gaunt le ofreció envolverle la compra, pero la señorita Ratcliffe rechazó la oferta, diciendo que quería llevarla en la mano. Si la hubieses visto cuando salió por la puerta, te habría sido difícil distinguir si sus pies se apoyaban o flotaban sobre el piso.
2
La campanilla de plata tintineó.
Anunció la llegada de Cora Rusk, resuelta a comprar el retrato de El Rey, y se molestó extremadamente cuando le dijo el señor Gaunt que ya se había vendido. Cora quiso saber quién lo había comprado.
-Lo siento -se excusó el señor Gaunt-, pero la dama era de otro estado. La matrícula de su automóvil era de Oklahoma.
-¡Vaya, que me lleve el diablo! -exclamó Cora en tono de enojo y congoja reales. No se había dado cuenta de la intensidad con que deseaba ese retrato hasta que le informó el señor Gaunt que ya no lo tenía.
En ese momento estaban en la tienda Henry Gendron y su esposa, Yvette, y el señor Gaunt le pidió a Cora que esperara un minuto mientras los atendía. Creía que tenía algo más, le dijo, lo cual encontraría de similar o, tal vez, mayor interés. Después de que les vendió a los Gendron un oso de felpa -un regalo para su hija- y los acompañó a la puerta, le preguntó a Cora si podría esperarlo unos instantes mientras buscaba algo en el cuarto trasero. Cora esperó, pero sin una curiosidad o expectativa reales. La había invadido una depresión tangible. Había visto cientos de retratos de El Rey, tal vez miles, y poseía media docena, pero éste parecía... especial, en cierto modo. Odiaba a la mujer de Oklahoma.
El señor Gaunt regresó con un pequeño estuche para lentes de piel de lagarto. Lo abrió y le mostró a Cora un par de gafas de aviador con los cristales en un profundo gris humo. La respiración se le congeló en la garganta a Cora; la mano derecha se alzó al cuello palpitante.
-¿Son...? -empezó, y no pudo decir más.

-Las gafas para el sol de El Rey -confirmó con seriedad el señor Gaunt-. Uno de sesenta pares. Pero se me dijo que éstos eran sus favoritos.
Cora compró las gafas para el sol en diecinueve dólares y cincuenta centavos.
-También me gustaría que me diera cierta información -el señor Gaunt miraba a Cora con ojos brillantes-. Llamémoslo un cargo extra, ¿le parece?
-¿Información? -preguntó Cora dudosa-. ¿Qué clase de información?
-Asómese por el escaparate, Cora.
Cota obedeció, pero sus manos nunca se apartaron de las gafas para el sol. Al otro lado de la calle, la Unidad 1 de Castle Rock estaba estacionada frente a The Clip Joint. Alan Pangborn, de pie en la acera, hablaba con Bill Fullerton.
-¿Ve a ese sujeto? -preguntó Gaunt.
-¿Quién? ¿Bill Fui ...?
-No, tonta -dijo Gaunt-. El otro.
-¿El comisario Pangborn?
-Correcto.
-Sí, lo veo -Cora se sentía torpe y aturdida. La voz de Gaunt parecía provenir desde una gran distancia. No podía dejar de pensar en su compra... las maravillosas gafas para el sol. Quería irse a casa y probárselas de inmediato... pero, desde luego, aún no se le permitía marcharse, ya que el trate no estaría cerrado hasta que lo dijera el señor Gaunt.
-Por su apariencia, diría que es lo que la gente en mi línea de trabajo califica como un cliente difícil -dijo el señor Gaunt-. ¿Qué opina de él, Cora?
-Es inteligente -respondió Cora-. Nunca será lo que era el viejo comisario George Bannerman, eso dice mi marido, pero es listo como un zorro.
-¿Lo es? -la voz del señor Gaunt había adoptado de nuevo ese tono persistente y cansado. Sus ojos se habían estrechado en ranuras y nunca se separaron de Alan Pangborn-. Bueno, ¿quiere saber un secreto, Cora? No me preocupa la gente lista y odio un cliente difícil. De hecho, me repugna un cliente difícil. No confío en las personas que siempre quieren volver al revés las cosas y buscarles defectos antes de comprarlas, ¿y usted?
Cota no respondió. Permaneció con el estuche de las gafas para el sol de El Rey en la mano izquierda, mirando al vacío por el escaparate.
-Si yo quisiera que alguien vigilara al inteligente comisario Pangborn, Cora, ¿quién sería una buena elección?
-Polly Chalmers -dijo Cora con voz drogada-. Ella es muy dulce con él.
Gaunt negó con la cabeza en el acto. Sus ojos nunca se apartaron del comisario Pangborn mientras Alan se dirigía a su patrulla, miraba brevemente hacia Cosas Necesarias al otro lado de la calle, subía al vehículo y se alejaba.
-No serviría.
-¿Sheila Brigham? -preguntó Cora, dudosa-. Es la despachadora en la oficina del comisario.
-Una buena idea, pero tampoco serviría. Otro cliente difícil. En todos los pueblos hay unos cuantos, Cora... desafortunado, pero cierto.
Cora Rusk reflexionaba en una forma difusa, distante.
-¿Eddie Warburton? -preguntó al fin-. Es el jefe de vigilantes en el edificio municipal.
El rostro de Gaunt se iluminó.
-¡El conserje! -dijo-. ¡Sí! ¡Excelente! ¡Quinto negocio! ¡Realmente excelente! -se inclinó sobre el mostrador y le plantó un beso a Cora en la mejilla.
Cora retrocedió, con una mueca, y se frotó frenéticamente el sitio del beso. De su garganta salió un breve sonido asqueado, pero Gaunt pareció no notarlo. Su rostro lucía una enorme sonrisa resplandeciente.
Cora salía (frotándose todavía la mejilla con la mano) cuando entraban Stephanie Bonsaint y Cyndi Rose Martin del club de bridge dé la calle Ash. En su prisa, Cora casi derriba a Steffie Bonsaint; sentía un profundo apremio por llegar a casa con la mayor rapidez posible. Deseaba llegar a casa para probarse las gafas. Pero antes que nada quería lavarse el rostro y quitarse de encima ese beso repugnante. Sentía que le ardía la piel, como con una fiebre baja.
Sobre la puerta, tintineó la campanilla de plata.
3
Mientras Steffie estaba junto al escaparate, absorta en los patrones cambiantes del anticuado caleidoscopio que había encontrado, Cyndi Rose se acercó al señor Gaunt y le recordó lo que le había dicho el miércoles: que era posible que tuviera otro jarrón Lalique que hiciera juego con el que había comprado.
-Bueno -dijo el señor Gaunt, sonriendo con un aire de puedeguardar-un-secreto-. Podría ser. ¿Sería factible que se librara de su amiga por un minuto o dos?
Cyndi Rose le pidió a Steffie que se adelantara a la cafetería de Nan y ordenara un café para ella; en seguida la alcanzaría, dijo. Steffie se fue, pero con una expresión intrigada en el rostro.

El señor Gaunt entró al cuarto trasero y salió con un jarrón Lalique. No sólo hacia juego con el otro; era un gemelo idéntico.
-¿Cuánto? -preguntó Cyndi Rose, y acarició la suave curva del jarrón con un dedo un tanto inestable. Con cierto arrepentimiento, recordaba su satisfacción con la ganga que había adquirido el miércoles. Sospechaba que el señor Gaunt sólo había estado plantando el anzuelo. Ahora tiraría de él. Este jarrón no sería una ganga de treinta y un dólares; en esta ocasión, la atracaría de verdad. Pero quería que hiciera juego con el otro sobre la repisa de la chimenea de la sala; lo deseaba muchísimo.
Apenas dio crédito a sus oídos ante la respuesta de Leland Gaunt.
-Ya que ésta es mi primera semana, ¿por qué no lo consideramos como dos por el precio de uno? Aquí tiene, querida señora... disfrútelo.
La sorpresa de Cyndi Rose fue tan mayúscula que casi deja caer el jarrón al piso cuando Gaunt se lo puso en la mano.
-Qué... pensé que había dicho...
-Me escuchó bien -dijo Gaunt y, de pronto, Cyndi se dio cuenta de que no podía apartar los ojos de los de él. Francie se equivocó, pensó de modo distante, preocupado. No son verdes en absoluto. Son grises. Gris oscuro-. Sin embargo, hay otro detalle.
-¿Lo hay?
-Sí... ¿conoce a un asistente del comisario llamado Norris Ridgewick?
La campanilla de plata tintineó.
Everett Frankel, el médico asistente que trabajaba con el doctor Van Allen, compró la pipa que había visto Brian en su primera visita a Cosas Necesarias por doce dólares y una travesura que le jugaría a Sally Ratcliffe. El pobre Slopey Dodd, el chico tartamudo que asistía a terapia lingüística con Brian los martes en la tarde, compró una tetera de peltre para el cumpleaños de su madre. Le costó setenta y un centavos... y una promesa, espontánea, de que le gastaría una broma graciosa al novio de Sally, Lester Pratt. El señor Gaunt le dijo a Slopey que, cuando llegara la hora, le daría unos cuantos artículos que necesitaba para la broma y Slopey dijo que es-es-taba bi-bien. June Gavineaux, esposa del granjero especializado en productos lácteos más próspero del pueblo, compró un jarrón cloisonné en noventa y siete dólares y la promesa de gastarle una broma al padre Brigham de Nuestra Señora de las Aguas Serenas. Poco después de su salida, el señor Gaunt hizo arreglos para que se le jugara una broma similar. al reverendo Willie.
Fue un día ocupado y fructífero, y cuando finalmente Gaunt colgó el letrero de CERRADO en el escaparate y cerró la persiana estaba cansado, pero complacido. El negocio había sido magnífico e incluso había dado un paso para asegurarse de que no lo interrumpiría el comisario Pangborn. Eso era bueno, la inauguración siempre era la parte más deliciosa de su operación, pero siempre producía tensión y, algunas veces, también podía ser peligrosa. Podría estar equivocado respecto a Pangborn, desde luego, pero Gaunt había aprendido a confiar en sus instintos en esas cuestiones, y el comisario Pangborn le daba la impresión de ser un hombre con quien más valía evitar cualquier contacto... al menos hasta que estuviese preparado para tratar con el comisario en sus propios términos. El señor Gaunt reconoció que iba a ser una semana llena de actividades y antes de que terminara habría fuegos artificiales.
En abundancia.

4

Eran las seis y quince minutos de la tarde del viernes cuando Alan dio vuelta en la entrada de Polly y apagó el motor. Polly estaba en la puerta, esperándolo, y lo besó cariñosamente. Alan observó que se había puesto los guantes incluso para esta breve incursión en el frío y frunció el ceño.
-Tranquilo -dijo Polly-. Están un poco mejor esta noche. ¿Trajiste el pollo?
Alan sustuvo en alto unas bolsas blancas con manchas de grasa.
-Su servidor, querida dama.
Polly le hizo una pequeña reverencia.
-Y yo, la suya.
Polly le tomó las bolsas y lo condujo a la cocina. Alan sacó una silla de debajo de la mesa, le dio vuelta y se sentó a horcajadas para observarla mientras se quitaba los guantes y acomodaba el pollo en un platón de cristal. Lo había comprado en Cluck-Cluck Tonite. El nombre era horriblemente pueblerino pero el pollo estaba bien (según Norris, las almejas eran otro cantar). El único problema con la comida para llevar cuando vivías a treinta kilómetros de distancia era el factor de enfriamiento... y para eso, pensaba, están los hornos de microondas. De hecho, creía que los microondas sólo servían para tres propósitos válidos: recalentar el café, hacer palomitas de maíz y darles impulso a los lugares de comida para llevar como Cluck-Cluck Tonite.
-¿Están mejor? -le preguntó Alan mientras Polly metía el pollo al horno y oprimía los botones adecuados. No había necesidad de ser más específico; ambos sabían de qué hablaba.
-Sólo un poco -admitió-, pero estoy segura de que mejorarán muy pronto. Ya empiezo a sentir hormigueos de calor en las palmas, y así es como se inicia la mejoría, por lo general.

Le mostró las manos. Al principio, se sentía dolorosamente molesta con las manos torcidas, deformadas, y aún persistía el desconcierto, pero había progresado mucho en la aceptación del interés de Alan como parte de su amor. Alan todavía pensaba que las manos de Polly se veían rígidas y torpes, como si llevase unos guantes invisibles -unos guantes cosidos por un artífice tosco e indiferente, quien se los había puesto y engrapado a las muñecas para siempre.
-¿Has tomado píldoras hoy?
-Sólo una. Esta mañana.
En realidad, había tomado tres -dos en la mañana, una en las primeras horas de la tarde- y el dolor no estaba mucho mejor que ayer. Temía que el hormigueo que había mencionado no fuese más que un producto de los deseos de su imaginación. No le agradaba mentirle a Alan; creía que las mentiras y el amor rara vez congeniaban, y nunca por mucho tiempo. Pero había estado sola muchos años y una parte de ella todavía se atemorizaba ante su implacable interés. Confiaba en él, pero se resistía a comunicarle demasiado sobre sí misma.
La insistencia de Alan en que visitara la clínica Mayo era mayor cada vez y Polly sabía que, si comprendiera lo terrible que era en realidad el dolor en esta ocasión, insistiría aún más. No deseaba que sus malditas manos se convirtieran en el elemento más importante de su relación... y también temía los resultados de una consulta en un lugar como la clínica Mayo. Podía vivir con el dolor; no estaba segura de si podría vivir sin esperanzas.
-¿Quieres sacar las papas del horno? -le pidió-. Voy a llamar a Nettie antes de comer.
-¿Qué pasa con Nettie?
-Estómago revuelto. Hoy no vino. Quiero asegurarme de que no es una infección intestinal. Rosalie dice que se están dando muchos casos y Nettie les tiene terror a los médicos.
Y Alan, quien conocía el proceso mental de Polly Chalmers más a fondo de lo que ella se hubiese imaginado, pensó: Mira quién habla, amor, mientras Polly se dirigía al teléfono. Era un policía y no podía hacer a un lado sus hábitos de observación aunque no estuviese de servicio; eran automáticos. Ya ni siquiera lo intentaba. Si hubiese sido un poco más observador durante los últimos meses de la vida de Annie, era posible que ella y Todd todavía estuviesen vivos.
Había observado los guantes cuando Polly salió a la puerta. Había observado el hecho de que se los había quitado con los dientes, en vez de tirar simplemente de ellos con las mismas manos. La había observado mientras acomodaba el pollo en el platón y percibió la ligera mueca que apretó su boca cuando levantó el platón y lo colocó en el microondas. Éstas eran malas señales. Caminó a la puerta entre la cocina y la sala, con la intención de observar la confianza o precaución con que usaría el teléfono. Era una de las formas más significativas que tenía para medir su dolor. Y en este caso, al menos, pudo observar una buena señal... o lo que tomó por una.
Polly marcó el número de teléfono de Nettie con rapidez y confianza, y debido a que Alan estaba en el lado más lejano de la habitación, no pudo ver que este teléfono -y todos los demás- se habían cambiado ese día por el tipo con botones más grandes. Regresó a la cocina, con el oído atento hacia la sala.
-¿Hola, Nettie?... Ya me iba a dar por vencida. ¿Te desperté?... Sí... Uh-huh... Bien, ¿cómo estás?... Oh, me alegro. He estado pensando en ti... No, la cena está bien, Alan trajo pollo frito de ese lugar en Oxford, Cluck-Cluck... Sí, lo fue, ¿verdad?
Alan sacó un Platón de uno de los gabinetes altos de la cocina y pensó: Está mintiendo acerca de sus manos. No importa qué tan bien maneje el teléfono... siguen tan mal como en el último año, y tal vez peor.
El hecho de que le hubiese mentido no lo desalentaba; su criterio acerca de la manipulación de la verdad era más indulgente que el de Polly. Tomemos al niño, por ejemplo. Lo había dado a luz a principios de 1971, más o menos siete meses después de que abandonara Castle Rock en un autobús Greyhound. Le había dicho a Alan que el bebé -un niño al que bautizó con el nombre de Kelton- había muerto en Denver, a la edad de tres meses. Síndrome de muerte de cuna -la peor pesadilla de las madres jóvenes-. Era una historia perfectamente verosímil, y Alan no dudaba de que Kelton Chalmers hubiese muerto. En la versión de Polly sólo había un problema: no era verdad. Alan era policía y, en cuanto la oía, reconocía una mentira.
(Excepto cuando era Annie quien mentía.)
Sí, pensó. Excepto en el caso de Annie. La excepción se anota debidamente en el acta.
¿Cómo supo que Polly estaba mintiendo? ¿Por el rápido parpadeo de su mirada demasiado extensa, demasiado directa? ¿Por la forma en que se levantaba continuamente la mano izquierda para tirar del lóbulo izquierdo de la oreja? ¿Las piernas que se cruzaban y descruzaban, esa señal de juego de niños que significaba es una mentirilla?
Todas esas cosas y ninguna de ellas. Mayormente fue un timbre que había sonado en el interior, en la forma en que suena el detector de metales en un aeropuerto cuando pasa un sujeto con una placa de acero en el cráneo.
La mentira no lo enojaba ni preocupaba. Había personas que mentían para obtener un beneficio, personas que mentían por dolor, personas que mentían simplemente porque desconocían el concepto de la verdad.., y había personas que mentían porque esperaban a que fuese oportuno

decir la verdad. Alan creía que la mentira de Polly acerca de Kelton era de esta última clase y no le importaba esperar. Con el tiempo, Polly decidiría mostrarle sus secretos. No había prisa.
No habrá prisa; el pensamiento mismo parecía un lujo.
La voz de Polly -que provenía de la sala, sonora y calmada también parecía un lujo. Alan aún no había superado el sentimiento de culpa que le provocaba el estar en esta casa y conocer dónde se guardaban los platos y todos los utensilios, o saber cuál era el cajón donde guardaba Polly sus medias de nilón, o dónde terminaba exactamente su bronceado del verano, pero nada de eso tenía importancia cuando escuchaba su voz. En realidad, sólo había un hecho que se aplicaba a la situación, un simple hecho que predominaba sobre todos los demás; el sonido de la voz de Polly se estaba invirtiendo en el sonido del hogar.
-Si quieres, podría ir más tarde, Nettie... ¿Lo estás?... Bien, probablemente el descanso sea lo mejor... ¿Mañana?
Polly rió. Era una risa libre, agradable, que siempre originaba que Alan sintiera como si el mundo se hubiese refrescado. Pensó que podría esperar un largo tiempo para que se revelaran los secretos, si se reía así de vez en cuando.
-¡Cielos, no! ¡Mañana es sábado! ¡Me voy a quedar tumbada, dedicada al pecado!
Alan sonrió. Tiró del cajón bajo la estufa, encontró un par de agarraderas para los trastes calientes y abrió el horno convencional. Una papa, dos papas, tres papas, cuatro. ¿Cómo se suponía, en nombre de Dios, que entre los dos se comerían cuatro grandes papas al horno? Pero, desde luego, ya sabía que habría demasiado, porque ésa era la forma en que cocinaba Polly. Seguramente había otro secreto enterrado en el hecho de estas cuatro grandes papas, y algún día, cuando supiera todos los porqués -o la mayoría o siquiera algunos-, se disiparían sus sentimientos de culpa y extrañeza.
Sacó las papas. Un momento después, timbró el microondas.
-Tengo que irme, Nettie...
-¡No hay problema! -gritó Alan-. ¡Tengo todo bajo control! ¡Soy un policía, dama!
-... pero llámame si necesitas algo. ¿Estás segura de que estás bien ahora?... ¿Y me lo dirías si no fuera así, Nettie?... Bien... ¿Qué?... No, sólo preguntaba... Tú también... Buenas noches, Nettie.
Cuando Polly volvió a la cocina, Alan había puesto el pollo en la mesa y estaba ocupado en cortar una de las papas en el plato de Polly.
-¡Alan, cariño! ¡No era necesario que hicieras eso!
-Todo es parte del servicio, hermosa dama -otra cosa que comprendía era que, cuando estaban mal las manos de Polly, la vida se convertía en una serie de pequeños combates muy difíciles; los acontecimientos normales de una vida normal se transformaban en una serie de obstáculos penosos que debían superarse y la pena por el fracaso eran la mortificación y el dolor. Cargar la lavadora de platos. Colocar la leña en la chimenea. Manipular un cuchillo y un tenedor para quitarle la cáscara a una papa caliente.
-Siéntate -dijo Alan-. Vamos a cloquear.
Polly rió de buena gana y lo abrazó. Le apretó la espalda con el interior de los antebrazos en vez de las manos, notó el observador interior implacable. Pero una parte menos imparcial de él percibió la forma en que el esbelto cuerpo de Polly se oprimía contra él y el dulce aroma del champú que usaba.
-Eres un tesoro de hombre -musitó Polly en voz baja.
Alan la besó, suavemente al principio, luego con más intensidad. Sus manos se deslizaron por la espalda de Polly hasta la protuberancia de sus asentaderas. El material de sus viejos pantalones de mezclilla era suave y liso como piel de topo bajo sus manos.
-Quieto, compañero -dijo Polly por fin-. Comida ahora, los abrazos después.
-¿Es una invitación? -pensó que lo rehuiría si sus manos no estaban mejor realmente.
Pero respondió:
-Con borde dorado -y Alan se sentó satisfecho.
Provisionalmente.
5
-¿Vendrá Al a casa para el fin de semana? -preguntó Polly mientras quitaban de en medio los platos de la cena. El hijo sobreviviente de Alan asistía a la academia Milton, al sur de Boston.
-Nop -dijo Alan, limpiando platos.
Polly continuó, con un poco de demasiada indiferencia:
-Pensaba que ya que no hay clases el lunes por el día de Colón...
-Va a ir a la casa de Dorf, en el cabo Cod -explicó Alan-.
Dorf es Carl Dorfman, su compañero de habitación. Al llamó el martes y me preguntó si podría ir con él este fin de semana de tres días. Le dije que estaba bien, estupendo.
Polly lo tocó en el brazo y él se volvió a mirarla.
-¿Cuánta culpa tengo en eso, Alan?
-¿Cuánta culpa de que? -preguntó, sinceramente sorprendido.
-Sabes a lo que me refiero; eres un buen padre y no eres tonto. ¿Cuántas veces ha venido Al a casa desde que empezó la escuela de nuevo?

De pronto, Alan comprendió lo que quería decir y le sonrió, aliviado.
-Sólo una vez -dijo-, y se debió a que necesitaba hablar con Jimmy Catlin, su compañero de preparatoria que es un mago con las computadoras. Algunos de sus programas preferidos no funcionan en la nueva Commodore 64 que le regalé por su cumpleaños.
-¿Lo ves? Ése es mi punto, Alan. Me ve como que trato de ocupar el lugar de su madre demasiado pronto y...
-Oh, vamos -protestó Alan-. ¿Cuánto tiempo llevas meditando en la idea de que Al te juzga como la Madrastra Malvada?
Las cejas de Polly se unieron en el entrecejo.
-Espero que me perdones si no encuentro la idea tan graciosa como tú, por lo visto.
Alan la sujetó con suavidad por la parte superior de los brazos y la besó en la comisura de la boca.
-No creo que sea gracioso, en lo más mínimo. Cuando estoy contigo, justo estaba pensando en eso, hay ocasiones en que me siento un poco raro. Parece demasiado pronto. No lo es, pero algunas veces lo parece. ¿Entiendes lo que quiero decir?
Polly asintió. El ceño fruncido se suavizó un poco, pero no desapareció.
-Claro que sí. En las películas y los programas de televisión, los personajes siempre atraviesan por un periodo más prolongado y dramático de recuperación, ¿no es cierto?
-Has puesto el dedo en la llaga. En las películas, se le da mucha importancia a la recuperación y muy poca al dolor; porque el dolor es demasiado real. El dolor es... -Alan la soltó, tomó lentamente un plato y empezó a secarlo-, El dolor es brutal.
-Sí.
-En efecto, a veces me siento un poco culpable, sí -le divertía amargamente el tono de defensa que escuchaba acechante en su voz-. En parte porque da la impresión de que es demasiado pronto, aunque no lo es, y en parte porque parece que me consolé con demasiada facilidad, aunque tampoco es así. No puedo negar que, aun cuando no es constante, aún sigue ahí la idea de que debo sufrir más, pero para mi crédito sé que es disparatado... porque una parte de mí... una buena parte, de hecho, todavía está de duelo.

-Debes ser humano -dijo Polly en voz baja-. Qué singularidad tan misteriosa y qué perversidad tan excitante.
-Sí, me imagino que sí. En cuanto a Al, él está lidiando con esto en su propia forma. Y su forma también es positiva... lo bastante positiva para que me sienta orgulloso de él. Todavía echa de menos a su madre, pero si es que aún está de duelo... y creo que no estoy completamente seguro de que lo esté... el duelo es por Todd. Pero tu conjetura de que se mantiene alejado porque no aprueba nuestra relación... es descabellada.
-Me alegra que lo sea. No sabes cuánto has aliviado mi estado emocional. Pero aun así, parece...
-¿Que no está bien, de algún modo?
Polly asintió.
-Sé a qué te refieres. El comportamiento de los adolescentes, aunque sea noventa y ocho punto seis normal, nunca les parece del todo correcto a los adultos. Nos olvidamos de la facilidad con que cicatrizan las heridas en los jóvenes, algunas veces, y casi siempre- nos olvidamos de la rapidez con que cambian. Al se está desligando. De mí, de sus viejos amigos como Jimmy Catlin, de The Rock mismo. Se esté independizando, eso es todo. Como un cohete cuando se enciende el impulsor de la tercera etapa. Es normal en los adolescentes y creo que siempre es una triste sorpresa para sus padres.
-No obstante, me parece que es muy pronto -dijo Polly coya suavidad-. No creo que a los diecisiete años esté ya en edad de independizarse.
-Es muy pronto -concedió Alan. Hablaba en un tono que no era precisamente de enojo-. Perdió a su madre ; a. su hermano en un accidente estúpido. Su vida 6e desbarató, mi vida se desbarató, y nos unimos en la forma en que me imagino que lo hacen siempre los padres y los hijos en esa situación para ver si podíamos recoger la mayoría de los pedazos. Nos las arreglamos bastante bien, creo, pero sería ciego si no me diera cuenta de que las cosas han cambiado. Mi vida está aquí, Polly, en The Rock. La suya no, ya no. Pensaba que tal vez volvería a ubicarse, pero, cuando le sugerí la posibilidad de que se transfiriera a la preparatoria de Castle Rock este otoño, la expresión de sus ojos me lo dijo todo, de inmediato. No quiere volver aquí porque hay demasiados recuerdos. Creo que, con el tiempo, eso puede cambiar... y por ahora no lo voy a presionar. Pero eso no tiene nada que ver contigo y conmigo. ¿De acuerdo?
-De acuerdo. -Alan?
-¿Humm?
-Lo echas de menos, ¿verdad?
-Sí -aceptó Alan, sencillamente-. Todos los días -se consternó al sentir que, de repente, estaba a punto de ponerse a llorar. Se dio vuelta y abrió una alacena al azar, tratando de recuperar el control. El modo más fácil de hacerlo sería cambiar el tema de conversación y rápido-. ¿Cómo está Nettie -preguntó, y fue un alivio escuchar que su voz sonaba normal.

-Dice que está mejor, pero se tardó en contestar el teléfono; tuve visiones de que yacía en el piso, inconsciente.
-Es probable que estuviese dormida.
-Dice que no, y no se la oía adormilada. Ya sabes cómo se oye a las personas cuando las despierta. el teléfono.
Alan asintió, Ése era otro detalle de la función de policía. Había estado en los extremos de recepción y emisión de un buen número de llamadas telefónicas que interrumpieron el sueño de alguien.
-Me dijo que estaba revisando algunas de las cosas viejas de su madre en el cobertizo, pero...
-Si tiene infección intestinal, es probable que estuviese en el trono cuando llamaste, y no quise admitirlo -aseguró Alan secamente.
Polly lo consideró y luego se rió.
-Apuesto a que fue eso. Es muy propio de ella.
-Seguro -Alan examinó el fregadero y quitó el tapón-. Ya terminamos, mi cielo.
-Gracias, Alan -le dio un beso en la mejilla.
-Oh, mira lo que me encontré -dijo Alan. Puso la mano detrás de la oreja de Polly y sacó una moneda de cincuenta centavos-. ¿Siempre guardas ahí las monedas, hermosa dama?
-¿Cómo lo haces? -preguntó Polly, mirando fascinada el medio dólar.
-¿Hago qué? -la moneda de cincuenta centavos pareció flotar sobre los nudillos de la mano derecha que se movían suavemente. Captó la moneda entre los dedos medio y anular y le dio vuelta a la mano. Cuando la giró de nuevo, había desaparecido la moneda-. ¿Crees que debo escaparme e ingresar al circo? -le preguntó.
Polly sonrió.
-No... quédate conmigo. Alan, ¿crees que es tonto que me preocupe tanto por Nettie?
-No -dijo Alan. Metió la mano izquierda, a la que había transferido la moneda de cincuenta centavos, en el bolsillo del pantalón, la sacó vacía y tomó una toalla para los platos-. La sacaste del club de chiflados, le diste un empleo y la ayudaste a que comprara una casa. Te sientes responsable por ella, y supongo que lo eres, en cierto sentido. Si no te preocuparas por ella, creo que yo me preocuparía por ti.
Polly agarró el último vaso del escurridor de platos. Alan vio la súbita consternación en su rostro y supo que no podría sostenerlo, aunque el vaso ya estaba casi seco. Se movió rápidamente, dobló las rodillas y estiró la mano. El movimiento se ejecutó con tanta gracia que a Polly le pareció casi un paso de baile. El vaso se le resbaló y cayó directamente en la mano de Alan, la cual se situaba con la palma hacia arriba a menos de cuarenta centímetros del piso.
El dolor que la había importunado toda la noche, y el temor persistente de que Alan se diese cuenta de lo terrible que era, quedó de pronto sepultado bajo una ola de deseo tan intenso y tan inesperado que fue más que sorpresivo; la atemorizó. Y calificarlo de deseo era un poco demasiado tímido. Lo que sentía era más elemental, una emoción cuyo matiz era absolutamente primario. Era lujuria plena.
-Te mueves como un condenado gato -indicó cuando Alan se enderezó. Su voz era ronca, un poco indistinta. Seguía viendo la forma graciosa en que se habían doblado sus piernas, la flexión de los largos músculos de los muslos. La suave curva de la pantorrilla-. ¿Cómo es posible que un hombre tan grande como tú se mueva con tanta rapidez?
-No lo sé -dijo, y la miró con sorpresa y perplejidad-. ¿Qué pasa, Polly? Te ves rara. ¿Sientes que te vas a desmayar?
-Siento -musitó, que me voy a venir en los pantalones.
Entonces, también le llegó a él. No había nada de malo en ello, ni bueno. Sólo sucedía.
-Veamos si es así -dijo, y se le acercó con la misma gracia y esa misteriosa velocidad que nunca sospecharías cuando se le veía deambular por la calle Main-. Veamos qué sucede -dejó el vaso en la cubierta del gabinete de la cocina con la mano izquierda y deslizó la derecha entre las piernas de Polly, antes de que ella supiera qué estaba pasando.
-Alan, ¿qué estás ha...? -entonces, cuando su pulgar se oprimió con fuerza contra el clítoris de Polly, haciendo se convirtió en ¡haciendooo! y la levantó con su fuerza fácil, sorprendente.
Polly colocó los brazos alrededor del cuello de Alan, teniendo cuidado, incluso en ese cálido momento, de sujetarse con los antebrazos; las manos sobresalían detrás de él como rígidos manojos de varas, pero súbitamente eran las únicas partes rígidas en su cuerpo. El resto parecía derretirse.
-¡Atan, bájame!
-No creo -dijo y la levantó más alto. Alan deslizó la mano libre entre los omóplatos de Polly cuando empezaba a resbalarse y la apretó hacia adelante Y de pronto se balanceaba atrás y adelante sobre la mano entre sus piernas, como una niña en un caballo de balancín, y él la ayudaba a oscilar, y Polly sentía como si estuviese en un maravilloso columpio con los pies en el viento y el cabello en las estrellas.
-Alan...
-Sujétate fuerte, hermosa dama -la urgió, y se reía, como si ella no pesara más que una bolsa de plumas. Polly se inclinó hacia atrás, ignorando casi la mano estabilizadora de él en su creciente

excitación, sólo segura de que no la dejaría caer y, en eso, Alan la llevó hacia adelante de nuevo, una mano le frotaba la espalda y el pulgar de la otra le hacía allá abajo cosas que ni siquiera había considerado nunca, y Polly osciló hacia atrás de nuevo, pronunciando el nombre de él con desvarío.
El orgasmo le llegó como una dulce bala que explota, descendiendo en ambos lados desde el centro de ella. Las piernas se balancearon hacia adelante y hacia atrás a quince centímetros del piso de la cocina (uno de sus mocasines salió volando y aterrizó en la sala), reclinó la cabeza hacia atrás de modo que el cabello oscuro se desparramó sobre el antebrazo de Alan en un pequeño torrente cosquillean y, en la cumbre de su placer, Alan besó la dulce línea blanca de su garganta.
La colocó en el piso... y cuando se le aflojaron las rodillas, la sujetó rápidamente para estabilizarla.
-Oh, Dios mío -dijo Polly, empezando a reír débilmente-. Oh, Dios mío, Alan, nunca volveré a lavar estos pantalones.
A Alan le pareció regocijante y estalló en carcajadas. Se derrumbó en una de las sillas de cocina con las piernas extendidas frente a él y rió ruidosamente, sosteniéndose el estómago. Polly dio un paso hacia él. Alan la agarró, tiró de ella hacia su regazo por un momento y luego se puso de pie con Polly en los brazos.
Polly sintió que la invadía de nuevo esa ola indistinta de emoción y urgencia, pero ahora era más clara, más definida. Ahora, pensó, ahora es deseo. Deseo tanto a este hombre.
-Llévame arriba -suplicó-. Si no puedes llegar tan lejos, llévame al sofá. Y si no llegas al sofá, tómame aquí en el piso de la cocina.
-Creo que podré llegar a la sala al menos. ¿Cómo están tus manos, hermosa dama?
-¿Cuáles manos? -preguntó, soñadora, y cerró los ojos. Se concentró en el puro deleite de ese momento, moviéndose a través del espacio y el tiempo en los brazos de Alan, moviéndose en la oscuridad protegida de su fuerza. Oprimió el rostro contra el pecho de Alan y cuando la depositó en el sofá Polly tiró de él... y esta vez usó las manos.
6
Estuvieron en el sofá por casi una hora, después en la ducha, ninguno supo cuánto tiempo, hasta que empezó a fallar el agua caliente y tuvieron que salirse. Entonces Polly llevó a Alan a su cama y se acostó, acurrucada, demasiado exhausta y demasiado satisfecha para algo más.
Polly había dado por hecho que haría el amor con Alan esta noche, pero más para aliviar su preocupación que por un deseo real por parte de ella. Era indudable que no se había imaginado la serie de explosiones que habían resultado... pero estaba contenta. Podía sentir que empezaba a imponerse de nuevo el dolor en las manos, pero esta noche no necesitaría un Percodán para dormir.
-Eres un amante fabuloso, Alan.
-Tú también.
-Es unánime -dijo Polly y colocó la cabeza contra el pecho de él. Podía oír el corazón de Alan, mezclando los sonidos con calma, como si dijera, bueno, esto es suficiente para una noche de trabajo para mi jefe y para mí. Polly volvió a pensar, y no sin un débil eco de la intensa pasión anterior, lo veloz que era, lo fuerte... pero, sobre todo, lo veloz. Lo había conocido desde que
Annie empezó a trabajar con ella, había sido su amante durante los últimos cinco meses y, hasta esta noche, nunca había sabido que se podía mover con tanta rapidez. Había sido como una versión con todo el cuerpo de los trucos con las monedas, los trucos con las cartas y las sombras de animales que conocían casi todos los chicos del pueblo y le rogaban que las hiciera cuando lo veían. Era misterioso... pero también maravilloso.
Podía sentir que se estaba sumiendo en el sueño. Debía preguntarle si se proponía quedarse toda la noche y, en ese caso, decirle que guardara el auto en la cochera; Castle Rock era un pequeño pueblo donde se movían muchas lenguas, pero parecía demasiada molestia. Alan se ocuparía de eso. Alan, por lo visto, siempre cuidaba de todo.
-¿Algún nuevo estallido de Buster o del reverendo Willie? -preguntó somnolienta.
Alan sonrió.
-Tranquilos ambos frentes, al menos por ahora. Entre menos los veo más aprecio al señor Keeton y al reverendo Rose, y según esa norma el día fue estupendo.
-Qué bien -murmuró.
-Sí, pero ocurrió algo mejor.
-¿Qué?
-Norris recuperó su buen humor. Compró una caña para pescar con tu amigo, el señor Gaunt, y no para de hablar acerca de que irá de pesca este fin de semana. Creo que se le congelará el trasero, el poco trasero que tiene, pero si Norris está feliz, yo también lo estoy. Lamenté mucho que ayer Keeton le echara a perder el día. La gente se burla de Norris por ser tan delgaducho y un poco atarantado, pero en los últimos tres años se ha convertido en un oficial del orden muy eficiente. Y sus sentimientos son tan sensibles como los de cualquiera. No es su culpa que parezca medio hermano de Don Knotts.
-Uummmm...
Se hundía. Se hundía en una dulce oscuridad donde no había dolor. Polly se dejó ir y, cuando la atrapó el sueño, en su rostro se veía una expresión felina de satisfacción.

7

El sueño tardó más en llegar para Alan. Había vuelto la voz interior, pero sin el tono de falso regocijo. Ahora se oía interrogante, dolorida, casi perdida. ¿Dónde estamos, Alan?, preguntó. ¿No es !a habitación equivocada? ¿La mujer equivocada? Parece que .no entiendo nada. Alan, de repente, sintió lástima por esa voz. No era autocompasión, porque la voz nunca le había parecido tan distinta a la propia como ahora. Se le ocurrió que la voz se resistía a hablar tanto como él; el resto de él, el Alan que existía en el presente y el Alan que planeaba para el futuro, se resistía a escucharla. Era la voz del deber, la voz del duelo. Y todavía era la voz de la culpa.

Un poco más de dos años antes, Annie Pangborn había empezado a sufrir dolores de cabeza. No eran intensos, o al menos eso decía; era tan reticente para hablar de las jaquecas como lo era Polly con su artritis. Un día, cuando se estaba afeitando -debe de haber sido a principios de 1990-, Alan notó que no tenía puesta la tapa el frasco de tamaño familiar de Anacin 3 que estaba junto al lavabo. Se dispuso a taparla... y se detuvo. La semana anterior había tomado un par de aspirinas de ese frasco, el cual contenía doscientas veinticinco tabletas. Ese día estaba casi lleno. Ahora estaba casi vacío. De inmediato, se limpió los restos de la crema para afeitar del rostro y se dirigió a Cose y Cose, donde Annie trabajaba desde que abrió el negocio Polly Chalmers. Llevó a su esposa a tomar un café... y a que respondiera algunas preguntas. Le preguntó acerca de las aspirinas. Recordaba que estaba un poco alarmado,

(sólo un poco, admitió la voz interior con tristeza) pero sólo un poco, porque nadie consume ciento noventa aspirinas en una semana; nadie. Annie le respondió que se estaba precipitando en sus conclusiones. Al limpiar la cubierta junto al lavabo, dijo Annie, había volcado el frasco. La tapa estaba mal puesta y la mayoría de las tabletas se derramó en el lavabo. Se empezaron disolver y las tiró.

Eso dijo.

Pero Alan era policía y, aun cuando no estaba de servicio, no podía desechar los hábitos de observación automáticos inherentes a su oficio. No podía apagar el detector de mentiras. Si observabas a las personas cuando respondían a tus preguntas, si las observabas con atención, casi siempre sabías cuándo estaban mintiendo. En una ocasión, Alar. había interrogado a un hombre quien señalaba cada mentira que decía picándose el colmillo con la uña del pulgar. La boca articulaba las mentiras; el cuerpo, aparentemente, estaba condenado a señalar la verdad. Por tanto, Alan había extendido la mano sobre la mesa del gabinete de la cafetería de Nan donde estaban sentados, había tomado en las suyas las manos de Annie y le había pedido que le dijera la verdad. Y cuando, después de un momento de vacilación, le dijo que sí, que las jaquecas habrán empeorado un poco, y que sí, habrá estado tomando aspirinas, pero no, no había tomado todas las que faltaban, que el frasco realmente se habrá derramado en el lavabo, él le había creído. Lo habían engañado con el truco más antiguo del ramo, el que los timadores llamaban prueba-y-cambia: si dices una mentira y te atrapan, retrocede y di la mitad de la verdad. Si hubiese observado a Annie con más atención, habría sabido que Annie no era sincera del todo. Le habría obligado a que admitiera algo que casi le parecía increíble, pero que ahora creía que era la verdad: que las jaquecas eran lo bastante intensas para que tomara por lo menos veinte aspirinas al día. Si hubiese admitido ese hecho, la habría llevado al consultorio de un neurólogo en Portland o Boston antes de que terminara la semana. Pero era su esposa y en esos días, cuando no estaba de servicio, disminuía su capacidad de observación.

Se concretó a pedirle a Ray van Allen una cita para su esposa, y Annie fue a verlo. Ray no había encontrado nada. Y Alan nunca lo culpó por eso. Ray le practicó las pruebas de reflejo acostumbradas, le examinó los ojos con un oftalmoscopio confiable, le revisó la visión para ver si había alguna duplicación y la envió a la clínica regional de Oxford para que se le tomara una radiografía. Sin embargo, se omitió practicarle una tomografía axial computarizada y, cuando Annie afirmó que ya habían desaparecido las jaquecas, Ray le creyó. Alan suponía que había actuado correctamente al creerle. Sabía que los doctores son casi tan sensibles como los policías al lenguaje del cuerpo cuando se dicen mentiras. Los pacientes tienen casi la misma tendencia a mentir que los sospechosos de algún delito, y por el mismo motivo: simple temor. Y cuando Ray examinó a Annie, él no estaba fuera de servicio. Por tanto, era factible que entre la ocasión en que Alan hizo el descubrimiento y la ocasión en que Annie fue a ver al doctor Van Allen las jaquecas hubiesen desaparecido. Era posible que hubiesen desaparecido. Más tarde, en una larga conversación con sendas copas de brandy en la casa del doctor en Castle View, Ray le había dicho a Alan que en los casos en que el tumor se localizaba en la parte alta del tallo del cerebro, los síntomas no eran constantes. "Con frecuencia, los ataques se asocian con tumores en el tallo", le dijo a Alan. "Si sufrió un ataque, es posible..." Y se había encogido de hombros. Sí. Era posible. Y también cabía la posibilidad de que un hombre llamado Thad Beaumont fuese un cómplice involuntario, no enjuiciado, en las muertes de su esposa e hijo, pero en el fondo de su corazón Alan tampoco podría culpar a Thad.

En los pueblos pequeños, los residentes no siempre se enteran de todos los acontecimientos, no obstante la agudeza de sus oídos o la energía con que se agiten las lenguas. En Castle Rock sabían

acerca de Frank Dodd, el policía que perdió la razón y mató a varias mujeres en los tiempos del comisario Bannerman, y sabían acerca de Cujo, el perro San Bernardo que contrajo la rabia en el camino vecinal No. 3, y se enteraron de que la casa junto al lago de Thad Beaumont, novelista y la Persona Famosa local, se había incendiado hasta los cimientos durante el verano de 1989, pero ignoraban las circunstancias de ese incendio, o que a Beaumont lo perseguía un hombre que no era realmente un hombre, sino una criatura para la cual no había nombre. Sin embargo, Alan Pangborn sabía estas cosas y aún lo acechaban durante el sueño de vez en cuando. Cuando Alan se enteró a fondo de las jaquecas de Annie, ya había terminado todo... excepto que no habrá terminado, en realidad. Por medio de las llamadas telefónicas de Thad cuando estaba ebrio, Alan se había convertido en un testigo involuntario del rompimiento del matrimonio de Thad y de la constante erosión de la cordura del hombre. Y, aparte, estaba la cuestión de su propia salud mental. En el consultorio de un médico, Alan había leído un artículo sobre los agujeros negros -grandes lugares celestiales vacíos que parecían ser remolinos de antimateria, que absorbían vorazmente todo lo que estaba a su alcance-. A fines del verano y el otoño de 1989, el asunto Beaumont se convirtió en el agujero negro personal de Alan. Hubo días en que se encontró cuestionando los conceptos más elementales de la realidad y preguntándose si en verdad había sucedido todo eso. Hubo noches en que permanecía despierto hasta que el amanecer pintaba el oriente, temeroso de dormirse, temeroso de que volviera el sueño: un Toronado negro que avanzaba hacia él, un Toronado negro con un monstruo en descomposición detrás del volante y, en la defensa trasera, una calcomanía que decía EL MÁS FABULOSO HIJO DE PERRA. En esos días, la vista de un solo gorrión posado en la barandilla del pórtico o saltando en el césped provocaba que se sintiera a punto de gritar. Si se le preguntara, Alan habría dicho: "Cuando empezó el problema de Annie, yo estaba distraído". Pero no fue un problema de distracción; en lo más profundo de su mente había estado librando una batalla desesperada por conservar la cordura. EL MÁS FABULOSO HIJO DE PERRA... cómo volvía eso a su cabeza. Cómo lo obsesionaba. Eso, y los gorriones.

Aún estaba distraído el día de marzo en que Annie y Todd se subieron en el viejo Scout que tenían para los mandados alrededor del pueblo y salieron con dirección al Supermercado Hemphill. Alan había repasado una y otra vez su comportamiento en esa mañana y no podía encontrar nada fuera de lo normal, nada desacostumbrado. Estaba en su estudio en el momento en que se marcharon. Se había asomado a la ventana junto al escritorio y les había dicho adiós con un ademán. Fue la última vez que los vio vivos. A cinco kilómetros por la Ruta 117 y a menos de un kilómetro de Hemphill, el Scout se salió de la carretera y se estrelló contra un árbol. A juzgar por los daños, la policía estatal estimó que Annie, normalmente una de las personas que conducía con más cuidado, iba a una velocidad de más de cien kilómetros, por lo menos. Todd llevaba puesto el cinturón de seguridad. Annie no. Probablemente murió tan pronto como salió disparada por el parabrisas, dejando atrás una pierna y la mitad de un brazo. Cuando explotó el tanque de gasolina, era posible que Todd todavía estuviese vivo. Eso era lo que más atormentaba a Alan. El hecho de que su hijo de diez años, quien escribía una columna de astrología en broma para el periódico de la escuela y era un apasionado de las Ligas Menores, pudiese haber estado vivo todavía. Que podría haber muerto quemado mientras trataba de zafarse el broche del cinturón.

Hubo una autopsia. La autopsia reveló el tumor cerebral. Era, le dijo Van Allen, uno pequeño. Del tamaño de un racimo de cacahuates, así lo había descrito. No le dijo a Alan si hubiera sido operable si se hubiese detectado; esa información la obtuvo Alan del rostro miserable y los ojos abatidos de Ray. Van Allen dijo que creía que finalmente había sufrido el ataque que, de haberlo tenido antes, los habría alertado sobre el problema real. Era posible que hubiese sacudido todo su cuerpo como una fuerte descarga eléctrica, ocasionando que apretara el acelerador hasta el fondo y perdiera el control. No fue por propia voluntad que le dijo a Alan todo eso; se lo dijo porque Alan lo interrogó sin misericordia y porque Van Allen se dio cuenta de que, a pesar de su dolor, Alan se proponía conocer la verdad... o lo más aproximado a la verdad que pudiese saber él o cualquiera que no hubiese estado en el auto ese día. "Por favor", había dicho Van Allen, y había tocado la mano de Alan breve y amablemente, "fue un accidente terrible, pero. eso es todo lo que fue. Deja de atormentarte. Tienes otro hijo y él te necesita tanto como tú a él. Debes aceptarlo y seguir tu vida". Lo había intentado. El horror irracional del asunto de Thad Beaumont, el asunto con los

(gorriones, los gorriones están volando)

pájaros, había empezado a desvanecerse y, honestamente, había intentado reconstruir su vida - viudo, policía en un pueblo pequeño, padre de un chico adolescente que estaba creciendo y alejándose demasiado aprisa... pero no a causa de Polly, sino a causa del accidente. Debido a ese terrible trauma paralizante: Hijo, sucedió algo terrible; tienes que ser fuerte... Y entonces, desde luego, había soltado el llanto y, en unos segundos, Al lloraba también.

No obstante, habían iniciado el proceso de reconstrucción y aún seguían en él. La situación era mejor en estos días... pero había dos detalles que se rehusaban a desaparecer.

Uno era el gran frasco de aspirinas, casi vacío en una sola semana.

El otro era el hecho de que Annie no llevaba abrochado el cinturón de seguridad.

Annie siempre usaba el cinturón.

Después de tres semanas de noches angustiosas, pasadas en vela, hizo una cita con un neurólogo en Portland, pensando, mientras lo hacía, en el niño ahogado y el pozo tapado después del hecho. Fue porque el hombre podría tener mejores respuestas para las preguntas que atormentaban a Alan y porque ya estaba cansado de sacarle las respuestas a tirones a Ray van Allen. El nombre del doctor era Scopes y, por primera vez en su vida, Alan se ocultó detrás de su ocupación: le dijo a Scopes que sus preguntas se relacionaban con una investigación policiaca. El doctor confirmó las principales sospechas de Alan: sí, algunas veces, las personas con tumores cerebrales sufren estallidos de irracionalidad y, algunas veces, tienen tendencias suicidas. Cuando se suicidaba una persona con un tumor cerebral, dijo Scopes, con frecuencia lo hacía por impulso, con un periodo de consideración que podría ser de un minuto, o segundos, incluso. ¿Podría esa persona llevarse a otra consigo?, preguntó Alan.

Scopes estaba sentado detrás del escritorio, recargado hacia atrás en la silla, con las manos entrelazadas detrás del cuello, y no podía ver las de Alan, las cuales tenía tan apretadas entre las rodillas que los dedos estaban blancos. Oh, sí, afirmó Scopes. No era un patrón fuera de lo común en esos casos; los tumores en el tallo del cerebro a menudo causaban comportamientos que el lego podría considerar como psicóticos. Uno era la conclusión de que el sufrimiento que siente el enfermo lo comparten sus seres queridos o toda la raza humana; otro era la idea de que, si él moría, no querrían vivir los seres queridos del enfermo. Scopes mencionó a Charles Whitman, el Eagle Scout que ascendió hasta la cima de la Torre Texas y mató a más de veinticuatro personas antes de suicidarse, y a una maestra de primaria en Illinois, quien mató a varios de sus alumnos antes de irse a casa y darse un tiro en la cabeza. En ambos casos, las autopsias habían revelado tumores cerebrales. Era un patrón, pero ninguno se mantenía inalterable en todos los casos, ni siquiera en la mayoría. Los tumores cerebrales, en ocasiones, provocaban síntomas extraños, exóticos incluso; otras veces, no ocasionaban ningún síntoma. Era imposible decirlo con seguridad.

Imposible. Así que déjalo por la paz.

Un buen consejo, pero era difícil seguirlo debido al frasco de aspirinas. Y al cinturón de seguridad.

Mayormente, el cinturón de seguridad era lo que persistía en la mente de Alan -una pequeña nube negra que rehusaba disiparse-. Annie nunca conducía sin abrochárselo. Ni siquiera hasta el final de la calle y de regreso. No obstante, Todd llevaba puesto el suyo, como siempre. ¿No significaba eso algo? Si en algún momento, después de que retrocedió por la entrada por última vez, había decidido suicidarse y llevarse consigo a Todd, ¿no habría insistido en que Todd se desabrochara el cinturón también? Aun lastimada, deprimida, confundida, no hubiese querido que sufriera Todd, ¿o sí?

Imposible saberlo con seguridad. Déjalo por la paz.

Sin embargo, incluso ahora, en la cama de Polly, con Polly dormida a su lado, aún le era difícil aceptar el consejo. Su mente volvía a darle vueltas, como un cachorro que muerde una vieja tira desgarrada de cuero con los pequeños dientes afilados.

En este punto, siempre le llegaba una imagen, una imagen de pesadilla, la cual, finalmente, lo había llevado a Polly, ya que Polly era la mujer con quien Annie había estado en contacto más estrecho en el pueblo y, considerando él asunto Beaumont y la carga psíquica que había significado para Alan, era probable que Polly hubiese estado más cerca de Annie que él durante los últimos meses de su vida.

En la imagen, aparecía Annie en el momento en que se desabrochaba el cinturón, apretaba el acelerador hasta el piso y soltaba las manos del volante. Las soltaba del volante porque, en estos últimos segundos, tenía otra tarea para ellas.

Las soltaba para desabrochar el cinturón de Todd.

Ésa era la imagen: el Scout rugiendo por la carretera a más de cien kilómetros por hora, girando a la derecha, girando hacia los árboles, bajo el cielo blanco de marzo que prometía lluvia, mientras Annie se afanaba en desabrochar el cinturón de Todd, y Todd, gritando y aterrado, luchaba por librarse de las manos de su madre. Veía el rostro amado de Annie transformado en una máscara de bruja, veía el rostro de Todd distorsionado por el terror. Algunas veces, despertaba a mitad de la noche, el cuerpo vestido con una chaqueta pegajosa de sudor y la voz de Todd resonando en sus oídos: ¡Los árboles, mamá! ¡Cuidado con los ÁRBOLEEEEES!

Por fin, un día, a la hora del cierre fue a ver a Polly y le preguntó si aceptaría que la invitara a tomar una copa en su casa o, si se sentía incómoda, él podría ir a casa de ella.

Sentados en la cocina de la casa de Alan (la cocina correcta, afirmó la voz interior), con una taza de té para Polly y de café para él, había empezado a hablar, lenta y torpemente, de su pesadilla.

-Necesito saber, si puedo, si es que estaba atravesando por periodos de depresión o irracionalidad que yo no supe o no observé -dijo-. Necesito saber si... -quedó en silencio, impotente momentáneamente. Conocía las palabras que se requería que dijese, pero cada vez le era más difícil pronunciarlas. Era como si el canal de comunicación entre su mente infeliz y confusa y su boca fuese disminuyendo y angostándose y, en seguida, se cerraría por completo a la navegación.

Hizo un gran esfuerzo y prosiguió:

-Necesito saber si tenía impulsos suicidas porque, como sabes, no sólo murió Annie. Todd murió con ella y si había suspiros... señales, quiero decir, señales... que yo no observé, entonces también soy responsable de su muerte. Y siento que debo saberlo.
Ahí se había detenido, el corazón palpitando sordo en el pecho. Se pasó una mano por la frente y se sorprendió un poco cuando la bajó húmeda con sudor.
-Alan -dijo Polly, y le puso una mano sobre la muñeca. Sus ojos azul claro miraban fijamente los de él-. Si yo hubiese visto esas señales y no se lo hubiese dicho a nadie, sería tan culpable como parece que tú quieres serlo.
Alan recordaba que se había quedado boquiabierto. Polly podría haber visto algo en el comportamiento de Annie que él no había notado; su razonamiento había llegado hasta ese punto. Pero la idea de que la observación de una conducta extraña implicaba la responsabilidad de hacer algo al respecto nunca se le había ocurrido, hasta ahora.
-¿No notaste nada?
-No. Lo he repasado una y otra vez en la mente. No es mi intención minimizar tu pena y tu pérdida, pero no eres el único que siente esas cosas y no eres el único que ha hecho examen de conciencia desde el accidente de Annie. He repasado las últimas semanas que la vi hasta quedarme aturdida, reproduciendo escenas y conversaciones a la luz de los resultados de la autopsia. Lo estoy haciendo de nuevo, a la luz de lo que me has dicho sobre ese frasco de aspirinas. ¿Y sabes lo que encuentro?
-¿Qué?
-Cero -dijo Polly con una carencia de énfasis que era extrañamente convincente-. Nada en absoluto. Hubo ocasiones en que pensé que se veía un poco pálida. Recuerdo un par de veces en que la oí hablando consigo misma, mientras les cosía el dobladillo a las faldas o desempacaba material. Ése es el comportamiento más extraño que recuerdo, y yo he hecho lo mismo muchas veces. ¿Tú no?
Alan asintió.
-Mayormente, siempre fue igual desde que la conocí: alegre, amistosa, servicial... y una buena amiga.
-Pero...
La mano de Polly seguía en la muñeca de Alan; apretó un poca .
-No, Alan. No hay peros. Ray van Allen está pasando por lo mismo, ¿sabes?, trata de encontrar los posibles errores. ¿Lo culpas a él? ¿Piensas que debe culparse a Ray porque no detectó el tumor?
-No, pero...
-¿Y qué hay acerca de mí? Yo trabajaba con ella todos los días, lado a lado, la mayor parte del tiempo; tomábamos café a las diez, almorzábamos juntas al mediodía y otra vez tomábamos café a las tres. Con la convivencia diaria, ya nos hablábamos con toda franqueza y llegamos a conocernos y a agradarnos mutuamente, Alan. Sé que la complacías, como amigo y como amante, y sé que amaba a los chicos. Pero si estaba acercándose al suicidio debido a su enfermedad... eso no lo supe. Así que dime... ¿me culpas a mí? -y sus claros ojos azules habían mirado con sinceridad y curiosidad en los de Alan.
-No, pero...
La mano apretó de nuevo, ligera, pero enérgica.
-Quiero preguntarte algo. Es importante, así que piensa bien antes de contestarme.
Alan asintió.
-Ray era su médico y, si tenía el tumor, él no lo vio. Yo era su amiga y, si tenía el tumor, no lo vi. Tú eras su marido y, si tenía el tumor, tampoco lo viste. Y piensas que ése es el final, pero no lo es.
-No entiendo a dónde quieres llegar.
-Alguien más estaba muy cerca de ella -había dicho Polly-. Alguien más cercano que ninguno de nosotros, me imagino.
-¿De quién estás hablando...?
-Alan, ¿qué dijo Todd?
Alan se concretó a mirarla fijamente, sin entender. Sentía como si hubiese pronunciado una palabra en un idioma extranjero.
-Todd -insistió impaciente-. Todd, tu hijo. El que te mantiene despierto por las noches. Es él, ¿verdad? No es ella, sino él.
-Sí -dijo-. Él -su voz salió temblorosa, no parecía su propia voz, sintió que algo empezaba a desplazarse en su interior, algo grande y fundamental. Ahora, acostado en la cama de Polly, podía recordar ese momento en la mesa de la cocina con una claridad casi sobrenatural: la mano de Polly en su muñeca en una franja sesgada del sol de las últimas horas de la tarde, los vellos como hilos de oro; sus ojos claros; su amable severidad.
-¿Obligó a Todd a subirse al auto, Alan?. ¿Estaba Todd pateando? ¿Gritando? ¿Reñía con ella?
-No, desde, luego que no; pero ella era su m...
-¿De quién fue la idea de que Todd fuese con ella al supermercado ese día? ¿De Annie o de Todd? ¿Lo recuerdas?
Empezaba a decir que no, pero lo recordó de pronto. Sus voces, flotando desde la sala, mientras él estaba sentado ante el escritorio, revisando unas órdenes de arresto del condado:

Tengo que ir al supermercado, Todd... ¿quieres venir?
¿Puedo ver los nuevos vídeos?
Creo que sí. Pregúntale a tu padre si quiere algo.
-Fue idea de ella -le dijo a Polly.
-¿Estás seguro?
-Sí. Pero le preguntó si quería ir con ella. No se lo ordenó.
Esa cosa en su interior, esa cosa fundamental, seguía moviéndose. Va a brotar, pensó, y cuando lo haga, desgarrará la tierra
hasta el infierno, pues su raíces son muy profundas y extensas.
-¿Le tenía miedo?
Ahora Polly lo estaba interrogando sin piedad, como lo había hecho él con Ray van Allen, pero no sentía la capacidad para detenerla. Ni siquiera estaba seguro de que quería hacerlo. Aquí había algo, en efecto, algo que nunca se le había ocurrido en las largas noches. Algo que todavía estaba vivo.
-¿Todd miedo a Annie? ¡Cielos, no!
-¿Ni en los últimos meses que estuvieron vivos?
-No.
-¿En las últimas semanas?
-Polly, en ese entonces yo no estaba en condiciones de observar las cosas. Predominaba ese asunto que sucedió con Thad Beaumont, el escritor... ese asunto descabellado...
-¿Estás diciendo que te tenía tan absorto que nunca observaste a Annie y a Todd cuando estaban a tu alrededor, o que no pasabas mucho tiempo en casa, de cualquier modo?
-No... sí... quiero decir, claro que estaba en casa, pero...
La posición en el extremo receptor de esas preguntas como disparos le causaba una sensación extraña. Era como si Polly lo hubiese anestesiado con novocaína y después lo estuviese usando como un saco de arena. Y esa cosa fundamental, lo que fuese, seguía en movimiento, todavía rodaba hacia la frontera donde empezaría a funcionar la gravitación, no para sostenerla sino para arrojarla.
-¿Alguna vez se te acercó Todd, y te dijo: "Le tengo miedo a mamá"?
-No...
-¿Te dijo alguna vez: "Papá, creo que mamá planea suicidarse y llevarme consigo como acompañante"?
-¡Polly, eso es ridículo! Yo...
-¿Lo hizo?
-;No!
-¿Mencionó alguna vez que su madre actuaba o hablaba en forma rara?
-No...
-Y Al estaba en la escuela, ¿correcto?
-¿Qué tiene que ver con...?
-A Annie sólo le quedaba un hijo en el nido. Cuando tú estabas fuera, trabajando, sólo los dos ocupaban ese nido. Annie cenaba con él, le ayudaba con la tarea, veía la televisión con él...
-Le leía... -dijo Alan. Su voz era indistinta, extraña. Apenas la reconoció.
-Con toda certeza, Annie era la primera persona que Todd veía en la mañana y la última que veía en la noche -insistió Polly. La mano sobre la muñeca de Alan. La sinceridad reflejada en sus ojos-. Si alguien estaba en posición de notar alguna anormalidad, era la persona que murió con ella. Y esa persona nunca dijo una palabra.
De pronto, cayó la cosa en el interior. Su rostro empezó a accionar. Podía sentir lo que ocurría -era como si tuviese adheridas cuerdas en lugares diferentes, y ahora una mano, amable pero insistente, tirara de ellas-. Una onda cálida inundó su garganta y trató de cerrarla. El calor fluyó por su rostro. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Polly Chalmers se duplicó, se triplicó y después estalló en prismas de luz e imágenes. Su pecho se agitaba, pero parecía que los pulmones no encontraban aire. Sus manos se dieron vuelta con esa atemorizante rapidez propia de él y apretaron las de Polly- le debe haber dolido a ella terriblemente, pero no emitió ningún sonido.
-¡La echo de menos! -le gritó a Polly, y las palabras se interrumpieron con un enorme y doloroso sollozo en un par de boqueadas-. ¡Los echo de menos a los dos, oh, Dios, cuánto los extraño!
-Lo sé -dijo Polly con serenidad-. Lo sé. De eso se trata realmente, ¿verdad? De cuánto los extrañas a los dos.
Alan empezó a llorar. Durante dos semanas, AL había llorado todas las noches y Alan había estado con él para abrazarlo y ofrecerle el consuelo que pudiera. Pero Alan no había llorado. Ahora lo hizo. Los sollozos lo aprisionaron y lo llevaron donde quisieron; no tenía facultades para detenerlos o resistirlos. No podía controlar su dolor, y al fin descubrió, con un profundo alivio incoherente, que no se requería que lo hiciera.
A ciegas, empujó a un lado la taza de café, oyó que pegaba en el piso de otro mundo y se hacía pedazos. Colocó la cabeza sobrecalentada, pulsante, sobre la mesa, la envolvió con los brazos y ahí lloró.

En algún punto, había sentido que Polly le levantaba la cabeza con manos frías, las manos deformes, amables, y la colocaba contra su estómago. Ahí lo retuvo y Alan lloró durante un lapso largo, muy largo.

8

La mano de Polly se resbalaba de su pecho. Alan la movió con suavidad, consciente de que la despertaría el más mínimo tropezón con su mano. Con la mirada en el techo, se preguntó si ese día Polly habría provocado deliberadamente la explosión de su dolor. Creía que sí, ya fuese con el conocimiento o la intuición de que era prioritario que expresara su pena aretes de seguir en la búsqueda de respuestas, las cuales, casi con seguridad, no descubriría ahí de todos modos.

Ése había sido el principio entre ellos, aunque él no lo había reconocido como un principio; 1o había sentido más bien como el final de algo. Entre esa ocasión y el día en que finalmente reunió el suficiente valor para invitar a Polly a cenar con él, había pensado, con frecuencia, en la mirada de esos ojos azules y el contacto de esa mano en su muñeca. Recordaba la amable severidad con que lo había llevado a enfrentarse a consideraciones que había ignorado o pasado por alto. Y durante ese tiempo trató de adaptarse a una nueva serie de sentimientos sobre la muerte de Annie; una vez eliminada la barricada entre él y su dolor, estos otros sentimientos se habían derramado como una inundación. El principal y el más angustioso era un enojo terrible hacia ella por haberle ocultado una enfermedad que pudo haber sido tratada y curada... y por haberse llevado a su hijo ese día. Una noche fría y lluviosa de abril había comentado con Polly estos sentimientos en The Birches..

-Ahora ya no piensas en suicidio; ahora piensas en asesinato -continuó Polly-. Por eso estás enojado, Alan.

Alan negó con la cabeza y empezó a hablar, pero Polly se inclinó sobre la mesa y colocó uno de los dedos torcidos contra los labios de él por un momento. Shush. Y el gesto le sorprendió tanto que se calló de inmediato.

-Sí -continuó Polly-. No voy a catequizarte esta vez, Alan... hace mucho tiempo que no salía a cenar con un hombre y lo estoy disfrutando demasiado para actuar como procurador general. Pero las personas no se enojan con otras, no en la forma en que tú estás enojado, al menos, por haber sufrido un accidente, a menos que intervenga un gran descuido. Si Annie y Todd hubiesen muerto porque fallaron los frenos del Scout, te culparías a ti mismo por no haberlos revisado o demandarías a Sonny Jackett por haber realizado un trabajo chapucero la última vez que lo llevaste para mantenimiento, pero no la culparías a ella. ¿No es verdad?

-Creo que sí.

-Yo sé que sí. Tal vez el accidente fue de otro tipo, Alan. Sabes que pudo haber sufrido un ataque mientras conducía porque te lo dijo el doctor Van Allen. ¿Pero se te ha ocurrido que pudo haber virado para eludir un venado? ¿Que pudo ser algo tan sencillo como eso?

Se le había ocurrido. Un venado, un pájaro, incluso otro auto que había invadido su carril.

-Sí. Pero el cinturón de seguridad...

-¡Oh, olvida el maldito cinturón! -había dicho Polly con tanta vehemencia que algunos de los comensales, cerca de ellos, miraron en su dirección brevemente-. Tal vez tenía una de las jaquecas y eso ocasionó que olvidara el cinturón, pero no significa que haya estrellado el auto deliberadamente. Y una jaqueca, una de las malas, explicaría por qué Todd llevaba abrochado el cinturón. Y todavía no es el punto primordial.

-¿Cuál es, entonces?

-Que hay demasiadas especulaciones para que se justifique tu enojo. E incluso si fuesen verdad tus peores sospechas, nunca lo sabrás, ¿no es así?

-No.

-Y si las supieras... -lo miró .fijamente. En la mesa, había una vela entre ellos. En esta flama, los ojos de Polly eran de un azul más oscuro y Alan podía distinguir una diminuta chispa de luz en cada uno-. Bueno, un tumor cerebral también es un accidente. Aquí no hay culpable, Alan, no... ¿cómo lo llaman en tu oficio?... no hay responsable. Hasta que aceptes eso, no habrá oportunidad.

-¿Cuál oportunidad?

-Oportunidad para nosotros -respondió con calma-. Me agradas mucho, Alan, y no soy demasiado vieja para correr un riesgo, pero sí tengo la suficiente edad :para haber tenido una triste experiencia acerca de adónde-pueden conducirme mis sentimientos si no los controlo. Y no permitiré que se acerquen a ese punto hasta que seas capaz de dejar que descansen en paz Annie y Todd.

Alan la miró, mudo. Polly lo observaba con seriedad por encima de la cena en la antigua posada campestre, la luz parpadeando en tono naranja en una de sus suaves mejillas y el lado izquierdo de la frente. En el exterior, el viento tocaba una larga nota de trombón bajo las hojas.

-¿He dicho demasiado? -preguntó Polly-. De ser así, me gustaría que me llevaras a casa, Alan. Casi odio tanta el sentirme mortificada como odio el no decir lo que pienso.

Alan extendió la mano sobre la mesa y tocó la de ella brevemente.

-No has dicho demasiado. Me gusta escucharte, Polly.

Polly sonrió. 1<.,a sonrisa iluminó su rostro.

-Tendrás tu oportunidad, entonces -dijo.
Y así empezó para ellos. Verse no les provocaba sentimientos de culpa, pero reconocían la necesidad de ser prudentes -no sólo porque era un pueblo pequeño donde él era un funcionario electo y ella necesitaba la buena voluntad de la comunidad para mantener a flote su negocio, sino porque ambos reconocían la posibilidad de la culpa-. Parecía que ninguno de los dos era demasiado viejo para correr un riesgo, pero ambos tenían suficiente edad para ser prudentes. Era necesario que fueran cuidadosos.
Más tarde, en mayo, Alan la había llevado a la cama por primera vez y ella le había contado sobre los años entre Entonces y Ahora... la historia que no creía completamente y la cual estaba convencido de que, algún día, se la contaría de nuevo, sin la mirada demasiado directa y sin que la mano izquierda tirara con demasiada frecuencia del lóbulo de la oreja izquierda. Reconocía lo difícil que había sido para ella hablar sobre el pasado y no le importaba esperar el resto. No debía importarle, porque debía ser prudente. Ya era bastante -más que suficiente- enamorarse de ella mientras pasaba sobre ellos el largo verano somnoliento de Maine.
Ahora, mirando en la penumbra el techo de estaño comprimido del dormitorio, se preguntó si habría llegado la hora de volver a plantearle la posibilidad de casarse. Lo había intentado una vez, en agosto, y Polly había hecho de nuevo ese gesto con el dedo: Shush. Suponía...
Pero empezó a interrumpirse su línea de pensamiento consciente y Alan se deslizó fácilmente en el sueño.
9
En su sueño, estaba de compras en una tienda gigantesca y caminaba por un pasillo tan largo que desaparecía en un punto en la distancia. Todo estaba aquí, todo lo que había querido en su vida pero no había podido comprarse -un reloj sensible a la presión, un auténtico sombrero de fieltro de Abererombie & Fitch, una cámara de cine de ocho milímetros Bell and Howell, cientos de otros artículos-, pero detrás de él estaba alguien, justo detrás de su hombro, donde no podía verlo.
-A eso le llamamos relleno de inmundicia aquí, pedazo de asno -comentó una voz.
Alan la identificó. Pertenecía a ese fabuloso hijo de perra que conducía un Toronado, George Stark.
-A esta tienda la llamamos La Villa Final -dijo la voz-, porque es el lugar donde terminan todos los bienes y servicios.
Alan vio una larga serpiente -se veía como un pitón con la cabeza de una serpiente de cascabel- que salía deslizándose de una enorme selección de computadoras Apple marcadas GRATIS PARA EL PÚBLICO. Se dio vuelta para huir, pero una mano sin líneas en la palma lo tomó del brazo y lo retuvo.
-Anda -dijo la voz en tono persuasivo-. Toma lo que quieras, pedazo de asno. Toma todo lo que quieras... y págalo.
Pero cada artículo que tomaba resultaba ser la hebilla carbonizada y derretida del cinturón de seguridad de su hijo.
Ocho
1
Danforth Keeton no padecía un tumor cerebral, pero sí tenía un terrible dolor de cabeza a temprana hora de la mañana del sábado, cuando estaba sentado en su oficina. Junto a una pila de registros de los impuestos del pueblo, encuadernados en rojo, pertenecientes a los años de 1982 hasta 1989, estaba disperso un montón de correspondencia: cartas de la Oficina de Contribuciones del Estado de Maine y las fotocopias de las comunicaciones que había escrito en respuesta a las mismas.
Todo se empezaba a desmoronar a su alrededor. Lo sabía, pero no podía hacer nada al respecto.
Keeton había regresado a The Rock alrededor de las doce treinta de la madrugada, después de un viaje a Lewiston, y había pasado el resto de la noche dando vueltas incansablemente por el estudio, mientras su esposa disfrutaba el sueño de los tranquilizantes en la planta alta de la casa. Había descubierto que su mirada cada vez se dirigía con mayor frecuencia al pequeño clóset en el rincón del estudio. El clóset tenía una repisa alta, llena con suéteres. La mayoría de los suéteres eran viejos y picados por la polilla. Bajo ellos estaba una caja de madera tallada que había hecho su padre antes de que la enfermedad de Alzheimer se hubiese cernido sobre él como una sombra, despojándolo de todas sus considerables aptitudes y recuerdos. En la caja había un revólver.
Keeton se dio cuenta de que cada vez pensaba en el revólver con más asiduidad. No para él, no; al menos, no al principio. Para Ellos. Los Perseguidores.
Había salido de su casa cuando faltaban quince minutos para las seis y había conducido hasta el edificio municipal por las calles silenciosas del amanecer. Eddie Warburton, con una escoba en la mano y un Chesterfield en la boca (la medalla de oro de San Cristóbal que había comprado el día anterior en Cosas Necesarias estaba a salvo, oculta bajo la camisa azul de cambray), lo observó mientras subía penosamente las escaleras al segundo piso. No se cruzó una sola palabra entre los dos hombres. Eddie ya se había acostumbrado a las apariciones de Keeton a horas extrañas, las cuales se habían vuelto comunes desde el último año, más o menos, y Keeton, desde mucho tiempo atrás, ya no notaba la presencia de Eddie.

Ahora Keeton reunió los papeles, rechazó el impulso de hacerlos trizas y tirarlos por todos lados y empezó a clasificarlos. La correspondencia de la Oficina de Contribuciones en una pila, sus propias respuestas en otra. Estas cartas las guardaba en el último cajón del archivero -un cajón del cual sólo él tenía llave.
En el extremo inferior de la mayoría de las cartas estaba esta anotación: DK/Sl. DK, desde luego, era Danforth Keeton, sl era Shirley Laurence, su secretaria, quien tomaba el dictado y mecanografiaba la correspondencia. Sin embargo, Shirley no había mecanografiado ninguna de las respuestas alas cartas de la Oficina, iniciales o no.
Era más conveniente mantener algunas cosas en reserva.
Mientras separaba las, cartas, le saltó una frase: "... y observamos discrepancias en los Ingresos Tributarios del Pueblo 11, para el año fiscal de 1989..."
La puso a un lado rápidamente.
Otra: "... y al examinar un muestreo de las formas de Compensación a los Trabajadores durante el último trimestre de 1987, tenemos serios interrogantes respecto..."
Al expediente.
Una más: "... consideramos que en esta fecha es prematura su solicitud para un diferimiento de la revisión..."
Pasaron borrosas ante él en una nauseabunda arremetida, haciéndolo sentir como si estuviera en un tiovivo sin control.
"... las preguntas acerca de estos viveros son..."
"... no encontramos registro de que el Pueblo hayan presentado..."
"... la dispersión de la parte de fondos del Estado no ha sido documentada correctamente..."
"... los recibos de la cuenta de gastos que faltan deben ser ..."
"... los comprobantes de caja no son suficientes para..."
" ... solicitamos documentación completa de gastos..."
Y ahora esta última, la cual había recibido ayer y lo llevó la noche anterior a Lewiston, a donde había prometido no volver durante la temporada de carreras de caballos uncidos a calesines.
Keeton la miró desolado. La cabeza le martilleaba y pulsaba; una gran gota de sudor rodaba lentamente por el centro de su espalda. Bajo los ojos tenía círculos oscuros de agotamiento. Un herpes por exposición al frío se adhería a una esquina de la boca.
OFICINA DE CONTRIBUCIONES
Palacio de Gobierno
Augusta, Maine 04330
El membrete, bajo el Sello del Estado le gritaba y lo amenazaba el saludo, impasible y formal:
A los concejales de Castle Rock
Sólo eso. Ya no era "Estimado Dan" o "Estirado señor Keeton". En la despedida ya no se incluían buenos deseos para la familia. La carta era tan insensible y odiosa como un picahielo.
Querían realizar una auditoría a los libros del pueblo.
Todos los libros del pueblo.
Registros de los impuestos del pueblo, registros de la participación de ingresos estatales y federales, registros de los gastos del pueblo, registro del mantenimiento de caminos, presupuestos municipales para la observancia de la ley, presupuesto del Departamento de Parques, incluso registros financieros pertenecientes a los viveros experimentales con fondos estatales.
Querían ver todo -y querían verlo el 17 de octubre. Sólo faltaban cinco días para esa fecha.
Ellos.
La carta estaba firmada por el Tesorero Estatal, el Auditor Estatal y, todavía más siniestro, por el Procurador General, el polizonte mayor de Maine. Y eran firmas personales,, no reproducciones.
-Ellos -murmuró Keeton a la carta. La sacudió en el puño y se agitó suavemente. Con los dientes apretados y visibles, repitió-: ¡Ellooos!
Colocó la carta de golpe sobre las demás. Cerró el expediente. En la ceja estaba pulcramente mecanografiado: CORRESPONDENCIA, OFICINA DE CONTRIBUCIONES DE MAINE. Keeton contempló el expediente cerrado durante un momento. Después sacó una pluma de su soporte (el juego había sido un regalo de la Cámara de Comercio Junior del Condado de Castle) y garabateó las palabras ¡OFICINA DE MIERDA DE MAINE! sobre el expediente en grandes letras temblorosas. Las miró por un momento y luego escribió ¡OFICINA DE IMBÉCILES DE MAINE! bajo las primeras., Sostuvo la pluma en el puño cerrado, blandiéndola como un cuchillo. Después la arrojó hasta el otro lado de la oficina. Aterrizó en el rincón con un pequeño chasquido.
Keeton cerró el otro expediente, el que contenía las copias de cartas que él había escrito (y a las cuales siempre les añadió las iniciales en minúsculas de su secretaria), cartas que había urdido en largas noches sin dormir, cartas que finalmente habían demostrado ser infructuosas. Una vena pulsaba constante en el centro de su frente.
Se levantó, llevó los dos expedientes al archivo, los colocó en el cajón inferior, lo cerró de golpe, verificó que estuviese cerrado con llave. En seguida se dirigió a la ventana y permaneció contemplando el pueblo dormido, respirando profundamente y tratando de calmarse.

Se la tenían jurada. Los Perseguidores. Por milésima vez se preguntó quién los habría azuzado contra él, en primer lugar. Si pudiese encontrar a esa persona, ese sucio Perseguidor Principal, Keeton sacaría la pistola de su sitio en la caja, bajo los suéteres picados de polilla, y acabaría con él. Sin embargo, su muerte no sería rápida. Oh, no. Le arrancaría un pedazo a la vez de un tiro y obligaría al sucio bastardo a que cantara, mientras tanto, el himno nacional.
Su mente se volvió hacia el flacucho asistente Ridgewick. ¿Podría ser él? No parecía lo bastante inteligente... pero las apariencias engañan. Pangborn afirmó que Ridgewick había puesto la infracción en el Cadillac por orden suya, pero eso no quería decir que fuese verdad. Y en el sanitario de hombres, cuando Ridgewick lo llamó Buster, su mirada era de desprecio malicioso, sarcástico. ¿Ya estaba Ridgewick aquí cuando empezaron a llegar las primeras cartas de la Oficina de Contribuciones? Keeton estaba casi seguro de que sí. Más tarde revisaría el expediente del hombre, sólo para estar seguro.
¿Y si fuese Pangborn mismo? Él, sin duda, sí era lo bastante inteligente y, sin duda, odiaba a Danforth Keeton (¿no lo odiaban Todos? ¿No lo odiaban todos Ellos?), y Pangborn conocía a mucha gente en Augusta. Los conocía bien a Ellos. Demonios, parecía que se pasaba todo el jodido día hablando por teléfono con Ellos. Los recibos de teléfono, incluso con la línea de Servicio Telefónico de Área Extensa, eran terribles.
¿Podrían ser ambos? ¿Pangborn y Ridgewick? ¿Los dos de acuerdo?
-El Llanero Solitario y su fiel compañero indio, Tonto -dijo Keeton en voz baja y sonrió siniestro-. Si fuiste tú, Pangborn, te arrepentirás. Y si fueron ambos, se arrepentirán ambos -sus manos se cerraron en puños lentamente-. No toleraré esta persecución para siempre, ¿saben?
Las manos cuidadosamente manicuradas se enterraron en la carne de las palmas. No se dio cuenta de que empezaba a fluir sangre de sus manos. Tal vez Ridgewick. Tal vez Pangborn, tal vez Melissa Clutterbuck, la frígida perra que era la Tesorera del Pueblo, tal vez Bill Fullerton, el Segundo Concejal (sabía con toda certeza que Fullerton quería su cargo y no descansaría hasta que lo obtuviera)...
Tal vez todos ellos.
Todos ellos juntos.
Keeton soltó la respiración en un suspiro largo y torturado, que formó una flor de niebla en el cristal reforzado con alambre de la ventana de su oficina. La cuestión era ¿qué iba a respecto? ¿Qué iba a hacer entre hoy v el 17 de este mes?
La respuesta era fácil: lo ignoraba.
2
En su juventud, la vida de Danforth Keeton había transcurrido en un entorno de blancas y negros bien definidos, y eso le bahía agradado mucho. Habla asistido a la escuela secundaria de Castle Rock y empezado a trabajar, medio tiempo, en la distribuidora de automóviles de la familia cuando tenía catorce ayos, lavando los autos de demostración y encerando los modelos de exhibición. La Chevrolet Keeton era una de las concesionarias Chevrolet más antiguas de Nueva Inglaterra y piedra angular de la estructura financiera de los Keeton. Había sido una estructura firme, en efecto, al menos hasta recientemente.
Durante sus años en la escuela secundaria de Castle Rock, habla sido Buster para todos. Tomó los cursos comerciales, mantuvo un sólido promedio de B, dirigió el consejo de estudiantes casi sin ayuda de nadie e ingresó al Colegio de Administración de Negocios Traynor en Boston. En Traynor, siempre obtuvo A en todas las asignaturas y se graduó con tres semestres de adelanto. Cuando regresó a The Rock, de inmediato puso en claro que habían terminado sus días como Buster.
Había sido una buena vida hasta que, hacía nueve o diez años, Steve Frazier y él realizaron un viaje a Lewiston. Fue entonces cuando empezó el problema; fue entonces cuando su vida negra y blanca empezó a llenarse con profundos tonos de gris.
Nunca había jugado juegos de azar -ni como Buster en la secundaria ni como Dan en el Colegio Traynor ni como el señor Keeton en la Chevrolet Keeton y la Junta de Concejales-. Basta donde sabía Keeton, nunca había jugado nadie en toda su familia; no recordaba ni siquiera pasatiempos tan inocentes como la rayuela con monedas de cinco centavos o la apuesta de un centavo a la carta que salga primero. No existía ningún tabú sobre esas cosas, ningún mandamiento al respecto, pero no lo hacía nadie. Keeton no había entrado en una apuesta sobre nada, hasta ese primer viajé, al hipódromo de Lewiston con Steve Frazier. Nunca habla colocado una apuesta en ningún otro lado ni nunca lo necesitó. El hipódromo fue toda la ruina que requirió Danforth Keeton.
En esa época, era Tercer Concejal. Steve Frazier, quien ahora llevaba por lo menos cinco años en la tumba, eta el Principal Concejal de Castle Rock. Keeton y Frazier hablan ido a "la ciudad" (así se les llamaba siempre a los viajes a Lewiston) junta con Butch Nedeau, el supervisor de Servicios Sociales del Condado en The Rock, y Harry Samuels, quien había sido Concejal durante la mayor parte de su vida como adulto y probablemente se iría a la tumba como tal. El motivo había sido una conferencia a nivel estatal de funcionarios del condado; el tema, las nuevas leyes de participación de ingresos... y fue la participación de ingresos, desde luego, lo que ocasionó la mayor parte del

problema. Sin esa ley, Keeton se habría visto obligado a cavar su tumba con pico y pala. Con ella, había tenido acceso a un buen filón financiero.
Fue una conferencia de dos días. En la noche intermedia, Steve sugirió que salieran y se entretuvieran un rato en la gran ciudad. Butch y Harry habían declinado la invitación. A Keeton tampoco le atraía la idea de pasar la velada con Steve Frazier -era un viejo gordo, arrogante y fanfarrón, con manteca en el cerebro-. No obstante, él sí había ido. Suponía que habría ido aunque Steve le hubiese sugerido un recorrido nocturno por los agujeros de mierda más profundos del infierno. Después de todo, Steve era el Principal Concejal. Harry se daría por satisfecho si continuaba, sin ningún esfuerzo, como Segundo, Tercero o Cuarto Concejal por el resto de su vida. Butch Nedeau ya había indicado su intención de retirarse al final de su periodo en el cargo... pero panforth Keeton era ambicioso y Frazier, el viejo gordo fanfarrón, tenía la llave para esas ambiciones.
Así que salieron los dos, con la primera escala en El Alborota. ¡ALBORÓTATE EN EL, ALBOROTO!, decía el anuncio sobre la entrada, y Frazier se había alborotado, en efecto; bebió escocés con agua como si se hubiesen olvidado de agregarle el escocés y silbó alborozado a las bailarinas desnudistas, quienes, en general, eran viejas y gordas, y muy lentas. Keeton sospechó que casi todas estaban drogadas. Recordaba haber pensado que le esperaba una larga noche.
Después habían ido al hipódromo de Lewiston y todo cambió.
Llegaron a tiempo para la quinta carrera y Frazier había empujado a un Keeton en plena protesta hasta las ventanillas de apuesta, como un perro pastor que acosa a un cordero rebelde para que regrese al rebaño.
-Steve, yo no entiendo nada de esto...
-NO IMPORTA -respondió Frazier alegremente, exhalando humos de escocés en el rostro de Keeton-. Vamos a tener suerte esta noche, Buster. Lo presiento.
No tenía la menor idea de cómo se apostaba y la charla incesante de Frazier le impedía escuchar lo que decían los demás apostadores en la fila cuando llegaban a la ventanilla de dos dólares.
Cuando le tocó su turno, empujó un billete de cinco dólares al cajero y dijo:
-Número cuatro.
-¿Ganador, colocación o exhibición? -le preguntó el cajero y, por un momento, Keeton no supo qué debía responder. Detrás del cajero vio una cosa sorprendente. Tres empleados estaban contando y encintando enormes pilas de dinero, más efectivo del que Keeton había visto en un solo sitio.
-¿Ganador, colocación o exhibición? -repitió el cajero, impaciente-. Dese prisa, compañero. Esto no es la biblioteca publica.
-Ganador -había dicho Keeton. No se imaginaba siquiera lo que significaba "colocación" o "exhibición", pero "ganador" lo entendía muy bien.
El cajero le dio un boleto y tres dólares de cambio -un billete de un dólar y uno de dos-. Keeton miró con interés y curiosidad el billete de dos dólares, mientras Frazier colocaba su apuesta. Sabía que existían los billetes de dos dólares, desde luego, pero creía que nunca había visto uno antes. Tenía la efigie de Thomas Jefferson. Interesante. De hecho, todo el ambiente era interesante -el olor a los caballos, a palomitas de maíz, a cacahuates; las multitudes apresuradas; la atmósfera de urgencia-. El sitio estaba alerta en una forma que reconoció, y a la cual respondió de inmediato. Ya antes había tenido esa sensación de alerta, sí, en muchas ocasiones, pero era la primera vez que la percibía en un mundo más abierto. Danforth "Buster" Keeton, quien rara vez se sintió como parte de algo, no en realidad, sentía que formaba parte de esto. Una parte considerable.
-Esto es mucho mejor que El Alboroto -dijo cuando Frazier se reunió con él.
Sí, las carreras con calesín son interesantes -aseguró Frazier-. Aunque nunca remplazarán a las series mundiales. Ven, vayamos a la barandilla. ¿A qué caballo le apostaste?
Keeton no se acordaba. Tuvo que ver el boleto.
-Número cuatro -dijo.
-¿Colocación o exhibición?
-Oh... ganador.
Frazier sacudió la cabeza con desdén afable y le dio unas palmadas en la espalda.
-Ganador es una apuesta para bobos, Buster. Es una apuesta para bobos, incluso cuando la pizarra dice que no lo es. Pero ya aprenderás.
Y, desde luego, había aprendido.
En alguna parte sonó una campana con un fuerte ¡Brrr-ranng! que hizo saltar a Keeton. Una voz aulló, ¡Arrancan! por las bocinas del hipódromo. De la multitud surgió un estridente rugido y Keeton sintió una súbita chispa eléctrica que le recorría el cuerpo. Las pezuñas tamborileaban en la pista de tierra. Frazier agarró a Keeton por el codo con una mano y utilizó la otra para abrirse paso a través de la multitud hasta la barandilla. Quedaron a menos de veinte metros de la meta.
Ahora el locutor estaba describiendo la carrera. Número siete, My Lass, líder en la primera vuelta, con el número ocho, Broken Field, segundo, y número uno, How Do?, tercero. El número cuatro se llamaba Absolutamente -el nombre más tonto para un caballo que había oído Keeton alguna vez en su vida- y corría en sexta posición. Apenas le interesaba. Estaba fascinado con los veloces caballos,

el pelo brillante bajo los reflectores, los giros borrosos de las ruedas mientras los calesines avanzaban por la curva, los vistosos colores de las telas que usaban los que los guiaban.
Cuando los caballos entraron al último trecho, Broken Field empezó a presionar a My Lass por el primer lugar. My Lass perdió el paso y lo rebasó Broken Field. Al mismo tiempo, Absolutamente empezó a avanzar por el exterior -Keeton lo vio antes de que la voz incorpórea del locutor enviara la noticia resonando por la pista y apenas sintió que Frazier le daba un codazo, apenas lo oyó cuando le gritó: "¡Ése es tu caballo, Buster! ¡Es tu caballo y es posible que gane!"
Mientras los caballos se aproximaban retumbando por el tramo final hacia el lugar donde se encontraba Keeton y Frazier, toda la multitud empezó a dar alaridos. Keeton sintió que la electricidad lo avivaba de nuevo, pero esta vez no era una chispa sino una tormenta. También él dio alaridos; al día siguiente estaba tan ronco que sólo podía hablar en un susurro.
-¡Absolutamente! -gritaba-. ¡Vamos, Absolutamente, vamos, perra, CORRE!
-Trota -dijo Frazier, mientras se reía con tantas ganas que las lágrimas le rodaban por las mejillas-. Vamos, perra, trota. Eso es lo que quieres decir, Buster.
Keeton no le prestó atención. Estaba en otro mundo. Le enviaba ondas cerebrales a Absolutamente, le enviaba su fuerza telepática por el aire.
-Ahora es Broken Field y How Do?, How Do? y Broken Field -anunció la voz divina del locutor-, y Absolutamente está ganando terreno cuando llegan al último octavo de milla...
Los caballos se acercaban, levantando una nube de polvo. Absolutamente trotaba con el cuello arqueado y la cabeza hacia adelante, las patas se elevaban y caían como pistones; pasó a How Do? y a Broken Field, el cual decaía notablemente, justo donde estaban Keeton y Frazier. Absolutamente seguía ensanchando el tramo de ventaja cuando cruzó la meta.
Cuando aparecieron los números en la pizarra, Keeton le tuvo que preguntar a Frazier qué significaban. Frazier miró su boleto y después la pizarra. Silbó sin sonido.
-¿Recuperé mi dinero? -preguntó Keeton ansioso.
-Buster, te fue mejor que eso. Absolutamente está pagando treinta a uno.
Antes de que saliera de la pista esa noche, Keeton había ganado un poco más de trescientos dólares. Así fue como nació su obsesión.
3
Tomó su abrigo del perchero en el rincón de la oficina, se lo puso y abrió la puerta para salir; en eso se detuvo, con la mano en la perilla. Miró hacia el otro lado de la habitación. En la pared opuesta a la ventana había un espejo. Keeton lo estudió especulativo durante un largo momento y luego caminó hacia él. Había oído que Ellos usaban espejos -no había nacido ayer.
Colocó el rostro contra el espejo, ignorando el reflejo de la piel pálida y los ojos inyectados. Se puso una mano junto a cada mejilla, para eliminar el brillo, estrechando los ojos en busca de una cámara en el otro lado. En busca de Ellos.
No vio nada.
Después de varios minutos se retiré, limpió distraído el espejo manchado con la manga del abrigo y salió de la oficina. Nada todavía, de cualquier forma. Eso no significaba que Ellos no vendrían esta noche, quitaran el espejo y pusieran un reflectasol. El espionaje era otra herramienta del oficio de los Perseguidores. Tendría que revisar el espejo todos los días.
-Pero puedo -le dijo al pasillo vacío en la planta alta-. Lo puedo hacer. Créanme.
Eddie Warburton estaba limpiando el piso del vestíbulo y no levantó la mirada cuando Keeton salió a la calle.
Su auto estaba estacionado en la parte de atrás, pero no tenía deseos de conducir. Se sentía demasiado confundido; si lo intentaba, lo más probable era que metiera el Caddy a través del escaparate de alguna tienda. En las profundidades de su mente desorientada tampoco se dio cuenta de que estaba caminando en dirección contraria a su casa. Eran las siete quince del sábado en la mañana y él era la única persona en el pequeño distrito comercial de Castle Rock.
Su pensamiento regresó brevemente a esa primera noche en el hipódromo de Lewiston. Parecía que nada podía salirle mal. Steve Frazier había perdido treinta dólares y dijo que se iría después de la novena carrera. Keeton le respondió que pensaba que se quedaría un rato más. Apenas miró a Frazier y apenas notó cuando éste se fue. Recordaba que había pensado lo agradable que era no tener a alguien junto al codo, diciendo Buster Esto y Buster Lo Otro, todo el tiempo. Odiaba el apodo, y Steve lo sabía, por supuesto, por eso lo usaba.
Regresó la siguiente semana, solo esta vez, y perdió sesenta dólares de las ganancias anteriores. No le importó gran cosa. Aunque pensaba con frecuencia en esas enormes pilas de dinero encintado, el dinero no era lo primordial; el dinero no era más que el símbolo que te llevabas contigo, algo que te decía que habías estado ahí, que habías formado parte, aunque fuese por un breve lapso, del gran espectáculo. Lo que realmente le interesaba era la tremenda emoción que surgía de la multitud cuando sonaba la campana de salida, se abrían las puertecillas con un pesado golpe sordo y el locutor gritaba ¡Arraancan! Lo que lo emocionaba era el rugido de la multitud cuando los contendientes completaban la tercera vuelta y salían disparados por el trecho posterior, las exhortaciones histéricas, como de mitin político, que surgían de las tribunas cuando los caballos

completaban la cuarta vuelta y aceleraban a fondo en el tramo final. Era tan vivaz, oh, era tan vivaz. Era tan vivaz que ...

... era peligroso.

Keeton decidió mantenerme lejos de ese riesgo. Tenía bien trazado el camino de su vida. Se proponía llegar a ser el Principal Concejal de Castle Rock cuando finalmente enterraran a Steve Frazier y, después de seis o siete años, tenía la intención de presentarse como candidato al Congreso Estatal. Posteriormente, ¿quién sabe? La administración nacional no estaba fuera del alcance de un hombre ambicioso, eficiente... y cuerdo.

Ése era el verdadero problema con la pista. Al principio no lo observó, pero lo reconoció oportunamente. La pista era un sitio donde la gente pagaba su dinero, tomaba un boleto... y renunciaba a la cordura por un rato. Keeton había visto demasiada demencia en su propia familia como para sentirse cómodo con la atracción que ejercía sobre él el hipódromo de Lewiston. Era un foso con lados resbaladizos, una trampa con estacas ocultas, una pistola cargada sin el seguro puesto. Cuando asistía al hipódromo, le era imposible retirarse antes de que terminara la última carrera de la noche. Lo sabía. Lo había intentado. En una ocasión, casi había llegado a los torniquetes de salida, cuando en el fondo de su cerebro surgió algo poderoso, enigmático y reptante que asumió el control y dio vuelta a sus pies. A Keeton le aterrorizaba la posibilidad de que ese reptil despertara por completo. Era mejor que permaneciera dormido.

Durante tres años se mantuvo su determinación. Después, en 1984, Steve Frazier se retiró y Keeton fue electo Principal Concejal. Entonces fue cuando empezaron los problemas auténticos.

Como celebración de su victoria fue a la pista y, ya que se trataba de un festejo, decidió jugar en grande. Ignoró las ventanillas de dos y cinco dólares y siguió directamente hasta la ventanilla de diez dólares. Esa noche perdió ciento sesenta dólares, una pérdida con la que se sintió bastante incómodo (al día siguiente, le dijo a su esposa que habían sido cuarenta), pero tampoco era la suma máxima que se podía dar el lujo de perder. Definitivamente no.

Volvió una semana más tarde, con la intención de recuperar lo que había perdido y salir a mano. Y casi lo había logrado. Casi... ésa era la palabra clave. Igual que casi había llegado a los torniquetes de salida. La semana siguiente perdió doscientos diez dólares. No cabía la duda de que Myrtle notaría ese agujero en la cuenta de cheques y, por consiguiente, tomó prestada una pequeña suma del fondo fiara gastos menores del pueblo, para cubrir la mayor parte del déficit. Cien dólares. Una bicoca.

Una vez que rebasó ese punto, todo se volvió confuso. El foso tenía lados resbaladizos, de acuerdo, y cuando empezabas a resbalarte, ya estabas condenado. Podías gastar toda tu energía en el intento de enterrar las uñas en los lados y retrasabas un poco la caída... pero eso, desde luego, sólo prolongaba la agonía.

Si se dio un punto en el que ya no había regreso, esto ocurrió en el verano de 1989. Durante la temporada de verano había carreras todas las noches y Keeton asistió asiduamente la segunda mitad de julio y todo agosto. Por unos días, Myrtle había sospechado que su marido utilizaba la pista como una excusa y que, en realidad, estaba viendo a otra mujer, y eso era risible -lo era, de verdad-. Keeton no hubiese logrado una erección ni aunque Diana misma descendiera de la luna en su carro, con la toga abierta y un letrero alrededor del cuello que dijera JÓDEME DANFORTH.

La preocupación por la profundidad a la que había metido la mano en el tesoro del pueblo había ocasionado que se marchitara su pobre miembro al tamaño de la goma de un lápiz.

Cuando Myrtle se convenció de la verdad, de que, después de todo, sólo eran las carreras de caballos, se sintió aliviada. Eso lo mantenía fuera de casa, donde tendía a comportarse como un tirano y había razonado que no podía estar perdiendo gran cosa, pues no fluctuaba mucho el saldo de la chequera. Sólo se trataba de que Danforth había encontrado un nuevo pasatiempo para entretenerse en la edad madura.

Nada más que carreras de caballos, después de todo, pensó Keeton mientras caminaba por la calle Main, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Emitió una risa extraña, violenta, que hubiese provocado que se volvieran las cabezas de haber estado concurrida la calle. Myrtle vigilaba la cuenta de cheques. Nunca se le ocurrió que Danforth podría haber saqueado los certificados del Tesoro que eran sus ahorros de toda la vida. Asimismo, sólo él estaba enterado de que la Chevrolet Keeton se tambaleaba en el borde de la extinción.

Myrtle manejaba las cuentas de la casa y la chequera.

Danforth era contador público titulado.

Cuando se trata de malversación, un contador público puede manejar mejor las cuentas que la mayoría de las personas... pero al final siempre se desbarata el paquete. El cordón, la cinta adhesiva y el papel de envoltura del paquete de Keeton se empezaron a desarticular en el otoño de 1990. Trató de manipular la situación lo mejor que pudo, con la esperanza de recuperarse en las carreras. Para entonces, había conocido a un corredor de apuestas, lo que le permitía colocar posturas más grandes de las que manejaba el hipódromo.

No obstante, su suerte no había cambiado.

Y luego, este verano, la persecución empezó en serio. Antes, Ellos sólo se habían divertido con él. Ahora se preparaban ara el golpe final y el Día de Armagedón estaba a menos de una semana de distancia.
Podré con Ellos, pensó Keeton. Todavía no estoy acabado. Aún me queda un truco o dos en la manga.
Sin embargo, ignoraba cuáles eran esos trucos; ése era el problema.
No importa. Hay una forma. Sé que hay una f...
Aquí se interrumpieron sus reflexiones. Estaba de pie frente a la nueva tienda, Cosas Necesarias, y lo que vio en el escaparate borró todo lo demás de su mente por unos momentos.
Era una caja de cartón rectangular, de colores brillantes, con una impresión en el frente. Un juego de tablero, suponía. Pero era un juego de carreras de caballos, y podría haber jurado que la imagen que mostraba a dos calesines que avanzaban hacia la meta, casi codo con codo, era del hipódromo de Lewiston. Si la que estaba en el fondo no era la tribuna principal, él era un mono.
El nombre del juego era EL BOLETO GANADOR.
Keeton permaneció mirándolo durante casi cinco minutos, tan hipnotizado como un niño que contempla una exhibición de trenes eléctricos. Luego, caminó despacio bajo el toldo verde oscuro para cerciorarse de que la tienda observaba el horario de los sábados. Del interior de la puerta colgaba un letrero, pero sólo tenía escrita una palabra, y esa palabra, naturalmente, era
ABIERTO
Keeton lo miró por un momento, pensando -como Brian Rusk antes que él- que se había dejado el letrero por error. En Castle Rock, las tiendas de la calle Main no abrían a las siete de la mañana los sábados. Como sea, probó la perilla. Giró fácilmente en la mano.
Cuando abrió la puerta, una pequeña campanilla tintineó en la parte superior.
4
-No es un juego, realmente -estaba diciendo Leland Gaunt cinco minutos más tarde-, está equivocado en cuanto a eso.
Keeton estaba sentado en la elegante silla de respaldo alto, en la cual Nettie Cobb, Cyndi Rose Martin, Eddie Warburton, Everett Frankel, Myra Evans y muchos otros habitantes del pueblo se habían sentado antes que él esa semana. Tenía en las manos una taza de buen café jamaiquino, la cual había aceptado ante la insistencia de Gaunt, quien parecía un sujeto muy agradable para ser de tierras llanas. Ahora Gaunt se inclinaba en el escaparate y sacaba la caja con todo cuidado. Estaba vestido con. una bata corta en color vino, tan elegante como el que más, sin un cabello fuera de su lugar. Le había dicho a Keeton que a menudo abría en horas fuera de las normales, debido a que padecía insomnio.
-Desde que era joven -había añadido con una triste risita ahogada-, y eso fue hace muchos arios -sin embargo, Keeton consideraba que se veía tan fresco como una lechuga, excepto por los ojos... estaban tan inyectados que parecía que el rojo fuese su color natural.
Trajo la caja y la colocó en una mesa pequeña junto a Keeton.
-Me llamó la atención la caja -dijo Keeton-. Se parece al hipódromo de Lewiston. Voy ahí de vez en cuando.
-Le gusta la emoción, ¿verdad? -preguntó Gaunt con una sonrisa.
Keeton estuvo a punto de decir que él nunca apostaba, pero cambió de idea. La sonrisa no sólo era amistosa; era una sonrisa de conmiseración, y de pronto comprendió que estaba en presencia de un compañero en desgracia, lo cual comprobaba lo frágiles que estaban sus nervios, ya que, cuando había estrechado la mano de Gaunt, había sentido una oleada de repulsión tan súbita y profunda que había sido como un espasmo muscular. Durante esos instantes tuvo la certeza de que había encontrado al Principal Perseguidor. Debía vigilar esta clase de reacciones; no tenía caso que perdiese la serenidad.
-Me gusta apostar, de vez en cuando.
-A mí también, por desgracia -los ojos enrojecidos se fijaron en los de Keeton y compartieron un momento de entendimiento perfecto... o, al menos, así lo sintió Keeton-. He apostado en la mayoría de los hipódromos desde el Atlántico hasta el Pacífico, y estoy seguro de que el que aparece en la caja es Longacre Park, de San Diego. Ya desapareció, desde luego; se construyó un desarrollo habitacional en ese terreno.
-Oh -dijo Keeton.
-Pero permítame mostrarle esto. Creo que le interesará.
Quitó la tapa a la caja y con gran cuidado sacó una pista de hojalata en una plataforma de unos noventa centímetros de largo y cuarenta y cinco centímetros de ancho. Se parecía a los juguetes que Keeton había tenido de niño, los baratos fabricados en Japón después de la guerra. La pista era una réplica de un trayecto de dos millas. Tenía ocho estrechas ranuras y, detrás de la línea de salida, estaban ocho delgados caballos de hojalata. Cada uno estaba montado en un pequeño poste de hojalata que sobresalía de la ranura e iba soldado al vientre del caballo.
-Uau -dijo Keeton, y sonrió. Era la primera vez que sonreía en semanas y sintió extraña y fuera de lugar la expresión.

-Todavía no ha visto nada, como dicen por ahí -respondió Gaunt, devolviendo la sonrisa-. Esta chuchería es de 1930 o 1935, señor Keeton, es una verdadera antigüedad. Pero en esa época no sólo era un juguete para los pronosticadores de carreras.
-¿No?
-No. ¿Sabe lo que es una Ouija?
-Seguro. Se le hacen preguntas y se supone que las respuestas provienen del mundo de los espíritus.
-Exactamente. Pues bien, en los años de la depresión había un buen número de pronosticadores de carreras que creían que El Boleto Ganador era la Ouija del apostador a los caballos.
Sus ojos se encontraron de nuevo con los de Keeton, amistosos, sonrientes, y a Keeton le fue imposible separar los propios, igual que le fue imposible salir del hipódromo antes de la última carrera en la ocasión en que lo intentó.
-Tonto, ¿no cree?
-Sí -dijo Keeton. Pero no le parecía tonto en lo más mínimo. Es más, le parecía perfectamente... perfectamente...
Perfectamente razonable.
Gaunt palpó alrededor de la caja y sacó una pequeña llave de hojalata.
-Cada vez gana un caballo distinto. Supongo que tiene una especie de mecanismo aleatorio en el interior... tosco, pero bastante efectivo. Ahora, observe.
Insertó la llave en un orificio a un lado de la plataforma de hojalata en la que estaban los caballos y le dio vueltas. Se oyeron pequeños chasquidos, crujidos y ruidos de piñones... los sonidos de la cuerda. Cuando ya no giró más, Gaunt quitó la llave.
-¿Cuál elige? -preguntó.
-El cinco -dijo Keeton. Se inclinó hacia adelante, la velocidad del corazón en aumento. Era tonto, y suponía que era la prueba final de su compulsión, pero sentía que lo invadía la vieja emoción.
-Muy bien, yo elijo el caballo seis. ¿Hacemos una pequeña apuesta para que sea más interesante?
-¡Claro! ¿Cuánto?
-Dinero, no -exclamó Gaunt-. Hace mucho que terminaron los días en que apostaba dinero, señor Keeton. Son las apuestas menos interesantes. Pongámoslo así: si gana su caballo, yo le haré un pequeño favor. El que usted elija. Si gana el mío, usted me hace un favor a mí.
-Y si gana otro, ¿se anula la apuesta?
-Correcto. ¿Está listo?
-Sí -asintió Keeton contundente, y se acercó más a la pista de hojalata. Tenia las manos apretadas entre los grandes muslos.
Junto a la línea de salida, sobresalía una pequeña palanca de metal.
-Y arrancan -dijo Gaunt en voz baja y oprimió la palanca.
De inmediato, se puso en marcha el mecanismo bajo la pista. Los caballos se separaron de la línea de salida, deslizándose por el trayecto asignado. Al principio se movían con lentitud; oscilaban hacia adelante y hacia atrás en las ranuras y avanzaban en breves sacudidas, como si se expandiera algún muelle -o una serie completa- dentro del tablero, pero cuando se acercaron a la primera vuelta aumentó la velocidad.
El caballo número dos tomó la delantera, seguido por el siete; los otros iban detrás, en grupo.
-¡Corre, cinco! -animó Keeton en voz baja-. ¡Adelante, cinco, corre, perra!
Como si lo oyera, el pequeño corcel de hojalata empezó a separarse del grupo. A la mitad, había alcanzado al siete. El caballo seis, la elección de Gaunt, también iba ganando velocidad.
El Boleto Ganador traqueteaba y vibraba en la pequeña mesa. El rostro de Keeton se inclinaba sobre ella como una gran luna defectuosa. Una gota de sudor cayó en el diminuto jinete que llevaba las riendas del caballo tres; si hubiese sido un hombre de verdad, tanto él como su montura habrían quedado empapados.
En la tercera vuelta, el caballo siete inició una estampida y alcanzó a los dos, pero el caballo cinco de Keeton corría desesperado y el seis de Gaunt le pisaba los talones. Estos cuatro tomaron la curva en un grupo muy por delante de los otros, vibrando violentamente en las ranuras.
-¡Corre, perra estúpida! -gritó Keeton. Se había olvidado de que no eran más que pedazos de hojalata, con una tosca semejanza de caballos. Se había olvidado que estaba en la tienda de un hombre que nunca había visto antes. Lo atrapó la antigua excitación. Lo sacudió en la forma en que un terrier sacude a una rata-. ¡Corre, gánale, corre! ¡Adelante, perra, VAMOS! ¡Llévatelos!
Ahora el cinco se emparejó en la delantera... y avanzó. El caballo de Gaunt se adelantaba por el flanco cuando el caballo de Keeton cruzó la meta, el ganador.
La cuerda del mecanismo llegaba a su fin, pero la mayoría de los caballos alcanzaron la línea de salida antes de que cesara por completo. Gaunt utilizó el dedo para empujar a los rezagados y agruparlos para otra salida.
-¡Fiuu! -silbó Keeton, y se limpió la frente. Se sentía completamente exhausto... pero mucho mejor de lo que se había sentido en un tiempo muy largo-. ¡Fue estupendo!
-Ya lo creo -coincidió Gaunt.
-Sabían hacer las cosas en esa época, ¿verdad?

-En efecto -convino Gaunt, sonriendo-. Y parece que le debo un favor, señor Keeton.
-Auu, olvídelo... fue divertido.
-Por supuesto que no. Un caballero siempre paga sus apuestas. Sólo avíseme con un día o dos de anticipación cuando quiera hacer efectivo el pagaré, como dicen.
Antes de hacer efectivo el pagaré.
La situación en que se encontraba volvió de golpe a su memoria. ¡Pagarés! ¡Ellos tenían el suyo! ¡Ellos! ¡El jueves querrían cobrar los pagarés...! ¿Y entonces qué? ¿Entonces qué?
En la cabeza le bailaban visiones de encabezados irrecusables en los periódicos.
-¿Le gustaría saber cómo usaban este juguete los apostadores serios en los años treinta? -preguntó Gaunt en tono amable.
-Claro -respondió Keeton, pero no le interesaba, no realmente... hasta que alzó los ojos. Los ojos de Gaunt se enlazaron en los suyos, los capturaron de nuevo, y la idea de usar el juego de un niño para elegir ganadores parecía tener un perfecto sentido otra vez.
-Bien -dijo Gaunt-, tomaban el periódico de ese día, o el Racing Form, y representaban las carreras, una por una. En este tablero, ¿sabe? En cada carrera, a cada caballo le ponían un nombre del periódico, lo hacían tocando uno de los caballos de hojalata al mismo tiempo que decían el nombre, y después le daban cuerda y la ponían a funcionar. Corrían toda la pizarra en esa forma: ocho, diez, una docena de carreras. Luego, iban al hipódromo y apostaban a los caballos que ganaban en casa.
-¿Y resulta efectivo? -preguntó Keeton. La voz parecía llegarle desde algún otro sitio. Un sitio lejano. Sentía que flotaba en los ojos de Leland Gaunt. Que flotaba en espuma roja. La sensación era extraña, pero agradable, en realidad.
-Aparentemente -dijo Gaunt-. Es probable que no fuese más que una superstición tonta, pero... ¿le gustaría comprobar este juguete y probarlo usted mismo?
-Sí -exclamó Keeton.
-Usted necesita con urgencia un Boleto Ganador, ¿verdad, Danforth?
-Necesito más que uno. Necesito un montón. ¿Cuánto?
Leland Gaunt se rió.
-¡Oh, no... no me atrapará en esa forma! ¡Si yo soy quien está en deuda con usted! Le diré qué haremos... abra la cartera y deme el primer billete que encuentre. Estoy seguro de que será el correcto.
Keeton abrió la cartera y sacó un billete sin retirar los ojos del rostro de Gaunt y, desde luego, fue el billete con la efigie de Thomas Jefferson, la clase de billete que lo había metido en todo este embrollo, en primer lugar.
5
Gaunt lo desapareció con la misma limpieza con que un mago hace un truco, y dijo:
-Hay una cosa más.
-¿Qué?
Gaunt se inclinó hacia adelante. Miró a Keeton con sinceridad y le tocó la rodilla.
-Señor Keeton, ¿usted sabe acerca de... Ellos?
Se le interrumpió la respiración, en la forma en que a veces se interrumpe la respiración de una persona dormida cuando está sumida en la angustia de un mal sueño.
-Sí -murmuró-. Dios, sí.
-Este pueblo está lleno de Ellos -prosiguió Gaunt con el mismo tono bajo, confidencial-. Absolutamente infestado. Hace menos de una semana que abrí y ya lo sé. Creo que Ellos me están buscando. De hecho, estoy seguro. Es posible que necesite su ayuda.
-Sí -dijo Keeton. Ahora hablaba con más energía-. ¡Por Dios, tendrá toda la ayuda que necesite!
-Vamos, me acaba de conocer y no me debe maldita sea la cosa...
Keeton, quien ya sentía que Gaunt era el amigo más íntimo que había tenido en los últimos diez años, abrió la boca para protestar. Gaunt levantó la mano y las protestas cesaron de inmediato.
-... y no tiene la menor idea de si le vendí algo que verdaderamente funciona o nada más otra bolsa de sueños... de la clase que se convierten en pesadillas cuando menos se piensa. Estoy seguro de que ahora cree todo eso. Tengo un gran poder de persuasión, aunque esté mal que sea yo quien lo diga. Pero creo en los clientes satisfechos, señor Keeton, y sólo clientes satisfechos. Llevo muchos años en los negocios y he construido mi reputación a base de clientes satisfechos. Llévese el juguete. Si le funciona bien, magnífico. Si no, déselo al Ejército de Salvación o arrójelo al tiradero del pueblo. ¿Cuánto perdió? ¿Un par de dólares?
-Un par de dólares -aceptó Keeton con voz soñadora.
-Pero si funciona y puede quitarse de la mente esas efímeras preocupaciones financieras, regrese a verme. Nos sentaremos y tomaremos café, como lo hicimos esta mañana... y hablaremos acerca de Ellos.
-Ya ha ido demasiado lejos para que pueda arreglarse con la devolución del dinero -dijo Keeton en los tonos claros, pero desconectados, de alguien que habla dormido-. Hay más rastros de los que soy capaz de limpiar en cinco días.

-En cinco días pueden cambiar muchas cosas -aventuró el señor Gaunt pensativo. Se puso de pie, moviéndose con gracia sinuosa-. Tiene un gran día por delante... y yo también.
-Pero Ellos -protestó Keeton-. ¿Qué hay acerca de Ellos?
Gaunt colocó una de las manos largas, heladas, en el brazo de Keeton y, aun en su estado aturdido, Keeton sintió que el contacto le revolvía el estómago.
-Nos ocuparemos de Ellos más tarde -dijo-. No se preocupe.
6
-¡John! -llamó Alan cuando John LaPointe entró a la oficina del comisario por la puerta del callejón-. ¡Me da gusto verte!
Eran las diez treinta de la mañana del sábado y la oficina del comisario de Castle Rock estaba casi desierta. Norris estaba pescando en alguna parte y Seaton Thomas estaba en Sanford, visitando a sus dos hermanas solteronas. Sheila Brigham estaba en la rectoría de Nuestra Señora de las Aguas Serenas, ayudando a su hermano en la redacción de otra carta al periódico, en la cual se explicaba la naturaleza esencialmente inofensiva de la Noche de Casino. El padre Brigham también quería que la carta expresara su convicción de que William Rose estaba tan loco como un gusano en una pila de mierda. Desde luego, eso no se podía decir con estas palabras, no en un periódico para la familia, pero el padre John y la hermana Sheila estaban empeñados en que se transmitiera el mensaje. Andy Clutterbuck estaba de servicio en algún sitio, o eso suponía Alan; no se había comunicado desde que Alan llegó a la oficina, una hora antes. Hasta que se presentó John, parecía que Eddie Warburton era la única persona en el edificio municipal, y ahora estaba atareado con el enfriador del agua en el rincón.
-¿Qué hay de nuevo, doc? -preguntó John, mientras se sentaba en la esquina del escritorio de Alan.
-¿En sábado en la mañana? No mucho. Pero fíjate en esto -Alan se desabotonó el puño derecho de la camisa caqui y se subió la manga-. Observa que mi mano nunca se aleja de la muñeca.
-Uh-huh -dijo John. Del bolsillo de los pantalones sacó una barra de Juicy Fruit, le quitó la envoltura y se la metió en la boca.
Alan mostró la palma derecha extendida, dio vuelta a la mano para mostrar el dorso y después la cerró en un puño. Introdujo el dedo índice izquierdo en el puño y sacó una diminuta oreja de seda. Movió las cejas hacia John.
-No está mal, ¿eh?
-Si es la mascada de Sheila, se va a disgustar cuando la encuentre toda arrugada y oliendo a tu sudor -dijo John. No se veía demasiado impresionado.
-No es mi culpa que la dejara en su escritorio -respondió Alan-. Además, los magos no sudan. Ahora di: ¡Hey y abracadabra! -sacó del puño la mascada de Sheila y le sopló espectacularmente en el aire. Revoloteó y cayó sobre la máquina de escribir de Norris como una mariposa de brillantes colores. Alan miró a John y suspiró-. No salió muy bien, ¿verdad?
-Es un buen truco -aceptó John-, pero ya lo he visto antes. Como treinta o cuarenta veces.
-¿Qué piensas, Eddie? -preguntó Alan en voz alta-. No está mal para un policía de pueblo, ¿no crees?
Eddie apenas levantó la vista del enfriador, el cual estaba llenando con una provisión de jarras de plástico etiquetadas AGUA DE MANANTIAL.
-No lo vi, comisario. Lo siento.
-Son un caso perdido, los dos -dijo Alan-. Pero estoy trabajando en una variación, John. Te va a cautivar, te lo prometo.
-Uh-huh. ¿Alan, todavía quieres que revise los baños de ese nuevo restaurante en River Road?
-Todavía quiero -asintió Alan.
-¿Por qué siempre me toca el detalle de la mierda? ¿Por qué Norris no puede...?
-Norris revisó los excusados del terreno para campismo Happy Trails en julio y agosto -dijo Alan-. En junio, lo hice yo. Deja de rezongar, Johnny. Es tu turno. También quiero que tomes muestras de agua. Utiliza un par de las bolsas especiales que nos enviaron de Augusta. Aún hay un montón en el gabinete del vestíbulo. Creo que las vi detrás de la caja de galletas Hi-Ho de Norris.
-Está bien -concedió John-, lo haré. Pero a riesgo de que me digas que estoy rezongando de nuevo, se supone que el análisis de agua para comprobar que no tiene larvas es responsabilidad del propietario del restaurante. Lo verifiqué.
-Así es, en efecto -dijo Alan-, pero estamos hablando de Timmy Gagnon, Johnny... ¿qué te dice eso?
-Me dice que no compraría una hamburguesa en la nueva Riverside B-B-Q Delish aunque me estuviera muriendo de hambre.
-¡Correcto! -exclamó Alan. Se puso de pie y palmeó a John en el hombro-. Espero que podamos mandar a la quiebra a ese negligente hijo de puta antes de que empiece a declinar la población de perros y gatos callejeros de Castle Rock.
-Eso es horrible, Alan.
-No... ése es Timmy Gagnon. Recoge las muestras esta mañana y las enviaré al Departamento de Salud Estatal de Augusta antes de irme en la noche.
-¿Qué planes tienes para esta mañana?

Alan se bajó la manga y abotonó el puño.
-Ahora mismo voy a Cosas Necesarias -dijo-. Quiero conocer al señor Leland Gaunt. Le causó una impresión, muy profunda a Polly y, por lo que he oído por el pueblo, no es la única que le ha tomado afecto. ¿Lo conoces?
-No todavía -respondió John. Caminaron hacia la puerta-. Sin embargo, he estado por la tienda un par de veces. Tiene una mezcla interesante de cosas en el escaparate.
Pasaron junto a Eddie, quien ahora estaba puliendo la gran botella de vidrio del enfriador con un trapo que había sacado del bolsillo trasero. No se dio por enterado de la salida de Alan y John; parecía inmerso en su propio universo. Pero tan pronto como se cerró la puerta detrás de ellos, Eddie Warburton corrió a la oficina del despachador y tornó el teléfono.
7
-Está bien... sí... sí, entiendo.
Leland Gaunt estaba junto a la caja registradora con un teléfono inalámbrico al oído. Sus labios se curvaban en una línea tan delcada como una luna nueva creciente.
-Gracias, Eddie. Muchas gracias.
Gaunt caminó hasta la cortina que separaba la tienda del área posterior. Introdujo la parte superior del cuerpo por un lado de la cortina y se agachó. Cuando se retiró de la cortina, sostenía un letrero en una mano.
-Ya puedes irte a casa... sí... ten la seguridad de que no lo olvidaré. Nunca olvido un rostro o un servicio, Eddie, y ésa es una de las razones por las que me desagrada que se me recuerde cualquiera de las dos cosas. Adiós.
Oprimió el botón de FIN sin esperar la respuesta, acopló la antena y se guardó el teléfono en el bolsillo de la bata corta. En la puerta, la persiana estaba cerrada de nuevo. El señor Gaunt extendió la mano entre la persiana y el cristal, y quitó el letrero que decía
ABIERTO
Lo remplazó con el que había sacado de detrás de la cortina y se dirigió al escaparate para observar la llegada de Alan Pangborn. Antes de acercarse a la puerta, Pangborn se detuvo por unos minutos ante el escaparate, a través del cual Gaunt lo veía a él; incluso se colocó las manos a los lados de los ojos y oprimió la nariz contra el cristal por un momento. Aun cuando Gaunt estaba de pie, justo frente a él, con los brazos cruzados, el comisario no lo vio.
El señor Gaunt descubrió que le desagradaba el rostro de Pangborn a primera vista. No le sorprendió mucho. Era más hábil para leer en los rostros de lo que era para recordarlos, y en éste, las palabras eran grandes y peligrosas, en cierto modo.
La expresión de Pangborn cambió de pronto; sus ojos se ensancharon un poco, la boca afable se apretó en una delgada hendidura. Gaunt sintió un asalto de temor, breve y fuera de lo común. ¡Me está viendo!, pensó, aunque eso, desde luego, era imposible. El comisario retrocedió medio paso... y se rió. Gaunt entendió en seguida lo que había pasado, pero eso no mitigó la irritación instantánea y profunda que le provocaba Pangborn.
-Váyase de aquí, comisario -murmuró-. Váyase de aquí y déjeme en paz.
8
Alan permaneció mirando el escaparate un buen rato. Se preguntaba qué era, exactamente, lo que había originado tanto entusiasmo. Ayer, antes de ir a la casa de Polly, había conversado con Rosalie Drake y, por la descripción de Rosalie, Cosas Necesarias era semejante a Tiffany, en versión de Nueva Inglaterra, pero la vajilla de porcelana en el escaparate no tenía nada de extraordinario -cuando mucho, era una venta de cosas usadas de calidad-. Varios de los platos estaban desportillados y una rajadura del grueso de un cabello llegaba hasta el centro de uno de ellos.
Oh, bueno, pensó Alan, para todo hay gustos. Es probable que esa porcelana tenga más de cien años, valga una fortuna y yo sea demasiado torpe para saberlo.
Colocó las manos junto al vidrio a fin de ver más allá del cristal, pero no se veía nada -las luces estaban apagadas y la tienda, desierta-. En eso, pensó que había visto a alguien -un extraño, transparente, que lo miraba con interés fantasmal y maligno-. Retrocedió medio paso antes de darse cuenta de que lo que veía era el reflejo de su propio rostro. Se rió un poco, mortificado por la equivocación.
Se dirigió a la puerta. La persiana estaba cerrada; de un dispositivo de succión de plástico colgaba un letrero escrito a mano.
SALÍ A PORTLAND PARA RECIBIR
UNA CONSIGNACIÓN DE ARTÍCULOS
SIENTO NO HABERLO VISTO
VUELVA DE NUEVO POR FAVOR
Alan sacó la cartera del bolsillo posterior, extrajo una de sus tarjetas oficiales y garabateó un breve mensaje en el reverso.
Estimado señor Gaunt:
El sábado en la mañana pasé a saludarlo y darle la bienvenida al pueblo. Lamento no haberlo encontrado. ¡Espero que esté a gusto en Castle Rock! Volveré el lunes. Tal vez podamos tomar una

taza de café. Y si hay algo que pueda hacer por usted, mis números de teléfono, casa y oficina, están en el otro lado.
Alan Pangborn
Se agachó, deslizó la tarjeta por debajo de la puerta y se irguió de nuevo. Miró el escaparate un momento más, preguntándose quién compraría ese juego de platos indescriptible. Mientras miraba, lo invadió una sensación extrañamente penetrante -la sensación de que alguien lo observaba-. Alan se dio vuelta y no vio más que a Lester Pratt. Lester estaba colocando uno de esos condenados carteles en un poste telefónico y ni siquiera miraba en su dirección. Alan encogió los hombros y emprendió el regreso al edificio municipal. El lunes habría suficiente tiempo para conocer a Leland Gaunt; el lunes estaría bien.
9
El señor Gaunt lo vigiló hasta que se perdió de vista y luego fue a la puerta y recogió la tarjeta que Alan había deslizado por abajo. Leyó ambos lados cuidadosamente y después sonrió. Así que el comisario se proponía volver el lunes. Bien, magnífico, ya que el señor Gaunt consideraba que, cuando llegara el lunes, el comisario del condado de Castle Rock estaría ocupado en otras cosas. En un buen enredo de cosas. Y eso era muy conveniente, pues ya antes había conocido a hombres como Pangborn y lo más sensato era mantenerse lejos de esa clase de hombres, por lo menos mientras se cimentaba el negocio y se conocía a la clientela. Los hombres como Pangborn veían demasiado.
-Algo le ocurrió, comisario -dijo Gaunt-Algo que lo volvió más peligroso de lo normal. Lo noto en su rostro, también. Me pregunto qué fue. ¿Fue algo que hizo, algo que vio o ambas cosas?
Siguió mirando hacia la calle y los labios se retiraron de los largos dientes irregulares. Habló en el tono bajo y confortante de quien ha sido su mejor escucha durante mucho tiempo.
-Tengo entendido que usted es una especie de prestidigitador de salón, mi amigo uniformado. Le gustan los trucos. Antes de que me vaya del pueblo, le enseñaré unos cuantos. Tengo plena confianza de que lo sorprenderán.
Cerró la mano en puño sobre la tarjeta de Alan y primero la dobló y después la estrujó. Cuando quedó completamente oculta, entre los dedos índice y medio de Gaunt, brotó una lengüetada de fuego. Abrió la mano de nuevo y, aunque de la palma surgieren pequeños caracolillos de humo, no había rastros de la tarjeta... ni siquiera una mancha de ceniza.
-Di: ¡Hey y abracadabra! -dijo Gaunt en voz baja. Después, echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse.
10
Myrtle Keeton se dirigió al estudio de su marido por tercera vez en el día y escuchó junto a la puerta. Cuando se levantó, alrededor de las nueve de la mañana, Danforth ya estaba dentro del estudio, con la puerta cerrada. Ahora, a la una de la tarde, segará ahí, con la puerta cerrada. Cuando le preguntó si quería almorzar, Darforth le respondió con voz apagada que se fuera, que estaba ocupado.
Levantó la mano para llamar de nuevo... y se detuvo. Inclinó la cabeza ligeramente. Del interior del estudio salía un sonido, un sonido rechinante, castañeteante. Le recordó el sonido que hacía el reloj de cuclillo de su madre la semana antes de descomponerse del todo.
Llamó con un leve toque.
-¿Danforth?
-¡Márchate! -la voz se oía agitada, pero no le era posible definir si era emoción o temor.
-¿Danforth, estás bien?
-¡Sí, maldita sea! ¡Vete! ¡Saldré pronto!
Rechinidos y castañeteos. Castañeteos y rechinidos. Sonaba como tierra en una batidora. Le infundía un poco de miedo. Esperaba que Danforth no estuviese sufriendo un colapso nervioso ahí dentro. Había estado actuando de forma tan extraña últimamente.
-Danforth, ¿te gustaría que fuese a la pastelería y comprase unas rosquillas?
-¡Sí! -gritó-. ¡Sí! ¡Sí! ¡Rosquillas! ¡Papel higiénico! ¡Cirugía plástica para la nariz! ¡Ve a donde quieras! ¡Compra cualquier cosa! ¡Pero déjame en paz!
Permaneció junto a la puerta un momento más, inquieta. Pensó en llamar de nuevo y decidió que no. Ya no estaba segura de querer saber lo que Danforth estaba haciendo en el estudio. Es más, ya no estaba segura de querer abrir la puerta.
Se puso los zapatos y el grueso abrigo de otoño -el día estaba soleado, pero fresco- y salió por el auto. Condujo hasta El Horno del Condado, al final de la calle Main, y compró media docena de rosquillas -con glaseado de miel para ella, chocolate y coco para Danforth-. Esperaba que eso la animara -ella siempre se reanimaba con un poco de chocolate.
En el camino de regreso miró por casualidad el escaparate de Cosas Necesarias. Lo que vio ocasionó que apretara ambos pies en el pedal de los frenos, con fuerza. Si alguien la hubiera estado siguiendo, habría chocado con ella con seguridad.
En el escaparate estaba la muñeca más maravillosa.
La persiana estaba abierta de nuevo, por supuesto. Y el letrero que colgaba del dispositivo de succión decía

ABIERTO
Por supuesto.
11
Polly Chalmers pasó esa tarde del sábado en una forma completamente desacostumbrada para ella: sin hacer nada en absoluto. Se sentó junto a la ventana en la mecedora Boston, con las manos suavemente cruzadas sobre el regazo, observando el tráfico ocasional en la calle. Alan la había llamado antes de salir de servicio, le dijo que no había encontrado a Leland Gaunt, le preguntó si estaba bien y si necesitaba algo. Polly le había dicho que estaba bien y que no necesitaba nada, gracias. Ambas declaraciones eran mentira; no estaba bien en lo absoluto y necesitaba varias cosas. La lista la encabezaba una cura para artritis.
No, Polly... lo que realmente necesitas es un poco de valor. Sólo el suficiente para acercarte al hombre que amas, y decirle: "Alan, distorsioné un poco la verdad acerca de los años que estuve fuera de Castle Rock y te mentí rotundamente sobre lo que le sucedió a mi hijo. Ahora, quisiera pedirte perdón y decirle toda la verdad".
Cuando se exponía con tanta sencillez, sonaba muy fácil. Pero se volvía difícil cuando mirabas a los ojos al hombre a quien amabas o cuando tratabas de encontrar la llave que abriera tu corazón sin que se rompiera en pedazos sangrantes y dolorosos.
Dolor y mentiras; mentiras y dolor. Los dos temas a cuyo alrededor parecía que giraba ahora su vida.
¿Cómo estás hoy, Pol?
Bien, Alan. Estoy bien.
De hecho, estaba aterrorizada. No era que el dolor de las manos fuera tan terrible en este mismo segundo; casi deseaba. que le dolieran más, ya que el dolor, a pesar de lo intenso que fuera cuando al fin llegara, era mejor que la espera.
Poco después del mediodía, había percibido en las manos un cálido hormigueo, casi una vibración. Forrnaba anillos de calor alrededor de los nudillos y en la base del pulgar; lo sentía acechante en la punta de cada uña en pequeños arcos inflexibles, como sonrisas sin humor. Ya antes lo había sentido dos veccs y sabía lo que significaba. La esperaba lo que su tía Betty, quien estuvo afectada con la misma clase de artritis, llamaba una mala racha. "Cuando las manos empiezan a hormiguearme como toques eléctricos, siempre sé que es hora de atrancar las escotillas", decía Betty, y ahora Poily trataba de atrancar sus propias escotillas, con una notoria falta de éxito.
En el exterior, dos chicos caminaban a mitad de la calle, tirándose una pelota entre ellos. El de la derecha, el menor de los chicos Lawes, se estiró para un pase alto. La pelota le pegó en los dedos y rebotó en el césped de Polly. Cuando fue por la pelota, el chico la vio en la ventana y la saludó con un movimiento de la mano. Polly levantó la suya para devolverle el saludo... y sintió que el dolor se encendía hosco, como un grueso lecho de carbones en una ráfaga errante de viento. Desapareció, y sólo continuó ese misterioso hormigueo. Lo sentía en la forma en que a veces se percibe el aire antes de una violenta tormenta eléctrica.
Ya llegaría el dolor a su hora; no podía hacer nada al respecto. Sin embargo, las mentiras que le había contado a Alan sobre Kelton... eso era harina de otro costal. Y, pensó: No es que la verdad fuese tan terrible, tan deslumbrante, tan conmocionante... y no es que él no sospeche o sepa que le has mentido, incluso. I o cabe. Lo he visto en su expresión. Entonces, ¿por qué es tan difícil, Polly? ¿Por qué?
Suponía que en parte era la artritis y en parte el medicamento para el dolor, del cual dependía cada vez con mayor intensidad; los dos elementos juntos se combinaban para desenfocar el razonamiento, para retorcer extrañamente los ángulos rnás claros y definidos. Además, estaba el hecho del dolor personal Ele Alan... y la honestidad con que él se lo había revelado. Lo había expuesto a su mirada sin el menor titubeo.
Los sentimientos de Alan a raíz del peculiar accidente que había costado las vidas de Annie y Todd eran confusos y amargos, rodeados por un desagradable (y atemorizante) remolino de emociones negativas, pero él se las había desplegado, de todas formas. Lo había hecho para enterarse de si ella conocía algunos detalles sobre el estado mental de Annie que él ignoraba... pero también porque el juego limpio y la sinceridad total eran parte de su naturaleza. Polly temia a lo que Alan pudiese pensar cuando descubriera que el juego limpio no siempre surgía como algo natural en ella; que tanto sus manos como su corazón habían sido afectados por una helada temprana.
Se revolvió intranquila en la silla.
Tengo que decírselo... tarde o temprano, tengo que decírselo. Y nada de esto explica por qué es tan difícil; nada de esto explica por qué le mentí en primer lugar. Quiero decir, no se trata de que haya asesinado a mi hijo...
Suspiró, un suspiro que fue casi un sollozo, y cambió de posición en la silla. Buscó a los chicos con la pelota de futbol, pero ya no estaban a la vista. Polly se recargó y cerró los ojos.
12
No era la primera chica que salía embarazada como consecuencia de un encuentro de lucha en una cita en la noche ni la primera que discutía amargamente con sus padres y otros parientes como

resultado. Sus padres habían querido que se casara con Paul "Duke" Sheehan, el chico que la había embarazado. Polly había respondido que no se casaría con Duke aunque fuese el último hombre en la tierra. Eso es verdad, pero su orgullo no permitió que les dijera que Duke no quería casarse con ella -el amigo más íntimo de él le había dicho que Duke estaba haciendo preparativos de pánico para ingresar a la Marina en cuanto cumpliera dieciocho años... lo cual ocurriría en menos de seis semanas.

-Déjame poner esto en claro -dijo Newton Chalmers, y con esas palabras destruyó el último frágil puente entre su hija y él-. Fue bueno para joder, pero no es bueno para casarse... ¿es así?

Entonces trató de escaparse de la casa, pero su madre la detuvo. Si no se casaba con el chico, dijo Lorraine Chalmers, con la voz calmada y dulcemente razonable que casi volvía loca a Polly en su adolescencia, entonces tendrían que enviarla con la tía Sarah en Minnesota. Se quedaría en Saint Cloud hasta que naciera el bebé y después lo darían en adopción.

-Sé que no quieres que me vaya -había dicho Polly-. Es por la tía abuela Evelyn, ¿no es cierto? Temes que si descubre que voy a tener un bebé te saque de su testamento. No es más que el dinero, ¿no es verdad? Yo no te importo en lo absoluto. Te importa una mierda lo que me pa...

La voz dulce y razonable de Lorraine Chalmers enmascaraba el temperamento de una liebre. Cuando abofeteó a Polly, se derrumbó el último puente frágil entre su hija y ella.

Por tanto, Polly se había fugado. Eso había sucedido hace mucho, mucho tiempo... en julio de 1970.

Terminó en Denver, y ahí trabajó hasta que nació el bebé en una clínica de caridad que los pacientes llamaban Needle Park. Se había propuesto firmemente dar en adopción al bebé, pero algo, tal vez el sentirlo cuando se lo puso en los brazos la enfermera de maternidad después del parto, la hizo que cambiara de idea.

Le puso al niño el nombre de Kelton, en recuerdo de su abuelo paterno. La decisión de quedarse con el bebé la había atemorizado un poco, ya que le gustaba verse a sí misma como una chica práctica y sensata, y nada de lo que le había sucedido durante el último año se ajustaba a esa imagen. Primero, la chica práctica y sensata se había embarazado sin casarse en una época en la cual las chicas prácticas y sensatas no hacían esas cosas. Después, la chica práctica y sensata había huido de su casa y había tenido al bebé en una ciudad donde nunca había estado antes ni conocía nada de ella. Y encima de todo, la chica práctica y sensata había decidido quedarse con el bebé y llevarlo con ella a un futuro que no podía vislumbrar ni podía sentir siquiera.

Por lo menos, no conservó al bebé por despecho o desafío; de eso no la podrían acusar. Se encontró sorprendida por el amor, la emoción más simple, más fuerte y más imperdonable de todas.

Polly se mudó a otra ciudad. No, ambos se mudaron a otra ciudad. Polly había trabajado en una variedad de empleos de baja categoría y, por fin, llegaron a San Francisco, donde se propuso salir adelante. En el principio del verano de 1971, esa ciudad era una especie de Xanadú para los hippies, un paraíso de las drogas con grandes pendientes, llena de chiflados y folclóricos y bandas con nombres como Moby Grape y Thirteenth Floor Elevators.

Según la canción de Scott McKenzie sobre San Francisco que fue muy popular durante uno de esos años, se suponía que la temporada de verano era una reunión de amor. Polly Chalmers, quien incluso entonces no encarnaba la imagen de hippie, en alguna forma no participó en la reunión de amor. El edificio en que vivían ella y Kelton estaba lleno de buzones violados y drogadictos que llevaban colgando del cuello el signo de la paz, y la mayoría guardaba navajas en la botas de motociclista, desgastadas y sucias. Los visitantes más comunes en este vecindario eran los notificadores de citatorios, las personas dedicadas a recuperar objetos no pagados y los polizontes. Un gran número de polizontes también había quedado fuera de la reunión de amor, y estaban bastante encabronados.

Polly solicitó la asistencia social y se enteró de que no había vivido en California los suficientes años para ser merecedora a ese beneficio; suponía que, en la actualidad, ya habría menos escollos, pero, en 1971, a una madre soltera le era tan difícil abrirse paso en San Francisco como en cualquier otra parte. Solicitó ayuda para niños dependientes; esperaba, deseaba, obtener algo por ese conducto. Kelton nunca careció de alimentos, pero ella apenas comía, una joven escuálida, quien con frecuencia tenía hambre y siempre miedo, una joven que muy pocos de los que ahora la conocían la habrían reconocido. Los recuerdos de esos primeros tres años en la Costa Oeste, recuerdos almacenados en el fondo de su mente, como ropa vieja en un ático, eran distorsionados y grotescos, imágenes de una pesadilla.

¿No serían esos recuerdos la causa de su reticencia a conversar con Alan sobre esos años? ¿No se trataría simplemente de que deseaba mantenerlos en la oscuridad? Ella no había sido la única que había sufrido las consecuencias espeluznantes de su orgullo, de la obstinada negativa a pedir ayuda y la cruel hipocresía de la época, la cual proclamaba el triunfo del amor libre y, al mismo tiempo, marcaba a las mujeres solteras con hijos como criaturas excluidas de la sociedad normal; Kelton también había sido una víctima. Kelton había sido un rehén ante la fortuna, mientras luchaba con los obstáculos en la ruta de su sórdida cruzada de tontos.

Lo terrible era que su situación había empezado a mejorar lentamente. Por fin, en la primavera de 1972 reunió los requisitos para recibir la ayuda del Estado; se le había prometido para el siguiente

mes el primer cheque de ayuda a niños dependientes y ya estaba haciendo planes para mudarse a un sitio un poco mejor, cuando sucedió el incendio.
La llamada había llegado al restaurante donde trabajaba, y en sus sueños, Norville, el cocinero de platillos rápidos, quien, en esos días, siempre estaba tratando de convencerla de que se bajara las pantaletas, se volvía hacia ella una y otra vez, extendiéndole el teléfono. Decía lo mismo, una y otra vez: Polly, es la policía. Quieren hablar contigo. Polly, es la policía. Quieren hablar contigo.
Por supuesto que querían hablar con ella, pues habían recogido los cadáveres de una joven y un niño pequeño del humeante tercer piso del edificio de apartamentos. Las quemaduras no permitían reconocerlos. Sabían quién era el niño; si Polly no estaba en el trabajo, también sabrían quién era la mujer.
Durante los tres meses siguientes a la muerte de Kelton, había seguido trabajando. Su soledad era tan intensa que la tenía medio desquiciada, tan intensa y total, que ni siquiera se había dado cuenta de la cuantía de su sufrimiento. AL fin, había escrito a casa, limitándose a decirles a sus padres que estaba en San Francisco, que había tenido un niño y que el niño ya no estaba con ella. No habría dado más explicaciones ni aunque la hubiesen amenazado con atizadores al rojo vivo. En ese entonces, el regreso a casa no se incluía en sus planes, no en sus planes conscientes, por lo menos, pero empezaba a considerar que si no hacía algo por el restablecimiento de algunos de los viejos vínculos se moriría una parte valiosa de su ser centímetro a centímetro, igual que muere un árbol vigoroso de las ramas hacia adentro cuando se le priva de agua demasiado tiempo.
Su madre le contestó de inmediato al apartado postal que Polly puso como dirección del remitente y le rogó que volviera a Castle Rock... que volviera a casa. Incluyó una orden de pago por setecientos dólares. En el apartamento donde vivía Polly desde la muerte de Kelton hacía mucho calor, y se detuvo a la mitad de la tarea de empacar las maletas para tomarse un vaso de agua fría. Mientras lo bebía, Polly se dio cuenta de que se estaba preparando para volver a casa sólo porque su madre se lo había pedido, casi rogado. No había pensado en eso realmente, lo cual era un error. Fue esa clase de comportamiento de mira-dónde-pisas, y no el insignificante colgajo de Duke Sheehan, lo que inició toda la serie de problemas.
Por tanto, se sentó en la estrecha carpa de soltera y reflexionó al respecto. Reflexionó con profundidad por largo rato. Al fin, decidió anular la orden de pago y escribió una carta a su madre. La misiva no ocupaba siquiera una página completa, pero su elaboración le había llevado casi cuatro horas.
Deseo regresar o, al menos, cerciorarme de qué es lo más conveniente, pero si lo hago, no quiero que salgan a relucir los viejos agravios y nos dediquemos a bordar sobre ellos, había escrito. No sé si lo que realmente quiero, empezar una nueva vida en un viejo sitio, sea posible para cualquier persona, pero me gustaría intentarlo. Se me ocurre lo siguiente: seamos amigos por correspondencia por un tiempo. Tú y yo, y papá y yo. He observado que es más difícil estar enojado y resentido en el papel, así que conversemos en esa forma por un periodo, antes de conversar en persona.
Y así habían conversado durante casi seis meses; y en eso, un día de enero de 1973, el señor y la señora Chalmers se habían presentado en su puerta, maletas en ruano. Se habían registrado en el hotel Mark Hopkins, dijeron, y no regresarían a Castle Rock sin ella.
Polly había considerado la respuesta con todo cuidado, sintiendo una geografía completa de emociones: enojo porque sus padres fuesen tan arbitrarios, un humor triste por la calidad dulce y un tanto ingenua de su arbitrariedad, pánico porque se la presionara por las respuestas a las preguntas que había eludido en las cartas con tanta habilidad.
Les había prometido cenar con ellos, nada más esto; las otras decisiones tendrían que esperar. Su padre le dijo que la habitación en el Mark Hopkins sólo estaba reservada para una noche. "Entonces, será conveniente que extiendas la reservación", le dijo Polly.
Antes de tornar una decisión final quería hablar con ellos lo más posible; una forma más íntima de verificar lo que se había translucido en sus cartas. Pero esa primera noche fue la única que pasaron juntos. Fue la última noche que vio a su padre bien y fuerte, y la mayor parte de la velada la había pasado furiosa con él.
Las antiguas discusiones, tan fáciles de evitar en la correspondencia, empezaron de nuevo, incluso antes de que tomaran una copa de vino antes de la cena. AL principio, fueron conatos de incendio, pero mientras su padre continuaba bebiendo, se convirtieron en una muralla de fuego incontrolable. El había producido la primera chispa, diciendo que ambos creían que Polly había aprendido la lección y que era hora de olvidar los rencores. La señora Chalmers había avivado las llamas, diciendo con la antigua voz fría, dulcemente razonable: "¿Dónde está el bebé, cariño? Al menos, podrías decirnos eso. Supongo que lo entregaste a las Hermanas".
Polly conocía esas voces y lo que significaban desde tiempos ya lejanos. La de su padre indicaba su necesidad de restablecer el control; debe haber control, a toda costa. La de su madre indicaba que estaba mostrando amor e interés en la única forma que conocía, pidiendo información. Ambas voces, tan familiares, tan amadas y tan despreciadas, habían encendido la antigua rabia violenta.

Salieron del restaurante a la mitad del platillo principal y, al día siguiente, el señor y la señora Chalmers volaron solos de regreso a Maine.
Después de una interrupción de tres meses, se reanudó titubeante la correspondencia. La madre de Polly escribió primero, disculpándose por la desastrosa velada. Se omitían las súplicas para que volviera a casa. Esto sorprendió a Polly... y llenó de ansiedad alguna parte profunda y apenas reconocible de su ser. Sintió que finalmente su madre la estaba rechazando. Eso era, bajo las circunstancias, tonto y egoísta, pero eso no cambiaba en lo más mínimo los sentimientos elementales.
Supongo que tú sabes mejor que nadie tus intenciones, le escribió a Polly. A tu padre y a mí nos es difícil aceptarlo, porque todavía te vemos como nuestra niña pequeña. Creo que tu padre se atemorizó al verte tan hermosa y ya toda una mujer. No debes culparlo demasiado por la forma en que actuó. No se ha estado sintiendo bien; el estómago lo está molestando de nuevo. El doctor dice que es la vesícula biliar y, cuando acceda a que se la extraigan, se pondrá bien, pero de todos modos me preocupa.
Polly había respondido en el mismo tono conciliatorio. Ahora que había ingresado a uña escuela comercial y que había archivado por tiempo indefinido los planes para volver a Maine, le era mucho más fácil. Y más tarde, casi a fines de 1975, recibió el telegrama. Era corto y brutal: TU PADRE TIENE CÁNCER. SE ESTÁ MURIENDO. VEN A CASA POR FAVOR. CARIÑOS. MAMÁ.
Todavía estaba con vida cuando Polly llegó al hospital en Bridgton, la cabeza en un torbellino por el desfase del jet y los recuerdos que exacerbaban todos los lugares conocidos. El mismo pensamiento de asombro surgía en su mente con cada giro de la carretera del aeropuerto de Portland a Castle Rock: ¡La última vez que vi esto, era yo una niña!
Newton Chalmers estaba en una habitación privada, dormitando a ratos, consciente en otros, con sondas en la nariz y aparatos a su alrededor en un semicírculo voraz. Murió tres días después. Polly se proponía volver cuanto antes a California -casi pensaba que ahí era su casa ahora-, pero cuatro días después del entierro de su padre su madre sufrió un ataque al corazón que la dejó casi paralizada.
Polly se mudó a la casa. Cuidó a su madre durante los siguientes tres meses y medio, y todas las noches, en algún punto, soñaba con Norville, el cocinero de platillos rápidos en Yor Best Diner. En esos sueños, Norville se volvía hacia ella una y otra vez, sosteniendo el teléfono con la mano derecha, la que tenía un águila y las palabras MUERTE ANTES QUE DESHONOR tatuadas en el dorso. Pollv, es la policía, decía Norville. Quieren hablar contigo. Polly, es la policía. Quieren hablar contigo.
Su madre ya estaba dada de alta, en pie de nuevo y hablando acerca de vender la casa y mudarse a California con Polly (algo que nunca haría, pero Polly no la desengañaba de sus sueños, ahora era más vieja y un poco más bondadosa), cuando sufrió el segundo ataque al corazón. Y así, una cruda tarde de marzo de 1976, Polly se encontró en el cementerio Homeland, de pie junto a su tía abuela Evelyn, viendo un ataúd sostenido con bandas a un lado de la tumba de su padre.
El cadáver de su padre había yacido en la cripta de Homeland durante todo el invierno, en espera de que la tierra se aflojara lo suficiente para enterrarlo. En una de esas coincidencias grotescas, que ningún novelista decente se atrevería a inventar, el entierro del esposo se había realizado justo un día antes de que muriera la esposa. Aún no se había remplazado el césped sobre el apartamento final de Newton Chalmers; la tierra todavía estaba en terrones y la tumba se veía obscenamente vacía. Los ojos de Polly se mantenían errando del ataúd de su madre a la tumba de su padre. Fue como si sólo esperara a que él estuviese decentemente enterrado, pensó.
Cuando terminó el breve servicio, la tía Evvie se había apartado con ella. La única pariente sobreviviente de Polly estaba de pie junto a la carroza fúnebre de Hay & Peabody, una mujer delgada como una vara, vestida con un abrigo negro de hombre y unos chanclos de goma curiosamente vistosos, un cigarrillo Herbert Tareyton metido en la comisura de la boca. Prendió una cerilla de madera con la uña del pulgar cuando se acercó Polly y encendió la punta del cigarrillo. Inhaló profundamente y devolvió el humo de golpe al frío aire de primavera. Su bastón (una simple estaca de fresno; todavía faltaban tres años para que se le otorgase el bastón Post de Boston, como la ciudadana más anciana del pueblo) estaba plantado entre sus pies.
Ahora, sentada en una mecedora Boston que, sin duda, hubiese merecido la aprobación de la anciana dama, Polly calculó que la tía Evvie debió haber tenido ochenta y ocho años esa primavera -ochenta y ocho años, y todavía fumaba como chimenea-, aunque entonces Polly no la había visto muy diferente a los años en que Polly era una niña pequeña, esperando un dulce de centavo de la provisión aparentemente inagotable que la tía Evvie guardaba en el bolsillo de su delantal. En Castle Rock, habían cambiado muchas cosas desde que ella se fue, pero la tía Evvie no era una de ésas.
-Bueno, terminó -había dicho la tía Evvie, con la voz rasposa por el cigarrillo-. Están en la tierra, Polly. Padre y madre juntos.

Polly había estallado en lágrimas entonces, un miserable torrente. Al principio, pensó que la tía Evvie intentaría consolarla, y su carne ya se encogía ante la posibilidad del contacto de la anciana; no quería que la consolaran.
No tenía que preocuparse. Evelyn Chalmers era una mujer que nunca había creído en consolar a los afligidos por la pena; de hecho, pensó Polly más tarde, tal vez creía que el mismo concepto del consuelo no era más que una ilusión. En cualquier caso, se concretó a permanecer de pie, con el bastón plantado entre los chanclos rojos, fumando y esperando a que las lágrimas de Polly dieran paso a sorbetones cuando recuperara el control.
Una vez que se llegó a este punto, la tía Evvie preguntó:
-Tu chico... por el que se pasaron tanto tiempo haciendo aspavientos... está muerto, ¿verdad?
A pesar de que había guardado celosamente su secreto, Polly asintió.
-Se llamaba Kelton.
-Un nombre agradable -dijo tía Evvie. Aspiró del cigarrillo y luego exhaló lentamente por la boca para absorber el humo por la nariz, lo que Lorraine Chalmers llamaba "doble golpe", arrugando la nariz con desagrado cuando lo decía-. Lo supe la primera vez que fuiste a verme después de que volviste a casa. Lo vi en tus ojos.
-Hubo un incendio -explicó Polly, mirando a su tía. Tenía un pañuelo desechable, pero ya estaba demasiado empapado para serle de utilidad; lo guardó en el bolsillo del abrigo y usó los puños, retorciéndolos sobre los ojos corno una niña pequeña que se ha caído de la patineta y golpeado las rodillas-. Probablemente lo inició la joven que lo cuidaba.
-Ayu -dijo la tía Evvie-. ¿Pero quieres saber un secreto, Trisha?
Polly asintió, con una leve sonrisa. Su verdadero nombre era Patricia, pero desde que era un bebé había sido Polly para todos. Para todos, excepto la Tía Evvie.
-El bebé Kelton está muerto... pero tú no -la tía Evvie arrojó el cigarrillo y, como énfasis, usó el índice huesudo para darle golpecitos en el pecho a Polly-. Tú no. ¿Qué piensas hacer al respecto?
Polly lo pensó.
-Voy a volver a California -concluyó finalmente-. Eso es todo lo que sé.
-Sí, y está bien como inicio. Pero no es suficiente -y entonces, la tía Evvie dijo algo muy semejante a lo que diría Polly, algunos años después, cuando salió a cenar a The Birches con Alan Pangborn-. Tú no eres la culpable en este caso, Trisha. ¿Lo, entiendes bien?
-Yo... yo no sé.
-Entonces no lo entiendes. Hasta que te des cuenta de ese hecho, no importa dónde vayas o qué hagas, no tendrás ninguna oportunidad.
-¿Cuál oportunidad?
-Tu oportunidad. La oportunidad de vivir tu propia- vida. Ahora mismo, tienes la apariencia de una mujer que está viendo- fantasmas. No todo el mundo cree en los fantasmas, pero yo si. ¿Sabes lo que son, Trisha?
Polly había negado con un lento movimiento de cabeza.
-Hombres y mujeres que no pueden dejar atrás el pasado-dijo tía Evvie-. Eso es lo que son los fantasmas. No ellos -movió, el brazo hacia el ataúd sostenido por bandas, junto a: la tumba fresca por coincidencia-. Los muertos, muertos están. Los enterramos, y enterrados se quedan.
-Siento...
-Sí -la interrumpió tía Evvie-. Sé lo que sientes. Pero ellos no. Tu madre y mi sobrino no lo saben. Tampoco tu chico, el que murió cuando estuviste Lejos. ¿Me entiendes.?
Creía que sí. Un poco, de cualquier modo.
-Haces bien en no querer quedarte aquí, Polly... al menos, haces bien por ahora. Regresa donde estabas. O vete a un sitio nuevo: Salt Lake, Honolulu, Bagdad, donde quieras. No tiene importancia, pues volverás, tarde o temprano. Lo sé; este lugar te pertenece y tú le perteneces. Está escrito en cada línea de tu rostro, en la forma en que caminas, en la forma en que hablas, incluso en la forma en que frunces los ojos cuando ves a una persona que no conoces. Castle Rock fue hecho para ti y tú para él. No hay prisa. "Id donde queráis", como dice el Buen Libro. Pero ve con vida, Trisha. No seas un fantasma. Si te conviertes en uno, será mejor que no vuelvas.
La anciana miró melancólica a su alrededor, la cabeza moviéndose por encima del bastón.
-El maldito pueblo ya tiene bastantes fantasmas -dijo.
-Haré todo lo posible, tía Evvie.
-Sí... sé que lo harás. La determinación también es parte de tu ser -la tía Evvie la miró escudriñándola-. Fuiste una niña recta, y una niña que prometías, aunque no fuiste una niña afortunada. Bien, la suerte es para los tontos. Es su única esperanza, pobres diablos. Creo que aún eres recta y aún prometes, y eso es lo importante. Creo que saldrás adelante -después, con energía, casi con arrogancia-: Te quiero, Trisha Chalmers. Siempre te he querido.
-Yo también te quiero, tía Evvie.
En seguida, en esa forma cuidadosa con que muestran su afecto los viejos y los jóvenes, se abrazaron. Polly había percibido el antiguo aroma del saquito de perfume de tía Evvie -un rumor de violetas- y eso la hizo llorar de nuevo.

Cuando Polly retrocedió un paso, la tía Evvie metió la mano en el bolsillo del abrigo. Polly esperaba que sacara un pañuelo desechable, y pensó sorprendida que por fin, después de tanto años, vería llorar a la anciana. Pero no fue así. En lugar de un pañuelo, tía Evvie sacó un caramelo envuelto, igual que lo hacía en los días en que Polly Chalmers era una niña con trenzas colgando sobre el frente de la blusa marinera.
-¿Quieres un caramelo, cariño? -había preguntado en tono animoso.
13
El crepúsculo había empezado a deslizarse sobre el día.
Polly se enderezó en la mecedora, consciente de que casi se había quedado dormida. Por accidente, se golpeó una de las manos y por el brazo ascendió un intenso rayo de dolor, antes de que lo remplazara de nuevo ese cálido hormigueo premonitorio. Iba a ser serio, sin duda. Esta noche o mañana, iba a ser serio, en efecto.
No pienses en lo que no tiene remedio, Polly... por lo menos, hay una cosa que puedes cambiar, que debes cambiar. Tienes que decirle a Alan la verdad sobre Kelton. Tienes que desalojar ese fantasma de tu corazón.
Pero otra vez surgió en respuesta una voz enojada, asustada, clamorosa. Suponía que era la voz del orgullo, sólo eso, pero la desconcertó la fuerza y el ardor con que demandaba que no se exhumaran esos días pasados, esa vida pasada... ni para Alan ni para nadie. Sobre todo, que la corta vida de su bebé y su miserable muerte no se entregaran a las agudas e inquietas lenguas de las murmuraciones del pueblo.
¿Qué tonterías son ésas, Trisha?, preguntó tía Evvie en su mente... tía Evvie, quien había muerto tan llena de años, dando el doble golpe a sus amados Herbert Tareyton hasta el final. ¿Qué importancia tiene que Alan se entere de la causa real de la muerte de Kelton? ¿Qué importancia tiene que lo sepan todos los chismosos del pueblo, desde Lenny Partridge hasta Myrtle Keeton? ¿Crees que aún hay alguien a quien !e interesa tu "mal paso", pedazo de tonta? No te sobrestimes, ya es noticia vieja. No amerita ni siquiera dos tazas de café en la cafetería de Nan.
Tal vez fuera cierto... pero él había sido suyo, maldita sea, suyo. En su vida y en su muerte, había sido suyo. Y ella había sido suya, también; ni de su madre ni de su padre ni de Duke Sheehan. Se habrá pertenecido a sí misma. Esa joven atemorizada y solitaria, quien lavaba las pantaletas todas las noches en el oxidado fregadero de la cocina, porque sólo tenía tres pares, esa chica asustada quien siempre tenía un herpes de frío a la espera de brotar en la comisura de los labios o en el borde de la ventanilla de la nariz, esa chica que a veces se sentaba en la ventana, sobrepasando con la mirada el pozo de ventilación, y colocaba la frente cálida en sus brazos y lloraba, esa chica era suya. Los recuerdos de ella misma y su hijo juntos en la oscuridad de la noche, Kelton alimentándose en un pequeño seno, mientras ella leía una edición de bolsillo de John D. MacDonald y las sirenas gritaban y desvariaban por las estrechas y empinadas calles de la ciudad, esos recuerdos eran suyos. Las lágrimas que había vertido, los silencios que había soportado, las largas tardes nebulosas en el restaurante tratando de eludir las manos de pulpo de Norville Bates, la vergüenza con la que finalmente había pactado una paz inquieta, la independencia y la dignidad que había luchado por conservar con tanta fuerza y de modo tan cuestionable... todo eso era suyo, y no debía pertenecer al pueblo.
Polly, no se trata de que pertenece al pueblo y lo sabes. Se trata de que pertenece a Alan.
Movió la cabeza de un lado a otro, sentada en la mecedora, sin darse cuenta de que estaba haciendo un gesto de negación. Suponía que había pasado demasiadas tres de la madrugada en vela, en demasiadas madrugadas oscuras sin fin, para que renunciara a su paisaje interno sin oponer resistencia. Ya llegaría el día en que le diría todo a Alan, no se había propuesto mantener en secreto toda la verdad tanto tiempo, pero todavía no era la hora. Seguramente no... en especial cuando sus manos le decían que en los siguientes días no podría pensar en casi nada, excepto en ellas.
El teléfono empezó a sonar. Sería Alan, de regreso del patrullaje, que se reportaba con ella. Polly se levantó y atravesó la habitación hasta el teléfono. Lo tomó con gran cuidado, usando ambas manos, dispuesta a decirle a Alan las cosas que ella creía que quería oír. La voz de tía Evvie trató de entrometerse, trató de decirle que era un comportamiento equivocado, un comportamiento infantil y egoísta, tal vez un comportamiento peligroso, incluso. Polly hizo a un lado esa voz con rapidez y aspereza.
-¿Hola? -saludó en tono animoso-. ¡Oh, hola, Alan! ¿Cómo estás? Qué bien.
Escuchó brevemente, luego sonrió. Sí hubiese mirado a su reflejo en el espejo del pasillo, habría visto a una mujer que parecía que gritaba... pero no miró.
-Bien, Alan -dijo-. Estoy bien.
14
Casi era hora de salir para el hipódromo.
Casi.
-Vamos -susurró Danforth Keeton. El sudor corría por su rostro como aceite-. Vamos, vamos, vamos.

Estaba inclinado sobre El Boleto Ganador; había quitado todo de su escritorio para hacerle lugar y se había pasado la mayor parte del día jugando con él. Había empezado con un ejemplar de Bluegrass History: Forty Years of Kentuckv Derby. Había corrido por lo menos dos docenas de Derbys, dando a los caballos de hojalata de El Boleto Ganador los nombres de los participantes exactamente en la forma que había descrito el señor Gaunt. Y los caballos de hojalata que recibían los nombres de los caballos ganadores en el libro seguían llegando los primeros. Sucedía una y otra vez. Era sorprendente, tan sorprendente que ya eran las cuatro de la tarde cuando se dio cuenta de que se había pasado el día corriendo competencias atrasadas cuando esa misma noche se correrían diez nuevas en el hipódromo de Lewiston.

El dinero estaba esperando.

Durante la última hora, el Daily Sun de hoy de Lewiston había estado a la izquierda del tablero de El Boleto Ganador, doblado en la lista de carreras. A la derecha, estaba una hoja de papel que Keeton había arrancado de su libreta de bolsillo. Escrito en la hoja, con los grandes garabatos apresurados de Keeton, estaba esto:

la. Carrera: BAZOOKA JOAN
2a. Carrera: FILLY DELFIA
3a. Carrera: TAMMY'S WONDER
4a. Carrera: PM AMAZED
5a. Carrera: BY GEORGE
6a. Carrera: PUCKY BOY
7a. Carrera: CASCO THUNDER
8a. Carrera: DELIGHTFUL SON
9a. Carrera: TIKO-TIKO

Sólo eran las cinco de la tarde, pero Danforth Keeton ya estaba corriendo la última carrera de la noche. Los caballos traqueteaban y oscilaban alrededor de la pista. Uno de ellos llevaba una delantera de seis cuerpos y cruzó la meta con bastante ventaja sobre los demás.

Keeton tomó el periódico y estudio de nuevo la lista de carreras de la noche. El rostro le brillaba tanto que parecía santificado.

-¡Malabar! -murmuró, y agitó los puños en el aire. El lápiz atrapado en uno de ellos salió disparado y se hundió corno una aguja de coser fugitiva-. ¡Es Malabar! ¡Treinta a uno! ;Treinta a uno, por lo metros! ¡Malabar, por Dios!

Garabateó en la hoja de papel, jadeando a tirones entre tanto. Cinco minutos después, el juego de El Boleto Ganador estaba guardado con llave en el clóset del estudio y Danforth Keeton estaba en camino a Lewiston en el Cadillac.

Nueve

1

La mañana del domingo, cuando faltaban quince minutos para las diez, Nettie Cobb se puso el abrigo y se lo abotonó con presteza. Su semblante mostraba una determinación inflexible. Estaba en la cocina. Raider, sentado en el piso, la miraba como si le preguntara si era verdad que esta vez se proponía llevar a cabo su proyecto.

-Sí, mi decisiones terminante.

Raider golpeó el rabo contra el piso, como para decirle que él sabía que tendría éxito.

-Prepararé una sabrosa lasaña para Polly y se la voy a llevar. La pantalla está guardada en el armario y sé que está cerrado con llave. No es necesario que regrese a verificarlo una y otra vez, porque lo sé en mi cabeza. Esa demente polaca no me va a tener prisionera en mi propia casa. ¡Si la veo en la calle, le soltaré unas cuantas frescas! ¡Ya se lo advertí!

Tenía que salir. Tenía que hacerlo, y lo sabía. En dos días no había abandonado la casa y por fin comprendió que entre más lo pospusiera le sería más difícil. Entre más tiempo permaneciera en la sala con las cortinas corridas, más difícil le sería abrirlas de nuevo Podía sentir que el antiguo terror difuso se deslizaba en sus pensamientos.

Por tanto, esta mañana se levantó temprano -¡a las cinco!-y preparó una exquisita lasaña para Polly, justo como le gustaba, con abundantes espinacas y hongos. Los hongos eran de lata, pues la noche anterior no se había atrevido a salir al supermercado, pero pensaba que, a pesar de ese detalle, había quedado bastante bien. Ahora la lasaña estaba sobre la mesa de la cocina, el molde cubierto con papel aluminio.

Nettie la recogió y atravesó la sala hasta la puerta.

-Pórtate bien, Raider. Volveré en una hora. A menos que Polly me invite una taza de café, entonces podría tardarme un poco, más. Pero estaré bien. No hay razón para que me preocupe. Yo no les hice nada a las sábanas de esa demente polaca y si me molesta la mandaré al diablo.

Raider emitió un severo ladrido para demostrarle que entendía y le creía.

Nettie abrió la puerta, se asomó y no vio nada. La calle Ford estaba tan desierta corno sólo puede estarlo la calle de un pueblo pequeño la mañana de un domingo a hora temprana. En la distancia, una campana (le iglesia llamaba a rendir culto a los bautistas del reverendo Rose y otra convocaba a los católicos del padre Brigham.

Armada con todo su valor, Nettie salió a la luz del sol del domingo, colocó el molde con la lasaña en el escalón, cerró la puerta y le echó llave. Después, con la misma llave, se rasguñó el antebrazo, lo que le produjo una delgada marca roja. Mientras se agachaba a recoger el molde, pensó: Cuando llegues a mitad de la calle, tal vez antes, incluso, empezarás a pensar que no cerraste con llave la puerta, después de todo. Pero sí lo hiciste. Vara hacerlo, dejaste la lasaña en el escalón. Si ni aun así lo crees, mírate el antebrazo y recuerda que te rasguñaste con la misma llave de la puerta... después de que la usaste para cerrar la casa. Recuerda eso, Nettie, y así no habrá problemas cuando se inicien tus dudas.

Esto era un pensamiento maravilloso y la idea de utilizar la llave para rasguñarse el brazo había sido maravillosa. La señal roja era algo concreto y, por primera vez en los últimos dos días (y noches en su mayor parte en vela), Nettie realmente se sentía mejor Caminó hacia la acera, la cabeza en alto, los labios tan apretados que casi desaparecían. Cuando llegó a la acera, miró a ambos lados en busca del pequeño auto amarillo de la dernente polaca. Si lo veía, se proponía dirigirse directamente a ella y decirle a la demente polaca que la dejara en paz. Sin embargo, no había rastro del auto. El único vehículo a la vista era un viejo camión naranja estacionado al otro lado de la calle, y estaba vacío.

Bien.

Nettie se dirigió hacia la casa de Polly Chalmers y, cuando las dudas la asaltaron, recordó que la pantal.la de cristal de colores estaba guardada, que Raider estaba vigilando y que la puerta de la casa estaba cerrada. Especialmente esto último. La puerta del frente estaba cerrada y sólo tenía que ver la marca roja que se desvanecía en su brazo para probárselo a sí misma.

Así que Nettie caminó con la cabeza en alto y, cuando llegó a la esquina, dio la vuelta sin mirar hacia atrás.

2

Cuando se perdió de vista la mujer chiflada, Hugh Priest se incorporó detrás del volante del camión naranja del municipio que había sacado del depósito desierto a las siete de la mañana (se había acostado sobre el asiento en cuanto vio que Nettie la loca salía de su casa). Puso la palanca de velocidad en neutral y dejó que el camión rodara lenta y silenciosamente por la ligera pendiente hasta la casa de Nettie Cobb.

3

El timbre de la puerta despertó a Polly de un estadas de sopor que no era como si estuviese dormida realmente., sino en una especie de aturdimiento, plagado con sueños, causado por el analgésico. Se sentó en la cama y se dio cuenta de que llevaba la bata de casa. ¿Cuándo se la había puesto? No lo pudo recordar durante un momento, y eso la atemorizó. De pronto, se acordó. El dolor que esperaba había llegado con puntualidad, fácilmente el peor dolor artrítico de toda su vida. La había despertado a las cinco. Había ido al cuarto de baño a orinar y habla descubierto que ni siquiera podía arrancar unas hojas del rollo de papel higiénico para secarse, por lo que había tomado una píldora, se puso la bata de casa y se sentó en la silla junto a la ventana del dormitorio a esperar a que surtiera efecto. En algún momento debió haber sentido sueño y vuelto a la cama.

Sentía las manos como toscas figuras de cerámica que fueron horneadas hasta que estaban a punto de desmoronarse. El dolor era caliente y frío a la vez, hundido en la carne como redes complejas de alambres envenenados. Levantó las manos desesperada, manos de espantapájaros, feas, deformes, y, en la planta baja, el timbre llamó de nuevo. Emitió un quejido, molesta.

Salió al descanso con las manos extendidas frente a ella, como las patas de un perro que se sienta en los cuartos traseros para pedir un dulce.

-¿Quién es? -preguntó. Su voz era áspera, incierta por el sueño. La lengua le sabía como algo que se había usado para forrar la caja de un gato.

-¡Soy Nettie! -llegó la voz hasta arriba-. ¿Estás bien, Polly?

Nettie. Dios mío, ¿qué estaba haciendo Nettie aquí antes de que rompiera el alba el domingo en la mañana?

-¡Estoy bien! -respondió-. ¡Tengo que ponerme algo encima!

¡Usa tu llave, por favor!

Cuando oyó que la llave de Nettie empezó a traquetear en la

cerradura, Polly regresó rápidamente al dormitorio. Dio un vistazo al reloj en la mesa junto a la cama y vio que el alba había roto hacía ya varias horas. En realidad, no había vuelto para ponerse algo encima; la bata de casa estaba bien con Nettie. Pero necesitaba una píldora. Nunca, nunca en su vida, había necesitado una píldora con tanta urgencia como ahora.

Hasta que trató de tomarse una, no tenía idea de lo grave que era su condición. Las píldoras -cápsulas, de hecho- estaban en un pequeño plato de cristal sobre la repisa de la chimenea de adorno en la habitación. Pudo poner la mano en el plato, pero descubrió que le era imposible agarrar una cápsula. Sus dedos eran como las tenazas de alguna máquina que se ha quedado oxidada por falta de aceite.

Lo intentó de nuevo, concentrando toda su fuerza de voluntad en lograr que los dedos se cerraran en una de las cápsulas de gelatina. La recompensa fue un ligero movimiento y un gran estallido de agonía. Eso fue todo. De sus labios salió un corto sonido susurrante de dolor y frustración.
-¿,Polly? -ahora, desde el pie de la escalera, la voz de Nettie indicaba preocupación. La gente de Castle Rock podía considerar que Nettie era de ideas imprecisas, pensó Polly, pero cuando se trataba de las vicisitudes de la enfermedad de Polly, Nettie no mostraba ninguna imprecisión. Llevaba bastante tiempo cerca de ella para que se la engañase... y la querrá de todo corazón-. Polly, i, de verdad estás bien?
-¡En seguida bajo, Nettie! -respondió, tratando de que se le oyera optimista y alegre. Y mientras retiraba la mano del plato de cristal y doblaba fa cabeza sobre él, pensó: Por favor, Dios mío. Yo permitas que suba ahora. No permitas que vea que hago esto.
Bajó el rostro hasta el plato, como un perro cuando va a beber agua (le un tazón, y sacó la lengua. Se sintió envuelta en dolor, vergüenza, horror y, sobre todo, una oscura depresión, gris y marrón. Oprimió la lengua contra una de las cápsulas hasta que se le adhirió. La llevó hasta la boca, ahora no como un perro sino corno un oso hormiguero que ingiere un sabroso bocado, y la tragó.
Mientras la píldora seguía su diminuta ruta por la garganta, pensó de nuevo: Darúz cualquier cosa por librarme de esto. Daría cualquier cosa, lo que fuera.
4
Hugh Priest rara vez soñaba ya; en estos días, no se podía decir que dormía, sino que se quedaba inconsciente. Pero la noche pasada había tenido un sueño, una verdadera preciosidad. El sueño le había dicho torio lo que tenía que saber y lo que se suponía que debía hacer.
En el sueño, estaba sentado a la mesa de la cocina, tomando una cerveza y viendo un programa de concurso llamado "La Venta del Siglo". Todos los objetos que entregaban eran los objetos que había visto en esa tienda, Cosas Necesarias. Y todos los concursantes sangraban por las orejas y las comisuras de los ojos. Se reían, pero se veían horrorizados.
De repente, empezó a llamarlo una voz apagada:
-¡Hugh! ¡Hugh! ¡Déjame salir, Hugh!
La voz provenía del clóset. Fue hasta ahí y lo abrió, listo para noquear a quien estuviese oculto dentro. Pero no había nadie; sólo la acostumbrada maraña de botas, bufandas, abrigos, aparejos de pesca y sus dos escopetas.
-¡Hugh!
Miró hacia arriba, pues la voz se localizaba en la repisa.
Era el rabo de zorra. El rabo de zorra estaba hablando. Y Hugh reconoció la voz en seguida. Pertenecía a Leland Gaunt. Bajó el rabo, deleitándose de nuevo con su suavidad lujosa, una textura que era un poco como seda, un poco como lana y en verdad como nada, excepto su propio ser secreto.
-Gracias, Hugh -dijo el rabo de zorra-. Ese sitio está verdaderamente sofocante. Y dejaste una pipa vieja en la repisa. Apesta horrible. ¡Uau!
-¿Quieres que te guarde en otro lugar? -había preguntado Hugh. Se sentía un poco estúpido al hablar con un rabo de zorra, incluso en un sueño.
-No... ya me estoy acostumbrando. Pero necesito hablar contigo. Tienes un asunto pendiente, ¿recuerdas? Lo prometiste.
-Nettie la loca -reconoció-. Debo hacerle una travesura a Nettie la loca.
-Correcto -dijo el rabo de zorra-, y tienes que hacerlo en cuanto despiertes. Escucha.
El rabo de zorra le había dicho que no habría nadie en la casa de Nettie, excepto el perro, pero una vez que Hugh estuvo ahí físicamente decidió que sería mejor llamar antes, para cerciorarse. Así lo hizo. Desde el exterior, oyó unos rasguños que chasqueaban rápidamente por el piso de madera, pero nada más. Llamó de nuevo, para mayor seguridad. Sólo oyó un simple ladrido severo del otro lado de la puerta.
-¿Raider? -preguntó Hugh. El rabo de zorra le había dicho que ése era el nombre del perro. Hugh pensó que era un nombre adecuado para un perro, aunque la dama a quien se le ocurrió estuviese más loca que una cabra.
Se repitió el ladrido, no tan severo esta vez.
Hugh sacó un arillo de llaves del bolsillo del pecho de la chaqueta a cuadros de cazador que llevaba y lo examinó. Hacía muerto tiempo que tenía este arillo y ya río se acordaba de dónde eran algunas de las llaves. Pero cuatro de ellas eran llaves maestras, fácilmente identificables por los largos cilindros, y éstas eran las que quería.
Hugh miró a su alrededor, vio que la calle seguía tan desierta como cuando llegó y empezó a probar una a una las llaves.
5
Cuando Nettie vio el semblante de Polly, pálido, hinchado y con ojeras, olvidó sus propios temores, los cuales, durante el camino, la habían estado corroyendo como los dientes puntiagudos de una comadreja. Ni siquiera necesitó mirar las manos de Polly, todavía colocadas a la altura de la

cintura (en crisis como ésta, si las dejaba colgar, le dolían espantosamente), para darse cuenta de cuál era la situación.
Nettie dejó sin ninguna ceremonia la lasaña en una mesa al pie de las escaleras. Si se hubiese caído al piso, Nettie no le habría dado una segunda mirada. Ésta no era la mujer nerviosa que Castle Rock se había acostumbrado a ver por las calles, la mujer que actuaba como si estuviese huyendo de un desagradable episodio de maldad, aunque sólo se dirigiera a la oficina postal. Esta era una Nettie diferente; era la Nettie de Polly Chalmers.
-Ven -dijo con energía-. Siéntate en la sala. Voy a buscar los guantes térmicos.
-Nettie, estoy bien -protestó Polly débilmente-. Acabo de tomar una píldora, y sé que en unos cuantos minutos...
Pero Nettie ya tenía un brazo alrededor de ella y la conducía hacia la sala.
-¿Que hiciste? ¿Es posible que hayas dormido sobre ellas?
-No... me habría despertado. No es más que... -se rió. Fue un sonido débil, impotente-. No es más que el dolor. Ya sabía que hoy sería más intenso, pero nunca me imaginé que sería tan terrible. Y los guantes térmicos no sirven para nada.
-A veces sí. En algunas ocasiones, te alivian, ya lo sabes. Siéntate aquí.
El tono de Nettie no admitía negativas. Permaneció junto a Polly hasta que ésta se sentó en un cómodo sillón mullido. Luego fue en busca de los guantes térmicos al cuarto de baño de la planta baja. Polly los había descartado desde hacía casi un año, pero parecía que Nettie les tenía un respeto casi supersticioso. Era la versión de Nettie de la sopa de pollo, había comentado Alan una vez, y ambos se habían reído.
Polly se sentó y descansó las manos en los brazos del sillón, como trozos de madera a la deriva, y miró con nostalgia el sofá al otro lado de la habitación donde Alan y ella habían hecho el amor la noche del viernes. Entonces no le habían dolido las manos, y parecía que habían transcurrido mil años desde esa noche. Se le ocurrió que el placer, no obstante cuán profundo, era un concepto fantasmal, efímero. El amor podría ser la fuerza que impulsaba al mundo, pero estaba convencida de que eran los gritos de los gravemente heridos y los profundamente afligidos los que giraban el universo en el gran polo de cristal de su eje.
Oh, sofá estúpido, pensó. Oh, estúpido sofá vació, ¿De qué me sirves ahora?
Nettie regresó con los guantes térmicos. Parecían mitones acolchados para el horno, conectados con un cable eléctrico. El cable de conexión serpenteaba del dorso del guante izquierdo. Polly había visto el anuncio de los guantes en Good Housekeeping, nada menos. Había llamado al número 800 de la Fundación Nacional para la Artritis y había averiguado que, en efecto, en algunos casos, los guantes proporcionaban un alivio temporal. Cuando le mostró el anuncio al doctor Van Allen, él agregó la conclusión que ya, desde dos años antes, había sido tan fastidiosamente familiar: "Bueno, no pueden hacerte daño".
-Nettie, estoy segura de que en unos cuantos minutos ...
... te sentirás mejor -terminó Nettie-. Sí, por supuesto que sí. Y tal vez esto te ayudará. Levanta las manos, Polly.
Polly cedió y levantó las manos. Nettie sostuvo los guantes por los extremos, los abrió y los deslizó con la delicadeza de un experto del escuadrón de bombas que cubriese paquetes de C-4 con una manta para explosivos. Su manipulación era amable, diestra y compasiva. Polly no creía que los guantes térmicos sirviesen para gran cosa... pero el obvio interés de Nettie ya había surtido efecto.
Nettie tomó la clavija, se puso de rodillas y la conectó a la toma en la pared, cerca de la silla. Los guantes empezaron a emitir un suave zumbido y los primeros zarcillos de calor seco acariciaron la piel de las manos de Polly.
-Eres demasiado buena conmigo -dijo Polly en voz baja-. ¿Lo sabías?
-No podría serlo -respondió Nettie-. Nunca -su voz era un poquitín ronca, y en sus ojos había una luminosidad brillante y líquida-. Polly, no me corresponde a mí decirte lo que debes hacer, pero ya no puedo quedarme callada. Tienes que hacer algo con tus pobres manos. Debes hacerlo. No puedes seguir así.
-Lo sé, Nettie, lo sé -Polly realizó un enorme esfuerzo por escalar el muro de depresión que se había construido en su mente-. ¿Por qué viniste, Nettie? Con seguridad, no era para tostarme las manos.
El rostro de Nettie se iluminó.
-Te preparé una lasaña.
-¿En serio? ¡Oh, Nettie, no debiste molestarte!
-¿No? No estoy de acuerdo. Me parece que hoy no estás en condiciones para guisar ni mañana tampoco. La pondré en el refrigerador.
-Gracias. Te lo agradezco mucho.
-Me alegro de haberla traído. Y ahora que te veo, me alegro lo doble -llegó a la entrada del vestíbulo y miró hacia atrás. Una franja de sol atravesó su rostro y en ese momento, si su propio dolor no hubiese sido tan agudo, Polly habría notado lo ojerosa y cansada que se veía Nettie-. ¡No te muevas!
Polly soltó una carcajada, lo que sorprendió a ambas.

-¡No puedo! ¡Estoy atrapada!
En la cocina, la puerta del refrigerador se abrió y cerró cuando Nettie guardó la lasaña. Luego dijo en voz alta:
-¿Pongo café? ¿Te gustaría tomar una taza? Yo te podría ayudar con ella.
-Sí -dijo Polly-, estaría muy bien -ahora los guantes zumbaban más alto; estaban muy calientes. Y, en realidad, parecía que la aliviaban, o la píldora le estaba produciendo un efecto que se había frustrado en la de las cinco de la mañana. Pensó que probablemente fuese una combinación de las dos cosas-. Pero si tienes que regresar, Nettie...
Nettie apareció en el umbral. Había sacado el delantal de la despensa y se lo había puesto, y sostenía en una mano la vieja cafetera de metal. Nunca usaba la nueva cafetera eléctrica digital Toshiba... y Polly tenía que admitir la superioridad del sabor de lo que salía de la cafetera de Nettie.
-No tengo otro lugar mejor a donde ir -dijo-. Además, la casa está cerrada con llave y Raider está vigilando.
-Lo creo -aceptó Polly, sonriendo. Conocía muy bien a Raider. Pesaba diez kilos y se rodaba sobre la espalda para que cualquiera que llegaba a la casa, el cartero, el lector de medidores, los vendedores de puerta en puerta, le rascara el vientre.
-Creo que ya me dejará en paz, como sea -dijo Nettie-. Ya se lo advertí. No la he visto ni he sabido de ella. Así que me imagino que al fin comprendió que hablaba en serio.
-¿A quién le advertiste? ¿Sobre qué? -preguntó Polly, pero Nettie ya se había alejado de la entrada y, en efecto, los guantes térmicos mantenían presa a Polly. Cuando Nettie reapareció con la bandeja del café, el Percodán había empezado a aturdirla y olvidó todo lo concerniente al extraño comentario de Nettie... lo cual, en todo caso, no era sorprendente, pues Nettie hacía comentarios extraños con frecuencia.
Nettie le puso crema y azúcar al café de Polly y le sostuvo la taza de modo que pudiese tomar pequeños sorbos. Conversaron sobre varios temas y, desde luego, al poco rato, la charla se dirigió hacia la tienda nueva. Nettie le contó de nuevo la compra de la pantalla de cristal de colores, pero sin los detalles llenos de emoción que Polly habría esperado dada la naturaleza extraordinaria de ese acontecimiento en la vida de Nettie. Pero algo le brincó en la mente: la nota que el señor Gaunt había puesto en el recipiente para pastel.
-Casi me olvidaba... el señor Gaunt me pidió que fuera esta tarde. Dijo que tendría un artículo que podría interesarme.
-No vas a ir, ¿verdad? ¿Con tus manos como están?
-Es posible. Ya las siento un poco mejor... creo que esta vez sí funcionaron los guantes, en parte, al menos. Y tengo que hacer algo -miró a Nettie un poquitín suplicante.
-Bueno... supongo que está bien -a Nettie le llegó una idea repentina-. ¿Sabes?, camino a casa, puedo pasar por ahí y preguntarle si haría el favor de venir a tu casa.
¡Oh, no, Nettie... te desviarías de tu camino!
-Sólo una calle o dos -Nettie lanzó un vistazo lateral encantadoramente malicioso en dirección de Polly-. Además, tal vez tenga otra pieza de cristal de colores. No tengo suficiente dinero para comprarme otra, pero él no lo sabe, y el mirar no cuesta nada, ¿no es cierto?
-Pero pedirle, que venga acá...
-Le explicaré cómo estás -dijo Nettie con resolución y empezó a acomodar las tazas en la bandeja-. Vaya, los hombres de negocios con frecuencia dan demostraciones a domicilio; es decir, si venden algo que valga la pena.
Polly la miró con diversión y cariño.
-Te diré algo: cuando estás aquí, eres diferente, Nettie.
Nettie la miró, sorprendida.
-¿Lo soy?
-Sí.
-¿Cómo?
-En buena forma. No te preocupes. A menos que tenga una recaída, creo que me gustaría salir esta tarde. Pero si por casualidad pasas cerca de Cosas Necesarias...
-Lo haré -en los ojos de Nettie brilló una expresión de ilusión mal disfrazada. Ahora que se le había ocurrido la idea, se arraigó con la fuerza de una compulsión. No cabía duda de que atender a Polly había sido un tónico para sus nervios.
y si acaso está el señor Gaunt, dale mi número telefónico y pídele que me llame si ya recibió el artículo que quería que viera. ¿Podrías hacer eso?
-¡Dalo por seguro! -dijo Nettie. Se levantó con la bandeja del café y la llevó a la cocina. Colgó de nuevo él delantal en el gancho de la despensa y regresó a la sala para quitarle los guantes a Polly. Ya llevaba puesto el abrigo. Polly le dio las gracias otra vez, y no sólo por la lasaña: Todavía le dolían terriblemente las manos, pero ahora el dolor era tolerable. Y podía mover los dedos.
-No tienes nada que agradecerme -protestó Nettie-. ¿Y sabes algo? Te ves mejor. Te está volviendo el color. Cuando llegué, me asustó tu aspecto. ¿Puedo hacer algo más por ti antes de irme?

-No, creo que no -extendió las manos y, con torpeza, sujetó una de las de Nettie en las suyas, las cuales aún estaban sonrojadas y muy calientes por los guantes-. Me da mucho gusto que hayas venido, Nettie.
En las raras ocasiones en que Nettie sonreía, lo hacía con todo el rostro; era como observar que el sol irrumpía a través de las nubes en una mañana brumosa.
-Te tengo mucho cariño, Polly.
Conmovida, Polly respondió:
-Vaya, yo también te quiero, Nettie.
Nettie se marchó. Fue la última vez que Polly la vio viva.
6
La cerradura de la puerta principal de Nettie Cobb era casi tan compleja como la tapa de una caja de dulces; con un pequeño chasquido funcionó la primera llave que probó Hugh. Abrió la puerta.
En el piso del vestíbulo estaba sentado un perro pequeño, amarillento, con un babero blanco. Profirió su simple ladrido severo cuando cayó la luz del sol de la mañana a su alrededor y se cernió sobre él la gran sombra de Hugh.
-Tú debes de ser Raider -exclamó Hugh en voz baja, metiendo la mano al bolsillo.
El perro ladró de nuevo y de inmediato rodó sobre la espalda, las cuatro patas extendidas lánguidamente.
-¡Oye, eso es muy gracioso! -dijo Hugh. El diminuto rabo de Raider tamborileó contra el piso de madera, en total acuerdo, en apariencia. Hugh cerró la puerta y se puso en cuclillas junto al perro. Con una mano rascó el lado derecho del pecho del perro, en ese lugar mágico que, en alguna forma, está conectado con la pata trasera derecha y origina que ésta se agite rápidamente en el aire. Con la otra mano, sacó del bolsillo una navaja del ejército suizo.
-Au, eres un buen perrito, ¿verdad? -canturreó Hugh en voz baja-. ¿Eres un buen perrito?
Dejó de rascarlo y del bolsillo de la camisa sacó un pedazo de papel. Con su laboriosa caligrafía de escolar, estaba anotado el mensaje que le había dictado el rabo de zorra; Hugh se había sentado en la cocina y lo había escrito antes de vestirse incluso, para que no se le olvidara ni una sola palabra.
NADIE ARROJA LODO A MIS SABANAS LIMPIAS.
TE DIJE QUE ME LAS PAGARiAS!
Extrajo el sacacorchos oculto en una de las ranuras de la gruesa navaja e insertó en él la nota. Después volteó la navaja de lado y cerró el puño de modo que el sacacorchos sobresalía entre los dedos índice y medio de la poderosa mano derecha. Volvió a rascar a Raider, el cual había permanecido acostado sobre la espalda durante todo este proceso, mirando alegremente a Hugh. Es tan gracioso como un insecto, pensó Hugh.
-¡Sí! ¿No eres el mejor amiguito? ¿El mejor de todos? -preguntó Hugh, mientras lo seguía rascando. Ahora se agitaban ambas patas traseras. Raider parecía un perro que pedaleaba una bicicleta invisible-. ¡Sí lo eres! ¡Sí lo eres! ¿Y sabes qué tengo yo? ¡Tengo un rabo de zorra! ¡Sí, señor!
Hugh sostuvo el sacacorchos con la nota insertada sobre el babero blanco del pecho de Raider.
-¿Y sabes algo más? ¡Me voy a quedar con él!
Bajó con fuerza la mano derecha. La izquierda, con la cual había estado rascando a Raider, ahora inmovilizó al perro mientras le daba tres vueltas firmes al sacacorchos. El chorro de sangre que saltó le mojó ambas manos. El perro se sacudió por unos segundos en el piso y luego se quedó quieto. Ya no volvería a emitir el ladrido severo e inofensivo.
Hugh se levantó; el corazón le golpeaba con gran potencia. De pronto, se sintió muy mal por lo que había hecho, casi enfermo. Tal vez Nettie estuviese chiflada, tal vez no, pero estaba sola en el mundo y él había matado lo que era probablemente su único maldito amigo.
Se limpió las manos ensangrentadas en la camisa. En la lana oscura apenas se distinguía la mancha. No podía separar los ojos del perro. Él había hecho eso. Sí, lo había hecho y lo sabía, pero apenas lo podía creer. Era como si hubiese estado sumido en un trance, o algo así.
La voz interior, la que a veces le hablaba acerca de las juntas de Alcohólicos Anónimos, surgió de pronto. Sí... y supongo que, con el tiempo, serás capaz de creerlo, incluso. Pero no estabas en ningún jodido trance; sabrás lo que estabas haciendo.
¿ Y por qué?
El pánico empezó a invadirlo. Tenía que salir de aquí. Retrocedió paso a paso por el vestíbulo, después profirió una exclamación ronca cuando chocó con la puerta principal cerrada. Palpó torpemente detrás de él en busca de la perilla y por fin la encontró.
Giró la perilla, abrió la puerta y salió de la casa de Nettie la loca. Miró a su alrededor, frenético, esperando en alguna forma ver a la mitad del pueblo reunido frente a la casa, observándolo con ojos solemnes, recriminatorios. No vio a nadie, excepto a un chico que pedaleaba por la calle. En la canastilla de la bicicleta del chico, recargada en un ángulo singular, estaba una nevera portátil Playmate, de día de campo. El chico apenas le concedió un vistazo mientras pasaba y, cuando desapareció de la vista, sólo quedaron las campanas de la iglesia... esta vez llamaban a los metodistas.

Hugh caminó rápidamente por la entrada. Se dijo a sí mismo que no corriera, pero de todos modos ya casi trotaba cuando llegó al camión. Abrió la puerta con dificultad, se deslizó detrás del volante e intentó meter la llave del encendido en la ranura. Lo hizo tres o cuatro veces, y la jodida llave seguía fallando. Tuvo que detenerse la mano derecha con la izquierda para que al fin se introdujera en su lugar. Tenía la frente salpicada con finas gotas de sudor. Había sufrido muchas resacas, pero nunca se había sentido así; esto era como si le atacara la rnalaria, o algo semejante..

El camión arrancó con un rugido y un eructo de humo azul. El pie de Hugh se resbaló del embrague. El camión se separó del bordillo de la acera con dos grandes sacudidas y se apagó el motor, Hugh lo puso en marcha de nuevo, respirando ásperamente por la boca., y se alejó a toda prisa.

Cuando llegó al depósito de vehículos (todavía estaba tara desierto como las montañas de la luna) y cambió el carnión del pueblo por su viejo Buick desvencijado, ya se había olvidado por completo de Raider y la horrible acción con el sacacorchos. Tenia algo más, algo mucho más importante en qué pensar. Durante el regreso al depósito de vehículos, se había apoderado de él una certeza febril: en su ausencia, alguien había entrado a su casa, y ese alguien se había robado el rabo de zorra.

Hugh condujo a casa a más de cien kilómetros por hora, se frenó a diez centímetros del destartalado pórtico y subió los escalones de dos en dos. Entró con violencia, corrió al clóset y abrió la puerta de golpe. Se puso de puntillas y empezó a explorar la repisa alta con las manos aterradas, revoloteantes.

Al principio, no sintió más que la madera desnuda, y Hugh sollozó con sobresalto y rabia. En eso, su mano izquierda se hundió en esa textura desigual que no era seda ni lana y una gran sensación de paz y satisfacción se derramó sobre Hugh. Era como alimento para el hambriento, descanso para el agotado... quinina para el enfermo de malaria. Por fin empezó a mitigarse el tamborileo en staccato en el pecho. Sacó el rabo de zorra del escondite y se sentó a la mesa de la cocina. Lo extendió sobre los muslos carnosos y lo acarició con ambas manos.

Hugh permaneció sentado así por más de tres horas.

7

El chico que Hugh vio, pero no reconoció, el de la bicicleta, era Brian Rusk. Brian había tenido su propio sueño la noche anterior y, en consecuencia, tenía que cumplir con un encargo esta mañana. En el sueño, estaba a punto de empezar el séptimo partido de la serie mundial -alguna serie mundial antigua, de la época de Elvis, en la cual se enfrentaban los antiguos rivales apocalípticos, ese avatar del beisbol, los Dodgers contra los Yanqúis-. Sandy Koufax estaba en el área de calentamiento, practicando para Da Bums. Entre los lanzamientos, hablaba con Brian Rusk, quien estaba de pie junto a él. Sandy Koufax le explicó a Brian con toda exactitud lo que se suponía que debía hacer. Fue muy claro al respecto; puso todos los puntos sobre las íes. No había duda.

El problema era éste: Brian no quería hacerlo.

Se sentía como una mierda al discutir con una leyenda del beisbol como Sandy Koufax, pero lo intentaba, de todos modos.

-No me entiende, señor Koufax -decía-. Se suponía que debía gastarle una broma a Wilma Jerzyck, y lo hice. Ya lo hice.

-¿Y eso qué? -respondió Sandy Koufax-. ¿Cuál es tu punto, aprendiz?

-Bueno, ése fue el trato. Ochenta y cinco centavos y una broma.

-¿Estás seguro, aprendiz? ¿Una broma? ¿Estás seguro? ¿El señor Gaunt dilo algo como "una sola broma"? ¿Una frase que se pueda considerar legal?

Brian no se acordaba bien, pero en su interior cada vez se fortalecía más la sensación de que lo habían embaucado. No... no sólo embaucado. Atrapado. Como a un ratón con un trozo de queso.

-Déjame decirte algo, aprendiz. El trato...

Se interrumpió y profirió un pequeño ¡uunn! cuando lanzó por lo alto una bola rápida. La pelota detonó en el guante del receptor con un chasquido de tiro de fusil. Una leve nube de polvo saltó del guante, y Brian, con gran desaliento, se dio cuenta de que conocía tos ojos azules que lo miraban detrás de la careta del receptor. Esos ojos pertenecían al señor Gaunt.

Sandy Koufax atrapó el tiro de regreso del señor Gaunt y luego miró a Brian con ojos muertos, como cristal café.

-Yo determino cuál es el trato, aprendiz.

En su sueño, Brian había constatado que los ojos de Sandy Koufax no eran castaños en absoluto; eran azules también, lo cual tenía un sentido perfecto, puesto que Sandy Koufax también era el señor Gaunt.

-Pero...

Koufax/Gaunt levantó la mano enguantada.

-Déjame decirte algo, aprendiz; odio esa palabra. De todas las palabras del idioma, es la peor, fácilmente. Creo que es la peor palabra en cualquier idioma. ¿Sabes lo que es eso, aprendiz? Es el lugar por donde sale la mierda. (Juego de palabras: bol: pero; bull: culo.)

El hombre con el uniforme pasado de moda de los Dodgers de Brooklyn escondió la pelota en el guante y se volvió para ver a Brian de frente. Era el señor Gaunt, en efecto, y Brian sintió que un terror congelante y tenebroso le atenazaba el corazón.
-Dije que quería que le jugaras una broma a Wilma, Brian, es cierto, pero nunca mencioné que quería que le gastaras una sola broma. Tú lo supusiste, aprendiz. ¿Me crees o te gustaría que escucháramos la grabación de nuestra conversación?
-Le creo -dijo Brian. Se acercaba peligrosamente al punto en que no podría contener el llanto-. Le creo, pero...
-¿Qué te acabo de decir acerca de esa palabra, aprendiz?
Brian dejó caer la cabeza y tragó con dificultad.
-Te falta mucho por aprender sobre el regateo -dijo Koufax/Gaunt-. A ti y a todos los habitantes de Castle Rock. Pero ésa es una de las razones por las que vine, para dirigir un seminario sobre el arte del regateo. Había un sujeto en el pueblo, un caballero llamado Merrill, que sabía un poco al respecto, pero ya se fue muy lejos y es difícil encontrarlo -sonrió, revelando los largos dientes irregulares de Gaunt en el rostro angosto, melancólico, de Sandy Koufax-. Y la palabra "ganga", Brian... es muy extensa la enseñanza que les tengo que impartir sobre ese tema, también.
-Pero... -la palabra salió de la boca de Brian antes de que pudiese reprimirla.
-No hay pero que valga -dijo Koufax/Gaunt. Se inclinó hacia adelante. Bajo la visera de la gorra de beisbol, su rostro miraba a Brian solemnemente-. El señor Gaunt sabe más que yo. ¿Puedes repetir eso, Brian?
La garganta de Brian funcionó, pero no salió ningún sonido. Se sentía caliente, con lágrimas sueltas detrás de sus ojos.
Sobre el hombro de Brian descendió una mano larga, fría. Y apretó.
-¡Dilo!
-El señor Gaunt... -Brian tuvo que tragar de nuevo para hacerles lugar a las palabras-. El señor Gaunt sabe más que yo.
-Eso es lo correcto, aprendiz. Eso es lo correcto, precisamente. Y significa que vas a hacer lo que yo diga... o de lo contrario.
Brian recurrió a toda su voluntad e hizo un esfuerzo final.
-¿Y si de todos modos digo que no? ¿Qué pasa si digo que no, porque no entendí los cómosellaman... los términos?
Koufax/Gaunt sacó la pelota del guante y cerró la mano sobre ella. Pequeñas gotas de sangre empezaron a brotar de las costuras.
-No puedes decir que no, Brian -dijo en voz baja-. Ya no. Vamos, éste es el séptimo partido de la serie mundial. Es hora de que recibas tu merecido, y ya te jodiste. Da un vistazo a tu alrededor. Anda, da un vistazo.
Brian miró a su alrededor y se quedó horrorizado al ver que el Campo Ebbets estaba tan lleno que hasta en los pasillos había personas de pie... y las conocía a todas. Vio a su mamá y a su papá sentados con su hermano menor, Sean, en el palco del Comisionado, detrás de honre. La clase de terapia lingüística, tomando Royal Crown Cola y engullendo perros calientes, se extendía a lo largo de la primera base, flanqueada por la señorita Ratcliffe, por un lado, y por el bobo de su novio, Lester Pratt, por el otro. Todos los miembros de la oficina del comisario de Castle Rock estaban sentados en las gradas y bebían cerveza en vasos de papel, con imágenes de las concursantes para Miss Rheingold de este año. Vio la clase de la escuela dominical, los concejales del pueblo, Myra y Chuck Evans, sus tías, tíos, sus primos. Detrás de la tercera base estaban Sónny Jacket, y cuando Koufax/Gaunt lanzó la pelota sangrante e hizo que chasqueara el guante del receptor como tiro de fusil de nuevo, Brian vio que ahora el rostro detrás de la careta, pertenecía a Hugh Priest.
-Te aplastaré, compañerito -amenazó Hugh cuando lanzó la pelota de regreso-. Te haré crujir.
-Como verás, aprendiz, ya no es cuestión de una estampa de beisbol -dijo Koufax/Gaunt junto a él-. Ya lo sabes, ¿verdad? El día que arrojaste lodo a las sábanas de Wilma Jerzyck, se inició algo, como se inicia una avalancha nada más porque un tipo grita fuerte en un cálido día de invierno. Ahora tu opción es muy sencilla. Sigues adelante... o te quedas donde estás y esperas a que te entierren.
En el sueño, Brian finalmente empezó a llorar. Lo veía, de acuerdo. Lo veía bien, ahora que ya era demasiado tarde para remediar la situación.
Gaunt exprimió la pelota. Brotó más sangre y las puntas de sus dedos se hundieron en la superficie blanca, carnosa.
-Si no quieres que todo Castle Rock se entere de ue fuiste tú quien empezó la avalancha, Brian, más vale que hagas lo que te digo.
Brian lloró más fuerte.
-Cuando trates conmigo -dijo Gaunt, al tiempo que levantaba el brazo para lanzar-, debes recordar dos cosas: el señor Gaunt sabe más... y el trato no termina hasta que lo diga el señor Gaunt.
Lanzó con ese impulso súbito, sinuoso, que había hecho que fuese tan difícil batear las pelotas de Sandy Koufax (ésa era, al menos, la humilde opinión del padre de Brian) y, esta vez, cuando pegó

en el guante de Hugh Priest, explotó la pelota. En el brillante sol de otoño, salieron volando sangre y cabello y fragmentos fibrosos de carne. Y Brian había despertado, llorando en la almohada.

8

Ahora se dirigía a cumplir con las órdenes del señor Gaunt. La salida de casa había sido fácil; simplemente les dijo a sus padres que esa mañana no quería ir a la iglesia porque se sentía mal del estómago (y no era mentira). Una vez que ellos se fueron, hizo sus preparativos.

Era difícil pedalear la bicicleta, y aún más difícil mantenerla en equilibrio debido a la nevera Playmate en la canastilla. Estaba muy pesada y Brian sudaba y jadeaba cuando llegó a la casa de los Jerzyck. Esta vez no hubo titubeos ni llamadas al timbre de la puerta ni excusas planeadas de antemano. No había nadie. El señor Sandy Koufax/Leland Gaunt le había dicho en el sueño que después de la misa de las once los Jerzyck se quedarían a conversar sobre las festividades de la futura Noche de Casino, y después irían a visitar a unos amigos. Brian le creyó. Ahora todo lo que quería era terminar con este horrible asunto lo más rápido que pudiera. Y cuando acabara, se iría a casa, estacionaría la bicicleta y pasaría el resto dei día en cama.

Levantó la nevera de la canastilla con ambas manos y la puso sobre el césped. Estaba detrás de los setos, donde nadie podía verlo. Lo que estaba a punto de hacer sería muy ruidoso, pero Koufax/Gaunt le había dicho que no se preocupara por eso. Le explicó que la mayoría de las personas de la calle Willow eran católicas, y casi todas las que no asistían a la misa de las once ya habían ido a la de las ocho y después habrían salido a sus diversos paseos dominicales. Brian ignoraba si esto era cierto o no. Sólo sabía dos cosas con seguridad: el señor Gaunt sabía más y el trato no terminaría hasta que lo dijera el señor Gaunt.

Y éste era el trato.

Brian abrió la nevera Playmate. En el interior, había cerca de una docena de piedras, cada una del tamaño de una pelota de beisbol. Alrededor de cada piedra estaba una hoja de papel de cuaderno de la escuela de Brian, sujeta con una liga. En cada hoja, con grandes letras, estaba escrito este mensaje escueto:

TE DIJE QUEME DEJARAS EN PAZ.

eSTA ES LA uLTIMA ADVERTENCIA .

Brian sacó una de las piedras y caminó por el césped hasta que estuvo a menos de tres metros de la gran ventana de la sala de los Jerzyck -lo que se llamaba "ventana panorámica" a principios de los años sesenta, cuando se construyó la casa-. Levantó el brazo, titubeó un momento y luego lanzó como Sandy Koufax frente al primer bateador en el séptimo partido de la serie mundial. Se oyó un enorme estallido desafinado, seguido por un golpe sordo cuando la piedra pegó en la alfombra de la sala y rodó por el piso.

El sonido tuvo un extraño efecto en Brian. Se desvaneció el temor y su desagrado por esta tarea adicional -la cual ni con un exceso de imaginación se podía considerar como algo tan inconsecuente como una travesura- se evaporó también. El sonido del cristal al romperse lo excitó... provocó que se sintiera, de hecho, como se sentía en sus ensoñaciones acerca de la señorita Ratcliffe. Eso había sido una tontería, y ahora lo sabía, pero esto no era ninguna tontería. Esto era real.

Además, se dio cuenta de que ahora quería más que nunca la estampa de Sandy Koufax. Había descubierto otro hecho importante acerca de las posesiones y el peculiar estado mental que inducen: entre más problemas se presentan por algo que uno posee, más se quiere conservarlo.

Brian tomó dos piedras más y se acercó a la ventana rota. Miró hacia el interior y vio la piedra que había lanzado. Estaba en el umbral entre la sala y la cocina. Se veía incongruente -como una bota de goma en el altar de una iglesia o una rosa en el motor de un tractor-. Se había soltado una de las ligas que sostenían la nota, pero la otra seguía en su lugar. La mirada de Brian se desvió a la izquierda y se quedó fija, estudiando la televisión Sony de los Jerzyck.

Brian tomó impulso y lanzó. La piedra pegó de lleno en la Sony. Se dio una explosión hueca, un resplandor de luz y el cristal se esparció por la alfombra. La televisión se tambaleó en su soporte, pero no se cayó.

-¡Strike dos! -murmuró Brian, y emitió una extraña risa ahogada.

Arrojó la otra piedra a un montón de chucherías de cerámica sobre una mesa junto al sofá, pero falló. Pegó en la pared con un ruido sordo y desconchó un trozo de yeso.

Brian sujetó el asa de la Playmate y la arrastró a un lado de la casa. Rompió las ventanas de dos dormitorios. En la pared de atrás, arrojó una piedra del tamaño de una hogaza de pan a través de la ventana de la mitad superior de la puerta de la cocina y después lanzó varias más por el agujero. Una de ellas destrozó el Cuisinart sobre el gabinete. Otra atravesó el frente de cristal del RadarRange, y aterrizó dentro del microondas.

-¡Strike tres! ¡Tiro lateral, aprendiz! -gritó Brian y luego se rió con tantas ganas que por poco se moja los pantalones.

Cuando se le pasó el acceso de risa, terminó el circuito de la casa. La Playmate estaba más ligera ahora, descubrió que la podía llevar en una mano. Usó las últimas tres piedras para romper las ventanas del sótano que se asomaban entre las flores de otoño de Wilma y después arrancó unos

cuantos puñados de plantas, por añadidura. Una vez hecho esto, cerró la nevera, volvió a su bicicleta, colocó la Playmate en la canastilla y se montó para el viaje a casa.
Los Mislaburskis vivían en la casa de al lado de los Jerzyck. Cuando Brian salía de la entrada de los Jerzyck, la señora Mislaburskis abrió la puerta principal y salió al pórtico. Estaba vestida con una túnica verde brillante. Una banda roja le sujetaba el cabello. Se veía como un anuncio de Navidad en el infierno.
-¿Qué está pasando ahí, chico? -preguntó en tono severo.
-No lo sé, exactamente. Creo que están discutiendo el señor y la señora Jerzyck -dijo Brian, sin detenerse-. Vine a preguntarles si necesitaban a alguien que les quitara la nieve de la entrada en el invierno, pero decidí que será mejor que vuelva en otra ocasión.
La señora Mislaburskis dirigió una breve mirada ceñuda a la casa de los Jerzyck. Desde el lugar donde ella estaba parada, sólo era visible el segundo piso debido a los setos.
-Si yo fuera tú, no volvería nunca -aventuró-. Esta mujer me recuerda esos peces pequeños que hay en América del Sur. Los que se comen vacas enteras.
-Peces piraña -dijo Brian.
-Exacto. Esos.
Brian siguió pedaleando. Ahora ya iba alejándose de la mujer con la túnica verde y la banda roja. El corazón empujaba un poco, pero no martilleaba o se aceleraba o algo parecido. Una parte de Brian se sentía segura de que seguía soñando. No se sentía como él mismo -no como el Brian Rusk que sacaba A y B en todas las materias, el Brian Rusk que era miembro del Consejo de Estudiantes y la Liga de Buenos Ciudadanos de la Escuela de Enseñanza Media, el Brian Rusk que siempre sacaba 10 en conducta.
-¡Un día va a matar a alguien! -exclamó la señora Mislaburskis detrás de Brian-. ¡Acuérdate de lo que te digo!
En voz baja, Brian susurró:
-No me sorprendería en lo más mínimo.
Brian, en efecto, pasó en cama el resto del día. En circunstancias normales, este hecho hubiese preocupado a Cora, tal vez lo suficiente para que llevase a Brian al doctor en Norway. Sin embargo, hoy casi no se dio cuenta de que su hijo se sentía mal. Esto se debía a las maravillosas gafas para el sol que le había vendido el señor Gaunt, estaba absolutamente hechizada con ellas.
Brian se levantó alrededor de las seis, cerca de quince minutos antes de que su papá volviera de un día de pesca en el lago con dos amigos. Sacó una Pepsi del refrigerador y la bebió de pie junto a la estufa. Se sentía bastante mejor.
Sentía como si, por fin, hubiese cumplido con su parte del trato que había hecho con el señor Gaunt.
Y concluyó, también, que el señor Gaunt sabía más, en efecto.
9
Nettie Cobb, sin el más leve presentimiento de la desagradable sorpresa que la esperaba en casa, caminaba de muy buen humor por la calle Main hacia Cosas Necesarias. Su intuición le decía que, aunque fuese domingo, estaría abierta la tienda y acertó.
-¡Señora Cobb! -dijo Leland Gaunt en cuanto entró Nettie-. ¡Qué gusto verla!
-También a mí me da gusto verlo, señor Gaunt -exclamó... y así era.
El señor Gaunt se acercó a ella, la mano extendida, pero Nettie retrocedió ante la posibilidad de que la tocara. Fue un comportamiento terrible, tan grosero, pero no lo pudo evitar, sencillamente. Y el señor Gaunt pareció entenderlo, Dios lo bendiga. Sonrió y desvió el curso, cerrando en cambio la puerta. Volteó el letrero de ABIERTO a CERRADO con la velocidad con que escamotea un as un jugador profesional.
-¡Siéntese, señora Cobb! ¡Por favor! ¡Siéntese!
-Bueno, está bien... pero sólo vine a decirle que Polly... Polly está... -en alguna forma, se sentía extraña, no mal exactamente, sino extraña. Un poco aturdida. Se sentó sin ninguna gracia en una de las elegantes sillas. El señor Gaunt estaba de pie frente a ella, los ojos fijos en los suyos, y el mundo pareció centrarse en él y estabilizarse de nuevo.
-Polly no se siente bien, ¿verdad? -preguntó el señor Gaunt.
-Eso es -convino Nettie agradecida-. Son sus manos, ¿sabe? Tiene...
-Artritis, sí, terrible, una lástima, la vida es una porquería para algunas personas y, sin embargo, nadie quiere morirse. Lo sé, Nettie -los ojos del señor Gaunt estaban creciendo de nuevo-. Pero no es necesario que la llame... o la visite, para ese caso. Ahora, ya están mejor sus manos.
-¿Lo están? -preguntó Nettie desde la distancia.
-¡Puede estar segura! Todavía le duelen, por supuesto, lo cual es bueno, pero no le duelen tanto como para que se quede en casa, y eso es más conveniente todavía... ¿no está de acuerdo, Nettie?
-Sí -dijo Nettie débilmente, pero no tenía idea de qué era en lo que estaba de acuerdo.
-Usted -añadió el señor Gaunt con la voz más suave, más alegre-, tiene un gran día por delante, Nettie.

-¿Yo? -esto era una noticia para ella; había planeado pasarse la tarde en su sillón favorito en la sala, tejiendo y viendo la televisión, con Raider a sus pies.
-Sí. Un día muy grande. Por tanto, quiero que se quede sentada y descanse un momento mientras voy a buscar algo. ¿Lo hará?
-Bien. ¿Y por qué no cierra los ojos? ¡Descanse de verdad, Nettie!
Nettie, obedientemente, cerró los ojos. Después de un lapso indeterminado, oyó que el señor Gaunt le decía que abriera los ojos y sintió un pinchazo de decepción. Cuando alguien te dice que cierres los ojos, por lo general, quieren sorprenderte con algo bonito. Un regalo. Había esperado que, cuando abriera los ojos, el señor Gaunt estaría sosteniendo otra pantalla de cristal de colores, pero nada más tenía un bloc de papel. Las hojas eran pequeñas y rosas. Cada una estaba encabezada con las palabras
ADVERTENCIA DE VIOLACIÓN DE TRAFICO
-Oh -dijo-. Pensaba que sería cristal de colores.
-No creo que necesite más cristal de colores, Nettie.
-¿No? -otro pinchazo de decepción; esta vez fue más fuerte.
-No. Triste, pero cierto. Me imagino que recuerda que prometió hacer algo para mí -el señor Gaunt se sentó junto a ella-. Lo recuerda, ¿verdad?
-Sí. Quiere que le gaste una broma a Buster. Quiere que coloque unos papeles en su casa.
-Correcto, Nettie, muy bien. ¿Todavía tiene la llave que le di?
Muy despacio, como una mujer en un ballet submarino, Nettie sacó la llave del bolsillo derecho del abrigo. La sostuvo en alto para que pudiese verla el señor Gaunt.
-¡Eso está muy bien! -le dijo en tono cálido-. Ahora, guárdela, Nettie. Guárdela donde esté segura.
Nettie obedeció.
-Bien. Aquí están los papeles -puso el bloc rosa en una de las manos de Nettie. En la otra, le colocó un rollo de cinta Scotch. En el interior de Nettie, en algún sitio, sonaban campanas de alarma, pero estaban muy distantes, apenas se oían.
-Espero que no me lleve mucho tiempo. Debo volver pronto a casa. Tengo que darle de comer a Raider. Es mi pequeño perro.
-Conozco todo lo concerniente a Raider -dijo el señor Gaunt, y le ofreció a Nettie una amplia sonrisa-. Pero tengo el presentimiento de que hoy no tiene mucho apetito. Y creo que tampoco necesita preocuparse porque defeque en el piso de la cocina.
-Pero...
Gaunt le tocó los labios con urio de sus largos dedos y, de pronto, Nettie sintió que se le revolvía el estómago.
-No haga eso -gimió, apretándose contra el respaldo de la silla-. No lo haga, es horrible.
-Eso me han dicho -admitió el señor Gaunt-. Si no quiere que sea horrible con usted, Nettie, nunca me diga esa horrible palabra.
-¿Cuál palabra?
-Pero. Desapruebo esa palabra. De hecho; creo que es justo decir que odio esa palabra. En el mejor de todos los mundos posibles, no habrá necesidad de esa lastimosa palabrita. Quiero que diga algo más para mí, Nettie... quiero que diga unas palabras que me encantan. Adoro esas palabras.
-¿Qué palabras?
-El señor Gaunt sabe más. Diga eso.
-El señor Gaunt sabe más -repitió, y tan pronto como salieron de su boca comprendió que eran verdadera y completamente acertadas.
-El señor Gaunt siempre sabe más.
-El señor Gaunt siempre sabe más.
-¡Correcto! Igual que el Padre -dijo el señor Gaunt, y después emitió una risa horrenda. Era un sonido de placas de roca que se mueven en la profundidad de la tierra y; cuando lo hizo, el color de sus ojos cambió de repente de azul a verde, a ca€é, a negro-. Ahora, Nettie... escuche con toda atención. Tiene que realizar este pequeño encargo para mí y después se podrá ir a casa. ¿Entiende?
Nettie entendió.
Y escuchó con mucha atención.
Diez
1
South Paris es un pueblo fabril, pequeño y escuálido, situado a menos de treinta kilómetros al noreste de Castle Rock. No es la única población de poca monta en Maine que ostenta el nombre de una ciudad o país europeos; está Madrid (los nativos lo pronuncian Mad-drid), Suecia, Etna, Calais (pronunciado de modo que rime con Dallas), Cambridge y Frankfort. Es posible que alguien sepa cómo o por qué tantos sitios terminaron en el mapa con esa variedad tan exótica de nombres, pero yo lo ignoro.
Lo que sí sé es que hace cerca de veinte años un excelente chef francés decidió mudarse de Nueva York y abrir su propio restaurante en la región de los lagos de Maine, y concluyó ademds que para esa empresa no podría haber mejor lugar que un pueblo llamado South Paris. No lo pudo disuadir

ni siquiera el hedor de las fábricas de curtido de pieles. El resultado fue un establecimiento gastronómico llamado Maurice. Todavía está ahí, en la Ruta 117, junto a las vías del ferrocarril y frente a McDonald's. Y fue al Maurice que Danforth "Buster" Keeton llevó a almorzar a su esposa el domingo 13 de octubre.

Myrtle pasó una buena parte de ese domingo en una confusión extática y los exquisitos platillos de Maurice no fueron la causa. Durante los últimos meses, casi un año, en realidad, la vida con Danforth había sido extremadamente desagradable. La ignoraba casi por completo... excepto cuando le gritaba. La autoestima de Myrtle, la cual nunca había sido muy alta, se desplomó a nuevas profundidades. Sabía tan bien como cualquier otra mujer que para que el maltrato sea efectivo no se tiene que administrar necesariamente con los puños. Tanto los hombres como las mujeres pueden lastimar con la lengua, y Danforth Keeton dominaba el empleo de la suya; en el último año, le había infligido miles de heridas invisibles con los lados afilados.

Myrtle ignoraba lo relativo a las apuestas -estaba convencida de que asistía al hipódromo como espectador, únicamente-. Tampoco estaba enterada de la malversación. Sabía que varios miembros de la familia de Danforth habían sido inestables, pero no relacionaba este comportamiento con Danforth mismo. No bebía en exceso, no olvidaba vestirse antes de salir en la mañana, no hablaba con personas inexistentes y, por tanto, suponía que todo estaba bien. Creía, en otras palabras, que era ella la que tenla alguna falla. Que en algún punto esa falla había ocasionado que Danforth dejara de quererla.

Myrtle había pasado los últimos seis meses tratando de enfrentar la desoladora perspectiva de que le esperaban treinta, o incluso cuarenta, años sin amor como compañera de este hombre. Este hombre que, por turnos, se comportaba con enojo, fríamente sarcástico e indiferente hacia ella. Para Danforth, Myrtle se había convertido en otra pieza del mobiliario... a menos, desde luego, que le estorbara en su camino. En ese caso, si la cena no estaba preparada cuando él la quería, si le parecía que estaba sucio el piso de su estudio, incluso si las secciones del diario no estaban en el orden correcto cuando se sentaba a la mesa del desayuno, la llamaba estúpida. Le decía que de desprendérsele el trasero, no sabría dónde encontrarlo. Le decía que si los sesos fuesen pólvora negra, no podría sonarse la nariz sin un casco. Al principio, había tratado de defenderse de esas diatribas, pero él derrumbó sus defensas como si fuesen los muros del castillo de cartón de un niño. Si, a su vez, ella se enojaba, él la dominaba con unos accesos de cólera que la atemorizaban. Por tanto, renunció al enojo y descendió a un estado de desconcierto constante. En estos días, se limitaba a sonreír indecisa frente a la rabia de él, prometía hacerlo mejor y se iba a su dormitorio, donde se acostaba y lloraba y se preguntaba qué pasaría con su vida, y deseaba-deseaba-deseaba tener una amiga con quien charlar.

Ya que no la tenía, conversaba con sus muñecas. Había empezado a coleccionarlas durante los primeros años de su matrimonio y siempre las había guardado en cajas en el ático. Sin embargo, durante el último año las bajá al cuarto de costura y algunas veces, ya que se agotaban las lágrimas, se deslizaba al cuarto de costura y jugaba con ellas. Ellas nunca gritaban. Ellas nunca la ignoraban. Ellas nunca le preguntaban cómo había llegado a ser tan estúpida, si había nacido así o había tomado lecciones.

En la nueva tienda, ayer había encontrado la muñeca más maravillosa de todas.

Y hoy, todo había cambiado.

Esta mañana, para mayor exactitud.

Myrtle metió la mano bajo la mesa y se pellizcó (no por primera vez), sólo para asegurarse de que no estaba soñando. Pero después del pellizco, todavía estaba en Maurice, sentada en una franja del brillante sol de octubre, y Danforth seguía ahí, al otro lado de la mesa, y comía con un magnifico apetito, el rostro adornado con una sonrisa que casi le parecía ajena, pues no había visto una en ese sitio durante mucho tiempo.

Ignoraba el motivo del cambio y no se atrevía a preguntar. Sabia que anoche había ido al hipódromo de Lewiston, como lo hacía casi siempre en las noches (presumiblemente porque las personas con que se encontraba ahí eran más interesantes que las personas que veía todos los días en Castle Rock -su esposa, por ejemplo), y esta mañana, al despertar, esperaba ver vacío el lado que él ocupaba en la cama (o intacto, lo cual significaría que se había pasado el resto de la noche dormitando en la silla del estudio) y oírlo en la planta baja, murmurando para sí mismo, en el acostumbrado tono malhumorado.

En cambio, lo encontró en la cama junto a ella, con la piyama de rayas rojas que le había regalado el año pasado por Navidad. Era la primera vez que veía que la usaba -y, hasta donde sabia, la primera vez que la había sacado de la caja-. Estaba despierto. Se dio vuelta sobre el costado para verla de frente sonriendo. Al principio la aterró la sonrisa. Pensó que era una señal de que se disponía a matarla.

Después, él le tocó el pecho y guiñó un ojo.

-¿Quieres, Myrt? ¿O es demasiado temprano para ti?

Así que habían hecho el amor, por primera ocasión en más de cinco meses habían hecho el amor, y él había actuado absolutamente magnífico, y ahora aquí estaban, comiendo en Maurice en el inicio

de la tarde del domingo, como un par de amantes jóvenes. Myrtle ignoraba qué era lo que había ocasionado este maravilloso cambio en su marido y no le interesaba saberlo. Sólo quería disfrutarlo, y esperaba que no fuese pasajero.
-¿Está bien todo, Myrt? -preguntó Keeton, levantando los ojos del plato para frotarse el rostro con vigor con la servilleta.
Myrtle pasó la mano sobre la mesa con timidez, y tocó la de él.
-Todo está muy bien. Todo es... sencillamente maravilloso.
Tuvo que retirar la mano de inmediato para secarse los ojos con la servilleta.
2
Keeton siguió comiendo el filete borgoña, o como lo llamaran los franceses, con gran apetito. La razón de su felicidad era muy simple. La noche pasada había ganado cada uno de los caballos que había seleccionado en la tarde con la ayuda de El Boleto Ganador. Incluso Malabar, la tirada de treinta a uno en la décima carrera. En el regreso a Castle Rock no parecía que conducía, sino que flotaba en el aire, con más de dieciocho mil dólares metidos en los bolsillos del abrigo. Su corredor de apuestas probablemente todavía se estaba preguntando qué había pasado con el dinero. Keeton lo sabía; estaba guardado a salvo en el fondo del clóset del estudio. En un sobre. El sobre dentro de la caja de El Boleto Ganador, junto con el precioso juego.
Por primera vez en varios meses había dormido bien y, cuando despertó, tuvo el vislumbre de una idea acerca de la auditoría. Un vislumbre no era mucho, desde luego, pero era mejor que la confusa oscuridad que había estado crepitando en su cabeza desde que recibió esa horrible carta. Parecía que todo lo que se requería para que funcionara su cerebro era una noche de ganancias en la pista.
Era obvio que no podía hacer la restitución total antes de que cayera el hacha. Por una parte, el hipódromo de Lewiston era el único que presentaba carreras todas las noches durante la temporada de otoño, y las apuestas eran insignificantes. Podía recorrer las ferias locales del condado y ganar unos cuantos miles en las carreras, pero tampoco sería suficiente. Tampoco podía arriesgarse a muchas noches como la de ayer, ni siquiera en el hipódromo. El corredor de apuestas tendría dudas y se negaría a aceptar sus apuestas.
Pero creía que podía hacer una restitución parcial, con lo que disminuiría la cuantía de los desfalcos. También podía inventar un cuento. Un proyecto de desarrollo de éxito seguro que no había resultado. Una terrible equivocación... por lo cual asumía la responsabilidad total y estaba compensando la pérdida. Señalaría que un hombre realmente falto de escrúpulos, colocado en una situación como ésta, habría usado el periodo de gracia para birlarse más dinero del tesoro del pueblo -lo más que pudiera- y después se habría escapado a un sitio (un sitio soleado, con abundantes palmeras y playas blancas y un montón de jovencitas con bikinis sensacionales) en el cual la extradición fuese difícil o totalmente imposible.
Podría emular a Cristo e invitar a que lanzaran la primera piedra los que estuviesen libres de pecado. Eso les daría en qué pensar. Si entre ellos había un sujeto que nunca hubiese metido los dedos en el pastel del Estado de vez en cuando, Keeton se comería los calzoncillos de ese hombre. Sin sal.
Tendría que darles tiempo. Ahora que estaba en condiciones de dejar a un lado la histeria y reflexionar racionalmente sobre la situación, casi estaba seguro de que se lo darían. Después de todo, también eran políticos. Sabían que cuando la prensa terminara con Dan Keeton, todavía le sobraría bastante alquitrán y plumas para ellos, los supuestos guardianes de la cuenta pública. Conocían las preguntas que surgirían como consecuencia de una investigación pública o incluso (Dios no lo quiera) un juicio por malversación. Preguntas como: ¿Cuánto tiempo -en años fiscales, caballeros, si son tan amables- había durado esa pequeña operación del señor Keeton? Preguntas acerca de cómo era posible que la Oficina de Contribuciones del Estado no hubiese sospechado nada desde tiempo atrás. Preguntas que resultarían angustiosas para hombres ambiciosos.
Creía que podría escurrirse. Sin garantías, pero parecía factible.
Todo gracias al señor Leland Gaunt.
Dios, cómo apreciaba a Leland Gaunt.
-¿Danforth? -preguntó Myrt, tímidamente.
Keeton levantó la vista.
-¿Hummm?
-Este ha sido el día más agradable que he tenido en años. Sólo quería que lo supieras. Estoy tan agradecida por un día delicioso. Contigo.
-¡Oh! -dijo Keeton. Le acababa de ocurrir la cosa más extraña. Por un momento, no pudo recordar el nombre de la mujer que estaba sentada frente a él-. Bien, Myrt, para mí también ha sido agradable.
-¿Irás al hipódromo esta noche?
-No. Creo que me quedaré en casa.
-Qué bien -festejó Myrt. De hecho, le parecía tan bien que tuvo que secarse los ojos con la servilleta de nuevo.

Keeton le sonrió -no era la vieja sonrisa dulce con la que la había cortejado y enamorado, pero se acercaba.
-¡Oye, Myrt! ¿Quieres postre?
Myrt emitió una sonrisa sofocada, y agitó la servilleta hacia su marido.
-¡Oh, tú!
3
Los Keeton vivían en Castle View, en una casa estilo rancho, con dos niveles en la planta alta. Fue una larga caminata cuesta arriba para Nettie Cobb y, cuando llegó por fin, sentía cansadas las piernas y tenía mucho frío. Sólo se encontró con tres o cuatro peatones más, y ninguno de ellos la miró; todos iban metidos en los abrigos hasta el cuello, ya que el viento había empezado a soplar con fuerza y tenía un filo penetrante. La sección de anuncios del Telegram del domingo voló por la calle y después despegó hacia el cielo azul oscuro como algún pájaro extraño, cuando Nettie daba vuelta en la entrada de los Keeton. El señor Gaunt le había dicho que Buster y Myrtle no estarían en casa, y el señor Gaunt sabía más. La puerta de la cochera estaba abierta y ese barco-teatro del Cadillac que conducía Buster no estaba dentro.
Nettie caminó por la entrada, se detuvo en la puerta principal y sacó el bloc y la cinta Scotch del bolsillo izquierdo del abrigo. Tenía grandes deseos de estar en casa, con la película del domingo en la televisión y Raider a sus pies. Y ahí es donde estaría en cuanto terminara con esta tarea. Tal vez ni siquiera se molestaría con el tejido. Se limitaría a sentarse con la pantalla de cristal de colores en el regazo. Arrancó la primera papeleta rosa y la pegó sobre el letrero junto al timbre de la puerta, el realzado que decía FAMILIA KEETON y VENDEDORES NO, POR FAVOR. Volvió a guardar el bloc y la cinta en el bolsillo izquierdo, luego sacó la llave del derecho y la deslizó en la cerradura. Antes de darle vuelta, examinó brevemente la papeleta rosa que acababa de pegar.
A pesar del frío y el cansancio, no pudo evitar una sonrisa. Era un buen chiste, en realidad, sobre todo si se consideraba la forma en que conducía Buster. Era un milagro que no hubiese matado a alguien. Sin embargo, no le gustaría estar en los zapatos del hombre cuyo nombre aparecía en el extremo inferior de la papeleta de advertencia. Buster se pondría bastante malhumorado. Nunca supo aguantar una broma, ni cuando era niño.
Dio vuelta a la llave. La cerradura se abrió con facilidad. Nettie entró en la casa.
4
-¿Más café? -preguntó Keeton.
-Ya no -dijo Myrtle-. Estoy tan llena como una garrapata -sonrió.
-Vamos a casa, entonces. Quiero ver el juego de los Patriotas en la televisión -miró su reloj-. Si nos damos prisa, creo que llegaré a la patada inicial.
Myrtle asintió, más feliz que nunca. La televisión estaba en la sala, y si Dan quería ver el partido, no se pasaría la tarde encerrado en el estudio.
-Pues démonos prisa -dijo.
Keeton levantó un dedo autoritario.
-¿Mesero? Tráigame la cuenta, por favor.
5
Nettie se olvidó de que quería volver pronto a casa; se sentía a gusto en la casa de Buster y Myrtle.
Por una parte, estaba caliente. Por la otra, estar aquí dentro le daba a Nettie una sensación inesperada de poder; era como ver dos vidas humanas reales entre bastidores. Empezó por subir a la planta alta y revisó todas las habitaciones. Eran muchas, también, si se consideraba que no había niños, pero, como le gustaba decir a su madre, el que tiene, puede.
Abrió los cajones de la cómoda de Myrtle y examinó su ropa interior. Algunas prendas eran de seda, de calidad, pero Nettie consideró que a pesar de que eran finas, se veían viejas. Lo mismo se aplicaba a los vestidos que colgaban en su lado del clóset. Nettie entró al cuarto de baño, donde hizo un inventario de las píldoras en el gabinete para las medicinas, y de ahí, al cuarto de costura, donde admiró las muñecas. Una casa agradable. Una bonita casa. Lástima que fuese una mierda el hombre que vivía ahí.
Nettie consultó el reloj y supuso que debería empezar a pegar las pequeñas papeletas rosas. Y lo haría, por supuesto.
Tan pronto como terminara de ver la planta .baja de la casa.
6
-Danforth, ¿no vamos demasiado aprisa? -preguntó Myrtle con la respiración entrecortada cuando rebasaron a un camión de pulpa que iba a baja velocidad. Un automóvil que venía en dirección contraria hizo sonar con fuerza la bocina mientras Keeton volvía a su carril.
-Quiero alcanzar la patada inicial -dijo, y dio vuelta en el camino Maple Sugar, pasando por un letrero que decía CASTLE ROCK 12.5 KM.
7
Nettie encendió la televisión -los Keeton tenían una gran Mitsubishi a colores- y vio algunas escenas de la superpelícula del domingo. Ava Gardner y Gregory Peck eran los protagonistas, Gregory parecía estar enamorado de Ava, aunque era difícil saberlo; podría ser que estuviese enamorado de

la otra mujer. Los sucesos eran posteriores a una gran guerra nuclear. Gregory Peck era capitán de un submarino. Nada de esto le interesaba gran cosa a Nettie, así que apagó la televisión, pegó una papeleta rosa en la pantalla y se dirigió a la cocina. Revisó el contenido de las alacenas (los platos eran Corelle, muy bonitos, pero las sartenes y las cacerolas no eran nada del otro mundo), después curioseó en el refrigerador. Arrugó la nariz. Demasiadas sobras. El exceso de sobrantes era señal infalible de descuido en el manejo de la casa. Estaba segura de que Buster ni siquiera lo sabía. Los hombres como Buster Keeton no eran capaces de encontrar el camino en la cocina ni con un mapa y un perro guía.

Consultó el reloj de nuevo y se sobresaltó. Había pasado una buena cantidad de tiempo dando vueltas por la casa. Demasiado tiempo. Rápidamente, empezó a arrancar las papeletas rosas y a pegarlas en los objetos -el refrigerador, la estufa, el teléfono que colgaba en el muro de la cocina, junto a la entrada de la cochera, la saliente del comedor-. Y entre más aprisa trabajaba, más nerviosa se ponía.

8

Nettie apenas iniciaba su tarea cuando el Cadillac rojo de Keeton cruzaba Tin Bridge y tomaba el camino vecinal Watermill hacia Castle View.

-¿Danforth? -preguntó de pronto Myrtle-. ¿Te importaría dejarme en la casa de Amanda Williams? Sé que es necesario que te desvíes un poco, pero ella tiene mi cacerola para fondue. Pensé... -la sonrisa tímida llegó y desapareció en su rostro de nuevo-. Pensé que podría prepararte, prepararnos, algo especial. Para el partido de futbol. Nada más detente un momento en la puerta.

Keeton abrió la boca para decirle que tendría que desviarse bastante para llevarla a casa de los Williams, que el partido estaba a punto de empezar y que mañana podría recoger la maldita cacerola para fondue. De todos modos, no le gustaba el queso caliente y derretido. Era muy probable que la condenada sustancia estuviese llena de bacterias.

Pero recapacitó antes de responderle. Aparte de él mismo, la Junta de Concejales estaba formada por dos bastardos estúpidos y una perra estúpida. Mandy Williams era la perra. El viernes pasado, Keeton había puesto todo su empeño para ver a Bill Fullerton, el barbero del pueblo, y a Harry Samuels, el único empresario de pompas fúnebres en Castle Rock. También había puesto todo su empeño para que las visitas parecieran accidentales, pero no lo eran. Siempre cabía la posibilidad de que la Junta de Contribuciones les hubiese enviado cartas a ellos también. Había comprobado que no era el caso con estos dos -al menos, no todavía-, pero la golfa Williams había estado fuera del pueblo el viernes.

-Bueno -dijo, y luego agregó-: Podrías preguntarle si ha llegado a su conocimiento algún asunto del pueblo. Cualquier cosa que requiera que me ponga en contacto con ella.

-Oh, cariño, sabes que nunca puedo retener esa clase de cosas...

-Lo sé. Pero puedes preguntar nada más. No creo que seas demasiado tonta para preguntar, ¿o sí?

-No -musitó Myrtle apresurada, en voz baja.

Keeton le palmeó la mano.

-Discúlpame.

Myrtle lo miró con una expresión de asombro total. Keeton le había pedido disculpas. Myrtle creía que lo había hecho en una ocasión u otra en sus años de matrimonio, pero no podía recordar la fecha.

-Sólo pregúntale si los chicos del Estado han estado molestando últimamente con algún asunto -dijo-. Normas sobre el uso de la tierra, el maldito alcantarillado... impuestos, tal vez. Quiero llegar a la patada inicial del partido, si no, entraría y le preguntaría yo mismo.

-Está bien, Dan.

La casa de los Williams estaba a mitad de camino de Castle View. Keeton condujo el Cadillac hasta la entrada y se estacionó detrás del auto de la mujer. Era extranjero, desde luego. Un Volvo. Keeton se imaginaba que era posible que la golfa fuese una comunista disimulada o lesbiana o ambas cosas.

Myrtle abrió su puerta y bajá; enviándole en un relámpago otra vez la tímida sonrisa, ligeramente nerviosa, mientras descendía.

-Estaré en casa en media hora.

-Perfecto. No olvides preguntarle si ha sabido de alguna novedad en los asuntos municipales -dijo.

Y si la versión de Myrt, confusa como sería, con toda seguridad, de lo que había dicho Amanda Williams le ponía un solo pelo de punta en el cuello, Keeton lo verificaría personalmente con la golfa... mañana. Esta tarde no. Esta tarde era suya. Se sentía demasiado bien para ver siquiera a Amanda Williams, ya no digamos conversar con ella.

A duras penas esperó a que Myrtle cerrara la portezuela para poner el Cadillac en reversa y retroceder a la calle de nuevo.

9

Nettie acababa de pegar la última de las hojas rosas en la puerta del clóset del estudio de Keeton, cuando oyó que llegaba un auto. Un chillido apagado se le escapó de la garganta. Por un momento, se quedó paralizada, inmóvil por completo.

¡Me atrapó!, gritó su mente mientras escuchaba el suave y mullido burbujeo del gran motor del Cadillac. ¡Me atrapó! ¡Oh, Jesús Salvador misericordioso y humilde, me atrapó! ¡Me matará!
La vox del señor Gaunt habló en respuesta. Ahora no era amistosa; era fría y autoritaria y provenía de un lugar profundo en el centro del cerebro de Nettie. Si te atropa, es probable que TÉMATE, Nettie. Y si te dejas llevar por el pánico, te atrapará con toda seguridad. La respuesta es simple: serénate. Sal de la habitación. Ahora misma. No corras, pero camina rápido. Y en el mayor silencie que puedas.
Nettie so apresuró por el tapete turco de segunda mano en el piso del estudio, las piernas tan rígidas como palos, murmurando "El señor Gaunt sabe más" en una letanía silenciosa, y entró en la sala. Rectángulos de papel rosa la miraban feroces desde lo que parecía toda la superficie disponible. Incluso uno colgado de la lámpara central, en una larga tira de cinta.
Ahora el motor del auto emitía un sonido hueco, resonante. Buster había entrado a la cochera.
¡Sal, Nettie! ¡Vete en seguida! ¡Ahora es tu única oportunidad!
Corrió por la sala, se tropezó con un taburete y cayó de boca. Se golpeó la cabeza contra el piso casi con tanta fuerza como para perder el sentido; casi lo habría perdido, con certeza, si no ha sido por la delgada protección de un tapete suelto. Por su campo de visión patinaron brillantes luces. Se puso de pie con dificultad, apenas consciente de que le sangraba la frente, y manipuló con torpeza la perilla de la puerta principal, mientras se apagaba el motor en la cochera. Lanzó una mirada por encima del hombro en dirección a la cocina. Podía ver la puerta de la cochera, la puerta por la que entraría Buster. En ella, estaba pegado uno de los papeles rosas.
La perilla giró bajo su mano, pero no se abrió la puerta. Parecía que estaba atrancada.
Desde la cochera llegó un pesado sonido soup-chunc cuando Keeton cerró la portezuela del auto. Después, el traqueteo de la puerta automática al deslizarse por los rieles. Nettie oyó que sus pisadas rechinaban por el concreto. Buster venía silbando.
La mirada alarmada de Nettie, parcialmente oscurecida por la sangre de la cortadura en la frente, cayó sobre el seguro de la cerradura. Estaba puesto. Por eso no se abría la puerta. Debió haberlo oprimido ella misma cuando entró, aunque no se acordaba de haberlo hecho. Lo quitó, abrió la puerta y salió.
Menos de un segundo más tarde se abrió la puerta entre la cochera y la cocina. Danforth Keeton entró, desabotonándose el abrigo. Se detuvo. El silbido murió en sus labios. Se quedó ahí, con las manos congeladas en el acto de soltarse uno de los botones inferiores del abrigo, los labios todavía fruncidos, y miró alrededor de la cocina. Se le empezaron a dilatar los ojos.
Si en ese momento hubiese ido a la ventana de la sala, habría visto a Nettie corriendo frenéticamente por el césped, el abrigo desabrochado ondulando a su alrededor como las alas de un murciélago. Es posible que no la hubiese reconocido, pero, sin duda, habría visto que era una mujer, y eso podría haber cambiado radicalmente los acontecimientos posteriores. Sin embargo, la vista de todas esas papeletas rosas lo inmovilizó y, en la primera conmoción, su mente sólo fue capaz de producir dos palabras, y dos palabras únicamente. Se encendían intermitentes dentro de su cabeza como un gigantesco anuncio de neón, con letras en rojo brillante: ¡LOS PERSEGUIDORES!, ¡LOS PERSEGUIDORES!, ¡LOS PERSEGUIDORES!
10
Nettie llegó a la acera y corrió por Castle View lo más rápido que pudo. Los tacones de sus zapatillas tamborileaban un aterrorizado tatuaje y sus oídos la convencieron de que escuchaba más pies que los propios -Buster estaba detrás de ella, Buster la perseguía, y
cuando Buster la alcanzara, podría lastimarla... pero eso no importaba. No importaba porque podría hacerle algo peor que lastimarla. Buster era un hombre importante en el pueblo y si quería que la enviaran de regreso a Juniper Hill, la enviarían sin duda. Así que Nettie siguió corriendo-. La sangre le escurría por la frente y le entraba en un ojo, y por un momento vio el mundo a través de un lente rojo pálido, como si todas las elegantes casas en el View hubiesen empezado a rezumar sangre. Se lo limpió con la manga del abrigo y prosiguió la huida.
La acera estaba desierta y, dentro de las casas, la mayoría de los ojos estaban orientados hacia el partido de los Patriotas contra los Jets. Sólo una persona vio a Nettie.
Tansy Williams, recién llegada después de pasar dos días en Portland, donde había ido con su mamá a visitar al abuelo, estaba asomada a la ventana de la sala, chupando un pirulí, con Owen, el oso de peluche, bajo el brazo izquierdo, cuando pasó Nettie con alas en los talones.
-Mami, una señora va corriendo -informó Tansy.
Amanda Williams estaba sentada en la cocina con Myrtle Keeton. Cada una tenía una taza de café. Sobre la mesa, entre ellas, estaba la cacerola del fondue. Myrtle acababa de preguntar si había algún asunto en el pueblo del que Dan debía enterarse y Amanda consideró muy extraña la pregunta. Si Buster quería saber algo, ¿por qué no había venido él en persona? Y para el caso, ¿por qué una pregunta de este tipo en un domingo por la tarde, en primer lugar?
-Cariño, mamá está hablando con la señora Keeton.
-Tenía sangre en la frente -continuó el informe de Tansy. Amanda le sonrió a Myrtle.

-Le dije a Buddy que si iba a alquilar "Atracción Fatal" debía esperar a que se acostara Tansy para verla.
Mientras tanto, Nettie seguía corriendo. Cuando llegó al cruce de Castle View y Laurel, tuvo que detenerse por unos momentos.
Ahí estaba la biblioteca pública, y un muro de piedra curvo corría alrededor del césped. Se recargó contra el, jadeando y sollozando sin aliento, mientras el viento la atacaba violento, tirando de su abrigo. Se oprimía el costado izquierdo con las manos, ya que sentía una punzada profunda.
Miró hacia atrás, colina arriba, y vio que la calle estaba desierta. Después de todo, Buster no la estaba persiguiendo; no era más que su imaginación. Después de unos minutos, hurgó en los bolsillos del abrigo en busca de un Kleenex para limpiarse la sangre del rostro. Encontró uno, y también se dio cuenta de que ya no tenía la llave de la casa de Buster. Podría habérsele caído mientras corría colina abajo, pero pensaba que era más probable que la hubiese dejado en la cerradura principal. ¿Pero qué importancia tenía eso? Lo importante era que había logrado salir antes de que la viera Buster. Le daba gracias a Dios por haber escuchado la voz del señor Gaunt en el momento crítico, olvidándose de que el señor Gaunt era el responsable de su presencia en la casa de Buster.
Miró la mancha de sangre en el Kleenex y comprobó que la herida no era tan mala como pudo haber sido. Parecía que estaba disminuyendo la hemorragia. También estaba desapareciendo la punzada en el costado. Se separó del muro de roca y empezó a caminar penosamente hacia su casa, con la cabeza baja, para que no se viera la herida.
Su casa, en eso era en lo que debía pensar. Su casa y la hermosa pantalla de cristal de colores. Su casa y la superpelícula del domingo. Su casa y Raider. Cuando estuviera en su casa con la puerta cerrada con llave, las persianas bajadas, la televisión encendida y Raider dormido a sus pies, todo esto parecería un horrible sueño -la clase de pesadillas que había tenido en Juniper Hill después de que mató a su marido.
Su casa, ése era el sitio para ella.
Nettie caminó un poco más aprisa. Pronto llegaría.
11
Después de la misa, Pete y Wilma Jerzyck tomaron un almuerzo ligero con los Pulaski y, una vez terminado el almuerzo, Pete y Jake Pulaski se acomodaron frente a la televisión para ver si los Patriotas le daban una patada a algún trasero de Nueva York. A Wilma no le interesaba un comino el futbol ni el beisbol, baloncesto o hockey, para el caso. El único deporte profesional que le gustaba era la lucha y, aunque Pete no lo sabía, Wilma lo hubiese abandonado sin mayor preámbulo por el Jefe Jay Strongbow.
Ayudó a Frida con los platos y luego dijo que se iba a casa para ver el resto de la superpelícula del domingo -era "On the Beach", con Gregory Peck-. Le avisó a Pete que se llevaría el auto.
-Está bien -le respondió Pete, sin separar los ojos de la televisión-. No me importa caminar.
-Te vendrá bastante bien -murmuró Wilma en voz baja cuando salía.
En realidad, Wilma estaba de buen humor, y el motivo principal era la Noche de Casino. El padre John no estaba cediendo en la forma en que Wilma temía que lo hiciera y le había agradado su actitud de esta mañana durante la homilía, la cual se llamaba "Cuidemos cada uno nuestro propio jardín". Su tono había sido tan apacible como de costumbre, pero no había nada apacible en sus ojos azules o en la barbilla echada hacia adelante. Wilma y todos los asistentes habían captado el mensaje implícito en sus fantásticas metáforas acerca de jardines: si los bautistas insistían en meter la nariz colectiva en la parcela católica de zanahorias, se llevarían una patada en su trasero colectivo.
La idea de dar patadas en los traseros (particularmente en esa escala) siempre ponía a Wilma de buen humor.
La perspectiva de patear traseros no era el único placer para Wilma ese domingo. Por una vez, no había tenido que preparar una complicada comida para el domingo y Pete estaba estacionado con Jake y Freda. Si tenía suerte, Pete se pasaría toda la tarde viendo hombres que trataban de romperse mutuamente el bazo y ella podría ver la película en paz. Pero primero planeaba una visita a su vieja amiga Nettie. Pensaba que tenía bastante desconcertada a Nettie la loca y eso estaba muy bien... como inicio. Pero sólo como inicio. Lo supiera o no, Nettie todavía tenía que pagar por esas sábanas enlodadas. Ya era hora de darle unas cuantas sacudidas más a la Señorita Enfermedad Mental 1991. Esta perspectiva llenó de entusiasmo a Wilma, y condujo a casa lo más rápido que pudo.
12
Como un hombre en un sueño, Danforth Keeton caminó hasta el refrigerador y arrancó la hoja cosa pegada ahí. Las palabras
ADVERTENCIA POR INFRACCIÓN DE TRÁFICO
estaban escritas con letras mayúsculas negras en la parte superior. Debajo de estas palabras, se leía el siguiente mensaje:
Esto no es más que una ADVERTENCIA... ¡pero, por favor, léala y acótela!

Se ha observado que ha violado una o más leyes de tráfico. Por ahora, el oficial en turno ha elegido "limitarse a una amonestación", pero ha registrado la marca, modelo y número de matrícula de su auto, y se le infraccionará la próxima vez. Recuerde que las leyes de tráfico son PARA TODOS.
¡Conduzca a la defensiva!
¡Llegue con vida!
¡Su Departamento de Policía local se lo agradece!
Bajo el sermón estaba una serie de espacios asignados para MARCA, MODELO y MATRÍCULA No. En los dos primeros espacios de la papeleta estaban impresas las palabras Cadillac y Seville. Impreso con todo esmero en el espacio para MATRÍCULA No. decía:
BUSTER 1
La mayor parte de la papeleta estaba ocupada con una lista de las infracciones de tráfico más comunes, como omisión de señales, desobediencia a la señal de alto y estacionamiento en lugares prohibidos. Ninguna de éstas estaba marcada. Hacia el final aparecían las palabras OTRAS) INFRACCIÓN(ES) seguidas por dos renglones en blanco. En los renglones para describir la infracción, había un mensaje escrito con esmero también, en pequeñas letras mayúsculas.
SER EL MAMÓN MÁS GRANDE DE CASTLE ROCK
En la parte-inferior, un renglón tenía impresas las plabras OFICIAL EN TURNO. La firma en facsímile en este renglón era Norris Ridgewick.
Despacio, muy despacio, Keeton apretó el puño sobre la papeleta rosa. Crujió, se dobló y se arrugó. Por fin, desapareció entre los grandes nudillos de Keeton. Estaba de pie a la mitad de la cocina, mirando a su alrededor todas las demás papeletas rosas. Una vena marcaba el compás en el centro de su frente.
-Lo mataré -susurró Keeton-. Juro por Dios y todos los santos que voy a matar a esa mierda huesuda.
13
Cuando Nettie llegó a casa, sólo era la una y veinte, pero ella sentía que había estado fuera durante meses, o tal vez años. Mientras caminaba por el sendero de cemento hasta la puerta; los terrores se deslizaron de sus hombros como pesas invisibles. La cabeza todavía le dolía a resultas de la caída, pero pensaba que si la suerte de haber vuelto a casa a salvo, y sin que la detectaran, tenía un costo, el dolor de cabeza era un precio módico.
Aún tenía su propia llave; estaba en el bolsillo del vestido. La sacó y la insertó en la cerradura.
-¿Raider? -llamó mientras la giraba-. ¡Raider, ya llegué!
Abrió la puerta.
-¿Dónde está el pequeñito de mamá, hummm? ¿Dónde estd? ¿Tiene hambre el pequeñín? -el vestíbulo estaba oscuro y al principio no vio el pequeño bulto en el piso. Sacó la llave de la cerradura y entró-. ¿Tiene mucha hambre el pequeñín de mamá? ¿Tiene taaanta hambre...?
Su pie tropezó con algo que era rígido y blando a la vez y su voz se detuvo a mitad de la simpleza. Miró hacia abajo y vio a Raider.
Al principio, trató de convencerse a sí misma de que no veía lo que sus ojos le decían que veía -no era, no era, no era-. No era Raider el que estaba en el piso con algo que sobresalía en su pecho; ¿cómo podría serlo?
Cerró la puerta y, con una mano, tanteó frenética el interruptor de la pared. Por fin, se encendió la luz en el vestíbulo y vio con toda claridad. Raider yacía en el piso. Yacía sobre la espalda, en la postura que adoptaba cuando quería ,que lo rascaran, y había algo rojo que resaltaba en él, algo que parecía... parecía...
Nettie profirió un grito agudo de lamento, tan agudo que sonó como el zumbido de un mosquito gigantesco, y cayó de rodillas junto a su perro.
-¡Ralder! ¡Oh, Jesús Salvador, misericordioso y humilde! ¡Oh, Dios mío, Raider ; no estás muerto, ¿verdad? ¿No estás muerto?
Su mano fría -muy fría- palpó el objeto que sobresalía del pecho de Raider, igual que unos cuantos segundos antes había palpado el interruptor de la luz. Por fin, logró sostenerlo y lo extrajo, con una fuerza proveniente de los pozos más profundos de su dolor y horror. El sacacorchos salió con un áspero sonido desgarrannte, llevándose consigo trozos de carne, pequeños coágulos de sangre y marañas de pelo. Dejó un oscuro agujero irregular del tamaño de una posta de diez por cuatro. Nettie prorrumpió en un terrible chillido de dolor. Dejó caer el sacacorchos ensangrentado y tomó en brazos el pequeño cuerpo rígido.
-¡Raider! -gritó-. ¡Oh, mi perrito! ¡No! ¡Oh, no! -Meció al perro contra el pecho, tratando de devolverle la vida con su calor, pero parecía que era imposible que le transmitiera calor. Estaba frío: Frío.
Algún tiempo después colocó el cuerpo sobre el piso del vestíbulo y palpó a su alrededor hasta que encontró la navaja del ejército suizo con el criminal sacacorchos que destacaba del mango. Lo recogió con los dedos entumecidos, pero una buena parte de ese entumecimiento se desvaneció cuando vio una nota atravesada en el arma asesina. La sacó con dedos torpes y la sostuvo frente a

ella. El papel estaba tieso por la sangre de su pobre perrito, pero aun así pudo leer las palabras garabateadas en la nota.
NADIE ARROJA LODO A MIS SABANAS LIMPIAS.
TE DIJE QUE ME LAS PAGARIAS!
La expresión de pena y horror distraídos desapareció lentamente de los ojos de Nettie. La sustituyó una clase horrenda de entendimiento que brillaba como plata pulida. Sus mejillas, las cuales se habían puesto tan pálidas como la leche cuando por fin comprendió lo que había sucedido, empezaron a llenarse con un color rojo oscuro. Sus labios se retiraron con lentitud de los dientes. Miró la nota con los dientes al desnudo. De la boca abierta salieron dos palabras ásperas, abrasantes, roncas y ríspidas.
-¡Perra... perversa!
Arrugó el papel en el puño y lo tiró contra la pared. Rebotó y cayó cerca del cadáver de Raider. Nettie se abalanzó sobre la nota, la levantó y escupió en ella. Después, volvió a arrojarla. Se puso de pie y caminó muy despacio hacia la cocina, sus manos se abrían y cerraban en puños, y luego se abrían como con un resorte para cerrarse de nuevo.
14
Wilma Jerzyck condujo el pequeño Yugo amarillo hasta la entrada, se bajó y caminó con energía hacia la puerta principal, buscando la llave en el bolso. Tarareaba en voz baja "El amor hace que gire el mundo". Encontró la llave, la colocó en la cerradura... y se de tuvo cuando captó un movimiento casual con el rabillo del ojo. Miró a su derecha y se quedó boquiabierta.
Las cortinas de la casa ondeaban en el vigoroso viento de la tarde. Ondeaban fuera de la casa. Y la razón por la que ondeaban fuera de la casa era que la gran ventana panorámica, cuya reposición les había costado a los Clooney cuatrocientos dólares cuando la rompió el idiota de su hijo con una pelota de beisbol tres años antes, estaba destrozada.
Desde el marco, largas flechas de cristal apuntaban para dentro hacia el agujero central.
-¿Qué demonios? -gritó Wilma, y dio vuelta a la llave con tanta fuerza que casi la rompe en la cerradura.
Corrió al interior, afianzó la puerta para cerrarla de golpe y se quedó paralizada. Por primera vez en su vida, el asombro había inmovilizado por completo a Wilma Wadlowski Jerzyck.
La sala era una ruina. La televisión, la hermosa televisión de pantalla grande, de la cual todavía debía once pagos, estaba hecha pedazos. Las entrañas negras y humeantes. El cinescopio yacía en la alfombra en un millar de fragmentos relucientes. Al otro lado de la habitación había un enorme boquete en una de las paredes de la sala. Debajo del boquete estaba un gran paquete, con forma de hogaza de pan. Había otro en el umbral de la cocina.
Cerró la puerta y se acercó al objeto en el umbral. Una parte de su mente, no del todo coherente, le decía que tuviera cuidado, podía ser una bomba. Cuando pasó junto a la televisión, percibió un aroma picante, desagradable; una cruza entre aislantes chamuscados y tocino quemado.
Se puso en cuclillas junto al paquete en el umbral y vio que no era un paquete, en realidad; al menos, no en el sentido acostumbrado. Era una piedra envuelta en una hoja de papel de cuaderno rayado que se sostenía en su lugar con una liga. Soltó el papel de un tirón y leyó este mensaje:
TE DIJE QUE ME DEJARAS EN PAZ.
ÉSTA ES LA ÚLTIMA ADVERTENCIA .
De.-Yués de leerlo dos veces, miró la otra piedra. Fue hacia ella y le quitó la hoja de papel sujeta con la liga. Idéntico papel. Idéntico mensaje. Se puso de pie, sosteniendo en cada mano una hoja de papel, y miró repetidamente de una a la otra, con ojos que se movían como los de una mujer que presencia un partido de tenis de mesa muy reñido. AL fin, pronunció tres palabras:
-Nettie. Esa golfa.
Caminó hasta la cocina e inhaló entre los dientes con un jadeo áspero, silbante. Se cortó la mano con una astilla de cristal al sacar la piedra del microondas y se extrajo, distraída, la astilla de la palma antes de retirar el papel sujeto a la piedra. Llevaba el mismo mensaje.
Wilma recorrió rápidamente las demás habitaciones en la planta baja y observó más daños. Recogió todas las notas. Todas eran iguales. Después, regresó a la cocina. Contempló los destrozos con incredulidad.
-Nettie -dijo de nuevo.
Ya se empezaba a derretir el iceberg de la conmoción. La primera emoción que lo remplazó no fue el enojo, sino la incredulidad. Vaya, pensó, esa mujer realmente debe de estar loca. Tiene que estarlo si cree que puede hacerme algo así, ¡a mí!, y vivir para contarlo. ¿Con quién cree que estd tratando, Rebecca de Bobilandia?
La mano de Wilma se cerró en las notas con un espasmo. Se inclinó y se frotó con energía el amplio trasero con el arrugado clavel de papel que sobresalía de su puño.
-¡Me limpio el jodido trasero con tu última advertencia! -vociferó y arrojó los papeles.
Miró de nuevo todo el interior de la cocina con los ojos asombrados de un niño. Un agujero en el microondas. Una gran abolladura en el refrigerador Amana. Trozos de vidrio por todos lados. En

la otra habitación, la televisión, la cual les había costado casi mil seiscientos dólares, olía como un Fry-O-Lator lleno de excremento caliente de perro. ¿Y quién había hecho todo esto? ¿Quién?
Pues nada menos que Nettie Cobb. La Señorita Enfermedad Mental 1391.
Wilma empezó a sonreír.
Una persona que no conociera a Wilma podría haber confundido esa sonrisa con una sonrisa amable, bondadosa, una sonrisa de amor y buena disposición hacia el prójimo. Sus ojos brillaban con cierta emoción intensa; los incautos podrían confundirla con exaltación. Pero si Peter Jerzyck, quien la conocía mejor que nadie, hubiese visto su expresión en ese momento, habría corrido en dirección contraria con toda la rapidez que le permitieran las piernas.
-No -dijo Wilma con una voz suave, casi acariciarte-. Oh, no, nena. No entiendes. No entiendes lo que significa joder a Wilma. No tienes la menor idea de lo que significa joder a Wilma Wadlowski Jerzyck.
La sonrisa se amplió.
-Pero lo sabrás.
En el muro cercano al microondas, estaban colocadas dos tiras de acero imantado. La mayor parte de los cuchillos que se sostenían en esas tiras se habían caído con la piedra que Brian había encuadrado en el RadarRange; estaban sobre la cubierta del gabinete de la cocina en un montón confuso, como de palillos chinos. Wilma eligió el más largo, un cuchillo Kingsford para trinchar con un mango de hueso blanco y, lentamente,, resbaló la mano herida a lo largo del borde de la hoja, manchando el filo con sangre.

-Te voy a enseñar todo lo que necesitas saber.
Con el cuchillo en el puño, Wilma atravesó la sala, aplastando con los tacones bajos de los zapatos negros para la iglesia los cristales de la ventana rota y el cinescopio de la televisión. Salió de la casa sin cerrar la puerta y cruzó el césped en dirección a la calle Ford.
15
Al mismo tiempo que Wilma estaba seleccionando un cuchillo entre el desordenado montón sobre el gabinete de la cocina, Nettie Cobb sacaba una cuchilla de carnicero de uno de los cajones de su propia cocina. Sabía que era cortante, ya que hacía menos de un mes que Bill Fullerton se la había afilado en la barbería.
Nettie se dio vuelta y caminó lentamente por el vestíbulo hacia la puerta principal. Se arrodilló por un momento junto a Raider, su pobre perrito que nunca le había hecho daño a nadie.
-Se lo advertí -dijo en voz baja, mientras acariciaba la piel de Raider-. Se lo advertí, le di todas las oportunidades a esa polaca demente. Le di todas las oportunidades del mundo. Mi querido perrito. Espérame. Espérame, porque pronto estaré contigo.
Se puso de pie y salió de la casa, sin ocuparse más de la puerta de lo que Wilma se había ocupado de la suya. La seguridad ya no le interesaba a Nettie. Se detuvo en el pórtico un momento, respiró profundamente y después cruzó el césped en dirección a la calle Willow.
16
Danforth Keeton corrió al estudio y abrió de golpe la puerta del clóset. Gateó hasta el fondo. Durante un terrible momento, pensó que el juego había desaparecido, que se lo habían llevado, junto con su futuro, el maldito perseguidor intruso, hijo de puta, del asistente del comisario. En eso, sus manos cayeron sobre la caja y arrancó la tapa. Todavía estaba ahí la pista de carreras de hojalata. Y el sobre escondido debajo de ella. Lo dobló de un lado a otro, escuchando el crujido de los billetes en el interior, y lo volvió a guardar.
Corrió a la ventana para comprobar si ya venía Myrtle. Ella no debía ver las papeletas rosas. Tenía que recogerlas antes de que regresara, ¿y cuántas eran? ¿Cien? Miró alrededor del estudio y las vio pegadas por todas partes. ¿Un millar? Sí, tal vez. Tal vez un millar. Incluso dos mil no parecía una cifra descabellada.
Bueno, si ella llegaba antes de que hubiera limpiado, tendría que esperar en la entrada, porque no le permitiría entrar hasta que cada una de esas malditas cosas perseguidoras se estuviera quemando en la estufa de leña de la cocina. Cada... maldita... cosa.
Arrancó la papeleta que colgaba de la lámpara. La cinta adhesiva se pegó en sus mejilla y se la quitó con un pequeño chillido de enojo. En ésta, una sola palabra destacaba en el renglón reservado para OTRAS) INFRACCION(ES):
DESFALCO
Corrió a la lámpara de mesa junto a su sillón. Quitó la papeleta pegada a la pantalla.
OTRAS) INFRACCION(ES):
MALVERSACIÓN DE FONDOS MUNICIPALES
La televisión:
JODER CABALLOS
El cristal del Premio a la Buena Ciudadanía del Club de Leones, colocado sobre la repisa de la chimenea:
SEXO ANAL CON SU MADRE

La puerta de la cocina:
DESPILFARRO COMPULSIVO DE DINERO
EN EL HIPÓDROMO DE LEWISTON
La puerta de la cochera:
PSICÓTICO CABEZA DE MIERDA PARANOIDE
Las reunió con la mayor celeridad posible, los ojos muy abiertos y sobresalientes en el rostro carnoso, el escaso cabello de punta en el desorden más completo. Al poco rato estaba jadeando y tosiendo, y se empezaba a extender sobre sus mejillas un color púrpura rojizo. Se veía como un niño obeso con el rostro de un adulto, en una extraña búsqueda del tesoro, desesperadamente importante. Quitó una del frente del clóset para la porcelana.
ROBO DE LOS FONDOS DE PENSIONES DEL PUEBLO
PARA JUGAR A LOS CABALLOS
Keeton se dirigió a toda velocidad al estudio, con una pila de papeletas apretadas en la mano derecha y tiras de cinta colgando del puño, y empezó a quitar más papeletas. Las que estaban aquí se concretaban a un solo tema, con horrible exactitud:
DESFALCO
ROBO
HURTO
DESFALCO
FRAUDE,
MALVERSACIÓN
MALA ADMINISTRACIÓN
DESFALCO
Esa palabra, deslumbrante, clamorosa, acusadora, sobre todas las demás:
OTRA(S) INFRACCION(ES):
DESFALCO
Creyó oír algo en el exterior y corrió de nuevo a la ventana. Tal vez fuera Myrtle. O tal vez fuera Norris Ridgewick que venía a refocilarse y reírse. En ese caso, Keeton sacaría la pistola y le daría un tiro. Pero no en la cabeza. No. Un tiro en la cabeza sería demasiado bueno, demasiado rápido, paria una basura como Ridgewick. Keeton le abriría un agujero en el vientre y lo dejaría que gritara hasta morirse en el césped.
Pero sólo era el Scout de los Garson, rodando cuesta abajo por el View hacia el pueblo. Scott Garson era el banquero más importante del pueblo. Keeton y su esposa cenaban algunas veces con los Garson; eran personas muy agradables y Garson también era importante en el terreno político. ¿Qué pensaría si viese esas papeletas? ¿Que pensaría de esa palabra, DESFALCO, que destacaba una y otra vez en las papeletas rosas de infracción, gritando como una mujer a quien se intenta violar a mitad de la noche?
Volvió corriendo al comedor, jadeante. ¿Había pasado por alto alguna? No lo creía. Las había recogido todas, al menos en la...
¡No! ¡Ahí estaba una! ¡Justo en el bolo del poste de la escalera! ¿Qué habría pasado si no la ve? ¡Dios mío!
Corrió a ella, y la arrancó.
MARCA: MIERDAMÓVIL
MODELO: VIEJO Y CANSADO
MATR = : BASTARDO 1
OTRAS) INFRACCION(ES): ENREDOS FINANCIEROS
¿Más? ¿Había más? Keeton recorrió a toda velocidad las habitaciones de la planta baja. Se le había salido el faldón de la camisa de los pantalones y su vientre velludo se sacudía desgobernado sobre la hebill del cinturón. No vio más... al menos, aquí abajo.
Después de otra mirada rápida, frenética, por la ventana para cerciorarse de que Myrtle no estaba a la vista, subió las escaleras como rayo, el corazón estallándole en el pecho.
17
Wilma y Nettie se encontraron en la esquina de Willow y Ford. Ahí se detuvieron, mirándose una a la otra como pistoleros de una película del oeste, en versión italiana. El viento ondulaba con fuerza sus abrigos. El sol se asomaba y escondía entre las nubes; las sombras de ambas iban y venían como visitantes esporádicos.
En ninguna de las dos calles había tráfico, ni peatones en las aceras. Eran dueñas de esta pequeña esquina en la tarde otoñal.
-¡Mataste a mi perro, golfa!
-¡Y tú rompiste mi televisión! ¡Me rompiste las ventanas! ¡Destrozaste mi microondas, loca de mierda!
-¡Te lo advertí!
-¡Métete la advertencia por tu sucio trasero!
-¡Te voy a matar!

-¡Si das un solo paso, te aseguro que morirá alguien, pero no seré yo!
Wilma dijo esas palabras con alarma y un inicio de desconcierto; la expresión de Nettie la obligaba a darse cuenta, por primera vez, de que las dos podrían estar a punto de enzarzarse en un conflicto más serio que tirarse del cabello o desgarrarse las ropas. ¿Qué estaba haciendo Nettie aquí, en primer lugar? ¿Qué había sucedido con el elemento sorpresa? ¿Cómo se había agravado a tal grado la situación con tanta rapidez?
No obstante, en la naturaleza de Wilma había una vena profunda de cosaco polaco, una parte que consideraba irrelevantes esas preguntas. Aquí había que librar una batalla; eso era lo importante.
Nettie avanzó hacia ella, alzando la cuchilla en el movimiento. Sus labios se retiraron de los dientes y un largo aullido desgarró su garganta.
Wilma se agachó, sosteniendo el cuchillo hacia adelante como una navaja gigantesca. Cuando Nettie se acercó, Wilma lo impulsó hacia el frente. El cuchillo se hundió en los intestinos de Nettie y luego ascendió, hendiendo el estómago, lo cual hizo que brotara un chorro de sustancia fétida. Wilma sintió un momento de terror por lo que había hecho -¿realmente sería Wilma Jerzyck la que estaba en el otro extremo del acero enterrado en Nettie?- y se relajaron los músculos de su brazo. El ímpetu ascendente del cuchillo murió antes de que la hoja pudiese alcanzar el corazón de Nettie, el cual bombeaba frenético.
-¡OOOH, MUJERZUELA! -gritó Nettie, y arremetió con la cuchilla en un movimiento descendente. Se enterró hasta el mango en el hombro de Wilma y le rompió la clavícula con un crujido sordo.
El dolor, una enorme empalizada de dolor, disipó cualquier pensamiento objetivo de la mente de Wilma. Sólo quedó el cosaco enloquecido. Extrajo el cuchillo de un tirón.
Nettie también liberó su cuchilla. Necesitó las dos manos para hacerlo y, cuando logró finalmente arrancarlo del hueso, del agujero sangriento en su vestido se resbaló una masa de entrañas y colgó ante ella en un nudo reluciente.
Las dos mujeres dieron una vuelta con lentitud; los pies imprimían huellas en su propia sangre. La acera empezó a verse como un sobrenatural diagrama de baile de Arthur Murray. Nettie sentía que el mundo pulsaba en su entorno y aparecía y desaparecía en grandes círculos lentos -el color se escapaba de los objetos, dejándola con una borrosa imagen blancuzca y luego regresaba lentamente-. El latido del corazón le llegaba a los oídos, en clamorosos ruidos sordos, tortuosos. Sabía que estaba herida, pero no sentía dolor. Pensaba que Wilma le había dado un pequeño tajo en el costado, o algo así.
Wilma sabía lo grave que era su herida; se daba cuenta de que ya no podía levantar el brazo derecho y de que estaba empapada en sangre la espalda de su vestido. Sin embargo, no tenía intención de siquiera tratar de huir. Nunca había huido en su vida y no iba a empezar ahora.
-¡Hey! -les gritó una persona con voz delgada desde el otro lado de la calle-. ¡Hey! Señoras, ¿qué están haciendo? ¡Deténganse! ¡Deténganse o llamo a la policía!
Wilma volvió la cabeza en esa dirección. En el momento en que se desvió su atención, Nettie avanzó y desplazó la cuchilla en un arco radical, tajante. Penetró en la curva de la cadera de Wilma y percutió en el hueso pélvico, rompiéndolo. La sangre fluyó en un abanico. Wilma gritó y osciló hacia atrás, barriendo con el cuchillo el aire frente a ella. Sus pies se enredaron y cayó en la acera con un ruido sordo.
-¡Hey! ¡Hey! -era una anciana, de pie en su pórtico, que se apretaba al cuello un chal de color de ratón. Los lentes le amplificaban los ojos en ruedas acuosas de terror. Ahora pregonó con su voz clara y aguda de anciana-: ¡Auxilio! ¡Policía! ;Se están matando! ¡SE ESTÁN MATAAANDO!
La mujeres en la esquina de Willow y Ford no le prestaron atención. Wilma había caído en un montón sangriento junto a una señal de alto y, cuando Nettie se tambaleó hacia ella, se impulsó hasta quedar sentada contra el poste y sostuvo el cuchillo en el regazo, apuntando hacia arriba.
-Vamos, perra -gruñó-. Ven por mí, si te atreves.
Nettie se atrevió, la boca en movimiento. La maraña de sus intestinos se balanceaba de un lado a otro contra su vestido como un feto prematuro. Su pie derecho tropezó con el pie izquierdo extendido de Wilma y cayó hacia adelante. El cuchillo para trinchar la traspasó justo debajo del esternón. Gruñó en medio de una bocanada de sangre, levantó la cuchilla y la bajá con fuerza. Se enterró en la punta de la cabeza de Wihna Jerzyck con un solo sonido apagado: ; Chonck! Wilma empezó a convulsionarse, su cuerpo corcoveando y revolviéndose bajo el de Nettie. Cada sacudida y cada espasmo hundían más el cuchillo para trinchar.
-Mató a... mi... perrito jadeó Nettie, escupiendo con cada palabra una fina nube de sangre en el rostro vuelto hacia arriba de Wilma. Después se estremeció todo su cuerpo y quedó inmóvil. Cuando cayó hacia el frente, su cabeza golpeó el poste de la señal de alto.
El pie convulso de Wilma se resbaló al arroyo. Se le salió el zapato negro para la iglesia y aterrizó en un montón de hojas, con el tacón bajo apuntando hacia las nubes presurosas. La punta del pie se flexionó una vez... una vez más... y se relajó.
La dos mujeres yacieron ceñidas una sobre la otra como dos amantes, su sangre pintando las hojas de color canela en el arroyo.

-¡ASESINAAAATO! -proclamó de nuevo la anciana al otro lado de la calle, y después se balanceó hacia atrás y cayó desmayada a todo lo largo en su propio piso
Ahora, los demás vecinos se asomaban a las ventanas y abrían las puertas, preguntándose unos a otros qué había pasado, salían a los pórticos y céspedes, se acercaban al escenario primero con cautela, para después retroceder a toda prisa, con las manos sobre la boca, al ver no sólo lo que había pasado, sino el sangriento resultado final.
Por fin, alguien llamó a la oficina del comisario.
18
Polly Chalmers caminaba lentamente por la calle Main hacia Cosas Necesarias, con las manos adoloridas envueltas en el par de mitones más abrigadores, cuando escuchó la primera sirena de Policía. Se detuvo y observó que una de las tres patrullas Plymouth color café de la policía del condado pasaba disparada por el cruce de Main y Laurel, las torretas girando y destelleando. Ya iba a más de ochenta kilómetros por hora y seguía acelerando. Muy de cerca, la, seguía una segunda patrulla.
Polly se quedó mirándolas con el ceño fruncido hasta que se perdieron de vista. Las sirenas y las patrullas de la policía a toda velocidad eran una rareza en The Rock. Se preguntaba qué habría pasado -suponía que algo bastante más serio que un gato que se trepó a un árbol-. Alan se lo diría cuando hablara esa noche.
Polly miró al frente de nuevo y vio a Leland Gaunt de pie en el umbral de su tienda, observando también las patrullas con una expresión de leve curiosidad en el rostro. Bueno, eso respondía una pregunta: estaba en la tienda. Nettie no la había llamado para decirle si estaría o no. Eso no sorprendió mucho a Polly; la superficie de la mente de Nettie era un tanto resbaladiza y tendían a despegarse las cosas.
Siguió caminando calle arriba. El señor Gaunt miró a su alrededor y la vio. Su rostro se iluminó con una sonrisa.
-¡Señorita Chalmers! ¡Qué gusto me da que haya venido!
Polly sonrió con tristeza. El dolor, el cual se había suavizado un rato esa mañana, ahora estaba de regreso, hundiendo la red de crueles alambres delgados en la carne de sus manos.
-Pensaba que habíamos quedado en Polly.
-Polly, entonces. Pase... es un placer verla. ¿Qué es esa conmoción?
-No lo sé -dijo Polly. Gaunt sostuvo la puerta para que entrara y ella pasó delante de él a la tienda-. Supongo que alguien resultó herido y necesita ir al hospital. La Asistencia Médica en Norway es muy lenta los fines de semana. No obstante, ¿por qué enviaría la despachadora dos patrullas...?
El señor Gaunt cerró la puerta detrás de ellos. La campana tintineó. La persiana de la puerta estaba cerrada y, con el sol en dirección contraria, en el interior de Cosas Necesarias reinaba la penumbra... pero, pensó Polly, si alguna vez puede ser agradable la penumbra, ésta lo es. Una pequeña lámpara para lectura lanzaba un círculo dorado sobre el mostrador, junto a la antigua caja registradora del señor Gaunt. También estaba ahí un libro abierto. La isla del tesoro, de Robert Louis Stevenson.
El señor Gaunt la miraba solícito y Polly tuvo que sonreír de nuevo ante la expresión de preocupación en sus ojos.
-Estos últimos días me han dolido las manos como el demonio -dijo-. Me figuro que no me veo como Demi Moore, precisamente.
-Se ve como una mujer que está muy cansada y muy molesta -respondió Gaunt.
La sonrisa vaciló en el rostro de Polly. En la voz de Gaunt había comprensión y una profunda compasión, y por un momento temió que esa percepción la incitara a las lágrimas. El pensamiento que mantuvo a raya el llanto fue uno muy extraño: Las manos de él. Si lloro, tratara de consolarme. Me pondrd las manos encima.
Polly reforzó la sonrisa.
-Sobreviviré; siempre lo he hecho. Dígame, ¿por casualidad vino Nettie Cobb?
-¿Hoy? -frunció el ceño-. No; hoy no. Si hubiese venido le habría mostrado una pieza nueva de cristal de colores que recibí ayer. No es tan bonita como la que le vendí la semana pasada, pero pensé que podría interesarle. ¿Por qué me lo pregunta?
-Oh... ninguna razón en especial -se excusó Polly-. Mencionó que era posible que viniese, pero Nettie... Nettie olvida las cosas con frecuencia.
-Me da la impresión de que es una mujer que ha tenido una vida difícil -dijo el señor Gaunt con seriedad.
-Sí. En efecto -Polly pronunció estas palabras lenta y mecánicamente. Parecía que no podía apartar los ojos de los de él. En eso, una de sus manos rozó contra el borde de una de las vitrinas y ese incidente ocasionó que se rompiera el contacto visual. A Polly se le escapó un pequeño lamento sofocado.
-¿Está usted bien?
-Sí, perfectamente -dijo Polly, pero era mentira... estaba a kilómetros de distancia de sentirse perfectamente.

El señor Gaunt lo advirtió de inmediato.
-No, no está bien -opinó en tono terminante-. Por lo tanto, prescindiremos de las banalidades. Ya recibí el objeto que le mencionaba en mi nota. Se lo voy a dar y la enviaré a su casa.
-¿Dármelo?
-Oh, no le estoy ofreciendo un regalo -dijo mientras se dirigía a la caja registradora-. Aún no nos conocemos lo suficiente, ¿no es verdad?
Polly sonrió. Era evidente que era un hombre bondadoso, un hombre quien, naturalmente, quería ser amable con la primera persona que se mostró atenta con él en Castle Rock. Pero le resultaba difícil responderle -incluso le era difícil seguir la conversación-. El dolor en las manos era monstruoso. Deseaba no haber venido y, a pesar de la notoria bondad, todo lo que quería era salir de la tienda, irse a casa y tomarse una píldora.
-Es la clase de objeto que el vendedor tiene que ofrecer a prueba, si es una persona con ética, quiero decir -sacó un arillo de llaves, seleccionó una y abrió el cajón bajo la caja registradora-. Lo prueba un par de días y si descubre que no tiene ningún valor para usted... y debo decirle que es probable que ése sea el caso... me lo devuelve. Si, por el contrario, le proporciona cierto alivio, entonces hablaremos del precio -le sonrió-. Y para usted, el precio será el más módico posible, se la aseguro.
Polly lo miró, intrigada. ¿Alivio? ¿De qué estaba hablando?
Sacó una pequeña caja blanca y la colocó sobre el mostrador. Quitó la tapa con las extrañas manos de dedos largos y extrajo un objeto de plata, de tamaño reducido, con una cadena, de la capa de algodón en el interior. Parecía ser una especie de collar, pero lo que colgaba cuando el señor Gaunt metió los dedos entre la cadena se asemejaba a una esfera para té o un dedal de dimensiones fuera de lo normal.
-Es egipcio, Polly. Muy antiguo. No tan antiguo como las pirámides... ¡cielos, no!, pero aún así, es muy antiguo. Hay algo dentro. Me imagino que alguna clase de hierba, aunque no estoy seguro -movió los dedos de un lago a otro. La esfera de té de plata (si eso era) osciló en el extremo de la cadena. Algo se movió dentro, algo que hizo un sonido polvoriento, deslizante. A Polly le pareció vagamente desagradable.
-Se le llama azka, o tal vez azakah -dijo el señor Gaunt-. De cualquier forma, es un amuleto que se supone que protege contra el dolor.
Polly intentó una sonrisa. Quería ser amable, pero realmente... ¿había venido hasta aquí para esto? El objeto no tenía siquiera un valor estético. Era feo, en pocas palabras.
-En realidad, no creo...
-Yo tampoco, pero en ocasiones las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Le aseguro que es auténtico... en el sentido de que no está hecho en Taiwan, por lo menos. Es una auténtica pieza artesanal egipcia; no llega a reliquia, pero es una antigüedad, sin duda, del periodo de la Declinación Tardía. Viene con un certificado de origen el cual lo identifica como un instrumento de benkalitis, o magia blanca. Quiero que se lo lleve y lo use. Supongo que suena tonto. Lo es, probablemente. Pero en el cielo y en la tierra existen cosas más fantásticas de lo que nos imaginamos, incluso en nuestros momentos de filosofía más disparatada.
-¿Lo cree en verdad? -preguntó Polly.
-Sí. En mi vida he visto cosas que, en comparación, hacen ver a un medallón o amuleto curativo como algo ordinario -un destello fugitivo vaciló momentáneamente en sus ojos castaños-. Tantas cosas. Los rincones más recónditos del mundo están llenos de chucherías fabulosas, Polly. Pero eso no tiene importancia; usted es el punto en cuestión.
-Incluso el afro día, cuando sospeché que el dolor no era tan intenso como ahora, me. di cuenta de lo desagradable que se ha vuelto su situación. Pensé que valdría la pena probar este pequeño... objeto... Después de todo, ¿qué puede perder? Nada de lo que ha intentado le ha dado resultado, ¿no es cierto?
-Le aprecio la intención; señor Gaunt, la aprecio, créame, pero...
-Leland, por favor.
-Sí, está bien. Aprecio su intención, Leland, pera me temo que no soy supersticiosa.
Polly levantó la vista y vio club los brillantes ojos castaños estaban fijos en ella.
-No importa si lo es a no, Polly .... porque esto lo es -movió los dedos. El azka se agitó suavemente en el extremo de la cadena.
Polly abrió la boca de nuevo, pero esta vez no salieron las palabras. Se encontró recordando un día de la primavera pasada. Cuando se fue a casa, Nettie dejó olvidado su ejemplar de Inside View. Mientras lo hojeaba distraída, dando un vistazo a historias sobre bebés lobos en Cleveland y una formación geológica en la luna que se veía como el rostro de John F. Kennedy, Polly había llegado a un anuncio de algo que se llagaba el Disco de Gracián de los Antiguos. Se suponía que curaba dolores de cabeza, de estómago y artritis.
En el anuncio destacaba un dibujo en blanco y negro. Mostraba a un sujeto con una barba larga y un sombrero de brujo (Nostradamus o Gandalf, supuso Polly), que sostenía un objeto que parecía un molinete para niño sobre el cuerpo de un hombre en una silla de ruedas. 11 dispositivo con apariencia de molinete lanzaba un cono de resplandor sobre el inválido y, aun cuando el anuncio no

lo decía claramente, la implicación parecía ser que el sujeta estaría bailando a todo vapor en el Copacabana en una noche o dos.
Era ridículo, desde luego, fantochadas supersticiosas para las personas cuyas mentes flaquean o fallan, tal vez, bajo la embestida constante del dolor y la incapacidad, pero aun así...
Había permanecido sentada, mirando el anuncio por un largo rato y, con todo y lo ridículo que era, casi había llamado al número de teléfono 800 para pedidos que aparecía en el extremo inferior de la página. Porque tarde o temprano...
-Tarde o temprano, la persona que sufre explora hasta las sendas más cuestionables, si cabe la remota posibilidad de que esas sendas conduzcan al alivio -dijo el señor Gaunt-. ¿No es cierto?
-Yo... yo no...
-Trasplantes de médula... terapia de frío... guantes térmicos... incluso tratamientos de radiación... ninguno ha resultado, ¿verdad?
-¿Cómo sabe todo eso?
-Es imperativo que un buen comerciante conozca las necesidades de sus clientes -dijo el señor Gaunt, con la suave voz hipnótica. Se acercó a ella, sosteniendo la cadena de plata en un ancho círculo con el azka colgando en el extremo. Polly se encogió ante las largas manos con uñas correosas.
-No tema, querida dama. No le tocaré ni un solo cabello. No la tocaré si está tranquila... y permanece quieta.
Y Polly se tranquilizó. Se quedó quieta. Se mantuvo con las manos (todavía encerradas en los mitones de lana) cruzadas recatadamente al frente, y permitió que el señor Gaunt pasara la cadena de plata sobre su cabeza. Lo hizo con la gentileza de un padre que baja el velo de novia de su hija. Polly se sentía muy distante del señor Gaunt, de Cosas Necesarias, de Castle Rock, de sí misma, incluso. Se sentía como si estuviese de pie en una planicie polvosa, bajo un cielo interminable, a cientos de kilómetros de cualquier ser humano.
El azka cayó sobre el cierre de su abrigo corto de piel con un pequeño tintineo.
-Póngaselo dentro de la chaqueta. Y cuando llegue a casa, colóquelo debajo de su blusa. Para el máximo efecto, debe usarse pegado a la piel.
-No puedo ponerlo dentro de la chaqueta -dijo Polly entono bajo, somnoliento-. El cierre... no puedo abrir el cierre.
-¿No? Inténtelo.
Polly se quitó uno de los mitones y probó. Para su gran sorpresa, el pulgar y el índice de la mano derecha se flexionaron lo suficiente para agarrar la laminilla del cierre y bajarlo.
-¿Ve cómo sí puede?
La pequeña esfera de plata cayó sobre el frente de su blusa. Le pareció muy pesada a Polly y la sensación no era cómoda, precisamente. Se preguntaba qué habría en el interior, qué era lo que producía ese sonido polvoriento, deslizante. El señor Gaunt había dicho que era alguna clase de hierba, pero no se oía como hojas o polvo siquiera. Tuvo la impresión de que algo se movía ahí dentro por voluntad propia.
Por lo visto, el señor Gaunt entendía su incomodidad.
-Se acostumbrará a él, y mucho antes de lo que piensa. Créame, se acostumbrará.
Afuera, a miles de kilómetros de distancia, Polly oyó más sirenas. Sonaban como espíritus inquietos.
El señor Gaunt se dio vuelta y, cuando sus ojos se apartaron del rostro de Polly, ésta sintió que volvía su concentración. Se sentía un poco aturdida, pero bien, a la vez. Sentía como si acabase de tomar una siesta, corta, pero satisfactoria. Había desaparecido la sensación de incomodidad e intranquilidad.
-Todavía me duelen las manos -dijo, y era cierto... pero, '-le dolían con la misma intensidad? Percibía un ligero alivio, pero podría ser sugestión únicamente; presumía que, en su determinación de obligarla a aceptar el azka, el señor Gaunt había ejercido alguna clase de hipnosis sobre ella. O podría ser el calor de la tienda, después del frío de la calle.
-Dudo que el efecto prometido sea instantáneo -insistid el señor Gaunt en tono seco-. Sin embargo, dele una oportunidad... ¿Lo hará, Polly?
Polly encogió los hombros.
-Está bien.
Después de todo, ¿qué podrá perder? La esfera era bastante pequeña, por lo que apenas abultaría bajo una blusa y un suéter. Si nadie sabía que la llevaba, no tendría que responder a preguntas sobre ella, y eso era muy conveniente; Rosalie Drake tendría curiosidad, y Alan, quien era tan supersticioso como el tronco de un árbol, lo consideraría gracioso, probablemente. En cuanto a Nettie... bien, lo más seguro era que Nettie guardara un silencio reverente si sabía que Polly llevaba un amuleto mágico auténtico, como los que vendían en su amado Inside View.
-No debe quitárselo ni siquiera en la ducha -dijo el señor Gaunt-. No es necesario. La esfera es de plata y no se oxida.
-¿Y si lo hago?

Gaunt tosió con suavidad en la mano, como mortificado.
-Bueno, el efecto benéfico del azka es acumulativo. El usuario está un poco mejor hoy, mañana, un poco mejor aún, y así sucesivamente. Eso es lo que se me dijo, al menos.
-¿Quién se lo dijo?, pensó Polly.
-Sin embargo, si se quita el azka, el usuario retrocede a la anterior etapa dolorosa, y de golpe, no paulatinamente, y cuando se vuelve a poner el azka, tendrá que esperar días o semanas, tal vez, para recuperar el terreno perdido.
Polly se rió un poco. No lo pudo evitar, y se tranquilizó cuando se le unió Leland Gaunt.
-Sé cómo se oye -aceptó-,pero sólo deseo ayudarla, si puedo. ¿Me cree?
-Le creo -dijo Polly-, y se lo agradezco.
No obstante, mientras permitía que la acompañase a la puerta, su mente continuaba cuestionando otros pormenores de lo sucedido. Por ejemplo, el estado cercano a un trance en el que se había sumido cuando le deslizó la cadena sobre la cabeza. Su fuerte repulsión ante la posibilidad de que la tocara. Esos detalles resultaban contradictorios con los sentimientos de amistad, consideración y compasión que Gaunt proyectaba como un aura casi visible.
¿La había hipnotizado en alguna forma? Era una idea tonta... ¿no? Trató de recordar cómo se había sentido con exactitud cuando hablaban sobre el azka y no pudo. Si Gaunt había hecho algo así, sin duda había sido por accidente y con ayuda de ella. Lo más probable era que el exceso de Percodanes le hubiese causado un estado de confusión. Era lo que le disgustaba más de las píldoras. No, se imaginaba que era lo que más le disgustaba en segundo lugar. Lo que odiaba realmente de las píldoras era que ya no funcionaban como se suponía.
-Si supiera conducir, la llevaría a su casa -dijo el señor Gaunt-, pero me temo que nunca aprendí.
-No hay problema -lo tranquilizó Polly-. Aprecio mucho su amabilidad.
-Agradézcame si le funciona -respondió-. Que tenga uña hermosa tarde, Polly.
En el aire se elevaban más sirenas. Provenían del lado este del pueblo, por las calles Elm, Willow, Pond y Ford. Polly se volvió en esa dirección. En el sonido de las sirenas, en especial en una tarde tan tranquila, había algo que evocaba presagios siniestros, o imágenes completas, de muerte inminente. El sonido empezó a desvanecerse, desenvolviéndose como un mecanismo de reloj invisible en el brillante aire otoñal.
Polly se dio vuelta para comentarle algo sobre las sirenas al señor Gaunt, pero ya estaba cerrada la puerta. El letrero que decía
CERRADO
colgaba entre la persiana cerrada y el cristal, oscilando suavemente de un lado a otro en su cuerda. Gaunt había regresado al interior, de modo tan sigiloso, que no lo había oído.
Polly empezó a caminar despacio hacia casa. Antes de que llegara al final de la calle Main, otro auto de la policía, éste una patrulla de la policía estatal, pasó como ráfaga.
19
-¿Danforth?
Myrtle Keeton entró por la puerta principal hasta la sala. Hacía equilibrios con la cacerola para fondue bajo el brazo izquierdo, mientras trataba de sacar la llave que Danforth había dejado en la cerradura.
-¡Danforth, ya llegué!
No hubo respuesta y la televisión no estaba encendida. Esto era muy extraño: se veía tan firme su intención de estar en casa a la hora de la patada inicial. Por unos instantes se preguntó si su marido se habría ido a otro sitio, con los Garson, tal vez, para ver el partido con ellos, pero estaba cerrada la puerta de la cochera, lo que significaba que había encerrado el auto. Y Danforth nunca caminaba a ninguna parte, si podía evitarlo, especialmente por el View, que era una pendiente.
-¿Danforth? ¿Dónde estás?
Continuó el silencio. En el comedor, estaba volcada una silla. Con el ceño fruncido, Myrtle dejó la cacerola para fondue en la mesa y enderezó la silla. Las primeras hebras de preocupación, finas como las de una telaraña, invadieron su mente. Caminó hacia la puerta del estudio, la cual estaba cerrada. Cuando llegó a ella, acercó la cabeza a la madera y escuchó. Estaba segura de que podía oír el suave rechinado de la silla del escritorio.
-¿Danforth? ¿Estás ahí dentro?
Ninguna respuesta... pero creyó que había oído una tos baja. La preocupación se convirtió en alarma. Danforth había estado bajo una gran presión últimamente, era el único de los concejales del pueblo que trabajaba a toda intensidad, y pesaba más de lo conveniente. ¿Y si hubiese sufrido un ataque al corazón? ¿Y si estuviese tirado en el piso? ¿Si el sonido que oía no era tos, sino Danfroth que trataba de respirar?
La hermosa mañana y principio de la tarde que habían pasado juntos, convertían esas especulaciones en una posibilidad tangible: primero, la dulce concentración, después, el derrumbe estrepitoso. Llevó la mano a la perilla de la puerta del estudio... después la retiró y la usó para darse tironcitos nerviosos en la piel floja bajo la mandíbula. Unas cuantas ocasiones devastadoras le

habían enseñado que nadie molestaba a Danforth en su estudio sin tocar antes... y que nunca, nunca, nunca se debía entrar sin invitación a su sanctum sanctorum.
Sí, pero si le dio un ataque al corazón... o... o...
Pensó en la silla volcada y la recorrió una nueva alarma.
Supongamos que sorprendió a un ladrón al llegar a casa. ¿Si el ladrón golpeó a Danforth en la cabeza, lo dejó inconsciente y lo arrastró hasta el estudio?
Llamó a la puerta con un frenesí de nudillos.
-¿Danforth? ¿Estás bien?
Tampoco obtuvo respuesta. No se oía ningún ruido en la casa, excepto el solemne tic-tac del reloj del abuelo en la sala y... sí, estaba segura; el rechinado de la silla en el estudio de Danforth.
La mano empezó a deslizarse hacia la perilla de nuevo.
-¿Danforth, estás...?
Las puntas de los dedos ya estaban, de hecho, tocando la perilla, cuando la voz de Keeton le respondió con un rugido, lo que hizo que retrocediera de un salto, con un grito débil.
-¡Déjame en paz! ¿No me puedes dejar en paz, vieja estúpida?
Myrtle emitió un quejido. El corazón le martilleaba violentamente en la garganta. No sólo era la sorpresa; era la rabia y odio desenfrenado que transmitía la voz. Después de la mañana tranquila y agradable que habían pasado, no la habría lastimado más si le hubiese acariciado la mejilla con un puñado de navajas filosas.
-Danforth... creí que estabas herido... -su voz era un diminuto jadeo que apenas oía ella misma.
-¡Déjame en paz! -por el sonido, ahora estaba justo al otro lado de la puerta.
Oh, Dios mío, se le oye como sise hubiese vuelto loco. ¿Puede suceder eso? ¿Cómo puede suceder eso? ¿Qué ocurrió después de que me dejó en casa de A manda?
Pero no había respuestas a estas preguntas. Sólo había dolor. Subió lentamente a la planta alta, sacó la hermosa muñeca nueva del clóset en el cuarto de costura y entró a su dormitorio. Se quitó los zapatos y se acostó en su lado de la cama con la muñeca en los brazos.
En alguna parte, a lo lejos, oyó sirenas en confluencia. No les prestó atención.
A esta hora del día, el dormitorio era muy acogedor, lleno del brillante resplandor del sol de octubre. Myrtle no lo vio. Sólo veía oscuridad. Sólo sentía una tristeza que no podía aliviar ni la maravillosa muñeca. La desdicha parecía llenarle la garganta e impedirle la respiración.
Oh, hoy había sido tan feliz... tan feliz. Él también había estado contento. Con seguridad. Y ahora las cosas estaban peor que antes. Mucho peor.
¿Qué había sucedido?
Oh, Dios, ¿qué había pasado y quién era el responsable?
Myrtle abrazó la muñeca y miró al techo, y después de un rato empezó a llorar con grandes sollozos desafinados que estremecían todo su cuerpo.

Once

1

Quince minutos antes de la medianoche de ese largo domingo de octubre, al parecer interminable, se abrió una puerta en el sótano del ala estatal del hospital del Valle de Kennebec y el comisario Alan Pangborn pasó por ella. Caminaba lentamente, con la cabeza baja. Sus pies, envueltos en zapatillas sanitarias elásticas, se arrastraban por el linóleo. Una vez cerrada, en la puerta se podía leer el siguiente letrero:
MORGUE
SE PROHIBE LA ENTRADA SIN AUTORIZACIÓN
En el extremo del corredor, un afanador con uniforme gris utilizaba una pulidora para sacarle brillo al piso con movimientos lentos, perezosos. Alan caminó hacia él, en tanto se quitaba la gorra del hospital de la cabeza. Se levantó la bata verde que llevaba y guardó la gorra en el bolsillo trasero de los pantalones de mezclilla. El suave zumbido de la pulidora le causaba un efecto adormecedor. Un hospital en Augusta era el último lugar en la tierra donde hubiera querido estar esta noche.
Cuando Alan se acercó, el afanador levantó la vista y apagó la máquina.
-No se ve muy bien, amigo -saludó a Alan.
-No me sorprende. ¿Tiene un cigarrillo?
El afanador sacó una cajetilla de Luckies del bolsillo del pecho y la sacudió para que Alan tomara uno.
-Aquí no puede fumar -dijo. Señaló con un movimiento de cabeza la puerta de la morgue-. Al doc Ryan le da un ataque.
Alan asintió.
-¿Dónde?
El afanador lo llevó a un corredor que cruzaba y le mostró una puerta a la mitad del mismo.
-Ésa da al callejón a un lado del edificio. Pero sosténgala abierta con algo o tendrá que dar toda la vuelta hasta el frente si quiere volver acá. ¿Tiene cerillas?
Alan empezó a caminar por el corredor.

-Traigo un encendedor. Gracias por la fumada.
-Oí que hubo doble función esta noche -comentó el afanador.
-En efecto -dijo Alan sin darse vuelta.
-Las autopsias son horribles, ¿no es cierto?
-Sin duda -asintió Alan.
Detrás de él, se reinició el suave zumbido de la pulidora. Eran horribles, en efecto. Las autopsias de Nettie Cobb y Wilma Jerzyck habían sido la vigésimo tercera y vigésimo cuarta de su carrera, y todas habían sido horribles, pero éstas habían sido las peores.
La puerta que le había señalado el afanador estaba equipada con un dispositivo cierrapuertas automático. Alan buscó a su alrededor algo para sostenerla abierta y no vio nada que le sirviera. Se quitó la bata verde, la enrolló y abrió la puerta. De inmediato entró el aire de la noche, frío, pero increíblemente refrescante después del olor a alcohol rancio de la morgue y el cuarto contiguo para las autopsias. Alan colocó la bata contra el quicio de la puerta y salió al exterior. Con todo cuidado, dejó que se cerrara la puerta, se cercioró de que la bata evitaría que cayera el pestillo y se olvidó del asunto. Se recargó contra la pared de tabique junto a la raya de luz del ancho de un lápiz que escapaba a través de la puerta ligeramente entreabierta y encendió el cigarrillo.
La primera inhalación hizo que le diera vueltas la cabeza. Llevaba casi dos años tratando de dejar el cigarrillo y casi lo lograba todo el tiempo. Pero, de repente, surgía algo. Eso era la maldición y la bendición del trabajo de policía; siempre surgía algo.
Miró hacia las estrellas, una visión que, por lo general, siempre ejercía en él un efecto calmante, y no pudo distinguir muchas, las opacaban las luces de alta intensidad que rodeaban al hospital. Pudo identificar a la Osa Mayor, Orión y un débil punto rojizo que probablemente fuera Marte, pero eso fue todo.
Marte, pensó. Eso es. Lo es, sin duda. Los guerreros de Marte aterrizaron en Castle Rock alrededor del mediodía y Nettie y la pendenciera de Wilma fueron las primeras personas que se encontraron. Los guerreros las mordieron y les contagiaron la rabia. Es la única explicación lógica.
Pensó en entrar y decirle a Henry Ryan, el Investigador Médico en Jefe del Estado de Maine: Fue un caso de intervención espacial, Doc. Caso cerrado. Dudaba que le pareciera gracioso a Ryan. Para él también había sido una noche muy larga.
Alan dio una profunda fumada al cigarrillo. Le supo a gloria, a pesar de los mareos, y pensó que podía entender el motivo por el que se prohibía fumar en las áreas públicas de todos los hospitales de Estados Unidos. Juan Calvino* (*Juan Calvino, teólogo y reformador, 1509-1564.)tenía toda la razón: nada que haga que uno se sienta tan bien puede ser benéfico. Mientras tanto, deme nicotina, jefe, se siente estupendo.
Pensó distraído en lo agradable que sería comprar un paquete completo de estos mismísimos Luckies, arrancarle los extremos y encender todos los cigarrillos con un soplete. Pensó en lo agradable que sería emborracharse. Suponía que no era la ocasión más idónea para emborracharse. Otra regla inflexible de la vida: Cuando necesitas embriagarte realmente, no puedes hacerlo. Alan se preguntó errático si no serían los alcohólicos del mundo los únicos que tenían las prioridades de la vida en el orden correcto.
Se ensanchó a una franja la raya de luz a sus ,pies. Alan volvió la cabeza y vio a Norris Ridgewick. Norris salió y se recargó en la pared junto a Alan. Todavía llevaba puesta la gorra verde, aunque ladeada, y las cintas para atarla colgaban sobre la espalda de la bata. El color de su piel era casi igual al de la bata.
-Jesús, Alan.
-Fueron tus primeras, ¿no es así?
-No, una vez vi una autopsia cuando estaba en North Wyndham. Un caso de inhalación de humo. Pero éstas... Jesús, Alan.
-Sí -dijo, y exhaló humo-. Jesús.
-¿Tienes otro cigarrillo?
-No... lo siento. Se lo gorreé al afanador -miró al asistente con leve curiosidad-. No sabía que fumabas, Norris.
-No fumo. Pensé que podría empezar.
Alan se rió suavemente.
-Caramba, ya quisiera que fuera mañana para irme de pesca. ¿O se cancelan los días libres hasta que se aclare este desastre?
Alan consideró la pregunta y negó con un movimiento de cabeza. No habían sido los guerreros de Marte; en realidad este asunto se veía muy sencillo. En cierta forma, la misma sencillez contribuía a que fuera tan horrible. No vio razón para cancelar los días libres de Norris.
-Estupendo -dijo Norris, y después agregó-: Pero me puedo quedar, si quieres, Alan. No hay problema.
-No será necesario, Norris -aseguró-. John y Clut han estado en contacto conmigo... Clut se fue con los tipos del Departamento de Investigación Criminal a hablar con Peter Jerzyck, y John está con el

equipo que investiga la parte de Nettie. Ambos han estado en contacto. Está muy claro. Espantoso, pero claro.
Y así era... sin embargo, sentía cierta inquietud. En algún nivel profundo, estaba preocupado.
-Bueno, ¿qué sucedió? Me refiero a que la maldita de la Jerzyck se lo había estado buscando durante años, pero pensé que cuando alguien se le enfrentara por fin todo terminaría con un ojo morado o un brazo roto... pero nunca algo como esto. ¿Se debería a que eligió a la persona equivocada?
-Creo que eso lo cubre todo -dijo Alan-, Wilma inició una disputa con la persona menos indicada en Castle Rock.
-¿Disputa?
-La primavera pasada, Polly le regaló un cachorrito a Nettie. Al principio, ladraba un poco. Wilma estuvo jodiendo al respecto.
-¿En verdad? No recuerdo haber visto la queja.
-Sólo presentó una queja formal. Yo la recogí. Polly me lo pidió. Se sentía, responsable en parte, ya que ella le regaló el perro a Nettie en primer lugar. Nettie nos aseguró que tendría al perro dentro de la casa el mayor tiempo posible y, con eso, dl por terminado el asunto.
-El perro cesó de ladrar, pero, aparentemente, Wilma siguió jodiendo a Nettie. Polly dice que cuando Nettie veía venir a Wilma, se cruzaba la calle, aunque estuviese a dos manzanas de distancia. Nettie hizo todo lo posible por evitarse problemas, excepto hacerle la señal para conjurar el mal de ojo. Después, la semana pasada, se desbocó. Fue a casa de los Jerzyck, mientras Pete y Wilma estaban en el trabajo, vio las sábanas que colgaban del tendedero y las cubrió con lodo del jardín.
Norris silbó.
-¿Nos llegó esa queja, Alan?
Alan negó con la cabeza.
-Desde entonces hasta esta tarde, todo quedó entre las damas.
-¿Peter Jerzyck no intervino?
-¿Conoces a Pete?
-Bueno... -Norris se quedó callado. Pensó en Pete, Pensó en Wilma. Pensó en los dos juntos. Asintió lentamente-. Temía que Wilma le sacara los ojos si intentaba actuar como árbitro.., así que se hizo a un lado. ¿No fue así?
-Más o menos. En realidad, es posible que haya retrasado los acontecimientos, al menos por unos días. Clut me informó que Pete les dijo á los tipos del Departamento de Investigación Criminal que Wilma quería lanzarse contra Nettie en cuanto vio las sábanas. Estaba lista para los puñetazos. Según parece, llamó a Nettie por teléfono y le dijo que se disponía a arrancarle la cabeza y cagarse en su cuello.
Norris asintió. En el lapso entre la autopsia de Wilma y la de Nettie, habían llamado a despachos a Castle Rock y solicitado un" lista de las quejas en que aparecieran cada una de las dos mujeres. La lista de Nettie era corta: una sola entrada. Había perdido la razón y matado a su marido. Fin de la historia. Ninguna manifestación de agresividad ni antes ni después, incluyendo los últimos años tras su regreso al pueblo. Sin embargo, Wilma era harina de otro costal, por completo. Nunca había matado a nadie, pes la lista de quejas, las presentadas por ella y las recibidas acerca da ella, era bastante larga y se iniciaba en lo que había sido la Preparatoria Castle Rock, donde le había dado un puñetazo en un ojo a una maestra suplente por haberle impuesto un castigo. En dos ocasiones, mujeres angustiadas, que habían tenido la mala suerte o el mal tino de despertar la cólera de Wilma, habían solicitado protección a la policía. Wilma había sido materia de tres denuncias por agresión a través de los años. Al final, se habían retirado los cargos, pero no hacía falta mucho conocimiento para entender que nadie en su sano juicio hubiese elegido joder a Wilma.
-Parece que Wilma encontró la horma de sus zapatos -murmuró Norris.
-Por lo visto.
-La primera vez que quiso ir a casa de Nettie, ¿la disuadió su marido?
-Tenía un método más efectivo. Le dijo a Clut que le puso dos Xanax en una taza de té, y con eso se le enfrió el termostato. De hecho, Jerzyck dice que él pensó que ya estaba terminado ese asunto.
-¿Le crees, Alan?
-Sí, es decir, hasta donde puedo creer a una persona con quien no he hablado cara a cara.
-¿Qué es lo que le puso al té? ¿Droga?
-Un tranquilizante. Jerzyck le dijo al Departamento de Investigación Criminal que lo había usado un par de veces antes, cuando se encolerizaba, y que se calmaba bastante. Pensó que esta vez había ocurrido lo mismo.
-Pero no fue así.
-Creo que al principio sí funcionó. Por lo menos, Wilma no fue a casó de Nettie y empezó a aporrearla. Pero estoy seguro de que siguió acosando a Nettie; ése fue el patrón que estableció cuando estuvieron peleando por el perro. Llamadas por teléfono. Vueltas con el auto. Ese tipo de cosas. Los nervios de Nettie eran muy sensibles. Esa clase de acoso debe haberla afectado

profundamente. John LaPointe y el equipo del DIC al que lo asigné fueron a ver a Polly alrededor de las siete. Polly les dijo que estaba segura de que a Nettie le preocupaba algo. Esta mañana visitó a Polly y se le escapó algo al respecto. Polly no lo entendió en ese momento -Alan suspiró-. Me imagino que ahora desearía haberle prestado un poco más de atención.
-¿Cómo lo está tomando Polly, Alan?
-Bastante bien, creo -había hablado dos veces con ella, la primera desde una casa cerca de la escena del crimen y la segunda desde el hospital, en cuanto llegaron Norris y él. En ambas ocasiones su voz se oía calmada y controlada, pero, debajo de la superficie cuidadosamente conservada, Alan había percibido las lágrimas y la confusión. En la primera llamada, no le sorprendió que ya supiera la mayor parte de lo que había pasado; en los pueblos pequeños, las noticias, particularmente las malas, viajan con gran velocidad.
-¿Qué fue lo que causó que explotara la bomba?
Alan miró a Norris, sorprendido, y entonces se dio cuenta de que aún no lo sabía. Alan había recibido un informe más o menos completo de John LaPointe entre las autopsias, mientras Norris, por el otro teléfono, hablaba con Sheila Brigham y anotaba las listas de quejas relacionadas con ambas mujeres.
-Una de ellas se pasó de la raya -dijo-. Me imagino que fue Wilma, pero todavía están nebulosos los detalles del cuadro. Aparentemente, Wilma fue a casa de Nettie mientras Nettie estaba de visita en casa de Polly esta mañana. Nettie debió haber dejado la puerta sin llave, o sin seguro, y la abrió el viento, ya sabes que hoy estuvo muy fuerte.
-Sí.
-Tal vez su intención no era más que darle una vuelta a Nettie, para mantener caliente el agua. Entonces, Wilma notó que estaba abierta la puerta y el paseo de observación tomó otro cariz. Es posible que no haya sido así exactamente, pero creo que mi deducción está correcta.
Las palabras aún no habían salido de su boca cuando las reconoció como una mentira. No creía que fuese correcta, ése era el problema. Debía ser la correcta, quería que fuese la correcta, pero no lo era. Lo que lo estaba enloqueciendo era que no había razón que justificara esa sensación de equivocación, nada que pudiera concretar, al menos. Si Nettie había estado tan paranoica respecto a Wilma como parecía, con toda seguridad no sólo hubiese cerrado con llave, sino que habría atrancado la puerta... pero eso no era suficiente base para una sospecha. Y no era suficiente porque tampoco Nettie tenía todos los tornillos bien apretados y era imposible hacer deducciones sobre lo que haría o no haría una persona en esas condiciones. Pero, de todos modos...
-¿Qué hizo Wilma? -preguntó Norris-. ¿Desbarató la casa?
-Mató al perro de Nettie.
-¿Qué?
-Ya me oíste.
-¡Jesús! ¡Qué asco de mujer!
-Bueno, eso ya lo sabíamos, ¿no es verdad?
-Sí, pero de todos modos...
Ahí estaba otra vez. Proveniente incluso de Norris Ridgewick, de quien, después de todos estos años, todavía se podía estar seguro de que escribiría el veinte por ciento de sus informes al revés: Sí, pero de todos modos.
-Lo hizo con una navaja del ejército suizo. Usó el sacacorchos y clavó una nota en él, diciendo que en pago por el lodo que Nettie arrojó a las sábanas. A continuación, Nettie se fue a casa de Wilma con un montón de piedras. Las envolvió con unas notas sujetas con ligas. Las notas decían que las piedras eran la última advertencia para Wilma. Las lanzó por todas las ventanas de la planta baja de la casa de los Jerzyck.
-Madre de Dios -dijo Norris, no sin cierta admiración.
-Los Jerzyck se fueron a las diez treinta para asistir a misa de once. Después de misa, almorzaron con los Pulaski. Pete Jerzyck se quedó con Jake Pulaski para ver el juego de los Patriotas, por lo que no hubo forma de que tratara siquiera de calmar a Wilma en esta ocasión.
-¿Se encontraron en la esquina por accidente? -preguntó Norris.
-Lo dudo. Creo que Wilma llegó a su casa, vio los daños y retó a Nettie a que saliera a la calle.
-Como en un duelo, ¿quieres decir?
-Eso es lo que quiero decir.
Norris silbó y permaneció en silencio por unos cuantos minutos, las manos en la espalda, mirando hacia la oscuridad.
-Alan, ¿por qué se supone que debemos asistir a estas malditas autopsias, como sea? -preguntó al fin.
-Protocolo, me imagino -dijo Alan, pero era más que eso... al menos para él. Si te inquietaba la apariencia de un caso o la percepción que te originaba (como le inquietaba la apariencia y la percepción de éste), podrías observar un detalle que sacaría tu cerebro de la posición de neutral y lo pondría en una de las velocidades de avance. Podrías ver un clavo en el cual colgar tu sombrero.

-Bueno, entonces creo que es hora de que el condado contrate a un oficial de protocolo -refunfuñó Norris, y Alan se rió.
Sin embargo, en su interior no reía, y no sólo porque lo ocurrido iba a afectar profundamente a Polly durante los siguientes días. Había algo en el caso que no estaba correcto. Por encima, parecía que todo coordinaba, pero abajo, en el sitio donde habitaba el instinto (y se esconde, algunas veces), incluso la teoría de los marcianos parecía tener más sentido. AL menos para Alan.
¡Hey, vamos! ¿No se lo acabas de describir a Norris, de la A a la Z, en el tiempo que lleva fumarse un cigarrillo?
Sí, en efecto. Eso era parte de su malestar. ¿Dos mujeres, aunque una estuviese medio chiflada y la otra fuera una víbora, se encontraban en la esquina de la calle y se hacían trizas como un par de adictos al crack con una sobredosis por razones tan simples?
Alan no lo sabía. Y porque no lo sabía, lanzó el cigarrillo a lo lejos y empezó a repasar de nuevo todo el incidente.
2
Para Alan, el caso empezó con una llamada de Andy Clutterbuck.
Alan acababa de apagar el partido de los Patriotas contra los Jets (los Patriotas iban abajo por un tanto y un gol de campo, y el segundo cuarto tenía menos de tres minutos de edad) y se estaba poniendo la chaqueta cuando sonó el teléfono. Alan tenía la intención de ir a Cosas Necesarias para ver si estaba el señor Gaunt. Incluso era posible, suponía Alan, que se encontrara ahí con Polly, después de todo. La llamada de Clut había cambiado los planes por completo.
Eddie Warburton, dijo Clut, colgaba el teléfono en el momento en que él, Clut, regresaba del almuerzo. Había una bronca en la sección de las "calles con árboles" del pueblo. Mujeres que peleaban o algo así. Sería conveniente, había dicho Eddie, que Clut llamara al comisario y le informara del problema.
-¿Qué diablos hacía Eddie Warburton contestando el teléfono de la oficina del comisario? -preguntó Alan, irritado.
-Bueno, me imagino que cuando vio que estaba vacía la oficina del despachador, pensó...
-Conoce el procedimiento tan bien como todos nosotros... cuando no hay nadie en la oficina del despachador, se deja que El Bastardo canalice las llamadas que llegan.
-Ignoro por qué contestó el teléfono -dijo Clut con una impaciencia apenas disimulada-, pero no creo que eso sea lo importante. Hace cuatro minutos, cuando estaba hablando con Eddie, recibí la segunda llamada reportando el incidente. Una anciana. No tengo su nombre, o estaba demasiado alterada para dármelo o sencillamente no quiso hacerlo. De cualquier forma, dice que se dio una pelea muy seria en la esquina de Ford y Willow. Fue entre dos mujeres. La persona que llamó dice que usaron cuchillos. Agregó que aún están ahí.
-¿Peleando todavía?
-No... caídas, ambas. La pelea ya terminó.
-Bien -la mente de Alan empezó a engranar con toda rapidez, como un tren express que gana velocidad-. ¿Registraste la llamada, Clut?
-Por supuesto.
-Bueno. Seaton está de servicio, ¿verdad? Dile que vaya para allá de inmediato.
-Ya lo hice.
-Dios te bendiga. Ahora llama a la policía del estado.
-¿Quieres la Unidad de Investigación Criminal?
-Todavía no. Por ahora, sólo infórmales lo sucedido. Te veré ahí, Clut.
Cuando llegó a la escena de los homicidios y vio la extensión del daño, Alan se comunicó por radio con el cuartel general de la policía estatal en Oxford y les pidió que enviaran una Unidad de Investigación Criminal cuanto antes... dos, si era posible. Para entonces, Clut y Seaton Thomas estaban de pie frente a las mujeres caídas, con los brazos extendidos, ordenándoles a los curiosos que regresaran a sus casas. Norris, en cuanto se presentó, dio un vistazo y luego sacó un rollo de cinta amarilla marcada ESCENA DEL CRIMEN NO CRUCE de la cajuela de la patrulla. La cinta estaba cubierta con una espesa capa de polvo y Norris le confesó más tarde a Alan que no había estado seguro de que pegara, de tan vieja que era.
Sin embargo, sí había pegado. Norris la adhirió a los troncos de los robles, formando un triángulo alrededor de las dos mujeres que parecían estar abrazándose al pie de una señal de alto. Los espectadores no habían regresado a sus casas, pero se retiraron a sus propios céspedes. Había cerca de cincuenta, y el número crecía mientras se cruzaban llamadas y los vecinos acudían presurosos a ver los restos. Andy Clutterbuck y Seaton Thomas se veían casi lo bastante nerviosos como para que sacaran las pistolas y empezaran a disparar tiros de advertencia. Alan comprendía su estado de ánimo.
En Maine, el Departamento de Investigación Criminal de la policía del estado es el que se ocupa de las investigaciones de asesinatos, y la etapa más espeluznante para los policías insignificantes (la mayoría, por lo general) es la que transcurre entre el descubrimiento del crimen y la llegada del Departamento de Investigación Criminal. Los policías (ocales y la policía montada del condado

saben perfectamente que es la etapa en que, con más frecuencia, se rompe la llamada cadena de evidencia, Asimismo, la mayoría de ellos saben que lo que suceda durante esa etapa será escudriñado minuciosamente por los peritos de salón -sobre todo los pertenecientes a la judicial y a la oficina del Procurador General-, quienes están convencidos de que los policías de poca monta, incluso los chicos del condado, son un montón de Asistentes Dawg, torpes y desmañados.
Como remate, esos grupos silenciosos de personas de pie en los céspedes al otro lado de la calle, resultaban escalofriantes. A Alan le recordaban los zombies en "Amanecer de los muertos".
Sacó el altavoz activado con baterías del asiento trasero de la patrulla y los pidió que se metieran a sus casas de inmediato. Lo obedecieron con renuencia. En seguida, revisó de nuevo el procedimiento en la cabeza y llamó por radio a la oficina de despachos. Sandra McMillan había acudido a encargarse de las tareas. No era tan eficiente como Sheila Brigham, pero a quien le dan no escoge... y Alan estaba seguro de que en cuanto Sheila se enterara de lo sucedido iría a la oficina lo antes que pudiera. Si no la impulsaba al sentido del deber, lo haría la curiosidad.
Alan le pidió a Sandy que localizara a Ray van Allen. Ray era el investigador médico de emergencia del condado de Castle Rock -y forense del condado, también- y, si era posible, Alan quería que estuviese en la escena del crimen cuando llegara el Departamento de Investigación Criminal.
-Entendido, comisario -dijo Sandy, con aire de importancia-. Fuera.
Alan volvió a donde se encontraban sus oficiales.
-¿Quién de ustedes verificó que están muertas las dos mujeres?
Clut y Seat Thomas se miraron el uno al otro con sorpresa incierta y Alan sintió que se le iba el alma a los pies. Un punto para los peritos de salón -tal vez no-. Todavía no llegaba la primera Unidad de Investigación Criminal, aunque podía oír que se acercaban más sirenas. Alan se agachó y pasó bajo la cinta hasta la señal de alto, caminando de puntillas como un chico que trata de salir de casa después del toque de queda.
La sangre derramada estaba mayormente encharcada entre las víctimas y el arroyo lleno de hojas junto a ellas, pero un fino rocío de gotas, lo que los chicos de la oficina forense llamaban salpicadura posterior, punteaba el área alrededor de los cuerpos, en un círculo desigual. Alan se arrodilló con una pierna justo fuera del círculo, estiró una mano y descubrió que si se inclinaba hacia adelante, en el mismo punto de equilibrio, con un brazo extendido, alcanzaba a tocar los cadáveres; no tenía la menor duda de que eso eran.
Volvió la mirada hacia Seat, Norris y Clut. Estaban apiñados en un nudo, mirándolo con los ojos muy abiertos.
-Tómenme una fotografía.
Clut y Seaton lo miraron como si hubiese dado una orden en tagalo, pero Norris corrió a la patrulla de Alan y buscó en la parte trasera hasta que encontró la vieja Polaroid, una de las que usaban para tomar fotografías de las escenas de crímenes. Cuando se reuniera el comité de asignaciones, Alan planeaba pedir por lo menos una cámara nueva, pero esta tarde parecía que el comité de asignaciones carecía por completo de importancia.
Norris regresó a toda prisa con la cámara, enfocó y disparó. El mecanismo emitió un gemido.
-Será mejor que tomes otra para que estemos seguros -dijo Alan-. Toma también a los cadáveres. No permitiré que esos sujetos digan que rompimos la cadena de evidencia. Que me condene si lo hago -estaba consciente de que su voz transmitía un tono belicoso, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.
Norris tomó otra fotografía para certificar la posición de Alan fuera del círculo de evidencia y la forma en que yacían los cuerpos al pie de la señal de alto. A continuación, Alan se inclinó cautelosamente hacia adelante de nuevo y colocó los dedos en el cuello manchado de sangre de la mujer en la posición superior. No había pulso, desde luego, pero después de unos segundos la presión de los dedos ocasionó que la cabeza se separara del poste y se volviera hacia un lado. Alan reconoció a Nettie de inmediato y pensó en Polly.
Oh, Jesús, pensó.con tristeza. En seguida prosiguió con el proceso de comprobar el pulso de Wilma, aunque ésta tenía una cuchilla enterrada en el cráneo. Sus mejillas y frente estaban salpicadas con pequeños puntos de sangre. Se veían como tatuajes paganos.
Alan se puso de pie y volvió al sitio donde sus hombres estaban de pie, en el otro lado de la cinta. Parecía que no podía dejar de pensar en Polly y sabía que eso estaba mal. Tenía que sacársela de la mente o iba a joder este asunto con seguridad. Se preguntó si alguno de los papamoscas que se acercaron habría identificado a Nettie. De ser así, Polly se enteraría antes de que él pudiese llamarla. Deseaba desesperadamente que no se le ocurriera venir a constatarlo por sí misma.
No te puedes preocupar por eso ahora, se amonestó con severidad. Por las apariencias, tienes un doble asesinato en las manos.
-Saca tu libreta -le dijo a Norris-. Tú eres la secretaria del club.
-Jesús. Alan, ya sabes lo mala que es mi ortografía.
-Tú escribe, nada más.

Norris le entregó la Polaroid a Clut y sacó la libreta del bolsillo trasero. Se le cayó un bloc de Advertencias de Tráfico con su nombre impreso en la parte inferior de cada hoja. Norris se agachó, recogió el bloc de la acera y lo guardó distraído en el bolsillo.
-Quiero que anotes que la cabeza de la mujer en la posición superior, designada Víctima 1, descansaba contra el poste de la señal de alto. Cuando verificaba el pulso, la empujé por accidente.
Qué fácil es caer en la jerga policiaca, pensó Alan, en la cual los autos se convierten en "vehículos" y los maleantes se convierten en "responsables" y las personas que mueren en el pueblo se con vierten en "víctimas designadas". La jerga policiaca, la barrera corrediza de cristal.
Se volvió hacia Clut y le pidió que fotografiara la segunda configuración de los cadáveres, sintiéndose extremadamente aliviado de que Norris hubiese documentado la posición original antes de que tocara a las mujeres.
Clut tomó la fotografía.
Alan se dirigió a Norris de nuevo.
-Quiero que anotes, además, que, cuando se movió la cabeza de la Víctima 1, la pude identificar como Netitia Cobb.
Seaton silbó.
-¿Quieres decir que es Nettie?
-Sí. Eso es lo que quiero decir.
Norris escribió la información en el bloc. Después preguntó:
-¿Qué hacemos ahora, Alan?
-Esperaremos a la Unidad de Investigación del DIC y trataremos de vernos con vida cuando llegue -dijo Alan.
La Unidad de Investigación llegó en dos autos menos de tres minutos más tarde, seguida por Ray van Allen en su estrafalario Subaru Brat. Cinco minutos después arribó un equipo de identificación de la policía estatal en una furgoneta azul. Todos los integrantes del equipo de la policía estatal encendieron cigarros. Alan sabía que lo harían. Los cadáveres eran frescos y estaban al aire libre, pero el ritual de los cigarros era inmutable.
Se inició la desagradable tarea conocida en la jerga policiaca como "proteger la escena". Continuó hasta después del anochecer. Alan había trabajado en otras ocasiones con Henry Payton, el jefe del Cuartel General de Oxford (y por tanto, a cargo nominal de este caso y de los integrantes de la Unidad de Investigación que trabajaban en él). Nunca había notado el menor indicio de imaginación en Henry. El hombre era perseverante, perseverante y minucioso. Ya que Henry había sido asignado al caso, Alan pensó que no habría problemas si se desapareciera unos momentos para llamar a Polly.
Cuando regresó, se estaban protegiendo las manos de las víctimas con bolsas Ziploc de tamaño de cuatro litros. A Wilma se le había caído uno de los zapatos y se le dio el mismo tratamiento al pie cubierto con la media. El equipo de identificación se aproximó y tomó cerca de trescientas fotografías. Para entonces, ya habían llegado más policías estatales. Algunos mantenían a distancia a los curiosos, los cuales trataban de acercarse de nuevo, y otros encauzaban hacia el Palacio Municipal a las cuadrillas de televisión en busca de noticias. Un artista de la policía trazó un rápido bosquejo en una Carpeta de Escena del Crimen.
Por fin, la atención se enfocó en los cadáveres mismos -excepto, es decir, por un último detalle. Payton le dio a Alan un par de guantes quirúrgicos desechables y una bolsa Ziploc.
-¿La cuchilla o el trinchete?
-Yo sacaré la cuchilla -dijo Alan. Sería el más lúgubre de los dos instrumentos, todavía cubierto con los sesos de Wilma Jerzyck, pero no quería tocar a Nettie. Le había tenido afecto.
Una vez retiradas, etiquetadas y protegidas las armas asesinas, y en camino a Augusta, le tocó el turno a los dos equipos de la Unidad de Investigación, y empezaron a revisar el área alrededor de los cadáveres, los cuales aún yacían en su abrazo terminal, con la sangre encharcada entre ellos ahora endureciéndose en una sustancia semejante a esmalte. Cuando finalmente Ray van Allen recibió la autorización para trasladarlos a la camioneta de Asistencia Médica, los faros altos de la patrulla iluminaron la escena y los asistentes procedieron a separar a Wilma y Nettie.
Mientras se llevaba a cabo este proceso, los Elegantes de Castle Rock permanecieron cerca, sintiéndose con el ánimo por los suelos.
Henry Payton se unió a Alan en las líneas exteriores durante la conclusión de este ballet extrañamente delicado, conocido como Investigación en la Escena.
-Horrible forma de pasar la tarde de un domingo -comentó.
Alan asintió con un movimiento de cabeza.
-Lamento que se te haya movido la cabeza. Fue mala suerte.
Alan asintió de nuevo.
-No obstante, no creo que nadie vaya a molestarte con ese detalle. AL menos obtuviste una buena foto de la posición original -miró hacia Norris, quien estaba hablando con Clut y el recién llegado John LaPointe-. Fue una fortuna que tu muchacho no pusiera el dedo sobre la lente.
-Au, Norris es confiable.

-Igual que K-Y Jelly... en su lugar. De cualquier forma, el caso se ve bastante sencillo.
Alan coincidió con esta opinión. Ése era el problema; lo había sabido mucho antes de que Norris y él terminaran su jornada de servicio de ese domingo en un callejón detrás del hospital del Valle de Kennebec. Todo el asunto era demasiado sencillo, tal vez.

-¿Piensa asistir al festejo del corte? -preguntó Henry.
-Sí. ¿Lo va a hacer Ryan?
-Es lo que tengo entendido.
-Pensé que podría llevarme a Norris. Los cadáveres irán primero a Oxford, ¿no es así?
-Ajá. Ahí es donde los registramos.
-Si Norris y yo nos vamos ahora, podríamos estar en Augusta antes de que lleguen.
Henry Payton asintió.
-¿Por qué no? Creo que ya terminamos aquí.
-Me gustaría enviar a uno de mis hombres con cada uno de tus equipos de investigación. Como observadores. ¿Tienes alguna objeción?
Payton lo pensó.
-No... ¿pero quién va a mantener la paz? ¿El tío Seat Thomas?
Alan sintió un súbito destello demasiado cálido para descartarse como mero disgusto. Había sido un día muy pesado, había escuchado las bromas de Henry acerca de sus asistentes hasta el límite de su paciencia... pero necesitaba conservar la buena voluntad de Henry para que se le incluyera en lo que técnicamente era un caso para la policía estatal, así que se mordió la lengua.
-Vamos, Henry. Es domingo en la noche. Hasta El Tigre Meloso está cerrado.
-¿Por qué tienes tanto interés en seguir de cerca este caso, Alan? ¿Hay algo sospechoso? Entiendo que había resentimientos entre las dos mujeres y la que estaba encima ya había matado a alguien. A su marido, nada menos.
Alan lo pensó detenidamente.
-No... nada sospechoso. Nada que yo sepa, de todos modos. Sólo que...
-¿Todavía no cuaja en tu cabeza?
-Algo así.
-Está bien. Siempre y cuando tus hombres entiendan que deben concretarse a escuchar con la boca cerrada.
Alan sonrió un poco. Pensó en decirle a Payton que si él les pedía a Clut y a John LaPointe que hicieran preguntas, lo más probable era que corrieran para el otro lado, pero decidió no hacerlo.
-No abrirán la boca -dijo-. Puedes estar seguro.
3
Y aquí estaban, Norris Ridgewick y él, después del domingo más largo en la memoria viviente. Pero el día tenía algo en común con las vidas de Nettie y Wilma: había terminado.
-¿Has pensado en quedarte en una habitación de motel esta noche? -preguntó Norris, titubeante. Alan no tenía que ser adivino para saber lo que estaba pensando: la pesca que se perdería mañana.
-Diablos, no -Alan se agachó y recogió la bata que había usado para mantener abierta la puerta-. Vámonos.
-Gran idea -dijo Norris, oyéndosele feliz por primera vez desde que Alan se reunió con él en la escena del crimen. Cinco minutos después se dirigían hacia Castle Rock por la Ruta 43, los faros de la patrulla perforando agujeros en la oscuridad plagada con el viento. Cuando llegaron, la mañana del lunes ya llevaba tres horas en vigor.
4
Alan se estacionó detrás del Palacio Municipal y bajó de la patrulla. Su camioneta estaba estacionada junto al destartalado vw sedán de Norris en el fondo del lote.
-¿Te vas directamente a casa? -le preguntó a Norris.
Norris ofreció una pequeña sonrisa mortificada y miró al piso.
-Tan pronto como me cambie de ropa.
-Norris, ¿cuántas veces te he dicho que no utilices el sanitario de hombres para cambiarte?
-Vamos, Alan, no lo hago todos los días -sin embargo, ambos sabían que eso era lo que hacía Norris, precisamente.
Alan suspiró.
-No importa, ha sido un día endiablado para ti. Lo siento.
Norris se encogió de hombros.
-Fue asesinato. Eso no sucede por aquí con frecuencia. Cuando ocurre, supongo que todo el mundo se sobrepone.
-Dile a Sandy o Sheila que te den un vale por horas extra, si es que todavía está aquí alguna de las dos.
-¿Y darle a Buster otro motivo para joderme? -Norris se rió con cierta amargura-. Creo que pasaré. Esta vez es por mi cuenta, Alan.

-¿Te ha estado molestando? -Alan se había olvidado de todo lo relacionado con el Principal Concejal en el último par de días
-No... pero, cuando nos encontramos en la calle, me lanza unas miradas horripilantes. Si las miradas mataran, estaría tan muerto como Nettie y Wilma.
-Yo mismo haré el aviso de horas extra mañana por la mañana.
-Si es tu nombre el que aparece; no hay problema -dijo Norris, dirigiéndose hacia la puerta marcada EMPLEADOS MUNICIPALES ÚNICAMENTE-. Buenas noches, Alan.
-Buena suerte con los peces.
Norris se iluminó de inmediato.
-Gracias... deberías ver la caña que compré en la nueva tienda, Alan... es una belleza.
Alan sonrió.
-Apuesto a que sí. Sigo con la intención de visitar a ese sujeto... parece que tiene algo para cada una dé las personas del pueblo; tal vez tenga algo para mí también.
-¿Por qué no? -coincidió Norris-. Tiene toda clase de cosas. Te sorprenderías.
-Buenas noches, Norris. Y gracias de nuevo.
-De nada -pero Norris se veía claramente complacido.
Alan subió a su auto, salió en reversa del lote y dio vuelta en la calle Main. Examinó los edificios en ambos lados en un reflejo automático, sin que registrara siquiera su propio examen... pero de todos modos su mente almacenaba la información. Uno de los detalles que observó fue el hecho de qué había luz en el área de habitación sobre Cosas Necesarias. Era muy tarde para qué estuviesen despiertas las personas de un pequeño pueblo. Se preguntó si padecería insomnio el señor Leland Gaunt y recordó que tenía pendiente esa visita, pero suponía que tendría que esperar hasta que se hubiese aclarado el triste asunto de Nettie y Wilma a su entera satisfacción.
Llegó a la esquina de Maine y Laurel, señaló vuelta á la izquierda y, de pronto, se detuvo a la mitad del crucé y dio vuelta a la derecha. Al diablo con irse a casa. Era un sitio frío y vacío con él único hijo que le quedaba hospedado con su amigo eh el cabo Cod.
Había demasiadas puertas cerradas y demasiados recuerdos que acechaban detrás de ellas en esa casa. En el otro lado del pueblo estaba una mujer viva, a quien le podría hacer muchísima falta una compañía. Casi tanta como ella le hacía falta a este hombre vivo.
Cinco minutos más tarde Alan apagó los faros y rodó silenciosamente por la entrada de Polly. La puerta estaría cerrada con llave, pero él conocía el rincón de los escalones donde la encontraría.
5
-¿Todavía estás aquí, Sandy? -preguntó Norris mientras entraba soltándose el nudo de la corbata.
Sandra McMillan, una rubia desteñida quien había sido despachadora de tiempo parcial en el condado durante casi veinte años, se estaba poniendo el abrigo. Se veía muy cansada.
-Sheila tenía entradas para ver a Bill Cosby en Portland -le dijo a Norris-.Insistió en quedarse, pero la obligué a que se marchara... la empujé hasta la puerta, prácticamente. ¿Con cuánta frecuencia viene Bill Cosby a Maine?
¿Con cuánta frecuencia deciden dos mujeres cortarse en tiras una a la otra por un perro que casi seguro provenía del asilo para animales del condado de Castle, en primer lugar?, pensó Norris... pero no lo dijo.
-No muy seguido, me imagino.
-Casi nunca -Sandy suspiró profundamente-. Sin embargo, te diré un secreto... ahora que terminó, pienso que ojalá le hubiese dicho a Sheila que sí cuando ofreció quedarse. Ha sido una locura esta noche... creo que todas las estaciones de televisión llamaron por lo menos nueve veces y hasta las once, más o menos, esta oficina parecía una tienda departamental en la venta de la noche de Navidad.
-Bueno, vete a casa. Tienes mi permiso. ¿Activaste El Bastardo?
El Bastardo era el aparato que canalizaba las llamadas a la casa de Alan cuando no estaba ningún despachador en servicio en la oficina. Si después de cuatro llamadas nadie contestaba en casa de Alan, El Bastardo se cortaba y le decía a quien llamaba que marcara el número de la policía estatal en Oxford. Era un sistema improvisado que no funcionaría en una gran ciudad, pero resultaba muy eficaz en el condado de Castle, el cual tenía la menor población de los dieciséis condados de Maine.
-Está conectado.
-Bien. Tengo la impresión de que Alan no se fue directo a casa.
Sandy levantó las cejas con aire de complicidad.
-¿Has sabido algo del teniente Payton? -preguntó Norris.
-Ni una palabra -se detuvo-. ¿Fue horrible, Norris? Me refiero a... esas dos mujeres.
-En efecto, bastante horrible -aceptó. Su ropa de civil estaba cuidadosamente colgada de un gancho que había afianzado en la jaladera de un archivero. Lo quitó de ahí y se dirigió al sanitario para hombres. Desde hacía tres años, más o menos, acostumbraba cambiarse el uniforme en el trabajo, aunque rara vez en una hora tan extravagante como ésta-. Vete a casa, Sandy... yo cerraré cuando me vaya.

Empujó la puerta del baño y colgó el gancho en el borde de la puerta del gabinete. Estaba desabotonándose la camisa del uniforme, cuando escuchó un ligero toquido.
-¿Norris? -llamó Sandy.
-Creo que soy el único que está aquí -respondió.
-Casi se me olvidaba... te trajeron un regalo. Está encima de tu escritorio.
Norris se detuvo en el acto de desabrochar la hebilla de los pantalones.
-¿Un regalo? ¿De quién?
-No sé, este sitio era un manicomio realmente. Pero tiene una tarjeta. Y un lazo. Debe de ser tu amante secreta.
-Mi amante es tan secreta que ni siquiera yo la conozco -dijo Norris con verdadero pesar. Se quitó los pantalones y los colocó sobre la puerta del gabinete mientras se ponía los de mezclilla.
Afuera, Sandy McMillan sonrió con cierta malicia.
-El señor Keeton estuvo aquí esta noche -añadió-. Tal vez él lo trajo. Pudiera ser un presente de reconciliación.
-Me sorprendería mucho.
-Bien, no te olvides mañana de decirme de quién fue... me muero por saberlo. Es un paquete muy bonito. Buenas noches, Norris.
-Buenas.
¿Quién pudo haberme traído un regalo?, se preguntó al subirse el cierre de los pantalones.
6
Sandy salió y el frío de la noche la obligó a cubrirse el cuello, lo que le recordó que se acercaba ya el invierno. Cyndi Rose Martin, la esposa del abogado, era una de las muchas personas que había visto esa noche; Cyndi Rose se presentó a primeras horas de la noche. Sin embargo, Sandy nunca pensó en mencionárselo a Norris; él no se movía en los selectos círculos sociales y profesionales de los Martin. Cyndi Rose dijo que buscaba a su marido, lo cual le pareció a Sandy que tenía cierto sentido (si bien, la noche había sido tan espeluznante que Sandy no habría considerado extraño si la mujer le hubiese preguntado por Mikhail Baryshnikov), debido a que Albert Martin se ocupaba de algunos asuntos legales del pueblo.
Sandy dijo que no había visto al señor Martin esa noche, pero, si quería, que subiera a la planta alta y viera si estaba con el señor Keeton. Cyndi Rose respondió que lo haría ya que estaba aquí. Para entonces el conmutador estaba encendido como un árbol de Navidad y Sandy no vio a Cyndi Rose cuando sacó el paquete rectangular con brillante papel aluminio y un lazo de terciopelo azul de su gran bolso y lo colocó sobre el escritorio de Norris Ridgewick. Mientras lo hacía, su hermoso rostro se había iluminado con una sonrisa, pero la sonrisa en sí no era bonita. De hecho, era más bien cruel.
7
Norris oyó que se cerraba la puerta exterior y, difusamente, el sonido del auto de Sandy que arrancaba. Se metió la camisa en los pantalones de mezclilla, se puso los mocasines y arregló con cuidado el uniforme en el gancho. Olió la camisa en las axilas y decidió que aún no tenía que enviarlo a la tintorería. Eso estaba bien; de centavo en centavo, se llena la bolsa.
Cuando salió del sanitario de hombres, colocó otra vez el gancho en la jaladera del archivero, así era imposible que no la viera cuando se saliese. Eso estaba bien, también, porque Alan se enfurecía corno un oso cuando Norris se olvidaba y dejaba colgado las prendas de vestir por la estación de policía. Decía que la oficina se veía como una lavandería.
Se dirigió a su escritorio. Era verdad que alguien le había dejado un regalo; era una caja envuelta en papel aluminio claro y una cinta de terciopelo azul estallaba en un airoso. lazo en la parte superior. Entre la cinta y el papel estaba un sobre blanco cuadrado. Lleno de curiosidad, Norris sacó el sobre y lo abrió. Contenía una tarjeta. En máquina y en mayúsculas, estaba escrito un mensaje corto, enigmático.
¡¡¡¡¡SÓLO UN RECORDATORIO!!!!!
Fruncid el ceño. Las únicas personas que siempre le recordaban las cosas eran Alan y su madre... y su madre había muerto cinco años antes. Tomó el paquete, rompió la cinta y puso el lazo a un lado cuidadosamente. Luego quitó el papel, dejando al descubierto una caja de cartón blanca. Era como de treinta centímetros de largo, diez de ancho y diez de profundidad. La tapa estaba cerrada con cinta de papel adhesivo.
Norris quitó la cinta adhesiva y abrió la caja. Sobre el objeto en el interior estaba una capa de papel de seda blanco, lo bastante delgada como para que se percibiera una superficie plana con diversos bordes altos a lo largo, pero no lo suficiente como para permitirle ver el regalo.
Introdujo la mano para retirar el papel de seda y su dedo índice pegó con algo duro: una lengüeta de metal sobresaliente. Una pesada quijada tic acero se cerró sobre el papel de seda y los tres primeros dedos de Norris Ridgewick. El dolor le corrió por el brazo. Gritó y dio un paso hacia atrás, tomándose la muñeca derecha con la mano izquierda. La caja blanca se cayó al piso. El papel de seda se arrugó.

¡Oh; hijo de puta, duele! Agarró el papel de seda, el cual colgaba en una tira arrugada y lo arrancó. Lo que reveló fue una gran trampa para ratas Victory. Alguien la armó, la metió en la caja, le puso encima el papel de seda para ocultarla y después la envolvió en un bonito papel azul. Ahora le tenía atrapados los tres primeros dedos de la mano derecha. Vio que le había arrancado la uña del dedo índice; todo lo que le quedaba era una media luna sangrante de carne viva.
-¡Maldición! -aulló Norris. Aturdido por el dolor y la conmoción, en vez de soltar la barra de acero pegó con la trampa en un costado del escritorio de John LaPointe. Con este movimiento, los dedos lastimados se golpearon contra la esquina de metal del escritorio y una nueva maraña de dolor le recorrió el brazo. Gritó otra vez, luego agarró la barra de la trampa y tiró de ella. Liberó los dedos y dejó caer la trampa. Cuando cayó al piso, la barra de acero se cerró sobre la base de madera de la trampa.
Norris permaneció temblando por un momento, en seguida corrió al sanitario para hombres, abrió el agua fría con la mano izquierda y metió la derecha bajo el grifo. Le pulsaba como una muela del juicio impactada: Ahí se quedó, observando los delgados hilos de sangre que giraban confusos por el desagüe, y pensó en lo que había dicho Sandy: El señor Keeton estuvo aquí esta noche... tal vez es un regalo de reconciliación.
Y la tarjeta: SÓLO UN RECORDATORIO.
Oh, había sido Buster, en efecto. No lo dudaba lo más mínimo. Era el estilo de Buster.
-Hijo de puta -gimió Norris.
El agua fría le estaba adormeciendo los dedos y le amortiguaba esa horrible pulsación, pero sabía que le volvería en cuanto llegara a casa. Una aspirina le ayudaría un poco, pero pensaba que más le valla olvidarse de que dormiría esta noche. O de que iría de pesca mañana.
Oh, sí iré de pesca... iré de pesca aunque se me desprendan los jodidos dedos. Lo tenía planeado, lo he estado deseando y Danforth jodido Buster Keeton no me lo impedirá.
Cerró el grifo del agua y usó una toalla de papel para absorber la humedad con suavidad. No tenía roto ninguno de los dedos aprisionados por la trampa -al menos, no lo creía-, pero ya se estaban inflamando, a pesar del agua fría. El brazo de la trampa le había dejado un oscuro verdugón rojo púrpura que corría sobre los nudillos de los dos primeros dedos. La carne expuesta bajo lo que había sido la uña del dedo índice sudaba pequeñas perlas de sangre y la terrible pulsación empezaba de nuevo.
Regresó al área desierta de las celdas y miró la trampa desarmada, caída sobre un lado junto al escritorio de John. La recogió y fue a su propio escritorio. Puso la trampa dentro de la caja de cartón y la metió dentro del cajón superior de su escritorio. Sacó las aspirinas del cajón inferior y se echó tres en la boca. Luego, tomó el papel de seda, la envoltura, la cinta y el lazo. Todo esto lo metió en el cesto de la basura y lo cubrió con bolas de papel desechado.
No tenía intención de contarle a Alan ni a nadie más la repugnante estratagema que le había tendido Buster. No se reirían, pero Norris sabía lo que pensarían... o lo creía: Sólo Norris Ridgewick caería en algo así... ¿Puedes creer que metió la mano en una trampa para ratas?
Debe ser tu amante secreta... el señor Keeton estuvo aquí esta noche... tal vez sea un regalo de reconciliación.
-Me ocuparé de este asunto yo mismo -dijo Norris con una voz baja, sombría. Se sostenía la mano herida contra el pecho-. A mi manera y en su momento.
Un pensamiento nuevo y urgente le llegó de súbito: ¿Y si Buster no hubiese quedado satisfecho con la trampa para ratas, la cual, después de todo, cabía la posibilidad de que no funcionara? ¿Y si había ido a la casa de Norris? Ahí estaba la caña de pescar Bazun y ni siquiera la había guardado con llave; la había dejado recargada en la esquina del cobertizo, junto a la cesta con los aparejos de pesca.
¿Si Buster se hubiese enterado y decidido romperla en dos?
-Si lo Hizo, yo le romperé a él en dos -dijo Norris. Habló con un gruñido bajo y enojado que Henry Payton no habría reconocido... ni muchos de sus colegas policías, para el caso. Cuando salió de la oficina se olvidó de cerrar con llave. Incluso se olvidó temporalmente del dolor en la mano. Lo único importante era llegar a casa. Llegar a casa y asegurarse de que la caña Bazun estaba bien.
8
Cuando Alan entró al dormitorio, la figura bajo los cobertores no se movió y pensó que Polly estaba dormida -probablemente con la ayuda de un Percodán a la hora de acostarse-. Se desvistió con rapidez y se deslizó en la cama junto a ella. En el momento en que acomodaba la cabeza en la almohada, vio que Polly tenía los ojos abiertos, observándolo, lo cual lo sorprendió y le ocasionó un pequeño sobresalto.
-¿Quién es el desconocido que osa meterse a la cama de esta doncella? -preguntó en voz baja.
-Sólo yo -respondió, sonriendo un poco-. Y está apesadumbrado por haberos despertado, doncella.
-Estaba despierta -dijo Polly, y le pasó los brazos alrededor del cuello. Alan la abrazó por la cintura. Le agradaba la profunda calidez de cama que desprendía Polly, era como un horno somnoliento. Alan sintió algo duro contra su pecho por un momento y casi registró que Polly tenía

un objeto bajo el camisón de algodón. Después se movió el objeto, en la delgada cadena de plata, hundiéndose entre su pecho izquierdo y la axila.
-¿Estás bien? -le preguntó Alan.
Polly oprimió el lado de su rostro contra la mejilla de Alan, abrazada a él todavía. Alan sentía las manos de ella entrelazadas en la nuca.
-No -musitó. La voz salió en un suspiro tembloroso y estalló en sollozos.
Alan la abrazó mientras lloraba y le acarició el cabello.
-¿Por qué no me dijo lo que le estaba haciendo esa mujer, Alan? -preguntó Polly, por fin. Se separó de él un poco. Ahora los ojos de Alan ya se habían adaptado a la oscuridad y veía su rostro: ojos oscuros, cabello oscuro, piel blanca.
-No lo sé -dijo.
-¡Si me !o hubiese dicho, yo me habría ocupado de eso! Habría ido a ver a Wilma Jerzyck y... y...
No era el memento oportuno para decirle que, aparentemente, Nettie había participado en el juego con tanto vigor y malicia como Wilma misma. Tampoco era el momento para decirle que en determinado punto ya no era posible componer a las Nettie Cobb... ni a las Wilma Jerzyck, suponía. Llegaba una hora en que se ubicaban más allá de la capacidad de reparación por parte de otra persona.
-Son las tres treinta de la madrugad -declaró-. No es una buena hora para hablar acerca de "hubiera" o "habría" -titubeó unos instantes antes de volver a hablar-. Según John LaPointe, Nettie te mencionó algo acerca de Wilma esta mañana... ayer en la mañana, ya. ¿Qué fue lo que dijo?
Polly reflexionó con cuidado.
-Bien, no sabia que se trataba de Wilma... no entonces, de cualquier modo. Nettie me trajo una lasaña. Y mis manos... mis manos estaban muy mal. Ella lo vio de inmediato. Nettie es, era, pudo haber sido, no sé, un tanto vaga acerca de algunas cosas, pero yo no podía ocultarle nada.
-Te quería mucho -dijo Alan en tono grave y esto provocó una nueva avalancha de sollozos. Sabía que se le pasaría, igual que sabía que era necesario llorar algunas lágrimas, sin importar la hora... y hasta que se derraman, nada más deliran y arden en el interior.
Después de un rato, Polly pudo continuar. Sus manos se deslizaron de nuevo por el cuello de Alan mientras hablaba.
-Sacó los estúpidos guantes térmicos, sólo que esta vez sí me ayudaron, como sea, parece que ya pasó lo peor de la crisis, y preparó café. Le pregunté si no tenía cosas que hacer en casa y dijo que no. Agregó que Raider estaba en guardia y después comentó algo como: "Creo que ya me dejará en paz, de cualquier modo. No la he visto ni he sabido de ella, por lo que creo que por fin captó el mensaje". No es exacto, Alan, pero bastante aproximado.
-¿A qué hora vino?
-Alrededor de las diez y cuarto. Puede haber sido un poco antes o un poco después, pero no mucho. ¿Por qué, Alan? ¿Significa algo?
Cuando Alan se deslizó entre las sábanas, sentía que se quedaría dormido diez segundos después de que apoyara la cabeza en la almohada. Ahora estaba completamente despierto y pensando con intensidad.
-No -dijo después de un momento-. No creo que tenga gran significado, excepto que Nettie tenía a Wilma en la mente.
-Casi no lo puedo creer. Parecía estar mucho mejor... realmente. ¿Recuerdas que te conté cómo hizo acopio de valor para ir sola a Cosas Necesarias el jueves pasado?
-Sí.
Polly soltó a Alan y rodó inquieta sobre su espalda. Cuando Polly se movió, Alan oyó un pequeño ¡click! metálico, y de nuevo no le prestó atención. Su mente seguía revisando lo que le acababa de decir Polly y le daba vueltas en la cabeza de un lado a otro, como un joyero que examina una gema sospechosa.
-Tendré que hacer los arreglos para el funeral -continuó Polly-. Nettie tenía parientes en Yarmouth... unos cuantos, al menos, pero si no quisieron saber nada de ella cuando estaba viva, menos querrán ahora que ha muerto. Pero tendré que llamarles en la mañana. ¿Podré entrar a la casa de Nettie, Alan? Creo que tenía una libreta de direcciones.
-Yo te llevaré. No podrás sacar nada, al menos hasta que el doctor Ryan haga el informe sobre los resultados de la autopsia, pero no veo nada malo en que copies unos cuantos números de teléfono.
-Gracias.
Alan tuvo una idea repentina.
-Polly, ¿a qué hora se fue Nettie de aquí?
-Alas. once menos cuarto, me imagino. Es posible que hayan sido las once. No creo que se quedara una hora completa. ¿Por qué?
-Nada -dijo. Había tenido un destello de inspiración: si Nettie hubiese pasado un buen rato con Polly, no habría tenido tiempo para volver a su casa, encontrar al perro muerto, recoger las

piedras, escribir las natas, sujetarlas a las piedras, irse a casa de Wilma y romper las ventanas. Pero si Nettie- se fue a las once menos cuarto, tuvo más de dos horas. Tiempo de sobra.
¡Hey, Alan!, inquirió la voz, la voz de falsa alegría que, por lo general, limitaba su intervención al tema de Annie y Todd. ¿Por qué tú mismo tratas de complicar este asunto, compañero?
Y Alan no lo sabía. Y había alga más que ignoraba, también: ¿Cómo había llevado Nettie la carga de piedras hasta la casa de los Jerzyclr, en primer lugar? No tenia permiso para conducir y desconocía todo lo relativo a la operación de un auto.
Déjate de tonterías, compañero, le aconsejó la. voz. Escribió las notas en su casa, probablemente en el mismo vestíbulo, junto al cadáver de su perro, y sacó las ligas del cajón de la cocina. No tenía que llevar las piedras; había bastantes en el jardín trasero de Wilma: ¿correcto?
Correcto. Sin embargo; no podía borrarse la idea de que las piedras se habían llevado con las notas ya puestas. No tenía una razón concreta para pensarlo, pero parecía lo más lógico... la clase de acción que esperas de un niño o de alguien que pensaba corno un niño.
Alguien como Nettie Cobb.
¡Déjala... no le des más vueltas!
Sin embargo, no podía.
Polly le tocó la mejilla.
-Me da tanto gusto que hayas venido, Alan. También para ti debe haber sido un día horrible.
-Los he tenido mejores, pero ya terminó. Trata tú también de olvidarlo. Duerme-un poco. Tienes que hacer muchos arreglos mañana. ¿Quieres que te traiga una píldora?
-No, mis manos están un poco mejor, al menos. Alan... -se quedó callada unos instantes, pero se revolvió inquieta bajo los cobertores.
-¿Qué?
-Nada -dijo-. No era importante. Creo que podré dormir ahora que estás aquí conmigo. Buenas noches.
-Buenas noches, mi cielo.
Se dio vuelta, se cubrió y permaneció quieta. Durante un momento, Alan pensó en la forma en que lo había abrazado, la percepción de sus manos entrelazadas en su cuello. Si podía flexionar los dedos lo suficiente para eso, entonces estaba mejor realmente. Era algo positivo, tal vez lo único positivo que había ocurrido desde que Clut lo llamó durante el partido de futbol. Si sólo las cosas siguieran mejor.
Polly tenía un poco desviado el tabique de la nariz y empezó a roncar levemente, un sonido que era un tanto agradable para Alan. Era bueno compartir una cama con otra persona, una persona real que emitía sonidos reales... y algunas veces se posesionaba de todos los cobertores. Sonrió en la oscuridad.
En seguida, su mente volvió a los asesinatos y se desvaneció la sonrisa.
Creo que me dejará en paz, como sea. No la he visto ni he sabido de ella, así que me imagino que por fin captó el mensaje.
No la he visto ni he sabido de ella.
Me imagino que por fin captó el mensaje.
Un caso como éste no necesitaba mucha elucubración. Incluso Seat Thomas podría reconstruir lo que había pasado exactamente con una simple mirada a la escena del crimen a través de sus trifocales. Se habían utilizado utensilios de cocina en vez de pistolas en un duelo al amanecer, peco el resultado era el mismo: dos cadáveres en el hospital del Valle de Kennebec, con cortes en V para autopsias. La única interrogante era por qué había sucedido. Tenía unas cuantas preguntas, unas cuantas inquietudes, pero sin duda se habrían disipado antes de que Nettie y Wilma estuviesen bajo tierra.
Ahora las inquietudes eran más apremiantes y algunas de ellas
(Creo que por fin captó el mensaje)
tenían nombres.
Para Alan, un caso criminal era como un jardín rodeado por un muro alto. Buscas la puerta, porque tienes que entrar. En ocasiones había varias, pero en su experiencia siempre había una por lo menos; por supuesto que la había. Si no, ¿cómo había entrado el jardinero a plantar las semillas, en primer lugar? Podía ser grande, con una flecha que la señalaba y un anuncio intermitente de neón que decía ENTRADA, o podría ser pequeña y estar cubierta con tanta hierba que tenías que buscar por todos lados hasta que la encontrabas, pero siempre estaba ahí y, si dedicabas bastante tiempo a su búsqueda y no temías que se te ampollaran las manos cuando rompieras la vegetación, siempre la encontrabas.
Algunas veces la puerta era un fragmento de evidencia en, la escena del crimen. Otras, era un testigo. En ocasiones, era una deducción basada firmemente en los acontecimientos y la lógica. Las deducciones a que llegaba en este caso eran: una, que Wilma había seguido un patrón largamente establecido de acoso y vejación; dos, que esta vez había elegido a la persona equivocada para imponerle asedios mentales; tres, que Nettie había perdido la razón de nuevo, como le pasó cuando mató a su marido. Pero...

No la he visto ni he sabido de ella.
Si en realidad eso era lo que había dicho Nettie, ¿cuánto cambiaba el panorama? ¿Cuántas deducciones invalidaba esa simple frase? Alan no la sabía.
Contempló la oscuridad en el dormitorio de Polly y se preguntó si había encontrado la puerta, después de todo.
Tal vez Polly no había escuchado correctamente lo que dijo Nettie.
Técnicamente, era posible; pero Alan lo dudaba. EL comportamiento de Nettie, hasta cierto punto, al menos, apoyaba la declaración de Polly. Nettie no había ido a trabajar a casa de Polly el viernes,, dijo que estaba enferma. Tal vez lo estaba o tal vez sólo tenía miedo de Wilma. Eso sonaba lógico; por Pete Jerzyck sabían que Wilma, después de descubrir el vandalismo en las sábanas, había hecho cuando menos una llamada amenazante a Nettie. Al día siguiente pudo haber, hecho otras de las que no se enteró Pete. Pero Nettie había venido a ver a Polly con un obsequio de comida el domingo en la mañana. ¿Habría actuado así si Wilma aún seguía atizando el fuego? Alan pensaba que no.
Además, estaba el detalle de las piedras que se habían lanzado a través de las ventanas de Wilma. Cada una de las notas adjuntas decía lo mismo: TE DIJE AJE ME DEJARAS EN PAZ. ÉSTA ES LA ÚLTIMA -ADVERTENCIA. Pop lo general, una advertencia significa que la persona que la recibe cuenta con más tiempo para reconsiderar su actitud, pero el tiempo se había terminado para Wilma y Nettie. Se reunieron en la esquina sólo dos horas después de que se arrojaron las piedras.
Suponía que, si era necesario, podría aclarar ese punto. Cuando Nettie -encontró al perro muerto, perdió el control. Lo mismo le sucedió a Wilma cuando llegó a su casa y vio los daños. Todo lo que se requería era una llamada telefónica para que saltara la chispa final. Una de las dos mujeres había hecho esa llamada... y había estallado la bomba.
Atan se dio la vuelta sobre un costado, deseando que aún fuesen los viejos días, cuando se podían obtener los registros de las llamadas locales. Si pudiese comprobar el hecho de que Wilma y Nettie habían hablado antes del encuentra final, se sentiría mucho mejor. No obstante, demos por sentada la llamada por teléfono. Todavía, quedaban las notas mismas.
Así es como debe haber ocurrido, pensó. Nettie llega a su casa después de visitar a Pólly y encuentra a su perro muerta en el vestíbulo. Lee la nota en el sacacorchos: Entonces escribe el mismo mensaje en catorce. o dieciséis hojas de papel y se las guarda en el -bolsillo del abrigo: También toma un puñado de Ligas. Sale hacia casa. de. Wilma y se dirige al patio. Junta catorce o dieciséis piedras y utiliza las ligas para sujetar las notas. Tiene que haber hecho todo esto antes de lanzar las piedras, le hubiese llevado demasiado tiempo detenerse a la mitad de las festividades para recoger más piedras y sujetar las notas. Y cuando termina, vuelve a casa y sigue doliéndose por su perro.
Todo le sonaba mal.
Todo le sonaba disparatado.
Presuponía una cadena de pensamiento y conducta que no se ajustaba a lo que él conocía de Nettie Cobb. El asesinato de su esposo había sido consecuencia de largos ciclos de maltrato, pero el asesinato en sí había sido un crimen por impulso, cometido por una mujer cuya cordura se había afectado. Si los registros en los viejos expedientes de George Bannerrrian estaban correctos, Nettie nunca le había escrito notas de advertencia a Albion Cobb antes de matarlo.
Lo que le sonaba correcto era mucho más sencillo: Nettie llega a casa después de visitar a Polly. Encuentra al perro muerto en el vestíbulo. Saca una cuchilla del cajón de la cocina y sale a la calle a cortar una buena rebanada de trasero polaco.
Pero, si ése era el caso, ¿quién había roto las ventanas de Wilma Jerzyck?
-Además, los espacios de tiempo son muy extraños -murmuró y se dio vuelta sobre el otro costado.
John LaPointe había estado con e'1 equipo de investigación criminal que había pasado la tarde y la noche del domingo rastreando los movimientos de Nettie, todos sus movimientos. Había ido a casa de Polly con la lasaña. Le mencionó a Polly que era probable que fuera a la nueva tienda, Cosas Necesarias, en camino a casa, y viera al dueño, si es que estaba ahí; Polly le comentó que el señor Gaunt la había invitado para que viese un objeto esa tarde y se suponía que Nettie le diría al señor Gaunt que era posible que fuese Polly, aunque las manos le dolían terriblemente.
Si Nettie había ido a Cosas Necesarias, si Nettie había pasado un rato ahí, curioseando, conversando con el dueño de la nueva tienda, a quien todo el pueblo consideraba fascinante y a quien Alan no había podido conocer, eso disminuía el margen de oportunidad y reabría la posibilidad de un misterioso lanzador de piedras. Pero no era así. La tienda había estado cerrada. Gaunt declaró, tanto a PoIly, quien había ido más tarde, como a los chicos del Departamento de Investigación, que no había vuelto a ver a Nettie desde el día que le vendió la pantalla de cristal de colores. De todos modos, Gaunt afirmó que había pasado la mañana en el cuarto trasero, escuchando música clásica y clasificando artículos. Si alguien había llamado a la puerta, era probable que no lo hubiese oído. Por ende, Nettie debió haberse ido directamente a casa y eso le daba el tiempo suficiente para hacer las cosas que Alan consideraba tan dudosas.
El margen de oportunidad de Wilma Jerzyck era todavía más estrecho. Su marido tenía un equipo de carpintería en el sótano; había estado ahí el domingo en la mañana, desde las ocho hasta un poco

después de las diez. Vio que se estaba haciendo tarde, dijo, así que apagó la maquinaria y subió a vestirse para la misa de once. Wilma, les dijo a los oficiales, estaba en la ducha cuando él entró al dormitorio y Alan no tenía razón para dudar del testimonio del nuevo viudo.
Tiene que haber sido así: Wilma sale de casa con la misión de dar una vuelta por la casa de Nettie a las nueve treinta y cinco, o nueve cuarenta. Pete está en el sótano, construyendo casas para pájaros, o lo que sea, y no se entera de que sale su esposa. Wilma llega a casa de Nettie alrededor de quince minutos antes de las diez, unos minutos después de que Nettie salió para la casa de Polly, y ve la puerta abierta. Para Wilma, esto es tan válido como una invitación con borde dorado. Se estaciona, entra, mata al perro, escribe la nota en un impulso irreflexivo y se va. Ninguno de los vecinos recuerda haber visto el brillante Yugo amarillo de Wilma, inconveniente, pero no es prueba suficiente de que no estuvo ahí. De cualquier forma, la mayor parte de los vecinos había salido, ya fuese a misa o a paseos fuera del pueblo.
Wilma regresa a su casa, sube mientras Pete está apagando la garlopa, o sierra, o lo que sea, y se desviste. Cuando Pete entra al cuarto de baño del dormitorio para lavarse el serrín de las manos antes de ponerse la corbata y la chaqueta, Wilma acaba de meterse en la ducha; de hecho, es probable que todavía esté seca de un lado.
El hecho de que Pete Jerzyck encontrara a su esposa en la ducha era lo único en todo el enredo que tenía sentido para Alan. El sacacorchos que había utilizado en el perro era un arma mortífera, sin duda, pero corta. Era natural que quisiera lavarse cualquier mancha de sangre en las manos y brazos.
Wilma elude a Nettie por minutos en un extremo y lo mismo ocurre con su marido en el otro. ¿Era posible? Sí. Por un pelo, pero era posible.
Déjalo, Alan. Déjalo y duérmete.
Pero Alan no podía, porque le parecía ilógico. Muy ilógico.
Alan dio vuelta sobre la espalda. Proveniente de la planta baja, oyó que el reloj de la sala repicaba suavemente las cuatro de la mañana. Esto no lo llevaba a ningún lado, pero parecía que no podía apartárselo de la mente.
Trató de imaginarse a Nettie sentada pacientemente a la mesa de cocina, escribiendo ÉSTA ES TU ÚLTIMA ADVERTENCIA una y otra vez, mientras a menos de seis metros de distancia yacía muerto su adorado perrito. No podía, por mucho que lo intentara. Lo que se había visto como una puerta en este jardín particular, ahora cada vez se parecía más a una ingeniosa pintura de una puerta en el alto muro intacto. Un trompe I 'oil.
¿Se había dirigido Nettie con paso airado hasta la casa de Wilma en la calle Willow y le había roto las ventanas? No lo sabía, pero sí sabrá que Nettie Cobb todavía era una figura de interés en Castle Rock... la dama demente que había matado a su marido y pasado varios años en Juniper Hill. Siempre se observaban las raras ocasiones en que se desviaba de su rutina acostumbrada. Si el domingo en la mañana se hubiese dirigido presurosa. hasta la calle Willow, tal vez mascullando para sí misma y llorando con toda seguridad, alguien la habría observado. Mañana mismo Alan empezaría a tocar a las puertas entre las dos casas y haría preguntas.
Por fin, empezó a sumirse en el sueño. La imagen que lo siguió fue una pila de piedras con una hoja de papel sujeta alrededor de cada una. Y pensó de nuevo: Si Nettie no las arrojó, ¿quién fue entonces?
9
Cuando las primeras horas de la mañana del lunes se deslizaban hacia el amanecer y el inicio de una nueva e interesante semana, un joven llamado Ricky Bissonette salió de los arbustos que rodeaban la casa del párroco en la iglesia bautista. Dentro de esa morada impecable, el reverendo William Rose dormía el sueño de los justos.
Ricky, de diecinueve años y sin una sobrecarga de sesos, trabajaba en la Sunoco de Sonny. Había cerrado horas antes, pero se quedó en la oficina, esperando a que fuese bastante tarde (o bastante temprano) para gastarle una broma al reverendo Rose. El viernes pasado, en la tarde, Ricky visitó la nueva tienda y entabló una conversación con el propietario, quien era un viejo bastante interesante. Una cosa condujo a la otra y, en algún punto, Ricky se dio cuenta de que le estaba revelando al señor Gaunt su deseo más profundo y secreto. Mencionó el nombre de una modelo actriz joven, una modelo actriz muy joven, y le dijo al señor Gaunt que daría cualquier cosa por algunas fotografías de esa joven sin nada de ropa encima.
-¿Sabe?, tengo algo que podría interesarle -había dicho el señor Gaunt. Miró alrededor de la tienda, como si verificara que estaba vacía, excepto por ellos dos, después fue hasta la puerta y dio vuelta de ABIERTO a CERRADO al letrero. Volvió a su lugar junto a la caja registradora, hurgó bajo el mostrador y sacó un sobre de papel manila sin marcas-. Dele un vistazo a éstas, señor Bissonette -dijo el señor Gaunt, y después hizo un guiño un tanto lujurioso de hombre de mundo- .Creo que se sorprenderá. Tal vez se impresione, incluso.
Se quedó pasmado, más bien. Era la actriz modelo por quien se deshacía Ricky, ¡tenía que ser!, y las fotografías mostraban más que su cuerpo al desnudo. En algunas, estaba con un actor muy

conocido. En otras, estaba con dos actores muy conocidos, uno de ellos lo bastante viejo como para ser su abuelo. Y en otras...
Pero antes de que pudiese ver las otras (y parecía que había cincuenta o más, y todas eran tomas en papel satinado de veinte por veinticinco), se las arrebató el señor Gaunt.
-¡Es... ! -Ricky tragó saliva, y mencionó un nombre muy familiar para los lectores de tabloides frívolos y los espectadores de programas de entrevistas frívolas.
-Oh, no -dijo el señor Gaunt, mientras los ojos de color jade decían: Oh, sí-. Estoy seguro de que no puede ser... pero el parecido es extraordinario, ¿verdad? La venta de esta clase de fotografías es ilegal, desde luego... aparte del contenido sexual, la chica no tiene un día más de diecisiete años, sea quien sea, pero, de cualquier modo, se me podría convencer para que las vendiera., señor Bissonette. La fiebre que llevo en la sangre no es la malaria, sirio el comercio. ¡Bien! ¿Regateamos?
Regatearon. Ricky Bissonette terminó comprando setenta y des fotografías pornográficas por treinta y seis dólares... y esta pequeña travesura.
Corrió por el césped de la casa del párroco, agachado desde la cintura, se detuvo en la sombra del pórtico por un momento, para asegurarse de que nadie lo observaba, y subió los escalones. Sacó una tarjeta blanca del bolsillo trasero, abrió la ranura del buzón y dejó caer la tarjeta. Sostuvo la ceja de bronce con las puntas de los dedos para que no hiciera ruido al cerrarse. Después salte por encima del barandal y corrió por el césped a toda velocidad. Tenía grandes planes para las dos o tres hozas de oscuridad que todavía restaban de esta madrugada del lunes; incluían setenta y dos fotografías y un gran frasco de crema Jergens para las manos.
La tarjeta se vio como una mariposilla nocturna blanca mientras revoloteaba desde la ranura del buzón hasta el pasillo de alfombra descolorido en el vestíbulo del frente de la casa del párroco El mensaje aterrizó con el lado escrito hacia arriba:
Cómo estás Estúpida Rata Babtista.
Te escrivimos para decirte que es mejor que Dejes de hablar en contra de nuestra Noche de Casino. Sólo nos vamos a divertir un poco no te estamos haciendo daño. De cualquier modo, un grupo de nosotros Católicos Leales estamos hartos de tu Mierda Babtista. Todos sabemos que ustedes los Babtistas son un montón de mamones. Más te vale ponerle Atención a ESTO, Reverendo Willy Vapor. Si no mantienes tu cara de verga fuera de Nuestros asuntos, les armaremos un escándalo tan tremendo a ti y a tus compañeros cara de culo, que Apestardn para Siempre.
Déjanos en paz Estúpida Rata Babtista de Mierda O LO LAMENTARÁS HIJO DE PUTA. "Una advertencia nada más" de LOS HOMBRES CATÓLICOS INTERESADOS DE CASTLE ROCK
El reverendo Rose descubrió la nota cuando bajó en bata a recoger el periódico de la mañana. Tal vez sea mejor imaginarse su reacción que describirla.
10
Leland Gaunt estaba de pie ante la ventana de la habitación del frente en la parte alta de Cosas Necesarias, con las manos asidas tras la espalda, mirando el pueblo de Castle Rock.
El apartamento de cuatro habitaciones a sus espaldas habría levantado varias cejas en el pueblo, ya que no había nada en él -nada en absoluto-. Ni una cama ni un artículo doméstico ni siquiera una silla. Los armarios estaban abiertos y vacíos. Unas cuantas motitas de polvo rodaban perezosas por los pisos desnudos de alfombra en una ligera corriente que soplaba a la altura de los tobillos. Unas cortinas eran, literalmente, todo el mobiliario: hogareñas cortinas a cuadros. Sólo ese mobiliario era importante, ya que era lo único que podía verse desde la calle.
El pueblo estaba dormido. Las tiendas estaban oscuras, las casas estaban oscuras y en la calle no se movía nada, excepto la señal intermitente de tráfico en el cruce de Main y Watermill, que se encendía y apagaba en somnolientos latidos amarillos. Gaunt contemplaba el pueblo con ojos tiernos y amorosos. Todavía no era su pueblo, pero lo sería pronto. Ya tenía un derecho prendario sobre él. Los habitantes lo ignoraban... pero ya lo sabrían. Ya lo sabrían.
La grandiosa inauguración había salido muy, muy bien.
El señor Gaunt pensó en sí mismo como un electricista del alma humana. En un pueblo pequeño como Castle Rock todas las cajas de fusibles estaban alineadas lado a lado con esmero. Todo lo que tenías que hacer era abrir las cajas y empezar a cruzar los cables. Puenteabas a una Wilma Jerzyck con una Nettie Cobb con cables de otras dos cajas de fusibles -digamos, las de un jovencito como Brian Rusk y un borrachín como Hugh Priest-. En la misma forma, puenteabas a otras personas, a un Buster Keeton con un Norris Ridgewick, un Frank Jewett con un George Nelson, una Sally Ratcliffe con un Lester Pratt.
En algún punto, probabas uno de tus fabulosos trabajos de cableado para asegurarte de que todo estaba funcionando correctamente -como lo habías hecho hoy- y después te mantenías fuera de la vista y enviabas una carga adicional de vez en cuando para que las cosas siguieran siendo interesantes. Para que continuasen encendidos los circuitos. Pero mayormente, te mantenías fuera de la vista hasta que todo estaba hecho... y entonces mandabas la corriente.
Toda la corriente.
Toda de una vez.
El único requisito era el entendimiento de la naturaleza humana y...

-Desde luego, es una cuestión de oferta y demanda, realmente -reflexionaba Leland Gaunt mientras observaba el pueblo dormido.
¿Y por qué? Bien... sólo porque, en realidad. Sólo porque.
La gente siempre pensaba en términos de almas y, por supuesto, se llevaría tantas como pudiera en cuanto cerrara el negocio: para Leland Gaunt, las almas eran lo que son los trofeos para el cazador, lo que son los peces disecados para el pescador. En estos días, tenían poco valor para él en un sentido práctico, pero aun así, si podía, superaba su límite, a pesar de lo que dijese en contrario; no se entraba al juego con menos.
Sin embargo, no eran las almas las que lo mantenían en movimiento, sino la diversión, principalmente. Simple diversión. Después de un tiempo, era la única razón importante, ya que, cuando los años eran largos, tomabas la diversión donde podías encontrarla.
El señor Gaunt retiró las manos de la espalda -esas manos que causaban repulsión a cualquiera que fuera lo bastante desafortunado para sentir su contacto crepitante- y las juntó estrechamente; los nudillos de la derecha oprimían la palma de la izquierda, los nudillos de la izquierda oprimían la palma de la derecha. Las uñas eran largas y gruesas y amarillas. También eran muy afiladas y, después de un momento, se enterraron en la piel de los dedos, soltando un flujo rojo negruzco de sangre espesa.
Brian Rusk gritó en su sueño.
Myra Evans metió las manos en la horquilla de su entrepierna y empezó a masturbarse furiosamente -en el sueño, El Rey le estaba haciendo el amor.
Danforth Keeton soñó que estaba tirado ala mitad de la recta final en el hipódromo de Lewiston y se cubría el rostro con las manos mientras los caballos avanzaban hacia, él.
Sally Ratcliffe soñó que abría la puerta del Mustang de Lester Pratt y veía que estaba lleno de serpientes.
Hugh Priest se despertó con sus propios gritos de un sueño en el cual Henry Beaufort, el cantinero de El Tigre Meloso, vertía líquido para encendedor sobre el rabo de zorra y lo incendiaba.
Everett Frankel, el médico asistente de Ray van Allen, soñó que se ponía la pipa nueva en la boca y descubría que la boquilla se había convertido en una hoja de afeitar y se había cortado la lengua.
Polly Chalmers empezó a gemir en voz baja y dentro del pequeño amuleto de plata que llevaba algo se revolvió y .movió con un susurro como el batir, de pequeñas alas polvosas. Y emitió un débil aroma, polvoso... como un: estremecimiento de violetas.
Leland Gaunt retajó lentamente el apretón. Sus grandes dientes torcidos se mostraron en, una sonrisa que era a la vez alegre y fea en extremo. Por todo Castle Rock, ,los sueños se desvanecieron y los inquietos durmientes descansaron tranquilos de nuevo.
Por ahora.
Pronto saldría el sol. Poco después de su :salida, empezaría un nuevo día con todas sus sorpresas y maravillas. Pensaba que ya era tiempo de que contratara un asistente... aunque eso no quería decir que el asistente quedaría inmune al proceso puesto en marcha. Cielos, no.
Eso echaría a perder la diversión.
Leland Gaunt permaneció junto a la ventana y contempló el pueblo, extendido, indefenso, en toda esa hermosa oscuridad.

Segunda parte
La venta del siglo
Doce
1
El lunes 14 de octubre, día de Colón, amaneció despejado y cálido en Castle Rock. Los residentes refunfuñaban por el calor y cuando se reunían en grupos -en la plaza pública, en la cafetería de Nan, en las bancas frente al palacio municipal- se decían unos a otros que era anormal. Probablemente tenía algo que ver con los malditos incendios petroleros en Kuwait, comentaban, o tal vez con ese agujero en la capa de ozono, el cual mencionaban con tanta frecuencia en la televisión. Varios de los habitantes de más edad manifestaban que, cuando ellos eran jóvenes, nunca habían tenido veintiún grados de temperatura a las siete de la mañana durante la segunda semana de octubre.
Eso no era verdad, desde luego, y la mayoría de ellos (si no es que todos) lo sabía; cada dos o tres años, casi infaliblemente, El verano Indio se propasaba un poco y se daban cuatro o cinco días que parecían de mediados de julio. Y luego, de repente, despertabas una mañana con lo que se sentía como un fresco de verano y veías el césped rígido con escarcha y una o dos ráfagas de nieve soplando en el aire helado. Sabían todo eso, pero si lo reconocían arruinarían el excelente tema de conversación que era el clima. Nadie quería discutir; cuando el clima intempestivamente se volvía cálido, las discusiones no eran convenientes. Las personas tendían a violentarse, y si los residentes de Castle Rock querían un sombrío ejemplo de lo que podía pasar cuando se violentaban las personas, no tenían más que mirar hacia el cruce de las calles de Willow y Ford.

-Era de esperarse con esas dos mujeres -opinó Lenny Partridge, el residente más anciano y el principal chismoso del pueblo, de pie ante la escalinata de la sala de justicia del condado, la cual ocupaba el ala oeste del Palacio Municipal-. Ambas estaban más locas que un par de ratas en una letrina. Esa mujer Cobb le enterró un trinchador a su marido, ¿saben? -Lenny le dio un tirón al braguero bajo los pantalones abolsados-. Lo clavó como a un cerdo, eso hizo. ¡Maldito calor! ¿No están locas algunas mujeres? -miró hacia el cielo y añadió-: Este calor propicia los conflictos. Ya lo he visto antes. Lo primero que debe hacer el comisario Pangborn es ordenarle a Henry Beaufort que cierre El Tigre hasta que se normalice el clima.
-Por mí no hay inconveniente, viejo -dijo Charles Fortin-. Puedo comprar cerveza para un día o dos en Hemphill y tómármela en casa.
Esto le ganó una risotada en el corrillo de hombres alrededor de Lenny y un fiero ceño fruncido de parte el señor Partridge. El grupo se deshizo. La mayoría de estos hombres tenía que trabajar, aunque fuese día festivo. Algunos de los tambaleantes camiones de pulpa estacionados frente a la cafetería de Nan ya emprendían la marcha, con rumbo a las operaciones de tala de árboles en Suecia, Nodd's Ridge y las cercanías del lago Castle.
2
Danforth "Buster" Keeton estaba sentado en el estudio; sin más ropa que los calzoncillos, los cuales estaban húmedos. No había salido de la habitación desde el domingo en la noche, cuando efectuó una breve visita al Palacio Municipal. Sacó el expediente de la Oficina de Contribuciones y se 1o llevó a casa. El Principal Concejal de Castle Rock estaba aceitando el revólver Colt por tercera vez. En algún .punto de la mañana tuvo la intención de cargarlo. Después se proponía matar a su esposa. En seguida, iría al Palacio Municipal, buscaría a ese hijo de puta Ridgewick (no tenía idea de que era el día libre de Norris) y lo mataría. Al final, planeaba encerrarse en su oficina y suicidarse. Había decidido que estas medidas eran la única forma en que podría escaparse para siempre de los Perseguidores. Había sido un tonto al pensar que encontraría otro camino. Ni siquiera un tablero de juego que elegía trágicamente a los ganadores en el hipódromo podría detenerlos. Oh, no. Había aprendido esa lección ayer mismo, cuando llegó a casa y descubrió esas terribles papeletas rosas pegadas por todas partes.
En eso, sonó el teléfono sobre el escritorio. Al sobresaltarse, Keeton apretó el gatillo de la Colt. Se oyó el chasquido seco. Si la pistola hubiese estado cargada, habría perforado la puerta del estudio.
Tomo el auricular rápidamente.
-¿Es que no pueden dejarnie en paz ni un rato siquiera? -gritó enojado.
La tranquila voz que le respondió lo silenció de inmediato. Era la voz del señor Gaunt, y se derramó sobre el alma ampollada de Keeton como un bálsamo tibio.
-¿Qué suerte tuvo con el juguete que le vendí, señor Keeton?
-¡Funcionó! -dijo Keeton. Su voz era jubilosa: Se olvidó al menos por un momento de que planeaba una ardua mañana de asesinatos y suicidio-. ¡Gané en todas las carreras, por Dios!
-Bien, magnífico -respondió el señor Gaunt en tono cálido.
El rostro de Keeton se ensombreció de nuevo. Su voz bajó a lo que casi era un susurro.
-Después... ayer... cuando llegué a casa... -se dio cuenta de que le era imposible continuar. Unos instantes más tarde, percibió, con un gran asombro y un deleite aún mayor, que no era necesario.
-¿Descubrió que Ellos habían estado en su casa? -preguntó el señor Gaunt.
-¡Sí! ¡Sí! ¿Cómo lo su...?
-Están por todos lados en este pueblo -dijo el señor Gaunt-. Se lo mencioné la primera vez que nos vimos, ¿recuerda?
-¡Sí! Y... -Keeton se calló. de repente. Su rostro se distorsionó alarmado-. La línea puede estar interceptada, señor Gaunt. ¡Es muy posible. que estén escuchando nuestra conversación ahora mismo!
El señor Gaunt conservó la calma.
-Podrían, pero no es así. Por favor, señor Keeton, no crea que soy un ingenuo. Ya me he tropezado antes con Ellos. Muchas veces.
-No lo dudo -coincidió Keeton. Estaba descubriendo que el júbilo que le había brindado El Boleto Ganador era mínimo o nada comparado con esto; el hallar un alma afín, después de lo que sentía. como siglos de lucha y oscuridad.
-Tengo un pequeño dispositivo electrónico en mi línea -prosiguió el señor Gaunt con su voz calmada y melosa-. Si la línea está intervenida., se enciende una luz. Estoy mirando esa luz, señor Keeton, y está oscura. Tan oscura corno algunos de los corazones de este pueblo.
-Lo sabe, ¿verdad? -dijo Danforth Keeton con una voz ferviente, temblorosa. Sentía ganas, de llorar.
-Sí. Y llamé para decirle que no debe hacer nada precipitado, señor Keeton -la voz era suave, arrulladora. Mientras la escuchaba, Keeton sentía que su mente se elevaba como el globo lleno con helio de un niño-. Eso les facilitaría demasiado las cosas a Ellos. Vaya, ¿no ha pensado en lo que pasaría si usted muriese?
-No -murmuró Keeton. Miraba hacia el exterior por la ventana. Los ojos inexpresivos y soñadores.

-¡Organizarían un festejo! -enfatizó el señor Gaunt en voz baja-. ¡Se embriagarían en la oficina del comisario Pangborn! ¡Irían al cementerio Homeland y se orinarían en su tumba!
-¿El comisario Pangborn? -preguntó Keeton incierto.
-¿Cree realmente que se le permitiría operar a un zángano como el asistente Ridgewick en un caso como éste sin órdenes de sus superiores?
-No, por supuesto que no -ahora empezaba a ver la situación con más claridad. Ellos; siempre hábían sido Ellos, una oscura nube de tormenta que lo rodeaba y cuando tratabas de agarrar esa nube tus manos quedaban vacías. AL fin, entendía ahora que Ellos tenían rostros y nombres. Incluso podían ser vulnerables. Ese conocimiento le proporcionaba un tremendo alivio.
-Pangborn, Fullerton, Samuels, la mujer de Williams, su propia esposa. Todos son parte de la conspiración, señor Keeton, pero yo sospecho... sí, y con una gran certidumbre... que el comisario Pangborn es el cabecilla. Si no me equivoco, el comisario estaría encantado si matara a uno o dos de sus subordinados y luego usted mismo se quitara de en medio. Vaya, sospecho que eso es exactamente lo que está buscando. Pero usted va a frustrar sus propósitos, señor Keeton, ¿no es así?
-¡Síííí! -murmuró Keeton con vehemencia-. ¿Qué debo hacer?
-Hoy, nada. Siga su vida como de costumbre. Vaya a las carreras en la noche, si quiere, y disfrute su nuevo juguete. Si ven que actúa con normalidad, se quedarán desconcertados. Sembrará confusión e inseguridad en las filas enemigas.
-Confusión e inseguridad -repitió Keeton. Pensaba que eran las palabras más hermosas que había escuchado en su vida.
-Sí. Estoy trazando mis propios planes y se los haré saber cuando llegue la hora.
-¿Me lo promete?
-Oh, sí, sin duda, señor Keeton. Usted es muy importante para mí. De hecho, casi me atrevería a afirmar que no podría prescindir de usted.
El señor Gaunt colgó. Keeton guardó la pistola y el quipo de limpieza. Después, subió, colocó las prendas usadas en el cesto de la ropa sucia, se dio una ducha y se vistió. Cuando bajó, Myrtle se encogió al verlo, pero Keeton le habló con amabilidad y la besó en la mejilla. Myrtle empezó a relajarse. Parecía que ya había pasado la crisis.
3
Everett Frankel era un hombre robusto, pelirrojo, que se veía tan irlandés como el condado de Cork... lo cual no era sorprendente, ya que de ahí provenían los antepasados de su madre. Había sido médico asistente de Ray van Allen durante cuatro años, desde que se dio de baja en la Marina. La mañana de ese lunes llegó a la Clínica Familiar de Castle Rock al cuarto para las ocho y Nancy Ramage, la enfermera en jefe, le preguntó si podría ir de inmediato a la granja de los Burgmeyer. Le explicó que Helen Burgmeyer había sufrido lo que podía ser un ataque epiléptico en la noche. Si el diagnóstico de Everett confirmaba esta posibilidad, debería traerla en su auto al pueblo para que el doctor, quien no tardaría en llegar, pudiese examinarla y decidir si era necesario internarla para que se le practicaran análisis.
En circunstancias normales, a Everett no le habría agradado que se le enviara tan temprano a una visita a domicilio, en especial tan lejos en el campo, pero en una intempestiva mañana calurosa como ésta resultaba atrayente una salida del pueblo.
Además, estaba la pipa.
En cuanto subió a su Plymouth, abrió la guantera y la sacó. Era una Meerschaum, con una cazoleta profunda y ancha. Esa pipa había sido tallada por un artesano experto; pájaros, flores y viñas giraban alrededor de la cazoleta en un patrón que parecía que cambiaba de verdad cuando uno lo miraba desde ángulos diferentes. No había dejado la pipa en la guantera sólo porque estuviese prohibido fumar en el consultorio del doctor, sino porque no le gustaba la idea de que la vieran otras personas (especialmente la fisgona de Nancy Ramage). Primero, querrían saber dónde la había comprado. Después querrían saber cuánto le había costado.
Y algunas podrían codiciarla.
Se colocó la boquilla entre los dientes y se maravilló de nuevo de lo perfectamente bien que se sentía ahí, lo perfectamente que se ajustaba en ese lugar. Inclinó el espejo retrovisor por un momento para verse y aprobó convencido lo que veía. Pensaba que la pipa lo hacía parecer de más edad, más inteligente, más apuesto. Y cuando tenía la pipa apretada entre los dientes, la cazoleta en una leve posición ascendente, justo en el ángulo elegante, se sentía de más edad, más inteligente, más apuesto.
Condujo por la calle Main, con la intención de cruzar el Tin Bridge entre el pueblo y el campo, y al acercarse a Cosas Necesarias disminuyó la velocidad. El toldo verde tiraba de él como un anzuelo. De pronto, pareció muy importante, imperativo, de hecho, que se detuviera.
Se paró y, cuando se disponía a bajar del auto, recordó que aún tenía la pipa apretada entre los dientes. Se la quitó (con una punzada de pesar al hacerlo) y la guardó de nuevo en la guantera. Esta vez logró llegar a la acera antes de que regresara al Plymouth para cerrar con llave las cuatro

puertas. Con una pipa tan bonita como ésa, más valía no arriesgarse. Cualquiera podría sentir la tentación de robársela. Cualquiera.
Se acercó a la tienda y se detuvo, decepcionado. En el escaparate colgaba un letrero que decía:
CERRADO POR EL DÍA DE COLÓN
Everett estaba a punto de marcharse cuando se abrió la puerta.
Ahí estaba el señor Gaunt; se veía resplandeciente y muy elegante con una chaqueta de color beige con parches en los codos y pantalones gris oscuro.
-Pase, señor Frankel -dijo-. Me alegra que haya venido.
-Bueno, estoy en camino para ver a una dama que vive fuera del pueblo y pensé en detenerme para reiterarle lo mucho que me gusta la pipa. Siempre había querido una corno ésta.
Radiante, el señor Gaunt asintió:
-Lo sé.
-Pero veo que tiene cerrado, así que no lo molestaré...
-Nunca cierro para mis clientes favoritos, señor Frankel, y usted está entre ellos. En uno de los primeros lugares. Pase -y extendió la mano.
Everett retrocedió. Leland Gaunt se rió alegremente cuando percibió el movimiento y dio un paso hacia el interior para que pudiese entrar el médico asistente.
-En realidad, no me puedo entretener... -empezó Everett, pero sentía que los pies lo llevaban hacia la penumbra de la tienda, como si ellos supieran más.
-Por supuesto que no -dijo el señor Gaunt-, El médico debe cumplir con las visitas asignadas, a fin de romper las cadenas de enfermedades que ciñen el cuerpo.., -surgió su sonrisa, una cosa de cejas alzadas y dientes apretados que se empujaban unos a otros- ... y ahuyentar esos males que doblegan el espíritu. ¿Estoy en lo cierto?
-Me imagino qué sí -respondió Everett, El señor Gaunt cerró la puerta y Everett sintió un pinchazo de inquietud. Esperaba que no le pasara nada a su pipa. Algunas veces los ladrones forzaban las cerraduras de los automóviles. En ocasiones, a plena luz del día, incluso.
-Su pipa estará bien -ico tranquilizó el señor Gaunt. Sacó del bolsillo un sobre con dos palabras escritas en el frente. Las palabras eran Mi Amor-. ¿Recuerda que me prometió que le gastaría una broma a una persona de parte mía, doctor Frankel?
-No soy doc...
Las cejas del señor Gaunt se unieron en una forma que hizo que Everett se callara y desistiera de inmediato. Retrocedió un paso.
-¿Lo recuerda o no? -preguntó con aspereza el señor Gaunt-. Más vale que me conteste rápidamente joven... ya no estoy tan seguro acerca de -la pipa como lo estaba lace un momento.
-¡Lo recuerdo! -dijo Everett. Su voz se oyó presurosa y alarmada-, ¡Sally Ratcliffe! ¡La profesora de lingüística!
En ese instante, se relajó el centro abultado de algo semejante a una ceja única en la frente del señor Gaunt. Everett Frankel se relajó también.
-En efecto. Y ya llegó la hora de gastar esa brocha, doctor. Tome.
Le tendió el sobre. Everett lo tomó, cuidando de que sus dedos no tocaran los del señor Gaunt.
-Hoy es día festivo en la escuela, pero la joven señorita Ratcliffe está en su oficina de la escuela primaria, actualizando sus archivos -le explicó el señor Gaunt-. Sé que no le queda en camino de la granja Burgmeyer...
-¿Cómo sabe tanto? -preguntó Everett en tono aturdido.
El señor Gaunt desechó el comentario con impaciencia.
-... pero de regreso podría darse una escapada, ¿verdad?
-Supongo que sí.
-Y dado que en la escuela primaria se ve a los extraños con cierta sospecha, incluso cuando no están los alumnos, se podría justificar su presencia si se dirige a la oficina de la enfermera de la escuela, ¿de acuerdo?
-Creo que podría hacerlo, si es que está la enfermera -dijo Everett-. De hecho, debería ir, porque ...
... todavía no ha recogido los registros de vacunas del jardín de niños -terminó por él Leland Gaunt-. Está bien. El caso es que no estará la enfermera, pero usted no lo sabe. Sólo asómese a la oficina, y váyase. Pero a la entrada o a la salida, quiero que coloque este sobre en el auto que le prestó su novio a la señorita Ratcliffe. Quiero que lo coloque debajo del asiento del conductor... pero no completamente debajo. Quiero que sobresalga una esquina.
Everett sabía muy bien quién era el "novio de la señorita Ratcliffe": el instructor de educación física de la preparatoria. Si pudiese elegir, Everett preferiría gastarle la broma a Lester Pratt, en vez de a su prometida. Pratt era un fornido joven bautista, quien, por lo general, usaba camisetas azules y pantalones de deporte azules con una franja blanca a todo lo largo en la parte exterior. Era la clase de sujeto que exudaba sudor y Jesús por los poros en cantidades aparentemente iguales (y copiosas). No le simpatizaba mucho a Everett. En forma superficial, se preguntó si Lester ya se habría acostado con Sally, la chica era una monada. Pensaba que era probable que la respuesta fuese negativa. Pensó, además, que, cuando Lester se entusiasmara demasiado después de un exceso

de besuqueos en el columpio del pórtico, Sally lo pondría a hacer sentadillas en el patio trasero o a dar una docena de vueltas a la casa, corriendo a toda velocidad.
-¿Sally está usando de nuevo el Prattmóvil?
-En efecto -dijo el señor Gaunt, un poco irritado-. ¿Ya terminó de hacerse el gracioso, doctor Frankel?
-Sí, claro -murmuró. En verdad, el alivio que sentía era sorprendente. Había estado un tanto preocupado por la "broma" que el señor Gaunt quería que le gastara a Sally. Ahora veía que su preocupación carecía de base. No era corno si el señor Gaunt quisiera que pusiera un petardo en el zapato a la dama o Ex-Lax en el batido de chocolate o algo semejante. ¿Qué daño podía causar un sobre?
La sonrisa resplandeciente y radiante del señor Gaunt apareció de nuevo:
-Muy bien -dijo: Se acercó a Everett, quien observó con horror que el señor Gaunt aparentemente tenía la intención de colocar el brazo alrededor de él.
Everett retrocedió apresurado. De este modo, el señor Gaunt lo dirigió hasta la puerta y la abrió:
-Disfrute la pipa -concluyó-. ¿Le comenté que en un tiempo perteneció a sir Arthur Conan Doyle, él creador del gran Sherlock Holmes?
-¡No! -exclamó Everett Frankel.
-Por supuesto que no -dijo el señor Gaunt, sonriendo-=. Hubiese sido una mentira:.. y yo nunca miento en asuntos de negocios, doctor Frankel. No olvide el pequeño recado.
-No lo haré.
-Entonces, le deseo que pase un buen día.
-Lo mismo para us...
Pero Everett estaba hablando sólo: Ya se había cerrado detrás de él la puerta con la persiana bajada.
_ La miró durante un momento y después regresó lentamente a su Plymouth. Si se le hubiese pedido un relato exacto de qué le había dicho él al señor Gaunt, y qué le había dicho el señor Gaunt a él, habría hecho un papel muy triste, porque no podía recordarlo con precisión. Se sentía corno un hombre a quien se le ha admi nistrado una pequeña dosis de anestesia.
Una vez que se sentó detrás del volante de nuevo, Everett abrió la guantera, guardó el sobre con Mi Arnor escrito en el frente y sacó la pipa. Lo que sí recordaba era que el señor Gaunt le había tornado el pelo diciéndole que Conan Doyle había sido el dueño de la pipa. Y casi se lo había creído. ¡Qué tonto! Sólo tenías qué ponértela en la boca y apretar los dientes en la boquilla para saber la verdad. El verdadero propietario había sido Hermann Goering.
Everett Frankel puso en marcha el auto y condujo despacio hacia el campo. Y en el camino a la granja de los Burgmeyer tuvo que detener dos veces el auto a una lado de la carretera para admirar lo mucho qué la pipa mejoraba su apariencia.
4
Albert Gendron tenía su corisultorio dental en él Edificio Castle, una estructura de ladrillo, sin gracia, qué se ubicaba al otro lado de la calle del Palacio Municipal del pueblo y la caja de píldoras despróporcionadamente baja que albergaba el Departamento de Aguas Distritales del Condado de Castle. El Edificio Castle había proyectado su sombra sobre Castle Stream y Tin Bridge desde 1924 y alojaba a tres de los cinco abogados del condado, un optometrista, un otorrino, varios corredores de bienes raíces independientes, un asesor financiero, un servicio de recepción de mensajes telefónicos, cuyo personal consistía en una sola mujer, y una tienda de marcos. La otra media docena de oficinas en el edificio estaban desocupadas por ahora.
Albert, quien había sido uno de los miembros más leales de Nuestra Señora de las Aguas Serenas desde los días del viejo padre O'Neal, entró al edificio; su cabello, el cual fue negro en un tiempo, era gris ahora, los anchos hombros encorvados en una forma que nunca tuvieron en su juventud, pero todavía era un hombre de un tamaño imponente; con un metro noventa y ocho centímetros de estatura y ciento veintisiete kilos de peso, era el hombre más grande del pueblo, si no es que de todo el condado.
Subió la estrecha escalera hasta el cuarto y último piso lentamente, deteniéndose en los descansos para recuperar el aliento antes de proseguir, consciente del soplo cardiaco que padecía, según el doctor Van Allen. A la mitad del último tramo de escalones, vio una hoja de papel pegada al cuadro de cristal opaco, que oscurecía las letras que decían ALBERT GENDRON, CIRUJANO DENTISTA.
Cuando aún le faltaban cinco peldaños, pudo leer el saludo en la nota y su corazón empezó a latir con fuerza, soplo o no soplo. La causa del desenfreno no era el agotamiento; era la rabia.
En la parte superior de la hoja, con plumón rojo brillante, decía: PON ATENCIÓN, BEATO FARSANTE.
Albert arrancó la nota de la puerta y la leyó a toda velocidad. Mientras lo hacía, respiraba por la nariz: exhalaciones ásperas, roncas, que hacían que sonara como un toro a punto de embestir.
¡PON ATENCIÓN, BEATO FARSANTE!

Hemos tratado de razonar con ustedes -"Permitid que escuche quien tiene el entendimiento"-, pero ha sido inútil. ESTÁIS EN CAMINO DE LA PERDICIÓN Y POR SUS OBRAS LOS CONOCERÉIS. Hemos sido tolerantes con su idolatría papista e incluso con la veneración licenciosa de la ramera de Babilonia. Pero ya han ido demasiado lejos. ¡NO HABRÁ TRATOS CON EL DEMONIO EN CASTLE ROCK!
Este otoño, los cristianos decentes podemos percibir el olor a FUEGO DEL INFIERNO y AZUFRE en Castle Rock. Si ustedes no lo huelen es porque sus narices están tapadas con sus pecados y degradación. ESCUCHEN NUESTRA ADVERTENCIA Y PONGAN ATENCIÓN. ¡RENUNCIEN A SUS PLANES DE CONVERTIR ESTE PUEBLO EN UNA GUARIDA DE LADRONES Y TAHURES O SENTIRÁN EL FUEGO DEL INFIERNO! ¡OLERÁN EL AZUFRE!
"Los pecadores irán al infierno y todas las naciones que se olvidan de Dios." Salmo 9:17.
ESCUCHEN Y PONGAN ATENCIÓN O SUS LAMENTOS SERÁN MUY ALTOS SIN DUDA.
LOS HOMBRES BAUTISTAS INTERESADOS
DE CASTLE ROCK
-Maldita sea -exclamó Albert y arrugó la nota en uno de sus puños, del tamaño de un jamón-. Ese pequeño idiota bautista, vendedor de zapatos, perdió la razón finalmente.
En cuanto abrió el consultorio, llamó al padre John y le avisó que el juego podría ponerse un poco rudo a partir de ahora y hasta la Noche de Casino.
-No te preocupes, Albert -dijo el padre Brigham con toda calma-. Si el idiota nos agrede, descubrirá la rudeza con que podemos contratacar los beatos farsantes... ¿no tengo razón?
-La tiene, padre -gruñó Albert. Aún sostenía la nota arrugada en una mano. La miró y apareció una desagradable sonrisa bajo el bigote de foca-. Tiene toda la razón.
5
A las diez y quince minutos de esa mañana, el anuncio electrónico en la fachada del banco indicaba que la temperatura en Castle Rock era de veinticinco grados. En el otro lado de Tin Bridge, el intempestivo sol resplandeciente producía un brillante centelleo, una estrella de la mañana en el sitio donde la Ruta 117 salía del horizonte y se encaminaba hacia el pueblo. Alan Pangborn estaba en su oficina, repasando los informes sobre los asesinatos Cobb-Jerzyck, y no vio el reflejo del sol sobre metal y cristal. Si lo hubiese visto, no le habría interesado mucho; después de todo, no era más que un auto que se acercaba. No obstante, el violento centelleo brillante de cromo y cristal, en dirección al puente a más de ciento diez kilómetros por hora, anunciaba la llegada de una parte significativa en el destino de Alan Pangborn... y de todo el pueblo.
En el escaparate de Cosas Necesarias una mano de dedos largos, que surgió de la manga de una chaqueta beige deportiva, retiró el letrero que decía
CERRADO POR EL DÍA DE COLÓN
En su lugar, puso otro que anunciaba
SE SOLICITA AYUDANTE
6
Cuando cruzó el puente, el auto aún corría a ochenta kilómetros por hora en una zona cuyo límite era de cuarenta. Era una unidad que los chicos de secundaria habrían admirado con respeto y envidia: un Dodge Challenger, verde limón, que había sido levantado en la parte trasera de modo que la nariz apuntaba hacia el camino. A través de las ventanillas con cristales polarizados apenas se distinguía la barra antivuelcos que formaba un arco entre los asientos del frente y los posteriores. La parte de atrás estaba cubierta con calcomanías: HEARST, FUELLY, FRAM, QUAKER STATE, GOODYEAR WIDE OVALS, RAM CHARGER. Los tubos de escape sin silenciador burbujeaban satisfechos, llenos con el combustible del octanaje más alto que sólo se podía adquirir en la pista para carreras de Oxford Plains, al norte de Portland.
En el cruce de Main y Laurel disminuyó un poco la velocidad, y luego frenó con un chillido de los neumáticos en uno de los espacios sesgados para estacionamiento frente a The Clip Joint. En ese momento, nadie estaba cortándose el cabello; tanto Bill Fullerton como Henry Gendron, el peluquero número dos, estaban sentados en las sillas para los clientes debajo de los antiguos anuncios de Brylcreem y Wildroot Creme Oil. Se habían repartido entre los dos el periódico de la mañana. Cuando el conductor aceleró brevemente el motor, ocasionando que los gases detonaran y resonaran a través de los tubos de escape, ambos levantaron la vista del diario.
-Esa sí que es una máquina mortal -dijo Henry.
Bill asintió y tiró de su labio inferior con el pulgar y el índice de la mano derecha.
-Ya lo creo.
Ambos observaron curiosos mientras se apagaba el motor y se abría la portezuela del conductor. Del oscuro interior del Challenger salió un pie cubierto con una bota negra desgastada de ingeniero. El pie estaba adherido a una pierna revestida con estrecha mezclilla descolorida. Un momento después bajó el conductor y permaneció de pie en la cálida luz del día, se quitó las gafas para el sol y las enganchó en la V de la camisa, mientras miraba a su alrededor de modo pausado y despectivo.
-Uuju -dijo Henry-. Parece que nos cayó la plaga.

Bill Fullerton miró fijamente al recién llegado con la sección de deportes del periódico en el regazo y la boca entreabierta.
-Ace Merrill -masculló-. Vivito y coleando.
-¿Qué diablos hace aquí? -preguntó Henry, en tono indignado-. Yo creía que estaba en Mechanic Falls, jodiéndoles la vida.
-No sé -dijo Bill y se volvió a tirar del labio inferior-. ¡Míralo! ¡Tenebroso como una rata y posiblemente lo doble de mezquino! ¿Cuántos años tiene, Henry?
Henry encogió los hombros.
-Más de cuarenta y menos de cincuenta, es todo lo que sé. De cualquier modo, ¿a quién le importa cuántos años tiene? Para mí, es un ave de mal agüero.
Como si lo hubiese oído, Ace se volvió hacia la vidriera de cristal reforzado y levantó una mano en un lento saludo sarcástico. Los dos hombres se agitaron y revolvieron como un par de solteronas que acaban de darse cuenta de que el insolente silbido de lobo que salió del portal del billar iba dirigido a ellas.
Ace metió las manos en los bolsillos de sus Low Riders y echó a andar; la imagen de un hombre con todo el tiempo del mundo y todas las artimañas del universo conocido.
-¿Crees que deberías llamar al comisario Pangborn? -preguntó Henry.
Bill Fullerton se dio unos cuantos tirones más en el labio. Al fin, negó con la cabeza.
-No tardará en enterarse de que Ace volvió al pueblo -dijo-. No es necesario que yo se lo diga. Ni tú tampoco.
Se quedaron sentados en silencio y observaron a Ace deambular por la calle Main hasta que lo perdieron de vista.
7
Nadie que hubiese visto a Ace Merrill pavonearse con indolencia por la calle Main se habría imaginado que era un hombre con un problema muy serio. Era un problema que Buster Keeton podría haber identificado hasta cierto punto; Ace debía a unos sujetos una gran suma de dinero. Bueno, más de ochenta mil dólares, para ser específicos. Pero en el caso de Buster, lo peor que podían hacer sus acreedores sería meterlo a la cárcel. Si Ace no conseguía pronto el dinero, para el primero de noviembre, digamos, era probable que sus acreedores lo pusieran bajo tierra.
Los chicos a quienes en un tiempo había aterrorizado Ace Merrill -chicos como Teddy Duchamp, Chris Chambers y Vern Tessio- lo habrían reconocido de inmediato a pesar del cabello canoso. No habría sucedido lo mismo durante los años en que Ace había trabajado en la fábrica textil local (había estado cerrada los últimos cinco años). En esos días sus vicios eran la cerveza y las raterías. Como resultado del primero, había ganado mucho peso y, a consecuencia del segundo, había atraído la atención del difunto comisario George Bannerman. Algún tiempo después, Ace descubrió la cocaína.
Esta maravillosa sustancia ocasionó que dejara el empleo, adelgazara veinticinco kilos corriendo a velocidad alta, muy alta, y se graduara en robo con escalamiento. Su situación financiera se mantuvo en un sube y baja, en la forma grandiosa y exclusiva de los corredores de alto margen en la bolsa de valores y los traficantes de cocaína. Podía empezar un mes sin un centavo en la bolsa y terminarlo con cincuenta o sesenta mil dólares ocultos bajo las raíces del manzano seco detrás de su casa en Cranberry Bog Road. Un día era una cena de siete platillos en Maurice; al siguiente, consistía en macarrones y queso Kraft en la cocina de su remolque. Todo dependía del mercado y de la oferta, ya que Ace, como la mayor parte de los traficantes de cocaína, era su mejor cliente.
Ace conoció a unos sujetos de Connecticut alrededor de un año después de que el nuevo Ace, alto, delgado, encanecido, y ya con una fuerte adicción a la droga, emergió del capullo de grasa que había estado cultivando desde que él y la educación pública rompieron las relaciones. Esos sujetos comerciaban con armas de fuego y drogas. Ace se entendió con ellos de inmediato; igual que él, los hermanos Corson eran sus propios mejores clientes. Le ofrecieron a Ace lo que equivalía a una concesión de alto calibre para el área central de Maine, y Ace aceptó encantado. Esta decisión tuvo tan poco que ver con la perspectiva de hacer negocios como la decisión de traficar con la cocaína. Si había algo que le gustara a Ace más que los autos y la cocaína, ese algo eran las armas.
En una de las ocasiones en que tuvo dificultades económicas, fue a ver a su tío, quien le había prestado dinero a la mitad de las personas del pueblo y tenía fama de que estaba forrado en dinero. Ace no veía razón por la cual no pudiese calificar para un préstamo; era joven (bueno... cuarenta y ocho años... relativamente joven), tenía un porvenir y, además, era pariente.
Sin embargo, el punto de vista de su tío fue radicalmente opuesto.
-No -le dijo Reginald Marion "Pop" Merrill-. Yo sé de dónde proviene tu dinero; es decir, cuando tienes dinero. Lo obtienes con esa mierda blanca.
-Au, tío Reginald...
-No trates de ablandarme con lo de tío -había respondido Pop-. Ahora mismo tienes una pizca en la nariz. Descuidado. Los tipos que usan esa mierda y trafican con ella, siempre se vuelven descuidados. Las personas descuidadas terminan en prisión. Eso si tienen suerte. En caso contrario, terminan fertilizando un espacio de pantano de uno ochenta de largo por noventa centímetros de

hondo. No puedo cobrar mi dinero si las personas que me lo deben están muertas o cumpliendo una sentencia en el penal del Estado. Yo no te daría ni el sudor. de mi sucio trasero, es lo que quiero decir.
Esa dificultad económica se había presentado poco después de que Alan Pangborn ocupó el cargo de comisario de Castle Rock. Y la primera detención importante de Alan ocurrió cuando sorprendió a Ace y a dos de sus amigos tratando de forzar la caja fuerte de la oficina de Henry Beaufort en El Tigre Meloso. Fue una detención limpia y Ace se encontró en el penal de Shawshank menos de cuatro meses después de que su tío mencionó el lugar. Por medio de un trato con la fiscalía se retiró la acusación de intento de robo, pero aun así se le sentenció por allanamiento de morada.
En la primavera de 1989 salió del penal y se mudó a Mechanic Falls. Ahí le esperaba un trabajo. La pista de carreras de Oxford Plains participaba en un programa de rehabilitación previo a la liberación y John "Ace" Merril obtuvo un puesto de medio tiempo como encargado de mantenimiento y mecánico de autos de carreras.
Un buen número de sus antiguos amigos aún estaba en circulación, por no mencionar a sus antiguos clientes, y muy pronto Ace estaba activo en los negocios y, de nuevo, le sangraba la nariz.
Conservó el empleo en la pista hasta que cumplió oficialmente con su sentencia y lo dejó ese mismo día. Había recibido una llamada de los Hermanos Voladores Corson desde Danbury, Connecticut, y en un breve plazo estaba traficando con armas y con la mercancía de Bolivia.
Aparentemente, las posturas se habían elevado durante el tiempo que pasó en prisión; en vez de pistolas, rifles y escopetas de repetición, la demanda en el mercado pedía armas automáticas y semiautomáticas. El clímax se había presentado en junio de ese año, cuando le vendió un proyectil de tierra Thunderbolt a un marino con acento sudamericano. El marino guardó el Thunderbolt y le pagó a Ace setenta mil dólares en billetes de cien dólares nuevos, con número de serie sin secuencia.
-¿Para qué usan esa cosa? -había preguntado Ace con cierta fascinación.
-Para lo que quiera, señor -había respondido el marino sin sonreír.
Después, en julio, todo se derrumbó. Ace todavía no entendía cómo pudo haberle ocurrido, excepto que probablemente le habría convenido más permanecer con los Hermanos Voladores Corson en el negocio de la cocaína y las armas. Un sujeto de Portland le había vendido un kilo de nieve de Colombia y financió el trato con la ayuda de Mike y Dave Corson, quienes contribuyeron con ochenta y cinco mil dólares. Parecía que esa pila particular de droga valía el doble del precio -pasó la prueba de calificación de alta calidad-. Ace estaba consciente de que ochenta y cinco de los grandes era un paquete mucho mayor de los que manejaba por lo general, pero se sentía confiado y en posición para progresar. En esos días, "¡No hay problema!" era la norma principal que regía su vida. Desde entonces, la situación había cambiado. La situación había cambiado mucho.
Los cambios se iniciaron cuando Dave Corson llamó desde Danbury, Connecticut, para preguntarle qué se proponía al tratar de encajarles bicarbonato de sodio en vez de cocaína. Por lo visto, el sujeto de Portland había timado a Ace, con todo y la prueba de alta calidad, y cuando Dave Corson se dio cuenta de lo que había pasado ya no se le oyó tan amistoso. De hecho, empezó a oírse bastante hostil.
Ace tenía la alternativa de desaparecerse del mapa. En cambio, hizo acopio de todo su valor, el cual no era inconsiderable, incluso en su edad madura, y fue a ver a los Hermanos Voladores Corson. Les expuso su versión de los hechos. La explicación tuvo lugar en la parte posterior de una camioneta Dodge con alfombra de pared a pared, una cama de barro cocido y un espejo en el techo. Fue muy convincente. Tenía que ser muy convincente, ya que la camioneta estaba estacionada al final de un camino de tierra, lleno de baches, varios kilómetros al oeste de Danbury, un sujeto negro, llamado Too-Tall Timmy estaba detrás del volante y los Hermanos Voladores Corson se sentaban uno a cada lado de Ace, con rifles sin retroceso H & K.
Mientras hablaba, Ace recordó lo que le había dicho su tío acerca del fiasco en El Tigre Meloso. Las personas descuidadas terminan en prisión. Eso, si tienen suerte. En caso contrario, terminan fertilizando un espacio de pantano de uno ochenta de largo por noventa centímetros de hondo. Bien, Pop había tenido razón en cuanto a la primera mitad; Ace se proponía ejercer todo su poder de persuasión para evitar la segunda mitad. En el pantano no había programas previos a la liberación.
Fue muy persuasivo. Y en algún punto había dicho dos palabras mágicas: Ducky Morin.
-¿Le compraste esa basura a Ducky? -preguntó Mike Corson, con los ojos inyectados muy abiertos-. ¿Estás seguro de que era él?
-Claro que estoy seguro -había respondido Ace-. ¿Por qué lo dices?
Los Hermanos Voladores Corson se miraron el uno al otro y empezaron a reírse. Ace ignoraba el motivo de la risa, pero, de cualquier modo, le agradaba que lo hicieran. Parecía una buena señal.
-¿Qué aspecto tiene? -preguntó Dave Corson.
-Es un tipo alto, no tan alto como él -Ace señaló con el pulgar al conductor, quien tenía puestos unos audífonos de walkman y se mecía al compás de un ritmo que sólo él podía oír-, pero alto. Es canadiense. Habla así, él. Lleva un pequeño pendiente de oro.

-Es el viejo Daffy Duck -confirmó Mike Corson.
-Para decirte la verdad, me sorprende que nadie se haya despachado a ese tipo todavía -dijo Dave Corson. Miró a su hermano, Mike, y ambos movieron la cabeza con un asombro compartido.
-Pensé que no había problema -continuó Ace-. Ducky siempre solía ser derecho.
-Pero estuviste fuera un tiempo, ¿no es cierto? -preguntó Mike Corson.
-Unas pequeñas vacaciones en el Hotel Las Rejas -bromeó Dave Corson.
Con seguridad estabas encerrado cuándo Ducky descubrió el placer de calentar la cocaína -dijo Mike-. Con eso, se le vino abajo la función a toda velocidad.
-Ducky conoce un pequeño truco que le gusta poner en práctica en estos días -dijo Dave-, ¿Sabes lo qué es poner el cebo, Ace?
Ace lo pensó y después negó con un movimiento de cabeza.
-Sí, sí lo sabes -insistió Dave-. Ésa es la razón por la que estás con el agua al cuello. Ducky te mostró una serie de bolsas llenas con polvo blanco. Una tenía cocaína de la buena. EL resto estaba lleno con mierda. Corno tú, Ace.
-¡Las probarnos! -dijo Ace-. ¡Elegí una al azar y la probamos!
Mike y Dave se miraron el uno al otro con oscura ironía.
-Las probaron -gruñó Dave Corson.
-Eligió una bolsa al azar -añadió Mike Corson.
Alzaron los ojos y se miraron el uno al otro en el espejo del techo.
-¿Bien? -dijo Ace, tratando de ver a los dos a la vez. Le animaba que conocieran a Ducky y también que creyeran que no había intentado engañarlos, pero de todos modos estaba muy angustiado. Lo trataban corno a un imbécil, y Ace Merrill no era imbécil de nadie,
-¿Bien que? -preguntó Mike Corson- Cerraste el trato porque creíste que tú mismo habías elegido la bolsa de prueba, ¿verdad? Ducky es como un mago que hace la misma porquería de truco con las cartas una y otra vez. "Elige una carta, cualquier carta." ¿Has oído ese truco en alguna ocasión, idiota?
A pesar de las pistolas, Ace se ofendió.
-No me digas así.
-Te diremos lo que se nos antoje -dijo Dave-. Tos debes ochenta y cinco de los grandes, Ace, y hasta ahora sólo tenemos como garantía de ese dinero una carga de mierda de bicarbonato Arm & Hammer que vale un dólar con cincuenta centavos. Te diremos Hubert Jode Madre si queremos.
Los dos hermanos se miraron el uno al otro. Entre ellos pasó una comunicación sin palabras. Dave se levantó y le dio un gol= pecito en el hombro a Too-Tall Timmy. Le entregó a éste su pistola. Luego., Dave y Mike bajaron de la camioneta y se quedaron junto a un montón .de zumaque al borde del campo de algún granjero, hablando con expresión seria. Ace desconocía las palabras que decían, pero sabia perfectamente lo que estaban tratando. Estaban decidiendo qué hacer con él.
Se sentó en el borde de la cama de barro, sudando como un cerdo, en espera de que regresaran. Too-Tall, despatarrado en la silla de capitán, tapizada, que había desocupado Mike Corson, sostenía la H & K apuntada hacia Ace y movía la cabeza de un lado a otro. Muy débilmente, Ace podía oír que salían de los audífonos las voces de Marvin Gaye y Tammi Terrell. Marvin y Tammi, quienes eran ambos muy populares en esos días, estaban cantando "Mi equivocación".
Mike y Dave subieron a la camioneta.
-Te vamos a dar tres meses para que te pongas a mano -dijo Mike. Ace sintió que el alivio le soltaba todos los músculos-. Por ahora, nos interesa más el dinero que arrancarte el pellejo. Y hay algo más, también.
-Queremos desaparecer a Ducky Morin -añadió Dave-. Ya ha durado demasiado esa mierda.
-Ese tipo nos está dando mala fama -dijo Mike.
-Creemos que puedes encontrarlo -aseguró Dave-. Creemos que piensa que un idiota siempre es un idiota.
-¿Tienes algún comentario sobre eso, idiota? -le preguntó Mike.
Ace no tenía ningún comentario. Ya estaba bastante feliz al saber que vería otro fin de semana.
-El primero de noviembre es la fecha límite -dijo Dave-. Tú nos traes el dinero el primero de noviembre y después todos iremos tras Ducky. Si fallas, veremos cuántos pedazos te podemos cortar antes de que te des por vencido y te mueras.
8
Cuando estalló la bomba, Ace tenía en su poder cerca de una docena de diversas armas de alto calibre de la variedad automática y semiautomática. La mayor parte de su periodo de gracia la pasó tratando de convertir las armas en efectivo. Una vez que lo hiciera, invertiría el efectivo en cocaína. Cuando se necesitaba dinero a toda prisa, el mejor bien era la cocaína.
Pero el mercado de pistolas estaba en las latitudes de vientos calmados. Vendió la mitad de su existencia, ninguna de las armas grandes, y eso fue todo. Durante la segunda semana de septiembre se había encontrado con un posible comprador en la cantina La Obra de Arte en Lewiston. El sujeto había insinuado en todas las formas posibles que le gustaría adquirir por lo menos seis y, tal vez, hasta diez armas automáticas, si la ferretería iba acompañada con el nombre de un vendedor

de municiones confiable. Ace podía atenderlo. Los Hermanos Voladores Corson eran los comerciantes en municiones más confiables que conocía.
Ace entró al sucio sanitario para inhalar un par de líneas antes de concretar el trato. Estaba inundado con esa sensación de bienestar y alivio que ha afectado a varios presidentes norteamericanos; creía que veía la luz al final del túnel.
Colocó el pequeño espejo que llevaba en el bolsillo de la camisa sobre el tanque del inodoro y estaba poniendo cucharaditas de cocaína sobre el espejo, cuando oyó una voz proveniente del urinario más cercano al gabinete donde estaba Ace. Ace nunca descubrió a quien pertenecía la voz; sólo supo que su dueño pudo haberlo salvado de quince años en una penitenciaría federal.
-El hombre con el que estás hablando lleva grabadora -dijo la voz desde el urinario, y cuando Ace salió del sanitario se fue por la puerta trasera.
9
Después de haber estado a punto de caer en una celada (nunca se le ocurrió la posibilidad de que estuviese bromeando su informante invisible), Ace se sumió en una extraña clase de parálisis. No se atrevía a efectuar ningún movimiento, excepto comprar un poco de cocaína de vez en cuando, para su uso personal. Nunca antes había experimentado esa sensación de letargo total. Lo odiaba, pero no sabía cómo sacudírselo. Todos los días, lo primero que hacía era ver el calendario. Parecía que noviembre se le venía encima.
De improviso, esta mañana se había despertado antes del amanecer con un pensamiento centelleando en la mente como una insólita luz azul: tenía que volver a casa. Tenía que regresar a Castle Rock. Ahí estaba la respuesta. La perspectiva de volver a casa le sonaba bien... e, incluso, si resultaba ser una decisión equivocada, era posible que el cambio de escenario le despejara el singular bloqueo en la cabeza.
En Mechanic Falls era John Merrill, simplemente, un ex convicto que vivía en una barraca con plásticos en las ventanas y una tabla en la puerta. En Castle Rock siempre había sido Ace Merrill, el ogro que se adueñó de las pesadillas de toda una generación de pequeñines. En Mechanic Falls no era más que un malviviente y una basura, un tipo que era dueño de un Dodge arreglado, pero no tenía una cochera para guardarlo. En Castle Rock, al menos por un tiempo, había sido una especie de rey.
Así que había regresado y aquí estaba, ¿y ahora qué seguía?
Ace no lo sabía. El pueblo se veía más pequeño, más sucio y más vacío de lo que recordaba. Suponía que Pangborn estaría por las cercanías y que, muy pronto, el viejo Fullerton le llamaría por teléfono para avisarle que Ace había vuelto al pueblo. Entonces Pangborn lo buscaría y le preguntaría si tenía empleo. No lo tenía, y ni siquiera podía alegar que había regresado a visitar a su tío, porque Pop estaba dentro cuando se incendió la tienda de chatarra. Muy bien, Ace, diría Pangborn, ¿por qué no te subes a tu máquina y te largas de aquí?
¿Y qué le iba a responder a eso?
Ace no lo sabía; sólo sabía que el destello de luz azul oscuro que lo había despertado aún brillaba en alguna parte en su interior.
Vio que todavía estaba vacío el lote donde estuvo el Emporium Galorium. No había más que hierbas, algunos restos de tablas quemadas y basura. Los cristales rotos reflejaban el sol en fragmentos de luz que lastimaban los ojos. No había nada que ver, pero Ace quería mirar, de todos modos. Empezó a cruzar la calle. Casi había alcanzado la otra orilla cuando captó su atención un toldo verde a dos fachadas de distancia.
COSAS NECESARIAS
decía la parte lateral del toldo. ¿Qué clase de nombre era ése para una tienda? Ace se acercó al local. Más tarde podía ver el lote vacío de lo que fue la trampa para turistas de su tío; no creía que nadie se lo llevara entretanto.
Lo primero que atrajo su mirada fue el letrero
SE SOLICITA AYUDANTE
No le puso gran atención. No sabía para qué había vuelto a Castle Rock, pero, desde luego, no era para ser mozo de un almacén.
En el escaparate había una serie de artículos exclusivos, la clase de objetos que se habría llevado si estuviese realizando un trabajo nocturno en la casa de algún sujeto acaudalado. Un juego de ajedrez cuyas piezas eran animales salvajes tallados. Un collar de perlas negras; a Ace le pareció valioso, pero suponía que era probable que las perlas fuesen artificiales. Era indudable que en este pueblucho de mierda nadie podía darse el lujo de poseer un collar de perlas negras genuinas. Pero, no obstante, era un buen trabajo; se veían casi auténticas. Y...
Ace miró, con los ojos fruncidos, un libro que estaba detrás de las perlas. Se había colocado sobre el lomo para que cualquiera que mirase el escaparate pudiese ver fácilmente la portada, la cual representaba las siluetas de dos hombres en la orilla de una colina en la noche. Uno tenía un zapapico y el otro una pala. Parecía que estaban excavando un agujero. El título del libio era Tesoros perdidos y enterrados de Nueva Inglaterra. El nombre del autor estaba impreso bajo la imagen en letras blancas pequeñas.

Era Reginald Merrill.
Ace fue hasta la puerta y movió la perilla. Giró con toda facilidad. Tintineó la campanilla en la parte superior de la puerta. Ace Merrill entró a Cosas Necesarias.
10
-No -dijo Ace, mirando el libro que el señor Gaunt había sacado del escaparate y puesto en sus manos-. Éste no es el que quiero. Debe haber tomado otro.
-Es el único libro en el escaparate, se lo aseguro -replicó el señor Gaunt con voz ligeramente intrigada-. Puede verlo usted mismo, si no me cree.
Por un momento, Ace estuvo tentado a hacerlo y después soltó un suspiro exasperado.
-No, está bien -dijo.
El libro que le había dado el dueño de la tienda era La isla del tesoro de Robert Louis Stevenson. Era bastante claro el origen del error: tenía a Pop en la mente y se había equivocado. Sin embargo, la verdadera equivocación había sido el regreso a Castle Rock, en primer lugar. ¿Por qué carajos lo había hecho?
-Oiga, es muy interesante todo lo que tiene aquí, pero debo irme. Lo veré en otra ocasión, señor...
-Gaunt -dijo el propietario de la tienda, extendiéndole la mano-. Leland Gaunt,
Ace también extendió la mano y fue engullida. En el momento del contacto, pareció recorrerlo una gran fuerza estimulante. Su mente se llenó con esa luz azul oscuro de nuevo; un enorme relámpago esta vez.
Retiró la mano, confuso y con las rodillas flojas.
-¿Qué fue eso? -susurró.
-Creo que lo llaman "reclamo de atención" -dijo el señor Gaunt. Hablaba con una tranquila compostura-. Es necesario que me preste atención, señor Merrill.
-¿Cómo sabe mi nombre? Yo no se lo dije.
-Oh, sé muy bien quién es usted -respondió el señor Gaunt con una breve risa-. Lo estaba esperando.
-¿Cómo podía esperarme? Ni siquiera yo sabía que vendría hasta que me subí al maldito auto.
-Discúlpeme un momento, por favor.
Gaunt se separó del escaparate, se agachó y recogió un letrero que había estado recargado contra la pared. Después, se inclinó en el escaparate, quitó
SE SOLICITA AYUDANTE
y colocó
CERRADO POR EL DÍA DE COLÓN
en su lugar.
-¿Por qué hizo eso? -Ace se sentía como un hombre que se tropezó con una cerca de alambre por la cual corría una moderada carga eléctrica.
-Es costumbre que los propietarios de las tiendas retiren el letrero de se solicita ayudante cuando se ocupa la vacante dijo el señor Gaunt con cierta severidad-. Mi negocio e n Castle Rock ha crecido a un ritmo muy satisfactorio y ahora necesito una espalda fuerte y un par de manos extra. Me canso con mucha facilidad en estos días.
-Hey, yo no....
-También necesitó un chofer -añadió el señor Gaunt-, Tengo entendido que la conducción de automóviles es su principal habi lidad. Su primer tarea, Ace, será conducir hasta Boston. Ahí tengo guardado un automóvil en un estacionamiento. Le gustará, es un Tucker.
-¿Un Tucker? -por un momento, Ace se olvidó de que no había venido al pueblo para emplearse corno mozo.-.. ni tampoco como chofer, para el caso-. ¿Como el de la película?
-No exactamente -dijo el señor Gaunt. Caminó hasta el mostrador donde estaba la antigua caja registradora, eligió una llave y abrió el cajón que estaba debajo de la caja. Extrajo dos pequeños sobres. Colocó sobre el mostrador uno de ellos. El otro se lo tendió a Ace-. Tiene ciertas modificaciones. Tome. Las llaves.
-¡Hey, espere un minuto! Le he dicho que-...
Los ojos del señor Gaunt eran de un color extraño que no podía definir Ace, pero, cuando primero se oscurecieron y después centellearon hacia él, Ace sintió que se le aflojaban las rodillas de nuevo.
-Está metido en un brete, Ace, pero, si no deja de comportarse como un avestruz con la, cabeza metida en la arena-, creo que voy a :perder el interés que tnía en auxiliarlo. .Hay montones de ayudantes para las tiendas. Lo sé, créamelo. A través de los años, he emplea-do a cientos. Miles, tal vez. Así que deje de joder ;y tome las llaves.
Ace tomó el pequeño sobre. Cuándo las puntas de sus dedos tocaron las puntas de los dedos del señor Gaunt, ese oscuro relámpago invadió de -nuevo su cabeza. Emitió un quejido.
-Conducirá su auto a la dirección que le daré -dijo el señor Gaunt- y lo estacionará en el espacio que ahora ocupa él mío. Espero que esté de regreso para la medianoche a más tardar. Creo que, en realidad, será bastante más temprano.
-Mi auto es más rápido de lo que parece.
Gaunt sonrió, mostrando todos esos dientes.

Ace lo intentó otra vez.
-Oiga, señor...
-Gaunt.
Ace asintió, la cabeza subiendo y bajando como la cabeza de una marioneta controlada por un titiritero novato.
-En otras circunstancias, me quedaría con usted. Usted es... interesante -no era la palabra que quería, pero fue la mejor que pudo producir su lengua por el momento-. Pero tiene razón, estoy metido en un lío y si no consigo una gran suma de dinero en las dos semanas próximas...
-Bien, ¿que hay acerca del libro? -preguntó el señor Gaunt. Su tono contenía diversión y reproche-. ¿No entró por el libro?
-No es el que...
Ace descubrió que todavía lo tenía en la mano y volvió a mirarlo. La imagen era la misma, pero el título había cambiado al que había visto en el escaparate: Tesoros perdidos y enterrados de Nueva Inglaterra, por Reginald Merrill.
-¿Qué es esto? -preguntó con voz indistinta. Pero lo supo de súbito. No estaba en Castle Rock; estaba en la casa de Mechanic Falls, acostado en su propia cama sucia, soñando todo eso.
-A mí me parece que es un libro -dijo el señor Gaunt-. ¿No se llamaba Reginald Merrill su difunto tío? Qué coincidencia.
-Mi tío nunca escribió nada en toda su vida, excepto recibos y pagarés -aseguró Ace con la misma voz indistinta, somnolienta. Fijó de nuevo la vista en Gaunt y descubrió que no podía separar la mirada. Los ojos de Gaunt continuaban cambiando de color. Azul... gris... castaño... café... negro.
-Bien -admitió el señor Gaunt-, tal vez el nombre en el libro es un seudónimo. Tal vez yo escribí este volumen particular.
-¿Usted?
El señor Gaunt entrelazó los dedos bajo la barbilla.
-Tal vez ni siquiera es un libro. Tal vez todas las cosas realmente especiales que vendo no son lo que parecen. Tal vez no son más que artículos grises con una propiedad extraordinaria, la facultad de adoptar las formas de las cosas que rondan en los sueños de hombres y mujeres -hizo una pausa y después añadió, pensativo-: Tal vez ellos mismos no son más que sueños.
-No entiendo nada.
El señor Gaunt sonrió.
-Ya lo sé. No importa. Si su tío hubiese escrito un libro, Ace, ¿el tema principal no habría sido un tesoro enterrado? ¿No opina que ese tesoro, ya sea que esté enterrado o en los bolsillos de sus prójimos, era un punto de gran interés para él?
-Le gustaba el dinero, eso es cierto -dijo Ace con cierta tristeza.
-¿Y qué pasó con él? -exclamó el señor Gaunt-. ¿Le dejó una parte a usted? Estoy seguro de que así fue; ¿no es usted el único pariente que le sobrevive?
-¡No me dejó ni un jodido centavo! -vociferó furioso Ace-. Todos en el pueblo decían que el viejo bastardo guardaba hasta la primera moneda de diez centavos que se ganó, pero cuando murió había menos de cuatro mil dólares en sus cuentas bancarias. Ese dinero se fue en el entierro y en limpiar el desastre que dejó en la calle. ¿Y sabe lo que encontraron cuando abrieron su caja fuerte?
-Sí -dijo el señor Gaunt, y aunque la boca estaba seria, incluso comprensiva, los ojos se reían-. Estampillas comerciales. Seis libretas de estampillas Plaid y catorce de estampillas Gold Bond.
-¡Exactamente! -masculló Ace. Miró ceñudo Tesoros perdidos y enterrados de Nueva Inglaterra. La rabia se había tragado, al menos por ahora, el desasosiego y la sensación de desorientación-. ¿Y sabe qué? Ya ni siquiera puedo hacer efectivas las estampillas Gold Bond. Cerró la compañía. Todo el mundo le temía en Castle Rock, incluso yo le tenía un poco de miedo, y todo el mundo pensaba que era tan acaudalado como Rico Mac Pato, pero murió sin un centavo.
-Es probable que no confiara en los bancos -dijo el señor Gaunt-. Tal vez enterró su tesoro. ¿Cree que sea posible, Ace?
Ace abrió la boca. La cerró. La abrió. La cerró.
-Ya basta -exclamó el señor Gaunt-. Parece un pez en un acuario.
Ace miró el libro que tenía en la mano. Lo puso sobre el mostrador y hojeó rápidamente las páginas, las cuales estaban cubiertas con escritura pequeña. Algo salió despedido del libro. Era un trozo de papel de estraza, grande e irregular, con dobleces desiguales, y Ace lo reconoció de inmediato: había sido arrancado de una bolsa de compras del Supermercado Hemphill. Cuando era niño, ¿cuántas veces había visto a su tío arrancando un trozo de papel de estraza como éste de una de las bolsas que guardaba bajo la antigua caja registradora Tokeheim? ¿Cuántas veces lo había observado mientras sumaba cifras en ese trozo... o redactaba un pagaré en ese fragmento de papel?
Lo desdobló con manos temblorosas.
Era un mapa, eso era evidente, pero al principio no pudo entender nada, no era más que un montón de líneas y cruces y círculos garabateados.
-¿Qué carajos es esto?

-Necesita algo que estimule su concentración, eso es todo -dijo el señor Gaunt-. Eso podría ayudarle.
Ace levantó la vista. El señor Gaunt había colocado un pequeño espejo con un marco de plata muy adornado sobre una vitrina de cristal junto a la caja registradora. Ahora abrió el otro sobre que había sacado del cajón y vertió una generosa cantidad de cocaína en la superficie del espejo. Para el ojo experimentado de Ace, se veía de una calidad fabulosamente alta; el reflector sobre la vitrina producía miles de chispas diminutas en los limpios copos. -¡Jesús, oiga usted.
-la nariz de Ace ya hormigueaba con anticipación-. ¿Es colombiana?
-No, es un híbrido especial -respondió el señor Gaunt-. Proviene de las planicies de Leng -sacó un abrecartas de oro del bolsillo interior de la chaqueta beige y empezó a repartir la droga en largas líneas regordetas.
-.-¿Dónde está eso?
-Más allá de las colinas y muy lejos -le contestó el señor Gaunt-. No haga preguntas, Ace. Los hombres con deudas deben concretarse a disfrutar las cosas buenas que se encuentran en el camino. Guardó .el abrecartas y sacó una pequeña pajuela de cristal del mismo bolsillo. Se la entregó a Ace.
-Sírvase.
La pajuela era increíblemente pesada; Ace se imaginó que no era cristal, después de todo, sino algún tipo de cristal de roca. Se inclinó sobre el espejo y luego titubeó. ¿V si el viejo tenía SIDA o algo parecido?
No haga preguntas, Ace. Los hombres con deudas deben concretarse a disfrutar las cosas buenas que se encuentran en el camino.
-Amén -dijo Ace en voz alta e inhaló. Su cabeza se llenó con ese vago sabor a plátano y limón que parecía tener siempre la cocaína realmente buena. Era suave, pero poderosa a la vez. Sintió que el corazón le palpitaba con fuerza. AL mismo tiempo, sus pensamientos se enfocaron con agudeza y adquirieron un filo de cromo pulido. Recordó algo que le había dicho un sujeto poco después de que se enamoró de esta sustancia: Con la coca, las cosas tienen más nombres. Muchos más nombres.
Entonces no te había entendido, pero pensó que ahora sí comprendía lo que había querido decir.
Le ofreció la pajuela a Gaunt, pero éste negó con la cabeza.
-Nunca antes de las cinco -dijo-, pero disfrútela usted, Ace.
-Gracias.-aceptó Ace.
Miró de nuevo el mapa y descubrió que ahora podía descifrarlo perfectamente. Las dos líneas paralelas con la x entre ellas eran, sin duda, Tin Bridge y, una vez que te dabas cuenta de eso, todo lo demás caía en su lugar con nitidez. El garabato que corría entre las líneas, a través de la x, hasta la punta superior del papel, era la Ruta 117. El pequeño círculo con otro círculo más grande detrás debía representar la granja de productos lácteos de los Gavineaux: el círculo más grande podía ser el establo. Todo tenía sentido. Estaba tan claro y definido y reluciente como la vigorizante pila de droga que este increíble petimetre elegantoso había sacado del pequeño sobre.
Ace repitió el acercamiento al espejo.
-Disparen cuando estén listos -murmuró, e inhaló otras dos líneas. ¡Bang! ¡Zap!-. ¡Cristo, sí que es poderosa! -dijo con voz jadeante.
-Claro que sí -convino el señor Gaunt con seriedad.
Ace levantó los ojos, convencido de pronto de que el hombre se estaba riendo de él, pero el rostro dei señor Gaunt estaba tranquilo y despejado. Ace se inclinó de nuevo sobre el mapa.
Esta vez fueron las cruces las que atrajeron su atención. Había siete, no, eran ocho, en realidad. Una parecía estar en el terreno seco y pantanoso, propiedad del viejo Treblehorn... excepto que el viejo Treblehorn estaba muerto, desde hacía varios años, y ¿no se había comentado, en un tiempo, que su tío Reginald se había quedado con gran parte de esa tierra como pago de un préstamo?
Aquí había otra, en la orilla de la Reserva Ecológica, al otro lado de Castle View, si recordaba bien la geografía. Había dos en el camino vecinal No. 3, cerca de un circulo que era probablemente la casa de Joe Camber, la granja Siete Robles. Dos más en la tierra que se suponía que pertenecía a Diamond Match en el lado oeste del lago Castle.
Ace miró fijamente a Gaunt con ojos fieros, inyectados.
-¿Enterró el dinero? ¿Es eso lo que significan las cruces? ¿Son los sitios donde enterró el dinero?
El señor Gaunt encogió los hombros con elegancia.
-Estoy seguro de que no lo sé. Parece lógico, pero con frecuencia la lógica no tiene riada que ver con la forma en que se comportan las personas.
-Pero pudiera ser -dijo Áce. Se estaba poniendo frenético con la excitación y la sobredosis de cocaína; lo que sentía como rígidos manojos de alambres de cobre explotaban en los grandes músculos de los brazos y vientre. Su rostro cetrina, marcado con cicatrices del acné de adolescente, había adquirido un arrebol oscuro-. ¡Pudiera ser! ¡Todos esos lugares donde están las cruces... todas podrían ser propiedad de Pop! ¿No lo ve? Pudo haber puesto esa tierra en un fideicomiso o cono jodidos se llame... para que nadie la pudiese comprar... para que nadie pudiera encontrar lo qué guardaba ahí...

Inhaló el resto de la cocaína en el espejo y después se recargó en el mostrador. Los ojos inyectados, sobresalientes, le bailaban en el rostro. '
-No sólo saldría del embrollo de mierda -dijo en un susurro bajo, tembloroso-. Podría ser jodidamente rico.
-Sí -concedió el señor Gaunt-. Diría que es una buena posibilidad. Pero recuerde esto, Ace -señaló con el pulgar hacia la pared, y al letrero que decía
NO ACEPTO DEVOLUCIONES NI HAGO CAMBIOS
CAVEAT EMPTOR
Ace miró el letrero.
-¿Qué significa?
-Significa que usted no es la primera persona que cree haber encontrado la llave para grandes riquezas en un libro antiguo -dijo el señor Gaunt-. Significa también que todavía necesito un ayudante y un chofer.
Ace lo miró, casi conmocionado. Después se rió.
-¿Está bromeando? -señaló el mapa-. Tengo mucho que excavar.
El señor Gaunt suspiró con pesar, dobló la hoja de papel de estraza, la volvió a meter en el libro y guardó el libro en el cajón debajo de la caja registradora. Todo esto lo hizo con una celeridad asombrosa.
-¡Hey! -gritó Ace-. ¿Qué está haciendo?
-Acabo de recordar que el libro ya está prometido para otro cliente, señor Merrill. Lo siento. Y en realidad, la tienda está cerrada, es el día de Colón, ¿sabe?
-¡Espere un minuto!
-Desde luego, si le hubiese interesado el empleo, estoy seguro de que se podría haber llegado a un arreglo. Pero veo que está muy ocupado; sin duda, quiere poner en orden sus asuntos antes de que lo hagan tiras los hermanos Corson.
Ace empezó a abrir y cerrar la boca de nuevo. Trataba de recordar dónde estaban las cruces y descubrió que no podía. En su mente trastornada, volátil, todas ellas parecían confundirse en una gran cruz... el tipo de cruz que se ve en los cementerios.
-¡Está bien! -gritó-. Está bien. ¡Tomaré el jodido empleo!
-En ese caso, creo que el libro sí está a la venta, después de todo -dijo el señor Gaunt. Lo sacó del cajón y revisó la hoja de guarda-.Un dólar y medio -los dientes apiñados aparecieron en una amplia sonrisa de tiburón-. Un dólar treinta y cinco, con el descuento para empleados.
Ace sacó la billetera del bosillo trasero, se le cayó y casi se golpea la cabeza contra el borde de la vitrina cuando se agachó para recogerla.
-Pero necesito tener algún tiempo libre -le dijo al señor Gaunt.
-Por supuesto.
-Realmente tengo que hacer excavaciones.
-En efecto.
-El tiempo vuela.
-Una observación muy inteligente.
-¿Cuando regrese de Boston?
-¿No estará cansado?
-Señor Gaunt, no puedo darme el lujo del cansancio.
-En ese aspecto, podría ayudarlo -dijo el señor Gaunt. Su sonrisa se ensanchó y, en ese instante, sus dientes sobresalieron como los de una calavera-. Me refiero a que podría tener un pequeño estimulante para usted.
-¿Qué? -preguntó Ace, abriendo más los ojos-. ¿Qué fue lo que dijo?
-¿Perdón?
-Nada -repitió Ace-. No importa.
-Bien... ¿todavía tiene las llaves que le di?
Ace se sorprendió al descubrir que se había guardado en el bolsillo trasero el sobre que contenía las llaves.
-Muy bien -el señor Gaunt marcó $1.35 en la vieja registradora, tomó el billete de cinco dólares que Ace había dejado sobre el mostrador y le entregó los tres dólares y sesenta y cinco centavos de cambio. Ace los tomó como un hombre en un sueño.
-Ahora -dijo el señor Gaunt-, permítame darle unas cuantas instrucciones, Ace. Y recuerde lo que dije: quiero que esté de regreso a medianoche. Si no ha vuelto para medianoche, me sentiré molesto. Cuando estoy molesto, pierdo la paciencia algunas veces. No le gustaría estar cerca cuando eso suceda.
-¿Se convierte en Hulk? -preguntó Ace en broma.
El señor Gaunt levantó los ojos con una ferocidad sonriente que hizo que Ace retrocediera un paso.
-Sí -dijo-. Eso es exactamente lo que me pasa, Ace. Me convierto en Hulk. En efecto, así es. Ahora, ponga atención.
Ace puso atención.

11

Faltaban quince minutos para las once y Alan se disponía a dirigirse a la cafetería de Nan para tomarse una rápida taza de café, cuando lo llamó Sheila Brigham. Sonny Jackett estaba en la línea uno, dijo. Insistía en hablar con Alan exclusivamente.

Alan tomó el auricular.

-Hola, Sonny... ¿qué se te ofrece?

-Bueno -dijo Sonny, con el acento lento y pesado del este-. No me agrada ponerle más problemas en el plato después de la doble ración que tuvo ayer, comisario, pero creo que regresó al pueblo un amigo suyo.

-¿Quién es?

-Ace Merrill. Desde aquí, veo su auto estacionado en la calle.

Oh, mierda, ¿qué más?, pensó Alan.

-¿Lo viste?

-No, pero no es posible pasar por alto el auto. Dodge Challen

ger, verde vómito... lo que los chicos llaman un torpedo. Lo he visto en Plains.

-Bien, gracias, Sonny.

-De nada; ¿qué supone que está haciendo ese bribón en el pueblo, Alan?

-No lo sé -dijo Alan y, mientras colgaba, pensó: Pero creo que será mejor que lo averigüe.

12

Junto al Challenger verde había un espacio vacío. Alan introdujo la Unidad 1 en ese lugar y bajó del vehículo. Vio que Bill Fullerton y Henry Gendron lo miraban desde la vidriera de la barbería, los ojos brillantes con interés, y los saludó con la mano. Henry señaló el otro lado de la calle. Alan asintió y cruzó. Wilma Jerzyck y Nettie Cobb se matan la una a la otra en una esquina de la calle un día y al siguiente aparece Ace Merrill, pensó. Este pueblo se está convirtiendo en el circo Harnum & Bailey's.

Cuando llegó a la acera en el otro lado, vio que Ace salía tranquilamente de la sombra bajo el toldo verde de Cosas Necesarias. Llevaba algo en la ,mano. Al principio, Alan no pudo distinguir qué era, pero, cuando se acercó Ace, decidió que sí lo había distinguido; lo que pasaba era que no lo podía creer. Ace Merrill no era precisamente la clase de sujeto que esperas ver con un libro en la mano.

Se reunieron frente al lote vacío donde una vez había estado el Emporium Galorium.

-Hola, Ace -dijo Alan.

Ace no pareció sorprenderse al verlo. Quitó las gafas para el sol de la v de la camisa, las sacudió con una mano y se las puso.

-Vaya, vaya, vaya... ¿a cuántos ha colgado, jefe?

-¿Qué haces en Castle Rock, Ace? -preguntó Alan sin alterarse.

Ace miró hacia el cielo con un interés exagerado. Pequeños destellos de luz parpadearon en los cristales de sus Ray Ban.

-Un día agradable para pasear -dijo-. Como de verano.

-Muy agradable -convino Alan-. ¿Tienes permiso vigente para conducir, Ace?

Ace lo miró con expresión de reproche.

-¿Estaría conduciendo si no lo tuviera? Eso no sería legal, ¿verdad?

-No creo que ésa sea una respuesta.

-Me presenté a otro examen tan pronto como me dieron de baja -dijo Ace-. Estoy en orden. ¿Qué le parece eso, jefe? ¿Ésa sí es respuesta?

-Me gustaría verificarlo -Alan extendió la mano.

-¡Caramba, parece que no confía en mí! -dijo Ace. Hablaba con la misma voz guasona, burlona, pero Alan percibía el enojo bajo ella.

-Digamos que soy de Missouri.

Ace se pasó el libro a la mano izquierda para sacar la billetera del bolsillo de la cadera con la derecha y Alan pudo ver mejor la portada. El libro era La isla del tesoro, de Roben Louis Stevenson.

Revisó el permiso. Estaba firmado y era válido.

-El registro del auto está en la guantera, si quiere cruzar la calle para verlo también -dijo Ace. Ahora Alan podía oír con más claridad el enojo en la voz. Y también la antigua arrogancia.

-Creo que confiaré en ti en eso, Ace. ¿Por qué no me dices qué haces aquí en el pueblo?

-Quería ver eso -respondió Ace, y señaló hacia el lote vacío-. No sé por qué, pero así es. Dudo que me crea, pero sucede que es la verdad.

Aunque pareciera extraño, Alan le creyó.

-Veo que también compraste un libro.

-Sé leer -dijo Ace-. Supongo que tampoco lo cree.

-Bien, bien -Alan enganchó los pulgares en el cinturón y miró a Ace-. Viniste a ver y a comprar algo que leer.

-Es poeta y no lo sabe.

-Yaya, es posible que lo sea. Qué humo que lo señalaste, Ace. Ahora me imagino que ya te vas del pueblo, ¿verdad?
-¿.Qué pasa si no me voy? Supongo que encontrará algo por lo cual detenerme. ¿La palabra "rehabilitación" no figura en su vocabulario, comisario Pangborn?
-Sí -dijo Alan-, pero la definición no es Ace Merrill.
-No me jorobe, hombre.
-No lo estoy haciendo. Lo sabrás en cuanto empiece.
Ace se quitó las gafas.
-Los tipos como usted nunca se dan por vencidos, ¿verdad? Nunca dejan de joder.
Alan no respondió.
Después de un momento, Ace pareció recuperar la compostura. Se volvió a poner los Ray Ban.
-¿Sabe una cosa? -dijo-, creo que me iré. Tengo que ir a algunos- sitios y varias cosas que hacer.
-Eso es buena. Las manos ocupadas son manos felices.
-Pero si quiero regresar, lo haré. ¿Me oye?
-Te oigo, Ace, y quiero decirte que no creo que eso sea. inteligente. ¿Me oyes tú a a mí?
-No me asusta.
-Si no te asusto, eres más estúpido de lo que pensaba.
Durante un momento, Ace miró a Alan a través de las gafas oscuras y después se rió. A Alan no le agradó el sonido; era una clase de risa escalofriante, extraña y desequilibrada. Permaneció parado y observó mientras Ace cruzaba la calle con su pavoneo obsoleto de matón, abría la portezuela del auto y se subía. Unos instantes más tarde el motor rugió a la vida. Los gases resonaron a través de los tubos de escape sin silenciador; la gente se detuvo en la calle para mirarlo.
Ese tubo de escape es ilegal, pensó Alan. De fibra de vidrio. Lo podría multar por eso.
¿Pero cuál era el caso? Tenía que atender asuntos más importantes que Ace Merrill, quien, de cualquier modo, ya se iba del pueblo. Esta vez para siempre, esperaba.
Observó que el Challenger verde daba una vuelta en U prohibida en la calle Main y enfilaba hacia Castle Stream y las afueras del pueblo. Entonces, volvió la cabeza y miró pensativo el toldo verde. Ace había regresado a su pueblo natal y comprado un libro, La isla del tesoro, para ser exactos. Lo había comprado en Cosas Necesarias.
Creía que la tienda estaba cerrada hoy, pensó Alan. ¿No era eso lo que decía el letrero?
Caminó calle arriba hacia Cosas Necesarias. No había estado equivocado respecto al letrero; decía:
CERRADO POR EL DÍA DE COLÓN
Si recibió a Ace, tal vez me reciba a mí, pensó Alan y levantó el puño para tocar. Antes de que pudiese hacerlo, sonó el localizador sujeto a su cinturón. Alan oprimió el botón que apagaba el odioso dispositivo y permaneció indeciso frente a la puerta de la tienda unos instantes más... pero, realmente, no cabía duda sobre lo que tenía que hacer. Si eras un abogado o un ejecutivo de negocios, tal vez te podías dar el lujo de ignorar el localizador por un rato, pero cuando eras comisario del condado, y uno electo, no nombrado, no había duda sobre las prioridades.
Alan cruzó la acera, de pronto se detuvo y se dio vuelta rápidamente. Se sintió como un jugador que es el "cazador" en un juego de Luz Roja, el que tiene la tarea de pillar a los demás jugadores en movimiento, para mandarlos de regreso al principio. Se repetía la sensación de que lo vigilaban, y era muy intensa. Estaba seguro de que vería el tirón sorprendido de la persiana bajada por el lado de la puerta del señor Gaunt.
Pero no hubo nada. La tienda siguió cabeceando en la luz del sol anormalmente cálido de octubre y, si no hubiese visto con sus propios ojos que Ace salía de ahí, Alan habría jurado que el lugar estaba vacío, a pesar de la sensación de que se le vigilaba.
Cruzó hasta la patrulla, se inclinó para tomar el micrófono y radió.
-Llamó Henry Payton -le dijo Sheila-. Henry Ryan ya le envió los informes preliminares sobre Nettie Cobb y Wilma Jerzyck... Fuera.
-Enterado. Fuera.
-Henry dijo que si quieres que te dé los puntos sobresalientes, estará ahí desde ahora hasta el mediodía. Fuera.
-Bien. Estoy en la calle Main. Voy en seguida. Fuera.
-¿Um, Alan?
-¿Sí?
-Henry me preguntó también si conseguirás un aparato de fax antes de principios de siglo, para que pueda enviarte copias de los informes en vez de llamarte todo el tiempo y leértelos. Fuera.
-Dile que le mande una carta al Principal Concejal -protestó Alan malhumorado-. Yo no distribuyo el presupuesto y él lo sabe.
-Bueno, sólo te estoy repitiendo lo que dijo. No es necesario que te ofendas. Fuera.
Alan pensó que Sheila también se oía bastante malhumorada.
-Enterado y fuera -dijo.
Subió a la Unidad 1 y enganchó el micrófono. Miró hacia el banco a tiempo para ver que el gran anuncio electrónico sobre la puerta informaba que eran las diez cincuenta y la temperatura era de

veintisiete grados. Jesús, no necesitamos esto, pensó. Todos en el pueblo contrajeron un maldito caso de calor irritante.
Alan condujo lentamente hacia el Palacio Municipal, absorto en sus pensamientos. No podía sacudirse la sensación de que algo raro estaba pasando en Castle Rock, algo que estaba a punto de descontrolarse. Era descabellado, por supuesto, descabellado por completo, pero no podía sacudirse la sensación.
Trece
1
Las escuelas del pueblo permanecieron cerradas por el día festivo, pero aunque hubiesen abierto Brian Rusk no habría asistido a clases.
Brian estaba enfermo.
No tenía una enfermedad física, ni sarampión, ni varicela, ni siquiera las Carreras Hershey, la más humillante y debilitante de todas. Tampoco era una enfermedad mental, exactamente; era cierto que la mente también complicaba la enfermedad, pero esa complicación podía considerarse como un efecto secundario. La parte de él que estaba enferma era más profunda que la mente; una parte esencial de su estructura, a la cual no tenía acceso la aguja de un doctor o el microscopio, padecía abatimiento e indisposición. Siempre había sido un chico radiante como un sol, pero ahora ese sol había desaparecido, oculto detrás de pesados bancos de nubes que aún seguían formándose.
Las nubes empezaron a acumularse la tarde en que arrojó el lodo a las sábanas de Wilma Jerzyck, se volvieron más densas cuando el señor Gaunt apareció en un sueño, vestido con el uniforme de los Dodgers, y le dijo que la estampa de Sandy Koufax todavía no estaba pagada... pero el cielo no se había encapotado por completo hasta que bajó a desayunar esta mañana.
.Su padre, vestido con el uniforme gris que usaba para el trabajo en la Compañía de Puertas y Recubrimientos Dick Perry, en South Paris, estaba sentado a la mesa de la cocina con el Press-Herald de Portland abierto frente a él.
-Malditos Patriotas -dijo detrás de la barricada del periódico-. ¿Cuándo demonios van a conseguir un mariscal de campo que pueda lanzar la condenada pelota?
-No blasfemes delante de los niños -protestó Cora desde la estufa, pero no habló con su acostumbrada energía exasperada, se la oía distante y preocupada.
Brian se deslizó en la silla y vertió leche en las hojuelas de maíz.
-¡Hey, Bri! -dijo Sean alegremente-. ¿Quieres que vayamos al centro hoy? ¿A unos juegos de video?
-Tal vez -musitó Brian-. Creo... -en eso vio el encabezado en la primera plana del periódico y se quedó callado.
RIÑA HOMICIDA DEJA DOS MUJERES
MUERTAS EN CASTLE ROCK
"Fue un duelo", afirman fuentes policiacas del estado.
Aparecían fotografías de dos mujeres, lado a lado. Brian las reconoció a ambas. Una era Nettie Cobb, quien vivía a la vuelta de la esquina en la calle Ford. Su mamá decía que estaba chiflada, pero Brian nunca le había notado nada raro. Un par de veces se había detenido en la calle a acariciar al perro cuando la señora lo sacaba a pasear y se comportaba como cualquier otra persona.
La otra mujer era Wilma Jerzyck.
Brian removió el cereal, pero en realidad ni siquiera lo probó. Después de que su padre salió para el trabajo, Brian tiró las hojuelas de maíz reblandecidas en el balde de la basura y luego subió lentamente hasta su habitación. Esperaba que su madre lo siguiera, para soltarle un sermón, preguntándole cómo era posible que tirara comida buena cuando los niños se estaban muriendo de hambre en África (por lo visto, creía que la imagen de los niños que se morían de hambre mejoraba el apetito), pero no lo hizo; parecía absorta en un mundo propio esta mañana.
Sin embargo, ahí estaba Sean, fastidiándolo como siempre.
-¿Qué dices, Bri? ¿Quieres ir al centro? ¿Quieres? -casi saltaba de un pie al otro con la emoción-. Podemos jugar algunos juegos de video y tal vez podríamos ir a la nueva tienda con todas esas cosas tan fantásticas en el escaparate...
-¡No te acerques a ese sitio! -gritó Brian, y su hermano pequeño retrocedió, con una expresión sobresalto y congoja que se extendía por su rostro.
-Hey -dijo Brian-, lo siento. Pero no te conviene ir por ahí, Sean-O. Ese sitio es una porquería.
El labio inferior de Sean temblaba.
-Kevin Pelkey dice...
-¿A quién le vas a creer? ¿A ese nalgas mojadas o a tu hermano? No es un lugar bueno, Sean. Es... -se humedeció los labios y luego dijo lo que él entendía como el fondo de la verdad-: Es malo.
-¿Qué pasa contigo? -preguntó Sean. Su voz era violenta y llorosa-. ¡Todo el fin de semana has actuado como un alelado! ¡Mamá también!
-No me siento bien, eso es todo.

-Bueno... -Sean reflexionó. Luego se iluminó-. Tal vez unos juegos de video te hagan sentir mejor. ¡Podemos jugar Ataque Aéreo, Bri! ¡Tienen Ataque Aéreo! ¡Ese en el que te sientas dentro y se mueve de un lado a otro! ¡Es estupendo!
Brian consideró la oferta por unos instantes. No. No podía imaginarse a sí mismo en la galería de video, no hoy, tal vez nunca más. Todos los demás chicos estarían ahí, hoy tenías que esperar en fila para los juegos buenos, como Ataque Aéreo, pero ahora él era diferente a los otros, y era posible que siempre fuera diferente. .
Después de todo, él tenía una estampa de Sandy Koufax de 1956.
Sin embargo, quería hacer algo agradable por Sean, por cualquiera; algo que compensara un poco la cosa tan monstruosa que le había hecho a Wilma Jerzyck. Así que le dijo a Sean que era
probable que en la tarde fueran a los juegos de video, pero mientras tanto le regalaría unas monedas de veinticinco centavos. Brian las sacó de la gran botella de plástico de Coca Cola que era su alcancía.
-¡Recórcholis! -dijo Sean, los ojos redondos-. ¡Aquí hay ocho... nueve... diez monedas! ¡De verdad, debes estar enfermo!
-Sí, me imagino que sí. Diviértete, Sean-O. Y no se lo digas a mamá o te obligará a devolverlas.
-Está en su habitación, dando vueltas con esas gafas oscuras -dijo Sean-. Ni siquiera sabe que estamos vivos -hizo una pausa,
y después añadió-: Odio esas gafas. Son totalmente espeluznantes -miró con más atención a su hermano mayor-. En realidad, sí te ves mal, Bri.
-No me siento nada bien -dijo Brian, lo cual era verdad-. Creo que voy a acostarme.
-Bueno... te esperaré un rato. Ojalá te sientas mejor. Voy a ver las caricaturas en el canal cincuenta y seis. Baja si te sientes mejor -Sean sacudió las monedas en las manos ahuecadas.
-Lo haré -dijo Brian, y cerró la puerta suavemente mientras se alejaba su hermano menor.
Pero no se había sentido mejor. Según transcurría el día, cada vez se sentía
(más nublado)
peor. Pensaba en el señor Gaunt. Pensaba en Sandy Koufax. Pensaba en ese deslumbrante titular del periódico: RIÑA HOMICIDA DEJA DOS MUJERES MUERTAS EN CASTLE ROCK. Pensaba en esas fotografías, rostros conocidos que surgían de un cúmulo de puntos negros.
En determinado momento casi se quedó dormido, y en eso se oyó el pequeño tocadiscos en el dormitorio de su madre y su padre. Mamá estaba tocando otra vez el rayado disco de 45 revolu
ciones de Elvis. Había hecho lo mismo casi todo el fin de semana. Los pensamientos giraban y oscilaban en la cabeza de Brian como fragmentos de confusión atrapados en un ciclón.
RIÑA HOMICIDA
"Sabes que decían que era de clase alta... pero eso era mentira... "
Fue un duelo.
HOMICIDA; Nettie Cobb, la dama con el perro.
"Tu nunca has atrapado a un conejo... "
Cuando trates conmigo, debes recordar dos cosas.
RIÑA: Wilma Jerzyck, la dama de las sábanas.
El señor Gaunt sabe más...
"... y tú no eres mi amigo. "
... y el trato no está terminado hasta que el señor Gaunt DICE que lo está.
Estos pensamientos giraban y giraban, un remolino de terror, culpabilidad y miseria que seguía al compás de los éxitos dorados de Elvis Presley. Para el mediodía, el estómago de Brian había empezado a anudarse y enmarañarse. Corrió sin zapatos al cuarto de baño al fondo del pasillo, cerró la puerta y vomitó en el inodoro con el menor ruido posible. Su madre no lo oyó. Seguía en su habitación, donde Elvis le decía ahora que quería ser su osito de peluche.
Mientras Brian regresaba lentamente a su dormitorio, sintiéndose más miserable que nunca, le llegó una horrible certeza torturante: había desaparecido la estampa de Sandy Koufax. Alguien se la había robado anoche mientras dormía. Había participado en un asesinato por esa estampa y ahora había desaparecido.
Echó a correr, casi se resbaló con el tapete de la mitad del piso del dormitorio y sacó el álbum de tarjetas de beisbol del cajón de la cómoda. Dio vuelta a las páginas con tal velocidad aterrorizada que arrancó varias de ellas de los anillos. Pero la estampa, la estampa, aún estaba ahí: ¿se rostro delgado que lo miraba desde abajo de la cubierta de plástico en la última página. Aún estaba ahí, y Brian sintió que lo invadía un alivio enorme y miserable.
Sacó la estampa de su ranura, se fue a la cama y se acostó con ella en las manos. No se imaginaba cómo podría renunciar a esta posesión. Era todo lo que había obtenido de esta pesadilla. Lo único. Ya no le gustaba, pero era suya. Si quemándola pudiese devolverles la vida a Nettie Cobb y Wilma Jerzyck, en este mismo instante correría en busca de cerillas (al menos, eso creía realmente), pero no podía devolverles la vida y, dado que no podía, le era insoportable la idea de perder la estampa y quedarse sin nada.

Así que la sostuvo en las manos y miró hacia el techo y escuchó el sonido difuso de Elvis, quien ahora cantaba "Corazón de madera". No era sorprendente que Sean le hubiese dicho que se veía mal; su rostro estaba blanco, los ojos enormes y oscuros y lánguidos. Y, ahora que lo pensaba, también sentía el corazón como de madera.
De pronto, un nuevo pensamiento, un pensamiento horrible, atravesó la oscuridad dentro de su cabeza con el brillo espantoso y veloz de un cometa: ¡Lo habían visto!
Se sentó en la cama como impulsado por un resorte, mirándose con horror en el espejo de la puerta del clóset. ¡Túnica verde brillante! ¡Una pañoleta roja sobre un montón de rulos para el cabello! ¡La señora Mislaburskis!
¿Qué está pasando ahí, chico?
No lo sé, exactamente. Creo que el señor y la señora Jerzyck sostienen una discusión.
Brian se puso de pie y se dirigió a la ventana, casi esperando ver que la patrulla del comisario Pangborn daba vuelta en la entrada en ese mismo minuto. No era así, pero no tardaría. Cuando dos mujeres se matan en una riña, se lleva a cabo una investigación. Se interrogaría a la señora Mislaburskis y respondería que había visto a un chico en la casa de los Jerzyck. Ese chico, le diría al comisario, era Brian Rusk.
En la planta baja, sonó el teléfono. Su madre no lo contestó, no obstante que tenía una extensión en el dormitorio. Siguió cantando junto con la música. Al fin, oyó que Sean lo contestaba.
-¿Quién habla?
Brian pensó serenamente: É! me lo sacará. No puedo mentir y menos a un policía. Ni siquiera pude mentirle a !a señora Leroux acerca de quién rompió el jarrón que estaba sobre ,su escritorio, aquella vez tuvo que ir a la oficina. Me !o sacará e iré a la cárcel por homicidio.
Fue entonces cuando Brian Rusk empezó a pensar en el suicidio. Estos pensamientos no eran fantasiosos ni románticos; eran muy calmados y racionales. Su padre guardaba una escopeta en la cochera y en el momento la escopeta tenía un gran sentido. Parecía que la escopeta era la respuesta para todo.
-¡Briaan! ; Teléfono!
-¡No quiero hablar con Stan! -gritó-. ¡Dile que me llame mañana!
-No es Stan -le respondió Sean-. Es un tipo. Un adulto.
Unas grandes manos heladas tomaron el corazón de Brian y lo apretaron. Ya sucedió... el comisario Pangborn le llamaba por teléfono.
¿Brian? Tengo que hacerte algunas preguntas. Son preguntas muy serias. Me temo que si no vienes a responderlas tendré que ir por ti. Iré en !a patrulla. Tu nombre aparecerá muy pronto en el periódico, Brian, y tu fotografrá saldrá en la televisión y la verán todos tus amigos. También !a verán tu madre, tu padre y tu hermano menor. Y cuando muestren la fotografía, el hombre de las noticias dirá: "Éste es Brian Rusk, el chico que ayudó en el homicidio de Wilma Jerzyck y Nettie Cobb ".
-¿Qui-quién es? -preguntó a su hermano con una voz pequeña, aguda.
-¡No sé! -a Sean lo habían apartado de "Los transformers" y se le oía irritado-. Creo que dijo que su nombre era Crowfix.
Algo así.
¿Crowfix?
Brian estaba de pie en la puerta, el corazón golpeando con fuerza en el pecho. Dos brillantes manchas de color, como las de un payaso, ardían ahora en su rostro pálido.
Crowfix no.
Koufax.
Sandy Koufax lo llamaba por teléfono. Excepto que Brian se imaginaba quién era realmente.
Bajó las escaleras con pies de plomo. El auricular del teléfono parecía pesar por lo menos doscientos kilos.
-Hola, Brian -dijo el señor Gaunt en voz baja.
-Ho-ho-hola -respondió Brian con la misma voz pequeña y aguda.
-No hay razón para que te preocupes -dijo el señor Gaunt-. Si la señora Mislaburskis hubiese visto que arrojabas esas piedras, no te habría preguntado qué estaba pasando, ¿no es así?
-¿Cómo sabe eso? -Brian sentía ganas de vomitar otra vez.
-Eso no importa. Lo importante es que hiciste lo correcto, Brian. Exactamente lo correcto. Dijiste que creías que el señor y la señora Jerzyck estaban discutiendo. Si la policía te encuentra, pensará que oíste a la persona que estaba lanzando las piedras. Pensarán que no la viste porque estaba en la parte de atrás de la casa.
Brian miró a través del arco hacia la sala de la televisión para asegurarse de que Sean no estaba espiando. No lo hacía; estaba sentado con las piernas cruzadas frente a la televisión, con una bolsa de palomitas de maíz para microondas en el regazo.
-¡No puedo mentir! -murmuró en el teléfono-. ¡Cuando digo una mentira, siempre me atrapan!
-Esta vez no te sucederá, Brian -dijo el señor Gaunt-. Esta vez actuarás como un campeón.

Y lo más horrible de todo era que Brian pensaba que el señor Gaunt sabía más acerca de esto, también.

2

Mientras su hijo mayor pensaba en el suicidio y luego regateaba en un desesperado murmullo con el señor Gaunt, Cora Rusk bailaba en silencio por su dormitorio en bata de casa.

Excepto que no era su dormitorio.

Cuando se ponía las gafas para el sol que le vendió el señor Gaunt, se trasladaba a Graceland.

Bailaba a través de salones fabulosos que olían a Pine-Sol y comida frita, salones donde los únicos sonidos eran el zumbido del aire acondicionado (en realidad, sólo se abrían unas cuantas de las ventanas de Graceland; muchas estaban clavadas y todas con las cortinas corridas), el susurro de sus pies sobre las espesas alfombras y el sonido de Elvis que cantaba "Mi deseo se convirtió en realidad", con su voz suplicante, atormentada. Bailaba bajo la enorme araña de luces en el comedor y delante de los característicos pavos reales de cristal emplomado. Deslizaba las manos por los ricos encortinados de terciopelo azul. El mobiliario era provenzal francés. Los muros eran rojo sangre.

La escena cambiaba como un lento desvanecimiento en una película y Cora se encontraba en el estudio del sótano. En una pared había percheros de cuernos de animal y, en otra, columnas de discos de oro enmarcados. Pantallas de televisión ,en blanco y negro sobresalían de una tercera pared. Detrás del gran bar curvo, había estantes provistos con Gatorade: sabores naranja, lima, limón.

El dispositivo que cambiaba los discos en el viejo fonógrafo portátil, con el retrato de El Rey en la cubierta de vinil, emitió un pequeño ¡clic! Cayó otro disco de 45 revoluciones. Elvis empezó a cantar "Hawai azul", y Cora onduló todo su cuerpo en el Salón de la Selva con los ceñudos dioses Tiki, el sofá en brazos de gárgolas, el espejo con el elaborado marco de plumas arrancadas del pecho de faisanes vivos.

Cora bailaba. Bailaba con los ojos enmascarados por las gafas para el sol que había comprado en Cosas Necesarias. Bailaba en Graceland, mientras su hijo subía despacio las escaleras, se acostaba de nuevo y miraba el rostro delgado de Sandy Koufax y pensaba en coartadas y escopetas.

3

La Escuela Primaria de Castle Rock era un severa pila de ladrillo rojo en medio de la Oficina de Correos y la Biblioteca, un remanente de la época en que los más ancianos del pueblo no se sentían del todo cómodos con una escuela, a menos que se viese como un reformatorio. Se había construido en 1926 y cumplía admirablemente con ese requisito. Cada año, el pueblo se acercaba más a la decisión de construir una nueva, una con ventanas de verdad en vez de troneras y un patio de recreo que no se pareciera tanto al espacio para ejercicio de una penitenciaría y salones de clase que, en realidad, permanecieran abrigados durante el invierno.

El salón de terapia lingüística de Sally Ratcliffe fue una ocurrencia tardía en el sótano, remetido entre el cuarto de calderas y el clóset de provisiones con sus pilas de toallas de papel, tiza, libros de texto Ginn y Compañía y barriles de fragante aserrín rojo. Con el escritorio para la maestra y seis escritorios más pequeños para los alumnos apenas había espacio para darse vuelta en el salón, pero de todos modos Sally había tratado de que ese sitio sé viese lo más alegre posible. Sabía que para los chicos que asistían a la terapia lingüística, los tartamudos, los que ceceaban, los disléxicos, los gangosos, la experiencia era atemorizante y desagradable. Sus compañeros se burlaban de ellos y sus padres los examinaban continuamente. Encima de todo eso, no había necesidad de que el entorno fuese sombrío y deprimente.

Por tanto, de las polvosas tuberías del techo colgaban dos móviles, en los muros había retratos de estrellas de la televisión y de rock y un gran cartelón de Garfield en la puerta. Las palabras en el globo que salía de la boca de Garfield decían: "¡Si un, gato tan simpático como yo puede decir estas tonterías, también tú puedes!"

Los expedientes de Sally estaban tristemente atrasados a pesar de que la escuela sólo llevaba cinco semanas en sesión. Se había propuesto pasarse la tarde actualizándolos, pero a la una y cuarto Sally los juntó, los volvió á guardar en el cajón del archivo de donde habían salido y lo cerró con llave. Se dijo a sí misma que se marchaba temprano parque el día era demasiado bonito para pasárselo encerrada en este sótano. aun con la. caldera misericordiosamente en silencio, paró variar. Sin embargo, esto no era cierto del todo. Tenía planes muy definidos para esta tarde.

Sally quería irse a casa, quería sentarse en la silla junto a la ventana con el sol inundando su regazo y quería meditar acerca de la fabulosa astilla de madera que había comprado en Cosas Necesarias.

Cada vez se convencía más de que la astilla era un milagro auténtico, uno de los pequeños tesoros divinos que Dios había esparcido por la tierra para que los encontraran sus fieles. Cuando se la tenía en la mano era como refrescarse con un balde. de agua de pozo en un día caluroso. Cuando se la tenía en la mano era como recibir alimento cuando se estaba hambriento. Cuando se la tenía en la mano era...

Bueno, era un éxtasis.

Y, al mismo tiempo, algo la había estado importunando. Había guardado la astilla en el cajón inferior de la cómoda dé su dormitorio, bajo su ropa interior, y al salir había tenido el cuidado de cerrar con llave la casa, pero tenía una terrible sensación persistente de que alguien podría entrar y robarse la
(reliquia sagrada reliquia)
astilla. Sabía que no tenía mucho sentido; ¿aunque la encontrara, qué ladrón querría robarse un viejo trozo de madera gris? Pero si el ladrón la tocaba por casualidad... si esos sonidos e imágenes llenaban la cabeza del ladrón como llenaban la suya cada vez que sujetaba la astilla en su pequeño puño... bueno...
Así que se iría a casa. Se pondría unos pantaloncillos cortos y un halter y dedicaría una hora más o menos a una
(exaltación)
meditación tranquila, sintiendo que el piso a sus pies se convertía en una cubierta que subía y bajaba lentamente, oyendo que los animales mugían, bramaban, balaban, sintiendo la luz de un sol diferente, en espera del momento mágico, el cual estaba segura que llegaría si sostenía la astilla bastante tiempo, si permanecía mucho muy quieta y en oración constante, en que la proa del enorme y pesado bote alcanzaría la cumbre de la montaña con un suave rechinido. Ignoraba la razón por la cual Dios había elegido bendecirla a ella, entre todos los fieles del mundo, con este milagro brillante y resplandeciente, pero, puesto que lo había hecho, Sally se proponía experimentarlo con toda la plenitud y totalidad que pudiera.
Salió por la puerta lateral y atravesó el patio de recreo hasta él lote de estacionamiento de los profesores, una joven alta, atractiva, con cabello rubio oscuro y piernas largas. En la barbería, esas piernas siempre eran el tema de conversación cuando Sally Ratcliffe pasaba por delante, con los discretos tacones bajos y, por lo general, con el bolso en una mano y la Biblia, llena con marcadores, en la otra.
-Cristo, las piernas de esa mujer le llegan hasta la barbilla -comentó Bobby Dugas en una ocasión.
-No dejes que eso te preocupe -le respondió Charlie Fortín-. Nunca las sentirás alrededor de tu trasero. La chica pertenece a Jesús y a Lester Pratt. En ese orden.
La barbería había estallado en una franca risotada masculina el día en que a Charlie se le ocurrió esa divertida amonestación. Y en la calle, Sally Ratcliffe había seguido su camino a la clase de Estudio de Biblia para Adultos Jóvenes que impartía el reverendo Rose todos los jueves, al anochecer, sin darse cuenta de nada, sin interesarle nada, cubierta y a salvo con su propia inocencia y virtud radiante.
Sin embargo, nunca se hacían bromas acerca de las piernas de Sally, o cualquier otra cosa de Sally, si daba la casualidad de que Lester Pratt estaba en The Clip Joint (e iba por lo menos una vez cada tres semanas a que le afilaran las cerdas del cabello, el cual usaba cortado casi al rape). Los residentes del pueblo que se ocupaban de esas cosas estaban convencidos de que Lester creía que las ventosidades de Sally eran de perfume y que en vez de haces excretaba petunias, yesos detalles no se discuten con un hombre ,de la corpulencia de Lester. Era un joven bastante amistoso, pero, cuando se trataba de Dios y de Sally Ratcliffe, su actitud era definitivamente inflexible. Y un hombre como Lester, si quería, podía arrancarle los brazos y las piernas y volvértelos a colocar en formas innovadoras e interesantes.
Lester y Sally habían tenido algunas sesiones bastante apasionadas, pero nunca habían llegado hasta -El Final. Después de esas sesiones, Lester generalmente volvía a casa en un estado de incomodidad total, en el cual el cerebro le estallaba de júbilo y los testículos casi se le reventaban por la acumulación de semen, y soñaba con la noche, no muy lejana ahora, en la que no tendría que detenerse. A veces se preguntaba si no la ahogaría la primera vez que lo hicieran de verdad.
Sally también esperaba con ansiedad el matrimonio y el final de la frustración sexual... aunque estos últimos días los abrazos de Lester le parecían un poco menos importantes. Había estado indecisa sobre la conveniencia de hablar con Lester acerca de la astilla de madera de Tierra Santa que había comprado en Cosas Necesarias, la astilla con el milagro dentro, y, al fin, había resuelto no hacerlo. Lo haría, desde luego; los milagros deben compartirse. El no compartirlos era un pecado, indudablemente. Pero la había sorprendido (y desalentado un poco) la sensación de celosa pertenencia que surgía en ella cada vez que pensaba en mostrarle a Lester la astilla e invitarlo a tomarla en las manos.
¡No! -había protestado una voz enojada e infantil la primera vez que había considerado esta cuestión-. ¡No, es mía! ¡Para él no significará tanto como para mí! ¡No podría!
Ya llegaría el día en que la compartiría con él, igual .que llegaría el día en que compartiría su cuerpo con él, pero todavía no era el momento para que sucediera ninguna de esas cosas.
Este caluroso día de octubre le pertenecía estrictamente a ella.
Sólo había unos cuantos automóviles en el lote de estacionamiento de los profesores y el Mustang de Lester era el más nuevo y más vistoso de todos. Sally había tenido muchos problemas con su propio auto, alguna parte del tren motriz se descomponía continuamente, pero eso no era problema. Esta mañana, cuando llamó a Lester y le preguntó si le podía prestar su auto de nuevo (se lo había

devuelto apenas el día anterior después de un préstamo de seis días), Lester accedió a llevárselo de inmediato. Regresaría corriendo, dijo, y más tarde él y un grupo de Los Chicos iban a jugar pases de futbol. Sally se imaginaba que Lester habría insistido en que usara el auto incluso si él lo necesitaba, y eso le parecía muy bien. Estaba consciente, en una forma vaga, difusa, que era más resultado de la intuición que de la experiencia, de que Lester saltaría a través de arillos de fuego si ella se lo pedía, y esto establecía una cadena de adoración que aceptaba con ingenua complacencia. Les la adoraba; ambos adoraban a Dios; todo era como debía ser; un mundo sin fin, amén.
Se deslizó en el Mustang y cuando se dio vuelta para colocar el bolso en la consola, por casualidad, vio algo blanco que sobresalía de debajo del asiento del pasajero. Parecía un sobre.
Se agachó y lo recogió, pensando en lo extraño que era encontrar una cosa así en el Mustang; Les acostumbraba conservar el auto tan escrupulosamente limpio como su persona. En el frente del sobre estaban dos palabras, las cuales provocaron una desagradable sacudida en Sally. Las palabras eran Mi Amor, escritas con una caligrafía ligeramente fluida.
Caligrafía femenina.
Le dio vuelta. No había nada escrito en el reverso y el sobre estaba sellado.
-¿Mi amor? -preguntó dudosa Sally, y de pronto se dio cuenta de que estaba sentada en el auto de Lester con todas las ventanillas cerradas, sudando como loca. Encendió el motor, bajó la ventanilla del conductor y se inclinó sobre la consola para abrir la ventanilla del pasajero.
Mientras hacía estos movimientos, le pareció que percibía un ligero olor a perfume. De ser así, no era suyo; ella no usaba perfume ni maquillaje. Su religión le había enseñado que esas cosas eran herramientas de las rameras. (Y además, no las necesitaba.)

No era perfume de todos modos. Son las últimas madreselvas que están saliendo en la cerca del patio de recreo... eso es lo que hueles.
-¿Mi amor? -dijo de nuevo, mirando el sobre.
El sobre no se dio por enterado. Permaneció satisfecho en sus manos.
Revoloteó los dedos sobre él y le dio vuelta de un lado al otro. Dentro había una hoja de papel, parecía -por lo menos unay algo más. El algo más podría ser una fotografía.
Sally sostuvo el sobre delante del parabrisas, pero no sirvió de nada; el sol avanzaba en el otro sentido. Después de un momento de duda, bajó del auto y colocó el sobre frente al sol. Sólo pudo distinguir un rectángulo claro, la carta, pensó, y una forma cuadrada más oscura que era probablemente una foto de
(Mi amor)
quien fuese que le había enviado la carta a Les.
Excepto, desde luego, que no había sido enviada, no por correo, como sea. No tenía estampilla ni dirección. Sólo esas inquietantes palabras. Tampoco había sido abierta, lo que significaba... ¿qué? ¿Que alguien la había deslizado en el Mustang de Lester mientras Sally estaba trabajando con sus expedientes?
Eso podía ser. También podía ser que alguien la hubiese dejado en el auto anoche, incluso ayer, y Lester no la había visto. Después de todo, sólo se asomaba una esquina; tal vez se había deslizado hacia adelante de su lugar debajo del asiento mientras conducía hasta la escuela esta mañana.
-¡Hola, señorita Ratcliffe! -la saludó alguien. Sally bajó rápidamente el sobre y lo ocultó entre los pliegues de la falda. El corazón le golpeaba con la fuerza de la culpabilidad.
Era el pequeño Billy Marchant, que cruzaba el patio de recreo con la patineta bajo el brazo. Sally lo saludó con un ademán y volvió a subir al auto a toda prisa. Sentía que le ardía el rostro. Estaba ruborizada. Era absurdo, no, descabellado, pero se. comportaba como si Billy la hubiese atrapado haciendo algo que no debía.
¿Bueno, no lo estabas haciendo? ¿No estabas tratando de darle un vistazo a una carta que no es tuya?
Entonces sintió las primeras punzadas de los celos. Tal vez sí era para ella; muchas personas en Castle Rock sabían que en las últimas semanas había estado usando el auto de Lester tanto como el suyo. E incluso si no era suya, Lester Pratt lo era. ¿No había estado pensando, con la complacencia sólida y agradable que sólo sienten tan exquisitamente las mujeres cristianas que son jóvenes y bonitas, que Lester saltaría a. través de arillos de fuego por ella?
Mi amor
Nadie había dejado ese sobre para ella, de eso estaba segura. No tenía amigas que le dijeran cariño o mi cielo o mi amor. Se lo habían dejado a Lester. Y...
La solución se le ocurrió de súbito y se derrumbó contra el asiento azul con un pequeño suspiro de alivio. Lester daba clases de Educación Física en la preparatoria de Castle Rock. Sólo se ocupaba de los chicos, desde luego, pero un buen número de chicas, chicas jóvenes, chicas impresionables, lo veían todos los días. Y Les era un joven muy apuesto.
Alguna jovencita de preparatoria, que se había prendado de él, le deslizó la nota en el auto. Eso era todo. Ni siquiera se atrevió a dejarla en el tablero, donde la vería de inmediato.

-No le importará que lo abra -dijo Sally en voz alta, y rompió el extremo del sobre en un nítida tira que colocó en el cenicero que nunca había tocarlo un cigarrillo-: Será tema para reírnos esta noche.
Inclinó el sobre y le cayó en la mano una fotografía Kodak. Sally la miró y su corazón tartamudeó un momento. Después emitió un grito sofocado. Un rojo brillante se extendió por sus mejillas y su mano cubrió la boca, la cual se había fruncido en una pequeña O de conmoción y congoja.
Sally nunca había estado en El Tigre Meloso y por tanto no sabía que ése era el fondo en la fotografía, pero tampoco era tan inocente; había visto suficiente televisión y suficientes películas para reconocer una cantina. La foto mostraba a un hombre y a una mujer sentados a la mesa en lo que parecía el rincón (un acogedor rincón, insistía en llamarlo su mente) de un gran salón. Sobre la mesa estaba una jarra de cerveza y dos vasos Pfsner. Detrás, alrededor de la pareja, había más personas sentadas ante otras mesas. En el fondo se veía una pista de baile.
El hombre y la mujer se estaban besando.
Ella llevaba un suéter brillante que dejaba al desnudo una buena parte dei talle y una falda de lo que parecía lino blanco. Una falda muy corta. Una de las manos del hombre se oprimía con familiaridad sobré la piel de la cintura. La otra, realmente; estaba bajo la falda, empujando hacia arriba. Sally podio ver el manchón de las pantaletas de la mujer.
Esa fulanita, pensó Sally con consternación, enojada.
El hombre estaba de espaldas al fotógrafo; Sally sólo podía distinguir su barbilla y una oreja. Pero podía ver que era muy musculoso y qué su corto cabello negro estaba rigurosamente recortado al estilo militar. Llevaba una camiseta áiul, lo qué los chicos llamaban una camiseta para músculos; y pantalones deportivos azules con una franja blanca en el lado.
Lester:
Lester explorando el paisaje bajó la falda de la fulanita.
¡No!; protestó su mente ,en negativa aterrada. ¡No puede ser él! ¡Lester nunca va á cantinas! ¡Ni siquiera bebe! ¡ Y nunca besa a otra mujer, porque él Me ama! Sé que me ama, porque...
-Porqúe él lo dice -su voz, sombría y apagada, sonaba horrible en sus oídos: Quería estrujar la fotografía y tirarla fuera del auto; pero no podía hacer eso, podría encontrarla alguna persona y, ¿qué pensaría esa persona?
Se inclinó sobre la fotografía de nuevo y la estudió con ojos celosos y atentos.
La cabeza del hombre bloquearla la mayor parte del rostro de la mujer; pero Sally podía distinguir la línea dé la ceja, el extremo de un ojo, la mejilla izquierda y la línea dé la mandíbula. Lo más importante, podía ver el corte del cabello dé la mujer, en una maraña; con mechones sobre la frente.
Judy Libby tenía cabello oscuro. Y Judy Libby lo llevaba cortado en una maraña, con mechones sobré la frente.
Estás equivocada. No, peor que eso, estás loca.. Les terminó con Judy cuándo ella abandonó la iglesia. Y después se fué del pueblo. A Portlánd o Boston o algún otro sitió. Ésta es una broma de una mente retorcida y mezquina. Tú sabes que Les nunca:..
¿Pero lo sabía? ¿Lo sabía realmente?
Ahora toda su anterior complacencia se burlaba de ella y, de repente; habló una vóz que núnca había escuchado antes, una voz que salía de una cámara profunda del corazón: La confiañza del inocente es la herramienta más útil del mentiroso.
Sin embargo; no tenia que ser Judy; tampoco tenia qué ser Lester. Después dé todo, cuándo dos personas se estaban besando; no siempre sé podía identificar quiénes eran, ¿no es .cierto? Ni Siquiera lo podías saber en una película si la veías ya empezada, aunque fuesen estrellas famosas. Tenías que esperar a que se separarán y mirarán a la cámara.
Esto no era una película, le aseguró la nueva voz. Esto era la vida real. Y si no son ellos, ¿qué estaba haciendo el sobre en este auto?
Ahora sus ojos se fijaron en la mano derecha de la mujer, la cual estaba ligeramente oprimida contra el cuello
(de Lester)
de su novio. Tenía uñas largas, perfiladas, pintadas con esmalte oscuro. Así eran las uñas de Judy Libby. Sally recordaba que no le había causado extrañeza que Judy dejara de asistir a la iglesia. Una chica con uñas como ésas, recordaba que había pensado, tenía algo más en la mente que la Eucaristía de Nuestro Señor.
De acuerdo, es probable que sea Judy Libby. Eso no significa que sea Lester el que está con ella. Ésta podría ser una sucia venganza porque Lester rompió con ella cuando se dio cuenta de que era tan cristiana como Judas Iscariote. Después de todo, muchos hombres se cortaban el pelo al estilo militar y cualquier hombre se podía poner una camiseta azul y un par de pantalones deportivos con franjas de instructor en los lados.
En eso, algo captó su vista y, de pronto, su corazón pareció llenarse con perdigones. El hombre llevaba un reloj de pulsera, del tipo digital. Lo reconocía aunque no estaba perfectamente en foco. Tenía que reconocerlo; ¿no se lo había regalado ella misma a Lester por su cumpleaños el mes pasado?

Podía ser una coincidencia, insistía su mente febril. No era más que un Seiko, fue todo lo que pude comprarle. Cualquiera podía tener un reloj igual. Pero la nueva voz se rió estridente, desesperada. La nueva voz quería saber a quién creía que estaba engañando. Y había más. No podía ver la mano debajo de la falda de la chica (¡gracias a Dios por los pequeños favores!), pero sí veía el brazo al que estaba adherida. Ese brazo tenía dos grandes lunares, justo debajo del codo. Casi se tocaban, formando una figura parecida a un ocho.

¿Cuántas veces había pasado el dedo amorosamente sobre esos mismos lunares cuando ella y Lester se sentaban en el columpio del pórtico? ¿Con cuánta frecuencia los había besado amorosamente mientras él le acariciaba los senos (resguardados en un fuerte sostén J. C. Penney, elegido cuidadosamente para esos conflictos de amor en el pórtico trasero) y le murmuraba con voz entrecortada palabras cariñosas y promesas de lealtad inalterable en los oídos?

Era Lester, sin duda. Un reloj podía ponerse y quitarse, pero no los lunares... Le vino a la mente un fragmento de una vieja canción de un disco: "Las chicas malas... tut-tut... biip-biip... "

-¡Fulana, fulana, ,fulana -le siseó a la fotografía con un súbito matiz rencoroso. ¿Cómo pudo haber vuelto con ella? ¿Cómo?

Tal vez, dijo la voz, porque ella le deja que haga lo que tú no.

Su pecho se levantó bruscamente; un silbante jadeo de congoja atravesó por sus dientes y le bajó por la garganta.

¡Pero están en una cantina! Lester no...

Entonces se dio cuenta de que eso era una consideración secundaria. Si Lester estaba viendo a Judy, si le mentía acerca de eso, una mentira acerca de si bebía o no carecía de importancia.

Sally puso a un lado la fotografía con una mano temblorosa y sacó del sobre la nota doblada que la acompañaba. Era una simple hoja de papel de color durazno cortado a mano. Cuando la sacó percibió un ligero aroma, polvoso y dulce. Sally se la llevó a la nariz e inhaló.

-¡Fulana barata! -gritó con una entonación áspera, angustiosa. Si Judy hubiese aparecido frente a ella en ese momento, Sally la habría atacado con sus propias uñas, a pesar de que las usaba discretamente cortas. Deseaba que Judy estuviese ahí. También deseaba que Lester estuviese ahí. Cuando terminara con él, pasaría un buen tiempo antes de que jugara pases de futbol de nuevo.

Bastante tiempo.

Desdobló la nota. Era corta, las palabras escritas con la caligrafía del método Palmer de una escolar.

Querido Les:

Felicia tomo ésta cuando estábamos en El Tigre la otra noche. ¡Dijo que debía utilizarla para chantajearnos! Pero estaba bromeando. Me la dio y ahora yo te la doy a ti como un recuerdo de nuestra GRAN NOCHE. Fuiste TERRIBLEMENTE PÍCARO al meter tu mano debajo de mi falda "en público", pero me puso TAN ARDIENTE. Además, tú eres TAN FUERTE. Entre más la veo, más "ardiente" me pongo. ¡Si te fijas bien puedes ver mi ropa interior! ¡Fue una suerte que Fclicia no haya estado cerca más tarde, cuando no llevaba nada! Te veré pronto. Mientras tanto, conserva esta fotografía "en conmemoración mía". Estaré pensando en ti y en esa COSA GRANDE que tienes. Será mejor que me despida o me pondré demasiado ardiente y tendré que hacer alguna travesura. Y por favor, deja de preocuparte por YA SABES QUIÉN. Está demasiado ocupada con su relasión con Jesús para distraerse con nosotros.

Tuya,

Judy

Sally permaneció sentada detrás del volante del Mustang casi media hora, leyendo la nota una y otra vez, su mente y emociones en un remolino de rabia, celos y pesar. Sus pensamientos y sentimientos también tenían un matiz de excitación sexual, pero eso nunca lo hubiese admitido ante nadie, mucho menos ante ella misma.

La estúpida golfa ni siquiera sabe cómo se escribe relación, pensó.

Sus ojos seguían buscando nuevas frases en las cuales fijarse. La mayoría de ellas eran las que estaban en mayúsculas.

Nuestra GRAN NOCHE.

TERRIBLEMENTE PÍCARO.

TAN ARDIENTE.

TAN FUERTE.

Esa COSA GRANDE.

Pero la frase a la que seguía regresando, la que alimentaba con más éxito su rabia, era esa tergiversación blasfema del ritual de la Comunión:

.:.conserva esta fotografía "en conmemoración mía".

En la mente de Sally se desataban imágenes obscenas. La boca de Lester cerrándose en uno de los pezones de Judy Libby, mientras ella canturreaba: "Tomad, bebed todos de esto, en conmemoración mía". Lester de rodillas entre las piernas abiertas de Judy Libby, mientras ella le decía come esto en conmemoración mía.

Estrujó la hoja de papel color durazno en una bola y la arrojó al piso del auto. Se sentó rígida detrás del volante, respirando con dificultad, el cabello revuelto en mechones sudorosos (mientras estudiaba la nota, se había estado introduciendo distraída la mano a través de él). Después se agachó, recogió la nota, la alisó con la mano y la metió al sobre junto con la fotografía. Sus manos temblaban tanto que tuvo que intentarlo tres veces y, cuando lo logró, finalmente, rompió hasta la mitad uno de los lados del sobre.
-¡Fulana barata! -gritó de nuevo, y estalló en lágrimas. Las lágrimas eran calientes; quemaban como ácido-. ;Perra! ¡Y tú! ¡Tú! ¡Bastardo mentiroso!
Giró la llave en el encendido. El Mustang despertó con un rugido que se oyó tan enojado como se sentía Sally. Puso la palanca de cambios en avance y salió disparada del lote de estacionamiento de los profesores envuelta en una nube de humo azul y con un lamento chillante de hule quemado.
Billy Marchant, quien estaba practicando con su patineta en el patio de recreo, levantó la mirada, sorprendido.
4
Quince minutos después estaba en su dormitorio, hurgando entre su ropa interior en busca de la astilla y no la encontraba. La rabia que sentía contra Judy y el bastardo mentiroso de su novio se había eclipsado con un terror devastador: ¿y si había desaparecido? ¿Y si la habían robado, después de todo?
Sally se había llevado consigo el sobre roto y se dio cuenta de que todavía lo tenía apretado en la mano izquierda. Le estaba estorbando la búsqueda. Lo arrojó á un lado y sacó a puñados dobles su discreta ropa interior de algodón, lanzándola por todos lados.
En el momento en que sintió que tenía que gritar con una combinación de pánico, rabia y frustración vio la astilla. Había abierto el cajón con un tirón tan fuerte que la astilla se resbaló hasta el rincón izquierdo posterior del cajón.
La sacó y de inmediato sintió que la paz y la serenidad fluían por todo su ser. Tornó el sobre con la otra mano y sostuvo ambas manos frente a ella, bien y mal, sagrado y profano, alfa y omega. Después, guardó el sobre roto en el cajón y le puso encima la ropa interior, en pilas desordenadas.
Se sentó, cruzó las piernas e inclinó la cabeza sobre la astilla. Cerró los ojos, esperando que el piso se meciera suavemente bajo ella, esperando la paz que le llegaba cuando escuchaba las voces de los animales, los pobres animales inocentes, salvados en una época de perversidad por la gracia de Dios.
En cambio, escuchó la voz del hombre que le había vendido la astilla. Realmente debe ocuparse de esto, lo sabe, dijo el señor Gaunt desde lo hondo de la astilla. Realmente tiene que ocuparse de este... este desagradable asunto.
-Sí -dijo Rally Ratcliffe-. Sí, lo sé.
Toda la tarde permaneció sentada en el cálido dormitorio de soltera, pensando y soñando en el oscuro círculo que la astilla esparcía a su alrededor, una oscuridad que era como la capucha de una cobra.
5
-Mira mi rey, todo vestido en verde... iko-iko un día... él no es un hombre, es una máquina del amor...
Mientras Sally Ratcliffe meditaba en su nueva oscuridad, Polly Chalmers estaba sentada en una franja de brillante luz del sol, junto a la ventana que había abierto para que entrara un poco de la inesperada calidez de la tarde de octubre. Estaba cosiendo con la Singer Dress-O-Matic y cantando "Iko Iko" con su clara y agradable voz de contralto.
Rosalie Drake se acercó a ella y comentó.
-Conozco a una persona que se siente mejor hoy. Mucho mejor, por lo que oigo.
Polly levantó la vista de la costura y le frunció a Rosalie una sonrisa extrañamente compleja.
-Me siento mejor y no me siento mejor -replicó.
-Lo que quieres decir es que te sientes mejor y no lo puedes evitar.
Polly reflexionó sobre eso por unos momentos y después asintió con un movimiento de cabeza. No era exactamente lo correcto, pero se aproximaba mucho. Las dos mujeres que ayer habían muerto juntas hoy estaban juntas de nuevo, en la Agencia Funeraria Samuels. Mañana en la mañana saldrían de diferentes iglesias, después de los servicios funerarios, pero para la tarde Nettie y Wilma serían vecinas otra vez... ahora, en el cementerio Homeland. Polly se consideraba a sí misma responsable en parte de sus muertes; después de todo, si no hubiese sido por ella, Nettie nunca habría regresado a Castle Rock. Polly había escrito las cartas necesarias, asistido a las audiencias necesarias, incluso había encontrado una casa para que viviera Netitia Cobb. ¿Y por qué? Lo más endemoniado era que ahora Polly no podía recordar por qué, excepto que en ese momento le había parecido un acto de caridad cristiana y sentido común.
No esquivaría esta culpabilidad ni permitiría que nadie intentara convencerla de lo contrario (Alan, con gran inteligencia, ni siquiera había tratado), pero no estaba segura de si cambiaría lo que había hecho. Aparentemente, la esencia de la demencia de Nettie había estado más allá del poder de Polly para controlarla o alterarla, pero no obstante Nettie había pasado tres años productivos y felices en

Castle Rock. Tal vez esos tres años fueron mejores que el largo tiempo gris que hubiese pasado en la institución, hasta que los años o el aburrimiento acabaran con ella. Y si Polly, con sus acciones, había firmado la pena de muerte para Wilma Jerzyck, ¿acaso Wilma misma no había llenado todos los particulares del documento? Después de todo, había sido Wilma, no Polly, quien había matado con un sacacorchos al alegre e inofensivo perrito de Nettie Cobb.
Había otra parte de ella, una parte más simple, que se dolía por la muerte de su amiga y se intrigaba por el hecho de que Nettie pudiese haber actuado así, cuando a Polly le parecía que realmente estaba mejorando.
Había pasado una buena parte de la mañana haciendo los arreglos para el funeral y llamando a los pocos parientes de Nettie (todos ellos habían indicado que no asistirían al funeral, lo cual afirmó lo que Polly esperaba), y esta tarea, los procesos rutinarios de la muerte, la habían ayudado a enfocarse en su propio dolor... como se supone que deben hacerlo los rituales de enterrar a los muertos.
Sin embargo, había algunas cosas que aún no se alejaban de su mente.
La lasaña, por ejemplo, todavía estaba en el refrigerador, cubierta con papel de aluminio para evitar que se resecara. Se suponía que Alan y ella se la comerían en la cena esta noche, es decir, si él estaba desocupado. No podría comerla ella sola. No tendría el valor.
Seguía recordando la rapidez con que Nettie se había dado cuenta de su sufrimiento, la exactitud con que había medido ese sufrimiento y cómo le había llevado los guantes térmicos, insistiendo en que esta vez sí la ayudarían. Y, desde luego, las últimas palabras que le había dicho Nettie: "Te quiero mucho, Polly".
-La tierra a Polly, la tierra a Polly, cambio, ¿Pol, me escuchas? -canturreó Rosalie. Esta mañana, ella y Polly habían recordado juntas a Nettie, intercambiando estos y otros recuerdos, y habían llorado juntas en el cuarto de atrás, abrazadas entre los rollos de tela. Ahora también Rosalie se veía feliz, tal vez porque había escuchado cantar a Polly.
O porque Nettie no era totalmente real para ninguna de nosotras, reflexionó Polly. Había una sombra sobre ella, no oscura por completo, que quede claro; era lo bastante espesa para que fuese difícil verla. Eso es lo que hace tan frágil nuestro dolor.
-Te escucho -dijo Polly-. Me siento mejor, no puedo evitarlo y estoy agradecida por eso. ¿Te parece una respuesta completa?
-Más o menos -aceptó Rosalie-. No sé qué me sorprendió más cuando entré, si oírte cantar u oír que estabas cosiendo a máquina otra vez. Levanta las manos.
Polly lo hizo. Nunca se podrían confundir con las manos de una reina de la belleza, con los dedos torcidos y los nudos de Heberden, que agrandaban grotescamente los nudillos, pero Rosalie pudo ver que la inflamación había disminuido de modo notable desde el viernes pasado, cuando el persistente dolor había ocasionado que Polly se fuera temprano.
-¡Uau! -exclamó Rosalie-. ¿Todavía te duelen?
-Claro... pero aun así, están mejor de lo que han estado en un mes. Mira.
Lentamente, dobló los dedos en puños flojos. Después, los abrió de nuevo, con el mismo cuidado.
-Hace por lo menos un mes que no podía hacer esto -la verdad, lo sabía Polly, era un poco más extrema; no había podido cerrar las manos en puños sin un serio dolor desde abril o mayo.
-¡ Uau!
-Como verás, sí me siento mejor -dijo Polly-. Si Nettie estuviese aquí para compartirlo, las cosas serían perfectas.
Se abrió la puerta del frente de la tienda.
-¿Quieres ver quién es? -preguntó Polly-. Me gustaría terminar de coser esta manga.
-Por supuesto -Rosalie empezó a caminar, después se detuvo un momento y miró hacia atrás-. A Nettie le importaría que te sintieras bien, ya lo sabes.
Polly asintió.
-Lo sé -dijo con seriedad.
Rosalie salió a atender al cliente. Cuando se quedó sola, Polly se llevó la mano izquierda al pecho y tocó la pequeña protuberancia, no mucho más grande que una bellota, que descansaba bajo el suéter rosa y entre sus senos.
Azka, qué hermosa palabra, pensó, y empezó a coser de nuevo, dándole vuelta a la tela del vestido, su primer original desde el verano pasado, de un lado a otro bajo el confuso revoloteo plateado de la aguja.
Se preguntó distraída cuánto querría el señor Gaunt por el amuleto. Lo que sea que quiera, se dijo a sí misma, no será suficiente. No debería, ni puedo, pensar en esa forma cuando llegue la hora de regatear, pero es la pura verdad. Lo que sea que quiera por él será una ganga.

Catorce

1

Los Concejales (y la Concejal), dé Castle Rock compartían una sola secretaria de tiempo completo, una joven con un nombre muy exótico, Ariadne St. Claire. Una criatura alegre, quien carecía de una abrumadora inteligencia; pero era incansable y de apariencia atractiva. Tenía grandes, pechos

que surgían en suaves y empinadas colinas bajo una proisión aparentemente interminable de suéteres de angora y un cutis hermoso. También, tenía unos ojos muy defectuosos. Parecía que nadaban, castaños y agrandados, detrás de los gruesos cristales de los lentes de armazón de. carey. EL Buster le agradaba. La consideraba demasiado tonta para ser una de Ellos.
Ariadne asomó la cabeza en la oficina de Buster a las tres cuarenta y cinco.
-Deke Bradford vino a verlo, señor Keeton. Necesita una firma en una forma de solicitud de fondos. ¿Quiere verla?
-Bien, veamos de qué se trata -dijo Buster, y deslizó con habilidad en el cajón de su escritorio la sección de deportes del Daily Sun de Lewiston, doblada en el programa de carreras.
Hoy se sentía mejor; determinado y alerta. Había quemado en la estufa de la cocina esas miserables papeletas rosas, Myrtle ya no se alejaba cautelosamente como un gato chamuscado cuando él se acercaba (no era que le interesara mucho Myrtle, pero era molesto vivir con una mujer que piensa que eres el estrangulador de Boston) y esta noche esperaba ganarse otra gran suma de efectivo en el hipódromo. Debido al día de fiesta, el aumento en el. número de asistentes (por no mencionar los dividendos) sería considerable.
De hecho, había empezado a pensar en términos de quinielas y trinomios.
En cuanto al asistente Cara de Imbécil y el comisario Cabeza de Mierda y todo el resto de la alegre pandilla... bien, tanto él como el señor Gaunt sabían acerca de Ellos y Buster creía que dos formarían un equipo formidable.
Por todas estas razones, le fue posible recibir a Ariadne en su. oficina con ecuanimidad, incluso pudo experimentar parte del viejo placer al observar la forma en que oscilaba su pecho dentro del sin duda portentoso arnés.
Ariadne colocó la forma de solicitud de fondos sobre su escritorio. Buster la tomó y se recargó en la silla giratoria para revisarla. La suma solicitada estaba anotada en un recuadro en la parte superior: novecientos cuarenta dólares. El beneficiario sería Construcción y Suministros Case en Lewiston. En el espacio reservado para Bienes y/o servicios que se suministrarán, Deke había anotado 16 CAJAS DE DINAMITA. Abajo, en la sección de Comentarios/Explicaciones, había escrito:
Por fin tropezamos con el bloque de granito en la mina de grava en el camino vecina! No. S, sobre el cual nos advirtió el geólogo del estado por el año de 1987 (véase mi informe, para mayores detalles). Como sea, detrás del granito hay bastante grava, pero tenemos que dinamitar el granito para llegar a la grava. Será necesario hacerlo antes de que el frió sea más intenso y empiecen las nevadas de invierno. Si durante 'el invierno tenemos que comprar la grava en Norway, los contribuyentes pondrán el grito en el cielo. Dos o tres explosiones solucionarían el problema y Case tiene una gran existencia de Taggart de alto impacto, ya lo verifiqué. Si queremos, nos la puede entregar mañana al mediodía y podemos empezar las explosiones el miércoles. Los sitios en que se utilizará la dinamita están marcados por si quiere revisarlos alguna persona de la Oficina de los Concejales.
Bajo esto, Deke había garabateado su firma.
Buster leyó dos veces la nota de Deke, dándose, pensativo, pequeños golpecitos en los dientes mientras Ariadne permanecía de pie, esperando. Al fin, se inclinó hacia adelante, hizo un cambio, añadió una frase, puso sus iniciales tanto en el cambio como en el agregado y firmó con su nombre bajo el de Deke con una floritura. Cuando le devolvió a Ariadne la hoja de papel rosa, estaba sonriendo.
-¡Ahí está! -dijo-. ¡Y todo el mundo piensa que soy un tacaño!
Ariadne miró la forma. Buster había cambiado la cantidad de novecientos cuarenta a mil cuatrocientos dólares. Debajo de la explicación de Deke acerca del uso que se daría a la dinamita, Buster había agregado lo siguiente: Ya que hay existencia, sería conveniente adquirir por lo menos veinte cajas.
-¿Querrá ir a revisar la mina de grava, señor Keeton?
-No, no, no es necesario -Buster se recargó de nuevo en la silla y entrelazó las manos detrás del cuello-. Pero dígale a Deke que me llame cuando llegue el material. Es una buena cantidad de dinamita y debemos tener cuidado de que no caiga en otras manos, ¿no es cierto?
-Desde luego -respondió Ariadne, y salió de la oficina. Se alegró de salir. Había algo en la sonrisa del señor Keeton que le parecía... bueno, un poco espeluznante.
Buster, mientras tanto, había girado la silla para asomarse a la calle Main, en la cual había bastante más movimiento que el sábado en la mañana, cuando se había asomado con tanta desesperación. Desde entonces, habían ocurrido muchas cosas y sospechaba que ocurrirían bastantes más en el próximo par de días. Caramba, con veinte cajas de dinamita Taggart de alto impacto almacenadas en el cobertizo de Obras Públicas del pueblo, un cobertizo para el cual él, por supuesto, tenía una llave, podía suceder casi cualquier cosa.
Cualquier cosa.
2
Ace Merrill atravesó el puente Tobin y entró a Boston a las cuatro de la tarde, pero ya eran más de las cinco cuando llegó a lo que esperaba fuera su destino. Era una extraña sección casi desierta de

los barrios bajos de Cambridge, cerca del centro de una maraña serpenteante de calles. La mitad de ellas parecía ser de un solo sentido; la otra mitad, callejones sin salida. Los edificios en ruinas de esta área en decadencia lanzaban grandes sombras sobre las calles cuando Ace se detuvo frente a una construcción de ladrillos, de un piso, en la calle Whipple. Se erguía en el centro de un lote baldío, lleno de hierbas.

Una cerca de metal rodeaba la propiedad, pero eso no era problema; se habían robado la verja. Sólo quedaban los goznes. Ace pudo ver las cicatrices que dejó la cortadora. Metió el Challenger por el espació donde había estado la verja y condujo lentamente hacia la construcción de ladrillos.

Los muros eran lisos y sin ventanas. El trillado sendero de rodadas en que estaba conducía a una puerta de cochera, cerrada, a un lado del edificio que daba al río Charles. En la puerta de la cochera tampoco había ventanas. El Challenger se balanceó en los muelles y rebotó tristemente sobre los baches de lo que alguna vez pudo haber sido una superficie de asfalto. Pasó junto a un cochecito para bebé plateado en medio de un montón de vidrios rotos. Una muñeca destrozada con medio rostro, reclinada en el interior, lo miró con un ojo azul mohoso. Se estacionó frente a la puerta de cochera cerrada. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer ahora? La construcción de ladrillos tenía la apariencia de haber estado desierta desde 1945, más o menos.

Ace bajó del auto. Sacó un pedazo de papel del bolsillo en el pecho. En él estaba escrita la dirección del sitio donde se suponía que estaba guardado el auto de Gaunt. Lo miró de nuevo, indeciso. Los últimos números que había pasado sugerían que éste era, probablemente, el 85 de la calle Whipple, ¿pero quién jodidos podía saberlo con seguridad? Los sitios como éste nunca tenían número y en los alrededores no había nadie a quien pudiese preguntarle. De hecho, toda esta sección de la ciudad tenía un aire desierto y escalofriante que no le agradaba mucho a Ace. Lotes baldíos. Autos desmantelados a los cuales se les había saqueado todas las partes útiles y cada centímetro de alambre de cobre. Viviendas vacías en espera de que los políticos recibieran su participación por debajo del agua antes de que cayeran bajo la demoledora. Calles laterales retorcidas que terminaban en sucios patios y callejones sin salida atiborrados con desperdicios. Ésta era la parte de la ciudad donde algunas veces la policía encontraba cadáveres de infantes metidos en botes de basura oxidados y refrigeradores desechados.

Caminó hasta la puerta de la cochera y buscó algún timbre. No había ninguno. Recargó el lado de la cabeza contra el metal herrumbroso y trató de oír algún sonido en el interior. Suponía que esto podía ser un almacén de autos robados; un dandy con una provisión de coca de alta tensión como la que le había dado Gaunt podía conocer muy bien a la clase de sujetos que venden Porsches y Lamborghinis en efectivo después de la puesta del sol.

No oyó más que silencio absoluto.

Probablemente ni siquiera es el lugar correcto, pensó, pero había recorrido de un lado a otro la maldita calle y éste era el único sitio del tamaño adecuado, y la solidez suficiente, para guardar un automóvil clásico. A menos que la hubiese jodido a lo grande y estuviese en una parte equivocada de la ciudad. La idea lo ponía nervioso. Quiero que esté de regreso para medianoche, había dicho el señor Gaunt. Si no ha vuelto para medianoche, me sentiré molesto. Y cuando estoy molesto, pierdo la paciencia algunas veces.

Tranquilízate, se dijo Ace a sí mismo. No es más que un viejo dandy con una horrenda dentadura postiza. Maricón, probablemente.

Pero no podrá tranquilizarse, y en realidad no pensaba que el señor Gaunt fuese sólo un viejo dandy con una horrenda dentadura postiza. Pensó también que no le interesaba averiguar si lo era o no.

Pero por ahora la situación era ésta: pronto oscurecería y Ace no quería estar en esta parte de la ciudad cuando fuese de noche. Había algo raro aquí. Algo que iba más allá de las fantasmales viviendas con las ventanas vacías que parecían mirarlo y los autos desvalijados sostenidos en los discos de las ruedas en el arroyo. Desde que empezó a acercarse a la calle Whipple, no había visto a una sola persona en la acera o sentada en un pórtico o asomada a una ventana... pero de todos modos tuvo la sensación de que lo vigilaban. Todavía la tenía, de hecho; sentía que se le erizaban los cabellos cortos en la parte posterior del cuello.

Era como si ya no estuviese en Boston. Este sitio era más semejante a la jodida Dimensión Desconocida.

Si no ha vuelto para medianoche, me sentiré molesto.

Ace cerró el puño y golpeó en el frente de la herrumbrosa puerta plana de la cochera.

-¡Hey! ¿Hay alguien ahí a quien interese ver unos artículos Tupperware?

No hubo respuesta.

En la parte inferior de la puerta había una manija. La probó. Ningún resultado. La puerta ni siquiera se sacudió en el marco, y mucho menos se enrolló en los rieles.

Ace soltó aire silbando entre los dientes y miró nervioso a su alrededor. El Challenger estaba muy a la mano y nunca en su vida había sentido tanto deseo de subirse en él y alejarse. Pero no se atrevía.

Caminó alrededor del edificio y no había nada. Nada en absoluto. Sólo extensiones de ladrillo pintado en un desagradable color verde. Una extraña clase de graffiti estaba pintada con aerosol en

la parte posterior de la cochera y Ace la miró por unos momentos, sin entender por qué se le ponía la carne de gallina.
REGLAS DE YOG-SOTHOTH*(*Nombre de una de las deidades del ciclo de literatura de horror conocida como Ctulhu, creación de H. P. Lovecraft.)
decía, en letras rojas descoloridas.
Regresó a la puerta de la cochera y pensó: ¿Ahora qué?
Como no se le ocurrió nada, volvió al Challenger y se sentó en él, mirando la puerta de la cochera. Por fin, apoyó ambas manos en la bocina y produjo un largo y frustrado tronido.
De inmediato, la puerta empezó a enrollarse silenciosamente en los rieles.
Ace se quedó observándola, con la boca abierta, y su primer impulso fue encender el Challenger y conducir lo más aprisa y lo más lejos que pudiera. La ciudad de México sería un buen inicio. Después pensó de nuevo en el señor Gaunt y bajó lentamente del auto. Llegó a la entrada de la cochera justo cuando la puerta se detuvo á la altura del techo.
El interior estaba brillantemente iluminado con media docena de bombillas de doscientos vatios que colgaban en los extremos de gruesos alambres eléctricos. Cada bombilla estaba protegida con un pedazo de hojalata en forma de cono, por lo que las luces proyectaban charcos circulares de luminosidad en el piso. En el extremo más alejado del piso de cemento estaba un auto cubierto con una funda. Contra una de las paredes, había una mesa con herramientas. Tres cajas estaban apiladas contra otra pared. Sobre ellas, se encontraba una antigua grabadora de carretes.
De otra forma, la cochera estaba vacía.
-¿Quién abrió la puerta? -preguntó Ace con una diminuta voz seca-. ¿Quién abrió la jodida puerta?
Pero no obtuvo ninguna respuesta.
3
Condujo el Challenger al interior y lo estacionó contra la pared del fondo; había espacio de sobra. Después regresó a la entrada. En la pared de junto, estaba instalada una caja de control. Ace oprimió el botón de BAJAR. El terreno baldío sobre el cual se erguía este bloque de construcción se estaba llenando de sombras y lo ponían nervioso. Pensaba sin cesar que veía cosas que se movían allá afuera.
La puerta descendió sin un solo rechinido o sacudida. Mientras esperaba a que acabara de cerrarse, Ace miró alrededor en busca del sensor sónico que había respondido al sonido de la bocina. No lo pudo ver. Sin embargo, tenía que estar ahí, en alguna parte, las puertas de las cocheras no se abren por sí solas.
No obstante, pensó, si en algún sitio de esta ciudad suceden mierdas como ésta, lo más probable es que la calle Whipple sea ese sitio.
Ace se acercó a la pila de cajas con la grabadora encima. Sus pies producían un sonido arenoso hueco en el cemento. Reglas de Yog-Sothoth, pensó al azar, y se estremeció. No sabía quién carajos era Yog-Sothoth, probablemente algún cantante rastafariano* (*Adeptos al rastafarianismo, culto político religioso entre los negros de Jamaica, que adoran a Haile Selassie I, ex emperador de Etiopía.)de reggae** (**Música popular de Jamaica.)con cuarenta kilos de trenzas saliéndole del sucio cuero cabelludo, pero aun así a Ace no le agradaba el sonido que ese nombre producía en su mente. En este sitio, el sólo pensar en ese nombre, parecía una mala idea. Parecía una idea peligrosa.
En uno de los carretes de la grabadora estaba pegado un trozo de papel. En él, estaba escrita una palabra en grandes letras mayúsculas:
ENCIÉNDEME
Ace arrancó la nota y oprimió el botón de ENCENDIDO. Los carretes empezaron a girar y, cuando escuchó la voz, se sobresaltó un poco. ¿De quién esperaba que fuera la voz que oiría? ¿De Richard Nixon?
-Hola, Ace -dijo la voz grabada del señor Gaunt-. Bienvenido a Boston. Quita por favor la funda de mi auto y carga las cajas. Contienen una mercancía muy especial que espero necesitaré muy pronto. Me temo que tendrás que colocar por lo menos una caja en el asiento trasero; la cajuela del Tucker no es muy espaciosa. Tu auto estará seguro aquí y en el viaje de regreso no tendrás ningún problema. Y recuerda esto, por favor, entre más pronto regreses, más rápido podrás empezar a investigar los puntos marcados en el mapa. Que tengas un viaje agradable.
El final del mensaje fue un silbido vacío de la cinta y un quejido bajo de los rodillos de arrastre.
No obstante, Ace dejó que los carretes giraran durante casi un minuto más. Toda la situación era muy peculiar... y cada vez se volvía más peculiar. El señor Gaunt había estado aquí por la tarde... tenía que haber estado, ya que había mencionado el mapa, y Ace no había puesto los ojos sobre el mapa ni sobre el señor Gaunt hasta esta mañana. El viejo ratonero debió haber tomado un avión hasta aquí mientras él, Ace, venía en el auto. ¿Pero por qué? ¿Qué jodidos significaba todo esto?
No ha estado aquí, pensó. No me importa si es imposible o no, no ha estado aquí. Mira esa maldita grabadora, por ejemplo. Ya nadie usa grabadoras como ésas. Y mira el polvo en los carretes. La nota estaba llena de polvo, también. Este equipo te ha estado esperando durante largo tiempo. Tal vez ha estado montado y almacenando polvo desde que Pangborn te mandó a Shawshank.

Oh, eso era una locura.
Eso no era más que mierda.
No obstante, una parte muy profunda de su ser creía que era verdad. El señor Gaunt no se había acercado a Boston esa tarde. El señor Gaunt había pasado la tarde en Castle Rock, Ace lo sabía, de pie junto al escaparate, observando a los transeúntes, tal vez incluso quitando de vez en cuando el letrero de
CERRADO POR EL DÍA DE COLÓN
para colocar el de
ABIERTO
en su lugar. Es decir, si veía que se acercaba la persona indicada, la clase de persona con quien quería celebrar un negocio un sujeto como el señor Gaunt.
¿Y en qué consistía su negocio?
Ace no estaba seguro de que quería saberlo. Pero sí quería saber qué había en esas cajas. Si iba a transportarlas desde aquí hasta Castle Rock, tenía el condenado derecho a saberlo.
Oprimió el botón de ALTO en la grabadora y la levantó para ponerla a un lado. Tomó un martillo de las herramientas que estaban sobre la mesa de trabajo y una palanca recargada en la pared. Fue a las cajas y deslizó el extremo plano de la palanca bajo la tapa de madera de la que estaba encima. Ejerció presión con la palanca. Los clavos se soltaron con un ligero chirrido. El contenido de la caja estaba cubierto con un pesado cuadrado de hule encerado. Lo quitó y se quedó boquiabierto ante lo que veía.
Cápsulas explosivas.
Docenas de cápsulas explosivas.
Tal vez cientos de cápsulas explosivas, cada una descansando en un cómodo nido de viruta de embalaje.
Jesucristo, ¿qué està planeando? ¿El inicio de la tercera guerra mundial?
Con el corazón palpitando a toda velocidad en el pecho, Ace volvió a introducir los clavos con el martillo y puso a un lado la caja con las cápsulas explosivas. Abrió la segunda caja, esperando ver filas ordenadas de esos gruesos cilindros rojos que se parecen a las señales luminosas para la carretera.
Pero no era dinamita. Eran pistolas.
Tal vez eran dos docenas, en total: pistolas automáticas de alto poder. Le llegó el olor de la penetrante grasa en la que se habían empacado. No sabía de qué clase eran, alemanas, quizá, pero sabía lo que significaban: una sentencia de veinte años a cadena perpetua si lo atrapaban con ellas en Massachusetts. La Mancomunidad veía con muy malos ojos las pistolas, especialmente las armas automáticas.
Puso a un lado esta caja, sin taparla de nuevo. Abrió la tercera. Estaba llena de cargadores de municiones para las pistolas.
Ace retrocedió unos pasos, frotándose nervioso la boca con la palma de la mano izquierda.
Cápsulas explosivas.
Pistolas automáticas.
Municiones.
¿Esto era mercancía?
-Yo no -dijo Ace en voz baja, en tanto movía la cabeza-. Este chico no. Uh-uh, de ningún modo.
La ciudad de México cada vez le parecía mejor. Tal vez incluso Río. Ace ignoraba si Gaunt estaba construyendo una trampa para ratones más efectiva o una silla eléctrica más eficiente, pero él no quería participar, fuera lo que fuera, él se iba, y se iba ahora mismo.
Sus ojos se fijaron en la caja con pistolas automáticas.
Y me voy a llevar una de estas nenas conmigo, pensó. Una pequeña recompensa por las molestias. Un recuerdo, llamémoslo.
Se dirigió a la caja y en ese instante los carretes de la grabadora empezaron a girar de nuevo, aunque no se había accionado ninguno de los botones.
-Ni siquiera lo pienses, Ace -le aconsejó con frialdad la voz del señor Gaunt-. No es conveniente que trates de joderme. Lo que yo te haga, si lo intentas siquiera, hará que lo que planean los hermanos Corson parezca un día de campo. Ahora estás a mi servicio. Únete a mí y nos .divertiremos. únete a mí y te desquitarás de todos los que se portaron mal contigo en Castle Rock... y te irás como un hombre rico. Si te colocas en mi contra, nunca dejarás de gritar.
La grabadora se detuvo.
Los ojos sobresalientes de Ace siguieron el cable de la corriente hasta la clavija. Yacía en el piso, cubierto con una fina capa de polvo.
Además, no había un contacto a la vista.
4
Ace, de repente, empezó a sentirse un poco más tranquilo, y esto no era tan extraño como podría parecerlo. Había dos razones para la estabilización de su barómetro emocional.

La primera era que Ace era una especie de retrógrado. Se habría sentido muy a gusto en la edad de piedra, viviendo en una cueva y arrastrando a su mujer por el cabello cuando no estuviese ocupado arrojando piedras a sus enemigos. Era la clase de hombre cuya respuesta sólo es absolutamente predecible cuando se enfrenta a una fuerza y autoridad superiores. Los enfrentamientos de este tipo no sucedían con frecuencia, pero cuando se daba el caso se inclinaba ante la fuerza superior casi de inmediato. Aunque él no lo sabía, esta característica fue la que impidió que se escapara sencillamente de los Hermanos Voladores Corson, en primer lugar. En los hombres como Ace, el único apremio más intenso que el apremio por dominar es la necesidad profunda de darse la vuelta y ofrecer humildemente el cuello indefenso cuando hace su aparición el verdadero líder de la manada.

La segunda razón era aún más simple: eligió creer que estaba soñando. Una parte de él sabía que esto no era verdad, pero era más fácil creer esa idea que la evidencia de sus sentidos; ni siquiera quería considerar un mundo que pudiese admitir la presencia de un señor Gaunt. Sería más fácil, y más seguro, cerrar los procesos mentales durante un lapso y proseguir hasta la conclusión de este asunto. Si lo hacía, a la larga, podría despertar en el mundo que había conocido siempre. Dios sabía que ese mundo tenía sus peligros, pero al menos lo entendía.

Volvió a clavar las tapas de la caja de pistolas y de la de municiones. Luego se dirigió al automóvil y agarró la funda de lona, la cual también estaba cubierta con una capa de polvo. La quitó...

y por un momento el asombro y el deleite ocasionaron que se olvidara de todo lo demás.

Era un Tucker, en efecto, y era precioso.

La pintura era amarillo canario. El diseño aerodinámico relucía con cromo en los laterales y bajo la defensa ranurada. Un tercer faro miraba desde el centro de la capota, bajo un adorno de plata que parecía la locomotora de un tren exprés futurista.

Ace caminó alrededor del auto, comiéndoselo con los ojos.

Había un par de parrillas cromadas a cada lado del tablero trasero; no tenía idea de cuál era su propósito. Los gruesos neumáticos Goodyear de cara blanca estaban tan limpios que casi brillaban bajo las luces colgantes. En el tablero trasero, en fluidas letras de cromo, estaban las palabras "Tucker Talismán". Ace nunca había oído hablar de ese modelo. Creía que el Torpedo era el único auto que había producido Preston Tucker.

Tienes otro problema, compañero, esta cosa no tiene placas de matrícula. ¿Vas a tratar de regresar a Maine en un auto tan llamativo como éste, un auto sin placas, un auto cargado con pistolas y explosivos?

Sí. Lo iba a hacer. Era una mala idea, desde luego, una idea terrible de verdad... pero la alternativa, la cual implicaría el tratar de joder al señor Gaunt, parecía mucho peor. Además, esto no era más que un sueño.

Sacó las llaves del sobre, se dirigió a la cajuela y buscó en vano la cerradura. Después de unos momentos se acordó de la película con Jeff Bridges y comprendió. Igual que el Volkswagen sedán alemán y el Chevy Corvair, el motor del Tucker estaba en la parte posterior. La cajuela estaba adelante.

En efecto, encontró la cerradura directamente debajo del extraño tercer faro. Abrió la cajuela. Era holgada y estaba vacía, excepto por un único objeto. Una pequeña botella con polvo blanco y una cuchara sujeta a la tapa con una cadena. En la cadena estaba pegado un pequeño trozo de papel. Ace lo arrancó y leyó el mensaje que había sido escrito en diminutas letras mayúsculas:

INHALAME

Ace siguió las órdenes.

5

Una pequeña dosis de la incomparable coca del señor Gaunt lo hizo sentir mucho mejor, iluminando su cerebro como el frente de la rock-ola de Henry Beaufort. Ace cargó las pistolas y los cargadores de municiones en la cajuela. La caja de cápsulas explosivas la colocó en el asiento trasero, deteniéndose un momento para inhalar profundamente. El vehículo tenía ese insuperable olor a nuevo, el cual nada lo igualaba en el mundo (excepto el coño, tal vez), y cuando se acomodó detrás del volante, vio que el auto era nuevo: el odómetro del Tucker Talismán del señor Gaunt marcaba 00000.0.

Ace introdujo la llave del encendido en la ranura y la giró.

El Talismán se puso en marcha con un delicioso rumor gutural. ¿Cuántos caballos bajo la capota? No lo sabía, pero se sentía como un tropel completo. En la prisión había muchos libros sobre automotores y Ace había leído la mayoría. El Tucker Torpedo tenía seis cilindros de cabeza plana, cerca de novecientos centímetros cúbicos, muy semejante a los autos que había fabricado el señor Ford entre 1948 y 1952. Había tenido algo así como ciento cincuenta caballos bajo la capota.

Éste se sentía más grande. Mucho más grande.

Ace sintió el apremio de bajarse, ir a la parte de atrás y ver si podía forzar la capota... pero era como pensar demasiado en ese nombre descabellado: Yog-lo-que-fuera. En alguna forma, parecía una mala idea. Lo que sí sonaba como una buena idea era llevar esta cosa a Castle Rock lo más rápidamente posible.

Ace empezaba a bajarse del auto para usar el control de la puerta, luego, tocó la bocina en cambio, sólo para ver si ocurría algo. Sí ocurrió. La puerta ascendió silenciosamente por los rieles.
Estoy seguro de que hay un sensor de sonido en alguna parte, se dijo a sí mismo, pero ya no estaba tan convencido. Ya ni siquiera le importaba. Colocó la palanca de velocidades en primera y el Talismán salió vibrando de la cochera. Cuando se dirigía al agujero en la cerca por el sendero lleno de baches, tocó la bocina de nuevo y en el espejo retrovisor vio que se apagaban las luces en la cochera y la puerta empezaba a descender. También captó un vislumbre de su Challenger, con la nariz hacia la pared y la cubierta de lona arrugada junto a él. Tuvo el extraño presentimiento de que nunca lo volvería a ver. Ace descubrió que eso tampoco le importaba.
6
El Talismán no sólo corría como un sueño, parecía conocer el camino de regreso a la avenida Storrow y la autopista al norte. De vez en cuando, los indicadores intermitentes de dirección sé encendían por sí mismos. Cuando esto sucedía, Ace sencillamente daba la vuelta. En un santiamén ya había quedado atrás la escalofriante barriada de Cambridge donde había encontrado el Tucker y frente a él aparecía la figura del puente Tobin, más conocido como el puente del río Místico, negro contra el cielo oscurecido.
Ace accionó el interruptor de las luces y ante él surgió de inmediato un abanico de resplandor claramente definido. Cuando giraba el volante, el abanico de luz giraba al mismo tiempo. Ese faro central era un dispositivo magnífico. No es de extrañar que hayan sacado del negocio al pobre bastardo que diseñó este automóvil, pensó Ace.
Cuando estaba cerca de cincuenta kilómetros al norte de Boston, se dio cuenta de que la aguja del medidor de combustible se situaba más allá de la raya de Vacío. Se desvió a la siguiente salida y condujo el carruaje del señor Gaunt hasta las bombas de una estación Mobil que se ubicaba al pie de la rampa. El encargado se echó para atrás la gorra en la cabeza con un dedo grasiento y caminó lleno de admiración alrededor del auto.
-¡Bonito auto! -dijo-. ¿Dónde lo compró?
Sin pensar, Ace contestó:
-En las planicies de Leng. Automóviles Antiguos Yog-Sothoth.
-¿Humm?
-Llénalo, hijo... no es concurso de preguntas.
-¡Oh! -dijo el encargado, y le dio un segundo vistazo a Ace, con lo que se volvió muy servicial-. ¡Claro! ¡En seguida!
Y trató, pero la bomba se cerró después de verter el equivalente a catorce centavos en el tanque. El encargado intentó servirle más operando manualmente la bomba, pero el combustible sólo se derramó, escurrió por el brillante lado amarillo del Talismán y goteó en el pavimento.
-Creo que no necesita combustible -dijo el encargado tímidamente.
-Parece que no.
-Es posible que esté descompuesto el medidor...
-Limpia ese combustible de mi auto. ¿Quieres que se maltrate la pintura? ¿Qué pasa contigo?
El chico obedeció con toda celeridad y Ace se fue al sanitario para atender un poco su nariz. Cuando salió, el encargado de las bombas estaba de pie a una respetuosa distancia del Talismán, retorciendo nervioso el trapo en ambas manos.
Está asustado, pensó Ace. ¿Asustado de qué? ¿De mí?
No, el chico con el overol de Mobil casi no miraba en dirección de Ace. Era el Tucker el que lo mantenía casi hipnotizado.
Trató de tocarlo, pensó Ace.
La revelación, y eso era, eso era exactamente, originó una pequeña sonrisa sombría en -las comisuras de su boca.
Trató de tocarlo y algo sucedió. No importa realmente lo que haya sido. Aprendió que puede mirarlo, pero más le vale no tocarlo y eso es todo lo que importa.
-No me debe nada -dijo el encargado de las bombas.
-Estás en lo cierto -Ace se deslizó detrás del volante y se puso en marcha a toda prisa. Se le había ocurrido una nueva idea acerca del Talismán. En cierta forma, era una idea escalofriante, pero, de otro modo, era una idea realmente grandiosa. Pensó que tal vez el medidor del combustible siempre marcaba vacío... y que el tanque siempre estaba lleno.
7
En New Hampshire, las barreras de peaje para autos de pasajeros son del tipo automatizado; se lanza el equivalente a un dólar en cambio (centavos no, por favor) en el canasto, la luz roja se vuelve verde y sigues adelante. En este caso, cuando Ace acercó el Tucker Talismán al canasto que sobresalía del poste la luz se volvió verde y se encendió el pequeño letrero:
PEAJE PAGADO, GRACIAS
-Apuesto a que sí -murmuró Ace y enfiló hacia Maine.
Cuando dejó Portland detrás, el Talismán circulaba a ciento treinta kilómetros por hora y todavía había potencia de sobra bajo la capota. Justo después de la salida a Falmouth, rebasó una elevación

y vio a una patrulla de la policía estatal al acecho, junto a la autopista. La inconfundible forma de torpedo de una pistola de radar salía por la ventanilla del conductor.
Oh-oh, pensó Ace. Ya me agarró. No hay escape. Jesucristo, ¿por qué voy a tanta velocidad, con toda la mierda que llevo?
Pero conocía la razón y no era la coca que había inhalado. Tal vez en otra ocasión, pero no en ésta. Era el Talismán. El querrá ir a toda velocidad. Miraba el velocímetro, aflojaba el pie en el pedal... y cinco minutos después se daba cuenta de que lo tenía a una cuarta parte de la distancia hasta el piso.
Esperaba que la patrulla se encendiera en un resplandor de vibrantes luces azules y saliera disparada detrás de él, pero no sucedió nada. Ace pasó delante de la patrulla a ciento treinta por hora y el Oso Estatal ni siquiera se movió.
Diablos, debe haber estado dormitando.
Pero Ace sabía que no era así. Cuando ves que una pistola de radar se asoma por una ventanilla, sabes que el sujeto que la sostiene está bien despierto y deseoso de acción. No, lo que había pasado era lo siguiente: el polizonte estatal no había visto el Talismán. Sonaba disparatado, pero se sentía razonable. El gran auto amarillo con los tres faros que destacaban en el frente era invisible para los dispositivos de la tecnología de punta y los polizontes que los usaban.
Con una sonrisa, Ace aceleró el Tucker del señor Gaunt hasta ciento setenta y cinco kilómetros por hora. Llegó a The Rock a las ocho y quince, con casi cuatro horas de adelanto.
8
El señor Gaunt salió de la tienda, se quedó parado bajo el toldo y observó a Ace mientras estacionaba con todo cuidado el Talismán en uno de los tres espacios sesgados frente a Cosas Necesarias.
-Hiciste buen tiempo, Ace.
-Sí. Es un auto estupendo.
-Puedes estar seguro -dijo el señor Gaunt. Deslizó una mano por el suave declive del tablero del frente del Tucker-. Es un modelo exclusivo. Supongo que trajiste la mercancía, ¿verdad?
-Sí, señor Gaunt, en el camino de regreso me di una idea de lo especial que es su auto, pero creo que debería considerar la posibilidad de conseguirle placas de matrícula y tal vez un engomado de revisión...
-No es necesario -interrumpió el señor Gaunt con indiferencia-. Estaciónalo en el callejón detrás de la entrada de servicio a la tienda, Ace, si haces el favor. Yo mismo lo meteré a la cochera después de que lo descargues.
-¿Cómo? -de pronto, Ace se resistía a entregarle el auto al señor Gaunt. El motivo no era únicamente que había dejado su propio auto en Boston y necesitaba ruedas para el trabajo de la noche; el Talismán hacía que cualquier otro auto que hubiese manejado en su vida, incluyendo el Challenger, pareciera una basura.
-Eso -dijo el señor Gaunt-, es asunto mío -miró a Ace imperturbable-. Todo te resultará más cómodo, Ace, si consideras el trabajar para mí igual que se considera el servicio en el ejército. Cuentas con tres formas para desempeñar tus tareas: la forma correcta, la forma equivocada y la forma del señor Gaunt. Si optas siempre por la tercera elección, nunca tendrás problemas. ¿Me entiendes?
-Sí. Sí, entiendo.
-Muy bien. Ahora lleva el auto a la puerta trasera.
Ace guió el auto hasta la esquina y condujo lentamente por el callejón que se extendía detrás de los edificios comerciales en el lado oeste de la calle Main. La puerta posterior de Cosas Necesarias estaba abierta. El señor Gaunt estaba de pie en un oblongo sesgado de luz amarilla, esperando. No hizo ningún intento de ayudar a Ace mientras llevaba las cajas al cuarto trasero de la tienda, resoplando con el esfuerzo. Ace no lo sabía, pero muchos clientes se habrían sorprendido si hubiesen visto ese cuarto. Cuando el señor Gaunt estaba detrás de la cortina de terciopelo que dividía la tienda del área de almacenaje, oían que cambiaba cosas de su sitio, movía cajas... pero en el cuarto no había absolutamente nada, excepto las cajas que Ace apiló en una esquina, siguiendo las instrucciones del señor Gaunt.
Sí, había una cosa. En el fondo del cuarto estaba una rata noruega café bajo el brazo desenganchado de una gran trampa Victory para ratas. Su cuello estaba roto y los dientes del frente se mostraban en un gruñido mortal.
-Buen trabajo -dijo el señor Gaunt sonriente, frotándose las manos de dedos largos-. En conjunto, ha sido un buen trabajo el de esta noche. Tu desempeño alcanzó el punto máximo de mis expectativas, Ace... el punto máximo.
-Gracias, señor -Ace se quedó pasmado. Nunca en su vida había llamado señor a ningún hombre hasta este momento.
-Aquí tienes un pequeño regalo por tus molestias -el señor Gaunt le entregó un sobre café. Ace lo oprimió con las puntas de los dedos y sintió los granos sueltos del polvo en el interior-. Me imagino

que querrás realizar algunas investigaciones esta noche, ¿no es así? Esto te podría dar potencia extra, como decían los antiguos anuncios de Esso.
Ace se sobresaltó.
-¡Oh, carajo! ¡Carajo! ¡Dejé el libro, el libro con el mapa, en mi auto! ¡Está en Boston! ¡Maldita sea! -cerró la mano en un puño y se golpeó el muslo.
El señor Gaunt estaba sonriendo.
-No lo creo -dijo-. Creo que está en el Tucker.
-No, yo...
-¿Por qué no lo compruebas por ti mismo?
Ace lo hizo y, por supuesto, ahí estaba el libro, sobre el tablero, con el lomo contra el parabrisas sobresaliente patentado del Tucker. Tesoros perdidos y enterrados de Nueva Inglaterra. Ace lo tomó y lo hojeó. El mapa seguía entre las páginas. Miró al señor Gaunt con gratitud silenciosa.
-No necesitaré tus servicios hasta mañana en la noche, a esta hora, más o menos -dijo el señor Gaunt-. Te sugiero que pases las horas del día en tu casa en Mechanic Falls. Te será muy conveniente; supongo que querrás dormir hasta tarde. Tienes una noche muy ocupada por delante, si no me equivoco.
Ace pensó en las pequeñas cruces y asintió.
-Y -añadió el señor Gaunt- sería prudente que te mantuvieras fuera de la vista del comisario Pangborn durante uno o dos días. Después de eso, no creo que le importe lo que hagas -sus labios se retiraron hacia atrás; los dientes surgieron en grandes grupos depredadores-. Para el fin de semana, creo que habrán perdido todo su significado muchas de las cosas que hasta ahora fueron primordiales para los ciudadanos de este pueblo. ¿No lo crees así, Ace?
-Si usted lo dice -respondió Ace. De nuevo, estaba cayendo en ese extraño estado confuso y le tenía sin cuidado-. Sin embargo, no sé cómo me voy a mover.
-Se han atendido todos los detalles -dijo el señor Gaunt-. En el frente encontrarás un auto estacionado con las llaves en el encendido. Un auto. de la compañía, por así decirlo. Me temo que no es más que un Chevrolet, un Chevrolet común y corriente, pero te proporcionará un transporte confiable y discreto, de cualquier forma. Desde luego, disfrutarás más la camioneta del noticiario de la televisión, pero...
-¿La camioneta del noticiario? ¿Cuál camioneta?
El señor Gaunt eligió no responder.
-El Chevrolet será más que suficiente para tus necesidades de transporte actuales, te lo aseguro. Pero no trates de burlar las trampas de velocidad de la policía estatal en él. Me temo que no te funcionará. No con ese vehículo. De ningún modo.
Ace se oyó a sí mismo que decía:
-Cómo me gustaría tener un auto como su Tucker, señor Gaunt, señor. Es maravilloso.
-Bien, tal vez podamos hacer un trato. Como sabrás, Ace, yo sigo una política muy sencilla en los negocios. ¿Te gustaría saber cuál es?
-Claro -y Ace era sincero.
-Todo está a la venta. Ésa es mi filosofía. Todo está a la venta.
-Todo está a la venta -dijo Ace, somnoliento-. ¡Uau! ¡Genial!
-¡Correcto! ¡Genial! Ahora, Ace, creo que me comeré un bocadillo. He estado muy ocupado, a pesar de ser día festivo. Te pediría que me acompañaras, pero...
-Cielos, no puedo, en realidad.
-No, por supuesto que no puedes. Tienes que ir a varios sitios y tienes que excavar varios agujeros, ¿no es cierto? Te espero mañana en la noche, entre ocho y nueve.
-Entre ocho y nueve.
-Sí. Después de que oscurezca.
-Cuando nadie sabe y nadie ve -dijo Ace, como si estuviese soñando.
-¡Lo entendiste perfectamente! Buenas noches, Ace.
El señor Gaunt extendió la mano. Ace estaba a punto de estrecharla.:. y en eso vio que había algo en ella. Era la rata café de la trampa en la bodega. Ace retrocedió con un pequeño gruñido de asco. No podía concebir en qué momento había recogido el señor Gaunt la rata muerta. ¿O sería una distinta?
Ace decidió que no le interesaba, fuese una u otra. Sólo sabía que no planeaba estrecharse la mano con una rata muerta, aunque el señor Gaunt fuese un dandy muy elegantoso.
El señor Gaunt dijo; sonriendo:
-Perdóname. Cada año me vuelvo más olvidadizo. ¡Poco más y te doy mi cena, Ace!
-Cena -repitió Ace con una pequeña voz débil.
-Sí, en efecto -la uña gruesa y amarillenta de un pulgar se hundió en el pelo blanco que cubría el vientre de la rata; un momento después, sus intestinos rezumaban sobre la palma sin líneas del señor Gaunt. Antes de que Ace pudiese ver más, el señor Gaunt se había dado vuelta y estaba cerrando la puerta que daba al callejón-. Bien, ¿dónde puse el queso...?
Se oyó un pesado sonido metálico cuando se acopló la cerradura.

Ace se inclinó hacia adelante, seguro de que iba a vomitar entre sus zapatos. El estómago se le cerró, el asco trató de salirse... y después se hundió de nuevo.
No había visto lo que pensaba que había visto.
-Fue una broma -murmuró-. Tenía una rata de goma en el bolsillo de la chaqueta, o algo así. No fue más que una broma.
¿Lo fue? ¿Y los intestinos, entonces? ¿Y esa fría y horrible sustancia, como gelatina, que los rodeaba? ¿Que hay con eso?
Estás cansado, pensó. Te lo imaginaste, eso es todo. Era una rata de goma. En cuanto al resto... eres un marica.
Pero durante un momento pareció que todo, la cochera desierta, el Tucker que se conducía solo, incluso esa siniestra muestra de graffiti, REGLAS DE YOG-SOTHOTH, trataba de cercarlo, y una voz poderosa le gritó: ¡Vete de aquí! ¡Todavía es tiempo para que te vayas!
Pero ésa era la idea realmente descabellada. Había dinero esperándolo esta noche. Tal vez una buena cantidad. Tal vez una jodida fortuna.
Ace permaneció en la oscuridad durante unos cuantos minutos, como un robot con un transformador descargado. Poco a poco, fue recuperando un cierto sentido de la realidad, cierto sentido de sí mismo, y decidió que la rata no tenía importancia. Ni el Tucker Talismán. Lo importante era la coca; el mapa era importante, y tenía la idea de que era importante la sencilla política de negocios del señor Gaunt, pero nada más. No podía permitir que nada más importara.
Salió del callejón y dio vuelta en la esquina hasta la fachada de Cosas Necesarias. La tienda estaba cerrada y oscura, como todas las tiendas en la parte baja de la calle Main. Tal y como se lo había prometido el señor Gaunt, estaba estacionado un Chevy Celebrity en uno de los espacios frente a la tienda. Ace trató de recordar si había estado ahí cuando llegó con el Tucker y le fue imposible. Cada vea que trataba de proyectar la mente a recuerdos anteriores a los últimos minutos, se encontraba con una barrera; se veía a sí mismo cuando se movía para aceptar la mano que le ofrecía el señor Gaunt, la cosa más natural del mundo y, de repente, se daba cuenta de que el señor Gaunt sostenía una gran rata muerta.
Creo que me comeré un bocadillo. Te pediría que me acompañaras, pero...
Bueno, era otra cosa más que no tenía. importancia. Aquí estaba el Chevy y eso era lo que le interesaba. Ace abrió la portezuela, puso el Ebro con el precioso mapa sobre el asiento y sacó las llaves de la ranura del encendido. Dio vuelta hasta la parte trasera del auto y abrió la cajuela. Presentía lo que se iba a encontrar y no quedó decepcionado. Un pico y una pala con mango corto estaban cuidadosamente cruzados uno sobre otro en una x. Ace miró con más atención y vio que el señor Gaunt le había dejado incluso un par de guantes para trabajo pesado.
-Señor Gaunt, piensa usted en todo -dijo, y cerró la cajuela. Al hacerlo, vio que había una

calcomanía en la defensa trasera del Celebrity y se inclinó para leerla:

Ace empezó a reírse. Aún se reía cuando atravesó el Tin Bridge y enfiló hacia el terreno del viejo Treblehorn, en el cual se proponía iniciar las excavaciones. Mientras conducía por la colina Panderly, al otro lado del puente, se cruzó con un convertible que iba en dirección contraria, hacia el pueblo. El convertible estaba lleno con hombres jóvenes. Cantaban "Jesús es nuestro amigo" a todo pulmón y en perfecta armonía bautista.
9
Uno de esos jóvenes era Lester Ivanhoe Pratt. Después del juego de pase de pelota, él y un grupo de amigos se habían dirigido al lago Auburn, a cuarenta kilómetros de distancia. Ahí se había instalado una tienda de campaña de renovación de la fe que permanecería durante una semana y Vic Tremayne había dicho que se celebraría una reunión especial para orar y cantar himnos por el día de Colón a las cinco. Puesto que Sally tenía el auto de Lester y no habían hecho planes para la noche, ni una película ni una cena en el McDonald's de South Paris, se había ido con Vic y los otros jóvenes, buenos cristianos todos ellos.
Lester sabía, desde luego, el motivo por el cual sus compañeros estaban tan deseosos de hacer el viaje, y el motivo no era la religión, no exclusivamente la religión, de todos modos. Siempre había un buen número de chicas bonitas en las tiendas de renovación de la fe que cruzaban el norte de Nueva Inglaterra entre mayo y la última feria estatal con tirón de buey a fines de octubre, y una buena sesión de canto de himnos (por no mencionar un revoltijo de sermones ardientes y una dosis de ese espíritu de Jesús de antaño) siempre los ponía de muy buen humor.
Lester, quien tenía a su chica, observaba los planes y los ardides de sus amigos con la misma tolerancia que mostraría un hombre viejo casado ante las travesuras de un grupo de cachorros machos. Se unía a ellos para ser amistoso, mayormente, y porque siempre le gustaba escuchar un buen sermón y cantar un poco después de una estimulante tarde de golpes en la cabeza y bloqueos con el cuerpo. Era la mejor forma- que conocía para enfriarse.

Había sido una buena reunión, pero al final fueron muchas las personas que querían salvarse. Como resultado, se había prolongado más de lo que Lester habría deseado. Había planeado llamar a Sally y preguntarle si quería salir a Weeksie's a tomar un helado o un refresco. Había observado que a las chicas a veces les gustaba hacer cosas así, de improviso.
Cruzaron el Tin Bridge y Vic lo dejó en la esquina de Main y Watermill.
-¡Gran juego, Les! -le gritó Bill MacFarland desde el asiento trasero.
-¡Ya lo creo! -respondió Lester con entusiasmo-. ¡Juguemos de nuevo el sábado... es posible que pueda romperte el brazo en vez de torcértelo nada más!
Los cuatro jóvenes en el auto de Vic rugieron a carcajadas ante esta muestra de ingenio y después Vic se alejó. El sonido de "Jesús es un amigo eterno" flotó por el aire extrañamente veraniego. Cuando se ponía el sol, esperabas que el frío empezara a deslizarse, incluso durante las rachas más cálidas del verano Indio. Pero esta noche no ocurría eso.
Lester caminó lentamente colina arriba hacia casa, sintiéndose cansado y adolorido y absolutamente satisfecho. Cada día que entregabas tu corazón a Jesús era un buen día, pero algunos días eran mejores que otros. Éste había sido uno espléndido y todo lo que quería ahora era darse una ducha, llamar a Sally y saltar a la cama.
Cuando dio vuelta en la entrada de su casa, iba mirando las estrellas, tratando de localizar la constelación de Orión. Como resultado, se estrelló, las pelotas primero, y a un paso vigoroso, contra el extremo posterior de su Mustang.
-¡Ooof! -chilló Lester Pratt. Retrocedió, se agachó y se puso las manos en los testículos lastimados. Después de unos momentos, logró levantar la cabeza y mirar hacia su auto con ojos acuosos por el dolor. ¿Qué diablos hacía aquí su auto? Se suponía que el Honda de Sally no saldría del taller por lo menos hasta el miércoles, probablemente jueves o viernes, con el día festivo y demás.
En eso, se le iluminó el cerebro con un estallido de luz rosa naranja. ¡Sally estaba adentro! ¡Había venido en su ausencia y ahora lo estaba esperando! ¡Tal vez había decidido que esta noche era la noche! El sexo premarital era malo, desde luego, pero hay veces en que el fin justifica los medios. Y ciertamente estaba dispuesto a expiar ese pecado particular, si Sally pensaba lo mismo.
-¡Ruty-tut-tutl -exclamó Lester Pratt entusiasmado-. ¡La dulce Sally en su vestido de cumpleaños!
Corrió al pórtico con un contoneo como de cangrejo, sosteniéndose todavía las pungentes pelotas. Sin embargo, ahora palpitaban con dolor y anticipación. Sacó la llave de debajo del felpudo y entró en la casa.
-¿Sally? -llamó-. Sal, ¿estás aquí? Lamento haber llegado tarde... fui a la reunión de renovación de la fe en el lago Auburn con algunos amigos y...
Se quedó callado. No había respuesta, lo que significaba que no estaba aquí, después de todo. ¡A menos que...!
Subió corriendo las escaleras, súbitamente seguro de que la encontraría dormida en su cama. Abriría los ojos y se sentaría, con lo que la sábana pondría al descubierto sus hermosos senos (los cuales había sentido, bueno, algo así, pero nunca visto en realidad); le tendería los brazos, los preciosos ojos azules somnolientos muy abiertos, y, cuando el reloj diera diez campanadas, ya ninguno de los dos sería virgen. ¡Ruty-tut-tut!
Pero el dormitorio estaba tan vacío como lo habían estado la cocina y la sala. Las sábanas y los cobertores estaban en el piso, como casi siempre; Lester era uno de esos sujetos tan llenos de energía y espíritu sagrado que sencillamente le era imposible sentarse y levantarse de la cama en las mañanas; se abalanzaba, no para recibir el día, sino para atacarlo, noquearlo en el césped y obligarlo a escupir la pelota.
Ahora, sin embargo, bajó las escaleras con el entrecejo fruncido en el rostro ancho y candoroso. El auto estaba aquí, pero Sally no. ¿Qué significaba eso? No lo sabía, pero no le agradaba mucho.
Encendió la luz del pórtico y salió a revisar el auto; tal vez le había dejado una nota. Llegó hasta el inicio de los escalones del pórtico y ahí se quedó inmovilizado. Había una nota, en efecto. Estaba escrita sobre el parabrisas del Mustang con pintura en aerosol rosa vivo, probablemente de su propia cochera. Las grandes letras mayúsculas lo miraban con ferocidad:
VETE AL DIABLO BASTARDO TRAMPOSO
Lester permaneció un buen rato en el escalón del pórtico, leyendo una y otra vez el mensaje de su prometida. ¿La reunión para oración? ¿Fue eso? ¿Creía que había ido a la reunión en el lago Auburn para ver a alguna putilla? En su congoja, era lo único que se le ocurría con cierto sentido.
Entró a la casa y llamó a Sally. Dejó que el teléfono sonara dos docenas de veces, pero nadie contestó.
10
Sally sabía que llamaría y, por lo tanto, le preguntó a Irene Lutjens si podía pasar la noche en su casa. Irene, casi a punto de reventar de curiosidad, le dijo que sí, claro, por supuesto. Sally estaba tan afligida por algo que apenas se veía bonita. Irene no lo podía creer, pero era verdad.
Por su parte, Sally no tenía la intención de contarle a Irene ni a nadie lo que había pasado. Era demasiado horrible, demasiado vergonzoso. Se llevaría el secreto a la tumba. Por esa causa, se negó a responder a las preguntas de Irene por más de media hora. Después, brotó toda la historia en un

cálido torrente de lágrimas. Irene la abrazó y escuchó, con los ojos cada vez más grandes y redondos.
-Tranquilízate -la arrulló en voz baja frene, mientras mecía a Sally en sus brazos-. Cálmate, Sally... Jesús te ama, aunque te haya engañado ese hijo de perra. Yo también te quiero. Y el reverendo Rose. Y estoy segura de que le diste una lección al musculoso cobero para que nunca té olvide, ¿verdad?
Sally asintió, sorbiendo, y la otra chica le acariciaba el cabello y emitía sonidos calmantes. A Irene le era difícil esperar hasta mañana, cuando empezaría a llamar a sus otras amigas. ¡No lo creerían! Irene sentía pena por Sally, en verdad la sentía, pero en cierta forma le alegraba que hubiese pasado esto. Sally era tan bonita, y Sally era tan condenadamente santa. Hasta cierto punto era agradable verla derrumbarse, aunque fuese por una vez.
Y Lester era el tipo más apuesto en la iglesia. Si él y Sally realmente rompían sus relaciones, ¿no existía acaso la probabilidad de que me invitara a salir? Algunas veces me mira como si se preguntara qué tipo de 'ropa interior llevo puesta, por lo que no creo que sea imposible.
-¡Me siento tan horrible! -lloraba Sally-. ¡Tan s-s-sucia!
-Por, supuesto -dijo Irene, mientras continuaba acariciándole el cabello y meciéndola-. Ya no tienes la carta y la fotografía; ¿verdad?
-¡Las q-q-quemé! -exclamó Sally en voz alta contra el regazo húmedo de Irene, y la arrastró una nueva tormenta de pena y dolor.
-Hiciste lo debido -murmuró Irene-. Era lo que debías hacer -.sin embargo, pensó, pudiste haber esperado a que yo les diese un vistazo, mujer impertinente.
Sally pasó la noche en la habitación para huéspedes, pero casi no durmió. A la larga cesó el llanto y pasó la mayor parte de la noche mirando la oscuridad, atenazada por esas oscuras fantasías de venganza, amargamente satisfactorias, que sólo puede acariciar una persona enamorada que antes estaba segura de sí misma y ahora le han dado calabazas.

Quince

1

El primer cliente con "previa cita" del señor Gaunt llegó a las ocho en punto de la mañana del martes. Se trataba de Lucille Dunham, una de las meseras de la cafetería de Nan. En cuanto Lucille vio las perlas negras en una de las vitrinas de Cosas Necesarias la invadió una profunda y desesperada pesadumbre. Sabía que no tenía ninguna esperanza de adquirir un artículo tan costoso, ni en un millón de años. Y menos con el salario que le pagaba la tacaña de Nan Roberts. De todos modos, cuando el señor Gaunt le sugirió que hablaran al respecto sin la mitad del pueblo inclinado sobre sus hombros (por así decirlo), Lucille había saltado ante la oferta igual que saltaría un pez hambriento ante un cebo reluciente.
Lucille salió de Cosas Necesarias a las ocho y veinte, con una expresión de felicidad aturdida y soñadora en el rostro. Había comprado las perlas negras en el increíble precio de treinta y ocho dólares y cincuenta centavos. También había prometido gastarle una pequeña broma, completamente inofensiva, a William Rose, el arrogante ministro bautista. Lucille consideraba que eso no sería ningún trabajo, sino un placer, más bien. El mal bicho, quien citaba la Biblia sin cesar, nunca le había dejado una propina, ni siquiera una moneda de diez centavos. Lucille (una metodista devota que no tenía el menor inconveniente en sacudir el trasero al compás de un bugui el sábado en la noche) había oído el concepto de que debería esperar la recompensa en el cielo; se preguntaba si el reverendo Rose había oído que era más cristiano dar que recibir.
Pues bien, ahora se desquitaría un poco... y realmente, la broma era inofensiva. Se lo había asegurado el señor Gaunt.
Ese caballero la observaba mientras salía con una agradable sonrisa en el rostro. Tenía planeado un día muy ocupado, extremadamente ocupado, con citas cada media hora, más o menos, y además tenía que hacer una buena cantidad de llamadas telefónicas. La feria estaba bien montada: una de las principales atracciones se había probado con todo éxito; ya se acercaba la hora de poner en funcionamiento todos los artefactos de diversión. Como le sucedía siempre que llegaba a este punto, ya fuese en Líbano, Ankara, las provincias occidentales de Canadá o aquí mismo, en Tediolandia, EUA, sentía que el día no tenía suficientes horas, Sin embargo, se realizaba el mayor esfuerzo por alcanzar el objetivo, ya que las manos ocupadas eran ruanos felices, y el afanarse por conseguir algo era noble en sí mismo y ...
... si no lo engañaban sus viejos ojos; el segundo cliente del día, Yvette Gendron, venía apresurada por la acera hacia el toldo en este mismo momento.
-Un día muy, muy ocupado -murmuró el señor Gaunt y colocó una gran sonrisa de bienvenida en el rostro.

2

Alan Pangborn llegó a su oficina a las ocho treinta, y ya, estaba pegado un mensaje a un lado del teléfono. Henry Payton de la policía estatal había llamado a las siete cuarenta y cinco. Quería que Alan lo llamara lo antes posible. Alan se acomodó en su silla, se colocó el teléfono entre la oreja y el

hombro y oprimió él botón que marcaba automáticamente el número del cuartel general de Oxford. Del cajón superior del escritorio sacó cuatro dólares de plata.
-Hola, Alan -saludó Henry-. Me temo, que, tengo malas noticas acerca de. tu doble homicidio.
-Oh, así que de repente es tu doble homicidio -dijo Alan. Cerró el puño sobre los cuatro discos, apretó y abrió la manó de nuevo. Ahora había tres. Se recargó hacia atrás en la silla y subió los pies sobre el escritorio-. Deben ser malas noticias, realmente.
-No se te oye sorprendido,
-No -apretó el puño otra vez y usó, el, dedo meñique para "deslizar", él dólar, de plata que estaba en el: lugar inferior, de la pila. Era una operación que requería cierta delicadeza... pero Alan. estaba a la altura del. desafío. El dólar se plata se resbaló del puño,; y rodó por el interior de su manga. Se oyó un suave ¡chink! cuando pegó con el primero, un sonido que cubriría el parloteo del mago en una actuación real. Alan abrió la mano, de nuevo; ahora sólo había dos monedas.
-Tal vez no te importaría decirme par. qué no te sorprendes -dijo Henry. Se le oía ligeramente irritado.
Bueno, me he, pasado la mayor parte de los dos últimos días pensando en ese asunto -respondió Alan. Incluso eso era una descripción moderada. Desde. el momento, el. sábado en la tarde, en que vio que Nettie Cobb era una de las dos mujeres muertas al pie de la señal de alto, casi no había pensado en otra cosa. Soñaba con eso, incluso, y la sensación de que no encajaban las piezas del rompecabezas se había convertido en una certidumbre persistente.
Por esta razón, la llamada de Henry no era motivo de contrariedad, sino de alivio, y te ahorraba a Alan la molestia de llamarlo.
Apretó los dos dólares de plata en la mano.
Chink
Abrió la mano. Ahora había un solo dólar.
-¿Qué es lo que te molesta? -preguntó Henry.
-Todo -respondió Alan terminantemente-. Empezando por el simple hecho de que haya sucedido. Supongo que lo más fastidioso es la forma en que podemos reconstruir... o no podemos, el horario de los sucesos previos al homicidio. Trato de imaginarme a Nettie Cobb en el momento en que encuentra a su fierro muerto y después se sienta a escribir todas esas notas. ¿Y sabes qué? Me es imposible. Y cada vez que no puedo hacerlo, me pregunto qué más estoy pasando par alto en este estúpido y condenado asunto.
Alan apretó el puño con rabia, la abrió, y ahora ya no había ninguna moneda.
-Um-jú. Entonces, tal vez mis malas noticias sean buenas para ti. Alguien más intervino. Alan. No sabemos quién mató al perro de la mujer Cobb, pero casi estamos seguros de que no fue Wilma Jerzyck.
Alan bajó en seguida las pies del escritorio. Las monedas salieron de su manga y cayeron sobre el escritorio en un diminuto riachuelo de plata. Una de ellas se resbaló hasta el borde y rodó por un lado del escritorio. La mano de Alan serpenteó con una velocidad escalofriante y la recogió antes de que se cayera.
-Creo que será mejor que me digas lo que tienes, Henry.
-Bien. Empecemos con el perro. El cadáver se le envió a John Palin, un medico veterinario de South Portland. Él hace can los animales lo que Henry Ryan con las personas. Dice que debido a que el sacacorchos penetró en el corazón del perro y murió instantáneamente puede darnos una hora de la muerte muy aproximada.
-Vaya, ese es un buen cambio -dijo Alan. Estaba pensando en las novelas de Agacha Christie que Annie leía por docenas. En ellas, siempre parecía que había un médico chocho de aldea que estaba más que dispuesto a fijar la hora de la muerte entre las 4:30 p.m. y las cinco quince. Después de casi veinte años como oficial de la policía, Alan sabía que la respuesta más realista a la pregunta de la hora de la muerte era: "Algún día de la semana pasada. Tal vez".
-Sí que lo es, ¿verdad? Como sea, cl doctor Patín dice que el perro murió entre las diez de la martes y el mediodía. Peter Jerzyck dice que cuando entró al dormito para prepararse para ir a la iglesia, un poco después de tos diez, su esposa estaba en la ducha.
-Sí, sabíamos que estaba muy justo -dijo Alan. Se sentía un poco decepcionado-. Pero este sujeto Palin tiene que conceder un margen de error, a menos que sea Dios. Sólo se requieren quince minutos para que Wilma salga airosa de esto.
-¿Sí? ¿Qué tan airosa la ves tú, Alan?
Alan consideró la pregunta, y luego contestó con énfasis:
-Para decirte la verdad, compañero, no la veo nada airosa. Nunca la vi -Alan se obligó a sí mismo a añadir-: De todos modos, nos veríamos bastante tontos si mantenemos este caso abierto sobre la base del informe de un médico de perros y un lapso de, ¿cuántos?, ¿quince minutos?
-De acuerdo, hablemos ahora de la nota en el sacacorchos. ¿Recuerdas la nota?
-"Nadie arroja lodo a mis sábanas limpias. Te dije que me las pagarías."

-Esa misma. El experto en caligrafía de Augusta aún le está dando vueltas, pero Peter Jerzyck nos proporcionó una muestra de la letra de su esposa y aquí, frente a mí, sobre el escritorio, tengo fotocopias tanto de la nota como de la muestra. No concuerdan. No hay forma de que concuerden.
-¡Me está tomando el pelo!
-Claro que no. Pensaba que eras el sujeto que no se sorprendía con nada.
-Sabía que algo estaba mal, pero lo que no me he podido quitar de la cabeza son esas piedras con las notas. La secuencia de los acontecimientos no se ajusta a un patrón lógico y eso me incomoda, sí, pero, en general, creo que estaba dispuesto a quedarme quieto. Sobre todo porque parecía que era el estilo de Wilma Jerzyck. ¿Estás seguro de que no disfrazó su caligrafía? -no lo creía... la idea de actuar de incógnito nunca había sido el estilo de Wilma Jerzyck, pero era un posibilidad que tenía que cubrirse.

-¿Yo? Estoy convencido. Pero yo no soy un experto y lo que yo piense no se sostendrá en la corte. Por esa razón la nota está en poder del perito en caligrafía.
-¿Cuándo entregará el dictamen el sujeto de la caligrafía?
-¿Quién lo sabe? Mientras tanto, acepta mi palabra, Alan: son manzanas y naranjas. No se parecen en nada.
-Bueno, si Wilma no lo hizo, seguro que alguien quería que Nettie creyera que había sido ella. ¿Quién? ¿Y por qué? ¿Por qué, en nombre de Dios?
-No lo sé, compañero, es tu pueblo. Entre tanto, tengo otras dos cosas para ti.
-Dispara -Alan guardó los dólares de plata en el cajón y después proyectó un hombre delgado con sombrero de copa que caminaba por la pared. En el viaje de regreso, el sombrero de copa se convirtió en un bastón.
-Quien sea que mató al perro, dejó un juego de huellas dactilares sangrientas en el interior de la perilla de la puerta principal de la casa de Nettie... ésa es la gran número uno.
-¡Estupendo!
-Sólo a medias, me temo. Están borrosas. Es probable que el responsable las haya dejado mientras agarraba la perilla para salir.
-¿No sirven en absoluto?
-Tenemos algunos fragmentos que podrán ser útiles, aunque no hay muchas posibilidades de que una corte las considere válidas. Las envié a Print-Magic del FBI en Virginia. En la actualidad, están haciendo un sorprendente trabajo reconstructivo con parciales. Son más lentos que la melaza fría, tal vez pase una semana o diez días antes de que tenga noticias de ellos, pero mientras tanto comparé las parciales con las huellas de la mujer Jerzyck, las cuales me fueron enviadas anoche por la siempre considerada oficina del Médico Investigador.
-¿No concuerdan?
-Bueno, es igual a la caligrafía, Alan, es una comparación de parciales con totales, y si yo atestiguara en la corte basado en algo como eso la defensa me haría pedazos el trasero. Pero ya que estamos sentados a la mesa de las tonterías, por decirlo así, no, no se parecen en nada. Por una parte, está la cuestión del tamaño. Wilma Jerzyck tenía manos pequeñas. Las parciales son de alguien con manos grandes. Incluso si tomas en cuenta lo borroso, son unas manos condenadamente grandes.
-¿Huellas de un hombre?
-Estoy seguro. Pero repito, nunca las aceptaría una corte.
-¿A quién le importa un carajo? -en la pared, apareció de repente un faro, el cual después se convirtió en una pirámide. La pirámide se abrió como una flor y se volvió un ganso que volaba a través del resplandor del sol. Alan trataba de ver el rostro del hombre, no el de Wilma Jerzyck, sino el de algún hombre, que había entrado en la casa de Nettie después de que ella salió el domingo en la mañana. El hombre que había matado a Raider con un sacacorchos y había incriminado a Wilma. Buscó un rostro y no vio más que humo y sombras-. Henry, ¿quién querría hacer algo así, si no fue Wilma?
-No lo sé. Pero creo que es posible que tengamos un testigo del incidente del lanzamiento de las piedras.
-¿Qué? ¿Quién?
-Recuerda que dije que es posible.
-Sé lo que dijiste. No me fastidies. ¿Quién es?
-Un chico. La mujer que vive junto a los Jerzyck oyó ruidos y salió a ver qué estaba sucediendo. Dijo que pensó que "esa perra", palabras suyas, finalmente se había enojado tanto con su marido que lo había lanzado por la ventana. Vio al chico que se alejaba en bicicleta de la casa, con expresión de miedo. Le preguntó qué estaba pasando. El chico dijo que creía que tal vez el señor y la señora Jerzyck se estaban peleando. Bueno, eso fue lo que ella pensó, también, y como ya no se oía nada para entonces no se volvió a acordar del incidente.
-Debe ser Jillian Mislaburskis -dijo Alan-. La casa que está al otro lado de la de los Jerzyck está vacía... está en venta.

-Sí. Jillian Misla-no sé qué. Eso es lo que tengo aquí apuntado.
-¿Quién era el chico?
-No lo sé. La señora lo reconoció, peto no pudo darnos el nombre. Dice que es del vecindario, no obstante, probablemente de la misma manzana. Lo encontraremos.
-¿De qué edad?
-Dijo que entre once y catorce.
-¿Henry? Pórtate como amigo y deja que yo lo busque. ¿Lo harías?
-Sí -dijo Henry de inmediato, y Alan se relajó-. No entiendo por qué tenemos que ocuparnos de estas investigaciones cuando el delito ocurre en el mismo asiento del condado, de cualquier modo. En Portland y Bangor los dejan que se encarguen de sus propios asuntos, ¿por qué no en Castle Rock? ¡Cristo, ni siquiera estaba seguro de cómo se pronunciaba el nombre de esa mujer hasta que tú lo dijiste en voz alta!
-Hay muchos, polacos en Castle Rock -reconoció Alan distraído. Arrancó una papeleta rosa de Advertencia de Tráfico del bloc sobre su escritorio y anotó Jill Mislaburskis y un chico, 11-14, en el reverso.
-Si mis muchachos encuentran a este chico, se enfrentará con tres grandes oficiales de la policía estatal y es casi seguro de que se le olvide todo con sólo verlos -dijo Henry-. A ti te conoce probablemente... ¿no acostumbras dar pláticas en las escuelas?

-Sí, acerca del programa antidrogas y el día de La Ley y la Seguridad -comentó Alan. Estaba tratando de recordar las familias que tenían chicos de esa edad aproximada y vivían en la misma manzana que los Jerzyck y los Mislaburskis. El hecho de que Jill Mislaburskis lo reconociera, pero ignorara su nombre, indicaba la posibilidad de que el chico viviera a la vuelta de la esquina o en la calle Pond. Alan escribió rápidamente tres nombres en la hoja de papel: DeLois, Rusk, Bellingham. Era factible que hubiese más familias con chicos en el mismo grupo de edad que no recordaba de improviso, pero podría empezar con estas tres. Con un rápido sondeo era casi seguro que pudiese identificar al chico en cuestión.
-¿Se acuerda Jill de la hora en que oyó. la bronca y vio al chico? -preguntó Alan.
-No está segura, pero cree que fue después de las once.
-En ese caso, lo que oyó no era una pelea entre los Jerzyck, ya que ellos estaban en misa.
-Entonces, el ruido lo produjo la persona que arrojó las piedras. -Correcto de nuevo.
-Esto sí que es misterioso, Henry.
-Tres aciertos. Uno más y te ganas el tostador.
-Me pregunto si el chico vio quién era.
-En circunstancias normales diría "demasiado bueno, para ser verdad", pero la señora Mislaburskis dijo que su expresión. era de temor, así que tal vez sí lo vio. Si el chico reconoció al responsable,, te apuesto un whisky y una cerveza a que no era Nettie Cobb. Creo que alguien las contrapuso mutuamente, compañero,. y tal vez sólo por diversión.. Nada más.
Pero Alan, quiera conocía el pueblo mucho mejor, que Henry, consideró. descabellada esa hipótesis.
-Es posible que haya sido el chico quien lo hizo. Tal vez por eso se veía atemorizado. Pudiera ser un simple caso de vandalismo.
-Supongo que tildo eso es posible en un mundo done hay un Michael Jackson y un imbécil como Axl Rose -dijo Henry-, ¿pero sabes que me inclinaría más por la posibilidad del vandalismo si el, chico tuviera dieciséis o diecisiete años?
-Estoy de acuerdo -aseveró Alan.
-¿Para qué especulamos, si puedes localizar al chico? ¿Puedes, verdad?
-Estoy seguro, sí. Pero me gustaría esperar a que salieran de la escuela, si te parece bien. Como tú mismo mencionaste, no nos conviene asustarlo.
-Por mí, no hay objeción; las dos damas no se van a ir a ninguna parte. Los reporteros andan rondando por aquí, pero sólo son unos pelmazos... los espanto como a moscas.
Alan miró por la ventana justo en el momento en que pasaba lentamente una camioneta del noticiero de la estación de televisión WMTW, posiblemente con destino a la entrada principal del palacio de justicia a la vuelta de la esquina.
-Sí, también están por aquí -dijo.
-¿Puedes llamarme a las cinco?
-A las cuatro -replicó Alan-. Gracias, Henry.
-De nada -dijo Henry Payton, y colgó.
El primer impulso de Alan fue llamar a Norris Ridgewick y contarle todo esto; si para algo servía Norris, era como caja de resonancia. En eso recordó que Norris probablemente estaba estacionado en el centro del lago Castle con la nueva caña de pescar en la mano.
Proyectó unas cuantas sombras de animales en la pared y después se puso de pie. Se sentía inquieto, extrañamente intranquilo. No estaría mal que diera una vuelta por la manzana donde ocurrieron los homicidios. La vista física de las casas podría ayudarle a recordar otras familias con chicos en la categoría adecuada de edad... ¿y quién sabe? Tal vez lo que dijo Henry acerca de los chicos también

fuera aplicable a las damas polacas maduras que compran su ropa en Lane Bryant. La memoria de Jill Mislaburskis podría mejorar si la persona que la interrogaba era alguien conocido.
Extendió la mano para tomar el : sombrero del uniforme del perchero junto a la puerta y luego lo dejó donde estaba. Será mejor, decidió, que hoy me vean en un carácter semioficial. Y ya que estamos en eso, no me perjudicaría llevarme la camioneta.
Salió de la oficina y se detuvo en el área de las celdas, perplejo. John LaPointe había convertido su escritorio y el espacio que lo rodeaba en algo que se veía con urgente necesidad de la ayuda que brinda la Cruz Roja en casos de inundaciones severas. Los papeles estaban amontonados por todas partes. Los cajones estaban uno dentro de otro, formando una torre de Babel en el secante del escritorio de John. Se veía que estaban a punto de caerse en cualquier segundo. Y John, por lo común el más jovial de los oficiales de policía, tenia el rostro encendido y murmuraba palabrotas sin cesar.
-Te voy a lavar la boca con jabón, Johnny -dijo Alan sonriendo.
John se sobresaltó y se dio vuelta. Le respondió a Alan con otra sonrisa, una que era avergonzada y distraída a la vez.
-Lo siento, Alan, yo...
Alan se estaba moviendo. Cruzó el cuarto con la misma velocidad líquida y silenciosa que había sorprendido tanto a Polly Chalmers la noche del viernes. John LaPointe se quedó boquiabierto. Después, con el rabillo del ojo, vio el propósito de Alan: estaban empezando a caerse los dos cajones en la parte superior de la pila que había hecho.
Alan fue lo suficientemente rápido como para evitar un desastre total, pero no alcanzó a detener el primer cajón. Aterrizó sobre sus pies, esparciendo papeles, clips y montones de grapas sueltas por todas partes. Con las palmas de las manos, sostuvo los otros dos contra un costado del escritorio de John.
-¡Jesús santo! ¡Eso sí que es velocidad, Alan! -exclamó John.
-Gracias, John -dijo Alan con una sonrisa adolorida.Los cajones se estaban resbalando. No se lograba nada con empujarlos con más fuerza; sólo se empezaba a mover el escritorio. Le dolían las puntas de los pies-. Suelta todos los cumplidos que quieras, no faltaba más. Pero, mientras tanto, tal vez podrías hacer el favor de quitarme el maldito cajón de los pies.
-¡Oh! ¡Carajo! ¡Enseguida! ¡En seguida! -John se apresuró a hacerlo. En su ansiedad por recoger el cajón, tropezó con Alan. Alan perdió el leve sostén de los dos cajones que había detenido a tiempo. También aterrizaron sobre sus pies.
-¡Ouuch! -gritó Alan. Se agachó para agarrarse el pie derecho y decidió que le dolía más el izquierdo-. ¡Bastardo!
-¡Jesús santo, Alan, lo siento!
-¿Qué tienes ahí? -preguntó Alan, saltando con el pie izquierdo en la mano-. ¿La mitad de la cantera de Castle?
-Parece que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que los arreglé -John sonrió con aire de culpabilidad y empezó a meter de nuevo en los cajones los papeles y artículos de oficina, sin orden ni concierto. Su rostro, que podía considerarse atractivo, estaba escarlata llameante. Se había puesto de rodillas y, cuando giró para recoger los clips y las grapas que habían caído bajo el escritorio de Clut, derribó una alta pila de formas e informes que había amontonado en el piso. Ahora, el área de las celdas de la oficina del comisario empezaba a verse como una zona de tornado.
-¡Qué barbaridad! -dijo John.
-Qué barbaridad, en efecto -confirmó Alan, sentándose en el escritorio de Norris Ridgewick y tratando de darse un masaje en la punta de los pies a través de los pesados zapatos negros reglamentarios-. Barbaridad es el término correcto, John. Una descripción muy exacta de la situación. Esto sí que es una barbaridad, sin duda.
-Lo siento -se disculpó John de nuevo, y se arrastró sobre el estómago bajo el escritorio, barriendo hacia él los clips y grapas errantes con las manos. Alan no estaba seguro de si debía reírse o llorar. Mientras movía las manos, los pies de John se agitaban de un lado a otro, esparciendo los papeles por el piso extensa y uniformemente.
-¡John, sal de ahí! -gritó Alan. Estaba haciendo un esfuerzo por no reírse, pero ya sabía que era una causa perdida.
LaPointe se levantó bruscamente. Su cabeza repercutió con fuerza contra la cara inferior del escritorio. Y otra pila ,de papeles, una que se había colocado en franco desafío a la gravedad para hacer lugar para los cajones, se cayó de lado. La mayor parte se desplomó en el piso, pero varias docenas salieron volando de un lado a otro por el aire.
Se llevará todo el día para archivarlos, pensó Alan resignado. Tal vez toda la semana.
Ya no pudo aguantarse más. Echó la cabeza para atrás y estalló en carcajadas. Andy Clutterbuck, quien estaba en la oficina del despachador, se asomó a ver qué era lo que pasaba.
-¿Comisario? -preguntó-. ¿Está todo bien?
-Sí -dijo Alan. Luego miró los informes y formas esparcidos minuciosamente por el piso y empezó a reírse de nuevo-. John está haciendo un poco de trabajo de escritorio creativo, es todo.

John salió a gatas de debajo del escritorio y se puso de pie. Se veía como un hombre que desea intensamente que alguien le diga que se ponga en posición de firme o tal vez que se tire al suelo y haga cuarenta lagartijas. El frente de su uniforme, anteriormente inmaculado, estaba cubierto de polvo y, á pesar de que aún le era difícil mantenerse serio, Alan tomó nota mental: hacía mucho tiempo qué Eddie Warburton rió se ocupaba del pisó bajo esos escritorios en él área de las celdas. Después empezó a reírse de nuevo. No pudo evitarlo. Clut miraba intrigado dé John á Atan y después a John de nuevo.
-,Está bien -dijo Alan, ya recuperado el control-. ¿Qué estabas buscando John? ¿Él Santo Grial? ¿l Acorde Perdido? ¿Qué?
-Mi billetera -respondió John, sácudiéndose en vano él frente del uniforme-. No puedo encontrar mi maldita billetera.
-¿Revisaste tú auto?
-Ambos -dijo John. Recorrió disgustado con la mirada el asteroide de basura alrededor del escritorio-. La patrulla qué utilicé anoche y mí Pontiac. Pero, a veces, cuando estoy aquí, la guardó en un cajón del éscritorió porque me hace un promontorio contra el tráseró cuándo me siento. Así que estaba revisando...
-No te abultaría así el trasero si no guardarás toda tú condenada vida ahí; John -intervino Andy Clutterbuck, razonablemente.
-Clut -dijo Alan-, vete á jugar con el tráfico, ¿quieres?
-¿Éh?
Alan puso los ojos en blanco.
-Busca algo que hacer. Creo que John y yo podemos manejar este asunto; somos investigadores entrenados: Ya te lo haremos saber si resulta que no podemos.
-Oh, claro. Sólo trataba de ayudar: Yo he visto su cartera. 3e ve cómo si tuviera dentro toda la Biblioteca del Congreso. De hecho...
-Gracias por la información, Clut. Luego nos vemos.
Está bien -dijo Clut-. Siempre estoy dispuesto a cooperar. Hasta luego, caballeros.
Alan cercó los ojos unos segundos: lié nuevo tenía ganas dé reírse; pero sé controló. Por la triste. expresión de John era evidente que rió Id causaba mucha gracia. staba mortificado, pera eso saló eta una parte. Alan habla perdido una o dos billeteras en su vida; y conocía la jodida sensación qué se experimentaba. La pérdida del dinero que se llevaba en ella y el fastidió de reportar las tarjé tas de crédito desaparecidas ya era una molestia en si, y nonecesariamente la peor. No acabas de recordar las cosas qué habías guardado ahí, cosas qué podrían parecerle basura a otra persona; pero para ti eran irremplazables.
John estaba en cuclillas; dedicado a recoger los papeles, separarlos apilarlos con expresión dé desconsuelo. Alan lo ayudó.
-¿Realmente te lástimaste los pies, Alan?
-No. Ya conoces estos zápanos, es como llevar camiones Brinks en los pies; ¿Cuanto tenías en la billetera, Jóhn?
-No màs de veinte dólares, creo. Pero la semana pasarla saqué la licencia de caza y ahí la llevaba. Mi MasterCard, también. Tendré que llamar al banco y decirles que cancelen el número si no encuentro la maldita billetera. Pero lo que realmente quiero son las fotografías de papá y mamá, mis hermanas... ya sabes. Cosas como ésas.
Pero no era la fotografía de su padre y su madre ni las de sus hermanas las que le importaban a John; la verdaderamente lmportante era la fotografía de él y Sally Ratcliffe. Clut la había tornado en la Feria Estatal de Fryeburg cerca de tres meses antes de que Sally rompiera con John en favor de ese cerebro, de piedra de Lester Pratt.
-Bien -dijo Alan-, ya aparecerá. Es probable que te manden a casa la billetera y las fotografías, sin el dinero y el plástico, luego, John. Generalmente lo hacen. Ya lo sabes.
-Sí -suspiró John-. Es que.., maldita sea, trato de acordarme si la traía esta mañana cuando llegué al trabajo y no puedo.
-Bueno, espero que la encuentres. ¿Por qué no pones un aviso de PÉRDIDA en el tablero de boletines?
-Lo haré. Y pondré en orden todo esto.
-Sé que lo harás, John. Tómalo con calma.
Alan salió al lote de estacionamiento, moviendo la cabeza.
3
La campanilla de plata sobre la puerta de Casas Necesarias tintineó y Babs Miller, miembro de buena reputación del club de bridge de la calle Ash, entró con cierta timidez.
-¡Señora Miller! -le dio la bienvenida el señor Gaunt, consultando la hoja de papel que estaba junto a la caja registradora. Puso una pequeña señal en la hoja-. ¡Qué bien que haya venido! ¡Y justo a la hora! La caja de música es la que le interesar, ¿verdad?Es una hermosa pieza.
-Sí, quería hablar can usted acerca de ella -repuso Babs-. Supongo que ya se vendió -le era difícil imaginarse que río se hubiese vendida un artículo tan hermoso. Sentía que se le rompía un poco el

corazón ante la idea. Estaba segura de que sabía cuál debía ser la melodía que tocaba... la que el señor Gaunt afirmaba que no podía recordar. Una vez había bailado esa melodía en el Pavillion, en la playa Old Orchard, con el capitán del equipo de futbol, y esa misma noche, más tarde, le había. entregada Voluntariamente su virginidad bajo una maravillosa luna de mayo. El joven en cuestión le había proporcionado el primera y el último orgasmo de su vida y, mientras la recorría corno lumbre par las venas, esa melodía se retorcía en su cabeza como un alambre ardiente.
-No, aquí está -dijo el señor Gaunt. La sacó de la vitrina de cristal donde había estado oculta detrás de la cámara Polaroid y la colocó en la cubierta. El rostro de Babs Miller se iluminó al verla.
-Estoy segura de que vale más de lo que puedo gastar -se lamentó Babs-, de una sola vez, es decir, pero me gusta, realmente, señor Gaunt, y si hay la posibilidad de que pudiera pagarla a plazos... alguna posibilidad...
El señor Gaunt sonrió. Era una sonrisa exquisita, confortante.
-Creo que está preocupada sin necesidad -dijo-. Se va a sorprender con lo razonable que es el precio de esta hermosa caja de música, señora Miller. Se sorprenderá mucho. Siéntese. Hablemos al respecto.
Babs se sentó.
El señor Gaunt se acercó a ella.
Sus ojos capturaron los de ella.
La melodía empezó a sonar en su cabeza de nuevo.
Y estaba perdida.
4
-Ahora lo recuerdo -le dijo Jillian Mislaburskis a Alan-. Era el chico Rusk. Billy, creo que se llama. O Bruce, tal vez.
Estaban de pie en la sala de la señora Mislaburskis, en la cual predominaba la televisión Sony y un gigantesco Jesús crucificado de yeso que colgaba de la pared, detrás del aparato. En la pantalla estaba Oprah. A juzgar por la forma en que Jesús levantaba Sus ojos hacia la corona de espinas, Alan pensó que tal vez habría preferido Geraldo. O "Corte de divorcios". Alan había rehusado la taza de café que le ofreció la señora Mislaburskis.
-Brian -confirmó él.
-¡Eso es! -dijo-. ¡Brian!
Llevaba puesta la túnica verde, pero esta mañana había prescindido de la pañoleta roja. Unos rizos del tamaño de los cilindros de cartón que uno se encuentra en el centro de los rollos de papel higiénico resaltaban alrededor de su cabeza en una estrafalaria corona.
-¿Está segura, señora Mislaburskis?
-Sí. Esta mañana, cuando me levanté, recordé quién era. Su padre instaló el recubrimiento de aluminio en la casa hace dos años. El chico vino a ayudarlo un rato. Me pareció un chico agradable.
-¿Tiene alguna idea de qué pudo haber estado haciendo aquí?
-Dijo que quería preguntarles si lo contratarían para que les quitara la nieve de la entrada este invierno. Creo que fue eso. Afirmó que volvería más tarde, cuando no estuviesen peleando. El pobre chico se veía atemorizado, y no lo culpo -movió la cabeza. Los grandes rizos rebotaron suavemente-. Siento que haya muerto en esa forma... -Jill Mislaburskis bajó la voz en tono confidencial-. Pero me alegro por Pete. Nadie sabe lo que tuvo que soportar, casado con esa mujer. Nadie -miró significativamente a Jesús en la pared, y después a Alan de nuevo.
-Uh-huh -dijo Alan-. ¿Observó algo más, señora Mislaburskis? ¿Algo acerca de la casa o los ruidos o el chico?
Se puso un dedo en la nariz e inclinó la cabeza.
-Bien, no en realidad. El chico, Brian Rusk, llevaba una nevera en la canastilla de la bicicleta. Me acuerdo de eso, pero supongo que no es la clase de cosas...
-Uau -exclamó Alan, levantando la mano. Una luz brillante se encendió por unos instantes frente a su mente-. ¿Una nevera?
-Ya sabe, la clase que se lleva a los días de campo o a las fiestas al aire libre. La recuerde porqué era demasiado grande para la canastilla de la bicicleta. Iba toda torcida. Parecía que podía caerse.
-Gracias, señora Mislaburskis -dijo Alan en voz baja-. Se lo agradezco mucho.
-¿Significa algo? ¿Es un indicio?
-Oh, lo dudo -pera él se preguntaba lo mismo.
Me gustaría más la posibilidad de vandalismo si el chico tuviera dieciséis o diecisiete años, había dicho Henry Payton. Alan estaba de acuerdo... pero ya en ocasiones se había tropezado con vándalos de doce años, y se imaginaba qué se podría llevar un buen número de piedras en una de esas neveras.
De pronto, empezó a sentirse más interesado en la plática que tendría esa tarde con el joven Brian Rusk.
5
La campanilla de plata tintineó. Sonny Jacket entró en Cosas Necesarias, lentamente, con cautela, sobando con las manos la gorra de Sunoco, manchada con grasa. Su actitud era la de un hombre

que cree con toda sinceridad que va a romper muchos artículos caros, por mucho que se esfuerce por no hacerlo; el romper cosas, proclamaba su rostro, no era su deseo sino su karma.
-¡Señor Jackett! -exclamó Leland Gaunt con el acostumbrado tono de bienvenida y el acostumbrado vigor, y en seguida puso otra diminuta señal en la hoja junto a la caja registradora-. ¡Qué gusto que haya venido!
Sonny avanzó tres pasos más y después se detuvo, mirando con precaución desde las vitrinas al señor Gaunt.
-Bueno -dijo-. No vine a comprar nada. Quiero que lo sepa de una vez. El viejo Harry Samuels me dijo que usted quería que pasara por aquí esta mañana, si teníá la oportunidad. Dijo que usted tenía un juego de dados que no estaba mal. He estado buscando uno, pero esta tienda no es para gente como yo. Sólo quise mostrarle que tengo educación, señor.
-Bien, aprecio su honestidad -replicó el señor Gaunt-, pero está actuando precipitadamente, señor Jackett. Es un juego de dados muy útil, ajustable a doble medida.
-¿Oh, sí? -Sonny arqueó las cejas. Sabía que existían esas cosas, con las cuales era posible trabajar en autos extranjeros y nacionales con los mismo dados, pero nunca había visto esa herramienta-. ¿En verdad?
-Sí. Los guardé en el cuarto trasero, señor Jackett, tan pronto como supe que podrían interesarle. De otro modo, se hubiesen vendido casi de inmediato y quería que por lo menos los viese antes de venderle el juego a otra persona.
Sonny Jackett reaccionó a esto con el instantáneo recelo yanqui.
-Vaya, ¿y por qué hizo eso?
-Porque yo tengo un automóvil clásico y los autos clásicos necesitan reparaciones frecuentes. Me han dicho que usted es el mejor mecánico en este lado de Derry.
-Oh -Sonny se relajó-. Es posible que lo sea. ¿Qué usa para rodar?
-Un Tucker.
Las cejas de Sonny se dispararon hacia arriba y miró al señor Gaunt con un nuevo respeto.
-¡Un torpedo! ¡Imagínate eso!
-No. Tengo un Talismán.
-¿Un qué? Nunca supe que había un Tucker Talismán.
-Sólo se construyeron dos: el prototipo y el mío. Eso fue en 1953. Poco después, el señor Tucker se fue a Brasil, donde murió -el señor Gaunt sonrió un tanto nebulosamente-. Preston era un sujeto amable y un mago cuando se trataba de diseño de autos... pero no era hombre de negocios.
-No me diga.
-Sí -se aclaró la niebla en los ojos del señor Gaunt-. ¡Pero eso fue ayer, y hoy es hoy! Demos vuelta a la página, ¿eh, señor Jackett? Demos vuelta a la página, como siempre digo: ¡rostro al frente, marchemos alegremente hacia el futuro, y sin mirar nunca hacia atrás!
Sonny observaba al señor Gaunt por el rabillo del ojo con cierta inquietud y no dijo nada.
-Permítame mostrarle los dados.
Sonny no accedió de inmediato. En cambio, miró dudosamente los contenidos de las vitrinas de nuevo.
-No puedo darme el lujo de comprar nada que sea demasiado bonito. Tengo facturas pendientes de pago de un kilómetro de alto. A veces pienso que debería mandar el negocio al diablo y dejar que me mantenga el condado.
-Entiendo lo que quiere decir -dijo el señor Gaunt-. Yo creo que son esos malditos republicanos.
El rostro torcido y desconfiado de Sonny se relajó de inmediato.
-¡Tiene usted toda la razón en eso, cuate! -exclamó-. George Bush casi ha arruinado este país... ¡él y su maldita guerra! ¿Pero cree usted que los demócratas tengan a alguien que pueda ganarle el año que viene?
-Está dudoso -dijo el señor Gaunt.
-Jesse Jackson, por ejemplo... un negro mugroso.
Miró con expresión agresiva al señor Gaunt, quien inclinó ligeramente la cabeza, como si dijera: Sí, mi amigo, hable con franqueza. Ambos somos hombres de mundo que no tememos decirle al pan pan y al vino vino. Sonny Jackett se relajó un poco más, menos mortificado por la grasa en las manos, más en confianza.
-No tengo nada contra los negros, usted me entiende, pero la idea de un negroide en la Casa Blanca, ¡la Casa Blanca!, me da escalofríos.
-Por supuesto -coincidió el señor Gaunt.
-¡Y ese italiano de Nueva York, Mar-i-o Cu-ou-mol ¿Usted cree que ese sujeto con nombre como ése puede derrotar al inútil cuatro ojos que está en la Casa Blanca?
-No -dijo el señor Gaunt. Levantó la mano derecha, el largo dedo índice colocado a un centímetro del horrible pulgar en forma de espátula-. Además, desconfío de los hombres con cabezas diminutas.
Sonny se quedó boquiabierto, después se dio una palmada en la rodilla y soltó una ruidosa risotada.

-Desconfía de los hombres con cabezas diminutas... ¡Vaya! ¡Ésa sí que es buena, amigo! ¡Condenadamente buena!
El señor Gaunt estaba sonriendo.
Se sonrieron el uno al otro.
El señor Gaunt sacó el juego de dados, los cuales venían en un estuche de piel forrado con terciopelo negro, el juego más bonito en aleación de cromo y acero que había visto Sonny en toda su vida.
Se sonrieron por encuna de los dados, mostrando los dientes como monos a punto de pelear.
Y, por supuesto, Sonny compró el juego. El precio fue sorprendentemente bajo: ciento setenta dólares, más un par de bromas realmente divertidas que les gastaría a Don Hemphill y al reverendo Rose. Sonny le dijo al señor Gaunt que sería un placer, le encantaría que apestaran las vidas de esos hijos de puta republicanos dedicados a cantar salmos.
Sonrieron por la broma que se les gastaría a Willie Vapor y a Don Hemphill.
Sonny Jackett y Leland Gaunt: un par de hombres de mundo, sonrientes.
Y sobre la puerta, tintineó la campanilla de plata.
6
Henry Beaufort, propietario y operador de El Tigre Meloso, vivía en una casa aproximadamente a cuatrocientos metros de distancia de su negocio. Myra Evans estacionó su auto en el lote de estacionamiento de El Tigre, vacío ahora, en el cálido sol intempestivo de la mañana, y caminó hasta la casa. Ésta parecía una precaución razonable si se tomaba en cuenta la naturaleza del cometido que tenía en mente. No necesitaba haberse preocupado. El Tigre no cerraba hasta la una de la madrugada y Henry rara vez se levantaba antes de la misma hora en la tarde. Todas las persianas, tanto en la planta alta como en la baja, estaban cerradas. En la entrada, estaba el auto de Henry, un Thunderbird 1960 perfectamente cuidado, que era su orgullo y satisfacción.
Myra llevaba puestos unos pantalones de mezclilla y una de las camisas azules de trabajo de su marido. El faldón de la camisa le quedaba fuera de los pantalones y le colgaba cerca de las rodillas. Con esto, ocultaba el cinturón que llevaba debajo y la vaina sujeta al cinturón. Chuck Evans coleccionaba recuerdos de la segunda guerra mundial (y, aunque Myra no lo sabía, ya había realizado una compra relacionada con su afición en la nueva tienda del pueblo), y la vaina contenía una bayoneta japonesa. Myra la había tomado media hora antes de la pared del estudio de Chuck en el sótano. A cada paso, rebotaba sólidamente contra su muslo derecho.
Estaba ansiosa por terminar este trabajo, ya que deseaba regresar a la fotografía de Elvis. Había descubierto que cuando sostenía la fotografía, se producía una especie de historia. No era una historia real, pero en muchas formas, en todas las formas, en realidad, la consideraba mejor que una historia real. El Acto 1 era El Concierto, donde El Rey tiraba de ella al escenario para que bailara con él. El Acto II era La Habitación Verde Después del Espectáculo, y el Acto III, era En la Limo. Uno de los amigos de Elvis, de Memphis, conducía la limosina y El Rey ni siquiera se molestaba en cerrar el cristal negro entre el conductor y ellos antes de empezarle a hacer las cosas más desenfrenadas y deliciosas en el asiento trasero mientras se dirigían al aeropuerto.
El Acto IV se titulaba En el Avión. En este acto, estaban en el Lisa Marie; el jet Convair de Elvis... en la gran cama doble detrás de la división en la parte posterior de la cabina, para ser exactos. Ése era el acto que Myra había disfrutado ayer y esta mañana: el vuelo a treinta y dos mil pies en el Lisa Marie, el vuelo en la cama con El Rey. Estaba dispuesta a quedarse ahí con él para siempre, pero sabía que no lo haría. EL destino era el Acto V: Graceland. Una vez que llegaran ahí, todas las cosas serían aún mejores.
Pero primero tenía que ocuparse de este pequeño asunto.
Esta mañana, después de que se fue su marido, se había quedado en las cama, desnuda, excepto por el liguero (El Rey había sido muy claro en cuanto a su deseo de que Myra se lo dejara puesto)., la fotografía aferrada estrechamente en las manos, gimiendo y retorciéndose lentamente sobre las sábanas. Y en eso, de pronto, desapareció la cama doble. Desapareció el zumbido de los motores del Lisa Marie. Desapareció el aroma del English Leather de El Rey.
En lugar de todas estas cosas maravillosas, estaba el rostro del señor Gaunt .... sólo que no se veía igual que en la tienda. La piel del rostro estaba ampollada, abrasada por algún fabuloso calor secreto. Palpitaba y se distorsionaba, como si lucharan por salir algunas cosas bajo esa piel. Y cuando sonrió, los grandes dientes cuadrados se habían convertido en una doble fila de colmillos.
-Es hora Myra -había dicho el señor Gaunt.
-Quiero estar con Elvis -gimió Myra-. Lo haré, pero no ahora... por favor, ahora no.
-Sí, ahora mismo. Lo prometiste y vas a cumplir con tu promesa. Te arrepentirás si no lo haces, Myra.
Había oído un crujido quebradizo. Miró hacia abajo y vio con horror que una rajadura mellada hendía el cristal sobre el rostro de El Rey.
-¡No! -gritó-. ¡No haga eso!
-Yo no lo estoy haciendo -fue la respuesta del señor Gaunt, riéndose-. Tú lo provocas al comportarte como una golfa tonta y perezosa. Esto es Estados Unidos, Myra, donde sólo las

rameras hacen negocias en la cama. En Estados Unidos, las personas respetables .tienen que salir de la cama a ganarse las cosas que necesitan o las pierden para siempre. Creo que se te olvidó eso. Desde luego, me es fácil encontrar a otra persona para que le gaste esa pequeña broma al señor Beaufort, pero en lo que respecta a tu hermoso affaire du coeur con El Rey...

Otra rapadura recorrió como un relámpago de plata el cristal que cubría la fotografía. Y el rostro bajo ese cristal, observó Myra con horror creciente, envejecía y se arrugaba y deterioraba cuando penetraba el aire emponzoñado e iniciaba la tarea de destrucción.

-¡No! ¡Lo haré! ¡.;Lo haré ahora mismo! Ya me estoy le-vant«ndo, ¿lo ve? ¡Detenga eso! ¡DETÉNGALO!

Myra saltó al,piso -wn la, velocidad de una mujer que descubre que está compartiendo la cama con un nido de escorpiones.

-Cuando cumplas con tu, promesa Myra- dijo el señor Gaunt. Ahora hablaba desde un hueco profundamente, hundido en su mente-. Sabes lo. que tienes qué hacer, ¿verdad?

-¡Sí, lo sé! -Myra miró desesperada la fotografía: la imagen de un hombre viejo, enfermo, el rostro abotagado por años de excesos y desenfrenos. La mano que sostenía el micrófono era una garra de buitre.

-Cuando regreses con la misión cumplida -dijo el señor Gaunt-, ya estará bien la fotografía. No permitas que nadie te vea, Myra. Si alguien te descubre, no lo volverás a ver nunca.

-¡No me verán! -balbuceó-. ¡Se lo juro!

Y ahora, cuando llegaba a la casa de Henry Beaufort, recordó esa advertencia. Miró a su alrededor para asegurarse de que no venía nadie por la carretera. Estaba desierta en ambas direcciones. Un cuervo graznaba somnoliento en el campo estéril de octubre de alguien. No había ningún otro sonido. El día parecía latir como un ser vivo y la tierra yacía pasmada en el lento latido de su corazón anormalmente cálido.

Myra caminó por la entrada, subiéndose el faldón de la camisa azul para percatarse de la presencia de la vaina y la bayoneta. El sudor le corría, constante y picante, por el centro de la espalda y bajo el sostén. Aunque no lo sabía, y no lo habría creído si se lo hubiesen dicho, había alcanzado una momentánea belleza en la quietud rural. Al menos durante estos momentos, su rostro vago, impávido, había adquirido una expresión de profundo propósito y determinación que nunca antes había estado ahí. Por primera vez desde la secundaria, cuando había decidido que su misión en la vida era comerse todos los Yodel y Ding-Dong y Hoodsie Rocket en el mundo, sus pómulos destacaban claramente. Durante los últimos cuatro días, había estado demasiado ocupada en una relación sexual cada vez más sobrenatural con El Rey para ocuparse de la comida. El cabello, el cual generalmente le colgaba a los lados del rostro en mechones lacios, sin vida, estaba ahora atado en la parte de atrás de la cabeza en una pequeña cola de caballo bien apretada que mostraba su frente. Tal vez debido a la súbita sobredosis de hormonas y la igualmente súbita reducción en el consumo de azúcar después de años de sobredosis diarias, estaba desapareciendo la mayoría de los barros que le brotaban en el rostro, como volcanes en erupción, desde que tenía doce años. Aún más extraordinarios eran sus ojos: grandes, azules, casi salvajes. No eran los ojos de Myra Evans, sino los de alguna bestia de la selva que podría atacar con ferocidad en cualquier momento.

Llegó al auto de Henry. Ahora, algo se aproximaba por la ruta 117, una vieja y desvencijada camioneta de granja con dirección al pueblo. Myra se deslizó al frente del T-Bird y se puso en cuclillas detrás de la parrilla hasta que pasó la camioneta. Después, se enderezó de nuevo. Del bolsillo del pecho de la camisa sacó una hoja de papel doblada. La abrió, la alisó cuidadosamente y después la insertó bajo uno de los limpiadores del parabrisas, de modo que el breve mensaje escrito se viera con toda claridad.

¡NO VUELVAS A NEGARME UN TRAGO NI A ESCONDERME
LAS LLAVES D E MI AUTO, MALDITO SAPO!
decía.

Era hora de la bayoneta.

Dio otro rápido vistazo a su alrededor, pero lo único que se movía bajo la luz del sol en todo el mundo era un cuervo, tal vez el que había graznado antes. Agitó las alas hasta la punta de un poste de teléfonos situado directamente al otro lado de la carretera y pareció observarla.

Myra sacó la bayoneta, la apretó con fuerza con ambas manos, se agachó y la hundió hasta la empuñadura en el neumático, cara blanca, en el lado del conductor en el frente. Su rostro se restiró en una mueca, esperando un fuerte estallido, pero sólo se oyó un repentino ¡oooosh!, el sonido que haría un hombre fornido después de un puñetazo en el vientre. El T-Bird se inclinó apreciablemente hacia la izquierda. Myra extrajo la bayoneta, agrandando el agujero, agradecida de que a Chuck le gustara tener afilados sus juguetes.

Cuando terminó de cortar una sonrisa mellada de hule en el neumático que se desinflaba rápidamente, dio la vuelta hasta el lado del pasajero en el frente e hizo lo mismo. Aún estaba ansiosa por regresar a su fotografía, pero descubrió que se alegraba de haber venido, de todos modos. Esto resultaba estimulante. En realidad, la estaba excitando el imaginarse el rostro de Henry cuando viera lo que le había pasado a su precioso Thunderbird. Dios sabe por qué, pero

pensaba que cuando finalmente estuviese de nuevo a bordo del Lisa Marie, tendría uno o dos trucos nuevos que mostrarle a El Rey.
Se dirigió a los neumáticos traseros. Ahora la bayoneta ya no cortaba con tanta facilidad, pero Myra compensó el inconveniente con su propio entusiasmo, serrando con energía las paredes laterales de los neumáticos.
Una vez hecho el trabajo, cuando los cuatro neumáticos no sólo estaban pinchados, sino destruidos, Myra retrocedió unos pasos para revisar su obra. Respiraba agitada y se quitó el sudor de la frente con el brazo, en un gesto rápido, hombruno. Ahora, el Thunderbird de Henry Beaufort tenía cerca de quince centímetros menos de altura que cuando llegó Myra. Descansaba con las costosas radiales extendidas alrededor de las ruedas en arrugados charcos de hule. Y, acto seguido, aun cuando no se le había pedido que lo hiciera, Myra decidió añadirle el toque extra que es tan importante. Recorrió con la punta de la bayoneta todo un lado del auto, hendiendo la superficie perfectamente encerada con una larga raspadura dentada.
La bayoneta, al rozar el metal, produjo un chirrido de protesta y Myra volteó hacia la casa, segura, de pronto, de que Henry Beaufort tenía que haberlo oído, que de repente se alzaría la persiana de la ventana del dormitorio y la vería.
No ocurrió así, pero sabía que era hora de irse. Se había quedado más tiempo de lo que era prudente y, además, El Rey la esperaba en su propio dormitorio. Myra corrió por la entrada, guardando de nuevo la bayoneta en la vaina, para cubrirla de inmediato con el faldón de la camisa de Chuck. Pasó un auto antes de que estuviese de regreso en El Tigre Meloso, pero iba en dirección contraria, y asumiendo que el conductor no intentara comérsela con los ojos por el espejo retrovisor, no podría verle más que la espalda.
Subió a su auto, se arrancó la banda que le sujetaba el cabello, dejando que los rizos le cayeran alrededor del rostro en la acostumbrada forma suelta, y condujo de regreso al pueblo. Lo hizo con una sola mano. La otra tenía que atender ciertos asuntos debajo de la cintura. Entró a su casa y subió de dos en dos los escalones hasta la planta altas La fotografía estaba en la cama, donde la había dejado. Se quitó los zapatos y los pantalones, tomó la fotografía y saltó a la cama con ella. Habían desaparecido las rajaduras en el cristal; El Rey había recuperado la juventud y la belleza.
Lo mismo se podía decir de Myra Evans... al menos temporalmente.

7

Sobre la puerta, la campanilla de plata emitió su tonada cascabeleante.
-¡Hola, señora Potter! -exlamó alegremente Leland Gaunt. Puso otra marca diminuta en la hoja junto a la caja registradora-. Casi estaba convencido de que no vendría.
-Poco faltó para que no viniera -dijo Lenore Potter. Se veía preocupada, distraída. El cabello plateado, siempre arreglado a la perfección, lo llevaba sujeto en un rodete descuidado. Bajo el dobladillo de la fina falda de lana se asomaban tres centímetros de refajo, y sus ojos estaban rodeados por profundos círculos oscuros. Los ojos mismos estaban inquietos, disparándose de un lado a otro con expresión de sospecha, enojada y siniestra.
-Estaba usted interesada en el títere de Howdy Doody, ¿verdad? Creo que me comentó que tiene una bonita colección de juguetes...
-No considero que hoy esté en condiciones de ver cosas tan gratas, ¿sabe? -replicó Lenore. Era esposa del abogado más rico de Castle Rock y hablaba con tono terminante, cauteloso-. Mi estado de ánimo está profundamente afectado. Estoy pasando por un día magenta. ¡No sólo rojo, sino magenta!
El señor Gaunt dio la vuelta a la vitrina principal y se acercó a ella, con una expresión instantánea de interés y simpatía.
-Mi querida señora, ¿qué ha sucedido? ¡Se ve muy mal!
-¡Claro que me veo muy mal! -respondió con repentina brusquedad-. ¡Está perturbado el flujo normal de mi aura psíquica...! ¡Seriamente perturbado! ¡En vez de azul, el color de la calma y la serenidad, mi calava ha adquirido un tono magenta brillante! ¡Y la culpa la tiene la perra que vive al otro lado de la calle! ¡Esa perra maldita!
El señor Gaunt hizo unos gestos calmantes muy peculiares, los cuales nunca llegaron a tocar ninguna parte del cuerpo de Lenore.
-¿A cuál perra se refiere, señora Potter? -preguntó, aunque lo sabía perfectamente bien.
-¡Bonsaint, desde luego! ¡Bonsaint! ¡Esa mentirosa indecente de Stephanie Bonsaint! ¡Mi aura nunca había sido color magenta, señor Gaunt! ¡Rosa profundo, unas cuantas veces, sí, y en una ocasión, cuando casi me atropella un ebrio en Oxford, creo que se volvió roja por unos minutos, pero nunca había sido magenta! ¡No puedo vivir así, sencillamente!
-Por supuesto que no -la tranquilizó el señor Gaunt, con amabilidad-. Nadie podría esperar que lo hiciera, mi querida señora.
Los ojos del señor Gaunt capturaron al fin los de Lenore. No fue fácil, ya que la mirada de la señora Potter se precipitaba de un lado a otro en una forma distraída, divagada, pero lo logró. Y en ese momento, Lenore se calmó casi de inmediato y descubrió que mirar los ojos del señor Gaunt era casi como percibir su propia aura cuando había estado dedicada a realizar todos los ejercicios,

comer los alimentos adecuados (germinados de soya y tofu, mayormente) y conservar las superficies de su calava con una hora de meditación, por lo menos, cuando se levantaba en la mañana y otra hora antes de acostarse. Los ojos del señor Gaunt eran del azul claro y sereno de los cielos del desierto.
-Venga -dijo-. Aquí -la condujo a la corta fila de tres sillas de respaldo alto tapizadas con terciopelo donde se habían sentado tantos ciudadanos de Castle Rock la última semana. Y cuando se sentó, el señor Gaunt la invitó solícito-: Cuénteme todo.
-Siempre me ha odiado -dijo Lenore-. Siempre ha pensado que su marido no ha progresado en la Firma con la rapidez que ella quiere porque mi esposo lo ha impedido. Y que yo lo aliento a ello. Es una mujer con una mente muy reducida y un gran pecho y un aura gris sucio. Ya conoce el tipo.
-En efecto -respondió el señor Gaunt.
-¡Pero nunca supe la enormidad de su odio hasta esta mañana! -Lenore Potter empezaba a alterarse de nuevo, a pesar de la influencia tranquilizante del señor Gaunt-. ¡Cuando me levanté todos mis macizos de flores estaban arruinados! ¡Arruinados por completo! ¡Hoy se está muriendo todo lo que ayer era hermoso! ¡Ha sido asesinado todo lo que era apacible para el aura y nutritivo para la calava! ¡Esa ramera es la culpable! ¡Esa jodida RAMERA Bonsaint!
Las manos de Lenore se cerraron en puños, ocultando las uñas elegantemente manicuradas. Los puños tamborilearon sobre los brazos tallados del sillón.
-¡Crisantemos, geranios, jazmines, mimosas... esa miserable vino en la noche y las arrancó todas! ¡Las tiró por todas partes! ¿Sabe dónde están ahora mis berzas decorativas, señor Gaunt?
-No... ¿dónde? -le preguntó con ternura, mientras continuaba realizando esos ademanes acariciantes muy cerca del cuerpo de Lenore.
En realidad, tenía una idea muy aproximada del sitio donde estaban y sabía sin sombra de duda quién era la responsable del desastre que había destruido la calava: Melissa Clutterbuck. Lenore Potter no sospechaba de la esposa del asistente Clutterbuck debido a que no la conocía, ni Melissa Clutterbuck conocía a Lenore; sólo se daban los buenos días en la calle. Melissa no había actuado con malicia (excepto, por supuesto, pensaba el señor Gaunt, con el placer malicioso normal que cualquiera siente cuando destroza las posesiones muy preciadas de otra persona). Había arrancado los macizos de flores de Lenore Potter en pago parcial por un juego de porcelana Limoges. Si estudiabas el incidente con atención, se trataba de negocios, estrictamente. Divertido, sí, pensó el señor Gaunt, ¿pero quién dijo que los negocios siempre tenían que ser aburridos?
-¡Mis flores están en la calle! -gritó Lenore-. ¡En medio de Castle View! ¡No dejó nada! ¡Destruyó hasta las violetas africanas! ¡Todas! ¡Todas... destruidas!
-¿Usted la vio?
-¡No necesitaba haberla visto! Ella es la única que me odia lo suficiente para hacerme algo así. Y los macizos de flores están llenos de marcas de sus tacones altos. Juraría que esa golfa usa tacones altos hasta en la cama.
-¡Oh, señor Gaunt -gimió-,cada vez que cierro los ojos todo se vuelve púrpura! ¿Qué voy a hacer?
El señor Gaunt no respondió nada por un momento. Se limitó a mirarla, inmovilizándola con los ojos hasta que adoptó una actitud calmada y distante.
-¿Se siente mejor? -preguntó finalmente.
-¡Sí! -respondió Lenore, con voz tenue y aliviada-. Creo que puedo ver azul otra vez...
-Pero está demasiado alterada para pensar en compras.
-Sí...
-Si consideramos lo que le hizo esa perra.
-Sí...
-Tiene que pagarlo.
-Sí...
-Y lo pagará si intenta algo semejante de nuevo.
-¡Sí!
-Es posible que yo le pueda proporcionar justo lo que necesita. Espere unos instantes, señora Potter. Volveré en un santiamén. Mientras tanto, coloque su mente en pensamientos azules.
-Azules -aceptó con aspecto soñador.
Cuando regresó el señor Gaunt, puso en manos de Lenore una de las pistolas automáticas que Ace había traído de Cambridge. Estaba cargada y brillaba con un resplandor azul negro grasiento bajo los reflectores de la tienda.
Lenore levantó la pistola al nivel de los ojos. La miró con profundo placer y un alivio aún más profundo.
-Ahora bien, nunca animaría a nadie a que disparara sobre otra persona -dijo el señor Gaunt-. A menos que exista una buena razón, señora Potter. Pero usted parece ser una mujer que tendría una muy buena razón, señora Potter. En este caso no son las flores, ambos sabemos que eso no es lo importante. Las flores se pueden remplazar. Pero su karma... su calava... bueno, ¿qué más tenemos, cualquiera de nosotros, realmente? -rió en tono de desaprobación.

-Nada -coincidió Lenore y apuntó la automática hacia la pared-. Pom, pom, pom. Eso es para ti, golfa barata. Espero que tu marido termine como recolector de basura. Eso es lo que se merece. Es lo que ambos se merecen.
-¿Ve esta pequeña palanca, señora Potter? -el señor Gaunt se la señaló.
-Sí, la veo.
-Es el seguro. Si la perra intenta causarle más daños, debe quitarlo primero. ¿Me entiende?
-Oh, sí -dijo Lenore somnolienta-. Entiendo perfectamente.
Kaput.
-Nadie podrá culparla. Después de todo, una mujer debe proteger su propiedad. Una mujer tiene que proteger su karma. Es probable que no vuelva la criatura Bonsaint, pero si acaso...
La miró significativamente.
-Si lo hace, será la última vez -Lenore se llevó a los labios el corto cañón de la automática y lo besó con suavidad.
-Bien, ahora guárdela en su bolso -dijo el señor Gaunt- y váyase a casa. Caramba, con lo que sabemos, podría estar en su patio en este momento. De hecho, podría haber entrado a la casa misma.
Lenore .se vio alarmada ante esta posibilidad. A través del aura azul, empezaron a retorcerse y entrelazarse hilos delgados de púrpura siniestro. Se puso de pie y metió la pistola en el bolso. El señor Gaunt desvió la mirada y, en seguida, Lenore parpadeó con rapidez varias veces.
-Lo siento, pero en otra ocasión veré el títere de Howdy Doody, señor Gaunt. Creo que es preferible que me vaya a casa. En efecto, esa mujer Bonsaint podría estar en mi patio, aprovechando que yo estoy aquí. ¡Incluso podría estar dentro de mi casa!
-Qué idea tan terrible -dijo el señor Gaunt.
-Sí, la propiedad implica una responsabilidad... debe protegerse. Tenemos que enfrentar estas cosas, señor Gaunt. ¿Cuánto le debo por la... la.... -pero no pudo recordar qué era exactamente lo que le había vendido, aunque estaba segura de que lo .recordaría en unos instantes. Señaló su bolso distraída.
-No hay cargo para usted. Son la oferta del día. Considérelo como... -la sonrisa se amplió- ... corno un regalo por el placer de esta conversación.
-Gracias -dijo Lenore-. Ya me siento mucho mejor.
-Como siempre -musitó el señor -Gaunt con una ligera reverencia-, es un placer servir a mis clientes.

8

Norris Ridgewick no estaba pescando.
Norris Ridgewick estaba asomándose por la ventana del dormitorio de Hugh Priest.
Hugh Priest, extendido en la cama, roncaba hacia el techo. Sólo llevaba puestos un par de calzoncillos, manchados con orina. En las grandes y nudosas manos tenía aferrado un trozo de piel enmarañada. Norris no estaba seguro... las manos de Hugh eran muy grandes y el cristal estaba muy sucio... pero creía que era un viejo rabo de zorra, comido por la polilla. De cualquier forma, no importaba lo que fuese; lo importante era que Hugh estaba dormido.
Norris caminó de regreso al césped donde estaba estacionado su auto personal detrás del Buick de Hugh en la entrada. Abrió la puerta del pasajero y se inclinó hacia adentro. La cesta para pesca estaba en el piso. La caña Bazun en el asiento trasero; se sentía mejor, más seguro, si la llevaba consigo.
Aún no la había usado. La razón era muy sencilla: le daba miedo usarla. El día anterior la había llevado al lago Castle, armada y lista... y justo antes de lanzarla por primera vez, con la caña recargada sobre el hombro, lo invadió el temor.
¿Qué pasaría, pensó, si mordía el anzuelo un pez realmente grande? ¿Smokey, por ejemplo?
Smokey era una vieja trucha café, una leyenda entre los pescadores de Castle Rock. Se decía que medía más de sesenta centímetros, conocía más trucos que una comadreja, era fuerte coma una ardilla y resistente como un clavo. Según los pescadores veteranos, la mandíbula de Smokey relucía con el acero de los anzuelos que la habían enganchado... pero no habían podido retenerla.
¿ Y si le arrebataba la caña?
Le parecía absurdo creer que una trucha de lago, incluso una tan grande como Smokey (si realmente existía Smokey), pudiese arrebatarle la caña Bazun, pero Norris suponía que era posible... y con lo torcida que había estado su suerte últimamente no era difícil que sucediera. En su imaginación podía oír el frágil tirón, podía sentir la agonía de ver la caña en dos pedazos, uno de ellos en el fondo del bote y el otro flotando junto a él. Y una vez que se rompía una caña, la situación era desesperada... no había nada que hacer, excepto tirarla.
Así que, después de todo, había terminada usando la vieja Zebco. Esa noche no hubo pescado para la cena... pero había soñado con el señor Gaunt. En el sueño, el señor Gaunt llevaba botas altas de goma hasta la cadera y un viejo sombrero de fieltro con anzuelos de plumas bailando airosamente en el ala. Estaba sentado en un bote de remos a unos diez metros de la orilla del lago Castle mientras Norris permanecía de pie, detrás de él, en la playa occidental, junto a la vieja cabaña de su

padre, la cual se había incendiado diez años antes. Ahí estaba, quieto, y escuchaba lo que decía el señor Gaunt. El señor Gaunt le había recordado a Norris su promesa y Norris había despertado con una sensación de certidumbre absoluta: ayer había actuado con acierto al utilizar la vieja Zebco en vez de la Bazun. La caña Bazun era demasiado bonita, demasiado. En realidad, sería criminal usarla.
Ahora Norris abrió la cesta. Sacó un largo cuchillo para limpiar peces y se acercó al Buick de Hugh.
Nadie se lo merecía más que este patán borrachín, se dijo a sí mismo, pero algo dentro de él no estuvo de acuerdo. Algo en su interior le decía que estaba cometiendo un error ominoso y lamentable, del cual era probable que nunca se recuperara. Era un policía; parte de su tarea consistía en detener a las personas que hacían el tipo de cosa que él se proponía. Era vandalismo, a eso se reducía exactamente, y los vándalos eran delincuentes.
Decide tú, Norris. La voz del señor Gaunt habló de repente en su mente. Es tu caga de pescar. Y es el derecho de libre albedrío que Dios te ha dado. Puedes elegir. Siempre puedes elegir, Pero...
La voz en la cabeza de Norris Rídgewick no terminó la frase. Norris sabía cuáles serian las consecuencias sí tomaba la decisión contraria. Cuando volviese al auto, encontraría la Bazun rota en dos partes, ya que toda elección tenía consecuencias. En .Estados Unidos, podías hacer lo que quisieras, siempre y cuando lo pagaras. Si no podías pagar, o te negabas, siempre estarías desposeído.
Además, él me lo haría a mí, pensó Norris malhumorado. Y ni siquiera por una caña de pescar tan bonita como mi Bazun. Hugh Priest le cortaría el cuello a su propia madre por una botella de Old Duke y un paquete de Luckies.
Así rebatía el sentimiento de culpa. Así ahogaba cualquier protesta en su interior, cualquier intento de decirle que lo pensara antes de hacerlo, que lo pensara, por favor. Se agachó y empezó a acuchillar los neumáticos del Buick de Hugh. Su entusiasmo, igual que el de Myra Evans, se iba intensificando. Como atracción adicional, destrozó los faros y las luces traseras. Terminó colocando una nota que decía:
UNA MERA ADVERTENCIA. LA PRÓXIMA VEZ
TE ATRAPARE HUBERT. PATEASTE MI ROCK-OLA
POR ÚLTIMA VEZ. ¡N0 TE ACERQUES A MI BAR!
bajo el limpiador del parabrisas en el lado del pasajero.
Una vez terminada la tarea, se deslizó de regreso a la ventana del dormitorio, el corazón martilleando con fuerza en el angosto pecho. Hugh Priest seguía profundamente dormido, aferrando esa espantosa y raída tira de piel.
¿Quién, en nombre de Dios, querría una cosa vieja y sucia como ésa?, se preguntó Norris. La sostiene como si fuese un jodido osito de peluche.
Volvió a su auto. Se subió, colocó la palanca de velocidades en neutral y dejó que el viejo sedán rodara silenciosamente por la entrada. No encendió el motor hasta que llegó a la carretera. Después se alejó a la mayor velocidad posible. Le dolía la cabeza. En el vientre, el estómago se retorcía de modo horrible. Y seguía diciéndose a sí mismo que no importaba; se sentía bien, se sentía muy bien, maldita sea, se sentía realmente bien.
Pero esto no funcionó hasta que pasó la mano entre los asientos y agarró la caña, flexible y esbelta, en el puño izquierdo. Sólo entonces empezó a sentirse tranquilo de nuevo.
Norris llevó la caña en la mano todo el camino.
9
La campanilla de plata tintineó.
Slopey Dodd entró en Cosas Necesarias.
-Hola, Slopey -saludó el señor Gaunt.
-Ho-ho-hola, señor Ga-ga-gaunt...
-No es necesario que tartamudees cuando estás conmigo, Slopey -dijo el señor Gaunt. Levantó una mano con los dos primeros dedos extendidos y abiertos. Los bajó por el aire frente al cándido rostro de Slopey y éste sintió que se disolvía mágicamente una maraña enredada y anudada en su mente. Se quedó con la boca abierta.
-¿Qué me hizo? -preguntó perplejo. Las palabras fluían perfectamente de su boca, como cuentas en un cordón.
-Un truco que, sin duda, le encantaría aprender a la señorita Ratcliffe -respondió el señor Gaunt. Sonrió y puso una marca junto al nombre de Slopey en la hoja de papel. Miró al reloj del abuelo que emitía satisfecho su tic-tac en un rincón. Faltaban quince minutos para la una-. Dime qué hiciste para salir temprano de la escuela. ¿Nadie sospechó nada?
-No -la expresión de Slopey todavía era de sorpresa y parecía que trataba de mirarse la boca, como si pudiese ver las palabras que salían de ella en ese orden sin precedente-. Le dije a la señora DéWeese que me dolía el estómago. Me envió con la enfermera de la escuela. Le dije a la enfermera que aunque ya estaba mejor todavía me sentía enfermo. Me preguntó si creía que podría caminar

hasta mi casa. Le contesté que sí y me dio permiso para irme -Slopey hizo una pausa-. Vine porque me quedé dormido en el salón de estudio. Soñé que usted me llamaba.
-En efecto -el señor Gaunt se colocó los extraños dedos del mismo tamaño bajo la barbilla, y sonrió al chico-. Dime... ¿le gustó a tu madre la tetera que le compraste?
Un sonrojo se extendió por las mejillas de Slopey, dándoles el color de un ladrillo antiguo. Empezó a decir algo, después renunció y decidió que era mejor que se inspeccionara los pies.
Con la voz más suave y amable, el señor Gaunt dijo:
-Te la quedaste tú, ¿verdad?
Slopey asintió, con la vista aún en sus pies. Se sentía avergonzado y confundido. Y lo peor de todo, tenía una terrible sensación de pérdida y pesar: de algún modo, el señor Gaunt había desbaratado ese fastidioso e irritante nudo en su cabeza... ¿y para qué había servido? Estaba demasiado mortificado para hablar.
-¿Quieres decirme, por favor, para qué quiere un chico de doce años una tetera de peltre?
El mechón de cabello de Slopey que unos momentos antes había saltado de arriba abajo ahora se agitaba de lado a lado mientras sacudía la cabeza. Ignoraba para qué quería una tetera un chico de doce años. Sólo sabía que había querido guardársela. Le gustaba. Le gustaba... realmente.
-... siente -murmuró por fin.
-¿Perdón? -preguntó el señor Gaunt, levantando la única ceja ondulante.
-¡Dije que me gusta la forma en que se siente!
-Slopey, Slopey -dijo el señor Gaunt, mientras daba la vuelta al mostrador-, no tienes que darme explicaciones. Conozco todo lo relacionado con esa peculiar sensación que la gente llama "orgullo de posesión". Es la piedra angular de mi carrera.
Slopey se alejó encogido y alarmado del señor Gaunt.
-¡No me toque! ¡Por favor, no me toque!
-Slopey, no tengo intención de tocarte, así como no tengo intención de decirte que le des a tu madre la tetera. Es tuya. Puedes hacer lo que quieras con ella. De hecho, aplaudo tu decisión de quedártela.
-¿De verdad?
-¡Así es, en efecto! Las personas egoístas siempre son más felices. Lo creo dé todo corazón. Pero Slopey...
Slopey levantó un poco la cabeza y miró temeroso a Leland Gaunt a través del flequillo colgante de su rojo cabello.
-Ya llegó la hora de que termines de pagármela.
-¡Oh! -una expresión de intenso alivio apareció en el rostro de Slopey-, ¿Es esa todo lo que quería de mí? Pensaba que tal vez... -pero no pudo o no se atrevió a terminar. No había estado seguro de qué podría haber querido el señor Gaunt.
-Sí. ¿Recuerdas a quién me prometiste hacerle una travesura?
-Claro. Al entrenador Pratt.
-Correcto. La travesura contiene dos partes: tienes que colocar algo en un sitio y además darle un recado al entrenador Pratt. Y si sigues mis instrucciónes al pie de la letra, la tetera será tuya para siempre.
¿Podré hablar así, también? -preguntó ansioso Slopey-. ¿Podré seguir hablando sin tartamudear para siempre?
El señor Gaunt suspiró con tristeza.
-Me temo que Volverás a tu anterior condición tan pronto como salgas de mi tienda, Slopey. Creo que tengo un dispositivo antitartámudeo en existencia, pero...
-¡Por favor! ¡Por favor, señor Gaunt! ¡Haré cualquier cosa! ¡Le haré cualquier cosa á cualquiera! ¡Odio el tartamudeo!
-Sé que lo harías, pero ése es justo el problema. Las travesuras que es necesario hacer se me están agotando rápidamente; mi carnet de baile está casi lleno, por así decirlo. Y entonces no podrías pagarme.
Slopey titubeó un buen rato antes de hablar de nuevo. Cuando lo hizo, su voz era baja y tímida.
-¿No podría... quiero decir, usted nunca... regala las cosas, señor Gaunt?
La expresión de Leland Gaunt era de profundo pesar.
-¡Oh Slopey! ¡Cuántas veces he pensado en eso y con cuánto anhelo! En mi corazón hay un pozo de caridad sin explotar. Pero...
-¿Pero?
-No sería negocio -terminó el señor Gaunt. Favoreció a Slopey con una sonrisa compasiva... pero sus ojos, brillaban como los de un lobo, y Slopey retrocedió un paso-. Entiendes, ¿verdad?
-¡Um... sí! ¡Claro!
-Además -prosiguió el señor Gaunt-, las próximas horas son cruciales para mí. Una vez que empiezan a rodar las cosas, es difícil detenerlas... pero por ahora la prudencia debe ser mi consigna. Si dejaras de tartamudear de repente, se originarían preguntas. Ése sería un gran

inconveniente. El comisario ya está haciendo preguntas que no le conciernen -su rostro se oscureció por un momento y luego surgió de nuevo la sonrisa fea,
encantadora, apretada-.
Pero me propongo ocuparme de él, Slopey. Ah, sí.
-¿Se refiere al comisario Pangborn?
-Sí... me refiero al comisario Pangborn -el señor Gaunt levantó los primeros dos dedos y de nuevo los descendió delante del rostro de Slopey Dodd, desde la frente hasta la barbilla-. Pero nunca hemos hablado acerca de él, ¿verdad?
-Exactamente.
Leland Gaunt llevaba hoy una chaqueta de gamuza gris oscuro, y de uno de los bolsillos sacó una billetera de piel negra. Se la tendió a Slopey, quien la tomó con tiento, con cuidado de no tocar los dedos del señor Gaunt.
-Conoces el auto del entrenador Pratt, ¿verdad?
-¿El Mustang? Seguro.
-Pon esto en el auto. Debajo del asiento del pasajero, procurando que sobresalga una punta. Vete a la preparatoria ahora mismo; necesitas estar ahí antes de la última campanada. ¿Entiendes?
-Sí.
-Después, esperas a que salga. Y cuando lo veas...
El señor Gaunt siguió hablando en un murmullo bajo y Slopey lo miró, con la mandíbula floja, los ojos confusos, asintiendo de vez en cuando.
Slopey Dodd salió unos minutos más tarde con la billetera de John LaPointe escondida bajo la camisa.
Dieciséis
1
Nettie yacía en un sencillo ataúd gris que había pagado Polly Chalmers. Alan le pidió que le permitiera compartir el gasto y ella se negó en esa forma simple. pero definitiva, que Alan ya conocía, respetaba y aceptaba. El féretro se sostenía en rieles de acero sobre un lote cn el cementerio Homeland, cerca del área donde estaban enterrados los parientes de Polly. EL montón de tierra junto a él estaba cubierto con una alfombra de imitación de césped, verde brillante, el cual resplandecía febrilmente bajo la cálida luz del sol. Ese césped artificial siempre le producía a Alan un estremecimiento. Le parecía obsceno,horrible. Le gustaba aún menos que la práctica de algunas agencias mortuorias que primero maquillaban los cadáveres y después los vestían con sus mejores ropas, de modo que daban la impresión -de que su destino era una importante reunión de negocios en Boston, en vez de una larga temporada de descomposición entre raíces y gusanos.
El reverendo Tom Killingworth, el ministro metodista que oficiaba servicios dos veces a la semana en Juniper Hill y había conocido bien a Nettie Cobb, celebró el servicio a solicitud de Polly. La homilía fue breve, pero cálida, llena de referencias a la Nettie Cobb que había conocido este hombre, una mujer, quien, con lentitud y un ,gran valor, había estado saliendo de las sombras de la demencia, una mujer que había tomado la temeraria decisión de intentar una nueva vida en un mundo que la había lastimado tanto.
-Cuando yo era pequeño -dijo Tom Killingworth-, mi madre tenía una placa con un hermoso provervio irlandés en su cuarto de costura que decía: "Quiera Dios que llegues al cielo media hora antes de que el demonio se entere de que has muerto" . Nettie Cobb tuvo una Vida muy dura ;un vida triste ,en muchas formas., pero a pesar de eso ,yo no creo que el demonio y ella hayan tenido mucho que ver ,el uno con la otra. No obstante su muerte, terrible y prematura., mi corazón cree que se ha ido al cielo y que aún no se entera el demonio-Killingworth levantó los brazos en la señal tradicional de bendición-. Oremos.
Desde el otro extremo de la colina, donde se estaba enterrando a Wilma Jerzyck al mismo tiempo, llegaba el sonido de muchas voces que subían y bajaban en respuesta al padre John Brigham. En ese lugar, los autos se alineaban desde el sitio de la tumba hasta la puerta oriente del cementerio; sus propietarios estaban presentes por Peter Jerzyck, el vivo, no por su esposa muerta. Aquí sólo había cinco dolientes: Polly, Alan, Rosalie Drake, el viejo Lenny Partridge (quien iba a todos los funerales por principio general, siempre y cuando no se estuviese enterrando a uno de los miembros del ejército del Papa) y Norris Ridgewick. Norris se veía pálido y distraído. No deben haber picado los peces, pensó Alan.
-Que el Señor los bendiga y conserve el recuerdo de Nettie Cobb fresco y tierno en sus corazones -dijo Killingworth y, junto a Alan, Polly empezó a llorar de nuevo. Alan colocó un brazo alrededor de ella y Polly se acercó a él, agradecida, buscando con su mano la de él para entrelazarla estrechamente-. Que el Señor levante Su rostro hacia los vuestros; que derrame Su gracia sobre vosotros; que alegre vuestras almas y os dé la paz. Amén.
Hoy hacía más calor que el Día de Colón, y cuando Alan levantó la cabeza rebotaron en sus ojos brillantes dardos de luz que surgían de los rieles del ataúd. Con la mano libre se limpió la frente, donde había brotado un sólido sudor de verano. Polly hurgó en su bolso en busca de un Kleenex nuevo y con él se secó el llanto de los ojos.

-¿Estás bien, cariño? -preguntó Alan.
-Sí... pero tengo que llorar por ella, Alan. Pobre Nettie. Pobre Nettie. ¿Por qué sucedió esto? ¿Por qué? -y empezó a sollozar de nuevo.
Alan, quien se preguntaba exactamente lo mismo, la tomó en sus brazos. Por encima del hombro de Polly vio que Norris se alejaba hacia el sitio donde estaban agrupados los autos que pertenecían a los dolientes de Nettie, y le dio la impresión de un hombre que no sabe a dónde va o que no está completamente despierto. Alan frunció el ceño. En eso, Rosalie Drake se acercó a Norris, le dijo algo y Norris la abrazó.
Alan pensó: Él también la conocía, está triste, eso es todo. Estás saltando ante la mar de sombras en estos días,- tal vez la verdadera pregunta sea: ¿Qué es lo que pasa contigo?
Killingworth se aproximaba a ellos y Polly se volvía para darle las gracias, controlándose a sí misma. Killingworth extendió las manos. Alan observó sorprendido la forma tan natural en que Polly permitía que las grandes manos del ministro oprimieran la suya. No recordaba haber visto nunca que Polly ofreciera ninguna de sus manos con tanta libertad y tan irreflexivamente.
No está un poco mejor; está MUCHO mejor. ¿Qué diablos sucedió?
En el otro lado de la colina, la voz nasal y un tanto irritante del padre John Brigham proclamaba:
-La paz sea con vosotros.
-Y con tu espíritu -respondieron los dolientes en masse.
Alan miró el sencillo ataúd gris junto al horrible parche de césped verde artificial y pensó: La paz sea contigo, Nettie. Ahora y por fin, que la paz sea contigo.
2
Mientras terminaban. los dos funerales en Homeland, Eddie Warburton se estacionaba frente a la casa de Polly. Salió de su auto, no un bonito auto nuevo como el que había arruinado ese bastardo cara pálida de la Sunoco, sino un transporte nada más, y miró con cautela en ambas direcciones. Parecía que todo estaba bien; la calle estaba adormilada en lo que podía haber sido una tarde a principios de agosto.
Eddie caminó apresurado por la entrada de la casa de Polly, mientras sacaba de la camisa un sobre de apariencia oficial. Diez minutos antes, lo había llamado el señor Gaunt para avisarle que era hora de que terminara de pagar la medalla, y aquí estaba... desde luego. El señor Gaunt era la clase de sujeto que cuando decía rana, saltabas.
Eddie subió los tres escalones hasta el pórtico de Polly. Una cálida racha de brisa agitó las campanillas sobre la puerta, haciéndolas tintinear levemente. Era el sonido más civilizado que se podía imaginar, pero de todos modos Eddie se sobresaltó. Volvió a dar un vistazo a su alrededor, no vio a nadie, y miró el sobre. Estaba dirigido a "Sra. Patricia Chalmers", ¡muy elegantoso! Eddie no tenía la menor idea de que el verdadero nombre de Polly era Patricia, ni le interesaba. Su tarea consistía en gastarle esta pequeña broma y después salir volando.
Dejó caer el sobre en la ranura del buzón. El sobre revoloteó y cayó sobre la demás correspondencia: dos catálogos y un folleto de televisión por cable. No era más que un sobre tamaño comercial con el nombre y la dirección de Polly centrados bajo la estampilla impresa en el extremo superior derecho y la dirección del remitente en el extremo izquierdo:
Departamento de Asistencia Infantil
Calle Geary 666
San Francisco, California 94112
3
-¿Qué fue? -preguntó Alan, mientras Polly y él descendían lentamente la colina hacia la camioneta de Alan. Había esperado cruzar por lo menos una palabra con Norris, pero éste ya se había subido a su Volkswagen y se había marchado. De regreso al lago para un poco más de pesca antes de que se metiera el sol, probablemente.
Polly lo miró, los ojos todavía rojos y demasiado pálida, pero con una leve sonrisa.
-¿De qué hablas?
-De tus manos. ¿Qué fue lo que las alivió tanto? Parece cosa de magia.
-Sí -dijo Polly, y extendió las manos ante ella, con los dedos abiertos, para que ambos pudiesen verlas-. ¿Increíble, verdad? -la sonrisa era más natural ahora.
Los dedos aún estaban torcidos, curvos, y las articulaciones abultadas, pero la severa inflamación que se le veía el viernes pasado casi había desaparecido por completo.
-Vamos, damita, cuéntame.
-No estoy segura de que quiero decírtelo -dijo-. En realidad, me siento un poco avergonzada.
Se detuvieron y se despidieron con un ademán de Rosalie, cuando ésta se alejó conduciendo su viejo Toyota azul.
-Vamos -dijo Alan-. Confiesa.
-Bueno, creo que fue una cuestión de encontrar por fin al doctor adecuado -un ligero color aparecía en sus mejillas.
-¿Quién es?
-El doctor Gaunt -respondió con una pequeña risa nerviosa-. El doctor Leland Gaunt.

-¿Gaunt? -Alan la miró sorprendido-. ¿Qué tiene él que ver con tus manos?
-Llévame hasta su tienda y te lo diré en el camino.
4
Cinco minutos más tarde (una de las cosas más agradables de vivir en Castle Rock, pensaba Alan algunas veces, era que casi todo estaba a cinco minutos de distancia), se deslizó en uno de los espacios oblicuos frente a Cosas Necesarias. En el escaparate, estaba un letrero, uno que Alan ya había visto antes.
MARTES Y JUEVES SÓLO CON PREVIA CITA
De repente se le ocurrió a Alan, quien no había pensado en esta característica de la nueva tienda hasta ahora, que el hecho de que estuviese cerrada excepto "previa cita" era una forma muy extraña de manejar un negocio en un pueblo pequeño.
-¿Alan? -preguntó Polly, titubeante-. Te ves enojado.
-No estoy enojado -dijo-. ¿Qué razón hay para que me enoje? La verdad es que no sé cómo me siento. Me imagino... -soltó una risa breve, sacudió la cabeza y empezó de nuevo-. Me imagino que soy lo que Todd acostumbraba llamar un "aguafiestas". ¿Remedios de brujo? No parece propio de ti, Pol.
Los labios de Polly se apretaron al instante y en sus ojos había una señal de advertencia cuando se volvió a mirarlo.
-"Brujo" no es la palabra que yo habría usado. Las brujerías son para los ignorantes y... los discos de oración en los anuncios en la contraportada de Inside View. Si un remedio funciona, "brujería" es un término muy inadecuado, Alan. ¿Crees que estoy equivocada?
Alan abrió la boca, no estaba seguro de lo que se proponía decirle, pero ella prosiguió sin esperar la respuesta.
-Mira esto -Polly extendió las manos bajo el resplandor del sol que se filtraba por el parabrisas y abrió y cerró varias veces las manos, sin ningún esfuerzo.
-De acuerdo. Fue incorrecta la elección de palabras. Lo que...
-Sí, así lo considero. MuÍ-y poco adecuada.
-Lo siento.
Polly se dio una vuelta casi completa para mirarlo de frente, sentándose en la forma en que Annie se sentaba con mucha frecuencia, en el que había sido el auto de la familia. ¿Por qué no he cambiado esta cosa todavía?, se preguntó Alan. ¿Qué me pasa... estoy loco?
Polly colocó las manos suavemente sobre las de Alan.
-Oh, siento que esto se está volviendo muy incómodo, nosotros nunca discutimos y no vamos á empezar ahora. Hoy enterré a una buena compañera. No pienso pelearme con mi pareja también.
Una lenta sonrisa iluminó el rostro de Alan.
-¿Eso es 1o que soy? ¿Tu pareja?
-Bueno... eres mi amigo. ¿Puedo decir eso al menos?
Alan la abrazó, un poco asombrado de lo cerca que habían estado de decirse palabras ásperas mutuamente. Y no porque ella se sintiera peor, sino porque se sentía mejor.
-Mi cielo, puedes decir lo que quieras. Te quiero mucho.
-Y no vamos a pelear, cualquiera qué sea el motivo.
Alan asintió solemnemente.
-Cualquiera que sea el motivo.
-Yo también te amo, Atan.
Alan la besó en la mejilla y la soltó.
-Déjame ver esa cosa ascán que te dio.
-No es un ascán, es un azka. Y no me lo dio, me lo prestó para que lo probara. Por eso estoy aquí... para comprarlo. Ya te lo dije. Sólo espero que no quiera la luna y las estrellas por él.
Alan miró el letrero en el escaparate y la persiana cerrada sobre la puerta. Pensó: Me temo que eso es precisamente lo que va a querer, cariño.
No le agradaba nada de esto. Durante el funeral, le había resultado difícil apartar los ojos de las manos de Polly; la había observado mientras manipulaba sin ningún esfuerzo el broche de su bolso, hurgaba en el bolso en busca de un Kleenex y después cerraba de nuevo el broche con las puntas de los dedos, en vez de darle torpemente la vuelta, para hacerlo con los pulgares, lo que, por lo general, le era menos doloroso. Sabía que estaban mejor sus manos, pero esta historia acerca de un amuleto mágico, y a eso se llegaba si se le llamaba por su nombre, lo ponía extremadamente nervioso. Apestaba a fraude.
MARTES Y JUEVES SÓLO CON PREVIA CITA
No, aparte de unos cuantos restaurantes elegantes como Maurice, nunca había visto un negocio que tuviese horarios por previa cita desde que había llegado a Maine. Y nueve de cada diez veces, podías entrar directamente y conseguir una mesa en el Maurice... excepto en el verano, desde luego, cuando proliferaban los turistas.
SÓLO CON PREVIA CITA

No obstante, él había visto (con el rabillo del ojo, por así decirlo) gente que entraba y salía durante toda la semana. No en multitudes, tal vez, pero era evidente que la forma en que el señor Gaunt dirigía su negocio, aunque fuese extraña, no lo perjudicaba en lo más mínimo. A veces, los clientes llegaban en pequeños grupos, pero, con más frecuencia, era una sola persona... o eso le parecía ahora a Alan, al recorrer en la memoria lo que había visto la semana anterior. ¿Y no es así como trabajan los timadores? Te separan de la manada, te quedas solo con ellos, te hacen sentir cómodo y luego te muestran cómo podrías adquirir el Túnel Lincoln, únicamente por esta vez, a un precio muy bajo.
-¿Atan? -Polly le golpeó suavemente la frente con los nudillos-. Alan, ¿estás ahí?
Alan se volvió a mirarla con una sonrisa.
-Aquí estoy, Polly.
Para el funeral de Nettie, Polly se había puesto un jumper azul marino, con una corbata de lazo que hacía juego. Mientras Alan estaba inmerso en sus pensamientos, se había quitado la corbata y desabotonado diestramente los dos botones superiores de la blusa blanca.
-¡Más! -exclamó Alan con una sonrisa maliciosa-. ¡Fuera ropa! ¡Fuera ropa!
-Basta -dijo Polly en tono remilgado, pero con una sonrisa-. Estamos a mitad de la calle Main y son las dos treinta de la tarde. Además, acabamos de asistir a un funeral, en caso de que lo hayas olvidado.
Alan se sobresaltó.
-¿Ya es tan tarde?
-Si se le puede llamar tarde a las dos treinta, entonces sí es tarde -le dio un golpecito con el dedo en la muñeca-. ¿Nunca ves esa cosa que llevas ahí sujeta?
Ahora la miró y vio que las dos cuarenta estaban más cerca que las dos treinta. La escuela de enseñanza media terminaba a las tres en punto. Si quería estar ahí antes de que saliera Brian Rusk, debía marcharse de inmediato.
-Déjame ver tu chuchería.
Polly tomó la delgada cadena de plata que le colgaba en el cuello y sacó el pequeño objeto de plata. Lo sostuvo en la palma de la mano... y la cerró cuando Alan se acercó para tocarlo.
-Um... no sé si se supone que puedas tocarlo -estaba sonriendo, pero era evidente que el movimiento de Alan la había incomodado-. Se podrían alterar las vibraciones o algo así.
-Oh, vamos Polly -repuso Alan, enojado.
-Mira, pongamos algo en claro, ¿sí? ¿Quieres? -el enojo había vuelto a su voz. Trataba de controlarlo, pero ahí estaba-. Para ti es fácil tomar esto a la ligera. Tú no eres quien tiene botones de doble tamaño en el teléfono o la dosis de Percodán de doble tamaño.
-¡Oye, Polly! Eso es...
-Ningún oye Polly -en sus mejillas habían aparecido brillantes parches de color. Parte de su enojo, reflexionaría más tarde, surgía de una fuente muy sencilla: el domingo se había sentido exactamente como Alan se sentía hoy. Desde entonces, algo había cambiado en su mentalidad, y no le era fácil manejar ese cambio-. Esta cosa funciona. Sé que es una locura, pero funciona. El domingo en la mañana, cuando Nettie fue a verme, estaba en agonía. Empezaba a pensar que una doble amputación seria la verdadera solución para todos mis problemas. El dolor era tan terrible, Alan, que le di vueltas a la idea con una sensación que casi era de sorpresa. Algo así como: "¡Oh, sí... amputación! ¿Por qué no había pensado en eso antes? ¡Es tan obvio!" Ahora, dos días después, sólo tengo lo que el doctor Van Allen llama "dolor fugitivo", e incluso ése parece que se me está pasando. Recuerdo que hace un año estuve una semana a dieta de arroz blanco, porque se suponía que eso ayudaría. ¿Es esto tan diferente?
El enojo se había desvanecido de su voz mientras hablaba y ahora lo miraba casi suplicante.
-No lo sé, Polly. Realmente no lo sé.
Polly había abierto la mano y ahora sostenía el azka entre el índice y el pulgar. Atan se inclinó para mirarlo, pero está vez no hizo ningún intento por tocarlo. Era un pequeño objeto de plata, no completamente redondo. Unos diminutos agujeros, no más grandes que los puntos negros que forman las fotografías del papel prensa, adornaban la mitad inferior. Brillaba suavemente bajo la luz del sol.
Y mientras Alan lo miraba, sintió que lo invadía una poderosa sensación irracional: no le gustaba. No le gustaba en lo absoluto. Resistió un breve e intenso impulso de arrancarlo del cuello de PoIly y tirarlo por la ventanilla abierta.
¡Sí! ; Muy buena idea! ;Hazlo y ya estards recogiendo los dientes en tu regazo!
-Algunas veces se siente como si algo se moviera en el interior -dijo Polly-. Como un frijol saltarín mexicano o una cosa semejante. ¿No es una tontería?
-No lo sé.
Alan observó mientras guardaba el amuleto bajo su blusa con una fuerte sensación de recelo... pero una vez que estuvo fuera de la vista y sus dedos, los dedos indudablemente flexibles, volvieron a abotonar la blusa, empezó a desvanecerse la sensación. Lo que no se disipó fue su creciente

sospecha de que el señor Leland Gaunt estaba engañando a la mujer que amaba... y si ése era el caso, ella no sería la única.
-¿Has pensado que podría ser otra cosa? -ahora se movía con la delicadeza de un hombre que usa piedras resbaladizas para cruzar un arroyo con una fuerte corriente-. Has tenido remisiones antes, ya lo sabes.
-Por supuesto que lo sé -dijo Polly al borde de la paciencia-. Son mis manos.
-Polly, sólo trato...
-Sabía que era probable que reaccionaras en la forma en que lo estas haciendo, Alan. El hecho es muy sencillo: conozco cómo se siente la remisión artrítica y, hermano, esto es distinto. Durante los últimos cinco o seis años, he tenido temporadas en que me he sentido bien, pero nunca tan bien ni durante la mejor de ellas. Esto es diferente. Esto es como... -hizo una pausa, pensó y después hizo un gesto de frustración en el que intervinieron las manos y los hombros, principalmente-. Esto es como estar bien de nuevo. No espero que comprendas exactamente lo que quiero decir, pero no se me ocurre una manera mejor para expresarlo.
Alan asintió, con el ceño fruncido. Entendía lo que le decía y entendía también lo que quena decir. Tal vez el azka había liberado algún poder curativo latente en su propia mente. ¿Sería posible, a pesar de que la enfermedad en cuestión no era de origen psicosomático? Los Rosacruces pensaban que este tipo de curación sucedía muy a menudo. En ese caso, lo mismo era aplicable a los millones de personas que compraron el libro de L. Ron Hubbard sobre Dianética. É1 mismo lo sabía; lo único que podía afirmar con certeza era que nunca había visto que un ciego recuperara la vista o que una persona herida dejara de sangrar con el simple poder de la concentración.
Lo que sí sabía era esto: algo le olía mal en la situación. Algo
le olía mal como un pescado muerto que se ha pasado tres días en el sol.
-No le demos más vueltas a este asunto tan molesto -dijo Polly-. Me está agotando el tratar de no enojarme contigo. Entra conmigo. Habla tú mismo con el señor Gaunt. Ya es hora de que lo conozcas, de cualquier modo. Es posible que él te pueda expli
car mejor las cualidades del amuleto... y sus deficiencias.
Alan miró el reloj de nuevo. Faltaban catorce minutos para las tres. Por un breve momento, pensó en hacer lo que le sugería Polly y dejar a Brian Rusk para más tarde. Pero le parecía más conveniente abordar al chico cuando saliera de la escuela, mientras estuviese apartado de su casa. Conseguiría mejores respuestas si hablaba con él lejos de su madre, quien se pegaría a ellos como una leona que protege a su cachorro y los interrumpiría, o tal vez le diría a su hijo que no contestara, incluso. Sí, ése era el punto álgido: si resultaba que su hijo tenía algo que ocultar o si la señora Rusk lo pensaba siquiera, le podría ser difícil, si no es que imposible, obtener la información que necesitaba.
Aquí tenía un probable artista del fraude; en Brian Rusk podría tener la clave para esclarecer un doble homicidio.
-No puedo, cariño -dijo-. Tal vez un poco más tarde. Debo ir a la escuela de enseñanza media a hablar con una persona, y debo hacerlo cuanto antes.
-¿Es acerca de Nettie?
-Acerca de Wilma Jerzyck... pero si mi corazonada es cierta, Nettie también entra en esto, sí. Ya te contaré después si es que descubro algún hecho importante. Mientras tanto, ¿harías algo por mí?
-¡Alan, lo voy a comprar! ¡No son tus manos!
-No, sé que lo comprarás. Sólo quiero que le pagues con cheque. No hay razón para que se niegue a aceptarlo; es decir, si es un hombre de negocios respetable. Tú vives en el pueblo y tu banco está al otro lado de la calle. Pero si surgiera algo raro, cuentas con unos días para detener el pago.
-Entiendo -dijo Polly. Su voz era calmada, pero Alan se dio cuenta con una sensación de que todo se iba a pique, de que había pisado mal en una de las piedras resbaladizas y que había caído de bruces en el arroyo-. Piensas que es un estafador, ¿verdad, Alan? Piensas que le sacará el dinero a la ingenua damita, levantará su tienda de campaña y se perderá en la noche.
-No lo sé -respondió Alan, sin alterarse-. Lo que sé es que sólo lleva una semana en el pueblo y creo que un cheque es una precaución razonable.
Sí, estaba siendo razonable. Polly lo reconocía. Ese mismo sentido común, esa racionalidad porfiada frente a lo que a ella le parecía una auténtica cura milagrosa, era lo que originaba su enojo. Reprimió el impulso de chasquearle los dedos en la cara y gritarle: ¿VES esto, Alan? ¿Estás CIEGO? El hecho de que Alan tuviese razón, que el señor Gaunt no se opondría a aceptar un cheque, si en verdad era honesto, la enojaba aún más.
Ten cuidado, le susurró una voz. Ten cuidado, no te precipites, piensa bien lo que vas a decir. Recuerda que amas a este hombre.
Pero le respondió otra voz, una voz más fría, una que apenas reconocía como la propia: ¿Lo amo? ¿Lo amo realmente?
-Está bien -accedió con los labios apretados, y se deslizó por el asiento, alejándose de él-. Gracias por cuidar mis intereses, Alan. A veces se me olvida lo mucho que necesito que alguien lo haga. Me aseguraré de darle un cheque.

-Polly...
-No, Alan. No hablemos más. Ya no puedo seguir enojándome contigo -abrió la portezuela y bajó del auto con un ágil movimiento. Se le subió el jumper, revelando momentáneamente un hermoso tramo de muslo.
Alan hizo el intento de bajar por su lado, con el deseo de alcanzarla, hablar con ella, suavizar la situación, hacerle ver que sólo había expresado sus dudas porque le interesaba todo lo relacionado con ella. En eso, vio el reloj de nuevo. Faltaban nueve minutos para las tres. Aunque se diera mucha prisa, podría perder la oportunidad de ver a Brian Rusk.
-Te hablaré en la noche -le gritó por la ventanilla.
-Muy bien -dijo Polly-. No se te olvide, Alan -caminó directamente bajo el toldo sin volver la cabeza. Antes de poner la camioneta en reversa y retroceder a la calle, Alan escuchó el tintineo de una pequeña campanilla de plata.
5
-¡Señora Chalmers! -exclamó alegremente el señor Gaunt, y puso una pequeña marca en la hoja junto a la caja registradora. Ya se acercaba al final; el nombre de Polly era el penúltimo.
-Por favor... dígame Polly.
-Perdón -la sonrisa se amplió-. Polly.
Polly también sonrió, pero la sonrisa era forzada. Ahora que estaba aquí, sentía un agudo pesar por el enojo con que se había despedido de Alan. De repente se dio cuenta de que pugnaba porque no se le saliesen las lágrimas.
-¿Señora Chalmers? ¿Polly? ¿Se siente mal? -el señor Gaunt dio la vuelta al mostrador-. Se ve un poco pálida -el rostro se le veía surcado por un genuino interés.
-Éste es el hombre que Alan cree que es un estafador, pensó Polly. Si pudiese verlo ahora...
-Creo que es el sol -dijo con una voz no del todo ecuánime-. Hace mucho calor en la calle.
-Pero aquí está fresco -replicó con dulzura-. Venga, Polly.Siéntese.
La condujo, con la mano cerca, pero sin tocar la parte de atrás de la cintura de Polly, hasta una de las sillas de terciopelo rojo. Polly se sentó, con las rodillas juntas.
-Por casualidad, me asomé por el escaparate -dijo Gaunt, sentándose en una silla junto a ella, con las manos cruzadas en el regazo-. Tuve la impresión de que usted y el comisario estaban discutiendo.
-No es nada -respondió Polly, pero una gran lágrima brotó de la comisura de su ojo izquierdo y rodó por la mejilla en contradicción silenciosa.
-Por el contrario -dijo Gaunt-. Tiene una gran importancia.
Polly lo miró sorprendida... y los ojos castaños del señor Gaunt capturaron los suyos. ¿Eran castaños antes? No se acordaba, no con certeza. Todo lo que supo fue que mientras los miraba se empezaba a disipar todo lo desagradable del día: el funeral de la pobre Nettie, la estúpida pelea que había tenido con Alan.
-¿La... la tiene?
-Polly -habló suavemente-, creo que todo va a salir bien. Si confía en mí. ¿Sí? ¿Confía en mí?
-Sí -respondió Polly, aunque algo en su interior, algo lejano y débil, le reiteró una advertencia-. Confío en usted con todo mi corazón... no importa lo que diga Alan.
-Eso está muy bien -dijo el señor Gaunt. Tomó una de las manos de Polly. El rostro de Polly se arrugó molesto durante un momento y después se relajó en su anterior expresión vacía y soñadora-. Eso está muy bien. Y su amigo el comisario no necesitaba preocuparse, ¿sabe?; un cheque personal suyo es tan bueno como el oro para mí.
6
Alan se dio cuenta de que llegaría tarde a menos que encendiera la torreta y la colocara en el techo. No quería hacerlo. Prefería que Brian Rusk no viese un vehículo de la policía; sería más conveniente abordarlo con una camioneta un poco descuidada, parecida a la que probablemente conducía su padre.
Era demasiado tarde para estar en la escuela antes de que salieran todos los estudiantes. Alan se estacionó en el cruce de las calle Main y School. Era lógico que Brian tomara este camino en el regreso a casa; sólo esperaba que la lógica funcionara en algún aspecto de los sucesos de este día.
Alan se bajó, se recargó contra la defensa de la camioneta y buscó en el bolsillo una barra de goma de mascar. Le estaba quitando la envoltura cuando oyó la campana de las tres en punto en la escuela de enseñanza media, somnolienta y distante en el aire cálido.
Decidió hablar con el señor Leland Gaunt de Akron, Ohio, en cuanto terminara con Brian Rusk, con cita previa o sin ella... y, de pronto, cambió de parecer. Primero llamaría a la oficina del Procurador General en Augusta, para pedirles que verificaran el nombre de Gaunt en el archivo de estafadores. Si no encontraban nada, podrían enviar el nombre a la computadora de la Oficina Federal para la Observancia de la Ley en Washington; esta oficina, en opinión de Alan, era una de las pocas cosas buenas que había hecho la administración de Nixon.
Los primeros chicos venían ahora por la calle, gritando, brincando, riendo. Súbitamente, le llegó una idea a Alan y abrió la portezuela del lado del conductor de la camioneta. Se estiró por el

asiento, abrió la guantera y hurgó entre todas las chucherías en el interior. La lata de nueces para bromas de Todd cayó al piso mientras lo hacía.
Alan estaba a punto de darse por vencido cuando encontró lo que quería. Lo tomó, cerró la guantera y salió del auto. Sostenía un pequeño sobre de cartón con un engomado que decía:
Truco de la Flor Plegada
Cía. de Trucos Màgicos Blackstone
Calle Grerr 19
Paterson, N. J.
De este paquete, Alan sacó un cuadrado más pequeño aún: un grueso bloc de papel de seda multicolor. Lo deslizó debajo de la correa de su reloj. Todos los magos tienen una serie de "pozos de escamoteo" en sus personas y en sus ropas, y cada uno tiene su pozo favorito. El de Alan era debajo de la correa del reloj.
Una vez acomodadas las famosas Flores Plegadas, Alan siguió en espera de Brian Rusk. Vio a un chico en bicicleta, zigzagueando a toda velocidad entre los diminutos transeúntes, y de inmediato se puso alerta. Después vio que era uno de los mellizos Hanlon y se permitió relajarse de nuevo.
-Baja la velocidad o te pongo una multa -gruñó Alan cuando el chico pasó cerca de él. Jay Hanlon lo miró, sobresaltado, y .:así se estrella contra un árbol. Prosiguió pedaleando a un ritmo más moderado.
Alan lo observó, divertido; después se volvió en dirección de la escuela y reanudó la espera de Brian Rusk.
7
Sally Ratcliffe subió las escaleras desde su pequeño salón de terapia
lingüística hasta el primer piso de la escuela de enseñanza media, cinco minutos después de la campanada de las tres, y caminó por el vestíbulo principal hasta la oficina. El vestíbulo se estaba desalojando rápidamente, como ocurría siempre los días en que el clima estaba despejado y cálido. En el exterior, los grupos de chicos atravesaban ruidosos el césped hasta la calle, donde los autobuses No. 2 y No. 3 los aguardaban adormilados. Los tacones bajos de Sally sonaban y repiqueteaban. En su mano, sostenía un sobre de papel manita. El nombre en el sobre, Frank Jewett, estaba vuelto hacia su pecho suavemente redondeado.
Se detuvo en el salón 6, a una puerta de distancia de la oficina, y se asomó a través del vidrio reforzado. Dentro del salón, el señor Jewett estaba hablando con la media docena de profesores que participaban en el entrenamiento de los deportes de otoño e invierno.
Frank Jewett era un hombrecillo gordinflón que siempre le recordaba a Sally al señor Paz, el director en las historietas de Archíe. Los lentes se le resbalaban continuamente por la nariz, igual que al señor Paz.
A su derecha estaba sentada Atice Tanner, la secretaria de la escuela. Parecía que estaba tomando notas.
El señor Jewett miró a su izquierda, vio a Sally en la ventana y le brindó una de sus sonrisas remilgadas. Sally levantó una mano en saludo y se obligó a devolver la sonrisa. Recordaba los días en que el sonreír era la cosa más natural para ella; después de la oración, el sonreír había sido lo más natural del mundo.
Algunos de los otros profesores levantaron la vista para ver a quién miraba su temerario líder. Lo mismo hizo Atice Tanner. Atice agitó los dedos con coquetería, sonriendo a Sally con dulzura de sacarina.
Lo saben, pensó Sally. Cada uno de ellos sabe que Lester y yo somos historia. Irene se portó tan dulce conmigo anoche... tan comprensiva... y tan deseosa de enterarse de todos los detalles. Esa pequeña arpía.
Sally también agitó los dedos, sintiendo que su propia sonrisa coqueta, y completamente falsa, le estiraba los labios. Espero que te atropelle un camión de la basura en el regreso a casa, bruja hipócrita, pensó, y siguió su camino, los discretos tacones bajos resonando y repiqueteando.
Cuando el señor Gaunt la llamó durante su hora libre y le dijo que era hora de que terminara de pagar la maravillosa astilla, Sally reaccionó con entusiasmo y una especie de placer amargo. Sentía que la "pequeña broma" que había prometido gastarle al señor Jewett era mezquina y, en cuanto a ella, eso no era problema. Hoy se sentía mezquina.
Puso la mano en la puerta de la oficina... y se detuvo.
¿Qué te pasa?, se preguntó de repente. Tienes la astilla... la maravillosa astilla sagrada, que contiene una visión maravillosa y sagrada. ¿No se supone que cosas como ésa hacen que una persona se sienta mejor? ¿Más tranquila? ¿Más en contacto con Dios, el Padre Todopoderoso? Tú no te sientes más tranquila ni en contacto con nadie. Te sientes como si alguien te hubiese llenado la cabeza con alambre de púas.
-Sí, pero no es mi culpa ni es culpa de la astilla -murmuró Sally-, es culpa de Lester. Del señor Lester Pito-Grande Pratt.
Una niña pequeña, con gafas y pesadas bandas en los dientes se volvió del cartelón del Pep Club que había estado estudiando y miró a Sally con curiosidad.

-¿Qué estás viendo, Irvina? -le preguntó Sally.
Irvina pestañeó.
-Nada, señorita Rat-Cliff.
-Entonces vete a mirar a otra parte -le respondió Sally con aspereza-. Ya se acabaron las clases.
Irvina caminó apresurada por el vestíbulo, lanzando una que otra mirada desconfiada hacia atrás.
Sally abrió la puerta y entró a la oficina. Había encontrado el sobre que llevaba justo donde el señor Gaunt le dijo que estaría, detrás de los botes de basura fuera de la puerta de la cafetería. Ella misma había escrito el nombre del señor Jewett.
Dio otra mirada rápida sobre el hombro para asegurarse de que no venía la golfa de Alice Tanner. Luego abrió la puerta de la oficina interior, atravesó a toda prisa la habitación y colocó el sobre de papel manila sobre el escritorio de Frank Jewett. Ahora sólo faltaba una cosa.
Abrió el cajón superior del escritorio y sacó un par de tijeras pesadas. Se agachó y tiró del cajón inferior de la izquierda. Estaba cerrado con llave. El señor Gaunt le había dicho que probablemente ése sería el caso. Sally miró hacia la oficina exterior, vio que seguía vacía y que aún estaba cerrada la puerta que daba al vestíbulo. Muy bien. Estupendo. Introdujo las puntas de las tijeras en la ranura en la parte superior del cajón cerrado y apalancó con fuerza. La madera se astilló y Sally sintió que los pezones se le endurecían de modo extraño y agradable. Esto era divertido. Espeluznante, pero divertido.
Volvió a introducir las tijeras, las puntas llegaron más lejos esta vez, y ejerció presión de nuevo. La cerradura saltó y el cajón se abrió, deslizándose por las guías, y reveló lo que tenía adentro. Sally se quedó boquiabierta con la sorpresa. Luego, empezó a reírse, una risa sofocada, jadeante, que se acercaba más a un grito que a una risa.
-¡Oh, señor Jewett! ¡Qué chico tan picarón es usted!
En el cajón había una pila de revistas de tamaño compendio y Chico Picarón era, de hecho, el nombre de la que estaba encima de todas. La imagen borrosa en la portada mostraba a un chico como de nueve años. Llevaba un casco de motociclista al estilo de los años cincuenta y nada más.
Sally metió las manos en el cajón y sacó las revistas, había cerca de una docena, tal vez más. Happy Kids. Nude Cuties. Blowing in the Wind. Bobby's Farm World. Hojeó una de ellas y apenas pudo creer lo que veía. ¿De dónde salían cosas como éstas? Era seguro que no las vendían en la farmacia ni siquiera en el anaquel superior que mencionaba algunas veces el reverendo Rose en la iglesia, el que tenía un letrero que decía SÓLO PARA MAYORES DE 18 AÑOS, POR FAVOR.
De-pronto escuchó en su cabeza una voz que conocía muy bien.
Date prisa, Sally. Ya van a terminar la junta y no querrás que te atrapen aquí, ¿verdad?
Y había otra voz también, la voz de una mujer, una que Sally casi podía identificar. Esa segunda voz se escuchaba como cuando se habla por teléfono con alguien y en el fondo del otro extremo de la línea se oye a otra persona.
Más que justo, dijo la segunda voz. Parece divino.
Sally ignoró esa voz e hizo lo que el señor Gaunt le dijo que hiciera: esparció las revistas pornográficas por toda la oficina del señor Jewett. Después guardó las tijeras y salió rápidamente, cerrando la puerta tras ella. Abrió la puerta de la oficina exterior y se asomó. No había nadie... pero ahora se oían voces más altas en el Salón 6 y algunas risas. Se estaban preparando para irse; había sido una junta más breve de lo acostumbrado.
¡Gracias a Dios por el señor Gaunt!, pensó, y se deslizó al vestíbulo. Cuando oyó que salían los asistentes a la junta del salón 6, casi había llegado a las puertas del frente. Sally no miró a su alrededor. Se le ocurrió que no había pensado en el señor Lester Pito-Grande Pratt en los últimos cinco minutos, y eso era muy bueno. Pensó que se iría a casa, se prepararía un agradable baño de burbujas y se metería en él con la maravillosa astilla y pasaría las siguientes dos horas sin pensar en el señor Lester Gran-Pito Pratt, ¡y qué espléndido cambio sería eso! ¡Sí, sin duda! ¡Sí, sin...!
¿Qué fue lo que hiciste? ¿Qué había en el sobre? ¿Quién lo puso ahí, fuera de la cafetería? ¿Cuándo? Y lo más importante de todo, Sally, ¿qué estás empezando?
Permaneció quieta durante un momento, sintiendo que se le formaban pequeñas cuentas de sudor en la frente y en las sienes. Sus ojos se veían grandes y sobresaltados, como los de una liebre atemorizada. Después se estrecharon y empezó a caminar de nuevo. Llevaba puestos unos pantalones sueltos y rozaban en su entrepierna en una forma peculiarmente agradable que la hacía acordarse de las frecuentes sesiones de besuqueos con Lester.
No me importa lo que hice, pensó. De hecho, espero que sea algo realmente mezquino. Se merece una mala pasada, con ese parecido al señor Paz, pero con esas horribles revistas. Espero que se ahogue cuando entre a su oficina.
-Sí, espero que se joda con un ahogo -susurró. Era la primera vez en su vida que había dicho la palabra con "j" en voz alta y sus pezones se apretaron y hormiguearon de nuevo. Sally empezó a caminar más aprisa, pensando en forma vaga que tal vez habría algo más que podría hacer en la bañera. Súbitamente le parecía que ella tenía una o dos necesidades propias. No estaba segura de cómo satisfacerlas exactamente... pero se imaginaba que encontraría el modo.
El Señor, después de todo, ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

8

-¿Le parece un precio justo? -le preguntó a Polly el señor Gaunt. Polly empezó a responderle y, en eso, se quedó callada. De pronto, pareció que se desviaba la atención del señor Gaunt; contemplaba el espacio y sus labios se movían en silencio, como en oración.

-¿Señor Gaunt?

Gaunt se sobresaltó levemente. Sus ojos volvieron a Polly y sonrió.

-Perdóneme, Polly. Mi mente divaga en ocasiones.

-El precio me parece más que justo -le dijo Polly-. Me parece divino -sacó la chequera del bolso y empezó a escribir. De vez en cuando se preguntaba vagamente qué hacía aquí, y en eso los ojos del señor Gaunt llamaban a los suyos. Cuando miraba hacia arriba y encontraba la mirada del señor Gaunt, se disipaban de nuevo las dudas y las interrogantes.

El cheque que le entregó era por la cantidad de cuarenta y seis dólares. El señor Gaunt lo dobló con cuidado y lo guardó en el bolsillo de la solapa de la chaqueta deportiva.

-No se le olvide llenar el talón -dijo el señor Gaunt-. No dudo que quiera verlo su amigo el fisgón.

-Va a venir a visitarlo -comentó Polly, haciendo exactamente lo que le había sugerido Gaunt-. Cree que usted es un timador.

-Tiene muchos pensamientos y muchos planes - dijo el señor Gaunt-, pero van a cambiar sus planes y el viento se llevará sus pensamientos, como a la niebla en la mañana. No dude de lo que le digo.

-No... no le causará ningún daño, ¿verdad?

-¿Yo? Es usted muy injusta conmigo, Patricia Chalmers. Yo soy un pacifista... uno de los más grandes pacifistas del mundo. No levantaría una mano contra nuestro comisario. Lo único que quiero decir es que esta tarde tendrá que ocuparse de algunos asuntos al otro lado del puente. Todavía no lo sabe, pero así es.

-Oh.

-Bien, ¿Polly?

-¿Sí?

-El cheque no representa el pago total por el azka.

-¿No?

-No -tenía en las manos un sobre blanco. Polly no tenía idea de dónde había salido, pero eso parecía perfectamente normal-. A fin de que termine de pagar el amuleto, Polly, tendrá que ayudarme a gastarle una broma a una persona.

-¿Alan? -de pronto estaba tan alarmada como un conejo silvestre que percibe olor a fuego en una cálida tarde de verano-. ¿Se refiere a Alan?

-No, ciertamente -respondió-. No sería ético pedirle que le gastara una broma a alguien que conoce, y menos a alguien a quien cree que ama, mi querida señora.

-¿No lo sería?

-No... aunque creo que debería reflexionar cuidadosamente acerca de su relación con el comisario, Polly. Podría descubrir que todo se reduce a una elección muy sencilla: un poco de dolor ahora, para evitarse un dolor muy profundo más tarde. En otras palabras, los que se casan con precipitación viven para arrepentirse lentamente.

-No le entiendo.

-Ya sé que no. Pero me comprenderá mejor, Polly, después de que revise su correspondencia. Verá que no soy el único que ha atraído su nariz desdeñosa y fisgona. Por ahora, hablemos de la pequeña travesura que quiero que haga. El blanco de esta broma es un sujeto que contraté recientemente. Su nombre es Merrill.

-¿Ace Merril?

La sonrisa se desvaneció.

-No me interrumpa, Polly. Nunca me interrumpa cuando estoy hablando, a menos que quiera que se le hinchen las manos como sondas llenas con gas venenoso.

Polly retrocedió, los ojos somnolientos, soñadores, muy abiertos.

-Lo... lo siento.

-De acuerdo. Acepto su disculpa... por esta vez. Ahora, escúcheme. Escúcheme con mucha atención.

9

Frank Jewett y Brion McGinley, el profesor de geografía y entrenador de baloncesto de la escuela de enseñanza media, salieron del salón 6 y entraron a la oficina exterior detrás de Alice Tanner. Frank estaba sonriendo y le contaba a Brion un chiste que le había dicho un vendedor de libros de texto, ese mismo día, más temprano. Se trataba de un doctor a quien le era difícil diagnosticar la enfermedad de una mujer. Se había restringido a dos posibilidades, SIDA o Alzheimer, pero no podía llegar más lejos.

-Así que el sujeto se lleva al doctor a un lado -prosiguió Frank mientras entraba a la oficina exterior. Alice estaba inclinada sobre el escritorio, hojeando una pequeña pila de mensajes, y Frank bajó la voz. Alice podía ser muy intolerante cuando se trataba de chistes aunque fuese un poco subidos de color.

-¿Sí? -Brion también empezaba a sonreír.

-Sí. El hombre está muy preocupado. Dice: "Caramba, Doc... ¿no hay algo más que pueda hacer? ¿No hay una forma en que podamos saber qué es lo que tiene?"
Alice seleccionó dos de las formas rosas de mensajes y se dirigió a la oficina interior. Llegó al umbral y se detuvo súbitamente, como si hubiese tropezado con una pared de piedra invisible. No se dio cuenta de esto ninguno de los dos sujetos blancos, de pueblo pequeño, de mediana edad y sonrientes.
-"Seguro, eso es fácil", dice el doctor. "Adéntrese en el bosque cuarenta kilómetros con ella y déjela ahí. Si encuentra el camino de regreso, no joda con ella."
Brion McGinley miró con expresión atontada a su jefe por un momento y luego estalló en francas carcajadas. El director Jewett se le unió. Se estaban riendo tan fuerte que ninguno de los dos oyó cuando Alice pronunció la primera vez el nombre de Frank. La segunda vez, no hubo problema, casi fue un grito estridente.
Frank corrió hacia ella.
-¿Alise? ¿Qué...? -en eso, vio lo que había ocurrido y lo invadió un terrible temor paralizante. Las palabras se atascaron. Sintió que se le erizaba furiosamente la carne de los testículos; parecía que las pelotas trataban de meterse de nuevo en su lugar de origen.
Eran las revistas.
Las revistas secretas del cajón inferior.
Estaban esparcidas por toda la oficina, como confeti de pesadilla: chicos en uniformes, chicos en heniles, chicos con sombrero de paja, chicos montados en caballos de balancín.
-¿Qué es esto, en nombre de Dios? -la voz, ronca con horror y fascinación, provenía del lado izquierdo de Frank. Volvió la cabeza en esa dirección (los tendones del cuello crujieron como resortes herrumbrosos de una puerta de vaivén) y vio a Brion McGinley mirando con espanto el disparatado desorden de las revistas. Poco faltaba para que los ojos se le salieran de las órbitas.
Una travesura, trató de decir. Una estúpida travesura, eso es todo, esas revistas no son »tías. No tienen más que verme para darse cuenta de que esa clase de revistas no tienen... no tienen ningún interés para un hombre... un hombre de mi... mi...
¿Su qué?
No lo sabía y, en realidad, no importaba, de todos modos, porque había perdido la capacidad para hablar. La había perdido por completo.
Los tres adultos guardaron un silencio conmocionado, contemplando la oficina de Frank Jewett, director de la escuela de enseñanza media. Una revista que había quedado precariamente detenida en la orilla de la silla para el visitante sacudió las páginas en respuesta a una racha de aire caliente que entró por la ventana entreabierta y cayó al suelo. Jóvenes Apetitosos, prometía la portada.
Una travesura, sí, les diré que es una travesura; ¿pero me creerán? ¿Supongamos que está forzado el cajón? ¿Me creerán en ese caso?
-¿Señora Tanner? -preguntó la voz de una jovencita detrás de ellos.
Los tres, Jewett, Tanner, McGinley, se dieron vuelta con aire de culpabilidad. Ahí estaban dos chicas con atuendos rojo y blanco de porristas. Atice Tanner y Brion McGinley se movieron casi simultáneamente para bloquear la vista dé la oficina de Frank (Frank Jewett parecía clavado en el piso, convertido en piedra), pero se movieron un poco tarde. Los ojos de las porristas se ensancharon. Una dé ellas, Darlene Vickery, se tapó con las manos la pequeña boca de botón de rosa y miró a Frank Jewett con expresión de incredulidad.
Frank pensó: Oh, magnífico. Para mañana al mediodía lo sabrán todos los estudiantes de la escuela. Y mañana, a la hora de !a cena, lo sabrá todo el pueblo.
-Salgan de aquí, chicas -dijo la señora Tanner-. Alguien le ha jugado una espantosa broma al señor Jewett, una broma muy desagradable, y no deben comentarlo, con nadie. ¿Me entienden?
-Sí, señora Tanner -dijo Erin McAvoy; tres minutos más tarde le estaría contando a su mejor amiga, Donna Beaulieu, que la oficina del señor Jewett se había decorado con fotografías de chicos con pesados brazaletes de metal y casi nada más.
-Sí, señora Tanner -dijo Darlene Vickery; cinco minutos después se lo contaría a su mejor amiga, Natalie Priest.
-Váyanse -habló Brion McGinley. Trataba de que se le oyera un tono enérgico, pero su voz todavía denunciaba la conmoción-. Anden, váyanse.
Las dos chicas echaron a correr, las faldas de porristas revoloteando sobre las robustas rodillas.
Brion se volvió lentamente hacia Frank.
-Creo... -empezó, pero Frank no le prestó atención. Entró a la oficina, muy despacio, como un hombre en un sueño. Cerró la puerta con la palabra DIRECTOR escrita en nítidos trazos negros y empezó a recoger las revistas.
¿Por qué no les entregas una confesión escrita?, gritaba una parte de su mente.
Ignoró esa voz. Otra parte más profunda de su ser, la voz primitiva de la sobrevivencia, también expresaba su parecer, y esa parte le decía que en este momento estaba en su punto más vulnerable. Si ahora hablaba con Alice o con Brion, si trataba de explicarles, él mismo se colgaría tan alto como Amán.*(*Personaje bíblico a quien se ahorcó por tramar la destrucción de los judíos.)

Alice estaba llamando a la puerta. Frank la ignoró y continuó su recorrido de sueño por la oficina, reuniendo las revistas que había acumulado durante los últimos nueve años, pidiéndolas or carta para recogerlas en la oficina de correos de Gates Falls, seguro cada vez de que la policía estatal o un equipo de inspectores postales caería sobre él como una tonelada de ladrillos. Nunca había ocurrido nada. Pero ahora... esto. .
No creerán que son tuyas, decía la voz primitiva. No se permitirdn creerlo; si lo hicieran, se les alterarían demasiados conceptos apacibles y pueblerinos sobre la vida. Una vez que recuperes la serenidad, podrás seguir engañándolos. Pero... ¿quién le habría hecho una cosa como ésta? ¿Quién podría haberle hecho algo así? (Nunca se le ocurrió a Frank preguntarse a sí mismo qué demente compulsión había originado que guardara ahí las revistas, ahí, precisamente, entre todos los sitios, en primer lugar.)
Frank Jewett sólo sospechaba de una persona, la única persona con quien había compartido su vida secreta, George T. Nelson, el profesor del taller de carpintería de la preparatoria. George T. Nelson, quien, bajo la pretendida fachada de macho, era tan marica como el que más. George T. Nelson, con quien Frank Jewett había asistido una vez a una fiesta en Boston, una especie de fiesta donde había muchos hombres de edad madura y un pequeño grupo de jóvenes desvestidos. La clase de fiesta que podría enviarte a la cárcel por el resto de tu vida. La clase de fiesta...
Sobre el secante del escritorio estaba un sobre de papel manda. Su nombre se veía escrito en el centro. Frank Jewett sintió una horrible sensación de vacío en la boca del estómago. Lo sentía como un ascensor sin control. Levantó la vista y vio que Alice y Brion lo miraban con curiosidad, casi mejilla con mejilla, sin pestañear, las bocas abiertas. Ahora sabía lo que sienten los peces en los acuarios.
Les hizo un ademán de despedida: i Vdyanse! No se fueron y no le sorprendió que no lo hicieran. Esto era una pesadilla, y en las pesadillas los acontecimientos nunca siguen el curso que tú quieres. Por eso eran pesadillas. Experimentaba una terrible sensación de pérdida y desorientación... pero en alguna parte, bajo este sentimiento, estaba una pequeña llama azul de enojo, como una chispa viva bajo un rimero de leña húmeda.
Se sentó detrás del escritorio y puso la pila de revistas en el piso. Vio que había sido forzado el cajón donde las guardaba, tal como lo había temido. Rasgó un extremo del sobre y dejó que cayera el contenido. En su mayor parte, eran fotografías satinadas. Fotografías de él y Nelson en esa fiesta de Boston. Se estaban divirtiendo con varios jóvenes atractivos (el mayor de estos jóvenes tal vez tendría doce años) y en cada fotografía el rostro de George T. Nelson estaba oscurecido, pero el de Frank Jewett se distinguía con toda nitidez.
Esto tampoco sorprendió mucho a Frank.
En el sobre había una nota. La sacó y la leyó.
Frank, viejo compañero:
Siento hacer esto, pero tengo que irme del pueblo y no puedo perder el tiempo. Quiero dos mil dólares. Llévalos esta noche a mi casa a las 7:00 p.m. Por ahora, te puedes escabullir de este asunto; aunque difícil, no será problema para un resbaladizo bastardo como tú, pero pregúntate si te gustaría ver copias de estas monerías clavadas en cada poste de teléfono en el pueblo, justo debajo de los cartelones de la Noche de Casino. Te sacarán del pueblo, colgando de una viga, compañero. Recuerda, dos mil dólares en mi casa a las 7:15 a más tardar o desearás haber nacido castrado.
Tu amigo,
George
Tu amigo.
¡Tu amigo!
Sus ojos volvían sin cesar a esa línea final con una especie de horror incrédulo, pasmoso.
¡Tu AMIGO Judas, hijo de puta, que da puñaladas por la espalda!
Brion McGinley seguía aporreando la puerta, pero cuando finalmente Frank Jewett levantó la vista de lo que hubiese estado en el escritorio y que había llamado su atención, el puño de Brion se detuvo a medio toquido. El rostro del director tenía el color de la cera, excepto por dos manchas enrojecidas brillantes, como de payaso, en las mejillas. Sus labios se habían estirado en una apretada sonrisa.
Ya no se parecía al señor Paz en lo absoluto.
Mi amigo, pensó Frank. Estrujó la nota con una mano, mientras con la otra metía las fotografías al sobre. Ahora la chispa azul de enojo se había vuelto naranja. La leña húmeda empezaba a encenderse. Ahí estaré, sin falta. Ahí estaré para discutir este asunto con mi amigo George T. Nelson.
-Sí, no lo dudes -dijo Frank Jewett. -Sí, no lo dudes -empezó a sonreír.
10
Casi eran las tres y quince minutos y Alan había decidido que Brian Rusk debía de haber tomado una ruta diferente; ya eran muy pocos los estudiantes que emprendían el regreso a casa. En eso, justo cuando metía la mano en el bolsillo para sacar las llaves del auto, vio una figura solitaria que

avanzaba en bicicleta hacia él por la calle School. El chico iba despacio, casi arrastraba la bicicleta entre las piernas, y llevaba la cabeza tan agachada que Alan no podía verle el rostro.
Pero sí pudo ver lo que estaba en la canastilla de la bicicleta del chico: una nevera Playmate.
11
-¿Me entiende? -le preguntó Gaunt a Polly, quien ahora sostenía el sobre.
-Sí... entiendo. Claro -pero su rostro soñador estaba intranquilo.
-No se ve feliz.
-Bueno... yo...
-Las cosas como el azka no siempre funcionan muy bien cuando las personas no son felices -dijo el señor Gaunt. Señaló el diminuto bulto donde descansaba la esfera de plata sobre la piel de Polly y, de nuevo, a ella le pareció que sentía que algo se movía extrañamente en el interior. En el mismo momento, unos horribles calambres torturantes le invadieron las manos y se extendieron como una red de crueles garfios de acero. Polly gimió en voz alta.
El señor Gaunt torció el dedo que había apuntado en un ademán como si llamara a alguien. Polly sintió otra vez el movimiento en la esfera de plata, ahora con más claridad, y desapareció el dolor.
-No quiere volver al estado en que se encontraba, ¿verdad, Polly? -preguntó el señor Gaunt con voz melosa.
-¡No! -gritó Polly. El pecho le subía y bajaba con una gran agitación. Las manos empezaron a frotarse frenéticamente una contra la otra y sus ojos, muy abiertos, nunca se alejaron de los de Gaunt-. ¡No, por favor!
-La condición podría agravarse a un punto más serio, ¿no es cierto?
-¡Sí! ¡Podría ser!
-Y eso nadie lo entiende. Ni siquiera el comisario. Él no sabe lo que es despertarse a las dos de la madrugada con el infierno en las manos, ¿o sí?
Polly negó con un movimiento de cabeza y empezó a llorar.
-Haga lo que le digo y nunca volverá a despertar de ese modo, Polly. Y le especificaré algo más, haga lo que le digo y si alguien en Castle Rock se entera de que su hijo murió en un incendio en una vivienda en San Francisco, no lo sabrá por mí.
Polly emitió un grito ronco, perdido, el lamento de una mujer envuelta sin esperanza en una pesadilla torturante.
El señor Gaunt sonrió.
-Hay más clases de infierno que uno, ¿no es verdad, Polly?
-¿Cómo sabe lo que le pasó? -murmuró-. Nadie lo sabe. Ni siquiera Alan. A Alan le dije...
-Lo sé porque el saber es mi negocio. Y el negocio de él es la sospecha, Polly... Alan nunca creyó lo que usted le dijo.
-Alan me aseguró...
-Estoy seguro de que dijo toda clase de cosas, pero nunca le creyó. La mujer que contrató para que cuidara al niño era toxicómana, ¿no es cierto? Eso no fue su culpa, pero desde luego las circunstancias que condujeron a esa situación fueron cuestión de elección personal, Polly, ¿o estoy equivocado? Fue elección suya. La joven que contrató para que cuidara a Kelton perdió el conocimiento y dejó caer un cigarrillo, o tal vez un carrujo de marihuana, en un cesto de basura. Se podría decir que el dedo de ella fue el que tiró del gatillo, pero su orgullo fue el que cargó la pistola, su incapacidad para doblegarse ante sus padres y las demás personas buenas de Castle Rock.
Polly sollozaba con más intensidad.
-Sin embargo, ¿acaso una joven no tiene derecho al orgullo? -preguntó con amabilidad el señor Gaunt-. Cuando pierde todo lo demás, ¿no tiene por lo menos derecho a eso? ¿Acaso no es la única tabla a la cual puede asirse para no ahogarse?
Polly levantó desafiante el rostro lloroso.
-Pensaba que era un problema personal -dijo-. Y todavía lo pienso. No me importa que a eso se le llame orgullo.
-Sí -aseguró Gaunt en tono calmante-. Habla como una campeona... pero ellos debieron haberla retenido, ¿no es verdad? ¿Su padre y su madre? Tal vez no hubiese sido agradable, con la presencia del niño recordándoles lo sucedido y con la forma en que se mueven las lenguas en los pueblos de mala muerte como éste, pero hubiese sido posible.
-¡Sí, y yo me habría pasado todo el día tratando de liberarme del dominio de mi madre! -estalló en una voz furiosa, fea, que no tenía ningún parecido con su tono normal.
-Sí -aseveró el señor Gaunt con la misma voz calmante-. Así que se quedó donde estaba. Tuvo a KeIton y se apoyaba en su orgullo. Y cuando Kelton murió, aún conservaba el orgullo... ¿no es así?
Polly gritó con un gran dolor y aflicción y enterró en las manos el rostro húmedo.
-Eso duele más que las manos, ¿no es cierto? -preguntó el señor Gaunt. Polly asintió con la cabeza sin quitarse las manos del rostro. El señor Gaunt colocó sus propias manos, repugnantes, de dedos largos, detrás de su cabeza y habló en tono de quien hace un elogio-: ¡Humanidad! ¡Tan noble! ¡Tan dispuesta a sacrificar a su prójimo!
-¡Ya cállese! -gimió Polly-. ¿No puede callarse?

-Es un secreto, ¿verdad, Patricia?
-Sí.
Gaunt le tocó la frente. Polly emitió un quejido sofocado, pero no retrocedió.
-Es una puerta al infierno que le gustaría que permaneciera sellada, ¿no es cierto?
Polly asintió detrás de las manos.
-Entonces haga lo que le digo, Polly -murmuró. Gaunt le retiró una de, las manos del rostro y empezó a acariciarla-. Haga lo que le digo y mantenga cerrada la boca -miró con atención las mejillas húmedas y los ojos llorosos, enrojecidos, de Polly. Sus labios se fruncieron en un pequeño moue de disgusto.
-No sé qué me molesta más: una mujer que llora o un hombre que ríe. Séquese el condenado rostro, Polly.
Lentamente, como si estuviese soñando, Polly sacó del bolso un pañuelo con encaje en la orilla y empezó a enjugarse las lágrimas.
-Muy bien -dijo Gaunt, y se puso de pie-. Ahora, dejaré que se vaya a casa, Polly; tiene cosas que hacer. Pero quiero que sepa que ha sido un gran placer el negociar con usted. Siempre me han agradado mucho las damas con orgullo.
12
-Hola, Brian, ¿quieres ver un truco?
El chico en la bicicleta levantó la mirada de inmediato, el cabello volándole de la frente, y Alan vio una expresión inconfundible en su rostro: miedo tangible,. auténtico.
-¿Un truco? -dijo el chico con voz temblorosa-. ¿Cuál truco?
Alan ignoraba qué era lo que atemorizaba al chico, pero hubo algo que entendió de inmediato: su magia, a la cual había recurrido con tanta frecuencia para romper el hielo con los niños, en esta ocasión, por alguna razón, había sido contraproducente. Lo mejor era que terminara con este error lo antes posible y empezara de nuevo.
Levantó el brazo izquierdo, en el que llevaba puesto el reloj, y sonrió al rostro pálido, alerta, atemorizado de Brian Rusk.
-Como ves, no tengo nada en la manga y mi brazo está separado del cuerpo hasta el hombro. Pero ahora... ¡¡presto!
Alan deslizó lentamente la mano derecha por el brazo izquierdo y, con el pulgar, sacó tranquilamente el pequeño paquete de debajo del reloj. Cuando cerró el puño, tiró del casi microscópico lazo que mantenía cerrado el paquete. Colocó la mano izquierda sobre la derecha y cuando las separó apareció un ramo de flores inverosímiles de papel de seda, en donde, un momento antes, no había más que aire.
Alan había hecho este truco cientos de veces y nunca le había salido mejor que en esta cálida tarde de octubre, pero la reacción esperada, unos instantes de sorpresa muda, seguidos por una sonrisa compuesta por una parte de asombro y dos de admiración, no apareció en el rostro de Brian. Le lanzó una mirada superficial al ramo (esa breve mirada daba la impresión de contener cierto alivio, como si hubiese esperado que el truco fuese de una naturaleza bastante menos agradable) y después volvió los ojos al rostro de Alan.
-¿Fantástico, eh?-preguntó Alan. Estiró los labios en una gran sonrisa que se sentía tan genuina como los dientes postizos de su abuelo.
-Sí -dijo Brian.
-Umjú. Veo que estás entusiasmado -Alan juntó las manos, desbaratando con habilidad el ramo. Era fácil, demasiado fácil. Ya era tiempo de comprar un nuevo ejemplar del Truco de la Flor Plegada; duraban muy poco. El diminuto resorte de ésta se estaba aflojando y pronto se empezaría a rasgar el papel de brillantes colores.
Abrió las manos de nuevo, sonriendo con más esperanza ahora. Había desaparecido el ramo; ya no era más que un pequeño paquete de papel bajo el reloj. Brian Rusk no devolvió la sonrisa; su rostro no mostraba ninguna expresión. Los residuos del bronceado de verano no ocultaban la palidez ni el hecho de que su cutis atravesaba un estado de revolución preadolescente poco común: la frente salpicada con barros, uno más grande en la comisura de la boca, espinillas en ambos lados de la nariz. Bajo los ojos se le veían sombras púrpuras, como si hubiese pasado mucho tiempo desde la última noche en que había dormido de un tirón.
Este chico no estd bien, pensó Alan. Aquí hay un desgarre serio, tal vez una fractura, incluso. Parecía que había dos posibilidades:
o Brian Rusk había visto a la persona que causó los destrozos en la casa de los Jerzyck o lo hizo él mismo. De cualquier modo, era un indicio, pero si era la segunda probabilidad, Alan apenas se podía imaginar el tamaño y peso de la culpa que debía estar angustiando al chico.
-Muy buen truco, comisario Pangborn -dijo Brian con una voz monótona, indolente-. De verdad.
-Gracias, me alegra que te haya gustado. ¿Sabes de qué quiero hablar contigo, Brian?
-Sí... me imagino que sí -contestó Brian, y Alan de pronto estuvo seguro de que el chico iba a confesar que él había roto las ventanas. Aquí mismo, en esta esquina, iba a confesar y, con eso, Alan daría un gran paso hacia el esclarecimiento de lo que había sucedido entre Nettie y Wilma.

Pero Brian no dijo nada más. Sólo se quedó mirando a Alan con los ojos cansados, ligeramente inyectados.
-¿Qué sucedió, hijo? -preguntó Alan con la misma voz tranquila-. ¿Qué fue lo que sucedió mientras estabas en la casa de los Jerzyck?
-No lo sé -dijo Brian. La voz era lánguida-. Pero anoche soñé con eso. Y también el domingo en la noche. Sueño que voy a esa casa, sólo que en el sueño veo lo que está haciendo el ruido.
-¿Y qué es, Brian?
-Un monstruo -su voz no se modificó, pero en cada uno de sus ojos apareció una gran lágrima, que crecía en los arcos internos de los párpados-. En el sueño, llamo a la puerta, en vez de irme en la bicicleta como lo hice, y se abre la puerta y un... monstruo... me come -las lágrimas se rebosaron y rodaron lentamente por la piel alterada de las mejillas de Brian Rusk:
Sí, pensó Alan, podría ser eso, también, simple miedo. La clase de miedo que siente un niño pequeño cuando abre la puerta del dormitorio en un momento inoportuno y ve a su padre y a su madre haciendo el amor. Debido a que es demasiado pequeño para saber lo que está pasando, piensa que se están peleando. Si hacen demasiado ruido, tal vez piensa, incluso, que están tratando de matarse mutuamente.
Pero...
Pero algo no le sonaba bien. Así de sencillo. Sentía que este chico estaba mintiendo descaradamente, a pesar de la mirada ojerosa en los ojos, la mirada que indicaba quiero decírtelo todo. ¿Qué significaba eso? Alan no lo sabía con seguridad, pero la experiencia le habia enseñado que la solución más probable era que Brian sabía quién había lanzado las piedras. Tal vez fuese alguien a quien Brian se sentía obligado a proteger. O tal vez esa persona sabía que Brian lo había visto y Brian se había dado cuenta. Tal vez el chico tenia miedo a las represalias.
-Una persona lanzó un puñado de piedras contra la casa de los Jerzyck -dijo Alan con voz baja y (esperaba) tranquilizante.
-Sí, señor -asintió Brian, casi en un suspiro-. Creo que sí. Me imagino que pudo haber sido eso. Pensé que estaban peleando, pero pudo haber sido alguien que arrojaba piedras. Crash, buum, bang.
Toda la perorata era una mentira más grande que una casa, pensó Alan, pero no lo dijo.
-¿Pensaste que estaban peleando?
-Sí, señor.
-¿Fue eso lo que pensaste realmente?
-Sí, señor.
Alan suspiró.
-Bueno, ahora ya sabes lo que era. Y sabes que fue algo malo. Lanzar piedras a las ventanas de otras personas es un asunto muy serio, aun cuando no tenga consecuencias.
-Sí, señor.
-Pero esta vez sí tuvo consecuencias. Lo sabes, ¿verdad, Brian?
-Sí, señor.
Esos ojos que lo miraban desde el rostro calmado, pálido. Alan empezó a comprender dos cosas: este chico quería decirle lo que había ocurrido, pero era casi seguro que no lo hiciera.
-Te ves muy triste, Brian.
-¿Sí, señor?
-"Sí, señor"... ¿significa eso que estás triste?
Brian asintió y dos lágrimas más brotaron de sus ojos y rodaron por las mejillas. Alan sintió dos fuertes emociones conflictivas: profunda lástima y exasperación frenética.
-¿Por qué estás triste, Brian? Cuéntame.
-Acostumbraba tener un sueño muy bonito -dijo Brian con una voz que casi no podía oírse-. Era tonto, pero era muy bonito de todos modos. Era acerca de la señorita Ratcliffe, mi maestra de lingüística. Ahora sé que era estúpido. Antes no lo sabía, y eso era mejor. ¿Pero sabe qué? Ahora sé más que eso.
Esos ojos oscuros, terriblemente infelices, se alzaron para encontrarse de nuevo con los de Alan.
-El sueño que tengo... en el que el monstruo lanza las piedras... me asusta, comisario Pangborn... pero lo que me pone triste son las cosas que sé ahora. Es como cuando uno sabe cómo hace los trucos el mago.
Ladeó un poco la cabeza y Alan habría jurado que Brian estaba mirando la correa de su reloj.
-A veces es mejor ser tonto. Ahora lo sé.
Alan puso una mano sobre el hombro del chico.
-Brian, dejémonos de tonterías, ¿quieres? Dime lo que sucedió. Dime lo que viste y lo que hiciste.
-Fui a verlos para preguntarles si querían que les limpiara la nieve de la entrada este invierno -dijo el chico con una voz mecánica, memorizada, que atemorizó a Alan. El chico se veía como cualquier chico común y corriente, tenis Converse, pantalones de mezclilla, una camiseta con un letrero de Bart Simpson, pero sonaba como un robot que ha sido programado mal y ahora está en peligro de

sufrir una sobrecarga. Por primera vez, Alan se preguntó si Brian Rusk habría visto que era uno de sus propios padres quien lanzaba las piedras a la casa de los Jerzyck.
-Oí ruidos -continuó el chico. Hablaba en sencillas oraciones concisas, se expresaba del mismo modo que se entrena a los detectives de la policía para que declaren en la corte-. Eran ruidos que atemorizaban. Golpes y estruendos y cosas que se rompen. Así que me fui lo más rápido que pude. La señora de la casa de junto había salido al pórtico. Me preguntó qué estaba pasando. Creo que ella también estaba asustada.
-Sí -asintió Alan-. Jillian Mislaburskis. Hablé con ella -tocó la nevera Playmate que Brian llevaba toda torcida en la canastilla de la bicicleta. No le pasó desapercibida la forma en que Brian apretó los labios cuando lo hizo-. ¿Llevabas esta nevera el domingo en la mañana, Brian?
-Sí, señor -dijo Brian. Se limpió las mejillas con el dorso de las manos y observó con cautela el rostro de Alan.
-¿Qué había dentro?
Brian no respondió, pero Alan pensó que le temblaban los labios. -¿Qué había dentro, Brian?
Brian siguió en silencio.
-¿Estaba llena de piedras?
Brian negó con la cabeza, lenta y deliberadamente.
Por tercera vez, Alan preguntó:
-¿Qué había dentro?
-Lo mismo que ahora -susurró Brian.
-¿Puedo abrirla para ver?
-Sí, señor -dijo Brian con la misma voz lánguida-. Creo que sí. Alan giró la tapa hacia un lado y miró en el interior.
Estaba llena de estampas de beisbol: Topps, Fleer, Donruss.
-Son las repetidas. Las llevo conmigo a todas partes -dijo Brian.
-Las... llevas a todas partes.
-Sí, señor.
-¿Por qué, Brian? ¿Para qué llevas una nevera llena con estampas de beisbol todo el día?
-Ya se lo dije... son repetidas. Nunca se sabe cuándo habrá oportunidad de hacer un buen cambio. Todavía estoy buscando una de Joe Foy, estuvo en el equipo Sueño Imposible en 1967, y una de Mike Greenwell cuando era novato. Gator es mi jugador favorito -y Alan creyó que veía un leve destello fugitivo de diversión en los ojos del chico; casi podía oír una voz telepática que canturreaba: ¡Te engañé! ¡Te engañé! Pero seguramente era su imaginación; su propia frustración que imitaba la voz del chico.
¿No era eso?
Bueno, ¿qué esperabas encontrar en la nevera, de cualquier modo? ¿Una pila de piedras con notas sujetas a ellas? ¿Creías realmente que se proponía hacer lo mismo en casa de otra persona?
Sí, admitió. Parte de él había pensado exactamente eso. Brian Rusk, el Terror Diminuto de Castle Rock. El Lanzador de Piedras Demente. Y lo peor de todo era esto: estaba convencido de que Brian Rusk sabía lo que pensaba.
¡Te engañé! ¡Te engañé, comisario!
-Brian, dime, por favor, qué es lo que está pasando. Si lo sabes, dímelo, por favor.
Brian colocó la tapa en la nevera Playmate y no dijo nada. Hizo un pequeño sonido, ¡esnic!, en la somnolienta tarde de otoño.
-¿No puedes decírmelo?
Brian asintió lentamente, implicando, pensó Alan, que él tenía razón: no podía decirlo.
-Dime esto, al menos: ¿tienes miedo? ¿Tienes miedo, Brian?
Brian asintió de nuevo, con la misma lentitud.
-Dime de qué tienes miedo, hijo. Tal vez yo pueda hacer que desaparezca lo que te atemoriza -le dio un ligero golpecito con el dedo a la placa que llevaba en el lado izquierdo de la camisa del uniforme-. Creo que me pagan para que cargue esta estrella y haga que desaparezca todo lo que pueda causar temor.
-Yo... -empezó Brian y, en eso, la radio de la policía que Alan había instalado hacía tres o cuatro años bajo el tablero de la camioneta Town and Country, emitió un chillido.
-Unidad Uno, Unidad Uno, aquí la base. ¿Me escucha? ¿Fuera?
Los ojos de Brian se apartaron de los de Alan. Se volvieron hacia la camioneta y el sonido de la voz de Sheila Brigham, la voz de la autoridad, la voz de la policía. Alan vio que si el chico había estado a punto de decirle algo (y podría ser únicamente ilusión suya el creer que había estado) ya no era el caso. Su rostro se había cerrado como una almeja.
-Vete a casa, Brian. En otra oportunidad hablaremos de ese... ese sueño que tienes. ¿De acuerdo?
-Sí, señor -dijo Brian-. Creo que sí.
-Mientras tanto, piensa en lo que te dije: gran parte de la labor del comisario consiste en hacer que desaparezca lo que atemoriza a los demás.
-Tengo que irme a casa, comisario. Si no llego pronto, mi mamá se va a enojar conmigo.

Alan asintió.
-Bien, no queremos que eso suceda. Adelante, Brian.
Alan observó al chico mientras se alejaba. Brian llevaba la cabeza baja y, de nuevo, en vez de pedalear, parecía que arrastraba la bicicleta entre las piernas. Algo estaba mal aquí, tan mal que el interés de Alan por descubrir lo que había ocurrido con Wilma y Nettie parecía secundario ante la necesidad de averiguar qué era lo que había impuesto esa expresión cansada, atormentada, en el rostro de ese chico.
Después de todo, las mujeres estaban muertas y enterradas. Brian Rusk todavía estaba vivo.
Se acercó a la cansada y vieja camioneta que debía haber cambiado un año antes, se inclinó, tomó el micrófono del Radio Shack y oprimió el botón de transmisión.
-Sí, Sheila, aquí Unidad Uno. Escucho. Adelante.
-Henry Payton te llamó, Alan -dijo Sheila-. Me pidió que te diga que es urgente. Quiere que te enlace con él. ¿Entendido?
-De acuerdo -respondió Alan. Sintió que se le aceleraba el pulso.
-Me llevará un par de minutos, ¿entendido?
-Está bien. Aquí espero. Fuera Unidad Uno.
Alan se recargó contra el lado del vehículo en la sombra moteada, el micrófono en la mano, en espera de enterarse de lo que era urgente en la vida de Henry Payton.
13
Cuando Polly llegó a su casa eran las tres y veinte minutos y se sentía atormentada por dos impulsos completamente diferentes. Por un lado, sentía una profunda y apremiante necesidad de llevar a cabo la tarea que le había encomendado el señor Gaunt (no le agradaba pensar en ella en los términos del señor Gaunt, como una broma, Polly Chalmers no era afecta a las bromas), terminar con eso para que el azka le perteneciera finalmente. El concepto de que el trato no quedaba cerrado hasta que lo dijera el señor Gaunt no había cruzado por su mente.
Por otro lado, sentía una profunda y apremiante necesidad de ponerse en contacto con Alan, de decirle exactamente lo que había pasado... o lo más que pudiese recordar. Una cosa que podrá recordar la llenaba de vergüenza y una especie de horror vago, pero la recordaba muy bien, era ésta: el señor Leland Gaunt odiaba al hombre que amaba Polly, y el señor Gaunt estaba haciendo algo -algo- que estaba muy mal. Alan debía saberlo. Debía saberlo, aunque dejara de funcionar el azka.
No lo dices en serio.
Pero sí, una parte de ella lo pensaba muy en serio. La parte de ella que le tenía terror a Leland Gaunt, aun cuando no pudiese recordar exactamente qué era lo que él había hecho para infundirle ese terror.
¿Quieres volver a la situación anterior, Polly? ¿Quieres volver a tener un par de manos que se sienten llenas de metralla?
No... pero tampoco quería que Alan sufriera algún daño. Tampoco quería que el señor Gaunt hiciera lo que planeaba hacer, si era algo (sospechaba que sí) que pudiese dañar al pueblo. Además, no quería participar en lo que fuese, con la tarea de dirigirse a la desierta casa de Camber al final del camino vecinal No. 3, para gastar una clase de broma que ni siquiera entendía.
Estas dos exigencias conflictivas, cada una apoyada con su propia voz intimidatoria, tiraban de ella mientras caminaba lentamente hacia su casa. Si el señor Gaunt la había hipnotizado en alguna forma (cuando salió de la tienda había estado segura de eso, pero conforme pasaba el tiempo disminuía su seguridad), ahora ya se habían disipado los efectos. (Polly realmente lo creía.) Y nunca en su vida se había sentido tan incapaz de decidir cuál debía ser el siguiente paso. Era como si se le hubiese privado a su cerebro de toda la provisión de cierta sustancia química que es indispensable para tomar las decisiones.
Al final, se fue a casa para seguir el consejo del señor Gaunt (aunque ya no recordaba el consejo con precisión). Revisaría la correspondencia y después llamaría a Alan y le diría lo que el señor Gaunt quería que hiciera.
Si haces eso, dijo inexorable la voz interior, en realidad dejarà de funcionar el azka. Y tú lo sabes.
Sí, pero aún quedaba en pie la cuestión del bien y el mal. Aún quedaba eso. Llamaría a Alan, le pediría disculpas por haber sido tan brusca con él y le diría lo que el señor Gaunt quería de ella. Tal vez incluso le entregaría el sobre que le había dado el señor Gaunt, el que se suponía que debía colocar en la lata.
Tal vez.
Polly, sintiéndose un poco mejor, introdujo la llave en la puerta principal de su casa, regocijándose de nuevo por la facilidad de la operación, casi sin darse cuenta, y le dio vuelta. La correspondencia estaba en el lugar acostumbrado sobre la alfombra, no era mucha hoy. Por lo general, había más correspondencia inútil después de un día de descanso en la oficina postal. Se inclinó y la recogió. Un folleto de la televisión por cable, con el rostro sonriente e increíblemente atractivo de Tom Cruise en la portada; un catálogo de Colección Horchow y otro de La Mejor Imagen. Además...

Polly vio la carta y en lo más hondo del estómago se le empezó a formar una bola de terror. Para Patricia Chalmers de Castle Rock, del Departamento de Asistencia Infantil de San Francisco... en el 666 de la calle Geary. Recordaba muy bien el 666 de la calle Geary por sus visitas a ese lugar. Tres visitas en total. Tres entrevistas con tres burócratas de Ayuda para los Niños Dependientes, dos de los cuales habían sido hombres, hombres que la habían mirado en la forma en que miras la envoltura de un caramelo que se te pega en uno de tus zapatos. La tercera entrevista había sido con una mujer negra, extremadamente robusta, quien sabía cómo escuchar y cómo reírse, y esta mujer fue la que finalmente dio la aprobación para Polly. Pero recordaba tan bien, tan bien, el 666 de la calle Geary, segundo piso. Recordaba la forma en que la luz proveniente de la gran ventana al final del corredor esparcía una larga y lechosa mancha sobre el linóleo; recordaba el sonido del eco de las máquinas de escribir de las oficinas cuyas puertas siempre estaban abiertas; recordaba el grupo de hombres fumando cigarrillos junto a la urna llena con arena en el extremo del corredor, y la forma en que la miraban. Sobre todo, recordaba cómo se había sentido al estar vestida con el único traje bueno: un conjunto de pantalones oscuro, de poliéster, una blusa de seda blanca, medias L'Eggs Nearly Nude, los tacones bajos, y lo aterrorizada y solitaria que se había sentido, ya que el sombrío corredor del segundo piso del 666 de la calle Geary parecía un lugar sin alma ni corazón. Finalmente, ahí se había aprobado su solicitud de asistencia, pero por supuesto no podía olvidar las negativas, los ojos de los hombres, cómo se habían arrastrado por sus pechos (estaban mejor vestidos que Norville en el restaurante, pero aparte de eso, pensaba, no eran muy diferentes); las bocas de los hombres, cómo se habían fruncido en desaprobación decorosa mientras consideraban el problema de Kelton Chalmers, el hijo bastardo de esta pequeña golfa, esta callejera que ahora no se veía como hippie, oh, no, pero quien sin duda, en cuanto saliera, se quitaría la blusa de seda y el bonito conjunto, por no mencionar el sostén, y se pondría un par de apretados pantalones de mezclilla acampanados y una blusa ceñida que exhibiría sus pezones. Los ojos de los hombres decían eso y más, y aun cuando la respuesta del Departamento llegaba por correo, Polly había sabido inmediatamente que la rechazarían. Cada una de esas dos primeras ocasiones había llorado al salir del edificio, y ahora le parecía que podía recordar el goteo ácido de cada lágrima mientras resbalaba por sus mejillas. Eso, y la forma en que la miraba la gente en la calle. Sin ningún interés; sólo una cierta curiosidad indolente.

Nunca había querido volver a acordarse de esas ocasiones o de ese sombrío corredor del segundo piso, pero ahora regresaban a ella, con tanta claridad que podía oler la cera del piso, podía ver el reflejo lechoso de la luz de la gran ventana, podía oír el eco del sonido somnoliento de viejas máquinas de escribir mecánicas, masticando otro día más en las entrañas de la burocracia.

¿Qué querían? ¿Qué podía querer la gente del 666 de la calle Geary con ella en una fecha tan posterior?

¡Rómpela!, casi le gritó una voz interior, y la orden era tan imperativa que casi lo hizo. En cambio, rasgó el extremo del sobre. En el interior, no había más que una hoja de papel. Era una fotocopia. Y aun cuando el sobre estaba dirigido a ella, vio con asombro que no era el caso con la carta; estaba dirigida al comisario Alan Pangborn.

Sus ojos bajaron al pie de la carta. El nombre mecanografiado bajo la firma era John L. Perlmutter, el nombre le sonaba vagamente. Los ojos descendieron un poco más y vio, en el extremo de la carta, la anotación: "c.c.p.: Patricia Chalmers". Bueno, esto era una fotocopia, no una copia al carbón, pero aun así resolvía la incógnita de que fuese una carta de Atan (y aclaraba su primera impresión confusa de que se había enviado a ella por error). ¿Pero qué, en nombre de Dios...?

Polly se sentó en la banca Shaker del vestíbulo y empezó á leer la carta. Mientras lo hacia, en su rostro se reflejaba una serie de emociones, como formaciones de nubes en un día desapacible, con mucho viento: perplejidad, comprensión, vergüenza, horror, enojo y rabia, por último. Una vez gritó ¡No! en voz alta y después se obligó a sí misma a leerla de nuevo, lentamente, de principio a fin.

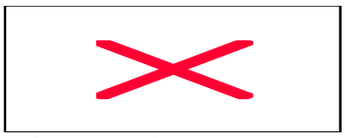
Departamento de Asistencia Infantil de San Francisco
Calle Geary 666
San Francisco, California 94112
Septiembre 23, 1991

Comisario Alan J. Pangborn
Oficina del Comisario del Condado de Castle
Palacio Municipal
Castle Rock, Maine 04055

Estimado comisario Pangborn:

Me refiero a su carta del lº de septiembre y por este conducto le comunico que no puedo ofrecerle ninguna ayuda en este asunto. Este Departamento tiene como norma no proporcionar información sobre los solicitantes de Asistencia para Niños Dependientes, a menos que se le requiera por medio de una orden judicial. Le mostré su carta a Martin D. Chung, nuestro asesor legal, quien me dio instrucciones de decirle que hemos enviado una copia de su carta a la Oficina del Procurador

General de California. El señor Chung ha pedido una opinión acerca de si su solicitud puede ser ilegal en sí y por sí misma. Independientemente del resultado de esta consulta, debo decirle que considero incorrecta y ofensiva su curiosidad respecto a la vida de esta mujer en San Francisco.
Le sugiero, comisario Pangborn, que se olvide de este asunto antes de que incurra en dificultades legales.
Sinceramente,



John L. Perlmutter
Subdirector
c.c.p. Patricia Chalmers.
Después de leer por cuarta vez esta terrible carta, Polly se levantó de la banca y se dirigió a la cocina. Caminaba con lentitud y con gracia, como si nadara en lugar de caminar. Al principio, sus ojos estaban deslumbrados y confusos, pero cuando tomó el auricular del teléfono instalado en la pared y marcó el número de la oficina del comisario en los botones especiales de gran tamaño ya se habían aclarado. La mirada que los iluminaba era simple e inconfundible: un enojo tan intenso que casi era odio.
Su amante había estado husmeando en su pasado; la idea le parecía increíble, y extraña y terriblemente plausible al mismo tiempo. Durante los últimos cuatro o cinco meses, se había comparado a sí misma con Alan con mucha frecuencia, y la mayor parte de las veces ella había quedado en segundo lugar. Las lágrimas de él, la engañosa serenidad de ella, la cual escondía tanta vergüenza y dolor y ese secreto orgullo desafiante. La honestidad de él; la pequeña pila de mentiras de ella. ¡Lo había considerado casi como un santo! ¡Cuán intimidantemente perfecto! ¡Cuán hipócrita su propia insistencia en que olvidara el pasado!
Y todo el tiempo había estado husmeando, tratando de averiguar la historia real de Kelton Chalmers.
-Bastardo -murmuró, y cuando empezó a sonar el teléfono, la tensión volvió blancos los nudillos de la mano que sostenía el auricular.
14
Lester Pratt acostumbraba salir de la preparatoria de Castle Rock en compañía de varios amigos; se dirigía al Supermercado Hemphill a comprar gaseosas y después se iban a la casa o apartamento de alguno de ellos y pasaban un par de horas cantando himnos o jugando algún pasatiempo o simplemente intercambiaban anécdotas de proezas personales bastante exageradas. Sin embargo, hoy Lester Pratt salió solo de la escuela, con la mochila en la espalda (desdeñaba el tradicional portafolio de profesor) y la cabeza baja. Si Alan hubiese visto a Lester cuando caminaba lentamente por el césped de la escuela hacia el lote de estacionamiento para los profesores, le habría sorprendido el parecido de este hombre con Brian Rusk.
Ese día, Lester había intentado comunicarse con Sally tres veces, para averiguar qué había sido, en nombre de Dios, lo que la había enojado tanto. La última vez había sido durante la hora de descanso para el almuerzo. Sabía que Sally estaba en la escuela de enseñanza media, pero lo único que obtuvo fue que le contestara Mona Lawless, quien enseñaba matemáticas en sexto y séptimo grados y era amiga de Sally.
-No puede venir al teléfono -le dijo Mona, desplegando toda la calidez de un congelador lleno con sorbetes helados.
-¿Por qué no? -había preguntado, casi aullado-. ¡Vamos, Mona... dime!
-No lo sé -el tono de Mona había progresado del congelador con sorbetes helados al equivalente verbal de nitrógeno líquido-. Todo lo que sé es que se ha estado quedando en casa de Irene Lutjens, que se ve como si hubiese pasado toda la noche llorando y dice que no quiere hablar contigo y todo es por tu culpa, decía el tono gélido de Mona. Lo sé porque eres hombre y todos los hombres son una mierda, éste no es más que otro ejemplo específico que ilustra el caso general.
-¡Es que no tengo la menor idea de qué se trata! -gritó Lester-. ¿Quieres decirle eso, al menos? ¡Dile que no sé por qué está enojada conmigo! ¡Dile que lo que sea, tiene que ser una equivocación, porque yo no lo entiendo!
Se dio una larga pausa. Cuando Mona habló de nuevo, la voz se había descongelado un poco. No mucho, pero ya no era nitrógeno líquido.
-Está bien, Lester. Se lo diré.
Ahora levantó la cabeza, con una cierta esperanza de que Sally estuviese sentada en el asiento del pasajero en el Mustang, dispuesta a besarlo y hacer las paces, pero el auto estaba vacío. La única persona en las cercanías era el bobo de Slopey Dodd, haciendo el tonto con su patineta.
Steve Edwards llegó por detrás de Lester y lo palmeó en la espalda.
-¡Les, muchacho! ¿Quieres venir a mi casa a tomarte un Coca Cola? Va a venir un grupo de amigos. Queremos hablar acerca del indignante hostigamiento católico. Esta noche es la gran

reunión en la iglesia, no se te olvide, y sería conveniente que nosotros, los adultos jóvenes, pudiésemos presentar un frente unido cuando se trate de decidir qué debemos hacer. Le mencioné la idea a Don Hemphill y dijo, sí, estupendo, adelante -miró a Lester como si esperara unas palmaditas en la cabeza.
-Esta tarde no puedo, Steve, Tal vez en otra ocasión.
-Hey, Les... ¿no lo entiendes? ¡Es posible que no laya otra ocasión! ¡Los chicos del Papa no se andan con tonterías!
-No puedo ir -dijo Les. Y si eres inteligente, decía su expresión, más vale que dejes de presionarme.
-Bueno, pero... ¿por qué no?
Porque tengo que averiguar qué diablos hice para que mi chica se enojara tanto, pensó Lester. Y lo voy a averiguar, aunque tenga que sacudirla para sacárselo.
En voz alta dijo:
-Tengo que atender un asunto, Steve. Un asunto importante. Te doy mi palabra.
-Si se trata de Sally, Les...
Los ojos de Lester centellearon peligrosamente.
-Tú no tienes por qué hablar acerca de Sally.
Steve, un joven inofensivo que estaba enardecido por la contienda acerca de la Noche de Casino, aún no estaba tan encendido como para sobrepasar la línea que había trazado Lester Pratt tan claramente. Pero todavía no estaba dispuesto a darse por vencido. Sin Lester Pratt, la Junta de Normas de los Adultos Jóvenes era un desastre, sin que importara la cantidad de adultos jóvenes que asistieran. En un tono de voz irás razonable, preguntó:
-¿Viste la tarjeta anónima que recibió Bill?
-Sí -dijo Lester. El reverendo Rose la había encontrado en el piso del vestíbulo del frente de la casa del párroco: la ya famosa tarjeta de "Estúpida Rata Bautista". El reverendo Rose la había hecho circular en una junta de emergencia de Jóvenes Adultos únicamente porque, dijo, era imposible creerlo a menos que uno mismo viera, esa vileza. Era difícil comprender, había añadido el reverendo Ros, los abismos en que se sumirían los católicos para suprimir la justa oposición a su noche de juego, inspirada par Satán; era posible que la vista física de este vil vómito de suciedad ayudara a estos "jóvenes honestos" a comprender a lo que se estaban enfrentando-. ¿No decimos acaso que hombre prevenido vale por dos? -había terminado grandiosamente el reverendo Rose. Después sacó la tarjeta (estaba dentro de una bolsa higiénica, como si los que la manejaran necesitaran prevenirse de una infección) e hizo que circulara entre todos los presentes.
Cuando Lester la leyó, había estado más que dispuesto a romper unas cuantas cabezas católicas, pero ahora todo el asunto le parecía distante y un tanto infantil. ¿A quién le importaba real
mente si los católicos jugaban dinero y regalaban unos cuantos neumáticos nuevos y utensilios de cocina? Cuando se trataba de elegir entre los católicos y Sally Ratcliffe, Lester sabía por quién tenía que preocuparse.
-¡... una reunión para decidir nuestro siguiente paso! -continuaba Steve. Empezaba a enardecerse de nuevo-. ¡Debemos tomar la iniciativa, Les... tenemos que hacerlo! El reverendo Bill dice que le preocupa que los llamados Hombres Católicos Interesados hagan algo más que hablar. Su próximo paso puede ser...
-¡Mira, Steve, hagan lo que quieran, pero no cuenten conmigo!
Steve se detuvo y lo miró fijamente, con una sorpresa evidente y la esperanza indudable de que Lester, normalmente el sujeto más sereno, recuperara el sentido y se disculpara. Cuando se dio cuenta de que la disculpa no estaba próxima, empezó a caminar de regreso a la escuela, poniendo distancia entre él y Lester.
-Vaya, sí que estás de mal humor -dijo.
-¡Muy cierto! -le respondió Lester en tono agresivo. Cerró las grandes manos en puño y se las plantó en las caderas.
Pero Lester no estaba nada más enojado; le dolía, maldita sea, le dolía todo, y la mente era lo que más le dolía y quería golpear a alguien. No al pobre de Steve Edwards; no obstante, cuando permitió que lo molestaran las palabras de Steve, pareció que se encendía un interruptor en su interior. Ese interruptor había enviado un flujo de electricidad a una serie de dispositivos mentales, los cuales, por lo general, estaban apagados y en silencio. Por primera vez desde que se había enamorado de Sally, Lester, normalmente el más plácido de los hombres, sintió enojo por ella, también. ¿Qué derecho tenía a decirle que se fuera al infierno? ¿Qué derecho tenía a llamarlo bastardo?
Estaba enojada por algo, ¿verdad? De acuerdo, estaba enojada. Tal vez incluso él le había dado algún motivo para que se disgustara. No tenía la menor idea de cuál podría ser ese motivo, pero digamos (como base para el razonamiento) que lo había hecho. ¿Le daba eso el derecho a ponerse hecha un energúmeno con él sin siquiera la cortesía de pedir una explicación primero? ¿Le daba eso el derecho de quedarse con Irene Lutjens para que él no pudiera irrumpir en donde quiera que estuviese, y a rehusarse a recibir todas sus llamadas telefónicas y a utilizar a Mona Lawless como intermediaria?

La voy a buscar, pensó Lester, y voy a averiguar qué mosca le picó. Una vez que me lo diga, podremos hacer las paces. Y después, le voy a dar el mismo sermón que les suelto a los novatos cuando empiezan las prácticas de baloncesto, ése acerca de que la confianza es la clave para el trabajo de equipo.
Se quitó la mochila, la tiró al asiento trasero y subió al auto. Una vez dentro, vio algo que sobresalía de debajo del asiento del pasajero. Algo negro. Parecía una billetera.
Lester la recogió ilusionado, pensando al principio que debía ser de Sally. Si la había dejado en el auto en algún momento del largo fin de semana, ya se habría dado cuenta de que le faltaba. Estaría ansiosa. Y si él podía aliviar la ansiedad por la billetera perdida, el resto de la conversación sería mucho más fácil.
Pero no era de Sally; lo vio tan pronto como miró de cerca el objeto que había estado bajo el asiento del pasajero. Era de piel negra. La de Sally era de gamuza azul desgastada, y mucho más pequeña.
La abrió, con curiosidad. Lo primero que vio lo sorprendió como un fuerte golpe en el plexo solar. Era la identificación del Departamento del Comisario de John LaPointe.
En nombre de Dios, ¿qué había estado haciendo John LaPointe en su auto?
Sally lo tuvo todo el fin de semana, le susurró la mente. Entonces, ¿qué demonios piensas que estaba haciendo en tu auto?
-No -dijo-. Uh-uh, de ningún modo... ella no haría eso. No se vería con él. Por nada del mundo.
Pero ya se había visto con él. Sally y el asistente John LaPointe habían salido juntos durante más de un año, a pesar de la animosidad que estaba surgiendo entre los católicos y los bautistas de Castle Rock. Habían terminado antes de la actual bronca por la Noche Colonial, pero...
Lester bajó del auto y revisó las divisiones transparentes de la billetera. La sensación de incredulidad iba en aumento. Aquí estaba la licencia para conducir de LaPointe; en la foto llevaba el pequeño bigote que se había dejado crecer cuando salía con Sally. Lester sabía que algunos sujetos decían que esos bigotes tenían cierta utilidad: servían para cosquillear coños. Aquí estaba la licencia para pescar de John LaPointe. Aquí estaba una fotografía de los padres de John LaPointe. Aquí estaba su licencia para cazar. Y aquí... aquí...
Lester miró fijamente la instantánea que se había encontrado. Era una instantánea de John y Sally. Una instantánea de un sujeto y su chica. Estaban de pie frente a lo que se veía como una galería de tiro al blanco en una feria. Se miraban el uno al otro y se reían. Sally sostenía un gran oso de peluche. Era probable que John Lapointe lo hubiese ganado para ella.
Lester miraba fijamente la fotografía. En el centro de la frente le había surgido una vena, muy prominente, y pulsaba sin cesar.
¿Cómo lo había llamado ella? ¿Bastardo tramposo?
-Bien, mira quién habla -murmuró Lester Pratt.
La rabia se empezó a acumular en su interior. Sucedió muy rápidamente. Y cuando alguien lo tocó en el hombro, gritó de inmediato, dejó caer la billetera y puso los puños en alto. Estuvo a punto de darle una tremenda paliza al inofensivo y tartamudeante Slopey Dodd.
-¿En-en-entrenador P-Pratt? -preguntó Slopey. Los ojos grandes y redondos, pero no se veía asustado. Interesado, pero no asustado-. ¿Es-está us-usted bi-bien?
-Perfectamente -dijo Lester con voz apagada-. Vete a casa, Slopey. No tienes nada que hacer con la patineta en el estacionamiento para profesores.
Se agachó para recoger la billetera caída, pero Slopey estaba sesenta centímetros más cerca del suelo y le ganó. Miró con curiosidad la foto del permiso para conducir de LaPointe antes de entregarle la billetera al entrenador Pratt.
-Sí -dijo Slopey-. Es el mismo tipo, ni ha-hablar.
Saltó a la tabla y se preparó para alearse patinando. Lester lo agarró por la camiseta antes de que pudiera irse. La tabla se escurrió de debajo del pie de Slopey, rodó por su cuenta, pegó en un bache y se volteó al revés. La camiseta de AC/DC de Slopey, LOS QUE VAMOS A ROCANROLEAR, TE SALUDAMOS, decía, se rasgó en el cuello, pero no pareció importarle a Slopey; ni siquiera parecía sorprendido por los actos de Lester, ya no digamos asustado. Lester no se dio cuenta. Lester no estaba en condiciones de observar sutilezas. Era uno de esos hombres robustos y normalmente plácidos que poseen un temperamento violento y desagradable bajo esa placidez, un peligroso tornado emocional latente. Algunos hombres pasan toda su vida sin descubrir ese horrible ojo de tormenta. Sin embargo, Lester había descubierto el suyo (o más bien, el ojo de tormenta lo había descubierto a él) y estaba en sus garras por completo.
Con un jirón de la camiseta de Slopey en un puño que era casi del tamaño de un jamón enlatado Daisy, Lester inclinó el rostro sudoroso hasta el de Slopey. La vena en el centro de la frente palpitaba con más rapidez que nunca.
-¿Qué quieres decir con "es el mismo tipo, ni hablar"?
-Es el mismo ti-tipo que es-estaba es-perando a que sa-saliera de la escuela la seño-señorita Ra-Ratcliffe el viernes pa-pasado.

-¿Estuvo esperando a que Sally saliera de la escuela? -preguntó Lester con voz ronca. Le dio a Slopey una sacudida lo bastante enérgica como para que castañetearan los dientes del chico-. ¿Estás seguro?
-Sí -le respondió Slopey-. Se fu-fueron en su au-auto, entreentrenador Pratt. El su-sujeto con-conducía.
-¿Conducía? ¿Él conducía mi auto? ¿John LaPointe conducía mi auto con Sally dentro?
-Bueno, ese su-sujeto -dijo Slopey, señalando de nuevo la fotografía en el permiso de conducir-. Pe-pero antes de su-subirse, él le di-dio un be-beso.
-Le dio un beso -repitió Lester. Su rostro estaba impávido-. Le dio un beso... vaya.
-Oh, se-seguro -confirmó Slopey. Una amplia (y un tanto lasciva) sonrisa le iluminó el rostro.
En un tono suave, sedoso, completamente distinto a su acostumbrada voz brusca de vamos-muchachos-acabemos-con-ellos, Lester preguntó:
-¿Y también ella lo besó? ¿Qué crees tú, Slopey?
Slopey puso los ojos en blanco con expresión de felicidad.
-¡Yo di-diría que sí! ¡Es-estaban muy amo-amorosos, realmente, en-entre-entrenados Pr-Pratt!
-Muy amorosos -reflexionó Lester con su nueva voz suave y sedosa.
-Ajá.
-Realmente amorosos -repitió asombrado Lester con la nueva voz suave y sedosa.
-Ya lo cre-creo.
Lester soltó a Slopester (así le decían sus pocos amigos) y se enderezó. La vena en el centro de la frente palpitaba y bombeaba. Había empezado a sonreír. Era una sonrisa desagradable, que mostraba lo que parecía un número mayor de dientes blancos y cuadrados de los que debe tener un hombre normal. Los ojos azules se habían convertido en pequeños triángulos entrecerrados. El corte de cabello, casi al rape, vociferaba desde su cabeza en todas las direcciones.
-¿En-entre-entrenador Pratt? preguntó Slopey-. ¿Pasa algo malo?
-No -dijo Lester Pratt con esa voz nueva, sedosa y suave. La sonrisa no se alteró-. Nada que yo no pueda corregir -en su mente, ya tenía las manos afianzadas alrededor dei cuello de ese mentiroso, adorador dei Papa, ganador de osos de peluche, ladrón de chicas, sapo francés come mierda de John LaPointe. El cretino que caminaba como hombre. El cretino que por lo vista había enseñado a ser realmente amorosa a la chica que amaba Lester, la chica que apenas abría los labios una diminuta rendija cuando la besaba Lester.
Primero se ocuparía de John LaPointe. Ése no era problema. Una vez hecho eso, tendría que hablar seriamente con Sally.
O tendría que hacer algo.
-No es nada que yo no pueda corregir -repitió con la nueva voz suave y sedosa, y se deslizó detrás dei volante del Mustang. El auto se inclinó apreciablemente a la izquierda cuando se acomodaron en el asiento los noventa y circo kilos de musculatura sólida. Encendió el motor, aceleró en una serie de rugidos como de tigre enjaulado y se alejó con un chirrido de goma. Slopester, tosiendo y despejándose teatralmente el rostro del polvo, caminó hacia donde estaba su patineta.
El cuello de la vieja camiseta se había desprendido totalmente dei cuerpo de la camiseta, quedándose como lo que parecía un collar negro sobre las prominentes clavículas de Slopey. Iba sonriendo. Había hecho exactamente lo que le había pedido el señor Gaunt y todo había salido a pedir de boca. El entrenador Pratt se veía más enojado que una gallina mojada.
Ahora podría irse a casa a contemplar la tetera.
-Sólo de-desearía no tar-tartamudear -le comentó a nadie en particular.
Slopey se subiò a su patineta y se alejó.
15
Sheila tuvo dificultades para conectar a Alan con Henry Payton; una vez estuvo segura de que había perdido a Henry, a quien se oía realmente alterado, y tendría que volver a llamarla, y apenas había terminado con esta proeza tecnológica, cuando se encendió la línea personal de Alan. Sheila dejó a un lado el cigarrillo que estaba a punto de encender y la contestó:
-Oficina del comisario del condado de Castle, línea del comi. sario Pangborn.
-Hola, Sheila. Quiero hablar con Alan.
-¿Polly? -Sheila frunció el ceño. Estaba segura de quién era,, pero nunca había oído que Polly Chalmers se expresara como ahora: fría y cortante, como una secretaria ejecutiva de una gran compañía-. ¿Eres tú?
-Sí -contestó Polly-. Quiero hablar con Alan.
-Caramba, Polly, no puedes. Está hablando con Henry Payton en este mo...
-Ponme en espera -la interrumpió Polly-. Aguardaré.
Sheila empezaba a ponerse nerviosa.
-Bueno... uh... lo haría, pero es un poco más complicado que eso. Verás, Alan... ya sabes., está en una investigación. Tuve que enlazar a Henry.
-Si puedes enlazar a Henry Payton, también puedes enlazarme a mí -dijo Polly fríamente-. ¿Correcto?

-Bueno, sí, pero no sé cuánto tiempo se...
-No me importa si se tardan una eternidad -exclamó Polly-. Ponme en espera y enlázame con Alan cuando terminen. No te pediría que lo hicieras si no fuese importante... lo sabes, ¿verdad, Sheila?
Sí, Sheila lo sabía. Y también sabía algo más: Polly la estaba empezando a asustar.
-Polly, ¿estás bien?
Hubo una larga pausa. Después Polly respondió con otra pregunta.
-Sheila, ¿has mecanografiado alguna correspondencia del comisario Pangborn dirigida al Departamento de Asistencia Infantil en San Francisco? ¿O viste algún sobre dirigido a esa dependencia?
brada voz brusca de vamos-muchachos-acabemos-con-ellos, Lester preguntó:
-¿Y también ella lo besó? ¿Qué crees tú, Slopey?
Slopey puso los ojos en blanco con expresión de felicidad.
-¡Yo di-diría que sí! ¡Es-estaban muy amo-amorosos, realmente, en-entre-entrenados Pr-Pratt!
-Muy amorosos -reflexionó Lester con su nueva voz suave y sedosa.
-Ajá.
-Realmente amorosos -repitió asombrado Lester con la nueva voz suave y sedosa.
-Ya lo cre-creo.
Lester soltó a Slopester (así le decían sus pocos amigos) y se enderezó. La vena en el centro de la frente palpitaba y bombeaba. Había empezado a sonreír. Era una sonrisa desagradable, que mostraba lo que parecía un número mayor de dientes blancos y cuadrados de los que debe tener un hombre normal. Los ojos azules se habían convertido en pequeños triángulos entrecerrados. El corte de cabello, casi al rape, vociferaba desde su cabeza en todas las direcciones.
-¿En-entre-entrenador Pratt? preguntó Slopey-. ¿Pasa algo malo?
-No -dijo Lester Pratt con esa voz nueva, sedosa y suave. La sonrisa no se alteró-. Nada que yo no pueda corregir -en su mente, ya tenía las manos afianzadas alrededor dei cuello de ese mentiroso, adorador dei Papa, ganador de osos de peluche, ladrón de chicas, sapo francés come mierda de John LaPointe. El cretino que caminaba como hombre. El cretino que por lo vista había enseñado a ser realmente amorosa a la chica que amaba Lester, la chica que apenas abría los labios una diminuta rendija cuando la besaba Lester.
Primero se ocuparía de John LaPointe. Ése no era problema. Una vez hecho eso, tendría que hablar seriamente con Sally.
O tendría que hacer algo.
-No es nada que yo no pueda corregir -repitió con la nueva voz suave y sedosa, y se deslizó detrás dei volante del Mustang. El auto se inclinó apreciablemente a la izquierda cuando se acomodaron en el asiento los noventa y circo kilos de musculatura sólida. Encendió el motor, aceleró en una serie de rugidos como de tigre enjaulado y se alejó con un chirrido de goma. Slopester, tosiendo y despejándose teatralmente el rostro del polvo, caminó hacia donde estaba su patineta.
El cuello de la vieja camiseta se había desprendido totalmente dei cuerpo de la camiseta, quedándose como lo que parecía un collar negro sobre las prominentes clavículas de Slopey. Iba sonriendo. Había hecho exactamente lo que le había pedido el señor Gaunt y todo había salido a pedir de boca. El entrenador Pratt se veía más enojado que una gallina mojada.
Ahora podría irse a casa a contemplar la tetera.
-Sólo de-desearía no tar-tartamudear -le comentó a nadie en particular.
Slopey se subiò a su patineta y se alejó.
15
Sheila tuvo dificultades para conectar a Alan con Henry Payton; una vez estuvo segura de que había perdido a Henry, a quien se oía realmente alterado, y tendría que volver a llamarla, y apenas había terminado con esta proeza tecnológica, cuando se encendió la línea personal de Alan. Sheila dejó a un lado el cigarrillo que estaba a punto de encender y la contestó:
-Oficina del comisario del condado de Castle, línea del comi. sario Pangborn.
-Hola, Sheila. Quiero hablar con Alan.
-¿Polly? -Sheila frunció el ceño. Estaba segura de quién era,, pero nunca había oído que Polly Chalmers se expresara como ahora: fría y cortante, como una secretaria ejecutiva de una gran compañía-. ¿Eres tú?
-Sí -contestó Polly-. Quiero hablar con Alan.
-Caramba, Polly, no puedes. Está hablando con Henry Payton en este mo...
-Ponme en espera -la interrumpió Polly-. Aguardaré.
Sheila empezaba a ponerse nerviosa.
-Bueno... uh... lo haría, pero es un poco más complicado que eso. Verás, Alan... ya sabes., está en una investigación. Tuve que enlazar a Henry.
-Si puedes enlazar a Henry Payton, también puedes enlazarme a mí -dijo Polly fríamente-. ¿Correcto?
-Bueno, sí, pero no sé cuánto tiempo se...

-No me importa si se tardan una eternidad -exclamó Polly-. Ponme en espera y enlázame con Alan cuando terminen. No te pediría que lo hicieras si no fuese importante... lo sabes, ¿verdad, Sheila?
Sí, Sheila lo sabía. Y también sabía algo más: Polly la estaba empezando a asustar.
-Polly, ¿estás bien?
Hubo una larga pausa. Después Polly respondió con otra pregunta.
-Sheila, ¿has mecanografiado alguna correspondencia del comisario Pangborn dirigida al Departamento de Asistencia Infantil en San Francisco? ¿O viste algún sobre dirigido a esa dependencia?
De pronto, en la mente de Sheila se encendieron luces rojas, toda una serie completa. Para ella, Alan Pangborn era casi un ídolo, y Polly Chalmers lo estaba acusando de algo. No estaba segura de qué, pero reconocía el tono de acusación. Lo conocía muy bien.
-Esa clase de información no se la puedo proporcionar a cualquiera -dijo, y su propio tono había descendido varios grados-. Creo que será mejor que se lo preguntes al comisario, Polly.
-Sí, creo que será mejor. Ponme en espera y conéctame cuando puedas, por favor.
-Polly, ¿qué pasa? ¿Estás enojada con Alan? Tú sabes que él nunca haría nada que fuera...
-Ya no sé nada de nada -dijo Polly-. Discúlpame si te hice una pregunta confidencial. Ponme en espera y enlázame lo más pronto que puedas, ¿o tengo que salir yo a buscarlo?
-No, yo te conectaré -aseguró Sheila. Sentía el corazón extrañamente inquieto, como si hubiese sucedido algo terrible. Ella, al igual que muchas de las mujeres de Castle Rock, había creído que Alan y Polly estaban profundamente enamorados y, como muchas otras mujeres del pueblo, Sheila tendía a verlos como personajes de un cuento de hadas, con algunas vicisitudes, pero donde todo saldría bien al final... el amor, en alguna forma, encontraría el camino. Pero ahora a Polly se la oía más que enojada; se la oía llena de pesar, y algo más. Sheila sintió que ese algo sonaba casi a odio-. Te pongo en espera, Polly... puede tardar un rato.
-Está bien. Gracias, Sheila.
-Por nada -oprimió el botón de espera y buscó su cigarrillo. Lo encendió e inhaló profundamente, mirando la pequeña luz parpadeante con el ceño fruncido.

16

-¿Alan? -inquirió Henry Payton-. ¿Alan, estás ahí? -su voz tenía la calidad monótona, nasal, que tienen siempre las voces cuando provienen de un enlace. Se le oía como a un anunciador que transmite desde el interior de una caja vacía de Saltines.
-Aquí estoy, Henry.
-Recibí una llamada del FBI hace apenas media hora -dijo Henry desde el interior de la caja de galletas-. Tuvimos mucha suerte con esas huellas.
El latido del corazón de Alan se colocó en velocidad más alta.
-¿Las que encontraron en la perilla de la puerta en la casa de Nettie? ¿Las parciales?
-Esas mismas. Las cotejamos tentativamente con un sujeto de aquí del pueblo. También tenemos sus huellas del servicio.
-No me tengas en ascuas, ¿quién es?
-El nombre del individuo es Hugh Albert Priest.
-¡Hugh Priest! -exclamó Alan. No se habría sorprendido más si Payton hubiese nombrado a J. Danforth Quayle. Hasta donde él sabía, los dos hombres habían conocido a Nettie Cobb igualmente bien-. ¿Por qué mataría Hugh Priest al perro de Nettie? ¿O rompería las ventanas de Wilma Jerzyck, dado el caso?
-No conozco al caballero, así que no puedo opinar nada al respecto -respondió Henry-. ¿Por qué no lo detienes y le preguntas? De hecho, ¿por qué no lo haces ahora, antes de que se ponga nervioso y decida visitar a unos parientes en Dry Hump, Dakota del Sur?
-Buena idea -dijo-. Te llamaré más tarde, Henry. Gracias.
-Tenme al corriente, colega, se supone que éste es mi caso, ya lo sabes.
-Sí. Te llamaré.
Se escuchó un agudo sonido metálico, ¡bink!, cuando se cortó la conexión y la radio de Alan empezó a transmitir el zumbido abierto de una línea de teléfono. Alan se preguntó por unos instantes lo que pensarían Nynex y AT&T de los malabares que hacían con los teléfonos y se inclinó para colocar el micrófono en su lugar. Mientras lo hacía, la voz de Sheila Brigham, su voz rara vez titubeante, interrumpió el zumbido de línea de teléfono.
-Comisario, tengo a Polly Chalmers en espera. Me pidió que la enlazara contigo tan pronto como te desocuparas. ¿Enterado?
Alan pestañeó.
-¿Polly? -de pronto, se asustó, como uno se asusta cuando suena el teléfono a las tres de la madrugada. Polly nunca había pedido ese servicio y, si se le preguntara, Alan habría dicho que nunca lo haría; iba en contra de su concepto del comportamiento correcto, y para Polly era muy importante el comportamiento correcto-. ¿Qué pasa, Sheila...? ¿Te dijo algo? ¿Fuera?
-No, comisario. Fuera.

No. Por supuesto que no. Eso también lo sabía. Polly nunca hacía públicos sus asuntos. El hecho de que lo preguntara siquiera demostraba lo sorprendido que estaba.
-¿Comisario?
-Enlázame, Sheila. Fuera.
-Enterada, comisario.
¡Bink!
Alan permaneció de pie, bajo el sol, el corazón latiendo demasiado fuerte y demasiado rápido. No le gustaba esto.
Se escuchó de nuevo el sonido, ¡bink!, seguido por la voz de Sheila, distante, casi perdida.
-Adelante, Polly, ya debes estar conectada.
-¿Atan? -la voz era tan alta que retrocedió sorprendido. Era la voz de un gigante... un gigante enojado. Ya lo había advertido; una palabra fue suficiente.
-Aquí estoy, Polly, ¿qué pasa?
Por un momento, sólo hubo silencio. En alguna parte, en el fondo, se oía el débil rumor de otras voces en otras llamadas. Alan tuvo tiempo para preguntarse si se había cortado la conexión... tiempo para desear que así fuera.
-Alan, sé que esta línea es abierta -dijo-, pero ya sabrás de qué hablo. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste?
Esta comunicación tenía algo familiar. Algo.
-Polly, no te entiendo...
-Oh, creo que sí me entiendes -respondió. La voz cada vez era más confusa, más difícil de distinguir, y se dio cuenta de que si Polly no estaba llorando, pronto lo estaría-. Es muy triste descubrir que la persona que creías que conocías no es como tú pensabas. Es muy triste descubrir que el rostro que creías que amabas no es más que una máscara.
Algo familiar, en efecto, y ahora sabía qué era. Era como las pesadillas que había tenido después de la muerte de Annie y Todd, las pesadillas en las cuales él estaba a la orilla de la carretera y los veía pasar en el Scout. Iban en camino a la muerte. Él lo sabía, pero era impotente para evitarlo. Trataba de agitar los brazos, pero eran demasiado pesados. Trataba de gritar, pero no recordaba cómo se abría la boca. Pasaban junto a él como si fuese invisible, y esto era igual, como si en alguna forma extraña también se hubiese vuelto invisible para Polly.
-Annie... -se dio cuenta con horror del nombre que había dicho y empezó de nuevo-: Polly. No sé de qué estás hablando, Polly, pero...
-¡Sí lo sabes! -le gritó de pronto-. ¡No tiene caso que lo nieguesl ¿Por qué no pudiste esperar a que yo te lo dijera, Alan? Y si no podías esperar, ¿por qué no me preguntaste? ¿Por qué tuviste que actuar a mis espaldas? ¿Cómo pudiste actuar a mis espaldas?
Alan cerró los ojos en un esfuerzo por controlar sus pensamientos veloces y confusos, pero no tuvo éxito. En cambio, le llegó una imagen horrible: Mike Horton del Journal-Register de Norway, inclinado sobre el explorador Bearcat del periódico, tomando notas frenético en su taquigrafía universal.
-Ignoro qué es lo que crees que he hecho, pero estás equivocada. Iré a verte y hablaremos...
-No. No creo que pueda verte ahora, Alan.
-Sí. Sí puedes. Y vas a verme. Estaré...
En eso irrumpió la voz de Henry Payton. ¿Por qué no lo haces ahora mismo, antes de que se ponga nervioso y decida visitar unos parientes en Dry Hump, Dakota del Sur?
-¿Estarás qué? -estaba preguntando Polly-. ¿Estarás qué?
-Acabo de recordar algo -dijo Alan lentamente.
-¿Ah, sí? ¿Es una carta que escribiste a principios de septiembre, Alan? ¿Una carta a San Francisco?
-No sé de qué estás hablando, Polly. No puedo ir ahora porque descubrimos un indicio... sobre el otro asunto. Pero más tarde...
Polly hablé a través de una serie de sollozos jadeantes que debían dificultar el entenderle, pero no fue así.
-¿No lo comprendes, Atan? Ya no hay más tarde, ya no. Tú... Polly, por favor...
-¡No! ¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz, entrometido fisgón hijo de puta!
¡Bínk!
Y de repente, Alan estaba escuchando ese zumbido de línea abierta de teléfono de nuevo. Miró alrededor del cruce de Main y School como un hombre que no sabe dónde está y no tiene una idea clara de cómo llegó alai. Sus ojos tenían esa expresión remota, intrigada, que se ve con frecuencia en los ojos de los boxeadores en los últimos segundos antes de que se les doblen las rodillas y queden tendidos en la lona para una larga siesta invernal.
¿Cómo había sucedido esto? ¿Y cómo había sucedido tan rápidamente?
No tenía la menor idea. Durante la última semana, parecía que todo el pueblo se había desquiciado... y ahora Polly estaba infectada, también.
Bink!

-¿Umm... comisario? -era Sheila, y por su tono bajo, tentativo, Alan supo que había escuchado por lo menos parte de su conversación con Polly-. ¿Alan, me oyes? ¿Recibes?
Alan sintió un súbito impulso, sorprendentemente fuerte, de arrancar el micrófono del enchufe y tirarlo en los arbustos más allá de la acera. Después, marcharse en el auto. A cualquier parte. Sólo dejar de pensar y conducir bajo el sol.
En cambio, hizo acopio de fuerza y se obligó a pensar en Hugh Priest. Eso era lo que tenía que hacer, porque ahora parecía que tal vez Hugh había ocasionado la muerte de las dos mujeres. De momento, tenia que ocuparse de Hugh, no de Polly... y ante esta perspectiva, descubrió que estaba oculta una gran sensación de alivio.
Oprimió el botón TRANSMITIR.
-Aquí, Sheila. Escucho.
-Alan, creo que perdí la conexión con Polly. Yo... este... no tenía... intención de escuchar, pero...
-Está bien, Sheila; ya terminamos -(había algo terriblemente final en lo que acababa de decir, pero rehusó pensar en eso ahora)-. ¿Quién está contigo ahora? Fuera.
-John está de guardia -dijo Sheila, obviamente aliviada por el giro de la conversación-. Clut está de patrullaje. Cerca de Castle View, según su último reporte.
-Bien -el rostro de Polly, cubierto con un enojo extraño, trató de nadar a la superficie de su mente. Lo obligó a hundirse de nuevo y se concentró en Hugh Priest. Pero por un segundo terrible no pudo ver ningún rostro, sólo un vacío espantoso.
-¿Alan? ¿Me oyes? ¿Fuera?
-Sí. Claro. Llama a Clut y dile que vaya a la casa de Hugh Priest cerca del final del camino de Castle Hill. Él sabrá dónde es. Me imagino que Hugh está en el trabajo, pero si por casualidad tomó el día libre quiero que Clut lo detenga y lo lleve a la oficina para interrogarlo. ¿Enterada?
-Enterada, Alan.
-Dile que proceda con extrema precaución. Dile que se busca a Hugh para interrogarlo sobre la muerte de Nettie Cobb y Wilma Jerzyck. El podrá llenar el resto de los detalles. Fuera.
-¡Oh! -Sheila se oía alarmada y emocionada-. Enterada, comisario.
-Estoy en camino al depósito de vehículos del municipio. Espero encontrar a Hugh ahí. Fin y fuera.
Mientras enganchaba el micrófono (se sentía como si lo hubiese estado sosteniendo cuatro años, por lo menos) pensó: Si le hubieras dicho a Polly lo que acabas de transmitirle a Sheila, es posible que fuese un poco menos desagradable la situación que tienes en las manos.
O tal vez no... ¿cómo podía decir una cosa así cuando no sabía cuál era la situación? Polly lo había acusado de entrometerse... de fisgar. Eso cubría una gran extensión de territorio y no aparecía en el mapa. Además, había otro detalle. Parte de su trabajo consistía en decirle al despachador que emitiera una orden de detención. También lo era asegurarse de que los oficiales supieran que el hombre a quien buscaban podía ser peligroso. Sin embargo, dar la misma información a tu nbvia en enlace abierto de radio y teléfono, era una cosa totalmente distinta. Había hecho lo correcto y lo sabía.
Sin embargo, eso no aliviaba el dolor en su corazón e hizo otro esfuerzo por enfocar su mente en el asunto que tenía por delante: encontrar a Hugh Priest, encerrarlo, buscarle un maldito abogado si quería uno y después preguntarle por qué le había hundido un sacacorchos a Raider, el perro de Nettie.
Funcionó por un momento, pero mientras encendía el motor de la camioneta y se alejaba del bordillo de la acera, todavía era el rostro de Polly, no el de Hugh, el que veía en su mente.

Diecisiete

1

Casi al mismo tiempo que Alan atravesaba el pueblo para detener a Hugh Priest, Henry Beaufort estaba parado en la entrada, de su casa, mirando su Thunderbird. En una mano, sostenía la nota que había encontrado bajo el limpiador del parabrisas. El daño que este bastardo de mierda le había causado a los neumáticos era serio, pero los neumáticos podían cambiarse. Lo que lo encabronaba realmente era la raspadura que le había hecho a lo largo del costado derecho del auto.
Miró de nuevo la nota y la leyó en voz alta.
-¡No vuelvas a negarme un trago ni a esconderme las llaves de mi auto, maldito sapo!
¿A quién le había negado tragos últimamente? Oh, a toda clase de personas. La noche en que no tenía que rehusarse a servirle una copa más a alguno de sus parroquianos era una noche extraordinaria, sin duda. ¿Pero a quién le había negado un trago y además se había quedado con las llaves de su auto colgadas en el tablero detrás de la barra? Sólo a uno en los últimos días.
Sólo a uno.
-Jodido borracho -dijo el propietario y cantinero de El Tigre Meloso en voz baja, reflexiva-. Estúpido demente jodido borracho hijodeputa.
Pensó en entrar a la casa y buscar el rifle para cazar venados y luego cambió de idea. El Tigre estaba muy cerca y debajo de la barra guardaba una caja un tanto especial. Dentro estaba una escopeta Winchester recortada, de doble cañón. La tenía guardada ahí desde que el imbécil de Ace

Merrill trató de robarle hacía unos cuantos años. Era un arma prohibida por la ley y Henry nunca la había usado.
Pensó que ahora era la ocasión para usarla.
Tocó la horrible raspadura que Hugh había hecho en el costado del T-Bird, después estrujó la nota y la arrojó a un lado. A esta. hora ya estaría Billy Tupper en El Tigre, barriendo el piso y mojando cabezas. Henry sacaría la recortada y le pediría prestado el Pontiac a Billy. Parecía que tendría que cazar a un cretino borracho. Henry mandó de una patada la nota arrugada al pasto.
-Has estado tomando las píldoras de estúpido otra vez, Hugh, pero a partir de hoy no tornarás una más... te lo garantizo -tocó la raspadura por última vez. En toda su vida, nunca había estado tan furioso-. Te lo garantizo, jodido borracho.
Henry emprendió el camino hacia El Tigre Meloso, caminando a toda prisa.
2
En el proceso de hacer pedazos el dormitorio de George T. Nelson, Frank Jewett encontró más de diez gramos de cocaína debajo del colchón de la cama matrimonial. La tiró al inodoro, y mientras la veía desaparecer en un remolino de agua sintió un súbito calambre en el vientre. Empezó a desabrocharse los pantalones, pero cambió de idea y volvió al dormitorio destrozado. Frank suponía que había perdido la razón por completo, pero ya no le importaba gran cosa. Los dementes no tienen que pensar en el futuro. Para los dementes, el futuro se situaba en una prioridad muy baja.
Uno de los objetos que permanecían en su sitio en el dormitorio de George T. Nelson era un cuadro colgado en la pared. Era el retrato de una anciana. Tenía un costoso marco de oro y eso le sugirió a Frank que era un retrato de la sagrada madre de George T. Nelson. De nuevo lo atacó el calambre. Entonces se desabrochó los pantalones, se puso en cuclillas cuidadosamente sobre el retrato que había colocado en el piso e hizo lo que le mandaba la naturaleza.
Era el punto máximo de lo que había sido, hasta entonces, un día muy pesado.
3
Lenny Partridge, el residente más anciano de Castle Rock y poseedor del Bastón Post, de Boston, el cual en un tiempo había estado en manos de la tía Evvie Chalmers, también era propietario de uno de los autos más antiguos de Castle Rock. Era un Chevrolet Bel-Air 1966, el cual había sido blanco en alguna época. Ahora era de un tono genérico incoloro; digamos, Gris Sucio de Carretera. No estaba en muy buenas condiciones. Varios años antes, el vidrio de la ventanilla posterior se había remplazado con una aleteante hoja de plástico para todo clima, la parte inferior de las portezuelas estaba tan oxidada que, mientras circulaba, Lenny podía ver el camino a través de un complicado encaje de herrumbre y el tubo de escape colgaba como el brazo descompuesto de un hombre que murió en un clima seco. Los sellos del aceite también había-1 desaparecido. Cuando Lenny conducía el Bel-Air, iba esparciendo grandes nubes de oloroso humo azul por detrás y los campos por los que pasaba en su viaje diario al pueblo quedaban como si un aviador homicida los hubiese rociado con un plaguicida. El Chevy sé engullía tres (a veces cuatro) litros de aceite al día. Ese escandaloso consumo no molestaba a Lenny en lo más mínimo; le compraba aceite para motor Diamond reciclado a Sonny Jackett, en el tamaño económico de diecinueve litros, y siempre se aseguraba de que Sonny le descontara el diez por ciento... el descuento para las personas de la Tercera Edad. Y ya que en los últimos diez años nunca había conducido el Bel-Air a una velocidad mayor a cincuenta y cinco kilómetros por hora, era probable que el auto siguiera en circulación más tiempo que Lenny mismo.
Mientras Henry Beaufort emprendió el camino hacia El Tigre Meloso, en el otro lado del Tin Bridge, a casi ocho kilómetros de distancia, Lenny guiaba su herrumbroso Bel-Air por la cima de Castle Hill.
A mitad de la carretera estaba un hombre con los brazos levantados en un imperial ademán de alto. El hombre tenía el pecho desnudo y estaba descalzo. Sólo llevaba puestos unos pantalones caqui con la bragueta abierta y, alrededor del cuello, una tira de piel comida por la polilla.
El corazón de Lenny dio un gran salto asmático en el escuálido pecho y apretó con ambos pies, calzados con un par de zapatos tenis a punto de desintegrarse, el pedal del freno. Se hundió casi hasta el piso con un lamento fantasmal y al fin se detuvo el Bel-Ai'r a menos de noventa centímetros del hombre en el camino, a quien ahora Lenny reconoció cómo Hugh Priest. Hugh no había retrocedido ni un paso siquiera. Cuando el auto se paró caminó rápidamente hasta donde estaba sentado Lenny, con las manos apretadas contra el frente dé su camiseta térmica, tratando dé recuperar el aliento y preguntándose si éste sería el ataque cardiaco final.
-¡Hugh! -jadeó-. ¿Qué diablos estás haciendo, muchacho? ¡Por poco te atropello! Yo...
Hugh abrió la portezuela del conductor y se inclinó hacia adentro del auto. La estola de piel que llevaba alrededor del cuello osciló hacia adelanté y Lenny retrocedió ante ella. Parecía un rabo de zorra medió podrido, al cual le faltaban grandes trozos de pelo en la piel. Olía mal.
Hugh lo agarró por los tirantes del overol y lo sacó del auto. Lenny emitió un chillido de terror e indignación.

-Lo siento, veterano -dijo Hugh con la voz distraída de un hombre que está preocupado por problemas mucho más importantes que éste-. Necesito tu auto. El mío está un poco indispuesto.
-No puedes...
Pero Hugh sí podía, definitivamente. Arrojó a Lenny al otro lado de la carretera, como si el anciano no fuese más que un saco de trapos. Cuando Lenny cayó en el suelo, se oyó un claro sonido de fractura y sus protestas se convirtieron en gritos de dolor, afligidos y estridentes. Se le había roto la clavícula y dos costillas.
Hugh se colocó detrás del volante del Chevy ignorando por completo a Lenny, cerró la portezuela y hundió el acelerador. El motor soltó un alarido de sorpresa y del escape colgado salió una niebla azul de humo de aceite. Ya circulaba colina abajo a más de ochenta kilómetros por hora antes de que Lenny Partridge pudiera siquiera darse vuelta, penosamente, sobre la espalda.
4
Andy Clutterbuck se enfilaba por el camino de Castle Hill a las 3:35 p.m., aproximadamente. Pasó junto al viejo tragón de aceite de Lenny Partridge que iba en dirección contraria y no le prestó ninguna atención. La mente de Clut estaba inmersa por completo en Hugh Priest y el viejo y herrumbroso Bel-Air no era más que otra parte del paisaje.
Clut no tenía la más remota idea de la causa o la forma en que Hugh podría estar involucrado en las muertes de Wilma y Nettie, pero eso estaba bien; él no era más que un soldado de infantería. Las causas y las formas eran asunto de otra persona, y éste era uno de esos días en que se alegraba de que fuera así. Sabía que Hugh era un ebrio repugnante a quien no habían suavizado los años. Un hombre como él era capaz de cualquier cosa... especialmente cuando tenía varias copas dentro.
Y lo más probable es que esté en el trabajo, pensó Clut, pero al acercarse a la desvencijada choza que Hugh llamaba casa de todos modos soltó la trabilla del revólver reglamentario. Un momento más tarde, vio que el sol parpadeaba sobre vidrio y cromo en la entrada de Hugh y sus nervios se echaron a andar hasta que zumbaban como cables de teléfono en un vendaval. Ahí estaba el auto de Hugh, y cuando el auto de un hombre está en la casa, también está el hombre, normalmente. Éste era un hecho invariable en la vida del campo.
Cuando Hugh salió de su casa a pie, dio vuelta a la derecha, hacia la cima de Castle Hill, alejándose del pueblo. Si Clut hubiese mirado en esa dirección habría visto a Lenny Partridge tirado en la guarnición de la carretera, revolcándose como una gallina que toma un baño de tierra, pero no miró en esa dirección. Toda la atención de Clut se enfocaba en la casa de Hugh. Los débiles quejidos de Lenny, como de pajarito, entraron por uno de los oídos de Clut, atravesaron su cerebro sin tocar la más ligera alarma y salieron por el otro.
Clut sacó la pistola antes de bajarse de la patrulla.
5
William Tupper sólo tenía diecinueve años y nunca sería candidato para una beca Rhodes, pero sí era lo bastante listo como para quedarse aterrado ante el comportamiento de Henry cuando éste entró al bar vacío, faltando veinte minutos para las cuatro en el último día real de la existencia de Castle Rock. También era lo bastante listo para saber que no sería conveniente negarle a Henry las llaves de su Pontiac; en el estado de ánimo en que se encontraba Henry (quien, en circunstancias normales, era el mejor jefe que había tenido Billy), lo habría golpeado y se las habría quitado a la fuerza.
Por tanto, por primera vez, y tal vez la única, Billy puso en práctica la astucia.
-Henry -dijo tímidamente-, se ve como que le caería bien un trago. Creo que sí. ¿Por qué no me deja que sirva uno pequeño para cada uno, antes de que se vaya?
Henry había desaparecido detrás de la barra. Billy podía oírlo mientras hurgaba y maldecía en voz baja. Por fin, se irguió de nuevo, sosteniendo una caja rectangular de madera, con un pequeño candado. Colocó la caja sobre la barra y empezó a revolver entre el arillo de llaves que usaba en el cinturón.
Henry consideró lo que había dicho Bill, estuvo a punto de negar con un movimiento de cabeza y reconsideró el punto. Realmente, no era mala idea tornarse un trago; le aplacaría las manos y los nervios. Encontró la llave que buscaba, quitó el candado de la caja y lo puso a un lado sobre la barra.
-De acuerdo -dijo-. Pero si vamos a hacerlo, hagámoslo bien. Chivas, sencillo para ti, doble para mí -señaló con el dedo a BiIly. Billy se encogió; de repente, estuvo seguro de que Henry añadiría: Pero tú vendrás conmigo-. Y no le digas a tu madre que te permití tomar licor aquí, ¿me entiendes?
-Sí, señor -asintió Billy, aliviado. Se dirigió a toda prisa en busca de la botella, antes de que Henry cambiara de parecer-. Entiendo perfectamente.
6
Deke Bradford, el hombre que dirigía la operación de mayor envergadura y más costosa de Castle Rock, las obras públicas, estaba sumamente disgustado.
-No, no está aquí -le dijo a Alan-. No ha venido en todo el día. Pero si tú lo ves antes que yo, haz el favor de decirle que está despedido.
-¿Por qué lo has aguantado tanto tiempo, Deke?

Estaba de pie bajo la cálida luz del sol vespertino, fuera del Estacionamiento Municipal No. 1. A la izquierda, un camión de Construcciones y Suministros Case estaba metido de reversa en un cobertizo. Tres hombres descargaban unas cajas de madera, pequeñas pero pesadas. En cada lado, tenían pintada una figura de diamante rojo: el símbolo de explosivos peligrosos. Alan podía oír el susurro del aire acondicionado que provenía del interior del cobertizo. Parecía extraño que, en esta época del ario, estuviese en funcionamiento un aire acondicionado, pero ésta había sido una semana extremadamente extraña en Castle Rock.
-Lo he aguantado más de lo que debía -admitió Deke, y se entremetió los dedos por el cabello corto y canoso-. Lo hice porque creía que en alguna parte de su interior estaba oculto un buen hombre -Deke era un hombre de baja estatura y robusto, una toma para incendios con piernas, quien siempre se veía dispuesto a arrancarle un pedazo de trasero al prójimo. Sin embargo, era uno de los hombres más dulces y bondadosos que Alan había conocido-. Cuando no estaba ebrio, o con una resaca de enormes proporciones, no había nadie que trabajara más duro que Hugh. Y en su expresión, había algo que me hacía pensar que no era uno de esos sujetos que tienen que seguir bebiendo hasta que se los lleva el diablo. Pensaba que con un empleo estable tal vez se enderezaría y tomaría el camino recto. Pero esta última semana...
-¿Qué pasó esta última semana?
-El hombre se ha estado deteriorando notablemente. Parecía que estaba alelado, todo el tiempo, y no me refiero a que estuviese ebrio necesariamente. Se veía como si los ojos se le hubiesen hundido en la cabeza y cuando hablabas con él siempre miraba por encima de tu hombro, nunca te veía de frente. Además, empezó a hablar consigo mismo.
-¿Acerca de qué?
-No lo sé. Y dudo que lo sepan los demás muchachos. Odio tener que despedir a un hombre, pero ya había tomado una decisión respecto a Hugh, incluso antes de que tú llegaras. Ya terminé con él.
-Discúlpame, Deke -Alan regresó al auto, llamó a Sheila y le dijo que Hugh no se había presentado al trabajo en todo el día.
-Trata de localizar a Clut, Sheila, y dile que proceda con mucho cuidado. Envía a John como apoyo -titubeó sobre la siguiente parte, con el conocimiento de que la advertencia ya había resultado antes en más de unos cuantos disparos innecesarios y, después, prosiguió. Tenía que hacerlo; se lo debía a sus oficiales en servicio-. Clut y John deben considerar a Hugh como un sujeto armado y peligroso. ¿Entendiste?
-Armado y peligroso. Enterada.
-Correcto. Fuera Unidad Uno.
Colocó el micrófono en el soporte y volvió con Deke.
-¿Crees que pueda haberse ido del pueblo, Deke?
-¿Hugh? -Deke inclinó la cabeza hacia un lado y escupió jugo de tabaco-. Los tipos como él nunca se van del pueblo hasta que recogen el último cheque de salario. La mayoría de ellos nunca se va. Cuando se trata de recordar cuáles son los caminos que te conducen lejos del pueblo, los sujetos como Hugh parecen sufrir alguna clase de olvido enfermizo.
Algo captó la atención de Deke y se volvió hacia los hombres que descargaban las cajas de madera.
-¡Fíjense en lo que hacen, muchachos! ¡Se supone que deben descargar las cajas, no jugar beisbol con ellas!
-Sí que tienes una buena cantidad de explosivos ahí -comentó Alan.
-Sí, veinte cajas. Vamos a dinamitar un bloque de granito en la mina de grava del camino vecinal No. 5. Tengo la impresión de que nos sobrarán suficientes explosivos para volar a Hugh hasta Marte, si quieres.
-¿Para qué adquirieron tanto?
-No fue idea mía; Buster aumentó la cantidad en mi orden de compra, sólo Dios sabe por qué. Sin embargo, sí te puedo decir una cosa: se va a cagar cuando vea el recibo de electricidad de este mes... a menos que se presente un frente frío. Ese acondicionador de aire se chupa la corriente de un modo terrible, pero este material puede explotar si no se mantiene frío. Todos dicen que eso ya no pasa con la dinamita nueva, pero yo creo que más vale prevenir que remediar.
-¿Buster aumentó tu orden? -meditaba Alan.
-Sí, con cuatro o seis cajas, no me acuerdo bien. Nunca termina uno de asombrarse, ¿eh?
-Parece que no. Deke, ¿puedo usar el teléfono de tu oficina?
-Está a tu disposición.
Alan se sentó detrás del escritorio de Deke durante un minuto completo, con grandes manchas de sudor bajo los brazos de la camisa del uniforme, escuchando que sonaba el teléfono en la casa de Polly, una y otra vez. Al final, dejó caer el auricular en é1 soporte.
Salió de la oficina con paso lento, la cabeza baja. Deke estaba cerrando con candado la puerta del cobertizo con la dinamita y cuando se dio vuelta hacia Alan su rostro estaba largo y con expresión triste.

-En alguna parte, en el interior de Hugh Priest, había un hombre bueno, Alan. Te lo juro por Dios. Muchas veces ese hombre logra salir a la superficie. Lo he visto antes. Con más frecuencia de lo que cree la gente. Con Hugh... -encogió los hombros-. No sucedió como esperaba.
Alan asintió con un movimiento de cabeza.
-¿Te sientes bien, Alan? No te ves en tus cinco sentidos.
-Estoy bien -dijo Alan, con una leve sonrisa. Pero era verdad: parecía que no estaba en sus cinco sentidos. Tampoco Polly. Ni Hugh. Ni Brian Rusk. Por lo visto, hoy nadie estaba en sus cinco sentidos.
-¿Quieres un vaso de agua o té frío? Aquí tengo.
-Gracias, pero será mejor que me vaya.
-Bueno. Ya me contarás qué fue lo que pasó.
Eso era algo que Alan no podía prometer que haría, pero tenía una terrible sensación en la boca del estómago que le insinuaba que Deke podría leerlo él mismo en un día o dos. O verlo por televisión.
7
El viejo Bel-Air de Lenny Partridge se detuvo en uno de los espacios oblicuos para estacionamiento frente a Cosas Necesarias poco antes de la cuatro y de él descendió el hombre del momento. La bragueta de Hugh seguía abierta y aún llevaba el rabo de zorra alrededor del cuello. Cruzó la acera, los pies descalzos palmoteando en el concreto caliente, y abrió la puerta. Tintineó la pequeña campanilla de plata.
Charlie Fortin fue la única persona que lo vio entrar. Estaba parado en el umbral de Western Auto, fumando uno de sus apestosos cigarrillos enrollados a mano.
-Por fin perdió del todo la chaveta el viejo Hugh -dijo Charlie a nadie en particular.
Dentro de Cosas Necesarias, el señor Gaunt miró al viejo Hugh con una sonrisa agradable, ilusionada... como si el hecho de que se presentara en su tienda un hombre descalzo, con el torso desnudo y un rabo de zorra, picado por la polilla, alrededor del cuello, fuese lo más normal del mundo. Puso una diminuta marca en la hoja junto a la caja registradora. La última marca.
-Estoy en dificultades -dijo Hugh, avanzando hacia el señor Gaunt. Sus ojos rodaban de un lado a otro en las órbitas, como las bolitas en las máquinas tragamonedas-. Esta vez, tengo un problema realmente difícil.
-Lo sé -asintió el señor Gaunt con su voz más tranquilizante.
-Pensé que éste era el mejor lugar al que podía acudir. No sé... todo el tiempo sueño con usted. No... no sabía a dónde dirigirme.
-Éste es el sitio indicado, Hugh.
-Me destrozó los neumáticos -murmuró Hugh-. Beaufort, el bastardo dueño de El Tigre Meloso. Dejó una nota. "Ya sabes lo que vendré a buscar la próxima vez Hubert", decía. Sé lo que eso significa. Puede estar seguro de que lo sé -acarició la roñosa piel con una de las manos sucias, de largos dedos, y por su rostro se extendió una expresión de adoración. Habría sido ridícula si no hubiese sido tan claramente auténtica-. Mi hermoso, mi hermoso rabo de zorra.
-Tal vez deberías ocuparte de él -sugirió el señor Gaunt cuidadosamente-, antes de que él se ocupara de ti. Sé que eso suena un poco... bueno... extremoso, pero si consideramos...
-¡Sí! ¡Sí! ¡Eso es lo que quiero!
-Creo que tengo justo lo que necesitas -dijo el señor Gaunt. Se agachó y cuando se enderezó tenía una pistola automática en la mano izquierda. La empujó sobre la cubierta de cristal de la vitrina-. Toma, está totalmente cargada.
Hugh la recogió. Cuando el sólido peso de la pistola llenó su mano, su confusión pareció desvanecerse como humo. Pudo oler grasa de pistola, suave y fragante.
-Yo... dejé mi billetera en casa -se excusó.
-Oh, no te preocupes por eso -le dijo el señor Gaunt-. En Cosas Necesarias aseguramos lo que vendemos -de pronto se endureció su rostro. Los labios se retiraron de los dientes y centellearon los ojos-. ¡Mátalo! -ordenó en voz baja y ronca-. ¡Mata al bastardo que quiere destruir lo que es tuyo! ¡Mátalo, Hugh! ¡Protégete! ¡Protege tu propiedad!
Hugh sonrió de repente.
-Gracias, señor Gaunt. Muchas gracias.
-No tienes por qué dármelas -dijo el señor Gaunt, recuperando de inmediato su tono normal de voz, pero ya estaba tintineando la pequeña campanilla de plata mientras salía Hugh, metiéndose la automática en la floja pretina de los pantalones.
El señor Gaunt se acercó a la ventana y observó a Hugh sentarse tras el volante del desvencijado Chevy y regresar a la calle. Un camión de Budweiser que bajaba lentamente por la calle Main tocó su bocina y viró para evitarlo.
-Mátalo, Hugh -dijo el señor Gaunt en voz baja. Diminutas columnas de humo empezaron a surgir de sus oídos y del cabello; hilos más gruesos emergían de las ventanillas de la nariz y de entre las lápidas cuadradas y blancas de los dientes-. Mata a todos los que puedas. Empezó la fiesta, amigo.
El señor Gaunt echó la cabeza para atrás y se rió a carcajadas.
8

John LaPointe se dirigía apresurado hacia la puerta lateral de la oficina del comisario, la que daba al lote del estacionamiento del Palacio Municipal. Estaba excitado. Armado y peligroso. No muy a menudo tenías que participar en la detención de un sospechoso armado y peligroso. Y menos en un somnoliento pequeño pueblo como Castle Rock. Había olvidado todo lo relacionado con la billetera perdida (al menos por el momento) y Sally Ratcliffe estaba aún más lejos de su mente.
Llegó a la puerta en el instante en que alguien la abría desde el otro lado. De pronto, John se encontró frente a los noventa y cinco kilos del enojado entrenador de educación física.
-Justo el hombre que quería ver -dijo Lester Pratt con su voz suave y sedosa. Sostenía en alto una billetera del piel negra-. ¿Perdiste algo, horrible tahúr, hipócrita ateo hijo de puta?
John no tenía la más ligera noción de qué estaba haciendo aquí Lester Pratt ni de cómo podía haber encontrado su billetera. Sólo sabía que se le había asignado como apoyo para Clut en una misión y tenía que irse cuanto antes.
-Sea lo que sea, hablaré contigo más tarde, Lester -dijo John y extendió la mano para tomar la billetera. Cuando Lester la retiró de su alcance y después le golpeó con ella en la mitad del rostro, John se quedó más asombrado que enojado.
-Oh, yo no quiero hablar -respondió Lester con su nueva voz suave y sedosa-. No quiero perder el tiempo -dejó caer la billetera, agarró a John por los hombros, lo levantó y lo lanzó hacia la oficina del comisario. El asistente John LaPointe voló casi dos metros en el aire y aterrizó sobre el escritorio de Norris Ridgewick. Su trasero patinó por la cubierta del escritorio, abrió un surco entre las pilas de papeles y tiró al piso la canastilla de PENDIENTES/ATENDIDOS de Norris. John la siguió, cayendo sobre la espalda con un doloroso golpazo.
Sheila Brigham se asomaba por la ventanilla del despachador, con la boca abierta.
John empezó a levantarse. Estaba tembloroso y confuso, sin el menor indicio de qué estaba pasando.
Lester caminaba hacia él con un contoneo de boxeo. Los puños en alto, en una antigua pose de John L. Sullivan que hubiese sido cómica, pero que no lo era.
-Te voy a enseñar una lección -continuó Lester con su nueva voz suave y sedosa-. Te voy a enseñar lo que les pasa a los sujetos católicos que se roban a las chicas de los sujetos bautistas. Te voy a enseñar todo lo que necesitas saber y, cuando termine, lo habrás aprendido tan bien que nunca lo olvidarás.
Lester Pratt se acercó a una distancia adecuada para la enseñanza.
9
Era posible que Billy Tupper no fuese un intelectual, pero era un oído simpático, y un oído simpático era la mejor medicina para la rabia que sentía esa tarde Henry Beaufort. Henry bebió su copa y le contó a BilIy lo que había sucedido... y mientras hablaba, sintió que se iba calmando. Se le ocurrió que si hubiese sacado la escopeta y hubiese actuado por impulso, no habría terminado el día detrás de la barra, sino detrás de los barrotes de la celda en la oficina del comisario. Le tenía un gran cariño al T-Bird, pero se empezaba a dar cuenta de que ese cariño no ameritaba que fuese a prisión. Podría reponer los neumáticos y la raspadura se iría desvaneciendo con el tiempo. En cuanto a Hugh Priest, que la ley se ocupara de él.
Terminó su copa y se puso de pie.
-¿Aún piensa ir a buscarlo, señor Beaufort? -preguntó Billy con aprensión.
-No tiene caso que pierda el tiempo -dijo Henry, y Billy soltó un suspiro de alivio-. Voy a dejar que Atan Pangborn se encargue de él. Para eso pago impuestos, ¿no es verdad, Billy?
-Creo que sí -Billy miró por la ventana y el rostro se le iluminó un poco más. Un viejo auto herrumbrosa, un auto que una vez había sido blanco, pero ahora era de un tono genérico incoloro, llamémoslo Gris Sucio de Carretera, descendía de la colina hacia El Tigre Meloso, esparciendo una espesa niebla azul por el escape-. ¡Mire! ¡Ahí viene el viejo Lenny! ¡Hacía mil años que no lo veía.!
-Bueno, de todos modos no abrimos hasta las cinco -replicó Henry. Se dirigió a la parte de atrás de la barra para usar el teléfono. La caja que contenía la escopeta recortada aún estaba sobre la barra, Creo que estaba dispuesto a utilizar eso, reflexionó. Creo que estaba dispuesto, en realidad. ¿Qué demonios se mete en la gente... alguna clase de veneno?
Billy caminó hasta la puerta, mientras el viejo auto de Lenny se detenía en el lote de estacionamiento.
10
-Lester... -empezaba a decir John LaPointe, y en eso un puño casi tan grande como un jamón enlatado Daisy, pero mucho más fuerte, se estrelló en el centro de su rostro. Se oyó un sucio crujido cuando sé le rompió la nariz en un estallido de dolor terrible. Los ojos de John se cerraron y en la oscuridad resplandeció una lluvia de luces de colores, Retrocedió tambaleándose por el cuarto, agitando los brazos, librando una batalla perdida por permanecer de pie. La sangre le brotaba de la nariz sobre la boca. Pegó contra el tablero de los boletines y lo tiró al piso.
Lester avanzó hacia él de nuevo, la frente arrugada en un nudo de concentración bajo el vociferante corte de cabello.
En la oficina del despachador, Sheila corrió a la radio y trató de ponerse en contacto con Alan.

11

Frank Jewett estaba a punto de salir de la casa de su buen "amigo" George T. Nelson, cuando lo asaltó una súbita reflexión precautoria. El sentido común le indicaba que cuando llegara George T. Nelson y encontrara el dormitorio destrozado, la cocaína desaparecida y cagado el retrato de su madre, saldría en busca de su antiguo compañero de fiestas. Frank decidió que sería una locura irse sin terminar lo que había empezado... y si terminarlo significaba volarle la cabeza a ese bastardo chantajista, que así fuera. En la planta baja había un gabinete con pistolas, y la idea de finalizar la tarea con una de las pistolas de George T. Nelson le parecía un justicia poética a Frank. Si no podía abrir el gabinete, o forzar la puerta, recurriría a uno de los cuchillos para carne de su viejo compañero de fiestas y con eso haría el trabajo. Se colocaría detrás de la puerta y, cuando entrara George T. Nelson, Frank le volaría la jodida cabeza o lo agarraría por los cabellos y le cortaría la jodida garganta. Probablemente, la pistola era la más segura de las dos opciones, pero entre más pensaba Frank en la sangre caliente que brotaría del cuello rebanado de George T. Nelson y se esparciría por sus manos más se inclinaba por esta última. Et tu. Georgie. Et tu, canalla chantajista.

En ese punto, Tammy Faye, el periquito de George T. Nelson, el cual eligió el momento menos propicio de su pequeña vida de ave para ponerse a cantar, interrumpió las reflexiones de Frank. Mientras Frank lo escuchaba empezó a formarse en su rostro una peculiar sonrisa, terriblemente desagradable. ¿Cómo se le había escapado el maldito pájaro la primera vez?, se preguntaba en su camino hacia la cocina.

Después de una breve exploración encontró el cajón de los cuchillos y pasó los siguientes quince minutos introduciéndolos entre los barrotes de la jaula de Tammy Faye, provocando en la pequeña ave un revoloteante pánico, el cual causó que perdiera varias plumas, antes de que se aburriera del juego y la atravesara. En seguida se dirigió a la planta baja para ver qué podía hacer con el gabinete de las pistolas. La cerradura no presentó ningún problema, y mientras Frank subía de nuevo al primer piso entonó una canción extemporánea, pero alegre, no obstante:

Oh... nada de riñas, nada de llanto.
Olvida los pucheros, te diré por qué,
¡Santa Claus está en camino!
¡Te ve cuando estás dormido!
¡Sabe cuándo estás despierto!
Sabe si has sido bueno o malo.
¡Por favor, más vale que te portes bien!

Frank, quien todos los sábados en la noche veía el programa de Lawrence Welk con su bienamada madre, cantó la última línea en un tono bajo profundo de Larry Hooper. ¡Caramba, se sentía muy bien! ¿Cómo pudo haber creído, tan sólo una hora antes, que había llegado el final de su vida? ¡Esto no era el final, era el inicio! ¡A un lado los antiguos amigos, especialmente los viejos "amigos" como George T. Nelson, y vengan los nuevos!

Frank se situó detrás de la puerta. Estaba bien preparado para el combate; tenía una escopeta Winchester recargada contra la pared, una Llama .32 automática metida en el cinturón y un cuchillo Sheffington en la mano. Desde su posición podía ver la pequeña pila de plumas de lo que había sido Tammy Faye, Una pequeña sonrisa torcía la boca de señor Paz de Frank y los ojos, unos ojos con una expresión totalmente desquiciada ahora, no dejaban de moverse de un lado a otro detrás de los espejuelos redondos sin armazón de señor Paz.

-" ¡Por Dios, más vale que te portes bien!" -amonestó en voz baja. Cantó esta línea unas cuantas veces mientras permanecía de pie, y varias veces más después de que se puso más cómodo, sentándose detrás de la puerta con las piernas cruzadas, la espalda recargada contra la pared y las armas en el regazo.

De repente, se alarmó al darse cuenta de que se sentía muy somnoliento. Era descabellado estar a punto de quedarse dormido cuando, de un momento a otro, se tiene la intención de cortarle la garganta a un hombre, pero eso no cambiaba el hecho. Recordó que en alguna parte había leído (tal vez en unía de las clases en la Universidad de Maine, en Farmington, un colegio rural en el cual e había graduado sin ningún honor en absoluto) que una conmoción muy seria en el sistema nervioso causaba ese mismo efecto... y él había sufrido una conmoción seria, en realidad. Había sido un milagro que el corazón no se le hubiese reventado como un neumático viejo cuando vio todas esas revistas esparcidas por su oficina.

Frank decidió que sería tonto correr riesgos. Apartó un poco de la pared el largo sofá, de color avena, de George T. Nelson, se arrastró detrás de él y se acostó sobre la espalda con la escopeta junto a la mano izquierda. La mano derecha, aún cerrada alrededor del mango del cuchillo para carne, la tenía sobre el pecho. Así. Mucho mejor. La mullida alfombra de George T. Nelson era muy cómoda, realmente.

-"Por Dios, más vale que te portes bien" -canturreó Frank en voz baja. Diez minutos después, cuando finalmente se quedó dormido, aún seguía cantando en voz baja, ronca.

12

-¡Unidad Uno! -gritó Sheila desde la radio instalada bajo el tablero cuando Alan cruzaba el Tin Bridge de regreso al pueblo-. ¡Responda, Unidad Uno! ¡Responda de inmediato!
Alan sintió una terrible sacudida en el estómago. Clut se había encontrado con urea situación peligrosa en la casa de Hugh Priest en el camino de Castle Hill, estaba seguro. ¿Por qué, en nombre de Cristo, no le haba dicho a Clut que esperara a John antes de enfrentarse con Hugh?
Ya sabes por qué, porque no tenías toda la atención puesta en tu trabajo mientras dabas órdenes, Si por tu descuido le pasó algo a Clut, tendrás que encararlo y aceptar tu responsabilidad. Pero eso vendrá después. Ahora tienes que cumplir con tu trabajo. Hazlo, Alan, olvídate de Polly y cumple con tu obligación.
Tomó el micrófono del soporte.
-Unidad Uno, escucho.
-¡Alguien está golpeando a John! -gritó Sheila-. ¡Ven pronto, Alan, lo está lastimando en serio!
Esta información era tan absolutamente contraria a la que Alan había esperado, que se quedó desconcertado por completo.
-¿Qué? ¿Quién? ¿Ahí?
-;Date prisa, lo está matando!
De repente, cayó en la cuenta. Era Hugh Priest, por supuesto. Por alguna razón había ido a la oficina del comisario, había llegado antes de que John saliese para Castle Hill y se había armado la bronca. Era John LaPointe, y no Andy Clutterbuck, quien estaba en peligro.
Alan sacó la torre, la encendió y la colocó en el techo del vehículo. Cuando llegó al pueblo al otro lado del puente, le ofreció una disculpa silenciosa a la vieja camioneta y hundió el acelerador.
13
Clut empezó a sospechar que Hugh no estaba en casa cuando vio que todos los neumáticos del auto del hombre no sólo estaban desinflados sino hechos pedazos. De todos modos, estaba a punto de acercarse a la casa cuando, por fin, escuchó los débiles gritos de auxilio.
Se detuvo donde estaba durante un momento, indeciso, y después regresó de prisa por la entrada. Esta vez vio a Lenny tirado a un lado de la carretera y corrió, con la funda de la pistola aleteando, hasta donde estaba el anciano.
-¡Ayúdame! -jadeó Lenny cuando Clut se arrodilló junto a él-. ¡Hugh Priest se volvió loco, casi me hace pedazos el maldito bruto del demonio!
-¿Dónde le duele, Lenny? -preguntó Clut. Le tocó el hombro a Lenny y éste soltó un grito agudo de dolor. No necesitaba más respuesta. Clut se puso de pie, inseguro sobre cuál debía ser, con exactitud, su siguiente paso. Tenía demasiadas cosas revueltas en la cabeza. Lo único que sabía con desesperación era que no quería joder el caso.
-No se mueva -.dijo al fin-. Voy a llamar a la Asistencia Médica.
-No tengo la intención de levantarme a bailar un tango, condenado tonto -respondió Lenny. Chillaba y gruñía de dolor. Se veía corno un viejo sabueso con una pata rota.
-Bien -dijo Clut. Empezó a correr hacia la patrulla y, antes de llegar a ella, volvió con Lenny de nuevo-. Se llevó su auto, ¿verdad?
-¡No! -bufó Lenny, con las manos puestas sobre las costillas rotas-. Me golpeó y después se fue volando en una jodida alfombra mágica, ¡Claro que se llevó mi auto! ¿Qué carajos crees que estoy haciendo aquí? ¿Bronceándome?
-Bien -repitió Clut, y corrió por la carretera. Varias monedas salieron disparadas de sus bolsillos y cayeron sobre el pavimento en brillantes arcos pequeños.
Se inclinó por la ventanilla de la portezuela con tanta precipitación que casi se noquea con el borde de la portezuela. Tomó con dificultad el micrófono. Debía pedirle a Sheila que mandara un servicio de auxilio para el anciano, pero esto no era lo más importante. Tanto Alan como la policía estatal tenían que enterarse de que Hugh Priest conducía ahora el destartalado Chevrolet Bel-Air del viejo Lenny Partridge. Clut no estaba seguro del año al que pertenecía el modelo, pero nadie confundiría ese quemador de aceite color polvo.
Pero no podía establecer contacto con Sheila, Lo intentó tres veces y no tuvo respuesta. Ninguna respuesta.
Oyó que Lenny gritaba de nuevo y Clut entró en la casa de Hugh para llamar por teléfono a los Servicios de Rescate de Norway.
Vaya un condenado momento que eligió Sheila para ir al baño, pensó.
14
Henry Beaufort también trataba de comunicarse con la oficina del comisario. Permaneció junto a la barra con el teléfono en el oído. Llamó una y otra vez.
-Vamos -dijo-,contesten el jodido teléfono. ¿Qué están haciendo? ¿Están jugando a las cartas?
Billy Tupper había salido de la cantina. Henry oyó que gritaba algo y levantó la vista impaciente. Un fuerte estallido repentino siguió al grito. Henry pensó que se había pinchado uno de los viejos neumáticos de Lenny... y en eso se oyeron dos estallidos más.
Billy entró a El Tigre. Caminaba muy lentamente. Llevaba una mano en la garganta y entre sus dedos brotaba sangre.

-¡Henry! -gritó Billy con una peculiar voz estrangulada-. ¡Henry! ¡Hen.. . !
Llegó hasta la rock-ola, se tambaleó ahí durante un momento y luego pareció que se aflojaban todas las partes de su cuerpo y se derrumbó en una suave caída.
Una sombra cubrió sus pies, los cuales estaban casi fuera de la puerta, y después apareció el dueño de la sombra. Llevaba un rabo de zorra alrededor del cuello y sostenía una pistola en la mano. El cañón de la pistola despedía humo. Diminutas perlas de sudor se anidaban en el ralo tapete de vello entre sus pezones. La piel bajo los ojos estaba hinchada y café. Pasó sobre Billy a la penumbra de El Tigre Meloso.
-Hola, Henry -dijo Hugh Priest.
15
John LaPointe ignoraba por qué estaba sucediendo esto, pero sabía que, si continuaba, Lester lo mataría, y Lester no daba señales de moderarse, ya no digamos detenerse. Trató de deslizarse por la pared, para ponerse fuera del alcance de Lester, pero éste lo agarró por la camisa y tiró de él. Lester todavía respiraba con normalidad. Ni siquiera se le había salido la camisa de la pretina elástica de los pantalones deportivos.
-Ahí te va, Johnny -dijo Lester, y estrelló otro puño en el labio superior de John. John sintió que se le abría sobre los dientes-. Déjate crecer otro bigotito para cosquillear coños ahí.
A ciegas, John metió una pierna detrás de Lester y empujó lo más fuerte que pudo. Lester emitió un grito de sorpresa y cayó, pero al perder el equilibrio extendió las manos, se aferró de la camisa salpicada con sangre de John y tiró al asistente sobre él. Los dos empezaron a rodar por el piso, lanzando cabezazos y golpes.
Ambos estaban demasiado ocupados para ver que Sheila Brigham salía del cubículo del despachador y entraba a la oficina de Alan. Agarró la escopeta que estaba en la pared, la amartilló y volvió al área de las celdas, la cual ahora era un caos. Lester estaba sentado sobre John, golpeando afanosamente su cabeza contra el piso.
Sheila sabía cómo usar la escopeta que sostenía: había practicado tiro al blanco desde que tenía ocho años. Se colocó la culata contra el hombro y gritó:
-¡Aléjate de él, John! ¡Déjame campo libre!
Lester se volvió al oír el sonido de su voz, los ojos centelleantes. Le mostró los dientes a Sheila como un enojado gorila macho y siguió golpeando la cabeza de John contra el piso.
16
Cuando Alan se acercaba al Palacio Municipal, vio la primera cosa incuestionablemente buena del día. El Volkswagen de Norris Ridgewick se aproximaba por la otra dirección. Norris llevaba ropa de civil, pero eso no le importó en absoluto a Alan. Esta tarde le podía ser de utilidad. Vaya, sí que podía serle útil.
De repente, también eso se lo llevó el diablo.
Un gran auto rojo, un Cadillac, con matrícula KEETON 1, salió disparado de súbito desde el angosto callejón que daba acceso al lote de estacionamiento del Palacio Municipal. Alan observó, con la boca abierta, que Buster dirigía el Cadillac contra el costado del sedán de Norris. El Caddy no iba aprisa, pero, por lo menos, era cuatro veces más grande que el auto de Norris. Se oyó un crujido de metal que se encrespa y el Volkswagen se volteó sobre el lado del pasajero con un estrépito hueco y un enérgico campanilleo de cristal.
Alan hundió los frenos y descendió de la camioneta.
Buster estaba bajándose del Cadillac.
Norris luchaba por salir a través de la ventanilla del Volkswagen con una expresión confundida en el rostro.
Buster empezó a caminar hacia Norris con paso airado, cerrando las manos en puño. Una sonrisa congelada estaba apareciendo en el obeso rostro redondo.
Alan vio esa sonrisa y echó a correr.
17
El primer tiro que disparó Hugh destrozó una botella de Wild Turkey en la parte posterior de la barra. El segundo hizo pedazos el cristal de un documento enmarcado que colgaba en la pared justo encima de la cabeza de Henry y dejó un negro agujero redondo en la licencia para vender licores. El tercero desgarró la mejilla derecha de Beaufort en una nube rosa de sangre y carne vaporizada.
Henry lanzó un grito agudo, agarró la caja con la escopeta recortada y se dejó caer detrás de la barra. Sabía que Hugh lo había herido, pero desconocía la gravedad de la lesión. Sólo percibía que, de pronto, el lado derecho de su rostro ardía como una caldera y que por un lado del cuello le escurría sangre caliente, húmeda, pegajosa.
-Hablemos sobre autos, Henry -estaba diciendo Hugh mientras se acercaba a la barra-. Mejor aún, hablemos acerca de mi rabo de zorra, ¿qué dices?
Henry abrió la caja. Estaba forrada con terciopelo rojo. Metió las manos temblorosas e inestables y sacó la Winchester recortada.

Empezó a destaparla y se dio cuenta de que no había tiempo. Tendría que desear con toda el alma que estuviese cargada.
Juntó las piernas bajo él, preparándose para saltar y darle a Hugh lo que esperaba sinceramente fuese una gran sorpresa.
18
Sheila comprendió que John no iba a poder zafarse de ese demente, quien ahora le parecía que era Lester Platt o Pratt... el profesor de gimnasia de la preparatoria, de cualquier forma. No creía que John pudiese salir de debajo de él. Lester había dejado de golpear la cabeza de John contra el piso y, en lugar de eso, había cerrado las grandes manos alrededor de la garganta de John.
Sheila volteó la escopeta, apretó las manos en el cañón y se lo puso sobre el hombro, como Ted Williams. Luego lo impulsó en un fuerte desplazamiento llano.
Lester volvió la cabeza en el último momento, justo a tiempo para recibir entre los ojos la culata de nogal reforzada con acero. Se oyó un desagradable crujido cuando la culata hizo un agujero en el cráneo de Lester y le convirtió en jalea el cerebro: anterior. Sonó como si alguien hubiese pisado muy fuerte una caja llena de palomitas de maíz. Lester Pratt estaba muerto antes de caer al piso.
Sheila Brigham lo miró y empezó a gritar.
19
-¿Creías que no sabría quién era? -gruñía Buster Keeton mientras arrastraba a Norris, quien estaba aturdido pero ileso, por el resto de su salida por la ventanilla del lado del conductor del Volkswagen-. ¿Pensabas que no lo sabría con tu maldito nombre al pie de cada maldita hoja de papel que pegaste por todos lados? ¿Eso creías? ¿Eso creías?
Echó para atrás un puño para golpear a Norris y Alan Pangborn le deslizó una esposa en la muñeca con una destreza increíble.
-¡Aah! -exclamó Buster, y se dio vuelta pesada y enfáticamente.
Dentro del Palacio Municipal, alguien empezó a gritar.
Alan miró en esa dirección y luego usó la otra esposa en el extremo de la cadena para tirar de Buster hasta la portezuela abierta de su Cadillac. Buster se debatía y Alan recibió varios golpes inofensivos en el hombro mientras enganchaba la esposa en la manija de la portezuela del auto.
Miró a su alrededor y ahí estaba Norris. Tuvo tiempo para registrar el hecho de que Norris se veía terrible, sencillamente terrible, y para descartarlo como una consecuencia de que el Principal Concejal chocara con él a propósito.
-Vamos -le dijo a Norris-. Tenemos problemas.
Pero Norris lo ignoró, al menos por el momento. Pasó junto a Alan y golpeó a Keeton directamente en el ojo. Buster emitió un chillido sorprendido y cayó contra la portezuela del auto. Todavía estaba abierta y su peso la cerró, atrapando el faldón de la camisa blanca empapada en sudor en la cerradura.
-¡Eso es por la trampa para ratas, mierda obesa! -gritó Norris.
-¡Te mataré! -respondió Buster vociferando-. ¡No creas que no lo haré! ¡Los mataré a todos ustedes!
-Toma esto -refunfuñó Norris. Se acercaba de nuevo con los puños amartillados a los lados del pecho de pichón inflado cuando Alan lo agarró y tiró de él hacia atrás.
-¡Ya basta! -le gritó en el rostro-. ¡Tenemos problemas ahí dentro! ¡Problemas serios!
El alarido flotó en el aire de nuevo. Ahora, la gente ya se estaba juntando en las aceras de la parte baja de la calle Main. Norris miró los grupos de personas y después a Alan. Alan vio con alivio que sus ojos se habían aclarado y que ya se veían como siempre. Más o menos.
-¿Qué pasa, Alan? ¿Tienes algo que ver con é/? -movió la barbilla hacia el Cadillac. Buster estaba ahí de pie, mirándolos con resentimiento, mientras tironeaba de la esposa en la muñeca con la mano libre. Parecía que no había escuchado los gritos.
-No -dijo Alan-. En absoluto. ¿Tienes tu pistola?
Norris negó con un movimiento de cabeza.
Alan soltó la trabilla de seguridad de la funda de la pistola, sacó la .38 reglamentaria y se la entregó a Norris.
-¿Y tú, Alan?
-Quiero tener libres las manos. Vamos, aprisa. Hugh Priest está en la oficina y se ha vuelto loco.
20
Hugh Priest se había vuelto loco, en efecto, no cabía duda al respecto, pero se encontraba a ocho kilómetros de distancia del Palacio Municipal de Castle Rock.
-Hablemos acercó de... -empezó, y en eso Henry Beaufort saltó desde detrás dé la barra como un muñeco de resorte, la sangre empapando el lado derecho de su camisa, la escopeta apuntada.
Henry y Hugh dispararon al mismo tiempo. El estallido de la pistola automática se perdió en el rugido confuso, primario, de la escopeta. Del cañón recortado surgió humo y fuego. El impacto levantó a Hugh del piso y lo lanzó al otro lado del salón, los talones desnudos rozando el piso, el pecho una marisma de lodo rojo en desintegración. La pistola salió volando de su mano. Las puntas del rabo de zorra estaban ardiendo.

Henry se desplomó contra la parte posterior de la barra cuando la bala de Hugh le perforó el pulmón derecho. Varias botellas se cayeron y rompieron a su alrededor. Un gran adormecimiento se le extendía por el pecho. Dejó caer la escopeta y se tambaleó hacia el teléfono. En el aire prevalecía un perfume demencial: licor derramado y rabo de zorra quemado. Henry trató de inhalar y, aun cuando el pecho se agitaba, parecía que no penetraba el aliento. El agujero en el pecho producía un sonido débil y agudo al absorber el aire.
El teléfono parecía pesar quinientos kilos, pero por fin pudo ponerse el auricular en el oído y oprimió el botón que marcaba automáticamente el número del comisario.
Ring... ring... ring...
-¿Qué carajos pasa con ustedes? -jadeó Henry de modo entrecortado-. ¡Me estoy muriendo! ¡Contesten el maldito teléfono!
Pero el teléfono siguió llamando.
21
Norris alcanzó a Alan a mitad del callejón y entraron juntos al pequeño lote de estacionamiento del Palacio Municipal. Norris sostenía el revólver reglamentario de Alan con el dedo en la guarda del gatillo y el corto cañón apuntando hacia el cálido cielo de octubre. El Saab de Sheila Brigham estaba en el lote junto a la Unidad No. 4, la patrulla de John LaPointe, pero eso era todo. Alan se preguntó por unos instantes dónde estaba el auto de Hugh, y en eso se abrió de golpe la puerta lateral de la oficina del comisario. Alguien salió de estampida de la oficina de Alan, con una escopeta en un par de manos ensangrentadas. Norris apuntó el cañón corto de la .38 y deslizó el dedo al gatillo.
Alan registró dos cosas a la vez. La primera fue que Norris iba a disparar. La segunda era que la persona con la escopeta, y que gritaba, no era Hugh Priest sino Sheila Brigham.
Esa tarde los reflejos casi celestiales de Alan le salvaron la vida a Sheila, pero por un margen muy escaso. No se molestó en tratar de gritar o usar la mano para desviar el cañón de la pistola. Ninguno de esos intentos tenía grandes probabilidades de éxito. Levantó el codo y lo sacudió bruscamente, como un hombre que baila con gran entusiasmo una danza folclórica. Pegó en la mano de Norris un instante antes de que éste disparara, empujando el cañón hacia lo alto. El disparo se oyó como un latigazo amplificado en el patio cubierto. En el segundo piso se destrozó una ventana de la Oficina de Servicios Municipales. Sheila dejó caer la escopeta que había usado para romperle la crisma a Lester y corrió hacia ellos, gritando y llorando.
-Jesús -dijo Norris con una voz débil y emocionada. Su rostro estaba tan blanco como el papel, mientras le tendía a Alan la pistola, con la culata por delante-. Por poco le disparo a Sheila... oh, Jesucristo.
-¡Alan! -Sheila estaba llorando-. ¡Gracias a Dios!
Corrió a abrazarlo con tanto ímpetu que casi lo derriba. Alan enfundó el revólver y puso los brazos alrededor de ella. Temblaba como un alambre eléctrico por el que corre demasiada corriente. Alan sospechaba que él también estaba temblando y había estado a un paso de mojarse los pantalones. Sheila estaba histérica, ciega por el pánico, y eso probablemente era una bendición: no tenía idea de lo cerca que había estado de recibir un tiro.
-¿Qué está pasando, Sheila? -le preguntó-. Dímelo rápidamente -los oídos le zumbaban en tal forma por el disparo y el eco subsecuente que casi habría jurado que sonaba un teléfono en alguna parte.
22
Henry Beaufort se sentía como un hombre de nieve derritiéndose en el sol. Las piernas ya no lo sostenían. Se derrumbó lentamente a una posición de rodillas con el teléfono que llamaba y nadie contestaba aún sujeto contra el oído. La cabeza le daba vueltas con el hedor combinado de alcohol y piel quemada. Otro olor fuerte se estaba mezclando con éstos. Sospechaba que era el de Hugh Priest.
Estaba remotamente consciente de que esto no funcionaba y que debía marcar otro número para pedir ayuda, pero no creía que pudiera hacerlo. Ya no estaba en condiciones de sacarle otro número al teléfono. Se arrodilló detrás de la barra en un creciente charco de su propia sangre, escuchando el silbido del aire en el agujero en el pecho, aferrándose desesperadamente a la conservación del conocimiento. Todavía faltaba una hora para que abriera El Tigre, Billy estaba muerto y, si nadie contestaba pronto ese teléfono, él también estaría muerto cuando llegaran poco a poco los primeros clientes por sus diversas libaciones de la hora feliz.
-Por favor -susurró Henry con una voz enronquecida, sin aliento-. Por favor, contesten el teléfono, por favor, conteste alguien este jodido teléfono.
23
Sheila Brighan empezaba a recuperar el control y Alan pudo sacarle lo más importante: había puesto a Hugh fuera de circulación con la culata de la escopeta. Nadie trataría de dispararles cuando entraran.
Así lo esperaba.
-Vamos -le dijo a Norris-, entremos.
-Alan... Cuando Sheila salió... yo pensé...

-Sé lo que pensaste, pero no pasó nada. Olvídalo, Norris. John está adentro. Vamos.
Fueron hasta la puerta y cada uno se colocó a un lado de la misma. Alan miró a Norris.
-Con cuidado -le advirtió.
Norris asintió con la cabeza.
Alan agarró la perilla, abrió la puerta de golpe y se abalanzó hacia adentro. Norris lo siguió, agachado.
John había logrado ponerse de pie y tambalearse hasta llegar casi a la puerta. Alan y Norris impactaron contra él como la línea defensiva de los antiguos Acereros de Pittsburgh y John sufrió una dolorosa afrenta final: sus colegas lo derribaron y lo enviaron patinando por las baldosas del piso como una pesa en un juego de boliche en un bar. Golpeó la pared del fondo con un ruido sordo y soltó un grito de dolor que expresaba sorpresa y cansancio a la vez.
-¡Jesús, es John! -exclamó Norris-. ¡Qué catástrofe!
-Ayúdame con él -pidió Alan.
Corrieron por el cuarto hasta John, quien se estaba sentando con lentitud. Su rostro era una máscara de sangre. La nariz estaba seriamente ladeada a la izquierda. El labio superior se estaba hinchando como una cámara de neumático sobreinflada. Cuando Alan y Norris llegaron junto a él, se acercó una mano a la boca y escupió un diente en ella.
-Eztá loco -dijo John con una voz pulposa, trastornada-. Zeila le pegó con la ezcopeta. Creo que lo mató.
-¿John, estás bien? -preguntó Alan.
-Zoyd un jobdido debzastre -respondió John. Se inclinó hacia adelante y vomitó pródigamente entre sus piernas para demostrarlo.
Alan miró a su alrededor. De modo vago, percibía que no se trataba únicamente de sus oídos; en realidad estaba sonando un teléfono. Pero el teléfono no era importante ahora. Vio que Hugh yacía boca abajo junto a la pared posterior y fue hacia allá. Colocó la oreja en la espalda de la camisa de Hugh, tratando de escuchar un latido. AL principio, todo lo que pudo oír fue el zumbido de sus oídos. Parecía que los malditos teléfonos estaban llamando en todos los escritorios.
-¿Contesta esa jodida cosa o descuélgalo! -le dijo a Norris con brusquedad.
Norris se dirigió al teléfono más cercano, dio la casualidad de que era el de su escritorio, oprimió el botón que centelleaba y tomó el auricular.
-No nos molesten ahora -dijo-. Tenemos una situación de emergencia. Tendrá que llamar más tarde -regresó el auricular a su soporte sin esperar la respuesta.
24
Henry Beaufort se quitó el teléfono, el pesado teléfono, tan pesado, del oído y lo miró con ojos ofuscados, incrédulos.
-¿Qué dijo? -murmuró.
De pronto, ya no pudo sostener el auricular del teléfono; era demasiado pesado. Lo dejó caer al piso, se derrumbó lentamente sobre un costado y ahí se quedó, jadeando.
25
Alan comprobó que Hugh estaba terminado. Lo tomó por los hombros, le dio vuelta... y no era Hugh. El rostro estaba completamente cubierto con sangre, sesos y fragmentos de hueso, por lo que le era imposible saber quién era, pero son seguridad no era Hugh Priest.
-¿Qué carajos está pasando aquí? -dijo en voz baja, sorprendido.
26
Danforth "Buster" Keeton permanecía de pie a mitad de la calle, esposado a su propio Cadillac, y observaba que Ellos lo vigilaban. Ahora que se habían ido el Principal Perseguidor y el Asistente del Perseguidor, Ellos sólo lo vigilaban a él.
Los miró a Ellos y los conoció por lo que eran Ellos, todos y cada uno de Ellos.
Bill Fullerton y Henry Gendron estaban parados frente a la barbería. Bobby Dugas estaba entre ellos con un mandil de peluquero todavía atado al cuello y colgando frente a él como una servilleta de gran tamaño. Charlie Fortín estaba de pie en el frente de Western Auto. Scott Gerson y sus asquerosos amigos abogados Albert Martín y Howard Potter estaban frente al banco, donde probablemente habían estado hablando acerca de él cuando se armó todo el jaleo.
Ojos.
Jodidos ojos.
Todos mirándolo a él.
-¡Los veo! -gritó de pronto Buster-. ¡Los veo a todos! ¡A todos ustedes! ¡Y sé lo que voy a hacer! ¡Sí! ¡Pueden estar seguros!
Abrió la portezuela del Cadillac y trató de subirse. No pudo hacerlo. Estaba esposado a la manija exterior. La cadena entre las esposas era larga, pero no tan larga.
Alguien se rió.
Buster oyó claramente esa risa.
Miró a su alrededor.

Muchos de los residentes de Castle Rock estaban en el frente de los comercios a lo largo de la calle Main, mirándolo con los negros ojos de posta de ratas inteligentes.
Todos estaban ahí, menos el señor Gaunt.
Sin embargo, ahí estaba el señor Gaunt; el señor Gaunt estaba dentro de la cabeza de Buster, diciéndole exactamente lo que debía hacer.
Buster escuchaba... y empezó a sonreír.
27
El camión de Budweiser, al cual Hugh casi había rozado en el pueblo, se detuvo en un par de negocios pequeños en el otro lado del puente y, finalmente, entró al lote de estacionamiento de El Tigre Meloso a las 4:01 p.m. El chofer se bajó, tomó el bloc, se levantó los pantalones de caqui verde y se encaminó hacia el edificio. Se detuvo a metro y medio de distancia de la puerta, los ojos muy abiertos. Se veía un par de pies en el umbral de la cantina.
-¡Santo Dios! -exclamó el chofer-. ¿Está bien, amigo?
Un débil resuello le llegó a los oídos:
-...auxilio...
El chofer corrió al interior y descubrió a Henry Beaufort, casi sin vida, encogido detrás de la barra.
28
-Etz Lebzter Pbratt -graznó John LaPointe. Con el apoyo de Norris por un lado y el de Sheila por el otro, había llegado cojeando hasta donde estaba Alan arrodillado junto al cadáver.
-¿Quién? -preguntó Alan. Se sentía como si, por accidente, se hubiese tropezado con una comedia loca. Ricky y Lucy se van al Infierno-. Hey, Lester, tienes que darnos algunas explicaciones.
-Lebzter Pbratt -repitió John con dolorosa paciencia-. Etz el probfebzor de edubcabzión fíbzica en la prebparabtoria.
-¿Qué estaba haciendo aquí? -preguntó Alan.
John LaPointe sacudió la cabeza con cansancio.
-No lo zé, Alan. Zóblo enbtró y ze voblvió lobco.
-Vamos por partes -dijo Alan-. ¿Dónde está Hugh Priest? ¿Dónde está Clut? ¿Qué está pasando aquí, en nombre de Dios?
29
George T. Nelson permaneció en el umbral de su dormitorio, mirando incrédulo a su alrededor. El sitio se veía como si alguna pandilla punk, los Sex Pistols o tal vez los Cramps, hubiesen tenido una fiesta ahí junto con todos sus admiradores.
-¿Qué...? -empezó, y no pudo decir más. Ni necesitaba hacerlo. Sabiá qué. Era la coca. Tenía que ser. Había estado vendiéndola entre los profesores de la preparatoria de Castle Rock durante los últimos seis años (no todos los profesores apreciaban lo que Ace Merrill llamaba a veces Polvo Bingo Boliviano, sólo los que calificaban como grandes conocedores) y había dejado diez gramos de cocaína casi pura bajo el colchón. Era la droga, con toda seguridad. Alguien había hablado más de lo debido y a otra persona le entró la codicia. George suponía que debió haberlo sabido en el momento en que estacionó el auto en la entrada y vio rota la ventana de la cocina.
Atravesó la habitación y tiró del colchón con manos que sentía adormecidas y torpes. Nada debajo. Había desaparecido la coca. Cerca de dos mil dólares de cocaína casi pura, desaparecidos. Caminó como sonámbulo hasta el cuarto de baño para ver si su propia provisión todavía estaba en el frasco de Anacín en la repisa superior del gabinete de medicinas. Nunca la había necesitado tanto como ahora.
Llegó a la puerta y se detuvo, con los ojos desorbitados. Lo que llamó fuertemente su atención no fue el desorden, aunque también habían vuelto al revés este cuarto con gran afán, sino el inodoro. El anillo estaba abajo y espolvoreado con un fino polvo blanco.
George pensó que ese polvo no era talco para bebés Johnson.
Caminó hasta el inodoro, se humedeció el dedo y tocó el polvo. Se llevó el dedo a la boca. La punta de la lengua se le adormeció casi de inmediato. En el piso, entre el inodoro y la bañera, estaba una bolsa de plástico vacía. El cuadró era muy claro. Descabellado, pero claro. Alguien había entrado, encontrado la coca... y la había tirado por el excusado. ¿Por qué? No- lo sabía, pero decidió que cuando encontrara a la persona que había hecho eso se lo preguntaría. Justo antes de arrancarle la cabeza de los hombros. El preguntar no perjudicaba a nadie.
Su propia provisión de tres gramos estaba intacta. La sacó del cuarto de baño y en eso se detuvo otra vez al sufrir sus ojos una nueva conmoción. Cuando atravesó el dormitorio desde el corredor no había visto esta abominación particular, pero era imposible pasarla inadvertida desde este ángulo.
Se quedó parado por un largo rato, con los ojos muy abiertos con horror asombrado, la garganta trabajando convulsivamente. Los nudos de venas en las sienes latían con ritmo acelerado, como las alas de pájaros pequeños. Por fin, pudo pronunciar una corta palabra estrangulada:
-¡...mamá...!
En la planta baja, Frank Jewett seguía dormido detrás del sofá color avena de George T. Nelson.
30

Los espectadores en la parte baja de la calle Main, quienes habían salido a la acera atraídos por la gritería y el disparo, ahora estaban entretenidos con una nueva diversión: el escape en cámara lenta de su Principal Concejal.
Buster se inclinó lo más que pudo dentro del Cadillac y giró la llave a la posición de ENCENDIDO. Después, oprimió el botón que descendía la ventanilla, eléctrica en el lado del conductor. Cerró la portezuela de nuevo y con todo cuidado empezó a escurrirse al interior a través de la ventanilla.
Cuando se acercó Scott Gerson, Buster aún sobresalía del auto desde las rodillas, el brazo izquierdo detrás de él, en un ángulo forzado por la esposa sujeta a la manija, la cadena sobre el gran muslo izquierdo.
-Oye, Danforth -dijo el banquero titubeante-, pienso que se supone que no debes hacer esto. Creo que estás detenido.
Buster miró por debajo de la axila derecha, oliendo su propio aroma, bastante sustancioso ahora, bastante sustancioso, en efecto, y vio a Gerson cabeza abajo. Estaba parado directamente detrás de Buster. Se veía como si planeara tratar de sacar a Buster de su propio auto.
Buster encogió las piernas lo más que pudo y después las impulsó hacia adelante, con fuerza, como un caballo pequeño tirando coces al diablo en los prados. Los tacones de los zapatos golpearon el rostro de Gerson con un porrazo plenamente satisfactorio para Buster. Las gafas con armazón de oro de Gerson se hicieron pedazos. Soltó un tremendo grito, se tambaleó hacia atrás con el rostro sangrante en las manos y cayó sobre la espalda en la calle Main.
-iAjá! -gruñó Buster-. No te esperabas eso, ¿verdad? No lo esperabas en absoluto, perseguidor hijo de puta, ¿verdad?
Buster serpenteó hasta entrar por completo al auto. Había suficiente cadena. La articulación del hombro crujió de modo alarmante y después giró lo bastante en su fosa para permitirle escurrirse bajo su propio brazo y colocar el trasero en el asiento. Ahora estaba sentado detrás del volante, con el brazo esposado fuera de la ventanilla. Puso en marcha el auto.
Scott Gerson se sentó a tiempo para ver que el Cadillac avanzaba hacia él. La parrilla parecía mirarlo maliciosa, una enorme montaña de cromo que iba a aplastarlo.
Rodó desesperado hacia la izquierda, evitando la muerte por menos de un segundo. Uno de los grandes neumáticos delanteros del Cadillac le pasó sobre la mano derecha, aplastándola con gran eficiencia. Después pasó sobre la misma mano la rueda trasera, para rematar la tarea. Gerson yacía sobre la espalda, mirando los dedos prensados grotescamente, que ahora eran del tamaño de espátulas, y empezó a gritar hacia el cálido cielo azul.
31
-¡TAMMMYYY FAYYYEEE!
Este alarido sacó a Frank Jewett de su profundo sueño. En los primeros instantes confusos, no tenía la más ligera idea de dónde estaba, sólo que era un lugar apretado, cerrado. Un lugar desagradable. También tenía algo en la marco... ¿qué era?
Levantó la mano derecha y por poco se saca un ojo con el cuchillo para carne.
-¡Ooooohh, noooo! ¡TAMMMYY FAYYYEEE!
De repente, comprendió todo. Estaba detrás del sofá de su buen y viejo "amigo" George T. Nelson y ése era George T. Nelson en carne y hueso, lamentando ruidosamente la muerte de su querido periquito. Junto con esta comprensión, Frank recordó todo lo demás: las revistas esparcidas por su oficina, la nota de chantaje, la posible (no, probable; entre más lo pensaba, más probable le parecía) ruina de su carrera y de su vida.
Ahora, increíblemente, podía oír que George T. Nelson sollozaba. Sollozaba junto a una maldita jaula de mierda. Bien, pensó Frank, voy a ponerle fin a tu sufrimiento, George. Quién sabe, tal vez termines en un paraíso de aves.
Los sollozos se acercaban al sofá. Excelente. Daría un salto, ¡sorpresa, George!, y el bastardo estaría muerto antes de que supiera de qué se trataba. Frank estaba a punto de brincar, cuando George T. Nelson, sollozando todavía como si se le rompiese el corazón, se dejó caer en el sofá. Era un hombre corpulento y su peso empujó el sofá de nuevo contra la pared. No oyó el sorprendido "¡Uuuuf!" sin aliento detrás de él; sus propios sollozos lo cubrieron. Buscó a tientas el teléfono, marcó entre el resplandor pie las lágrimas y se comunicó (casi milagrosamente) con Fred Rubin a la primera llamada.
-¡Fred! -gritó-. ¡Fred, ha pasado algo terrible! ¡Tal vez todavía está pasando! ¡Oh, Jesús, Fred! ¡Oh, Jesús!
Debajo y detrás de él, Frank Jewett luchaba por respirar. Los cuentos de Edgar Allan Poe que había leído de niño, cuentos acerca de ser enterrado vivo, giraban en su cabeza. El rostro iba adquiriendo lentamente el color del ladrillo viejo. La pesada pata de madera que se le había incrustado en el pecho cuando George T. Nelson se derrumbó en el sofá se sentía como una barra de plomo. El respaldo del sofá prensaba su hombro y un lado del rostro.
Sobre él, George T. Nelson derramaba una confusa descripción de lo que había encontrado cuando llegó a casa en los oídos de Fred Rubin. Por fin, se calló por un momento, y luego gritó:

-No me importa si no debería hablar de esto en el teléfono, ¿CÓMO ME VA IMPORTAR SIMA TÓ A TAMMY FAYE? ¡EL BASTARDO MATÓ A TAMMY FAYE! ¿Quién pudo haberlo hecho, Fred? ¿Quién? ¡Tienes que ayudarme!
Se dio otra pausa mientras escuchaba George T. Nelson, y Frank se dio cuenta con creciente pánico de que iba a desmayarse muy pronto. De pronto, comprendió lo que tenía qué hacer: usar la Llama automática para disparar a través del sofá. Era posible que no matara a George T. Nelson, era posible que ni siquiera hiriera a George T. Nelson, pero con toda seguridad atraería la atención de George T. Nelson, y una vez logrado eso, pensaba que había una buena posibilidad de que George T. Nelson levantara del sofá el gordo trasero, antes de que Frank se muriera ahí con la nariz aplastada contra la unidad de la calefacción.
Frank abrió (a mano que sostenía el cuchillo y trató de alcanzar la pistola remetida en la pretina de los pantalones. Lo invadió un horror de pesadilla cuando se dio cuenta que no podía llegar a ella, sus dedos se cerraban y abrían a cinco centímetros de distancia de la culata con incrustaciones de marfil de la pistola. Con toda la fuerza que le quedaba trató de bajar más la mano, pero no podía mover el hombro atrapado; el gran sofá y el peso considerable de George T. Nelson lo mantenían firmemente contra la pared. Podría haber estado clavado.
Rosas negras, precursoras de la asfixia inminente, empezaron a florecer ante sus ojos sobresalientes de Frank.
Desde una distancia imposible oía que su viejo "amigo" le gritaba a Fred Rubin, quien sin duda había sido el socio de George T. Nelson en el negocio de la cocaína.
-¿De qué estás hablando? Te llamo para decirte que he sido violado y tú me dices que vaya a ver al nuevo sujeto en el centro? No necesito chucherías, Fred, necesito...
Se interrumpió, se levantó y dio vueltas por la habitación. Con lo que era literalmente su fuerza final, Frank logró empujar el sofá unos cuantos centímetros de la pared. No fue mucho, pero eso le permitió tomar unos pequeños sorbos de aire increíblemente maravilloso.
-¿Vende qué? -vociferó George T. Nelson-. ¡Caramba, Jesús! ¡Jesucristo! ¿Por qué no empezaste por decirme eso?
Silencio de nuevo. Frank yacía detrás del sofá como una ballena en la playa, sorbiendo aire y deseando que no le explotara el corazón que martilleaba monstruosamente. En un momento se levantaría y le volaría los sesos a su viejo "amigo" George T. Nelson. En un momento. Cuando recuperara el aliento. Y cuando se desvanecieran las grandes flores negras que bailaban ante sus ojos. En un momento. Dos, cuando mucho.
-Está bien -dijo George T. Nelson-. Iré a verlo. Dudo que sea el hacedor de milagros que tú crees, pero cualquier maldito puerto es bueno en una tormenta, ¿no es cierto? Sin embargo, te diré una cosa, no me importa si vende coca o no. Voy a encontrar al hijo de puta que hizo esto, es el primer punto en la maldita orden del día, y lo voy a clavar en la pared más cercana. ¿Me entiendes?
Yo sí lo entiendo, pensó Frank, pero aún está por verse quién clava a quién en esa fabulosa pared, mi querido compañero de fiestas.
-¡Sí, ya tengo el nombre! -gritó en el teléfono George T. Nelson-. ¡Gaunt, Gaunt, jodido Gaunt!
Colgó de golpe el teléfono y después debió arrojarlo a través de la habitación, Frank oyó el estallido de cristales que se rompen. Segundos más tarde, George T. Nelson blasfemó una vez más y salió a grandes pasos de la casa. El motor de su Iroc-Z cobró vida. Frank escuchó que conducía en reversa por la entrada, mientras él empujaba lentamente el sofá de la pared. En el exterior, el hule chirrió contra el pavimento y se marchó George T. Nelson, el viejo "amigo" de Frank.
Dos minutos después, un par de manos aparecieron a la vista y afianzaron el respaldo del sofá color avena. En seguida, el rostro de Frank M. Jewett, pálido y distorsionado, con las gafas sin armazón de señor Paz torcidas en la pequeña nariz arremangada y con un cristal agrietado, apareció entre las manos. El respaldo del sofá le había dejado en la mejilla derecha un dibujo rojo, punteado. Unas cuantas motitas de polvo bailaban en su escaso cabello.
Con lentitud, como un cadáver hinchado que surge del lecho de un río hasta que flota justo al ras de la superficie, la sonrisa reapareció en el rostro de Frank. En esta ocasión se le había escapado su viejo "amigo" George T. Nelson, pero George T. Nelson no planeaba abandonar el pueblo. La conversación telefónica lo había puesto en claro. Frank lo encontraría antes de que terminara el día. En un pueblo del tamaño de Castle Rock, no cabía la posibilidad de perderlo de vista.
32
Sean Rusk estaba en la puerta de la cocina dé su casa y miraba ansiosamente hacia la cochera. Su hermano mayor había entrado ahí cinco minutos antes, Sean había estado asomado a la ventana de su dormitorio y lo había visto por casualidad. Brian llevaba algo en la mano. La distancia era demasiado grande para que Sean viese lo que era, pero no necesitaba verlo. Lo sabía. Era la nueva estampa de beisbol, por la que Brian se deslizaba continuamente escaleras arriba para mirarla. Brian ignoraba que Sean conocía lo relativo a la estampa, pero así era. Incluso sabía quién aparecía en ella, porque ese día había llegado de la escuela mucho más temprano que Brian y se había escurrido al dormitorio de Brian para verla. No tenía la menor idea de por qué le interesaba tanto a Brian; era vieja,- sucia, con los bordes rotos y descolorida. Además, Sean nunca había oído hablar

de ese jugador, un lanzador de los Dodgers de Los Ángeles llamado Sammy Koberg, con un récord total de un juego ganado y tres perdidos. El tipo nunca había pasado un año completo en las ligas mayores. ¿Por qué se interesaría Brian en una tarjeta que no valía nada?
Sean no lo sabía. Sólo sabía dos cosas con seguridad: a Brian le interesaba y la forma en que Brian había estado actuando la última semana, más o menos, era atemorizante. Era como esos anuncios de televisión acerca de chicos toxicómanos. Pero Brian no consumiría drogas... ¿o sí?
Cuando Brian entró a la cochera, la expresión de su rostro había asustado tanto a Sean que fue a decírselo a su madre. No estaba seguro de qué le diría, exactamente, y resultó que no importaba porque no tuvo oportunidad de decirle nada. Estaba soñando despierta en su dormitorio, con la bata de baño y esas estúpidas gafas de la nueva tienda del centro.
-Mamá, Brian... -empezó, y eso fue lo más lejos que llegó.
-Vete, Sean. Mamá está ocupada ahora.
-Pero mamá...
-¡Vete, he dicho!
Y antes de que tuviera oportunidad de irse por sí mismo lo sacaron del dormitorio a empellones, sin ninguna ceremonia. Mientras lo empujaba, se abrió la bata que llevaba puesta su madre, y antes de que pudiese desviar la mirada vio que no tenía nada debajo, ni siquiera un camisón.
Su madre cerró de golpe la puerta y le echó llave.
Ahora Sean estaba en el umbral de la cocina, esperando ansiosamente que Brian saliera de la cochera... pero no salía.
Su inquietud crecía en forma sigilosa hasta que se convirtió en un terror apenas controlado. Sean salió por la puerta de la cocina, recorrió apresurado el corredor y entró a la cochera.
El interior estaba oscuro, olía a aceite y el calor era explosivo. Por un momento, no pudo ver a su hermano en las sombras y pensó que era posible que hubiese salido al patio por la puerta posterior. En eso, sus ojos se adaptaron a la oscuridad y emitió un lloriqueante grito sofocado.
Brian estaba sentado contra la pared del fondo, junto a la podadora de césped. Tenía el rifle de papá. La culata estaba apoyada en el piso. La boca estaba apuntada a su propio rostro. Brian sostenía el cañón con una mano mientras con la otra aferraba la sucia y vieja estampa de beisbol que, de alguna forma, había adquirido tanto control sobre su vida la última semana.
-¡Brian! -gritó Sean-. ¿Qué estás haciendo?
-No te acerques, Sean, te caerán mis pedazos encima.
-¡No, Brian! -volvió a gritar Sean, empezando a llorar-. ¡No hagas burradas! ¡Me... me estás asustando!
-Quiero que me prometas algo -dijo Brian. Se había quitado los calcetines y los tenis, y ahora trataba de introducir uno de los dedos del pie en la guarda del gatillo de la Remington.
Sean sintió húmeda y caliente la entrepierna. Nunca había estado tan aterrorizado en su vida.
-¡Brian, por favor! ¡Por favooor!
-Quiero que me prometas que nunca irás a la tienda nueva -dijo Brian-. ¿Me oyes?
Sean dio un paso hacia su hermano. El dedo del pie de Brian se colocó sobre el gatillo del rifle.
-¡No! -gritó Sean, retrocediendo de inmediato- ¡Quiero decir sí! ¡Sí!
Brian dejó que el cañón bajara unos centímetros cuando vio que retrocedía su hermano. El dedo del pie se relajó un poco.
-Promételo.
-¡Sí! ¡Lo que tú quieras! ¡Pero no hagas eso! ¡Ya... no te burles de mí, Bri! ¡Vamos a la casa a ver "Los Transformers"! ¡No... tú eliges! ¡Lo que quieras! ¡Aunque sea "Wapner"! ¡Podemos ver "Wapner" si quieres! ¡Toda la semana! ¡Todo el mes! ¡Lo veré contigo! ¡Pero ya no me asustes, Brian, porfavor, ya no me asustes!
Brian Rusk podría no haber oído. Sus ojos parecían flotar en el rostro distante y sereno.
-Nunca vayas ahí -dijo-. Cosas Necesarias es un lugar envenenado y el señor Gaunt es venenoso. Además, no es un hombre de verdad, Sean. No es un hombre en lo absoluto. Júrame que nunca comprarás ninguna de las cosas envenenadas del señor Gaunt.
-¡Lo juro! ¡Lo juro! -balbuceó Sean-. ¡Lo juro por mamá! -No -dijo Brian-, no puedes hacer eso, porque ya la atrapó, también. Jura por ti mismo, Sean. Jura por ti mismo.
-¡Lo juro! -gritó Sean en la penumbra de la cálida cochera. Extendió las manos implorando a su hermano-. ¡En verdad, lo juro por mí mismo! Ya baja el rifle, por favor, Bri...
-Te quiero, hermanito -dijo Brian. Miró la estampa de beisbol por un momento-. Sandy Koufax apesta -enfatizó Brian Rusk y tiró del gatillo con el dedo del pie.
El taladrante aullido de horror de Sean dominó sobre el estallido, el cual fue sordo y ruidoso en la ardiente cochera oscura.
33
Leland Gaunt miraba por el escaparate la calle Main y sonreía suavemente. El sonido del disparo que provino de la calle Ford fue muy tenue, pero él lo oyó, dada la agudeza de sus oídos.
Su sonrisa se ensanchó un poco.

Quitó el letrero del escaparate, el que decía que sólo estaba abierto para citas previas, y colocó uno nuevo. Éste decía
CERRADO HASTA NUEVO AVISO
-Ahora nos estamos divirtiendo -dijo el señor Gaunt a nadie en particular-. Sí, señor.
Dieciocho
1
Polly Chalmers ignoraba todos estos acontecimientos.
Mientras Castle Rock estaba recogiendo los primeros frutos reales de las maniobras del señor Gaunt, ella se encontraba al final del camino vecinal No. 3, en lo que fue la casa de Joe Camber. Se dirigió hacia ese sitio en cuanto terminó su conversación con Alan.
¿Terminado?, pensó. Oh, mi amiga, ésa es una expresión demasiado civilizada. Después de que le colgaste el teléfono, ¿no es eso lo que quieres decir?
Está bien, admitió. Después de que le colgué el teléfono. Pero él estuvo actuando a mis espaldas. Y cuando se lo reclamé, se puso todo nervioso y mintió. Mintió porque no tuvo otra salida. Y sucede que yo considero que esa clase de conducta no merece una respuesta civilizada.
Algo se removió inquieto en su interior, algo que podría haber hablado, si ella le hubiese dado espacio y tiempo, pero no fue así. Polly no quería voces disidentes; de hecho, no quería pensar en su última conversación con Alan Pangborn. Todo lo que quería era ocuparse del asunto encomendado aquí, al final del camino vecinal No. 3, y después volver a casa. Una vez que regresara, se proponía tomar un baño frío y meterse a la cama durante doce o dieciséis horas.
Esa profunda voz interior sólo logró pronunciar cuatro palabras: Pero, Polly... has pensado...
No. No lo había hecho. Suponía que, con el tiempo, tendría que pensar, pero todavía era demasiado pronto. Cuando empezara a pensar, también empezaría el dolor. Por ahora, sólo quería ocuparse de este asunto... y mantener cerrada la mente.
Lo que había sido la casa de Joe Camber era un lugar espeluznante... algunos opinaban que estaba embrujado. No hacía muchos años, dos personas, un niño pequeño y el comisario George Bannerman, habían muerto en el portal de esta casa. Dos más, Gary Pervier y Joe Camber mismo, murieron al pie de la colina. Polly estacionó su auto en el mismo sitio donde una mujer, llamada Donna Trenton, una vez cometió el fetal error de estacionar ahí un Ford Pinto, y descendió del vehículo. El azka oscilaba entre sus pechos durante sus movimientos.
Miró con inquietud el pórtico pandeado, las paredes despintadas invadidas por la hiedra, las ventanas que estaban rotas en su mayoría y la miraban ciegamente. Los grillos entonaban estúpidas canciones en el pasto y el sol ardiente caldeaba el aire, igual que en esos terribles alas durante los cuales Donna Trenton había luchado por su vida y por la vida de su hijo.
¿Qué estoy haciendo aquí?, pensó Polly. En nombre de Dios, ¿qué estoy haciendo aquí?
Pero lo sabía, y no tenía nada que ver con Alan Pangborn o Kelton o el Departamento de Asistencia Infantil de San Francisco. Esta breve salida al campo no tenía nada que ver con el amor. Tenia que ver con el dolor. Eso era todo... pero era suficiente.
Dentro del pequeño amuleto de plata había algo. Algo que estaba vivo. Y que morirla si no cumplía can la parte que le correspondía en el trato que había hecho con Leland Gaunt. No sabía si podría soportar el retroceder a ese horrible dolor torturante con el que habla despertado el domingo en la mañana. Si tuviese que enfrentar una vida entera con ese dolor, preferiría suicidarse.
-Y no es Alan -susurró mientras caminaba hacia el granero con el portal entreabierto y el amenazante techo tambaleante-. Dijo que no levantarla una mano contra él.
¿Por qué te interesa siquiera?, murmuró la voz aprensiva.
Le interesaba porque no quería lastimar a Alan. Estaba enojada con él, sí, furiosa, de hecho, pero eso no significaba que tenía que descender a su nivel, que tenía que tratarlo con la misma vileza con la que él la habla tratado.
Pero, Polly... has pensado...
No. ¡No!
Le iba a gastar una jugarreta a Ace Merrill, y Ace no le importaba lo más mínimo, ni siquiera lo conocía, salo sabia de él por su reputación. La jugarreta era para Ace, pero...
Pero el corazón le decía que Alan, quien había enviado a Ace Merrill a Shawshank, también resultaría afectado, en alguna forma.
¿Y podría retractarse de esto? ¿Podría, aunque quisiese hacerlo? Ahora también estaba Kelton. Aunque el señor Gaunt no había dicho expresamente que a menos que hiciera lo que él le ordenaba se divulgarla por el pueblo la información de lo que le había pasado a su hijo... lo habla insinuado, en cierto modo. No podría tolerar que sucediera eso.
¿Acaso una mujer no tiene derecho a su orgullo? Cuando pierde todo !o demás, ¿acaso no es la única tabla a la cual puede asirse para no ahogarse?
Sí. Y sí. Y sí.
El señor Gaunt le había dicho que la única herramienta que necesitaba la encontrarla en el granero; Polly se encaminó lentamente en esa dirección.
Ve donde quieras; pero ve con vida, Trisha, le había dicho la tía Evvie. No seas un fantasma.

Pero ahora, al pasar por las puertas del granero de Camber, las cuales colgaban boquiabiertas y congeladas con los carriles oxidados, se sentía como un fantasma. Nunca en su vida se había sentido tanto corno un fantastrza. El azka se movía entre sus pechos... por sí mismo. Había algo en él inferior. Algo que estaba vivo. No le agradaba, pero menos le agradaba la perspectiva de lo que sucedería si muriera esa cosa.
Haría lo que le había pedido él señor Gaunt, por lo menos esta vez, cortarla todos sus lazos con Alan Pangborn (había sido un error ligarse a él, ahora lo vela, lo veía claramente) y mantendría su pasado paré sí misma. ¿Por qué no?
Después de todo, era una cosa insignificante.
2
La pala estaba exactamente donde le había dicho el señor Gaunt que estarla, recargada contra una pared en un polvoso rayo del sol. La agarra por el suave mango desgastado.
De pronto, de entre las sombras del granero, le pareció que surgía un suave gruñido bajo, como si el San Bernardo rabioso que había matado a Big George Bannerman y causado la muerte de Tad Trenton todavía estuviese chi, de vuelta de entre los muertos y más malo que nunca. Sintió que la carne de gallina se extendía por sus brazos y Polly salió del granero a toda prisa. El portal no era precisamente estimulante, con esa casa vacía que la miraba tenebrosa, pero era mejor que el granero.
¿Qué estoy haciendo aquí?, le preguntó de nuevo la mente, en tono de lamento, y le respondió la voz de la tic Evvie: Convirtiéndote en fantasma. Eso es lo que estás haciendo. Te estas convirtiendo en fantasma.
Polly cerró los ojos.
-¡Basta! -susurra con furor-. ¡Ya basta!
Muy bien, digo Leland Gaunt. Además, ¿por qué tanto escándalo? No es más que una broma inofensiva. Y si de ella resultara alga sirio, no ocurrirá, desde luego, pero suponiendo, como una posibilidad remota, que ocurriera, ¿de quién sería la culpa?
-De Alan -murmuró Polly. Sus ojos se movían inquietos en las órbitas- y las manos se abrían y cerraban con nerviosismo sobre el pecho-. Si estuviese aquí para hablar con él... si no me hubiese obligado a romper nuestra relación por entrometerse en asuntos que no le conciernen...
La pequeña voz trató de hablar de nuevo, pero Leland Gaunt la acalló antes de que pudiese decir una sola palabra.
Perfecto, dijo Gaunt. En cuanto a lo que estás haciendo aquí, Polly, la respuesta es muy sencilla: estás pagando. Eso es lo que estás haciendo, eso es todo. Los fantasmas no tienen nada que ver. Y recuerda esto, porque es el aspecto más simple y más maravilloso del comercio: una vez que está pagado un artículo, ya te pertenece. No esperabas que fuese barato un objeto tan maravilloso, ¿o sí? Pero será tuyo cuando termines de pagarlo. Tienes plena propiedad de las cosas que pagas. Ahora, ¿te quedarás todo el día oyendo esas viejas voces aterrorizadas o harás la tarea que se te encomendé?
Polly abrió los ojos. El azka colgaba inmóvil de su cadena. Si se había movido, y ya no estaba segura de que lo hubiese hecho, ahora se había detenido. La casa no era más que una casa, vacía por demasiado tiempo y que mostraba las señales inevitables del descuido. Las ventanas no eran ojos, sino agujeros que las piedras de algunos chicos aventureros habían dejado sin vidrios. Si había escuchado algo en el granero, y ya no estaba segura de que había sido así, sólo había sido el sonido de una tabla que se expande con el imprevisto calor de octubre.
Sus padres estaban muertos. Su dulce pequeño estaba muerto. Y el perro que había gobernado este portal tan terrible y completamente durante tres días y noches de verano once años antes estaba muerto.
No eran fantasmas.
-Ni siquiera yo -dijo, y empezó a caminar hacia un lado del granero.
3
Cuando llegues a la parte posterior del granero, había dicho el señor Gaunt, verás los restos de un viejo remolque. En efecto, ahí estaba, un Air-Flow con laterales plateados, casi oscurecido con varas de oro y altas marañas de girasoles tardíos.
Verás una gran roca plana en el extremo izquierdo del remolque.
Polly la encontró con facilidad. Era tan grande como un adoquín de jardín.
Mueve la roca y excava. A una profundidad de cerca de sesenta centímetros encontrarás una lata de Crisco.
Movió a un lado la roca y excavó. En menos de cinco minutos, la pala pegó con la lata. Soltó la pala y escarbó en la tierra suelta con los dedos, para romper la ligera red de raíces. Un minuto más tarde, tenía en las manos la lata de Crisco. Estaba oxidada pero intacta. Se soltó la etiqueta podrida y vio una receta para Pastel de Piña Sorpresa en el reverso (la lista de ingredientes estaba casi totalmente oscurecida con un negro manchón de moho), junto con un cupón Bisquick que había caducado en 1969. Metió los dedos bajo la tapa de la lata y la quitó. Salió una bocanada de aire que

la obligó a hacer una mueca de desagrado y volvió la cabeza por un momento. Esa voz trató de preguntarle por última vez qué estaba haciendo aquí, pero Polly la silenció.
Miró dentro de la lata y vio lo que el señor Gaunt le había dicho que vería: un montón de cupones Gold Bond y varias fotografías descoloridas de una mujer en actos sexuales con un perro collie.
Sacó estas cosas de la lata, se las metió en el bolsillo de la cadera y después se limpió vigorosamente los dedos en la pierna de los pantalones de mezclilla. Se lavaría las manos lo antes que pudiera, se prometió a sí misma. Se sentía sucia al tocar estas cosas que habían estado bajo tierra tanto tiempo.
Del otro bolsillo sacó un sobre sellado. En el frente, con letras mayúsculas, estaba mecanografiado lo siguiente:
UN MENSAJE PARA El, INTRÉPIDO CAZADOR DE TESOROS.
Polly colocó el sobre en la lata, volvió a poner la tapa y la dejó caer en el agujero. Utilizó la pala para llenar el agujero, trabajando rápida y atropelladamente. Todo lo que quería era irse de aquí cuanto antes.
Cuando terminó, se alejó a toda prisa. Tiró la pala en las hierbas. No tenía la intención de volver a llevarla al granero, por muy sensata que fuera la explicación de lo que pudo haber oído.
En cuanto llegó al auto, abrió primero la portezuela del lado del pasajero y después la guantera. Hurgó entre los papeles que estaban dentro hasta que encontró una vieja carterita de cerillas. Necesitó cuatro intentos para producir una pequeña llama. El dolor casi había desaparecido por completo de sus manos, pero le temblaban tanto que las primeras tres las rozó demasiado fuerte y dobló las cabezas de papel hacia un lado, inutilizándolas.
Cuando se encendió la cuarta, la retuvo entre dos dedos de la mano derecha, la llama casi invisible en la cálida luz del sol vespertino, y sacó del bolsillo de los pantalones de mezclilla la revuelta pila de cupones y fotografías pornográficas. Puso la llama en el montón y la sostuvo hasta que se aseguró de que se había prendido. Después dejó caer la cerilla e inclinó hacia abajo los papeles para producir la máxima corriente. La mujer estaba desnutrida y tenía los ojos hundidos. El perro se veía roñoso y lo bastante listo para estar avergonzado. Se sintió aliviada cuando observó que la fotografía que podía ver burbujeaba y tomaba un color café.
Una vez que empezaron a enroscarse las fotografías, dejó caer la pila en llamas a la tierra, donde años antes una mujer había matado a otro perro, un San Bernardo, con un bat de beisbol.
Las llamas resplandecieron. La pequeña pila de cupones y fotos se convirtió en ceniza negra. Las llamas se debilitaron, se apagaron... y en ese momento, una súbita racha de viento irrumpió por la placidez del día, desbaratando en copos los restos de ceniza. Se arremolinaron en un embudo que Polly siguió con ojos que, de pronto, se habían vuelto muy grandes y atemorizados. ¿De dónde, exactamente, había salido esa imprevisible racha de viento?
¡Oh, por favor! ¿No puedes dejar por la paz esas malditas... ?
En ese momento el sonido del gruñido, bajo, como un motor fuera de borda en marcha en vacío, surgió de nuevo de las oscuras y ardientes fauces del granero. No era su imaginación y no era una tabla que crujía.
Era un perro.
Polly miró en esa dirección, aterrorizada, y vio dos círculos rojos hundidos de luz que la acechaban desde la oscuridad.
Corrió al otro lado del auto, golpeándose, en la prisa, dolorosamente la cadera contra el lado derecho de la capota, se metió, subió los cristales de las ventanillas y cerró con el seguro las portezuelas. Giró la llave del encendido. El motor crujió... pero no respondió.
Nadie sabe dónde estoy, se dio cuenta. Nadie más que el señor Gaunt... y él no lo diría.
Durante un momento, se imaginó que se quedaba atrapada aquí, como se había quedado Donna Trenton y su hijo. En eso, el motor cobró vida y Polly condujo en reversa por la entrada con tal precipitación que faltó poco para que el auto cayera en una zanja en el extremo opuesto del camino. Movió la transmisión a avance hacia adelante y enfiló hacia el pueblo con la mayor velocidad que se atrevió.
Se había olvidado de que tenía que lavarse las manos.
4
Ace Merrill se levantó de la cama casi al mismo tiempo que Brian Rusk se volaba la cabeza a cincuenta kilómetros de distancia.
Se fue al cuarto de baño, quitándose los sucios calzoncillos mientras caminaba, y orinó por una hora o dos. Levantó un brazo y se olió la axila. Miró la ducha y decidió que no la necesitaba. Le esperaba un gran día. La ducha podía esperar.
Salió del baño, sin molestarse en limpiar el inodoro, la limpieza no era uno de los hábitos de Ace, y fue directamente a la mesa de noche, donde estaba lo último de la coca que le había dado el señor Gaunt, extendida sobre un espejo para afeitarse. Era de una calidad excelente, entraba fácilmente por la nariz, pero pegaba duro en la cabeza. Ya casi se le había terminado. Ace había necesitado mucha energía la noche anterior, tal como había dicho el señor Gaunt, pero tenía plena seguridad de que se podría conseguir más en la fuente de origen de ésta.

Ace usó el borde de su permiso de conductor para formar un par de líneas. Las inhaló con un billete de cinco dólares enrollado, y algo que se sintió como un proyectil Shrike estalló en su cabeza.
-¡Bumm! -gritó Ace Merril con su mejor voz de Warner Wolf-. ¡Graba videotape!
Se puso unos pantalones de mezclilla descoloridos sobre las caderas desnudas y una camiseta Harley-Davidson. Esto es lo que los cazadores de tesoros bien vestidos llevan este año, pensó, y se rió a carcajadas. ¡Vaya que era buena esta coca!
En camino a la puerta, su vista se detuvo en el hallazgo de la noche anterior y recordó que se había propuesto llamar a Nat Copeland en Portsmouth. Regresó al dormitorio, hurgó entre las ropas que estaban revueltas en el cajón superior de la cómoda y por fin sacó una maltrecha libreta de direcciones. Se dirigió a la cocina, se sentó y marcó un número. Dudaba que pudiera comunicarse con Nat, pero valía la pena intentarlo. La coca zumbaba y revoloteaba en su cabeza, pero ya sentía que disminuía el ímpetu inicial. Un buen golpe de cocaína te convertía en un hombre nuevo. El único problema era que este hombre nuevo quería otro buen golpe, y la provisión de Ace ya era muy escasa.
-¿Sí? -dijo una voz cautelosa en su oído, y Ace se dio cuenta de que había superado de nuevo las probabilidades en su contra, estaba de suerte.
-¡Nat! -gritó.
-¿Quién jodidos dice eso?
-¡Yo, viejo compinche! ¡Yo lo digo!
-¿Are? ¿Eres tú?
-¡Ningún otro! ¿Cómo estás, viejo Natty?
-He estado mejor -Nat no se oía muy complacido con la llamada de su antiguo compañero de taller en Shawshank-. ¿Qué quieres, Ace?
-¿Qué forma es ésa de hablarle a un amigo? -preguntó Ace en tono de reproche. Se detuvo el auricular entre la oreja y el hombro y arrimó hacia él dos latas oxidadas.
Una de ellas provenía del terreno detrás de la antigua casa de los Treblehorn, la otra de un agujero en el sótano en la granja Masters, la cual se había incendiado por completo cuando Are traía diez años. La primera lata sólo contenía cuatro libretas de estampillas S & H Green y varios paquetes de cupones de cigarrillos Raleigh, sujetos con una liga. La segunda contenía unos cuantos fajos de cupones y seis paquetes de centavos. Excepto que no se veían como centavos comunes y corrientes.
Eran blancos.
-Tal vez sólo quería alguna información -dijo Ace, en son de broma-. Ya sabes, verificar el monto de tu fortuna, cómo está tu provisión de polvo de ángel. Cosas por el estilo.
-¿Qué quieres, Ace? -repitió Nat Copeland, en tono de cansancio.
Ace sacó uno de los paquetes de centavos de la vieja lata de Crisco. El color púrpura original del papel se había convertido en un opaco rosa descolorido. Sacudió dos centavos en su mano y los miró con curiosidad. Si había alguien que supiera de estas cosas, ése era Nat Copeland.
Una vez había sido dueño de una tienda en Kittery, llamada Monedas y Piezas de Colección Copeland. También había tenido su propia colección privada de monedas, una de las diez mejores de Nueva Inglaterra, según Nat mismo, al menos. Luego, él también había descubierto las maravillas de la cocaína. En los cuatro o cinco años posteriores a este descubrimiento, había desmantelado la colección de monedas, pieza por pieza, y se la había puesto en la nariz. En 1985, en respuesta a una alarma silenciosa de la tienda de monedas Long John Silver en Portland, la policía había encontrado a Nat Copeland en el cuarto trasero, llenando una bolsa de gamuza con dólares de plata Lady Liberty. Poco después, se conocieron él y Ace.
-Bueno, quería hacerte una pregunta, ahora que lo mencionas.
-¿Una pregunta? ¿Es todo?
-Absolutamente, compañero.
-Está bien -la voz de Nat se relajó lo menos posible-. Pregunta, entonces. No tengo todo el día.
-De acuerdo -dijo Ace-. Ocupado, ocupado, ocupado. Tienes que ir a varios lugares y comerte a varias personas, ¿no es cierto, Natty? -Ace se rió descontrolado. No se trataba nada más de la droga; era el día. Había llegado a casa con las primeras luces, la coca que había consumido lo había mantenido despierto hasta casi las diez de la mañana, a pesar de las persianas cerradas y el agotamiento físico, y todavía se sentía en condiciones de comer barras de acero y escupir clavos de diez centavos. ¿Y por qué no? ¿Por qué carajos no? Estaba al borde de encontrarse con una fortuna. Lo sabía, lo sentía en cada fibra.
-¿Ace, realmente tienes algo dentro de esa cosa que llamas mente o sólo hablaste para burlarte de mí?
-No, no pretendo burlarme de ti. Dame una información pura, Natty, y yo podría darte un puñado de polvo puro. Completamente puro.
-¿De verdad? -la voz de Nat Copeland perdió el tono irritado de inmediato. Se volvió profunda, casi reverente-. ¿Me estás tomando el pelo, Ace?
-La mejor, la más pura que he probado, Natty Bumppo, amigo mío.
-¿Puedes meterme en el negocio?

-No lo dudaría lo más mínimo -dijo Ace, con el propósito contrario. Había sacado tres o cuatro de los extraños centavos del viejo paquete descolorido. Ahora los colocó en línea recta con el dedo-. Pero tienes que hacerme un favor.
-Dilo.
-¿Qué sabes acerca de centavos blancos?
En el otro extremo de la línea hubo una pausa. Después, Nat dijo con cautela:
-¿Centavos blancos? ¿Te refieres a centavos de acero?
-No sé a qué me refiero, tú eres el coleccionista de monedas, no yo.
-Mira las fechas. Fíjate si son de los años 1941 a 1945.
Ace le dio vuelta a las monedas frente a él. Una era de 1941; cuatro de 1943; la última era de 1944.
-Sí. Sí son. ¿Cuánto valen, Nat? -trató de disimular la ansiedad en la voz y no obtuvo un éxito total.
-No mucho una por una -dijo Nat-, pero bastante más que los centavos comunes y corrientes. Tal vez dos dólares cada una. Tres, si no circularon.
-¿Qué quieres decir?
-Si es que están en perfecto estado, como nuevas. ¿Tienes muchas, Ace?
-Bastantes -respondió Ace-, bastantes, Natty, mi amigo -pero estaba decepcionado. Tenía seis paquetes, trescientos centavos, y los que estaba mirando no le parecía que estuviesen en muy buenas condiciones. No estaban hechos mierda exactamente, pero sí muy lejos de verse relucientes y nuevos. Seiscientos dólares, ochocientos, cuando mucho. No lo que se podría llamar un gran golpe.
-Bueno, ven para acá y déjame verlos -dijo Nat-. Puedo conseguirte el mejor precio -titubeó, y después añadió-: Y trae contigo algo de ese polvo mágico.
-Lo pensaré -dijo Ace.
-¡Hey, Ace! ¡No cuelgues!
-Jódete, Natty -respondió Ace, y eso fue lo que hizo.
Permaneció sentado por un momento, meditando sobre las monedas y las dos latas oxidadas. Había algo muy extraño en todo esto. Cupones inútiles y seiscientos dólares en centavos de acero, No tenía sentido.
Eso es lo más molesto, pensó Ace. No tiene ningún sentido. ¿Dónde está la pasta real? ¿Dónde está la maldita PLATA?
Se levantó de la mesa, fue al dormitorio e inhaló el resto de la coca que le había dado el señor Gaunt. Cuando salió, llevaba en la mano el libro con el mapa y ya se sentía considerablemente más optimista. Sí tenía sentido. Ahora que había ayudado un poco a su cabeza, podía verle el sentido.
Después de todo, en ese mapa había muchas cruces. Había encontrado dos escondites justo donde las cruces lo sugerían, cada uno marcado con una piedra plana. Cruces + Piedras Planas = Tesoro Enterrado. Parecía que Pop había estado un poco más deschavetado en su vejez de lo que creía la gente del pueblo, que tenía ciertos problemas para distinguir la diferencia entre diamantes y polvo en sus últimos días, pero el gran tesoro, oro, monedas, bonos negociables, tal vez, tenía que estar en alguna parte, debajo de una o más de esas rocas planas.
Lo había probado. Su tío había enterrado cosas de valor, no sólo manojos de viejos cupones mohosos. En la vieja granja de los Masters había encontrado seis paquetes de centavos de acero que valían seiscientos dólares, por lo menos. No mucho... pero era un señal.
-Ahí está -dijo Ace en voz baja. Los ojos resplandecían violentamente-. Todo está ahí, en uno de esos otros siete agujeros. O dos. O tres.
Lo sabía.
Sacó del libro el mapa en papel de estraza y dejó que su dedo se moviera de una cruz a la siguiente, preguntándose si alguna tenía más probabilidades que las otras. El dedo de Ace se detuvo en la vieja casa de Joe Camber. Era la única ubicación donde estaban dos cruces juntas. Empezó a mover lentamente el dedo entre ambas.
Joe Camber había muerto en una tragedia que había cobrado tres vidas más. Su esposa y su hijo estaban fuera del pueblo en esa ocasión. De vacaciones. Normalmente, la gente como los Camber no toma vacaciones, pero Ace recordaba que Charity Camber se había sacado un premio en la lotería del estado. Trató de recordar más, pero su mente estaba confusa. En aquel entonces, él tenía otras cosas más -importantes en qué pensar, bastantes.
¿Qué había hecho la señora Camber cuando ella y el chico regresaron de su viaje y se encontraron con que Joe, una mierda de categoría mundial, por lo que Ace había oído, había muerto y ya no estaba? Se fueron de este estado, ¿no fue así? ¿Y la propiedad? Tal vez quiso venderla a toda prisa. En Castle Rock, un nombre encabezaba la lista de los compradores cuando se trataba de vender algo a toda prisa; ese nombre era Reginald Marion "Pop" Merrill. ¿Había recurrido a él la señora Camber? Seguramente Pop le había ofrecido una miseria, ése era su estilo, pero, si le urgía vender la propiedad, ella habría aceptado la miseria. En otras palabras, cuando murió, Pop también podría haber sido el dueño de la casa de los Camber.
Esta posibilidad adquirió calidad de certeza en la mente de Ace sólo unos momentos después de que se le ocurrió.
-La casa de Camber -dijo-. ¡Apuesto a que ahí está! ¡Sé que ahí es donde está!

¡Miles de dólares! ¡Tal vez decenas de miles de dólares! ¡Santo Cristo!
Tomó el mapa y lo metió de nuevo en el libro. Luego se dirigió al Chevy que le había prestado el señor Gaunt, casi corriendo.
Aún persistía una interrogante: Si Pop realmente habrá estado en condiciones de distinguir entre diamantes y polvo, ¿por qué se había molestado en enterrar los cupones?
Ace descartó con impaciencia esta pregunta y tomó el camino hacia Castle Rock.
5
Danforth Keeton regresaba a su casa en Castle View justo citando Ace dejaba el pueblo en busca de entornos más rurales. Buster aún estaba esposado. a la manija del Cadillac, pero su estado de ánimo era de una euforia frenética. Había pasado los últimas dos años combatiendo con sombras, y la ventaja había sido para las sombras. Había llegado al punto en que empezó a temer que hubiese perdido el juicio... lo cual, desde luego, era lo que Ellos querían que creyese.
En el camino a casa, desde la calle Main hasta Castle View, vio varias antenas parabólicas. Ya las había observado antes y se había preguntado si no serian parte de lo que estaba sucediendo en el pueblo. Ahora estaba seguro. No eran antenas parabólicas en absoluto. Eran perturbadores de la mente. Tal vez no todos estuviesen dirigidos hacia su casa, pero podías estar seguro de que los que no estuviesen estaban dirigidos a las otras personas, quienes, como él, entendían la monstruosa conspiración que se tramaba,
Buster se estacionó. en la entrada y oprimió el botón del control remoto que abría automáticamente la puerta de la cochera, el cual llevaba sujeto en la visera para el sol del auto.. La puerta empezó a ascender, pero en ese mismo instante sintió un terrible relámpago de dolor que le taladraba la cabeza. Se dio cuenta de que eso también era parte de la maquinación, Ellos habían cambiado el verdadero control remoto Wizard para abrir la puerta por otro dispositivo, algo que disparaba rayos malignos a su cabeza al mismo tiempo que abría la puerta.
Tomó el control y lo tiró por la ventanilla antes de entrar a la cochera.
Apagó el motor, abrió la portezuela y se bajó. La esposa lo sujetó a la portezuela con tanta eficiencia como un garrote. En la pared había varias herramientas colgadas ordenadamente en ganchos, pero estaban fuera de su alcance. Buster se recargó en el auto y empezó a tocar la bocina.
6
Cuando se inició el sonido de la bocina, Myrtle Keeton, quien esa tarde había cumplido con el encargo asignado, estaba recostada en la cama, en la parte alta de la casa, medio dormida e inquieta. Se incorporó de golpe, los ojos sobresalientes de terror.
-¡Ya lo hice! -jadeó-. ¡Ya hice lo que me dijo que hiciera! ¡Ahora ya déjeme en paz, por favor!
Se dio cuenta de que había estado soñando, que el señor Gaunt no estaba en su dormitorio, y soltó el aliento en un largo suspiro tembloroso.
¡JONK! ¡JONK! ¡JOOOONNNNKKK!
Se oía como la bocina del Cadillac. Tomó en brazos la muñeca que tenía junto a ella en la cama, la hermosa muñeca que había adquirido en la tienda del señor Gaunt, y la abrazó en busca de consuelo. Esta tarde había hecho algo, algo que una parte confusa y aterrada de ella creía que era una acción mala, una acción muy mala, y desde entonces la muñeca se había vuelto de un valor incalculable. El precio, habría dicho el señor Gaunt, siempré aumenta el valor... al menos a los ojos del comprador.
¡JOOOONNNNNNNKKKKK!
Sí era la bocina del Cadillac. ¿Por qué estaba Danforth en la cochera, tocando la bocina? Suponía que debía bajar a verlo.
-Pero será mejor que no maltrate mi muñeca -dijo en voz baja. La colocó cuidadosamente en las sombras bajo su lado de la cama- . Será mejor que no lo haga, porque eso no lo toleraré.
Myrtle era una de las muchas personas que ese día habían visitado Cosas Necesarias, otro nombre más con una marca al lado en la lista del señor Gaunt. Había ido, como muchos otros, porque el señor Gaunt se lo había ordenado. Recibió el mensaje en una forma que su marido habría entendido perfectamente: lo oyó en su cabeza.
El señor Gaunt le dijo que había llegado la hora de que terminara de pagar la muñeca... si quería quedarse con ella, es decir, debía llevar una caja de metal y una carta sellada al Salón de las Hijas de Isabel, junto a Nuestra Señora de las Aguas Serenas. La caja tenía unas rejillas en todos los lados, excepto en el fondo. En el interior podía oírse un débil sonido tintineante. Trató de mirar por una de las rejillas redondas, se parecían a las bocinas de los antiguos radios de mesa, pero sólo pudo ver un objeto vago, en forma de cubo. Y en verdad, no se había esforzado mucho. Pensó que era mejor, más seguro, no hacerlo.
Cuando Myrtle llegó, a pie, al lote de estacionamiento del pequeño complejo de la iglesia, no había más que un automóvil en él. Sin embargo, el salón de la parroquia estaba desierto. Se asomó por encima del letrero pegado a la ventana en la parte superior de la puerta para asegurarse y después leyó el letrero.
REUNIÓN DE LAS HIJAS DE ISABEL EL MARTES A LAS 7 P.M.
¡AYÚDANOS A PLANEAR LA "NOCHE DE CASINO"!

Myrtle se deslizó al interior. A su izquierda, contra la pared, estaba un conjunto de compartimientos pintados en tonos brillantes; ahí era en donde guardaban sus almuerzos los niños de la guardería matutina y los niños de la Escuela Dominical guardaban sus diversos dibujos y proyectos de trabajos. Se le había dicho a Myrtle que dejara la caja en uno de esos compartimientos y así lo hizo. En el frente del salón estaba la mesa de la Presidenta, con una bandera norteamericana a la izquierda y un estandarte que representaba al Niño de Praga, a la derecha. La mesa ya estaba dispuesta para la reunión de la noche con plumas, lápices, hojas para inscribirse en Noche de Casino y, en el centro, la agenda de la Presidenta. Myrtle había colocado el sobre que le dio el señor Gaunt bajo esta hoja, a fin de que Betsy Vigue, la presidenta de actividades, este año, de las Hijas de Isabel, la viese en cuanto tomara la agenda.
LEE ESTO DE INMEDIATO, RAMERA DEL PAPA
estaba mecanografiado en el frente del sobre en letras mayúsculas. Con el corazón palpitando a toda velocidad en el pecho, la presión arterial cerca de la luna, Myrtle salió de puntillas del Salón de las Hijas de Isabel. Ya fuera, se detuvo por un momento, con una mano oprimiendo su abundante pecho, tratando de recuperar el aliento.
Y vio que alguien salía corriendo del Salón de los Caballeros de Colón, detrás de la iglesia.
Era June Gavineaux. Se veía tan asustada y tan culpable como se sentía Myrtle. Por poco se cae cuando descendió apresurada los peldaños de madera que daban al lote de estacionamiento y luego caminó rápidamente hacia el único auto estacionado, los tacones bajos repiqueteaban sobre el suelo ardiente.
June levantó los ojos, vio a Myrtle y palideció. Miró con más atención el rostro de Myrtle... y su expresión fue de entendimiento.
-¿Tú también? -preguntó en voz baja. En su rostro, surgió una extraña sonrisa, jovial y asqueada a la vez. Era la expresión de una niña, quien, por lo normal, siempre se porta bien, pero que por razones que ella misma no comprende colocó un ratón en el cajón del escritorio de su profesora favorita.
Myrtle sintió que en su propio rostro aparecía una sonrisa de respuesta del mismo tipo exactamente. No obstante, trató de disimular.
-¡Por Dios santo! ¡No sé de qué me estás hablando!
-Sí, sí lo sabes -June había lanzado un rápido vistazo a su alrededor, pero esa peculiar tarde ese rincón les pertenecía a las dos mujeres en exclusiva-. El señor Gaunt.
Myrtle asintió con un movimiento de cabeza y advirtió que le ardían las mejillas con un intenso rubor desacostumbrado.
-¿Qué compraste? -preguntó June.
-Una muñeca. ¿Tú qué compraste?
-Un jarrón. El más hermosa jarrón cloisonné que hayas visto en tu vida.
-¿Qué hiciste?
Con una sonrisa tímida, June contratacó:
-¿Qué hiciste tú?
-No importa -Myrtle volvió la retirada hacia el Salón de las Hijas de Isabel e hizo un gesto de desprecio-. No tiene importancia. No son más que católicos.
-'bienes razón -respondió June quien también era católica, aunque no practicaba la religión). Después, se dirigió a su auto. Myrtle no le había pedido que la llevara a casa ni June Gavineaux se lo ofreció. Myrtle salió rápidamente del lote de estacionamiento. No levantó la vista cuando June pasó disparada junto a ella en un Saturn blanco. Myrtle sólo quería llegar a casa, tomar una siesta abrazada a su preciosa muñeca y olvidarse de lo que había hecho.
Eso, estaba descubriendo, no seria tan fácil como había esperado.
7
¡JJJOOOOOOOOOOOOOOONNNNNNNNNNNNNNNNKKKKKKKKKKK!
Buster plantó la palma en la bocinó y la sostuvo oprimida. El estrépito resonaba y explotaba en sus oídos. ¿Dónde demonios estarla esa bruja?
Por fin se abrió la puerta entre la cochera y ta cocina. Myrtle asomó la cabeza. Los ojos muy glandes y atemorizadas:
-Vaya, ya era hora -bufó Buster, soltando la bocina-: Pensé que te habías muerto en el excusado.
-¿Danforth? ¿Pasa algo malo?
-Nada. Ahora las casas están mejor de lo que lo han estado en los últimos años. Sólo necesito ayuda, es todo.
Myrtle no se movió.
-¡Mujer, mueve hacia acá tu gordo trasero!
Myrtle no quería acercarse, Keeton la asustaba, pero el hábito era profundo y difícil de romper. Caminó hacia donde estaba su marido en la cuña de espacio detrás de la portezuela abierta del auto. Avanzaba lentamente, arrastrando las zapatillas sobre el piso de concreto en una forma que hizo que rechinaran los dientes de Buster.
Myrtle vio las esposas y sus ojos se ensancharon.

-Danforth; ¿qué pasa?
-Nada que no pueda manejar. Pásame esa sierra, Myrt. La que está en la pared. No, pensándolo bien, no necesito la sierra. Dame el desarmados grande. Y ese martillo.
Myrtle empezó a retroceder, subiendo las manos al pecha donde se unieron en un nudo ansioso. Raudo como una serpiente, moviéndose antes de que pudiese situarse fuera de su alcance, Buster sacó la mano libre por la ventanilla y tomó a Myrtle por el cabello.
-¿Ay! -gritó, tratando inútilmente de soltarse del puño de Keeton-. ¡Danforth, ay! ¡A.A YY!
Buster la arrastró hacia él, el rostro distorsionado en una horrible mueca. Dos grandes venas le palpitaban en la frente. Los golpes que le daba su esposa en el puño los sentía como sí fuesen las alas de un pájara.
-¡Dame lo que te digo! -vociferó, y tiró de la cabeza de Myrtle hacia adelante. La golpeó contra el borde de la portezuela abierta una, dos, tres veces-. ¿Naciste estúpida o lo cultivaste con los años? ¡Dámelo, dámelo!
-¡Danforth, me estás lastimando!
-¡Correcto! -le gritó, y otra vez le golpeó la cabeza contra el borde de la portezuela abierta del Cadillac, mucho más fuerte en esta ocasión. La piel se desgarró en la frente de Myrtle y empezó a escurrir un delgado hilo de sangre por el lado izquierdo de su rostro-. ¿Me vas a prestar atención, mujer?
-¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!
-Bien -aflojó un poco la mano que apretaba el cabello de Myrtle-. Aliara dame el desarmados y el martillo. Y no intentes ningún truco estúpido.
Myrtle agitó el brazo derecho hacia la pared.
-No alcanzo.
Buster se inclinó hacia adelante, extendiendo un poco su propio campo de acción, lo que permitió que Myrtle diera un paso hacia la pared de la que colgaban las herramientas. Mantuvo los dedos firmemente apretados sobre el cabello de Myrtle, mientras ésta avanzaba a tientas. Gotas de sangre del tamaño de una moneda de diez centavos se esparcían en y entre sus zapatillas.
La mano de Myrtle se cerró en una de las herramientas y Danforth le sacudió la cabeza con energía, en la forma en que un terrier sacudiría una rata muerta.
-Ésa no, tonta -dijo-. Eso es una broca. ¿Te pedí una broca? ¿Eh?
-Pero, Danforth, ¡ay!, no puedo ver.
-Supongo que te gustaría que te soltara: Así podrías correr a la casa para llamarlos, ¿no es cierto?
-¡No sé de qué estás hablando!
-Oh, no. Eres un inocente corderito. Fue por accidente que me sacaras de aquí el domingo para que ese jodido asistente pudiese pegar todas esas papeletas con falsedades por toda la casa... ¿es eso lo que esperas que me crea?
Myrtle se volvió a mirarlo a través de los mechones de cabello. La sangre había formado finas cuentas en sus pestañas.
-Pero... pero, Danforth... fuiste tú quien quiso que saliéramos el domingo. Dijiste...
Buster le tiró del cabello con fuerza. Myrtle gritó.
-Dame lo que te pedí. Ya discutiremos eso después.
Myrtle avanzó a ciegas a la pared de nuevo, la cabeza baja, el cabello (excepto el puñado que sostenía Buster) colgado sobre el rostro. Los dedos tocaron el desarmador grande.
-Ése mismo -dijo-. Vamos por el segundo, ¿qué dices?
Myrtle recorrió un tramo de pared a tientas y, por fin, sus dedos tocaron el forro de goma perforada que cubría el mango del martillo Craftsman.
-Bien, ahora dámelos.
Myrtle descolgó el martillo y Buster tiró de ella. Le soltó el cabello, listo para agarrar un nuevo puñado si mostraba alguna señal de querer escaparse. Myrtle no se movió. Estaba acobardada. Sólo quería que se le permitiera volver a la planta alta, donde podría abrazar a su hermosa muñeca y dormirse. Sentía deseos de dormir para siempre.
Buster tomó las herramientas de las manos dóciles. Colocó la punta del desarmador contra la manija, luego golpeó varias veces el desarmador con el martillo. En el cuarto golpe se soltó la manija. Buster sacó el aro de la esposa y dejó caer al piso de concreto la manija y el desarmador. Primero se dirigió al botón que cerraba la puerta de la cochera. Después, mientras ésta descendía traqueteando ruidosamente por los rieles, avanzó hacia Myrtle con el martillo en la mano.
-¿Te acostaste con él, Myrtle? -le preguntó con dulzura.
-¿Qué? -ella lo miró con ojos sombríos, apáticos.
Buster comenzó a golpear el martillo en la palma de su mano. Hizo un sonido suave, carnoso, ¡thuckl, ¡thuck!, ¡thuck!
-¿Te acostaste con él después de que los dos pegaron esas malditas papeletas rosas por toda la casa?
Myrtle lo miró con ojos apagados, ignorantes, y Buster mismo había olvidado que ella había estado con él en el Maurice cuando Ridgewick entró a la casa e hizo su gracia.
-Buster, ¿de qué estás hablando...?

Keeton se detuvo, los ojos desorbitados.
-¿Cómo me dijiste?
La apatía desapareció de los ojos de Myrtle. Empezó a retroceder de su marido, encorvando los hombros en una actitud de protección instintiva. Detrás de ellos, la puerta de la cochera se cerró del todo. Ahora, el único ruido que se oía en la cochera provenía de los pies de ambos y el suave sonido de la cadena de las esposas al balancearse de un lado a otro.
-Discúlpame -susurró-. Discúlpame, Danforth -se dio vuelta y corrió hacia la puerta de la cocina.
Keeton la atrapó a tres pasos de la puerta, volviendo a usar su cabello para tirar de ella.
-¿Cómo me dijiste? -gritó, y levantó el martillo.
Los ojos de Myrtle siguieron al martillo en su ascenso.
-;Danforth, no, por favor!
-¿Cómo me dijiste? ¿Cómo me dijiste?
Gritó esta frase una y otra vez, y cada vez que formulaba la pregunta la enfatizaba con un suave sonido carnoso: Thuck. Thuck. Thuck.
8
Ace llegó al portal de lo que fue la casa de Joe Camber a la cinco de la tarde. Se guardó el mapa del tesoro en el bolsillo trasero y abrió la cajuela del auto. Sacó el pico y la pala que tan atentamente le había proporcionado el señor Gaunt y caminó hasta el pórtico inclinado, lleno de hierbas, que corría a lo largo de un~costado de la casa. Sacó del bolsillo el mapa y se sentó en los escalones para revisarlo. Los efectos a corto plazo de la cocaína ya se habían disipado, pero su corazón seguía retumbando con energía en el pecho. La cacería de tesoros, había descubierto, también era un estimulante.
Miró a su alrededor, hacia el patio recubierto por la vegetación, el granero tambaleante, los racimos de girasoles de mirada fija y ciega. No es gran cosa, pero creo que aquí es, de todos modos, pensó. El sitio donde dejaré atrás para siempre a los Hermanos Corson y me haré rico de paso. Aquí está, una buena parte o todo. Aquí mismo. Lo siento.
Pero era más que una sensación, podría oír que le cantaba suavemente. Le cantaba desde debajo de la tierra. No sólo decenas de miles, sino cientos de miles. Tal vez hasta un millón.
-Un millón de dólares -susurró Ace con una voz ahogada, profunda, y se inclinó sobre el mapa.
Cinco minutos más tarde, el olor de la presa lo llevó a lo largo del lado oeste de la casa de Camber. Cerca de la parte posterior, casi oscurecida por hierbas altas, encontró lo que buscaba: una gran piedra plana. La levantó, la hizo a un lado y empezó a excavar frenéticamente. En menos de dos minutos, se oyó un crujido amortiguado cuando la pala pegó contra metal oxidado. Ace cayó de rodillas, escarbó en la tierra como un perro a la caza de un hueso enterrado y un minuto después había desenterrado una lata de pintura Sherwin-Williams.
Los usuarios de cocaína más dedicados también se muerden las uñas con dedicación, y Ace no era la excepción. No tenía uñas con las cuales despegar la tapa de la lata y no podía quitarla. La pintura alrededor del borde se había secado convirtiéndose en un obstinado pegamento. Con un gruñido de frustración y rabia, Ace sacó la navaja del bolsillo, metió la hoja bajo el borde de la lata y soltó la tapa. Miró con ansiedad al interior.
¡ Billetes!
¡Fajos y fajos de billetes!
Los agarró con una exclamación de júbilo. Los sacó... y vio que lo había engañado su ansiedad. No eran más que otros cupones, cupones Red Ball esta vez, una clase que sólo era rembolsable al sur de la línea Mason-Dixon... y únicamente hasta 1964, cuando había cerrado la compañía.
-¡Maldita sea una y mil veces! -vociferó Ace. Lanzó los cupones a un lado. Se desdoblaron y empezaron a rodar en la ligera brisa ardiente que se había levantado. El viento atrapó algunos de ellos y revolotearon desde las hierbas como estandartes polvosos-. ¡Maldito! ¡Bastardo! ¡Hijo de puta!
Escarbó en la lata, incluso la volteó para ver si había algo pegado en la base, y no encontró nada. La arrojó a un lado, la miró fijamente por un momento y luego corrió y la pateó, como si fuese una pelota de futbol.
Buscó el mapa en el bolsillo otra vez. Hubo un segundo de pánico cuando temió que no estuviese ahí, que lo hubiese perdido en alguna forma, pero sólo lo había empujado hasta el fondo del bolsillo en su afán por poner manos a la obra. Lo sacó y lo estudió. La otra cruz estaba detrás del granero... y de repente una idea maravillosa apareció en la mente de Ace, iluminando la oscuridad enojada, como un fuego artificial del Cuatro de Julio.
¡La lata que había desenterrado era un subterfugio! Pop debió haber pensado que alguien podía caer en la cuenta del hecho de que había marcado los escondites con piedras planas. Por tanto, había plantado algunos anzuelos en la casa de Camber. Sólo como medida de precaución. Un cazador que se encontrara un tesoro escondido que no valía nada nunca se imaginaría que había otro escondite, precisamente en la misma propiedad, pero en un lugar menos visible...
-A menos que tenga un mapa -susurró Ace-. Como yo.

Tomó el pico y la pala y corrió hacia el granero, los ojos muy grandes, sudoroso, el cabello canoso enmarañado a los lados de la cabeza.

9

Ace vio el viejo remolque Air-Flow y se apresuró hacia él. Casi había llegado cuando su pie pegó con algo y cayó sobre la tierra. De inmediato se levantó y miró a su alrededor. En seguida vio con lo que se había tropezado.

Era una pala. Una pala con tierra fresca en la cuchara.

Un negro presentimiento empezó a filtrarse en el interior de Ace; un presentimiento muy negro, en efecto. Se inició en su vientre y después se extendió hasta el pecho y los testículos. Sus labios se retiraron de los dientes, muy lentamente, en una desagradable mueca.

Se puso de pie y vio que una de las marcas de roca estaba cerca de él, con la superficie llena de tierra hacia arriba. La habían tirado a un lado. Alguien había llegado aquí primero... y por las apariencias, no hacía mucho tiempo. Alguien le había ganado en la búsqueda del tesoro.

-No -susurró. La palabra salió de la boca torcida como una gota de sangre viciada o saliva infectada-. ¡No!

Próxima a la pala y la roca, Ace vio una pila de tierra fresca que estaba amontonada sin ningún cuidado sobre un agujero. Ace se puso de rodillas, ignorando sus propias herramientas y la pala que había dejado el ladrón y empezó a extraer a puñados la tierra del agujero. En unos minutos, encontró la lata de Crisco.

La sacó y le quitó la tapa.

No había nada adentro, excepto un sobre blanco.

Ace lo tomó y lo abrió. Dos cosas salieron revoloteando: una hoja de papel doblada y un sobre más pequeño. Ace ignoró de momento el segundo sobre y desdobló el papel. Era una nota mecanografiada. Se quedó boquiabierto cuando leyó su propio nombre en la parte superior de la hoja.

Estimado Ace:

No puedo estar seguro de que encontrarás esta nota, pero no hay ninguna ley en contra de la esperanza. Fue divertido enviarte a Shawshank, pero esto ha sido mejor aún. ¡Desearía ver tu rostro cuando termines de leer este mensaje!

Poco después de que te mandé allá, fui a visitar a Pop. Lo veía con mucha frecuencia, una vez al mes, de hecho. Teníamos un arreglo: él me daba cien dólares al mes y yo dejaba que continuara con sus préstamos ilegales. Muy civilizado todo. A la mitad de esta reunión en particular, se disculpó para ir al baño: "Algo que comió", dijo. ¡Ja, ja! Aproveché la oportunidad para hurgar un poco en su escritorio, el cual había dejado sin llave. Esa clase de descuido no era propia de él, pero creo que temía ensuciarse en los pantalones si no iba de inmediato a "lavarse las maos". ¡Ja!

Sólo encontré un objeto interesante, pero fue todo un hallazgo. Parecía un mapa. Había muchas cruces en él, pero una de ellas, la que señalaba este lugar, estaba marcada con rojo. Puse el mapa en su sitio antes de que regresara Pop. Nunca supo que yo lo había visto. En cuanto murió, vine aquí y desenterré esta lata de Crisco. Había más de doscientos mil dólares en ella, Ace. Sin embargo, no tienes que preocuparte, decidí "compartirlo con toda justicia", y te voy a dejar exactamente lo que te mereces.

¡Bienvenido al pueblo, imbécil!

Sinceramente tuyo.

Alan Pangorn

Comisario del Condado de Castle

P. D. Un buen consejo, Ace: Ahora que lo sabes, "acepta tu derrota" y olvídate de todo el asunto. Ya conoces el antiguo dicho: el que se lo encuentra, se queda con él. Si intentas siquiera denunciarme por el dinero de tu tío, te abriré un nuevo culo y te meteré la cabeza ahí.

Puedes estar seguro de que lo haré.

A. P.

Ace dejó que la hoja de papel se deslizara de los dedos entumecidos y abrió el segundo sobre.

De él cayó un solo billete de un dólar.

"Decidí compartirlo con toda justicia"; y te voy a dejar exactamente lo que te mereces.

-Bastardo piojoso -murmuró Ace, y recogió el billete de dólar con dedos temblorosos.

¡Bienvenido al pueblo, imbécil!

-¡Maldito HIJO DE PUTA! -gritó Ace en un tono tan alto que sintió que algo se lastimaba y casi se le desgarraba en la garganta. El eco respondió débilmente: ... puta... puta... puta...

Estaba a punto de hacer pedazos el billete cuando obligó a sus dedos a relajarse.

Huh-uh. De ningún modo, José.

Lo iba a guardar. Ese hijo de perra había querido el dinero de Pop, ¿no era así? Se había robado lo que por derecho le correspondía al último pariente con vida de Pop, ¿no era así? Bueno, muy bien. Perfecto. Estupendo. Pero lo tendría todo. Y Ace se proponía asegurarse de que el comisario recibiera hasta el último centavo. Una vez que le cortara los testículos al cerdo inmundo con su navaja de bolsillo, le metería este billete en el sangriento agujero donde habían estado.

-¿Quieres el dinero, abuelo? -preguntó Ace con una voz suave y reflexiva-. Bien. Está bien. No hay problema. Ningún... jodido... problema.
Se levantó y empezó a caminar de regreso al auto en una versión rígida, tambaleante, de su acostumbrado contoneo de matón.
Cuando llegó al vehículo, casi corría.

TERCERA PARTE
LIQUIDACIÓN TOTAL
Diecinueve
1

Cuando faltaban quince minutos para las seis, un misterioso crepúsculo empezó a invadir Castle Rock; en el sur del horizonte se formaban cúmulos de nubarrones que presagiaban tormenta. Desde esa dirección, se escuchaban retumbos bajos y distantes sobre los bosques y los campos. Las nubes avanzaban hacia el pueblo, creciendo en el camino. Los faroles de la calle, accionados por una célula fotoeléctrica maestra, se encendieron media hora antes de lo acostumbrado en esa época del año.
La parte baja de la calle Main era una confusión atiborrada. Estaba atestada con vehículos de la policía del estado y camionetas de noticiarios de la televisión. Las llamadas por radio crepitaban y se entrelazaban en el aire estático y ardiente. Los técnicos de la televisión tendían cables e increpaban a la gente, niños en su mayoría, que se tropezaban con los tramos de cable sueltos, antes de que pudiesen fijarlos temporalmente sobre el pavimento con cinta adherente. Fotógrafos de cuatro diarios permanecían fuera de las barricadas frente al Palacio Municipal y tomaban placas que aparecerían en primera plana al día siguiente. Unos cuantos de los residentes se limitaban a curiosear, sorprendentemente pocos, si es que alguien se molestaba en observar esos detalles. Un corresponsal de la televisión permanecía bajo el brillo de un reflector y grababa su informe con el Palacio Municipal en el fondo.
-Una inusitada ola de violencia azotó Castle Rock esta tarde -empezó, después se detuvo-. ¿Azotó? -se preguntó a sí mismo, disgustado-. Mierda, tomemos otra vez desde el principio.
A su izquierda, un petimetre de otra estación de televisión observaba a su equipo en los preparativos para lo que sería una transmisión en vivo, la cual se iniciaría en menos de veinte minutos. Los rostros familiares de los corresponsales de televisión eran más interesantes para los espectadores que las barricadas, donde no había nada que ver desde que dos ordenanzas de Asistencia Médica sacaron al desafortunado Lester Pratt en una bolsa negra de plástico, lo colocaron en la parte posterior de la ambulancia y se marcharon.
La parte alta de la calle Main, alejada de las luces estroboscópicas azules de las patrullas de la policía estatal y los brillantes pozos de los reflectores de la televisión, estaba casi desierta por completo.
Casi
De vez en cuando se estacionaba un auto o una camioneta en uno de los espacios oblicuos frente a Cosas Necesarias. De vez en cuando, un transeúnte deambulaba hasta la nueva tienda, donde estaban apagadas las luces del escaparate y, bajo el toldo, la persiana de la puerta estaba cerrada. De vez en cuando, uno de los curiosos de la parte baja de la calle Main se separaba del inquieto nudo de espectadores y caminaba por la acera, pasaba ante el lote vacío que una vez había ocupado el Emporium Galorium, ante Cose y Cose, cerrado y oscuro, y llegaba a la nueva tienda.
Nadie notaba este goteo de visitantes, ni la policía ni los equipos con las cámaras ni los periodistas ni la mayoría de los espectadores. Todos miraban LA ESCENA DEL CRIMEN y daban la espalda al lugar donde, a menos de trescientos metros, continuaban los crímenes.
Si algún observador desinteresado hubiese dirigido la vista hacia Cosas Necesarias, él o ella habría detectado rápidamente un patrón constante. Los visitantes se acercaban. Los visitantes leían el letrero en el escaparate, el cual decía
CERRADO HASTA NUEVO AVISO
Los visitantes retrocedían unos pasos, con expresiones idénticas de frustración y angustia en los rostros, se veían como toxicómanos afligidos que descubren que no está el proveedor de la droga donde prometió que estaría. ¿Ahora qué hago?, decían sus rostros. La mayoría se acercaba otra vez a la. puerta, a releer el letrero, como si un segundo escrutinio más cuidadoso pudiese cambiar el mensaje en alguna forma.
Unos cuantos se subían a sus autos y se marchaban o deambulaban hacia el Palacio Municipal a presenciar el espectáculo gratis por un rato, con aspecto confuso y vagamente decepcionado. Sin embargo, en el rostro de la mayoría aparecía de pronto una súbita comprensión. AL verlos, venía a la mente la imagen de una persona que, de repente, comprende un concepto básico, como diagramar oraciones sencillas o reducir un par de fracciones a su mínimo común denominador.
Estas personas daban vuelta a la esquina hasta el callejón de servicio que se encontraba detrás de los establecimientos comerciales en la calle Main, el callejón donde Ace había estacionado el Tucker Talismán la noche anterior.

A doce metros de distancia, un oblongo de luz amarilla salía de una puerta abierta sobre el concreto parchado. Conforme el día se convertía en noche, esta luz cada vez era más brillante. En el centro del oblongo estaba una sombra, como una silueta recortada en papel crepé mortuorio. La sombra, por supuesto, pertenecía a Leland Gaunt.

Había colocado una mesa en el umbral. Sobre ella estaba una caja de cigarros Roi-Tam. Ahí guardaba el dinero que le entregaban los clientes y de ahí sacaba el cambio. Estos compradores se acercaban titubeantes, incluso con temor en algunos casos, pero todos ellos tenían una cosa en común: eran personas enojadas, llenas de fuertes resentimientos. Unas cuantas, no muchas, se daban la vuelta antes de llegar al mostrador improvisado del señor Gaunt. Algunas se alejaban corriendo, con los ojos muy abiertos de hombres y mujeres que han vislumbrado a un terrible enemigo relamiéndose en las sombras. Sin embargo, la mayoría se quedaba para llevar a cabo una transacción. Y se iban relajando mientras el señor Gaunt regateaba con ellos, manejando este extraño comercio de puerta trasera como una divertida distracción al final de un largo día.

El señor Gaunt había disfrutado su tienda, pero detrás del escaparate y bajo techo nunca se sintió tan cómodo como aquí, en el filo del aire, con las primeras brisas de la tormenta inminente alborotándole el cabello. La tienda, con los ingenios reflectores montados en rieles en el techo, estaba bien... pero esto era mejor. Esto siempre era mejor.

Hacía muchos años que había empezado el negocio, como un buhonero ambulante en el lado oscuro de una tierra distante, un buhonero que llevaba sus mercancías en la espalda, un buhonero que, por lo general, llegaba con la caída de la oscuridad y siempre se había ido ya a la mañana siguiente, dejando detrás de él derramamiento de sangre, horror y desgracia. Años más tarde, en Europa, cuando la Plaga estaba en pleno furor, y día y noche rodaban las carretas con los muertos, había ido de pueblo en pueblo y de país en país, en un carro tirado por un caballo blanco, delgado como una tabla, con terribles ojos ardientes y una lengua tan negra como el corazón de un asesino. Vendía sus mercancías desde la parte posterior del carro... y desaparecía antes de que sus clientes, quienes habían pagado con pequeñas monedas melladas o, incluso, con trueques, pudiesen descubrir lo que habían comprado realmente.

Los tiempos cambiaban: los métodos cambiaban: los rostros, también. Pero cuando los rostros eran menesterosos, siempre eran iguales, los rostros de ovejas que han perdido a su pastor, y con esta clase de comercio era con la que se sentía más a gusto, más afín con el antiguo buhonero errante, y no detrás de un elegante mostrador con una caja registradora Sweda a un lado, sino detrás de una simple mesa de madera, sacando el cambio de una caja de cigarros, mientras les vendía el mismo artículo una y otra y otra vez.

Ahora, ya habían desaparecido los objetos que habían atraído tanto a los residentes de Castle Rock: las perlas negras, las reliquias sagradas, el cristal de colores, las pipas, las viejas revistas de caricaturas, las estampas de beisbol, los calidoscopios antiguos. El señor Gaunt estaba dedicado a su verdadero negocio y, al final, el verdadero negocio siempre era el mismo. El artículo primordial había cambiado con los años, igual que todo lo demás, pero esos cambios eran detalles superficiales, betunes de diferentes sabores sobre el mismo pastel oscuro y amargo.

Al final, el señor Gaunt siempre les vendía armas... y siempre las compraban.

-¡Vaya, gracias, señor Warburton! -dijo el señor Gaunt, tomando un billete de cinco dólares que le tendía el jefe de vigilantes negro. Gaunt le devolvió un dólar y una de las pistolas automáticas que Ace había traído desde Boston.

-¡Gracias, señorita Milliken! -tomó un billete de diez y devolvió ocho.

Les cobraba lo que podían pagar, ni un centavo más ni un centavo menos. Cada cual de acuerdo con sus medios, era el lema del señor Gaunt, y no tomaba en cuenta sus necesidades, porque todas eran cosas necesarias y él había venido aquí a llenar ese vacío y terminar con sus pesares.

-¡Me da gusto verlo, señor Emerson!

Oh, siempre era estupendo, estupendo, negociar de nuevo en la antigua forma. Y el negocio nunca había sido mejor.

2

Alan Pangborn no estaba en Castle Rock. Mientras se aglomeraban los reporteros y la policía estatal al final de la calle Main y Leland Gaunt llevaba a cabo su venta de liquidación a mitad de la colina, Alan estaba sentado en el puesto de enfermeras del Ala Blumer en el Hospitál Northern Cumberland en Bridgton.

El Ala Blumer era pequeña, sólo catorce habitaciones para enfermos, pero lo que le faltaba en tamaño lo compensaba con color. Las paredes de las habitaciones de internos estaban pintadas en brillantes colores primarios. Del techo del puesto de enfermeras colgaba un móvil, los pájaros que pendían de él oscilaban y se inclinaban con gracia alrededor de un eje central.

Alan estaba sentado frente a un enorme mural que representaba un popurrí de las rimas de Mamá Gansa. Una sección del mural mostraba a un hombre inclinado sobre una mesa, tendiéndole algo a un niño pequeño, obviamente un aldeano, quien se veía atemorizado y fascinado. Algún detalle de esta imagen particular había despertado un recuerdo en Alan y un trozo de rima infantil surgió como un susurro en su mente:

Simón el simple conoció a un hombre de pastel
Cuando iba a la feria.
"Simón el simple", dijo el hombre de pastel,
"¡ven y prueba mi mercancía!"
Una onda de carne de gallina se extendió por los brazos de Alan, diminutas protuberancias como cuentas de sudor frío. No sabía por qué y, al mismo tiempo, no podía calificarse como anormal. Nunca, en toda su vida, se había sentido tan conmocionado, tan atemorizado, tan profundamente confuso como ahora. En Castle Rock estaba sucediendo algo que iba más allá de su capacidad de comprensión. A últimas horas de la tarde se había vuelto evidente con toda claridad, cuando todo pareció volar en mil pedazos a la vez, pero, en realidad, había empezado días, tal vez una semana, antes. No sabía qué era, pero estaba seguro de que Nettie Cobb y Wilma Jerzyck sólo habían sido las primeras señales externas.
Y temía, con toda certeza, que la situación siguiera en avance mientras él estaba aquí sentado con Simón el Simple y el hombre de pastel.
Una enfermera, la señorita Hendrie, según el pequeño gafete en el pecho, caminaba por el corredor sobre suelas de crepé que rechinaban débilmente, abriéndose paso con gracia entre los juguetes dispersos por el salón. Cuando llegó Alan, media docena de niños, algunos con miembros escayolados o en cabestrillo, otros con la calvicie parcial que asoció con tratamientos de quimioterapia, había estado jugando en el salón, intercambiando cubos y camiones, gritándose amigablemente unos a otros. Ahora era hora de la cena y los niños se habían ido a la cafetería o regresado a sus habitaciones.
-¿Cómo está? -le preguntó Alan a la señorita Hendrie.
-Sin cambios -miró a Alan con una expresión de calma que contenía un elemento de hostilidad-. Está dormido. Debe dormir. Sufrió una gran conmoción.
-¿Qué ha sabido de sus padres?
-Llamamos al sitio donde trabaja el padre en South Paris. Esta tarde estaba ocupado en una instalación en New Hampshire. Entiendo que ya había salido para casa y se le informará en cuanto llegue. Es probable que llegue aquí alrededor de las nueve, pero es imposible asegurarlo, desde luego.
-¿Y la madre?
-No sé -dijo la señorita Hendrie. Ahora era más evidente la hostilidad, pero ya no estaba dirigida a Alan-. Yo no hice esa llamada. Todo lo que sé es lo que veo: no está aquí. Este pequeñín vio suicidarse a su hermano con un rifle y, aunque sucedió en su casa, la madre todavía no está aquí. Tendrá que disculparme, debo reabastecer el carrito da medicinas.
-Por supuesto -murmuró Alan. La observó mientras empezaba a alejarse y se levantó de la silla-. ¿Señorita Hendrie?
La enfermera se volvió hacia él. Sus ojos continuaban tranquilos, pero las cejas alzadas expresaban disgusto.
-Señorita Hendrie, realmente es indispensable que hable con Sean Rusk. Considero que necesito hablar con él con urgencia.
-¿Oh? -su voz era fría.
-Algo... -Alan de pronto pensó en Polly, y se le quebró la voz. Se aclaró la garganta y continuó-: Algo está sucediendo en mi pueblo. Creo que el suicidio de Brian Rusk sólo es una parte de esa situación. Y creo, también, que Sean Rusk puede tener la clave para todo lo demás.
-Comisario Pangborn, Sean Rusk es un niño que sólo tiene siete años. Y si él sabe algo, ¿por qué no están otros policías aquí?
Otros policías, pensó Alan. Se refiere a policías calificados. Policías que no interrogan a niños de once años en la calle y después los mandan a casa para que se suiciden en !a cochera.
-Porque están muy ocupados en estos momentos -dijo Alan- y porque no conocen el pueblo como yo.
-Ya veo -se dio vuelta para marcharse.
-Señorita Hendrie.
-Comisario, me falta personal esta noche y estoy muy ocu...
`-Brian Rusk no fue el único que murió hoy en Castle Rock. Por lo menos hubo tres muertos más. Otro hombre, el dueño de la taberna local, ha sido trasladado al hospital de Norway con un trauma por disparos. Es posible que se salve, pero su vida estará en vilo durante las próximas treinta y seis horas o más. Y tengo el presentimiento de que no han terminado los asesinatos.
Por fin logró captar toda la atención de la enfermera.
-¿Usted cree que Sean Rusk sabe algo al respecto?
-Es factible que sepa por qué se mató su hermano. De ser así, tal vez pueda descubrirse el resto. ¿Me avisará si se despierta?
La enfermera titubeó, y luego dijo:
-Eso depende de su estado mental cuando despierte, comisario. No voy a permitirle que agrave la condición de un niño histérico, independientemente de lo que esté sucediendo en su pueblo.

-Entiendo.
-¿En verdad? Bien -le lanzó una mirada que decía: Siéntese ahí, entonces y no me dé problemas, y se dirigió a la parte posterior del alto escritorio. Se sentó y Alan pudo escuchar que colocaba frascos y cajas en el carrito de medicinas.
Alan se puso de pie, fue hasta el teléfono público en el pasillo y marcó otra vez el número de Polly. Y de nuevo sólo sonó y soné. Marcó el número de Cose y Cose, le respondió la contestadora automática y colgó el auricular de golpe. Regresó a la silla, se sentó y siguió mirando fijamente el mural de Mamá Gansa.
Se le olvidó hacerme una pregunta, señorita Hendrie, pensó Alan. Se le olvidó preguntarme por qué estoy aquí, si en la sede del condado, para cuya conservación y protección fui electo, están ocurriendo tantos hechos que requieren mi presencia. Se le olvidó preguntarme por qué no estoy conduciendo la investigación mientras algún oficial menos esencial, el viejo Seat Thomas, por ejemplo, se sienta aquí a esperar que despierte Sean Rusk. Se le olvidó preguntarme todas estas cosas, señorita Hendrie, y sé un secreto. Me alegra que se haya olvidado. Ése es el secreto.
La razón era tan sencilla como humillante. Con excepción de Portland y Bangor, la investigación de asesinato no correspondía a la oficina del comisario, sino a la policía estatal. Henry Payton se había hecho el desentendido después del duelo de Nettie y Wilrna, pero ya no se hacía de la vista gorda. No podía permitirse ese lujo. Los representantes de todos los periódicos y estaciones de televisión del sur de Maine ya estaban en Castle Rock o encamino. Muy pronto se les unirían sus colegas de todo el estado... y si, en efecto, aún no terminaba esta racha, como lo sospechaba Alan, en breve se congregaría más gente de los medios de todos los puntos al sur.
Ésa era la simple realidad de la situación, pero eso no cambiaba la forma en que se sentía Alan. Se sentía como un lanzador de beisbol que no cumple con su misión y el entrenador lo manda a las regaderas. Era una forma indescriptiblemente jodida de sentirse. Se sentó frente a Simón el Simple y de nuevo empezó a revisar los acontecimientos.
Lester Pratt, muerto. Había llegado a la oficina del comisario en un frenesí de celos y había atacado a John LaPointe. Se trataba de su chica, aparentemente, aunque, antes de que arribara la ambulancia, John le había dicho a Alan que no había salido con Sally Ratcliffe en más de un año. "Zóblo la veíba de vez en cuabndo en la cablle e, inclubzo emtonbces, no meb habcía el mebnor cazo. Decibdió que zoy uno de lobs condebnados al infiebrno." Se había tocado la nariz rota y hecho una mueca de dolor. "Ahobra mismo me sibento condebnado al infiebrnó."
John estaba ahora hospitalizado en Norway, con la nariz rota, la mandíbula fracturada y posibles lesiones internas.
Sheila Brigham también estaba en el hospital. Conmoción nerviosa.
Hugh Priest y Billy Tupper habían muerto. Esa noticia llegó justo cuando Sheila se estaba desmoronando. La llamada la hizo un repartidor de cerveza, quien tuvo el buen juicio de comunicarse con la Asistencia Médica antes que con el comisario. El hombre había estado casi tan histérico como Sheila Brigham, y Alan no lo culpaba. Para entonces, él también se sentía bastante histérico.
Henry Beaufort, en condición crítica cómo resultado de múltiples heridas por arma de fuego.
Norris Ridgewick, desaparecido... y eso era lo que más le dolía, en cierta forma.
Después de recibir la llamada del repartidor, Alan lo había buscado, pero Norris no estaba ahí. En ese momento, Alan supuso que había salido a detener formalmente a Danforth y regresaría con el Principal Concejal a rastras, pero, en un breve lapso, los sucesos demostraron que nadie había detenido a Keeton. Alan suponía que lo detendrían los estatales, si es que lo encontraban mientras seguían otros cursos de investigación, pero de otro modo seguiría libre. Tenían cosas más importantes que hacer. Mientras tanto, Norris simplemente había desaparecido. A dondequiera que hubiese ido, lo había hecho a pie: cuando Alan salió del pueblo, el Volkswagen de Norris seguía volteado sobre un costado a mitad de la parte baja de la calle Main.
Los testigos dijeron que Buster se había deslizado por la ventanilla al Cadillac y se había marchado, sencillamente. La única persona que había intentado detenerlo había pagado un precio exorbitante. Scott Gerson estaba hospitalizado en Northern Cumberland con la mandíbula rota, pómulo roto, muñeca rota y tres dedos rotos. Pudo haber sido peor; los espectadores afirmaron que Buster había tratado de atropellar al hombre cuando estaba caído en la calle.
Lenny Partridge, la clavícula rota, y Dios sabía cuántas costillas rotas, también estaba aquí en algún sitio. Andy Clutterbuck había irrumpido con noticias de este nuevo desastre mientras Alan todavía trataba de asimilar el hecho de que el Principal Concejal del pueblo era ahora un fugitivo de la justicia, esposado a un gran Cadillac rojo. Aparentemente, Hugh Priest detuvo a Lenny, lo arrojó a un lado de la carretera y se fue en el auto del anciano. Alan suponía que encontrarían el auto de Lenny en el lote de estacionamiento de El Tigre Meloso, ya que era ahí donde había muerto Hugh.
Y, desde luego, estaba Brian Rusk, quien se había tragado una bala a la madura edad de once años. Clut apenas empezaba su relato cuando el teléfono sonó de nuevo. Para entonces, Sheila ya se había ido y Alan contestó el teléfono y se encontró con la voz de un niño pequeño que gritaba, histérico:

Sean Rusk, quien había marcado el número en el brillante engomado naranja junto al teléfono de la cocina.
En conjunto, las ambulancias de Asistencia Médica y las unidades de Servicios de Rescate de cuatro pueblos diferentes habían hecho paradas en la tarde de ese día en Castle Rock.
Ahora, sentado de espaldas a Simón el Simple y el hombre de pastel, observando los pájaros de plástico que se balanceaban e inclinaban alrededor del eje, Alan reflexionó de nuevo sobre Hugh y Lenny Partridge. Su confrontación no podía considerarse como la peor que había tenido lugar en Castle Rock ese día, pero era una de las más singulares... Alan sentía que en esta misma singularidad podría estar oculta la clave de todo este desagradable asunto.
-¿Por qué, en nombre de Dios, no había utilizado Hugh su propio auto, si tenía problemas con Henry Beaufort? -le había preguntado Alan a Clut, corriéndose los dedos a través del cabello, ya furiosamente desordenado-. ¿Por qué molestarse con la mierda del viejo auto de Lenny?
-Porque el Buick de Hugh tenía los cuatro neumáticos desinflados. Parece que alguien los hizo pedazos con un cuchillo -Clut se había encogido de hombros, mirando intranquilo la ruina en que se había convertido la oficina del comisario-. Tal vez pensó que Henry Beaufort era el responsable.
Sí, pensaba Alan ahora. Tal vez sí. Sin duda era disparatado, ¿pero no era más disparatado que Wilma Jerzyck creyera que Nettie Cobb primero le había manchado las sábanas con lodo y después arrojado piedras por las ventanas? ¿No era más disparatado que Nettie creyera que Wilma había matado a su perro?
Antes de que tuviera ocasión de hacerle más preguntas a Clut, se había presentado Henry Payton y le había dicho a Alan, lo más amablemente que pudo, que él se encargaría del caso. Alan asintió.
-Es necesario que averigües una cosa, Henry, lo antes posible.
-¿Qué es, Alan? -había preguntado Henry, pero vio con sensación de desaliento que Henry sólo lo escuchaba a medias. Su viejo amigo, el primer amigo de verdad que Alan había hecho en la más extensa comunidad de quienes tenían a su cargo el cumplimiento de la ley, después de ganar el puesto de comisario, y un amigo muy valioso que había resultado ser, ya se estaba concentrando en otras cosas. Probablemente la principal era cómo desplegaría sus fuerzas, dada la amplitud del área de los incidentes.
-Es necesario que averigües si Henry Beaufort estaba enojado con Hugh Priest, como aparentemente Hugh lo estaba con él. Ahora no puedes preguntárselo, tengo entendido que está inconsciente, pero cuando recupere el conocimiento...
-Se hará -respondió Henry, y palmeó a Atan en el hombro-. Se hará -después, en voz más alta-: ¡Brooks! ¡Motrison! ¡Vengan acá! Alan lo vio salir y pensó en seguirlo. Pensil en tomarlo del hombro y obligarlo a que escuchara. No lo hizo, porque Henry y Hugh y Lester y John, incluso Wilma y Nettie, estaban empezando a descender en el grado de importancia para él. Los muertos estaban muertos; a los heridos se les estaba atendiendo; los crímenes habían sido cometidos.
Aun así, Alan tenía una terrible sospecha furtiva de que aún continuaban las verdaderas fechorías.
Una vez que Henry salió a dar instrucciones a sus hombres, Alan llamó a Clut de nuevo. El asistente entró con las manos metidas en los bolsillos y una expresión hosca en el rostro.
-Nos quitaron el caso, Alan -dijo-. Nos sacaron del cuadro.
;,Maldita sea!
-No del todo -replicó Alan, esperando que se le oyera como si realmente creyera lo que decía-. Tú serás mi enlace aquí, Clut.
-¿A dónde vas?
-A la casa de los Rusk.
Pero cuando llegó, ya no estaba ni Brian ni Sean Rusk. La ambulancia que estaba atendiendo al desafortunado Scott Gerson había pasado a recoger a Sean; iban en camino al Hospital Northern Cumberland. La segunda carroza de Harry Samuels, un viejo Lincoln modificado, se había destinado para Brian y lo llevaría a Oxford, para la autopsia. La mejor carroza de Harry, a la que se refería como el "auto de la compañía", ya había partido para el mismo lugar con los cuerpos de Hugh y Billy Tupper.
Alan pensó: En esa diminuta morgue, los cadáveres quedarán apilados como leños.
Cuando Alan llegó a casa de los Rusk se dio cuenta, tanto en las entrañas como en la cabeza, de que lo habían sacado por completo del juego. Se le habían adelantado dos de los hombres del Departamento de investigaciones Criminales de Henry y le explicaron muy claramente que podría quedarse siempre y cuando no interfiriera en su trabajo. Había permanecido en el umbral de la cocina, observándolos, sintiéndose tan útil como una tercera rueda en una motoneta. Las respuestas de Cora Rusk eran lentas, casi drogadas. Alan pensó que podría ser la conmoción o tal vez que los encargados de la ambulancia que transportaba al hijo que le quedaba al hospital le habían administrado alguna receta de compasión antes de irse. Misteriosamente, al verla se acordaba de la forma en que se había visto Norris cuando salía por la ventanilla del Volkswagen volcado. Ya fuese por el tranquilizante o por la conmoción, los detectives no estaban obteniendo mucha información de valor. No lloraba del todo, pero era evidente que no podía concentrarse lo suficiente en sus preguntas para darles respuestas útiles. Ella no sabía nada, les dijo: había estado en la planta alta

durmiendo. Pobre Brian, decía continuamente. Pobre, pobre Brian. Pero expresaba este sentimiento en un tono sin inflexiones que a Alan le parecía espeluznante, y no dejaba de juguetear con un par de gafas para el .sol, viejas, que estaban junto a ella sobre la mesa de la cocina. Uno de los arcos se había remendado con cinta adhesiva y estaba agrietado uno de los lentes.
Alan se había marchado, molesto, y había venido aquí, al hospital.
Ahora se levantó y se dirigió por el corredor al teléfono público que estaba en el vestíbulo principal. Probó el número de Polly de nuevo, no obtuvo respuesta y llamó a la oficina del comisario. La voz que contestó gruñó:
-Policía Estatal -Alan sintió una infantil oleada de celos. Se identificó y pidió hablar con Clut. Después de una espera de casi cinco minutos, Clut tomó el auricular.
-Lo siento, Alan. Sólo dejaron el teléfono ahí, sobre el escritorio. Fue una suerte que viniera a verificar si había algo o todavía estarías esperando. A los malditos estatales les importamos un comino.
-No te preocupes por eso, Clut. ¿Ya detuvieron a Keeton?
-Bueno... no sé cómo decírtelo, Alan, pero...
Alan sintió que se le hundía la boca del estómago y cerró los ojos. Había acertado; todavía no terminaba.
-Dímelo, sin más -dijo-. No te ocupes del protocolo.
-Buster... Danforth, quiero decir, se fue a casa en el auto y usó un desarmador para soltar la manija del Cadillac. Ya sabes, donde estaba esposado.
-Lo sé -confirmó Alan. Aún tenía cerrados los ojos.
-Bien... mató a su esposa, Alan. Con un martillo. No fue un polizonte del estado quien lo encontró, pues los estatales no se interesaban mucho por Buster hasta hace veinte minutos. Fue Seat Thomas. Se dirigió a la casa de Buster para una doble verificación. Reportó lo que encontró y no hace ni cinco minutos que regresó. Tiene dolor en el pecho, dice, y no me sorprende. Me dijo que Buster le destrozó el rostro a su esposa. Dice que hay sesos y cabellos por todas partes. Ahora está un pelotón o algo así de los chaquetas azules de Payton en el View. Pasé a Seat a tu oficina. Pensé que era mejor que se sentara, por si corría el riesgo de desmayarse.
-Jesucristo, Clut... llévalo con Ray van Allen, rápido. Tiene sesenta y dos años y ha estado fumando Camels toda su condenada vida.
-Ray se fue a Oxford, Alan. Está tratando de ayudar a los médicos a remendar a Henry Beaufort.
-Su asistente, entonces, ¿cómo se llama? Frankel. Everett Frankel. -No está aquí. Ya lo busqué en el consultorio y en su casa. -Bueno, ¿qué dice su esposa? -Ev es soltero, Alan. -Oh, Cristo -alguien había garabateado unas palabras sobre el teléfono. No te preocupes, sé feliz, decía. Alan lo consideró con amargura. -Yo puedo llevarlo al hospital -ofreció Clut. -Te necesito donde estás -dijo Alan-. ¿Ya se presentaron los periodistas y la gente de la televisión?
-Sí. Nos ha invadido una plaga completa.
-Bien, tan pronto como terminemos ve directamente a ver cómo sigue Seat. Si no se siente mejor, harás lo siguiente: sal a la calle, busca un reportero que se vea medio inteligente, delega en él la autoridad y pídele que traiga a Seat a Northern Cumberland.
-Está bien -Clut titubeó, y luego estalló-: Quería ir a la casa de Keeton, pero la policía estatal... ¡no me permiten entrar a la escena del crimen! ¿Qué te parece eso, Alan? ¡Esos bastardos no permiten que un asistente del comisario del condado entre a la escena del crimen!
-Sé cómo te sientes. A mí tampoco me agrada mucho. Pero están haciendo su trabajo. ¿Puedes ver a Seat desde donde estás, Clut?
-Sí.
-¿Y bien? ¿Está vivo?
-Está sentado ante tu escritorio, fumando un cigarrillo y leyendo La Observancia de la Ley en Medios Rurales de este mes.
-Suena bien -dijo Alan. No sabía si reír o llorar, o hacer ambas cosas a la vez-. Tiene sentido. ¿Ha llamado Polly Chalmers, Clut?
-No... espera un minuto, aquí está el registro. Pensé que se lo habían llevado. Sí llamó, Alan. Poco antes de las tres treinta.
Alan hizo una mueca.
-Ya sé de ésa. ¿Más tarde?
-No veo nada en el registro, pero eso no tiene mayor significado. En ausencia de Sheila y con esos condenados osos estatales manoteando por aquí, no podemos saberlo con seguridad.
-Gracias, Clut. ¿Hay algo más de lo que debería enterarme?
-Sí, un par de cosas.
-Dispara.
-Tienen la pistola que usó Hugh para dispararle a Henry, pero David Friedman, el experto en balística de la policía estatal, dice que no sabe qué clase de arma es. Una pistola automática de algún tipo, pero el hombre dijo que nunca había visto una igual.
-¿Estás seguro de que era David Friedman? -le preguntó Alan.

-Friedman, sí, ése era el nombre del sujeto.
-Él debe de saberlo. Dave Friedman es la biblia andante de las armas.
-Sin embargo, no lo sabe. Yo estaba ahí cuando hablaba con tu amigo Payton. Dijo que se parece un poco a la Máuser alemana, pero carece de las señales normales y el cartucho es diferente. Creo que la mandaron a Augusta con cerca de una tonelada de otras evidencias.
-¿Qué más?
-Encontraron una nota anónima en el patio de Henry Beaufort -dijo Clut-. Estaba hecha una bola junto a su auto, ¿conoces ese T-Bird clásico suyo? También lo arruinaron. Igual que el de Hugh.
Alan sintió como si una larga mano suave lo hubiese abofeteado.
-¿Qué decía la nota, Clut?
-Espérame un minuto -Alan oyó un débil sonido wick-wick mientras Clut pasaba las páginas de su libreta de apuntes-. Aquí está: "No vuelvas a negarme un trago ni a esconderme las llaves de mi auto, maldito sapo".
-¿Sapo?
-Eso es lo que dice -Clut sofocó una risita nerviosa-. La palabra "nunca" y la palabra "sapo" están subrayadas.
-¿Y dicen que devastaron el auto?
-En efecto. Los neumáticos destrozados, como en el caso de
Hugh. Y un gran raspón a lo largo del lado del pasajero. ¡Ouch! -Está bien -dijo Alan-, hay algo más que tienes que hacer.
Ve a la barbería, y después al salón de billar, si es necesario. Averigua con quién tuvo Henry alguna diferencia esta semana o la pasada.
-Pero la policía estatal...
-¡Al carajo la policía estatal! -dijo Alan con profundo sentimiento-. Es nuestro pueblo. Nosotros sabemos a quiénes debemos interrogar y dónde encontrarlos. ¿Me quieres decir que no puedes acercarte a alguien que sabrá esta historia en cinco minutos?
-No, por supuesto -negó Clut-. Cuando regresaba de Castle Hill, vi a Charles Fortin tonteando con un grupo de tipos frente a Western Auto. Si Henry tuvo alguna bronca con alguien, Charlie sabrá con quién fue. Diablos, El Tigre es el segundo hogar de Charlie.
-Sí. ¿Lo estuvo interrogando la policía estatal?
-Bueno... no.
-No. Entonces, interrógalo tú. Pero creo que ambos conocemos ya la respuesta, ¿no es cierto?
-Hugh Priest -dilo C!ut.
-Exactamente -afirmó Alan. Y pensó: Tal vez esto no sea muy diferente a la primera conjetura de Henry Payton, después de todo.
-Está bien, Alan. Me ocuparé de eso.
-Y llámame en el momento en que averigües algo con certeza. En el segundo -le dio a Clut el número y le pidió que lo repitiera para estar seguro de que Clut lo había anotado correctamente.
-Lo haré -dijo Clut, y luego estalló furioso-: ¿Qué está pasando, Alan? Maldita sea, ¿qué está pasando aquí'?
-No lo sé -Alan se sentía muy viejo, muy cansado... y enojado. Ya no estaba enojado con Payton por haberlo sacado del caso, sino enojado con quien fuese el responsable de estos horripilantes fuegos artificiales. Y cada vez se sentía más seguro de que, cuando llegaran al fondo del asunto, descubrirían que un solo agente había tramado todo lo ocurrido. Wilma y Nettie. Henry y Hugh. Lester y John. Alguien los había conectado como paquetes de altos explosivos-. No lo sé, Clut, pero lo vamos a averiguar.
Colgó y marcó el número de Polly de nuevo. Se estaba desvaneciendo la urgencia de arreglar las cosas con ella, de entender qué había sucedido para que estuviese tan furiosa con él. El sentimiento de remplazo que empezaba a invadirlo era aún menos confortante: un temor profundo, desenfocado; una creciente sensación de que Polly estaba en peligro.
Ring, ring, ring... pero no hubo respuesta.
Polly, te amo, y es necesario que hablemos. Toma el teléfono, por favor. Polly, te amo y necesitamos hablar. Toma el teléfono, por favor. Polly, te amo...
La letanía dio vueltas en su cabeza como un juguete de cuerda. Quería llamar otra vez a Clut y pedirle que fuese a verla de inmediato, antes de que hiciera otra cosa, pero no podía hacerlo. Sería una petición muy incorrecta cuando era posible que hubiese otros paquetes de explosivos esperando estallar en The Rock.
Sí, pero, Alan... ¿supón que Polly es uno de ellos?
Ese pensamiento removió alguna asociación enterrada, pero le fue imposible concretarla antes de que se disparara.
Alan colgó lentamente el teléfono, cortando a mitad de una llamada cuando lo devolvió a su soporte.

Polly no pudo soportar más. Se dio vuelta sobre un costado, extendió la mano para tomar el teléfono... y se calló a media llamada.
Bien, pensó. ¿Pero lo era?
Estaba acostada, escuchando el sonido de los truenos que se acercaban. Hacía calor en el dormitorio, tanto como a mediados de julio, pero no tenía la opción de abrir las ventanas, ya que la semana anterior le había pedido a Dave Phillips, uno de los guardianes y operarios locales, que le colocara las ventanas y puertas para tormentas. Así que se había quitado los viejos pantalones de mezclilla y la camisa que había llevado puestos en su expedición al campo y los dobló cuidadosamente sobre la silla junto a la puerta. Ahora estaba recostada en la cama, en ropa interior, con el deseo de dormir un rato antes de levantarse y ducharse, pero no podía conciliar el sueño.
En parte, lo impedían las sirenas, pero sobre todo Alan; lo que Alan había hecho. No podía comprender esta grotesca traición de todo en lo que había creído y todo en lo que había confiado, pero tampoco podía escaparse de ella. La mente se enfocaba en otra cosa (esas sirenas, por ejemplo, y cómo sonaban como si fuese el fin del mundo) y después; de repente, ahí estaba de nuevo, la actuación de Alan a sus espaldas, lo furtivo de su comportamiento. Era como si el extremo astillado de una tabla hurgara en un lugar delicado y secreto.
Oh, Alan, ¿cómo pudiste?, le preguntó, y se preguntó a sí misma, por enésima vez.
La sorprendió la voz que le respondió. Era la voz de la tía Evvie, y debajo de la seca carencia de sentimiento que siempre había sido característica de ella, Polly sintió un enojo alarmante y poderoso.
Nunca lo habría hecho, niña, si le hubieses dicho la verdad, en primer lugar.
Polly se incorporó rápidamente. Era una voz inquietante, en efecto, lo más inquietante era el hecho de que era su propia voz. Hacía muchos años que había muerto la tía Evvie. Era su propio subconsciente, el cual usaba a la tía Evvie para expresar su enojo en la forma en que un ventrílocuo tímido usaría su muñeco para pedirle una cita a una chica y...
Basta, niña, ¿no te dije una vez que este pueblo estd lleno de fantasmas? Tal vez soy yo. Tal vez lo soy.
Polly emitió un lamento lloriqueante y atemorizante y se apretó la boca con la mano.
O tal vez no soy yo. En último caso, no tiene importancia quién sea, ¿verdad? La cuestión es ésta. Trisha: ¿Quién pecó primero? ¿Quién mintió primero? ¿Quién encubrió los hechos primero? ¿Quién lanzó la primera piedra?
-¡Eso no es justo! -gritó Polly en la cálida habitación y después miró hacia su propio reflejo atemorizado, con ojos abiertos, en el espejo del dormitorio. Esperó a que volviera la voz de tía Evvie y, cuando no fue así, se recostó lentamente de nuevo.
Era posible que ella hubiese pecado primero, si se consideraba como pecado omitir parte de la verdad y decir unas cuantas mentirillas blancas. Tal vez ella había encubierto los hechos primero. ¿Pero eso le daba a Alan el derecho a abrir una investigación sobre ella, en la forma en que un policía abriría una investigación sobre un conocido delincuente? ¿Le daba eso el derecho a enviar su nombre por un sistema policiaco de comunicación interestatal... o montar una indagación sobre ella, si así era como lo llamaban... o... o...
No importa, Polly, susurró una voz, una voz que conocía. Deja de desgarrarte por lo que fue un comportamiento muy correcto de tu parte. ¡Vaya, después de todo! Tú oíste la culpabilidad en su voz, ¿no es cierto?
-¡Sí! -murmuró con furia en la almohada-. ¡Es cierto, la oi! ¿Qué te parece eso, tía Evvie? -No hubo respuesta... sólo un extraño y ligero tirón
(la cuestión es ésta, Trisha)
en el subconsciente de su mente. Como si hubiese olvidado algo, hubiese omitido algo
(¿quieres un caramelo, Trisha?)
en la ecuación.
Polly rodó inquieta sobre el costado y el azka se resbaló sobre la plenitud de un pecho. Oyó que algo en el interior rascaba delicadamente la pared de plata de su prisión.
No, pensó Polly, sólo es algo que se mueve. Algo inerte. Esta ocurrencia de que realmente hay algo vivo adentro... no es más que tu imaginación.
Escrach-escrich-escrach.
La esfera de plata se sacudió en forma casi imperceptible entre la copa de algodón blanco de su sostén y la sobrecama.
Escrach-escrich-escrach.
Esa cosa está viva, Trisha, dijo la tía Evvie. Esa cosa está viva, y tú lo sabes.
No seas tonta, le dijo Polly, volviéndose para el otro lado. ¿Cómo sería posible que estuviese ahí dentro una criatura? Supongo que podría respirar a través de esos diminutos agujeros, ¿pero qué comería, en nombre de Dios?
Tal vez, respondió la tía Evvie en tono suave, pero implacable, te está comiendo a Ti, Trisha.
-Polly -murmuró-, mi nombre es Polly.

Esta vez el tirón en la mente subconsciente fue más fuerte, alarmante en cierto modo, y por un momento casi pudo asirlo. En eso, el teléfono empezó a sonar de nuevo. Polly dio un pequeño grito sofocado y se sentó en la cama, en el rostro una expresión de desaliento y cansancio. El orgullo y la nostalgia estaban en pleno combate.
Habla con él, Trisha, ¿cuál es el problema? Mejor aún, escúchalo. Antes no lo escuchaste, ¿no es verdad?
No quiero hablar con él. No después de lo que hizo.
Pero todavía lo amas.
Sí, eso era cierto. Lo único era que ahora también lo odiaba.
La voz de la tía Evvie surgió de nuevo, como una borrasca furiosa en su mente. ¿Quieres ser un fantasma toda tu vida, Trisha? ¿Qué pasa contigo, niña?
Polly extendió la mano para contestar el teléfono en un simulacro de decisión. La mano, flexible, libre de dolor, titubeó a unos centímetros del auricular. Era posible que no fuese Alan. Tal vez era el señor Gaunt. Tal vez el señor Gaunt le quería decir que aún no había terminado con ella, que aún estaba pendiente una parte del pago.
Hizo otro movimiento hacia el teléfono, esta vez las puntas de los dedos rozaron el recubrimiento de plástico, y después la retiró. La mano apretó su compañera y se estrujaron en un nudo nervioso contra el vientre. Tenía miedo de la voz incorpórea de la tía Evvie, de lo que había hecho esta tarde, de que el señor Gaunt (¡o Alan!) pudiesen hablar en el pueblo acerca de su hijo muerto, de lo que podría significar esa lejana confusión de sirenas y automóviles que corrían a toda velocidad.
Pero sobre todo, había descubierto, le tenía miedo al señor Gaunt. Se sentía como si alguien la hubiese atado al badajo de una enorme campana de hierro, una campana que la ensordecía y la enloquecía al mismo tiempo, y que en cuanto empezara a repicar la aplastaría por completo.
El teléfono quedó en silencio.
En el exterior, se ovó el clamor de otra sirena y, al irse desvaneciendo hacia el Tin Bridge, el trueno estalló de nuevo. Más cerca ahora.
Quítatelo, susurró la voz de la tía Evvie. Quítatelo, cariño. Puedes hacerlo, su poder es sobre !a necesidad, no la voluntad. Quítatelo. Rompe el dominio que ejerce sobre ti.
Pero Polly estaba viendo el teléfono y recordaba la noche, ¿había ocurrido hacía menos de una semana?, cuando al tratar de tomarlo le había pegado con los dedos y lo había tirado al piso. Recordaba el dolor que la había desgarrado por todo el brazo, como una rata hambrienta con dientes rotos. No podía volver a eso. Simplemente, no podía ni concebirlo siquiera.
¿Podría?
Algo muy grave está sucediendo en The Rock esta noche, dijo la tía Evvie. ¿Quieres despertarte mañana y tratar de descifrar el grado de TU culpa en lo ocurrido? ¿Realmente quieres añadir esto a tu cuenta, Trisha?
-No comprendes -gimió-. ¡No fue nada en contra de Alan, fue contra Ace! ¡Ace Merrild! ¡Y él se merece todo lo que le pase!
Volvió la voz implacable de la tía Evvie:
En ese caso, tú también, cariño. Tú también.
4
A las seis y veinte minutos de esa noche de martes, mientras se acercaban los nubarrones que anunciaban la tormenta y la oscuridad empezaba a imponerse sobre el crepúsculo, el oficial de la policía estatal que había sustituido a Sheila Brigham en el despacho salió al área de las celdas de la oficina del comisario. Evitó pisar el gran espacio, con una forma parecida a un diamante, que estaba marcado con cinta ESCENA DEI. CRIMEN, y se dirigió apresurado al lugar donde estaba Henry Payton.
Payton se veía despeinado y atribulado. Había pasado los anteriores cinco minutos con las damas y los caballeros de la prensa y sentía lo mismo que siempre después de una de esas confrontaciones: como si lo hubiesen cubierto con miel y después obligado a revolcarse sobre una gran pila de mierda de hiena infestada con hormigas. Su declaración no había estado tan bien preparada, o tan irrebatiblemente vaga, como le habría gustado. La gente de la televisión le había cargado la mano. Querían los últimos detalles en vivo para el espacio de seis a seis treinta, cuando se transmitirían las noticias locales, estaban convencidos de que tenían que informar en vivo sobre lo último que había sucedido, y si no les daba algo con qué entretenerse, corría el peligro de que lo crucificaran a las once. Casi lo habían crucificado, de cualquier forma. En toda su carrera, nunca había estado tan cerca de admitir que no tenía una jodida pista. No se había retirado de esta conferencia de prensa improvisada; se había escapado.
Payton descubrió que deseaba haber prestado más atención a lo que le había dicho Alan. Cuando llegó, le pareció que la tarea se limitaba esencialmente a un control de daños. Ahora lo dudaba, ya que desde que tomó el caso había ocurrido otro asesinato: una mujer llamada Myrtle Keeton. Su marido todavía estaba libre en alguna parte, probablemente se había dirigido hacia las colinas y ya estaría lejos ahora, pero también era posible que todavía estuviese galopando alegremente por este

extraño pueblo. Un hombre que había asesinado a su esposa con un martillo. Un psicópata de primera, en otras palabras.
El problema era que él no conocía a los habitantes de este pueblo. Alan y sus asistentes sí los conocían bien, pero tanto Alan como Ridgewick se habían ido. LaPointe estaba en el hospital, probablemente con la esperanza de que los médicos pudieran enderezarle la nariz. Buscó con la mirada a Clutterbuck y, en cierto modo, no le sorprendió que él también hubiese desaparecido.
¿Lo quieres, Henry?, oyó que Alan decía dentro de su cabeza. Perfecto. Tómalo. Y en cuanto a sospechosos, ¿por qué no pruebas con la guía telefónica?
-¿Teniente Payton? ¿Teniente Payton? -era el oficial que estaba a cargo de la oficina de despacho.
-¿Qué? -gruñó Henry.
-Tengo al doctor Van Allen en la radio. Quiere hablar con usted.
-¿Sobre qué?
-No lo dijo. Sólo insistió en que era urgente que hablara con usted.
Henry Payton se dirigió a la oficina del despachador, sintiéndose cada vez más como un niño que conduce una bicicleta sin frenos por una pendiente muy pronunciada con un precipicio por un lado, un muro de roca en el otro y una jauría de lobos hambrientos, con rostros de reporteros, detrás de él.
Tomó el micrófono.
-Soy Payton, escucho.
-Teniente Payton, soy el doctor Van Allen, Investigador Médico del condado -la voz era hueca y distante, interrumpida ocasionalmente por fuertes estallidos de estática. Henry sabía que era la tormenta que se aproximaba. Más diversión a la vista.
-Sí, sé quién es usted -contestó Henry-. Usted llevó al señor Beaufort a Oxford. ¿Cómo está? Fuera.
-Está...
Crakle crackle buss esnaquer.
-Se está interrumpiendo, doctor Van Allen -dijo Henry, hablando con toda la paciencia que podía-. Tenemos en camino lo que parece será un tormenta eléctrica de primera clase. Repita, por favor. Fuera.
-¡Muerto! -gritó Van Allen durante un espacio sin estática-. Murió en la ambulancia, pero no creemos que haya muerto a resultas de los disparos. ¿Me entiende? No creemos que este paciente haya muerto de trauma por disparos. Su cerebro sufrió primero un edema atípico y después se destruyó. El diagnóstico más probable es que cuando recibió los disparos alguna sustancia tóxica, una sustancia extremadamente tóxica, se introdujo en su sangre. Parece que esta misma sustancia literalmente provocó que le estallara el corazón. Diga si me recibió.
Oh Jesús, pensó Henry Payton. Se aflojó la corbata, se desabotonó el cuello de la camisa y después oprimió de nuevo el botón para transmitir.
-Recibí su mensaje, doctor Van Allen, pero que me condenen si lo entiendo. Fuera.
-Es muy probable que la toxina haya estado en las balas de la pistola con que se le disparó. En apariencia, la infección se extiende con lentitud al principio y después se acelera. Tenemos dos áreas de introducción muy claras, en forma de abanico: la herida en la mejilla y la herida en el pecho. Es muy importante...
Crakle esnackle bussit.
-¿... tiene? Fuera.
-Repita, doctor Van Allen -Henry deseaba por Cristo que el hombre hubiese recurrido al teléfono-. Repita, por favor, fuera.
-¿Quién tiene esa pistola? -aulló Van Allen-. ;Escucho!
-David Friedman. Balística. La llevó a Augusta. Fuera.
-¿La habrán descargado primero? Fuera.
-Sí. Es el procedimiento normal. Fuera.
-¿Era un revólver o una automática, teniente Payton? Eso es de primordial importancia. Fuera.
-Una automática. Fuera.
-¿Habrá sacado las balas del cargador? Escucho.
-Lo hará en Augusta -Payton se sentó pesadamente en la silla del despachador. De repente, le urgía ir al baño-. Fuera.
-¡No! ¡No, no debe hacerlo! No debe hacer eso... ¿me entiende'' -Entiendo -dijo Henry-. Le dejaré un mensaje en el laboratorio de balística, diciendo que debe dejar las condenadas balas en el condenado cargador hasta que aclaremos este último enigma de todos los demonios -sentía un infantil placer al pensar que esto salía por el aire... y en eso se preguntó cuántos de los reporteros que estaban afuera lo estarían escuchando con sus radios de banda civil-. Escuche, doctor Van Allen, no debemos hablar de esto por la radio. Fuera.
-Olvídese de las relaciones públicas -respondió Van Allen con aspereza-. Estamos hablando de la vida de un hombre, teniente Payton, traté de llamarle por teléfono y no fue posible. Dígale a Friedman que examine cuidadosamente sus manos en cuanto a rasguños, cortes pequeños, incluso padrastros. Si tiene la más mínima rasgadura en la piel de las manos, debe irse inmediatamente al

hospital más cercano. No tengo forma de saber si la mierda de que estamos hablando, aparte de en las balas mismas, también estaba en la cubierta del cargador de las municiones. Y con esta clase de cosas no puede correrse el más ligero riesgo. Este material es mortal. Fuera.
-Enterado -Henry se escuchó a sí mismo decir esa palabra. Se daba cuenta de que deseaba estar en cualquier parte menos aquí, pero, ya que estaba aquí, deseaba que Alan Pangborn estuviese junto a él. Desde que había llegado a Castle Rock, cada vez se sentía más como el Hermano Rabito atorado en la brea-. ¿Qué es? Escucho.
-Todavía no lo sabemos. No es curare, porque no se presentó parálisis hasta poco antes de la muerte. Además, el curare es relativamente indoloro, y el señor Beaufort sufrió mucho. Todo lo que sabemos es que se inició lentamente y después se extendió a la velocidad de un tren de carga. Fuera.
-¿Eso es todo? Escucho.
-Jesucristo -exclamó Ray van Allen-. ¿No es bastante? Fuera.
-Sí. Supongo que sí. Fuera.
-Dé gracias...
¡Crackle crackle brack!
-Repita, doctor Van Allen. Repita. Escucho.
A través del agitado océano de estática escuchó que el doctor Van Allen decía:
-Dé gracias de que tienen la pistola en custodia. Que no tienen que preocuparse porque cause más daños. Fuera.
-En eso tiene razón, amigo. Fuera.
5
Cora Rusk dio vuelta en la calle Main y caminó lentamente hacia Cosas Necesarias. Pasó junto a una camioneta Ford Econoline amarillo brillante, con las palabras WPTD CANAL 5 NOTICIAS EN ACCIÓN adornando uno de los costados, pero no vio que Danforth "Buster" Keeton la miraba desde la ventanilla del conductor con ojos que no pestañeaban. Probablemente no lo hubiese reconocido, en cualquier caso; Buster se había convertido, por así decirlo, en un hombre nuevo. E incluso si lo hubiese visto y reconocido, le habría tenido sin cuidado a Cora. Ella tenía sus propios problemas y pesares. Sobretodo, tenía su propio enojo. Y nada de esto se relacionaba con su hijo muerto.
Cora Rusk sostenía en una mano un par de gafas para el sol rotas.
Le había parecido que la policía iba a seguir interrogándola para siempre... o al menos hasta que se volviera loca. ¡Váyanse!, quería gritarles. ¡Dejen de fastidiarme con esas estúpidas preguntas acerca de Brian! ¡Deténganlo si está en problemas, su padre lo arreglará, es lo único para lo que es bueno, para arreglar cosas, pero déjenme en paz! ¡Tengo una cita con El Rey y no puedo hacerlo esperar!
En determinado punto, había visto al comisario Pangborn recargado entre la puerta de la cocina y el pórtico trasero, los brazos cruzados sobre el pecho, y había estado a un paso de soltarle todo eso, pensando que él sí entendería. Él no era como estos otros, él era del pueblo, él estaría enterado de Cosas Necesarias, habría comprado su artículo especial también, él entendería.
Pero, en eso, el señor Gaunt le había hablado en la mente, tan calmado y tan razonable como siempre. No es como tú. No es un comprador inteligente. Diles que quieres ir al hospital a ver a tu otro chico. Con eso te librarás de ellos, al menos por un buen rato. Después, ya no tendrá importancia.
Por tanto, eso fue lo que les dijo y funcionó como por encanto. Incluso se las había arreglado para derramar una lágrima o dos, sin pensar en Brian sino en lo triste que estaría Elvis, deambulando por Graceland sin ella. ¡Pobre Rey perdido!
Se habían ido todos, excepto dos o tres que estaban en la cochera. Cora ignoraba qué estaban haciendo o qué querían ahí, pero no le interesaba. Tomó las gafas mágicas de la mesa y corrió escaleras arriba. Una vez en el dormitorio, se quitó la bata, se acostó en la cama y se puso las gafas.
De inmediato estuvo en Graceland de nuevo, llena de alivio, esperanza y una asombrosa excitación.
Subió por las escaleras curvas, desnuda e imperturbable, hasta el vestíbulo de la planta alta, adornado con tapices de selva y casi tan ancho como una carretera. Caminó hasta las puertas dobles cerradas en el fondo, los pies desnudos susurrando en la profunda lana de la alfombra. Vio que sus dedos se acercaban y se cerraban en las perillas. Abrió las puertas, con lo que se reveló el dormitorio de El Rey, una habitación en que todo era blanco y negro, muros negros, alfombra blanca lanuda, cortinas negras sobre las ventanas, ribete blanco en el cubrecama negro, excepto el techo, el cual estaba pintado en azul de medianoche, con un millar de estrellas eléctricas resplandecientes.
Miró hacia la cama y el horror la conmocionó.
El Rey estaba en la cama, pero El Rey no estaba solo.
Sentada a horcajadas sobre él, montándolo como si fuese un caballo pequeño, estaba Myra Evans. Cuando se abrieron las puertas, Myra volvió la cabeza y miró fijamente a Cora. El Rey siguió mirando a Myra, pestañeando los hermosos ojos azules soñadores.
-¡Myra! -había exclamado Cora-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Bueno -dijo Myra pagada de sí misma-, con seguridad no estoy aspirando el piso.
Cora jadeó sin respirar, absolutamente perpleja.
-Vaya... vaya... vaya... ¡Que me lleve el diablo! -gritó, elevándose el tono de voz al volverle el aliento.
-Pues anda, que te lleve de tina vez -dijo Myra, moviendo más aprisa las caderas-,'y quítate esas tontas gafas mientras esperas. Se ven estúpidas. Sal de aquí. Regresa a Castle Rock. Estamos ocupados... ¿no es cierto, E?
-Es cierto, dulzura -asintió El Rey-. Tan ocupados como dos pulgas en una alfombra.
El horror se convirtió en furia y la parálisis de Cora se rompió con un chasquido. Corrió hacia su pretendida amiga con la intención de arrancarle los traidores ojos de las órbitas. Pero cuando levantó la mano, retorcida en una garra, para hacerlo, Myra extendió el brazo, sin perder ni un instante el ritmo del movimiento de caderas, y de un golpe le quitó del rostro las gafas de sol.
La sorpresa hizo que Cora cerrara los ojos... y cuando los abrió, estaba acostada en su cama de nuevo. Las gafas estaban en el piso, con ambos cristales destrozados.
-Alo -gimió Cora, y se levantó de un salto. Quería dar aullidos, pero una voz interior, no la suya, le advirtió que la oirían los policías que estaban en la cochera y vendrían corriendo-. No, por favor, no, por favor, por favooor...
Trató de volver a colocar los trozos de cristal en el aerodinámico armazón de oro, pero fue imposible. Estaban rotos. Rotos por esa maldita ramera. Rotos por su amiga, Myra Evans. La amiga que en alguna forma había encontrado el camino a Graceland, la amiga que, incluso ahora, mientras Cora trataba de arreglar un objeto invaluable que estaba irremediablemente roto, estaba haciéndole el amor a El Rey.
Cora levantó la mirada. Sus ojos se habían convertido en dos ranuras negras relucientes.
-La mataré -susurró con voz ronca-. Verá si no.
6
Cora leyó el letrero en el escaparate de Cosas Necesarias, se detuvo por un momento, pensando, y después caminó al callejón de servicio, a la vuelta. Pasó junto a Francine Pelletier, quien salía del callejón, guardando algo en el bolso. Cora apenas la miró.
A la mitad del callejón vio al señor Gaunt detrás de una mesa de madera colocada como una barricada a lo ancho de la puerta trasera abierta de la tienda.
-¡Ah, Cora! -exclamó el señor Gaunt-. Me preguntaba cuándo vendría..
-¡Esa ramera! -escupió Cora-. ¡Esa traidora perra ramera!
-Discúlpeme, Cora -dijo el señor Gaunt con una cortesía de gran mundo-, pero parece que se olvidó de abrocharse un botón o dos -señaló con uno de sus extraños dedos largos el frente del vestido de Cora.
Cora se había puesto sobre su desnudez lo primero que encontró en el clóset y sólo se había cerrado el botón superior. Debajo de éste, el vestido se abría sobre los rizos del vello púbico. Su vientre, hinchado por demasiados Ring-Dings, Yodels y cerezas cubiertas con chocolate durante "Santa Bárbara" (y todos los demás programas), sobresalía en una suave curva.
-¿A quién le importa una mierda? -replicó Cora con brusquedad.
-A mí no -admitió el señor Gaunt con serenidad-. ¿En qué puedo ayudarla?
-Esa perra está jodiendo con El Rey. Me rompió las gafas para el sol. Quiero matarla.
-Eso quiere -dijo el señor Gaunt, levantando las cejas-. Bien, no puedo decir que no comprendo su punto de vista, Cora, porque sí la entiendo. Podría ser que la mujer que se roba al hombre de otra mujer mereciera vivir. No quisiera abundar en ese tema en un sentido o en otro, he sido comerciante toda mi vida y conozco muy poco acerca de los asuntos del corazón. Pero una mujer que destroza deliberadamente la posesión más valiosa de otra mujer... bueno, eso es mucho más serio. ¿Está de acuerdo?
Cora empezó a sonreír. Era una sonrisa dura. Una sonrisa cruel. Era una sonrisa carente por completo de cordura.
-Jodidamente de acuerdo -dijo Cora Rusk.
El señor Gaunt se dio vuelta por un momento. Cuando estuvo frente a Cora de nuevo, sostenía una pistola automática en una mano.
-¿Tal vez buscaba algo como esto? -preguntó.
Veinte
1
Una vez que Buster terminó con Myrtle, se sumió en un profundo estado de fuga emocional. Aparentemente, lo había abandonado por completo el sentido de propósito. Pensaba en Ellos, todo el pueblo estaba atestado con Ellos, pero en lugar del enojo claro y justificado que apenas unos minutos antes le había producido la idea, ahora sólo sentía cansancio y depresión. Tenía un dolor de cabeza palpitante. Le dolía el brazo y la espalda a resultas de la violenta manipulación del martillo.
Bajó la mirada y vio que todavía lo sostenía. Abrió la mano y la herramienta cayó sobre el linóleo de la cocina, dejando una gran salpicadura de sangre. Permaneció mirando la mancha durante casi

un minuto, con una especie de atención idiota. Le parecía un bosquejo del rostro de su padre, trazado en sangre.
Caminó despacio por la sala y entró al estudio, frotándose el hombro y la parte superior del brazo. La cadena de las esposas tintineaba enloqueced oramente. Abrió la puerta del clóset, se puso de rodillas, se arrastró debajo de las ropas que colgaban al frente y sacó la caja con los caballos en la tapa. Retrocedió con torpeza para salir del clóset (la esposa se atoró en uno de los zapatos de Myrtle y Keeton lo arrojó de nuevo al interior, con una maldición malhumorada), puso el juego sobre el escritorio y se sentó con la caja frente a él. En vez de emoción, ahora sólo sentía tristeza. El Boleto Ganador era maravilloso, de acuerdo, ¿pero para qué le servía en estas condiciones? Ya no importaba si devolvía o no el dinero. Había asesinado a su esposa. Era indudable que se lo merecía, pero Ellos no lo verían así. Lo arrojarían encantados en la celda más profunda y oscura que encontraran en la Penitenciaría Shawshank y tirarían la llave a la basura.
Vio que había dejado grandes manchas de sangre en la tapa de la caja y se miró a sí mismo. Hasta entonces se dio cuenta de que estaba cubierto con sangre. Los gordos antebrazos parecía que pertenecían a un carnicero de cerdos de Chicago. La depresión lo envolvió de nuevo en una ola suave, negra. Lo habían derrotado... sin duda. Sin embargo, se escaparía de Ellos. De todos modos se escaparía de Ellos.
Se levantó, agotado hasta la médula, y subió lentamente las escaleras. En el camino, se fue desvistiendo; se sacó los zapatos en la sala, dejó caer los pantalones al pie de las escaleras y después se sentó a la mitad de ellas para quitarse los calcetines. Incluso éstos estaban manchados con sangre. La camisa fue la que le costó más trabajo; quitarse una camisa cuando se lleva una esposa es endemoniadamente difícil.
Pasaron casi veinte minutos entre el asesinato de la señora Keeton y el penoso recorrido de Buster hacia adentro y hacia afuera de la ducha. Durante ese periodo, en cualquier momento lo podrían haber detenido sin ningún problema... pero en la parte baja de la calle Main se estaba llevando a cabo una transición de autoridad, en la oficina del comisario reinaba una confusión total y el paradero de Danforth "Buster" Keeton no parecía muy importante, sencillamente.
Una vez que se secó, se puso unos pantalones limpios y una camiseta, carecía de la energía para trajinar otra vez con las mangas largas, y volvió a su estudio. Buster se sentó en la silla y miró de nuevo el Boleto Ganador, esperando que la depresión fuese un estado efímero, que volviese algo de su anterior júbilo. Pero parecía que la imagen de la caja se había decolorado, opacado. El color más brillante en evidencia era una mancha de la sangre de Myrtle sobre los flancos del caballo dos.
Quitó la tapa y miró al interior. Se quedó atónito al ver que los pequeños caballos de hojalata se inclinaban tristemente hacia todos lados. Sus colores también estaban casi desvanecidos. La punta de un resorte roto se asomaba por el agujero donde se insertaba la llave para darle cuerda a la maquinaria.
¡Alguien ha estado aquí!, gritó su mente. ¡Alguien lo destrozó! ¡Uno de Ellos! ¡Arruinarme a mí no fue suficiente! ¡También tenían que arruinar mi juego!
Pero una voz más profunda, tal vez la voz de la cordura que se desvanecía, susurró que eso no era verdad. Así estaba desde el principio, murmuró la voz. Pero no lo viste, eso es todo.
Regresó al clóset con la intención de sacar la pistola, de cualquier modo. Era hora de usarla. Estaba palpando en el entrepaño, buscándola, cuando sonó el teléfono. Buster lo levantó muy despacio, seguro de quién estaba en el otro extremo de la línea.
Y no quedó decepcionado.
2
-Hola, Dan -dijo el señor Gaunt-. ¿Cómo está usted en esta tarde tan agradable?
-Terrible -respondió Buster con una voz arrastrada, melancólica-. El mundo se ha convertido en un manicomio. Me voy a suicidar.
-¿Oh? -el señor Gaunt se oyó un poquitín decepcionado, pero nada más.
-Ahora todo está mal. Hasta el juego que me vendió se descompuso.
-Oh, lo dudo mucho- replicó el señor Gaunt con un toque de aspereza-. Reviso mi mercancía con todo cuidado, señor Keeton. Con mucho cuidado. ¿Por qué no lo ve de nuevo?
Buster obedeció y se quedó asombrado. Los caballos estaban erguidos en las ranuras. Cada manta se veía recién pintada y reluciente. Incluso los ojos parecían centellear fuego. El hipódromo de hojalata era tonos verdes brillantes y tonos castaños polvosos de verano. La pista se ve sólida, pensó como si estuviese soñando y desvió la mirada hacia la tapa de la caja.
O lo habían engañado sus ojos, embotados con la profunda depresión, o los colores se habían intensificado en alguna forma misteriosa en los pocos segundos que transcurrieron desde que sonó el teléfono. Ahora era la sangre de Myrtle la que apenas se veía. Se estaba secando en un tono marrón deslucido.
-¡Dios mío! -susurró.
-¿Bien? -preguntó el señor Gaunt-. ¿Bien, Dan? ¿Estoy equivocado? Porque si lo estoy, debe retrasar el suicidio por lo menos lo suficiente para devolverme la compra y que le rembolsé lo que

pagó. Yo garantizo mi mercancía. Tengo que hacerlo, ¿sabe? Debo proteger mi reputación, y es un propósito que tomo muy en serio en un mundo donde hay millones de Ellos y sólo uno como yo.
-¡No... no! -dijo Buster-. -¡Está... está maravilloso!
-¿Cometió un error, entonces? -insistió el señor Gaunt.
-Yo... creo que eso debe de haber sido.
-¿Acepta que estaba en un error?
-Yo... sí.
-Bien -dijo el señor Gaunt. La voz había perdido el tono áspero-. En ese caso, no hay problema, adelante, suicídese. Aunque debo admitir que estoy decepcionado. Pensaba que por fin había conocido a un hombre con suficientes agallas para ayudarme a patearles el trasero. Supongo que también usted no es más que un fanfarrón, como todos los demás -el señor Gaunt suspiró. Era el suspiro de un hombre que se da cuenta de que, después de todo, no ha vislumbrado la luz al final del túnel.
Algo extraño le pasaba a Buster Keeton. Sentía que volvía a surgir su vitalidad y decisión. Sus propios colores interiores parecían resplandecer, intensificarse de nuevo.
-¿Quiere decir que no es demasiado tarde?
-Estoy seguro de que no asistió a las clases de poesía. Nunca es demasiado tarde para buscar un mundo nuevo. No cuando se es un hombre con valor. Vaya, ya tenía todo organizado para usted, señor Keeton. Contaba con usted, ¿sabe?
-Me gusta más que me diga Dan -dijo Buster, casi con timidez.
-Está bien, Dan. ¿Realmente está decidido a escaparse de la vida en esa forma tan cobarde?
-¡No! -exclamó Buster-. Es que... pensé que todo era inútil. Ellos son demasiados.
-Tres hombres capaces pueden causar mucho daño, Dan.
-¿Tres? ¿Dijo tres?
-Sí... hay otro de nosotros. Alguien más que ve el peligro, que comprende lo que se proponen.
-¿Quién? -preguntó ansioso Buster-. ¿Quién?
-Ya lo sabrá con la oportunidad debida -dijo el señor Gaunt-, pero por ahora no tenemos mucho tiempo. Irán por usted muy pronto.
Buster miró por la ventana del estudio con los ojos entrecerrados de un hurón que huele el peligro en el viento. La calle estaba vacía, pero sólo por el momento. Podía sentirlos, los percibía, concentrándose para atacarlo.
-¿Qué debo hacer?
-¿Está usted en mi equipo, entonces? -preguntó el señor Gaunt-. ¿Puedo contar con usted, después de todo?
-¡Sí!
-¿Sin reservas?
-¡Hasta que las ranas críen pelo o hasta que usted diga otra cosa!
-Muy bien -dijo el señor Gaunt-. Escuche con mucha atención, Dan -y mientras hablaba el señor Gaunt y Buster escuchaba, hundiéndose gradualmente en ese estado hipnótico que parecía que el señor Gaunt inducía a voluntad, los primeros retumbes de la tormenta que se acercaba habían empezado a sacudir el aire en el exterior.
3
Cinco minutos más tarde, Buster salió de la casa. Se había puesto una chaqueta ligera sobre la camiseta y llevaba metida en lo más profundo del bolsillo la mano que todavía tenía la esposa. A mitad de la calle encontró una camioneta estacionada junto al bordillo, justo donde le había dicho el señor Gaunt que la encontraría. Era amarillo brillante, una garantía de que los transeúntes se fijarían en la pintura en vez de en el conductor. Casi no tenía ventanillas y ambos lados estaban marcados con el logotipo de una estación de televisión de Portland.
Buster lanzó una mirada rápida, pero cuidadosa, en ambas direcciones y después subió a la camionta. El señor Gaunt le había dicho que las llaves estarían debajo del asiento. En efecto, ahí estaban. Sobre el asiento del pasajero estaba una bolsa de papel de estraza. Buster encontró dentro una peluca rubia, un par de gafas con armazón de metal, propias de un yupi, y un pequeño frasco de vidrio.
Se colocó la peluca con cierto recelo; larga y peluda, parecía el cuero cabelludo de un cantante de rock muerto, pero cuando se vio en el espejo retrovisor de la camioneta le sorprendió lo bien que se ajustaba. Lo hacía verse más joven. Mucho más joven. Los cristales de las gafas de yupi eran incoloros y cambiaban su apariencia (al menos en opinión de Buster) aún más que la peluca. Le daban un aspecto elegante, como Harrison Ford en "The Mosquito Coast". Se contempló a sí mismo, fascinado. De súbito se veía como si tuviese treinta y tantos años, en vez de cincuenta y dos, como un hombre que muy bien podía trabajar para una estación de televisión. No como corresponsal de noticias, nada tan fascinante como eso, pero tal vez como un técnico o un productor, incluso.

Desenroscó la tapa del frasco e hizo una mueca, la sustancia que contenía olía como la batería de un tractor que se está derritiendo. De la boca del frasco surgieron zarcillos de humo. Debo tener cuidado can esta sustancia, pensó Buster. Debo tener mucho cuidado.
Colocó la esposa vacía bajo el muslo derecho y la cadena en posición tirante. Después, vertió parte del contenido del frasco sobre la cadena, justo debajo de la esposa en su muñeca, con cuidado de que no le goteara en la piel el oscuro líquido viscoso. Inmediatamente empezó a humear y burbujear el acero. Unas cuantas gotas cayeron sobre el tapete de hule y burbujeó también, produciendo un horrible olor a fritura. Después de unos momentos, Buster sacó la esposa vacía de debajo del muslo, enganchó los dedos en ella y tiró con energía. La cadena se rompió como si fuese de papel y la dejó caer al piso. Todavía llevaba un brazalete, pero eso no le molestaba; la cadena y la oscilante esposa vacía habían sido insoportables. Introdujo la llave en el encendido, puso en marcha el motor y se alejó.
No habían pasado tres minutos cuando un vehículo del comisario del condado de Castle, conducido por Seaton Thomas, dio vuelta en la entrada de la casa de los Keeton y el viejo Seat descubrió a Myrtle Keeton caída, mitad adentro y mitad afuera, en el umbral entre la cochera y la cocina. Poco después, cuatro unidades de la policía estatal se unieron a este vehículo. Los polizontes revolvieron la casa de arriba a abajo, buscando a Buster o alguna señal de su posible paradero. Nadie lanzó un segundo vistazo al juego que estaba sobre el escritorio del estudio. Era viejo, estaba sucio y visiblemente roto. Parecía algo proveniente del ático de un pariente pobre.
4
Eddie Warburton, el jefe de vigilantes del Palacio Municipal, llevaba más de dos años disgustado con Sonny Jackett. Durante el último par de días, el enojo se había convertido en una rabia roja. Cuando se había agarrotado la transmisión del bonito Honda Civic de Eddie, durante el verano de 1989, Eddie no había querido llevarlo a la agencia Honda más cercana. Eso hubiese implicado un gasto importante en una grúa. Ya era bastante malo que la transmisión hubiese expirado tres semanas después de que había hecho lo mismo la garantía del tren motriz. Por tanto, primero había recurrido a Sonny Jackett y le había preguntado si tenía experiencia en autos extranjeros.
Sonny le dijo que sí. Habló con ese tono expansivo, condescendiente, que usaba la mayoría de los yanquis de las áreas rurales cuando hablaban con Eddie. Nosotros no tenemos prejuicios, muchacho, decía el tono. Éste es el norte, ¿sabes? No aprobamos esa mierda sureña. Desde LUEGO que eres negro, cualquiera puede verlo, pero eso no significa nada para nosotros. Negro, amarillo, blanco o verde, a todos los tratamos como nunca has visto. Trae el auto aquí.
Sonny había arreglado la transmisión del Honda, pero la factura fue por cien dólares más del presupuesto original, y una noche en El Tigre casi se habían liado a puñetazos por este motivo. A los pocos días, el abogado de Sonny (Eddie Warburton sabía por experiencia que todos los blancos, ya fuesen yanquis o sureños, tenían abogados) llamó a Eddie y le dijo que Sonny iba a demandarlo en la corte de reclamaciones menores. Eddie terminó con cincuenta dólares menos en el bolsillo como resultado de ese incidente y cinco meses después ocurrió la falla en el sistema eléctrico que destruyó el Honda. El auto había estado estacionado en el lote del Palacio Municipal. Alguien le había gritado a Eddie, pero cuando salió con el extintor el interior del auto era una masa danzante de fuego amarillo. Había sido pérdida total.
Desde entonces, se preguntaba si Sonny Jacket era el responsable del incendio. El investigador del seguro dijo que era un accidente bona fide, causado por un corto circuito... la clase que sucede una vez en un millón. ¿Pero qué sabía ese sujeto? Nada, probablemente, y además, no era su dinero. Tampoco el seguro había sido suficiente para cubrir la inversión de Eddie.
Y ahora lo sabía. Lo sabía con seguridad.
Esta mañana había recibido un paquete por correo. Los artículos en el interior habían sido extremadamente iluminadores: varias pinzas tipo caimán, ennegrecidas, una vieja fotografía con un borde roto y una nota.
Las pinzas eran del tipo que utilizaría un hombre que deseara iniciar un incendio eléctrico. Sólo se eliminaba el material aislante del par de alambres correctos en los lugares adecuados, se unían los cables y voilá.
La foto mostraba a Sonny y a unos cuantos de sus amigos cara pálida, los sujetos que siempre estaban ganduleando en las sillas de cocina de la oficina de la estación de gasolina. Sin embargo, el lugar donde se encontraban no era la Sunoco de Sonny; era el depósito de chatarra de Robicheau en el camino vecinal No. 5. Los blancuchos estaban de pie frente al Civic quemado de Eddie, bebiendo cerveza, riéndose... y comiendo pedazos de sandía.
La nota era corta y concisa.
Estimado negro: Tratar de joderme fue un error garrafal.
Al principio, Eddie se preguntó por qué le enviaría Sonny una nota así (aunque nunca se le ocurrió relacionarla con la carta que él había deslizado en el buzón de Polly Chalmers a solicitud del señor Gaunt). Decidió que la causa era que Sonny era aún más estúpido y mezquino que la mayoría de los blancuchos. Sin embargo, si el asunto todavía le roía las entrañas a Sonny, ¿por qué había esperado tanto para reabrirlo? Pero entre más meditaba en lo que había sucedido en esos días

(Estimado negro:)
las preguntas iban perdiendo importancia. La nota y las pinzas caimán ennegrecidas y la vieja fotografía se le metieron en la cabeza, zumbando ahí como una nube de mosquitos hambrientos.
A primeras horas de la noche había comprado una pistola con el señor Gaunt.
Las luces fluorescentes de la oficina de la estación Sunoco lanzaban un trapezoide blanco sobre el macadán del alquitranado de servicio cuando Eddie se estacionó en la entrada, conduciendo el Oldsmobile de segunda mano con que había sustituido al Civic. Se bajó del auto, una mano en el bolsillo de la chaqueta, sujetando la pistola.
Se detuvo fuera de la puerta durante un minuto, mirando hacia el interior. Sonny estaba sentado junto a la caja registradora en una silla de plástico recargada sobre las patas traseras. Eddie apenas veía la parte superior de la gorra de Sonny sobre el diario abierto. Estaba leyendo el periódico. Desde luego. Los hombres blancos siempre tenían abogados y, después de un día de timar a sujetos negros como Eddie, siempre se sentaban en sus oficinas, recargados en las sillas, y leían el periódico.
Jodidos blancos, con sus jodidos abogados y sus jodidos periódicos.
Eddie sacó la automática y entró. Una parte de él que había estado dormida despertó de pronto y gritó alarmada que no debía hacer eso, que era un error. Pero la voz carecía de autoridad. Y la carencia se debía a que de pronto parecía que Eddie ya no estaba dentro de sí mismo. Más bien era un espíritu que revoloteaba sobre su hombro, observando todo lo que sucedía. Un pícaro diablillo había asumido el control.
-Tengo algo para ti, tramposo hijo de puta -oyó Eddie que decía su boca, y observó que el dedo tiraba dos veces del gatillo de la automática. Dos pequeños círculos negros aparecieron en un encabezado que decía AUMENTAN EL ÍNDICE DE APROBACIÓN DE MCKERNAN. Sonny Jackett gritó y se sacudió. Se resbalaron las patas traseras de la silla recargada hacia atrás y Sonny cayó al piso con el guardapolvo empapándose en sangre... pero el nombre bordado con hilo de oro en el guardapolvo era RICKY. No era Sonny, sino Ricky Bissonette.
-¡Ah, mierda! -gritó Eddie-. ¡Le disparé al jodido blancucho equivocado!
-Hola, Eddie -remarcó Sonny Jackett a su espalda-. Fue una suerte que estuviese en el excusado, ¿no es cierto?
Eddie empezó a darse vuelta. Tres balas de la pistola automática que Sonny le había comprado esa tarde al señor Gaunt penetraron en la parte baja de su espalda, pulverizándole la columna, antes de que pudiese darse media vuelta completa.
Observó con ojos muy abiertos e indefensos que Sonny se agachaba hacia él. La boca de la pistola que sostenía Sonny era tan grande como un túnel y tan oscura como la eternidad. Sobre ella, el rostro de Sonny se veía pálido y resuelto. Una raya de grasa le corría por una mejilla.
-No cometiste un error cuando planeaste robarme mi nuevo juego de dados -dijo Sonny mientras oprimía el cañón de la automática contra el centro de la frente de Eddie Warburton-. Pero que me escribieras una nota avisándome que lo ibas a hacer... eso sí fue una equivocación.
Una gran luz blanca, la luz del entendimiento, se encendió de pronto en la mente de Eddie. Ahora recordaba la carta que había deslizado en el buzón de la mujer Chalmers y pudo relacionar esa jugarreta con la nota que había recibido y la que mencionaba Sonny.
-¡Escucha! -murmuró-. Tienes que escucharme, Jackett... nos han embaucado, a los dos. Nosotros...
-Adiós, muchacho negro -dijo Sonny, y tiró del gatillo.
Sonny miró fijamente lo que restaba de Eddie Warburton durante casi un minuto completo, preguntándose si debía haber escuchado lo que quería decirle Eddie. Decidió que la respuesta era negativa. ¿Cómo podría ser importante lo que tuviese que decir un sujeto lo bastante estúpido como para enviar una nota como ésa?
Sonny se irguió, entró a la oficina y pasó sobre las piernas de Ricky Bissonette. Abrió la caja fuerte y sacó el juego de dados que le había vendido el señor Gaunt. Cuando llegó la policía estatal a detenerlo aún estaba contemplando cada uno de los dados, manipulándolos amorosamente, antes de volver a guardarlos en su estuche.
5
Estaciónese en la esquina de Birch y Main, le había dicho a Buster el señor Gaunt por teléfono, y espere. Enviaré a una persona a unirse con usted.
Buster había seguido las instrucciones al pie de la letra. Desde el sitio estratégico en que se había ubicado, a una manzana de distancia, había observado mucho movimiento en la entrada del callejón de servicio; le pareció que esta noche todos sus amigos y vecinos tenían que atender algún negocio con el señor Gaunt. Diez minutos antes, la mujer Rusk había entrado al callejón, con el vestido desabotonado y apariencia de un espectro salido de una pesadilla.
Cinco minutos escasos después de que Cora Rusk salió del callejón, guardando algo en el bolsillo del vestido (el vestido seguía desabotonado y era mucho lo visible, pero ¿quién que estuviese en su sano juicio querría mirar?, se preguntó Buster), se escucharon varios disparos en la parte alta de la calle Main. Buster no estaba seguro, pero pensaba que provenían de la estación Sunoco.

Del Palacio Municipal salieron a toda velocidad varias patrullas de la policía estatal, las luces azules relampagueando, dispersando reporteros como si fuesen palomas. A pesar del disfraz, Buster decidió que sería prudente pasarse a la parte de atrás de la camioneta por un rato.
Los vehículos de la policía estatal pasaron con gran ruido y el remolino de luces azules puso en evidencia que había algo recargado contra las puertas traseras de la camioneta: una bolsa de lona verde. Buster, curioso, desató el nudo del cordón, abrió la bolsa y se asomó al interior de la misma.
Lo primero que encontró fue una caja. Buster la sacó y vio que el resto de la bolsa estaba llena con relojes automáticos. Relojes automáticos Hotpoint. Había dos docenas, fácilmente. Los tersos rostros blancos lo miraban como los ojos sin pupila de Anita la huerfanita. Abrió la caja que había sacado y vio que estaba llena de pinzas tipo caimán, de la clase que usan a veces los electricistas para hacer una conexión rápida.
Buster frunció el ceño... y en eso, de repente, los ojos de su mente vieron una forma oficial, una forma de solicitud de fondos de Castle Rock, para ser exactos. Pulcramente mecanografiadas en el espacio destinado a Bienes y/o servicios que se suministrarán, estaban estas palabras 16 CAJAS DE DINAMITA.
Sentado en la parte posterior de la camioneta, Buster empezó a sonreír. Después, se rió con ganas. En el exterior, los truenos resonaban y retumbaban. La lengua de un relámpago dio un lametazo al vientre despacioso de una nube y se hundió en el arroyo Castle.
Buster seguía riéndose. Se rió hasta que se sacudió la camioneta.
-¡Ellos! -exclamó, riéndose-. ¡Vaya si tenemos algo para Ellos! ¡Ya lo que creo que lo tenemos!
6
Henry Payton, quien había venido a Castle Rock a sacarle el buey de la barranca al comisario Pangborn, estaba de pie en el umbral de la oficina de la estación Sunoco con la boca abierta. Tenían dos bajas más. Uno era un hombre blanco y otro era negro, pero ambos estaban muertos.
Un tercer hombre, el dueño de la estación, según el nombre en su guardapolvo, estaba sentado en el piso junto a la caja fuerte abierta con un estuche de acero sucio sujeto en los brazos como si fuese un bebé. Junto a él, en el suelo, estaba una pistola automática. AL mirarla, Henry sintió que un ascensor descendía a sus entrañas. Era la gemela de la que había usado Hugh Priest para dispararle a Henry Beaufort.
-Mire -dijo en voz baja y asombrada uno de los oficiales que estaba detrás de Henry-. Ahí está otra.
Henry volvió la cabeza para mirar y oyó que crujían los tendones de su cuello. Otra pistola, una tercera pistola automática, estaba tirada cerca de la mano extendida del sujeto negro.
-No las toquen -les dijo a los otros oficiales-. Ni siquiera se acerquen a ellas -pasó por encima del charco de sangre, tomó a Sonny Jackett por las solapas del guardapolvo y lo puso de pie. Sonny no se resistió, pero apretó aún más el estuche de acero contra el pecho.
-¿Qué pasó aquí? -le gritó Payton en el rostro-. ¿Qué pasó aquí, en nombre de Dios?
Sonny señaló hacia Eddie Warburton con el codo para no tener que soltar el estuche.
-El entró. Traía una pistola. Estaba loco. Puede ver que estaba loco; mire lo que le hizo a Ricky. Me confundió con Ricky. Quería robarse mis dados. Mire.
Sonny sonrió e inclinó el estuche de acero para que Henry pudiese ver el revoltijo de fierros oxidados en el interior.
-No podía permitir que me los robara, ¿no es cierto? Quiero decir... son míos. Pagué por ellos y son míos.
Henry abrió la boca para decir algo. No tenía idea de qué habría sido y nunca salió. Antes de que pudiese pronunciar la primera palabra, se oyeron más disparos, esta vez en la parte alta de Castle View.
7
Lenore Potter estaba junto al cadáver de Stephanie Bonsaint con una pistola automática humeante en la mano. El cuerpo yacía en el lecho de flores en la parte trasera de la casa, el único que la rencorosa y maldita bruja no había deshecho en las dos incursiones anteriores.
-No debiste haber vuelto -dijo Lenore. Nunca antes había disparado una pistola en su vida y ahora había matado a una mujer... pero sólo experimentaba una sensación de júbilo inexorable. La mujer había estado dentro de su propiedad, destrozando el jardín (Lenore había esperado a que la bruja pusiera manos a la obra, su mamá no había criado tontos), y había estado en su derecho. En todo su derecho.
-¿Lenore? -la llamó su marido. Estaba asomado por la ventana del cuarto de baño de la planta alta, con crema para afeitar en el rostro. La voz se oía alarmada-. Lenore, ¿que pasa?
-Le disparé a una intrusa -dijo Lenore con toda calma, sin mirar a su alrededor. Colocó el pie debajo del pesado cadáver y lo levantó. La sensación del pie que se hundía en el dócil costado de la bruja Bonsaint le produjo un repentino placer mezquino-. Es Stephanie Bon...
El cadáver se dio vuelta. No era Stephanie Bonsaint. Era esa señora tan agradable, la esposa del asistente del comisario.
Había matado a Melissa Clutterbuck.

De improviso, la calava de Lenore Potter rebasó el azul, rebasó el púrpura, rebasó el magenta. Se fue directamente al negro de medianoche.

8

Alan Pangborn estaba sentado, mirándose las manos, mirando más allá de ellas una oscuridad tan negra que sólo podía sentirse. Pensaba que era posible que esta tarde hubiese perdido a Polly, no por unos cuantos días, hasta que se aclarara el malentendido, sino para siempre. Y eso lo dejaría sin saber qué hacer los próximos treinta y cinco años.

Oyó un pequeño sonido de algo que rozaba y levantó la vista rápidamente. Era la señorita Hendrie. Se veía nerviosa, pero también daba la impresión de que había tomado una decisión.

-El chico Rusk se está moviendo -dijo-. No está despierto, le dieron un tranquilizante y no despertará del todo hasta que pase un poco más de tiempo, pero se està moviendo.

-¿Está? -pregunto Alan en voz baja, y esperó.

La señorita Hendrie se mordió el labio, y luego continuó:

-Sí. Le permitiría que lo viera si pudiera, comisario Pangborn, pero no puedo realmente. Lo entiende, ¿verdad? Quiero decir que sé que tiene problemas en su pueblo, pero este pequeño sólo tiene siete años.

-Sí.

-Voy a ir a la cafetería a tomar una taza de té. La señora Evans está retrasada, siempre se retrasa, pero llegará en un minuto o dos. Si usted fuese a la habitación de Sean Rusk, habitación nueve, después de que me vaya, es muy probable que ella nunca sepa que usted estuvo ahí. ¿Entiende?

-Sí -repitió Alan, agradecido.

-El recorrido de las habitaciones empieza hasta las ocho; por tanto, si usted entrase en la habitación del chico, es factible que ella no lo note. Desde luego que si lo viera le podría decir que yo seguí las normas del hospital y le negué el permiso para interrogarlo. Que se metió a hurtadillas mientras el puesto estaba vacío temporalmente. ¿Se lo diría?

-Sí -asintió Alan-. Le doy mi palabra de que lo haré.

-Puede irse por las escaleras en el fondo del corredor. Es decir, si fuera a la habitación de Sean Rusk. A lo cual, desde luego, yo me opuse terminantemente.

Alan se puso de pie y le besó la mejilla, movido por un impulso.

La señorita Hendrie se ruborizó.

-Gracias -dijo Alan.

-¿De qué? Yo no he hecho nada. Creo que iré a tomar mi taza de té. Quédese sentado donde está hasta que me vaya, comisario.

Alan obedeció y se sentó de nuevo. Ahí esperó, con la cabeza colocada entre Simón el Simple y el hombre de pastel hasta que oyó el silbido de las puertas al cerrarse detrás de la señorita Hendrie. En seguida se puso de pie y caminó sin hacer ruido por el corredor brillantemente iluminado, regado con juguetes y piezas de rompecabezas, hasta la habitación nueve.

9

Alan tuvo la impresión de que Sean Rusk estaba totalmente despierto.

Ésta era el ala pediátrica y la cama en que estaba el niño era pequeña, pero a pesar de eso se perdía en ella, Su cuerpo sólo creaba un bulto menudo bajo el cobertor, haciendo que pareciera una cabeza incorpórea que descansaba sobre una pulcra almohada blanca. Su rostro estaba muy pálido. Bajo los ojos que miraban a Alan con una calmada ausencia de sorpresa se veían sombras púrpuras, casi tan oscuras como moretones. Un rizo de cabello oscuro caía sobre el centro de su frente como una coma.

Alan tomó la silla que estaba junto a la ventana y la acercó a un lado de la cama, donde se habían alzado los barrotes para evitar que Sean se cayera. Sean no volvió la cabeza, pero los ojos siguieron a Alan.

-Hola, Sean -dijo Alan en voz baja-. ¿Cómo te sientes?

-Tengo seca la garganta -respondió Sean en un susurro ronco.

Sobre la mesa junto a la cama había una jarra con agua y dos vasos. Alan sirvió agua en un vaso y se inclinó sobre los barrotes de hospital.

Sean intentó sentarse y no pudo hacerlo. Cayó de nuevo sobre la almohada con un pequeño suspiro que lastimó el corazón de Alan. Su mente volvió a su propio hijo, el pobre Todd, predestinado. Mientras deslizaba una mano detrás del cuello de Sean Rusk para ayudarlo a sentarse, tuvo un momento de doloroso recuerdo total. Vio a Todd de pie junto al Scout ese día, respondiendo al ademán de despedida de Alan, y en los ojos de la memoria una tenue luz nacarada parecía jugar alrededor de la cabeza de Todd, iluminando cada una de las líneas y los rasgos amados.

La mano le tembló. Un poco de agua se derramó sobre el frente de la bata de hospital que tenía puesta Sean.

-Perdón.

-Está bien -respondió Sean en el ronco susurro, y bebió con ansiedad. Casi dejó vacío el vaso. Luego eructó.

Alan lo acostó de nuevo cuidadosamente. Sean parecía un poco más alerta ahora, pero sus ojos aún carecían de brillo. Alan pensó que nunca había visto a un pequeñín con un aspecto de soledad tan terrible y su mente intentó evocar otra vez esa imagen final de Todd.
La apartó con decisión. Aquí estaba la tarea que debía desempeñar. Era una tarea desagradable, y bastante delicada, además, pero cada vez estaba más seguro de que era una tarea desesperadamente importante. A pesar de lo que pudiese estar sucediendo en Castle Rock ahora mismo, presentía que detrás de esa frente pálida y esos ojos tristes, sin brillo, encontraría, al menos, algunas de las respuestas que buscaba.
Miró alrededor de la habitación y se obligó a sonreír.
-Bastante aburrida esta habitación, ¿verdad?
-Sí -asintió Sean con la voz baja y ronca-. Totalmente boba.
-Tal vez se animaría con unas cuantas flores -dijo Alan, y pasó la mano derecha sobre el frente del antebrazo izquierdo, extrayendo hábilmente el ramo doblado del escondite debajo de la correa del reloj.
Sabía que estaba confiando demasiado en la suerte, pero sin una razón solida había decidido seguir adelante de todos modos. Casi se arrepintió. Cuando soltó el lazo y abrió el ramo, se rompieron dos de los botones de las flores. Oyó que el resorte emitía un chasquido cansado. No cabía duda de que había sido la representación final de esta versión del truco de la Flor Doblada, pero Alan logró su propósito... apenas. Y Sean, al contrario de su hermano, se veía claramente divertido y encantado, a pesar de su estado mental y los medicamentos que se filtraban por su sistema.
-¡Tremendo! ¿Cómo lo hizo?
-Con un poco de magia... ¿Las quieres? -se movió para colocar las flores de papel de seda en la jarra de agua.
-No. No son más que papel. Y están rotas en unas partes -Sean pensó en eso, aparentemente decidió que sonaba poco agradecido, y añadió-: Pero estuvo bueno el truco. ¿Puede desaparecerlas?
Lo dudo, hijo, pensó Alan. En voz alta, dijo:
-Lo intentaré.
Sostuvo en alto el ramo para que Sean pudiese verlo claramente, después arqueó ligeramente la mano derecha y la deslizó hacia abajo. Ejecutó este pase con mucha más lentitud de la acostumbrada en deferencia al triste estado del artefacto y él mismo se sorprendió e impresionó con el resultado. En vez de ocultarse como lo hacían por lo general, pareció que las flores desaparecían en un puño semiapretado como si fuesen de humo. Sintió que el resorte suelto, sobretensionado, trataba de torcerse y atorarse, pero al final decidió cooperar, como despedida.
-Esto estuvo fabuloso -dijo Sean en tono de respeto, y Alan, en privado, estuvo de acuerdo. Fue una maravillosa variación del truco con que había cautivado a los chicos de la escuela durante años, pero dudaba que pudiese ejecutarse con una nueva versión del truco de la Flor Doblada. Un resorte nuevo imposibilitaría ese pase lento, adormilado.
-Gracias -concedió, y guardó, por última vez, el ramo doblado bajo la correa del reloj-. Si no quieres flores, ¿qué te parece una moneda para la máquina de Coca Cola?
Alan se inclinó y, con indiferencia, arrancó una moneda de veinticinco centavos de la nariz de Sean.
-Vaya, se me olvidaba, ahora se necesitan setenta y cinco centavos, ¿verdad? La inflación. Bueno, no hay problema -sacó una moneda de la boca de Sean y descubrió una tercera en su propia oreja. Para entonces, la sonrisa de Sean se había desvanecido un poco y Alan comprendió que era conveniente que abordara el asunto cuanto antes. Dejó las tres monedas sobre la cómoda junto a la cama-. Para cuando te sientas mejor.
-Gracias, señor.
-No hay por qué darlas, Sean.
-¿Dónde está mi papá? -preguntó Sean. Su voz era ligeramente más fuerte.
La pregunta le pareció extraña a Alan. Habría esperado que Sean hubiese preguntado primero por su madre. Después de todo, el chico sólo tenía siete años.
-Pronto estará aquí, Sean.
-Ojalá. Quiero que venga.
-Sé que eso quieres -Alan hizo una pausa y dijo-: También tu mamá llegará muy pronto.
Sean pensó en esto, después sacudió la cabeza lenta y deliberamente. La funda de la almohada susurró con el movimiento.
-No, ella no. Está demasiado ocupada.
-¿Demasiado ocupada para venir a verte?
-Sí. Está muy ocupada. El Rey está visitando a mamá. Por eso ya no puedo entrar a su habitación. Cierra la puerta, se pone las gafas para el sol y charla con El Rey.
Alan vio a la señora Rusk cuando respondía al policía estatal que la interrogaba. Su voz era lenta y desconectada. Unas gafas para el sol sobre la mesa junto a ella. Parecía que no podía soltarlas; una de sus manos jugaba constantemente con ellas. La retiraba de pronto, como si temiese que alguien se diera cuenta, y en seguida, después de unos segundos, la mano volvía a las gafas, como por voluntad propia. En ese momento, Alan había supuesto que sufría una conmoción o que estaba bajo

la influencia de un tranquilizante. Ahora lo dudaba. También dudaba si debía preguntarle a Sean acerca de Brian o seguir este nuevo curso. ¿O eran ambos el mismo curso?
-Usted no es un mago de verdad -dijo Sean-. Usted es policía, ¿no es cierto?
-Ajá.
-¿Es de esos policías del estado con un auto azul que corre a toda velocidad?
-No, soy comisario del condado. Generalmente, tengo un auto café con una estrella en el costado y corre a bastante velocidad, pero esta noche traigo mi vieja camioneta que siempre olvido cambiar -Alan sonrió-. Ésa es muy lenta.
Esto despertó cierto interés.
-¿Por qué no trajo el auto café de la policía?
Para no asustar a Jill Mislaburskis ni a tu hermano, pensó Alan. No sé respecto a Jill, pero creo que no funcionó muy bien con Brian.
-En realidad, no me acuerdo -dijo-. Ha sido un día muy largo.
-¿Es un comisario como en "Young Guns".
-Ajá. Creo que sí. Algo parecido.
-Brian y yo rentamos esa película y la vimos. Era fabulosa. Queríamos ver "Young Guns II" cuando estuvo en La Linterna Mágica en Bridgton el verano pasado, pero mi mamá no nos dejé ir porque era sólo para adultos. No nos permiten ver películas para adultos, excepto algunas veces en que papá nos deja verlas en casa, en la videocasetera. A Brian y a mí nos gustó mucho "Young Guns" -Sean hizo una pausa y se oscurecieron sus ojos-. Pero eso fue antes de que Brian comprara la estampa.
-¿Cuál estampa?
Por primera vez apareció una emoción real en los ojos de Sean. Era terror.
-La estampa de beisbol. La gran estampa especial de beisbol.
-¿Oh? -Alan pensó en la nevera Playmate y las estampas de beisbol, repetidas, las había llamado Brian, en el interior-. A Brian le gustaban las estampas de beisbol, ¿verdad, Sean?
-Sí. Así fue como él lo atrapó. Creo que usa cosas diferentes para atrapar a diferentes personas.
Alan se inclinó hacia adelante.
-¿Quién, Sean? ¿Quién lo atrapó?
-Brian se suicidó. Yo lo vi hacerlo. Fue en la cochera.
-Lo sé. Lo siento mucho.
-Una sustancia horrible le salió por detrás de la cabeza. No sólo era sangre. Una sustancia. Era amarilla.
A Alan no se le ocurrió qué decir. El corazón le golpeaba con lentitud y fuerza en el pecho, tenía la boca tan seca como el desierto y sentía una terrible náusea. El nombre de su hijo resonaba en su mente como una campana funeraria que unas manos idiotas repicaban a mitad de la noche.
-Desearía que no lo hubiese hecho -dijo Sean. La voz se le oía extrañamente indiferente, pero en cada uno de los ojos surgía una lágrima, crecía, y se derramaba por las tersas mejillas-. Ya no veremos juntos "Young Guns ll" cuando la alquilen para las videocaseteras. Tendré que verla yo solo y no será divertido sin Brian diciendo sus estúpidos chistes. Sé que no será igual de divertido.
-Querías mucho a tu hermano, ¿verdad? -dijo Alan con voz ronca. Se inclinó sobre los barrotes de la cama de hospital. La mano de Sean Rusk se deslizó en la suya y se cerró con fuerza sobre ella. Estaba caliente. Y era pequeña. Muy pequeña.
-Sí. Brian quería ser lanzador en los Medias Rojas cuando fuera grande. Decía que iba aprender a lanzar una curva de pescado muerto, igual que Mike Boddicker. Ahora ya no lo hará. Me dijo que no me acercara o me caerían encima sus pedazos. Yo grité. Estaba asustado. No era corno una película. Era nuestra cochera.
-Lo sé -asintió Alan. Recordaba el auto de Annie. Las ventanillas destrozadas. La sangre en los asientos en grandes charcos negros. Eso tampoco había sido como una película. Alan empezó a llorar-. Lo sé, hijo.
-Me pidió que se lo prometiera, y lo hice, y voy a cumplir lo que le prometí. Cumpliré con esa promesa toda mi vida.
-¿Qué fue lo que prometiste, hijo?
Alan se limpió el rostro con la mano libre, pero no se detenían las lágrimas. El niño yacía ante él, la piel casi tan blanca como la funda de la almohada en la cual descansaba su cabeza; el niño había visto suicidarse a su hermano, había visto que los sesos saltaban contra la pared de la cochera como un montón de mocos frescos, ¿y dónde estaba la madre? De visita con El Rey, había dicho. Cierra la puerta, se pone las gafas para el sol y charla con El Rey.
-¿Qué prometiste, hijo?
-Traté de jurar por mi madre, pero Brian no me lo permitió. Dijo que tenía que jurar por mí mismo. Porque también a ella la había atrapado. Brian dijo que él atrapa a todo el que jura por otro. Así que juré por mí mismo como quería Brian, pero de todos modos Brian disparó la escopeta -Sean lloraba más fuerte ahora, pero miraba con toda sinceridad a Alan a través de las lágrimas-. No sólo era sangre, señor comisario. Era otra sustancia. Sustancia amarilla.

Alan le apretó la mano.
-Lo sé, Sean. ¿Qué quería tu hermano que prometieras?
-Si lo digo, tal vez Brian no se vaya al cielo.
-Sí, sí se irá. Te lo prometo. Y yo soy comisario.
-¿Los comisarios nunca rompen una promesa?
-Nunca las rompen cuando se las hacen a niños pequeños en el hospital -dijo Alan-. Los comisarios no pueden dejar de cumplir lo que les prometen a los niños que están como tú.
-¿Se van al infierno si no cumplen?
-Sí -respondió Alan-. En efecto. Se van al infierno si no cumplen.
-¿Me jura que Brian se irá al cielo aunque se lo diga? ¿Lo jura por usted mismo?
-Te lo juro por mí mismo.
-Bueno -dijo Sean-. Me hizo prometerle que nunca iría a la tienda nueva donde consiguió esa gran estampa especial de beisbol. Pensaba que la estampa era de Sandy Koufax, pero no era él. Era otro jugador. Era vieja y sucia, pero creo que Brian no se daba cuenta -Sean se detuvo por un momento, pensando, y después prosiguió con esa voz extrañamente calmada-. Un día llegó a casa con lodo en las manos. Se lavó el lodo y, más tarde, oí que lloraba en su habitación.
Las sábanas, pensó Alan. Las sábanas de Wilma. Fue Brian.
-Brian dijo que Cosas Necesarias es un lugar envenenado y él un hombre que es veneno y que nunca debería ir ahí.
-¿Brian dijo eso? dijo Cosas Necesarias?
-Sí.
-Sean... -Alan se quedó en silencio, pensando. Chispas eléctricas le saltaban por todas partes, bailando y brincando en diminutos fragmentos azules.
-¿Qué?
-¿Tu madre... compró las gafas para el sol en Cosas Necesarias?
-Sí.
-¿Ella te lo dijo?
-No. Pero yo lo sé. Se pone las gafas y así es como charla con El Rey.
-¿Qué Rey, Sean? ¿Lo sabes?
Sean miró a Alan como si estuviese loco.
-Elvis. Él es El Rey.
-Elvis -murmuró Alan-. Claro... ¿quién más?
-Quiero que venga mi papá.
-Lo sé, cariño. Sólo un par de preguntas más y te dejaré solo. Te volverás a dormir y, cuando despiertes, tu padre estará aquí contigo -esperaba-. Sean, ¿dijo Brian quién era el hombre veneno?
-Sí. El señor Gaunt. El dueño de la tienda. Él es el hombre que es veneno.
Ahora la mente de Alan saltó hasta Polly, Polly después del funeral, cuando dijo: Creo que fue cuestión de que por fin encontré el doctor adecuado... el doctor Gaunt. El doctor Leland Gaunt
La visualizaba sosteniendo la pequeña esfera de plata que había comprado en Cosas Necesarias para que él pudiese verla... y cómo había reaccionado protegiéndola con la mano cuando él trató de tocarla. En ese momento, su rostro tenía una expresión totalmente impropia de Polly. Una mirada de sospecha y posesividad. Después, más tarde, hablando con una voz estridente, temblorosa, llena de lágrimas, que también era totalmente ajena a ella: Es muy triste descubrir que el rastro que creías que amabas no es más que una máscara... ¿Cómo pudiste actuar a mis espaldas... ? ¿Cómo pudiste?
-¿Qué le dijo? -murmuró. No se daba cuenta de que había agarrado con una mano el cobertor de la cama del hospital y lo estaba retorciendo lentamente en el puño apretado-. ¿Qué fue lo que le dijo? ¿Y cómo diablos logró que ella le creyera?
-¿Señor comisario? ¿Está usted bien?
Alan se obligó a abrir el puño.
-Sí... muy bien. Estás seguro de que Brian se refería al señor Gaunt, ¿verdad?
-Sí.
-Gracias -dijo Alan. Se inclinó sobre los barrotes, tomó la mano de Sean y le dio un beso en la mejilla pálida y fría-. Gracias por hablar conmigo -soltó la mano del niño y se enderezó.
Durante la última semana, había quedado pendiente un punto en su agenda, una visita de cortesía al comerciante recién llegado a Castle Rock. No gran cosa; nada más que un saludo amistoso, una bienvenida al pueblo y una breve explicación sobre los procedimientos en caso de problemas. Había tenido la intención de hacerlo, una vez había ido incluso, pero siguió pendiente. Y ahora, cuando el comportamiento de Polly empezaba a originarle dudas sobre la honorabilidad del señor Gaunt, se había desatado el infierno y él había terminado aquí, a más de treinta kilómetros de distancia.
¿Me está alejando apropósito? ¿Me ha estado manteniendo alejado?
La idea debía parecer ridícula, pero en esta habitación, silenciosa y sombría, no parecía ridícula en absoluto.
De pronto, era imperioso que regresara. Necesitaba regresar lo más rápidamente posible.

-¿Señor comisario?
Alan miró al niño.
-Brian dijo algo más.
-¿Sí? -preguntó Alan-. ¿Qué fue?
-Brian dijo que el señor Gaunt no era un hombre de verdad.
10
Alan caminó por el corredor hacia la puerta con el letrero SALIDA sobre ella con el mayor silencio que pudo, esperando quedarse congelado en cualquier momento con un grito desafiante de la sustituta de la señorita Hendrie. Pero una niña pequeña fue la única persona que le habló. La niña estaba en el umbral de su habitación, el cabello rubio sujeto en trenzas que colgaban en el frente del camisón de franela rosa descolorido. Sostenía un cobertor. Su favorito, a juzgar por el aspecto desgastado. Estaba descalza, las cintas en los extremos de las trenzas, torcidos, y los ojos eran enormes en el rostro ojeroso. Era un rostro que conocía más del dolor de lo que debe conocer el rostro de un niño.
-Tienes una pistola -declaró.
-Sí.
-Mi papá tiene una pistola.
-¿En verdad?
-Sí. Es más grande que la tuya. Es más grande que todo el mundo. ¿Eres el coco?
-No, cariño -dijo, y pensó: Creo que esta noche el coco está en mi pueblo.
Salió por la puerta al fondo del corredor, bajó las escaleras y atravesó otra puerta hacia un crepúsculo tardío tan sofocante como cualquier anochecer de mediados del verano. Se dirigió a toda prisa hacia el lote de estacionamiento, sin correr del todo. Los truenos trastabillaban y retumbaban desde el oeste, desde la dirección de Casde Rock.
Abrió la puerta del conductor de la camioneta, entró en ella y tomó el micrófono Radio Shack de su soporte.
-Unidad Uno a la base. Escucho.
La única respuesta fue una acometida de estática sin sentido.
La maldita tormenta.
Tal vez es una especial que ordenó el coco, susurró una voz desde la profundidad de su interior. Alan sonrió con los labios apretados.
Lo intentó de nuevo, obtuvo la misma respuesta y luego trató de comunicarse con la policía estatal en Oxford. El contacto fue satisfactorio. La oficina de despacho le dijo que había una gran tormenta eléctrica en las proximidades de Castle Rock y las comunicaciones eran un desastre. Incluso los teléfonos sólo funcionaban cuando querían.
-Bien, traten de hablar con Henry Payton y díganle que es necesario que detenga a un hombre llamado Leland Gaunt. Como testigo material, será suficiente para empezar. El nombre es Gaunt, con G de gato. ¿Enterado? Fuera.
-Enterado, comisario. Gaunt, con G de gato. Fuera.
-Díganle que creo que Gaunt puede ser cómplice en los asesinatos de Nettie Cobb y Wilma Jerzyck. Fuera.
-Enterado. Fuera.
Colocó el micrófono en su lugar, encendió el motor y emprendió el regreso a Eche Rock. En las afueras de Bridgton, dio vuelta en el lote de estacionamiento de una tienda Red Apple y usó el teléfono para llamar a su oficina. Oyó dos leves chasquidos y luego la voz de una grabación que le decía que el número estaba fuera de servicio temporalmente.
Colgó y regresó al auto. Esta vez iba corriendo. Antes de salir del lote de estacionamiento para entrar en la Ruta 117, encendió la torreta portátil y la puso en el techo. Para cuando había recorrido un kilómetro por la carretera, la camioneta Ford, estremecida y protestando, se desplazaba a ciento veinte kilómetros por hora.
11
Ace Merrill y la oscuridad total llegaron juntos a Castle Rock.
Ace condujo el Chevy Celebrity por el puente de Castle Stream mientras los truenos retumbaban de un lado a otro en el cielo y los relámpagos atacaban la indefensa tierra. Conducía con las ventanillas abiertas; todavía no llovía y el aire era tan espeso como jarabe.
Estaba sucio y cansado y furioso. A pesar de la nota, había acudido a tres más de las ubicaciones marcadas en el mapa, rehusándose a creer lo que había pasado, rehusándose a creer la posibilidad de que hubiese pasado. Le parecía increíble que lo hubiesen timado en esa forma. En cada uno de los puntos había encontrado una roca plana y una lata enterrada. Dos contenían más fajos de cupones sucios. En la última, en el terreno pantanoso detrás de la granja de los Strout, sólo había encontrado un viejo bolígrafo. En el cilindro del bolígrafo se veía una mujer con un peinado de los años cuarenta. Llevaba un traje de baño de la misma época. Cuando se sostenía el bolígrafo hacia arriba, desaparecía el traje de baño.
Vaya tesoro.

En el regreso a Castle Rock, Ace había conducido a toda velocidad, los ojos frenéticos y los pantalones de mezclilla manchados con cieno de pantano hasta la rodilla, con un solo y único propósito: matar a Alan Pangborn. Después de eso, huiría a la costa Oeste, debería haberlo hecho desde hacía tiempo. Era posible que pudiese quitarle parte del dinero a Pangborn; o tal vez no. De cualquier forma, una cosa era segura: ese hijo de puta se iba a morir, y moriría de manera dura.
Cuando le faltaban cerca de seis kilómetros para llegar al puente, se dio cuenta de que no tenía un arma. Había tenido la intención de quedarse con una de las automáticas de la caja en Cambridge, pero esa maldita grabadora lo había sobresaltado, dándole el susto de su vida. Pero sabía dónde estaban.
Oh, sí.
Cruzó el puente... y se detuvo en la intersección de la calle Main y la avenida Watermill, no obstante que él tenía el derecho de paso.
-¿Qué carajos? -murmuró.
La parte baja de la calle Main era una enmarañada confusión de patrullas de la policía estatal, luces azules centelleantes, camionetas de televisión y pequeños grupos de personas. La mayor parte de la acción giraba alrededor del Palacio Municipal. Parecía casi como si los padres del pueblo hubiesen decidido, de improviso, organizar un festival en la calle.
Lo que pudiese haber acontecido le tenía sin cuidado a Ace; en lo que a él le concernía, todo el pueblo podía hacerse pedazos y salir volando. Pero quería a Pangborn, quería arrancarle el jodido cuero cabelludo y colgárselo del cinturón, ¿y cómo se suponía que podría hacerlo cuando parecía que todos los polizontes estatales estaban alrededor de la oficina del comisario.
La respuesta le llegó de inmediato. El señor Gaunt sabrá qué se puede hacer. El señor Gaunt tiene la artillería y tendrá la respuesta que va aparejada. Anda a ver al señor Gaunt.
Miró por el espejo retrovisor y vio más luces azules sobre la elevación más cercana en el otro lado del puente. Más policías en camino. ¿Qué carajos pasó aquí esta tarde?, se preguntó de nuevo, pero esa pregunta podría responderse más tarde... o nunca, si así era como resultaban las cosas. Mientras tanto, él tenía su propio asunto que atender, y el primer paso era quitarse de en medio, antes de que le cayeran por el trasero los policías que llegaban.
Ace dio vuelta a la izquierda en la avenida Watermill, después a la derecha en la calle Cedar, rodeando el área del centro antes de volver a la calle Main. Se detuvo en una luz de alto por un momento, mirando el nido de luces azules que se prendían y apagaban en la parte baja de la colina. Después se estacionó frente a Cosas Necesarias.
Bajó del auto, cruzó la calle y leyó el letrero en el escaparate. Por unos instantes, sintió una decepción desoladora, no sólo necesitaba una pistola, sino un poco más del polvo mágico del señor Gaunt, y en eso recordó la entrada de servicio en el callejón. Caminó por la acera y dio vuelta en la esquina, sin reparar en la camioneta amarillo brillante estacionada a veinte o treinta metros de distancia ni en el hombre que estaba dentro (Buster ya se había pasado al asiento del pasajero) y que observaba todos sus movimientos.
Cuando entró al callejón, se tropezó con un hombre que llevaba una gorra de tweed metida hasta la frente.
-Hey, fíjate en lo que haces, abuelo -dijo Ace.
El hombre con la gorra de tweed levantó la cabeza, le mostró los dientes a Ace y gruñó. Al mismo tiempo, sacó una automática del bolsillo y apunto en dirección de Ace.
-No me jodas, amigo, a meros que quieras una probada de lo mismo.
Ace alzó las manos y retrocedió unos pasos. No estaba asustado; estaba profundamente asombrado.
-Yo no, señor Nelson. Déjeme fuera de esto.
-Correcto -dijo el hombre de la gorra de tweed-. ¿Has visto al cretino de Jewett?
-Uh... ¿el del colegio?
-La escuela de enseñanza media, sí... ¿acaso hay otro Jewett en el pueblo? ¡Despierta, por Dios santo!
-Acabo de llegar -dijo Ace con cautela-. Todavía no he visto a nadie, señor Nelson.
-Bueno, lo voy a encontrar y cuando lo haga quedará convertido en un costal de mierda muy arrepentido. Mató a mi periquito y se cagó en mi madre -George T. Nelson estrechó los ojos y añadió-: Ésta es una buena ocasión para no cruzarse por mi camino.
Ace no le rebatió el punto.
El señor Nelson volvió á guardar la pistola y desapareció por la esquina, caminando con las zancadas decididas de una persona que está realmente furiosa. Ace permaneció inmóvil por un momento, con las manos en alto todavía. El señor Nelson daba clases en los talleres de carpintería y herrería en la preparatoria. Ace siempre había creído que era uno de esos sujetos que no tendría valor ni para darle una palmada a una mosca que le aterrizara en un ojo, pero por lo visto necesitaría cambiar su opinión al respecto. Asimismo, Ace había reconocido la pistola. Era inevitable; había traído una caja llena con pistolas iguales desde Boston la noche anterior.
12
-¡Ace! -saludó el señor Gaunt-. Llegas justo a tiempo.

-Necesito una pistola -dijo Ace-. Y también un poco más de ese jugo fantástico, si tiene todavía.
-Sí, sí... a su hora. Todas las cosas a su hora. Ayúdame con esta mesa, Ace.
-Voy a matar a Pangborn -dijo Ace-. Se robó mi jodido tesoro y lo voy a matar.
El señor Gaunt dirigió a Ace la mirada amarilla contundente de un gato al acecho de un ratón... y en ese momento, Ace se sintió como un ratón.
-No me hagas perder el tiempo diciéndome cosas que ya sé -dijo-. Si quieres que te ayude, Ace, ayúdame tú.
Ace agarró un lado de la mesa y la metieron a la bodega. El señor Gaunt se agachó y recogió un letrero que estaba recargado contra la pared.
CERRADO DEFINITIVAMENTE
decía. Lo colocó en la puerta y la. cerró. Cuando estaba poniendo el cerrojo, Ace se dio cuenta de que no había nada que sostuviera el letrero en su lugar, ni una tachuela ni cinta adhesiva, nada. Pero aun así permaneció fijo.
Luego dirigió la mirada hacia las cajas que habían contenido las pistolas automáticas y los cartuchos de municiones. Sólo quedaban tres pistolas y tres cartuchos.
-¡Jesús santo! ¿A dónde se fueron todas?
-Esta noche el negocio ha sido muy bueno, Ace -comentó el señor Gaunt, frotándose las manos de largos dedos-. Extremadamente bueno. Y se va a poner todavía mejor. Tengo trabajo para ti.
-Ya se lo dije -respondió Ace-. El comisario se robó...
Leland Gaunt estaba sobre él antes que Ace lo viera moverse siquiera. Las manos largas, horribles, lo agarraron por el frente de la camisa y lo levantaron en vilo como si estuviese hecho de plumas. Un grito de sobresalto salió de su boca. Las manos que lo sujetaban parecían de hierro. El señor Gaunt lo levantó más alto y Ace, de pronto, se encontró mirando hacia abajo ese rostro violento, demoniaco, con la noción más brumosa de cómo había llegado ahí. Aun en el extremo de su súbito terror, observó que salía humo, o tal vez era vapor, de las orejas y las ventanillas de la nariz del señor Gaunt. Se veía como un dragón humano.
-¡Tú no me dices NADA! -le gritó el señor Gaunt. La lengua le sobresalía entre los torcidos dientes como lápidas, y Ace vio que se abría en dos, como la lengua de una serpiente-. ¡Yo soy quien digo TODO! ¡Cállate cuando estés en compañía de tus mayores en edad y conocimiento, Ace! ¡Cállate y escucha! ¡Cállate y escucha! ¡CÁLLATE Y ESCUCHA!
Le dio dos vueltas a Ace alrededor de la cabeza como un luchador de feria que le da a su contrincante un giro de avión y lo lanzó contra la pared. La cabeza de Ace se estrelló en el yeso. En el centro de su cerebro se disparó una gran exhibición de fuegos artificiales. Cuando se le aclaró la visión, vio que el señor Gaunt avanzaba amenazador hacia él. Su rostro era un horror de ojos y dientes y vapor brotante.
-¡No! -chilló Ace-. ¡No, señor Gaunt, por favor! ¡No!
Las manos se habían convertido en garras, las uñas habían crecido largas y afiladas en unos segundos... ¿o fueron así siempre?, farfulló la mente de Ace. Tal vez fueron siempre así y no lo viste. Las uñas cortaron como navajas la tela de la camisa de Ace y, con una sacudida, Ace estuvo de nuevo frente al rostro humeante.
-¿Estás listo para escuchar, Ace? -preguntó el señor Gaunt. Ardientes bocanadas de vapor quemaban las mejillas y la boca de Ace con cada palabra-. ¿Estás listo o debo desgarrarte las miserables entrañas y acabar con esto de una vez?
-¡Sí! -sollozó-. ¡No, quiero decir! ¡Escucharé!
-¿Serás un buen mandadero y obecederás mis órdenes?
-¡Sí!
-¿Sabes lo que te pasará en caso contrario?
-¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!
-Eres repugnante, Ace -dijo el señor Gaunt-. Eso me gusta en una persona -lanzó a Ace contra la pared. Ace se resbaló en una posición de rodillas, jadeando y sollozando. Fijó la vista en el piso. Le daba miedo mirar directamente el rostro del monstruo.
-Si alguna vez piensas siquiera en contravenir mis deseos, Ace, me ocuparé de que recibas la gran gira por el infierno. Tendrás al comisario, no te preocupes. Sin embargo, por el momento está fuera del pueblo. Ahora, ponte de pie.
Ace se levantó lentamente. La cabeza le palpitaba; la camiseta le colgaba en jirones.
-Permíteme preguntarte algo -el señor Gaunt actuaba con cortesía y sonreía de nuevo, sin un cabello fuera de su lugar-. ¿Te gusta este pequeño pueblo? ¿Le tienes afecto? ¿Conservas instantáneas de él en las paredes de tu mugrosa choza para que te recuerden el encanto rústico de esos días en que picaban las abejas y mordían los perros?
-Diablos, no -dijo Ace con voz inestable. Su voz subía y bajaba con los latidos de su corazón. Sólo con el mayor esfuerzo logró ponerse de pie. Sentía las piernas como si fueran de spaghetti. Permaneció con la espalda recargada en la pared, observando con cautela al señor Gaunt.
-¿Te consternaría que te dijera que quiero que desaparezcas del mapa este pequeño burgo de mierda mientras esperas a que regrese el comisario?

-Yo... yo no sé lo que significa esa palabra -dijo Ace, presa de un tremendo nerviosismo.
-No me sorprende. Pero creo que entiendes lo que quiero decir, Ace. ¿No es verdad?
Ace pensó en el pasado. Pensó en la época, hacía muchos años, cuando cuatro chiquillos engreídos lo habían estafado a él y a sus amigos (en esos días, Ace tenía amigos o al menos una razonable aproximación) con algo que Ace quería. Más tarde, habían atrapado a uno de esos engreídos, Gordie LaChance, y le habían administrado una soberana paliza, pero no había tenido trascendencia. En la actualidad, LaChance era un escritor de prestigio que vivía en otra parte del estado y probablemente se limpiaba el trasero con billetes de diez dólares. En alguna forma, los engreídos habían ganado y, desde entonces, la situación de Ace ya no fue la misma. La suerte le había dado la espalda. Las puertas que estaban abiertas para él empezaron a cerrarse una a una. Poco a poco se fue dando cuenta de que no era un rey ni Castle Rock era su reino. Si alguna vez eso había sido cierto, esos días empezaron a desvanecerse después del fin de semana por el Día del Trabajo, cuando tenía dieciséis años, y los engreídos lo habían estafado a él y a sus amigos de lo que era suyo por derecho. Cuando Ace tuvo la edad para beber legalmente en El Tigre Meloso, ya no era un rey, sino un soldado sin uniforme, que recorría ocultándose el territorio enemigo.
-Odio esta jodida cloaca -le dijo a Leland Gaunt.
-Bien -asintió el señor Gaunt-. Muy bien. Tengo un amigo, está estacionado en la calle, quien va a ayudarte a hacer algo al respecto, Ace. Tendrás al comisario... y tendrás al pueblo entero, también. ¿Te suena bien? -había capturado los ojos de Ace con los suyos. Ace estaba de pie frente a él, con la camiseta en jirones y empezó a sonreír. Ya no le dolía la cabeza.
-Sí -asintió-. Suena estupendo.
El señor Gaunt metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una bolsa de plástico para emparedado llena con polvo blanco. Se la tendió a Ace.
-Hay trabajo que hacer, Ace -dijo.
Ace tomó la bolsa para emparedado, pero aún veía a los ojos del señor Gaunt y dentro de ellos.
-Bien -exclamó-. Estoy listo.
13
Buster observó que salía del callejón el último hombre que había visto entrar. La camiseta del sujeto colgaba en jirones y cargaba una caja. Metidas en la pretina de los pantalones de mezclilla se veían las culatas de dos pistolas automáticas.
Buster se encogió alarmado cuando el hombre, a quien ahora reconocía como John "Ace" Merrill, caminó directamente hacia la camioneta y puso la caja en el suelo.
Ace golpeó con el dedo en la ventanilla.
-Abre la parte de atrás, abuelo -dijo-. Tenemos trabajo.
Buster bajó el cristal de la ventanilla.
-Vete de aquí -gruñó-. ¡Vete de aquí, rufián! ¡O llamo a la policía!
-Jodida suerte la mía -gruñó Ace.
Sacó una de las pistolas de la pretina de los pantalones. Buster se puso rígido y luego Ace se la tiró por la ventanilla, la culata primero. Buster la miró pestañeando.
-Tómala -dijo Ace impaciente-, y luego abre la parte trasera. Si no sabes quién me envió, eres aún más tonto de lo que pareces -extendió la mano y le tocó la peluca-. Me encanta tu cabello -musitó con una pequeña sonrisa-. Sencillamente maravilloso.
-Ya basta -dijo Buster, pero su voz ya no tenía rastros de enojo e indignación. Tres hombres capaces pueden causar mucho daño, había dicho el señor Gaunt. Le enviaré a una persona.
¿Pero Ace? ¿Ace Merrill? ¡Era un delincuente!
-Mira -concluyó Ace-, si quieres discutir los arreglos con el señor Gaunt, creo que todavía está ahí adentro. Pero, como puedes ver -agitó las manos entre las largas tiras de camiseta que colgaban sobre su pecho y vientre-, está un tanto susceptible.
-¿Se supone que tú vas a ayudarme a librarme de Ellos -preguntó Buster.
-Así es -dijo Ace-. Vamos a convertir este pueblo en una antorcha gigantesca -recogió la caja-. Aunque no sé cómo se supone que podamos causar un daño real con sólo una caja de cápsulas explosivas. Aseguró que tú sabrías la respuesta.
Buster había empezado a sonreír. Se levantó, se dirigió a gatas a la parte posterior de la camioneta y deslizó la puerta por el riel.
-Creo que sí -dijo-. Suba, señor Merrill. Tenemos que hacer un mandado.
-¿Dónde?
-El depósito de vehículos del condado, para empezar -le confió Buster. Todavía seguía sonriendo.
Veintiuno
1
El reverendo William Rose, quien había puesto por primera vez los pies en el púlpito de la Iglesia Bautista Unida de Castle Rock en mayo de 1983, era un fanático de primera línea, sin duda alguna. Desafortunadamente, también era enérgico, en ocasiones mostraba un ingenio peculiar y cruel, y gozaba de gran popularidad entre su congregación. Su primer sermón como líder de los feligreses bautistas había sido un presagio de los días venideros. El sermón se llamó "¿Por qué los católicos

están destinados al infierno?" Desde entonces, había continuado en esta vena, la cual complacía en extremo a la congregación. Los católicos, les informaba, eran criaturas blasfemas, desorientadas, que no adoraban a Jesús sino a la mujer que había sido elegida para que fuese su madre. ¿Era de extrañar, entonces, que fueran también tan propensos a la equivocación en otros puntos?
Le explicaba a la congregación que los católicos habían perfeccionado la ciencia de la tortura durante la época de la Inquisición; que los inquisidores habían quemado a los verdaderos fieles en lo que él llamaba La Estaca Humeante-uh hasta fines del siglo diecinueve, cuando protestantes heroicos (bautistas, mayormente) pusieron fin a esta infamia; que a través de la historia, cuarenta papas diferentes sostuvieron relaciones sexuales-uh impías con sus propias madres y hermanas, e incluso con sus hijas ilegítimas-uh; que el Vaticano se construyó con el oro de los mártires protestantes y las naciones saqueadas por los católicos.
Esta clase de boberías ignorantes no eran nada nuevo para la Iglesia católica, la cual, durante cientos de años, había tolerado herejías similares. Muchos sacerdotes no le habrían concedido mayor importancia y tal vez incluso se habían burlada con benevolencia de tales afirmaciones. Sin embargo, el padre John Brigham no era afecto a restarle importancia a los hechos. Todo lo contrario. Brigham, un irlandés de mal genio, patizambo, era uno de esos hombres sin sentido del humor que no toleran a los tontos, en especial a los tontos arrogantes del tipo del reverendo Rose.
Cuando Brigham se desató desde su propio púlpito, había soportado en silencio durante casi un año el estridente hostigamiento a los católicos por parte de Rose. Su homilía, en la cual no se mordía la lengua, se llamó "Los pecados del reverendo Willie". En ella, representaba al ministro bautista como "un cretino cantante de salmos que cree que Billy Graham camina sobre el agua y Billy Sunday está sentado a la diestra de Dios, el Padre Todopoderoso".
Ese mismo domingo, más tarde, el reverendo Rose y cuatro de sus diáconos más importantes habían visitado al padre Brigham. Estaban escandalizados e indignados por las calumnias proferidas por el padre Brigham.
-Todavía tiene el descaro de pedirme que me modere -dijo el padre Brigham-,después de pasarse una mañana entera diciéndoles a sus fieles que yo sirvo a la ramera de Babilonia.
En las mejillas normalmente pálidas del reverendo Rose surgió de inmediato un color rosa que se extendió a la mayor parte de su calva. Él nunca había dicho nada acerca de la ramera de Babilonia, le aclaró al padre Brigham, aunque sí había mencionado varias veces a la ramera de Roma, y si el padre Brigham se daba por aludido, bueno, tendría sus razones.
El padre Brigham había salido a la puerta del frente de la rectoría con los puños cerrados.
-Si quiere discutir esto en la calle, amigo -dijo-, pídale a su unidad de la Gestapo que se haga a un lado y discutiremos todo lo que quiera.
El reverendo Rose, quien era ocho centímetros más alto que el padre Brigham, pero tal vez pesaba diez kilos menos, había retrocedido con un gesto desdeñoso.
-No me ensuciaría-uh las manos -aseguró.
Uno de los diáconos era Don Hemphill. Era más alto y más pesado que el agresivo sacerdote.
-Yo discutiré con usted si quiere -dijo-. Limpiaré la acera con su trasero irlandés, adorador del papa.
Dos de los otros diáconos, quienes sabían que Don era capaz de eso, habían intervenido para contenerlo en el momento crítico... pero después de eso empezó la bronca en serio.
Hasta este octubre, el conflicto había sido sub rosa fundamentalmente; chistes étnicos y comentarios maliciosos en los grupos de damas y hombres de las dos iglesias, pullas en el patio de la escuela entre los niños de las dos facciones y, sobre todo, granadas retóricas lanzadas de púlpito a púlpito los domingos, ese día de paz en el cual, según enseña la historia, se inicia la mayoría de las guerras. De vez en cuando ocurrían incidentes desagradables, se arrojaron huevos al Salón de la Parroquia durante un baile de la Asociación de Jóvenes Bautistas, y en una ocasión había volado una piedra a través de la ventana de la sala de la rectoría, pero mayormente había sido una guerra de palabras.
Como todas las guerras, había tenido momentos críticos y treguas, pero cuando las Hijas de Isabel anunciaron los planes para la Noche de Casino se empezó a crear un enojo cada vez más profundo. Para el momento en que el reverendo Rose recibió la infame tarjeta con "Estúpida Rata Bautista" como encabezado, probablemente ya era demasiado tarde para evitar una confrontación; la acentuada crudeza del mensaje sólo parecía garantizar que, cuando se diera el enfrentamiento, éste sería sensacional. La leña estaba dispuesta; lo único que faltaba era que alguien encendiese una cerilla y prendiera fuego a la hoguera.
Si alguna persona había subestimado la volatilidad de la situación, ésa era el padre Brigham. Sabía que a su contraparte bautista no le agradaría la idea de la Noche de Casino, pero no entendía lo profundamente que había indignado y ofendido al predicador bautista el concepto del juego propiciado por la iglesia. Ignoraba que el padre de Willie Vapor había sido un jugador compulsivo, quien, en muchas ocasiones, cuando lo afectaba la fiebre del juego, había abandonado a la familia, o que el hombre, finalmente, se había dado un tiro en la habitación trasera de un salón de baile

después de una noche de pérdidas con los dados. Y la triste verdad acerca del padre Brigham era la siguiente: si lo hubiese sabido, no habría significado mayor diferencia para él.
El reverendo Rose movilizó sus fuerzas. Los bautistas empezaron una campaña escribiendo cartas de No a la Noche de Casino al Call de Castle Rock (Wanda Hemphill, la esposa de Don, escribió la mayor parte ella misma), y a las cartas les siguieron los cartelones con DADOS Y EL DEMONIO. Betsy Vigue, Presidenta de la Noche de Casino y Gran Regente del capítulo local de las Hijas de Isabel, organizó el contrataque. Durante las tres semanas anteriores, el Call se había extendido a dieciséis páginas para incluir el debate resultante (excepto que no era una exposición razonable de puntos de vista diferentes, sino un encuentro a gritos). Se fijaron más cartelones; mismos que se retiraban de inmediato. Nadie prestó atención a un editorial que pedía moderación a ambas partes. Para algunos de los guerrilleros, la situación era muy entretenida; en cierta forma, resultaba divertido estar atrapado en esa tempestad en un vaso de agua. Pero cuando se acercaba el final, ni Willie Vapor ni el padre Brigham se estaban divirtiendo.
-¡Desprecio a este arrogante pedazo de mierda! -estalló Brigham ante un sorprendido Albert Gendron el día en que Albert le llevó la infame carta que empezaba "PON ATENCIÓN, BEATO FARSANTE" que Albert había encontrado pegada en la puerta de su consultorio dental.
-¡Imagínense a ese hijo de puta acusando a los buenos bautistas de una cosa semejante! -había bufado el reverendo Rose ante Norman Harper y Don Hemphill, igualmente sorprendidos. Eso había ocurrido el Día de Colón, después de una llamada del padre Brigham. Brigham había tratado de leerle al reverendo Rose la carta para el beato farsante; el reverendo Rose (con toda la razón, en opinión de sus diáconos) se había negado a escucharlo.
El tono agudo, casi histérico, de la voz de Rose intranquilizó a Norman Harper, un hombre que sobrepasaba a Albert Gendron con diez kilos por lo menos y era casi tan alto, pero no expuso su preocupación.
-Le diré de qué se trata -manifestó con énfasis-. El viejo padre irlandés está un tanto nervioso por la tarjeta que dejaron en la parroquia, Bill, eso es todo. Se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Se imagina que será más difícil identificar al culpable si afirma que uno de sus incondicionales recibió una carta llena de la misma clase de inmundicia.
-¡Bueno, pues no le funcionará! -la voz de Rose era más aguda que nunca-. ¡Nadie de mi congregación participaría en esa basura! ¡Nadie! -en la última palabra se le quebró la voz. Abría y cerraba las manos convulsivamente. Norman y Don intercambiaron una rápida mirada inquieta. Durante las últimas semanas, habían conversado en varias ocasiones acerca de esta clase de comportamiento un tanto violento del reverendo Rose, el cual cada vez se repetía con mayor frecuencia. El asunto de la Noche de Casino estaba destrozando a Bill. Los dos hombres temían que sufriese un colapso nervioso antes de que la situación se resolviera finalmente.
-No se irrite -dijo Don en tono tranquilizante-. Nosotros sabemos la verdad, Bill.
-¡Sí! -gritó el reverendo Rose, con una mirada líquida y temblorosa fija en los dos hombres-. Sí, ustedes la saben, ustedes dos. ¡Y yo... yo la sé! ¿Pero qué hay acerca del resto de este pueblo-uh? ¿La saben?
Ni Norman ni Don pudieron responderle.
-¡Me gustaría que lo expulsaran del pueblo colgado de una estaca! -exclamó William Rose, apretando los puños y sacudiéndolos impotente-. ¡Colgado de una estaca! ¡Pagaría por verlo! ¡Pagaría espléndidamente!
El lunes, el padre Brigham había hecho varias llamadas telefónicas, pidiéndoles a los interesados en "el actual ambiente de represión religiosa en Castle Rock" que se reunieran en la rectoría para una breve junta esa noche. Fueron tantas las personas que atendieron el llamado que la junta tuvo que verificarse en el Salón de los Caballeros de Colón.
Brigham empezó hablando de la carta que Albert Gendron había encontrado en su puerta, la carta que, supuestamente, provenía de los Hombres Bautistas Interesados de Castle Rock, y después relató la infructuosa conversación telefónica con el reverendo Rose. Cuando informó al grupo reunido que Rose afirmaba que él también había recibido una nota obscena, una nota que pretendía ser de Los Hombres Católicos Interesados de Castle Rock, surgió un rumor entre la multitud... de incredulidad primero e indignación después.
-¡Ese hombre es un condenado mentiroso! -gritó uno de los asistentes desde el fondo del salón.
Pareció que el padre Brigham asentía y negaba al mismo tiempo.
-Tal vez, Sam, pero ése no es el verdadero problema, Está completamente desquiciado. Creo que ése es el problema.
Un atento y preocupado silencio respondió a esta exposición, pero, de cualquier modo, el padre Brigham experimentó una sensación de alivio, casi palpable. Completamente desquiciado: era la primera vez que había pronunciado esas palabras en voz alta, aunque habían estado dando vueltas en su cabeza desde casi tres años antes.
-No quiero que me obstaculice un chiflado religioso -prosiguió el padre Brigham-. Nuestra Noche de Casino es inofensiva e íntegra, no obstante lo que pueda pensar al respecto el reverendo VVillie Vapor. Pero dado que sus ataques cada vez son más estridentes y su estabilidad mental disminuye

día a día, considero que debemos llevar a cabo una encuesta. Los que estén de acuerdo en que se cancele la Noche de Casino, de ceder a la presión en nombre de la cordura, deberán decirlo con toda claridad.
La votación a favor de que se siguiera adelante con los planes para la Noche de Casino fue unánime.
El padre Brigham asintió con un movimiento de cabeza, claramente complacido. Luego miró a Betsy Vigue.
-Mañana en la noche tendrán una sesión para organizar todo lo necesario, ¿no es así, Betsy?
-Sí, padre.
-Creo prudente sugerir -dijo el padre Brigham- que los hombres nos reunamos aquí, en el Salón de los Caballeros de Colón, a la misma hora.
Albert Gendron, un hombre pesado, quien era lento para enojarse y lento para recuperarse del enojo, se puso de pie lentamente y se irguió en toda su estatura. Los cuellos se estiraron para seguir su movimiento.
-¿Está sugiriendo que es posible que esos cabezas huecas de los bautistas traten de molestar a las damas, padre?
-No, no, en absoluto -lo apaciguó el padre Brigham-. Pero creo que sería conveniente que discutiéramos algunas medidas para asegurar que la Noche de Casino se celebre sin incidentes...
-¿Guardias? -preguntó otra persona entusiasmada-. ¿Guardias, padre?
-Bueno... ojos y oídos -dijo el padre Brigham, disipando cualquier duda de que, en efecto, se refería a guardias-. Y, si nos reunimos el martes en la noche, mientras las damas están en sesión, ahí estaremos en caso de que surja algún problema.
Por tanto, mientras las Hijas de Isabel se reunían en el edificio en un lado del lote de estacionamiento, los hombres se agrupaban en el edificio al otro lado. Y, en el otro extremo del pueblo, el reverendo William Rose había convocado una junta a la misma hora para discutir la última calumnia de los católicos y planear la confección de letreros y la organización de saboteadores de la Noche de Casino.
Las diversas alarmas y trastornos en The Rock a temprana hora de esa noche no afectaron notablemente la asistencia a esas reuniones, la mayor parte de los mirones que circulaban alrededor del Palacio Municipal eran personas que sostenían una actitud neutral en la Gran Controversia por la Noche de Casino. En cuanto a los católicos y bautistas que participaban en el mitote, un par de asesinatos no se comparaban con la perspectiva real de una buena contienda sacrosanta. Después de todo, cuando se trataba de religión, era necesario que se pospusiera cualquier otro asunto.
2
Más de setenta personas acudieron a la cuarta reunión de lo que el reverendo Rose había bautizado como Los Soldados Cristianos Bautistas Antijuego de Castle Rock. Tuvo una gran concurrencia; en la última reunión la asistencia había disminuido notablemente, pero los rumores de la tarjeta obscena que se deslizó por la ranura del buzón de la casa del párroco la estimuló de nuevo. El número de asistentes alivió al reverendo Rose, pero le decepcionó e intrigó la ausencia de Don Hemphill. Don había prometido que no faltaría, y Don era su brazo derecho.
Rose miró el reloj y vio que eran la siete y cinco minutos; ya no era hora para llamar al supermercado por si Don había olvidado la cita. Ya estaban aquí todos los que esperaba y quería abordarlos mientras la indignación y curiosidad estaban en marea creciente. Concedió un minuto más a Hemphill, luego subió al púlpito y alzó los delgados brazos en un gesto de bienvenida. La congregación, en su mayor parte vestida con ropa de trabajo esta noche, entró en fila por las hileras de asientos y se sentó en sencillas bancas de madera.
-Iniciemos esta empresa como se inician todas las grandes-uh empresas -dijo en tono apacible el reverendo Rose-. Inclinemos nuestras cabezas-uh en oración.
Los asistentes bajaron la cabeza y, en eso, la puerta del vestíbulo se abrió detrás de ellos con la fuerza de un disparo. Unas cuantas de las mujeres gritaron y varios hombres se pusieron de pie, sobresaltados.
Era Don. Él era el principal carnicero en su establecimiento y aún llevaba el delantal blanco manchado con sangre. Su rostro estaba tan rojo como un tomate. De los ojos frenéticos fluía agua. Bajo la nariz, en el labio superior y las arrugas que le enmarcaban la boca, se estaban secando hilos de moco.
Y apestaba, también.
Don olía como un par de mofetas a las cuales se les da primero un baño de sulfuro, después se las rocía con excremento de vaca fresco y finalmente se las deja sueltas en una habitación cerrada para que busquen llenas de pánico la salida. El olor lo precedía; el olor lo seguía; pero sobre todo, el olor lo rodeaba en una nube pestilente. Las mujeres se retiraban de los pasillos y buscaban sus pañuelos mientras él pasaba a tropezones junto a ellas, con el delantal sacudiéndose en el frente y la camisa blanca suelta revoloteando en la espalda. Los pocos niños entre la concurrencia empezaron a llorar. Los hombres proferían exclamaciones de disgusto mezclado con perplejidad.

-¡Don! -exclamó el reverendo Rose con una voz remilgada y sorprendida. Aún tenía los brazos en alto, pero cuando Don Hemphill se acercó al púlpito, Rose los bajó e involuntariamente apretó una mano contra la nariz y la boca. Pensaba que podría vomitar. Era el hedor aniquilador de narices más increíble con que se había encontrado en su vida-. ¿Qué... qué sucedió?
-¿Sucedió? -rugió Don Hemphill-. ¿Sucedió? ¡Le diré lo que sucedió! ¡Les diré a todos ustedes lo que sucedió!
Se puso de frente a la congregación y, a pesar de la peste que se adhería y surgía de él, los fieles se quedaron quietos y en silencio, mientras los enfocaba con ojos furiosos y enloquecidos.
-Los hijos de puta lanzaron bombas fétidas en mi tienda, ¡eso fue lo que sucedió! ¡Gracias a Dios no había más de media docena de personas en el local, porque había puesto un letrero que decía que cerraría temprano, pero la mercancía se arruinó! ¡Toda absolutamente! ¡Cuarenta mil dólares de mercancía! ¡Arruinada! No sé qué fue lo que usaron los bastardos, ¡pero va a apestar durante días!
-¿Quién? -preguntó el reverendo Rose con voz vacilante-. ¿Quién fue, Don?
Don Hemphill metió la mano en el bolsillo del delantal. Sacó una banda negra curva con una muesca blanca en ella y un fajo de volantes. La banda era un cuello de sacerdote católico romano. La sostuvo en alto para que todos la vieran.
-¿QUIÉN DIABLOS CREEN? -gritó-. ¡Mi tienda! ¡Mi mercancía! Todo se lo llevó el demonio, ¿y quién creen que lo hizo?
Arrojó los volantes a los atónitos miembros de los Soldados Cristianos Bautistas Antijuego. Se separaron en el aire y revolotearon hacia abajo como confeti. Algunos de los presentes se estiraron para agarrarlos. Todos eran iguales; todos mostraban a una multitud de hombres y mujeres de pie que reían alrededor de una mesa de ruleta.
¡SÓLO POR DIVERSIÓN!
decía sobre la fotografía. Y, bajo ésta:
ÚNETE A NOSOTROS EN LA "NOCHE DE CASINO"
EN El. SALÓN DE LOS CABALLEROS DE COLÓN
OCTUBRE 31, 1991
A BENEFICIO DEI- FONDO DE LOS CONSTRUCTORES CATÓLICOS
-¿Dónde encontraste estos volantes, Don? -preguntó Len Milliken con voz retumbante y amenazadora-. ¿Y ese cuello?
-Alguien los puso dentro de las puertas principales -dijo Don-, justo antes de que todo se fueran al in...
La puerta del vestíbulo resonó de nuevo, haciendo que todos saltaran, pero esta vez no se abrió, sino que se cerró.
-¡Espero que les guste el aroma, maricones bautistas! -gritó alguien. A esto le siguió una risa aguda, desagradable.
La congregación miró fijamente al reverendo William Rose con ojos atemorizados. El reverendo les devolvió la mirada con ojos que también reflejaban temor. Y fue entonces cuando, de pronto, se inició un silbido en la caja oculta en el coro. Lo mismo que la caja que la difunta Myrtle Keeton había colocado en el Salón de las Hijas de Isabel, ésta (puesta por Sonny Jacket) contenía un reloj automático que funcionó toda la tarde.
Por las rejillas en los lados de la caja empezaron a salir nubes de un hedor increíblemente potente.
En la Iglesia Bautista Unida de Castle Rock se había iniciado la diversión.
3
Babs Miller permanecía oculta en un lado del Salón de las Hijas de Isabel, congelándose en su lugar cada vez que un relámpago azul blanco humeaba por el cielo. En una mano llevaba una palanca y en la otra una de las pistolas automáticas del señor Gaunt. La caja de música que había comprado en Cosas Necesarias estaba metida en uno de los bolsillos del abrigo de hombre que llevaba puesto y, si alguien trataba de robársela, esa persona se comería varios gramos de plomo.
¿Quién sería capaz de una cosa tan baja, sucia y mezquina? ¿Quién querría robarse la caja de música antes de que Babs pudiera siquiera descubrir la tonada que tocaba?
Bien, pensó, pongámoslo en esta forma: espero que Cyndi Rose Martin no se me ponga enfrente esta noche. Si lo hace, nunca volverá a ponerse frente a nadie, no en este lado del infierno, de cualquier modo. ¿ Qué se cree que soy...? ¿Estúpida?
Mientras tanto, tenía que llevar a cabo una broma. Una travesura. A solicitud del señor Gaunt, desde luego.
¿Conoce a Betsy Vigue?, le había preguntado el señor Gaunt. La conoce, ¿verdad?
Claro que la conocía. Conocía a Betsy desde la escuela elemental, cuando con frecuencia las dos juntas se encargaban de vigilar la disciplina y eran compañeras inseparables.
Bien, vigile por la ventana. Betsy se va a sentar. Tomará una hoja de papel y verá algo bajo ella.
¿Qué?, había preguntado Babs, con curiosidad.
No importa lo que sea. Si espera encontrar alguna vez la llave que abre la caja de música, más vale que cierre la boca y abra los oídos, ¿entiende, estimada señora?

Había entendido. Y había entendido algo más, también. El señor Gaunt a veces infundía miedo. Infundía mucho miedo.
Betsy recogerá la cosa que encuentre. La examinará. Empezará a abrirla. Para entonces, usted deberá estar en la puerta del edificio. Espere a que todas las asistentes miren hacia la parte posterior izquierda del salón.
Babs había querido preguntar por qué harían eso, pero decidió que sería más conveniente abstenerse.
Cuando vuelvan la cabeza para mirar, deslizará el extremo dividido de la palanca bajo la perilla de la puerta. Apoye el otro extremo en el piso. Acúñela firmemente.
¿Cuándo debo gritar?, había preguntado Babs.
Lo sabrá cuando llegue el momento. Todos se verán como si les hubiesen metido goma de mascar con pimienta roja en el trasero. ¿Recuerda lo que se supone que debe gritar, Babs?
Babs lo recordaba. Parecía que era una jugarreta bastante sucia para gastársela a Betsy Vigue, con quien se había escabullido de la escuela tomadas de la mano, pero también parecía inofensiva (bueno... más o menos inofensiva), y ya no eran pequeñas, ni ella ni la niña a la que por alguna razón siempre había llamado Betty La-La; de todo eso hacía ya mucho tiempo. Y, como había comentado el señor Gaunt, nadie lo relacionaría con ella. ¿Por qué habían de hacerlo? Después de todo, Babs y su marido eran Adventistas del Séptimo Día y, en su opinión, los católicos y los bautistas se merecían todo lo que recibieran, incluyendo a Betty La-La.
Brilló un relámpago. Babs se quedó inmóvil, después corrió á una ventana más cercana a la puerta, por la cual atisbó para percatarse de que Betsy aún no se sentaba a la mesa.
Y las primeras gotas vacilantes de esa poderosa tormenta empezaron a tamborilear a su alrededor.
4
El hedor que llenaba la iglesia bautista era como el que se había adherido a Don Hemphill... pero mil veces peor.
-¡Oh, mierda! -rugió Don. Se había olvidado por completo del lugar en que estaba y, probablemente, el recordarlo no habría cambiado mucho su lenguaje-. ¡También colocaron una aquí! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Salgan todos!
-¡Muévanse! -vociferó Nan Roberts con su vigorosa voz de barítono-. ¡Muévanse! ¡No se entuman, amigos!
Todos podían ver de dónde provenía el hedor, por encima del barandal a la altura de la cintura del coro y a través de los cortes en forma de diamante del artesonado inferior surgían grandes bocanadas de humo amarillo blancuzco. La puerta lateral estaba justo debajo del balcón del coro, pero nadie pensó en tomar esa dirección. Una pestilencia tan fuerte podría matarte... pero primero se te saltarían los ojos, se te caería el cabello y se te sellaría el trasero en horror indignado.
Los Soldados Cristianos Bautistas Antijuego de Castle Rock se convirtieron en un ejército desordenado en menos de cinco segundos. Huyeron en desbandada hacia el vestíbulo en la parte posterior de la iglesia, gritando y a punto de vomitar. Una de las bancas se volcó y pegó en el piso con un fuerte estruendo. El pie de Deborah Johnstone quedó atrapado bajo la banca y, mientras trataba deliberarlo, Norman Harper chocó contra su costado. Deborah cayó al piso y se oyó un fuerte crujido cuando se le rompió el tobillo. Aulló de dolor, el pie todavía atrapado bajo la banca, pero sus gritos se perdieron entre tantos otros.
El reverendo Rose estaba más cerca del coro y la fetidez se cerró sobre su cabeza como una gran máscara maloliente. Éste es el olor de los católicos que se queman en el infierno, pensó confuso y saltó desde el púlpito. Cayó de lleno con ambos pies sobre el diafragma de Deborah Johnstone, cuyos gritos se convirtieron en un largo jadeo ahogado que se redujo a nada cuando se desmayó. El reverendo Rose, sin darse cuenta de que había dejado inconsciente a una de sus más fieles feligresas, se abrió paso hacia el fondo de la iglesia.
Los que llegaron primero a las puertas del vestíbulo descubrieron que no podían escaparse por ahí; las puertas estaban atrancadas en alguna forma. Antes de que pudiesen darse vuelta, los que iban detrás de ellos aplastaron contra las puertas cerradas a estos líderes del éxodo propuesto.
Gritos, rugidos de indignación y maldiciones furiosas nublaban el aire. Y mientras empezaba la lluvia en el exterior, los vómitos empezaban en el interior.
5
Betsy Vigue tomó su lugar en la presidencia de la mesa, entre la bandera norteamericana y el estandarte del Santo Niño de Praga. Golpeó la mesa con los nudillos, en llamado de orden, y las damas, cerca de cuarenta en total, buscaron sus asientos. Afuera, el trueno resonaba por el cielo. Se oyeron pequeños gritos ahogados y risas nerviosas.
-Se abre la sesión de las Hijas de Isabel -dijo Betsy, y tomó
la agenda-. Empezaremos, como de costumbre, leyendo...
Se detuvo, Sobre la mesa estaba un sobre blanco. Había estado debajo de la agenda. Las palabras mecanografiadas en él la miraban con ferocidad.
LEE ESTO DE INMEDIATO, RAMERA DEL PAPA
Ellos, pensó. Estos Bautistas. Esas personas repugnantes, óbscenas, mezquinas.

-¿Betsy? -preguntó Naomi Jessup-. ¿Pasa algo malo?
-No lo sé -dijo-. Creo que sí.
Abrió el sobre. De éste se deslizó una hoja de papel. Mecanografiado en ella, estaba el siguiente mensaje:
¡ÉSTE ES EL OLOR DE LOS COÑOS CATÓLICOS!
De repente, se escuchó un ruido silbante que provenía de la esquina posterior izquierda del salón, un sonido como el de un conJucto de vapor sobrecargado. Varias mujeres exclamaron y se volvieron en esa dirección. El trueno aporreó con fuerza en las alturas y esta vez los gritos fueron en serio.
De uno de los casilleros a un lado del salón brotaba un vapor amarillo blancuzco. Y de pronto, la pequeña construcción de un solo salón estaba llena con el olor más horrible que cualquiera de las damas hubiese conocido en su vida.
Betsy se puso de pie, volcando la silla. Acababa de abrir la boca, no tenía idea de lo que intentaba decir, cuando una voz de mujer gritó en el exterior: ¡Esto es por la Noche de Casino, brujas! ¡Arrepiéntanse! ¡Arrepiéntanse!
Betsy alcanzó a vislumbrar por un instante a una persona fuera de la puerta trasera antes de que la nube pestilente oscureciera completamente la ventana... y ya no le interesó entonces. El hedor era insoportable.
Se desató un pandemónium. Las Hijas de Isabel se precipitaban de un lado a otro en el salón nublado y hediondo como ovejas enloquecidas. Nadie oyó ni se dio cuenta de que empujaban hacia atrás a Antonia Bissette y ésta se rompió el cuello contra el borde de acero de la mesa de la presidencia.
En el exterior rugían los truenos y relampagueaban los rayos.
6
Los hombres católicos en el Salón de los Caballeros de Colón habían formado un círculo irregular alrededor de Albert Gendron. Con la nota que había encontrado pegada en la puerta de su consultorio como punto de partida ("Au, esto no es nada, debían haber visto cuando...") los estaba agasajando con relatos horribles, pero fascinantes, de acoso católico y venganza católica en Lewiston durante los años treinta.
-Cuando vio que ese montón de rufianes fanáticos habían cubierto los pies de la Santísima Virgen con excremento de vaca, de inmediato saltó a su auto y se dirigió...
Albert se interrumpió de pronto, escuchando.
-¿Qué es eso? -preguntó.
-Truenos -dijo Jake Pulaski-. Vamos a tener una gran tormenta.
-No... eso -insistió Albert, y se puso de pie-. Parecen gritos.
Los truenos se redujeron temporalmente a meros ruidos sordos y, en ese espacio, todos lo oyeron: mujeres. Mujeres que gritaban.
Se volvieron hacia el padre Brigham, quien se había levantado de la silla.
-¡Vamos, hombres! -dijo-. Veamos...
En eso empezó el silbido, y el hedor ondeó desde la parte posterior del salón hacia el corrillo de los hombres. Se rompió una ventana y una piedra rebotó peligrosamente por el piso, el cual, con los años, pies danzantes habían pulido con suave brillo. Los hombres vociferaron y se alejaron de la carambola. La piedra rodó hasta el muro en el otro extremo, rebotó una vez más y se quedó quieta.
"¡Llamas del infierno de parte de los bautistas! ", gritó alguien desde el exterior. "¡No habrá juego

en Castle Rock! ¡Difundan !a noticia, jodemonjas!"

La puerta del vestíbulo del Salón de los Caballeros de Colón también estaba atrancada con una palanca. Los hombres la golpearon y empezaron a amontonarse.
-¡No! -gritó el padre Brigham. Se abrió paso a través de la pestilencia creciente hasta una pequeña puerta lateral. Estaba abierta-. ¡Por aquí! ¡POR AQUÍ!
Nadie le prestó atención al principio; presas del pánico continuaron amontonándose contra la inmóvil puerta principal del salón. En eso, Albert Gendron extendió las grandes manos y golpeó una cabeza contra otra.
-¡Hagan lo que dice e! padre! -rugió-. ¡Están matando a las mujeres!
Albert, a viva fuerza, volvió sobre sus pasos á través del agolpamiento y los demás se dieron vuelta poco a poco para seguirlo. Avanzaron en una fila irregular y tambaleante a través de la oscuridad, tosiendo y maldiciendo. Meade Rossignol no pudo contener más el estómago revuelto. Abrió la boca y esparció la cena sobre la amplia espalda de la camisa de Albert Gendron. Albert ni siquiera lo notó.
El padre Brigham ya trastabilleaba hacia los escalones que conducían al lote de estacionamiento y al Salón de las Hijas de Isabel en el extremo opuesto. De vez en cuando lo detenía una náusea seca. El hedor se adhería a él como papel de moscas. Los hombres empezaron a caminar tras él en una confusa procesión, sin advertir apenas la lluvia, la cual ahora caía con más fuerza.

Cuando el padre Brigham iba a la mitad del corto tramo de escaleras, un destello de relámpago le mostró la palanca apoyada contra la puerta del Salón de las Hijas de Isabel. Un momento más tarde, una de las ventanas del lado derecho del edificio se estrelló hacia afuera y las mujeres empezaron a lanzarse a través del agujero, dando tumbos hasta el césped como grandes muñecas de trapo que habían aprendido a vomitar.

7

El reverendo Rose nunca llegó al vestíbulo: había demasiadas personas amontonadas delante de él. Se dio vuelta, apretándose la nariz, y se tambaleó de regreso a la iglesia. Trató de gritarles a los demás, pero cuando abrió la boca brotó un gran chorro de vómito. Se enredó con sus propios pies y cayó, golpeándose con fuerza la cabeza en el borde de una banca. Intentó levantarse y no pudo. Unas manos grandes se deslizaron bajo sus axilas y lo alzaron.

-¡Por la ventana, reverendo! -gritó Nan Roberts-. ¡No se entuma!

-El cristal...

-¡Qué importa el cristal! ¡Nos vamos a ahogar aquí!

Nan lo impulsó hacia afuera y el reverendo Rose sólo tuvo tiempo para cubrirse los ojos con una mano antes de destrozar en la huida una ventana de cristal emplomado que representaba a Cristo conduciendo a Su rebaño por una colina del color exacto del Jell-O de lima. Voló por los aires, cayó en el césped y rebotó. La parte superior de la dentadura postiza salió disparada de su boca y el reverendo emitió un gruñido.

Se sentó, súbitamente consciente de la oscuridad, la lluvia... y el bendito perfume del aire libre. No tuvo tiempo para saborearlo; Nan Roberts lo tomó del cabello y lo puso de pie con una sacudida.

-¡Venga, reverendo! -grito Nari. Su rostro, vislumbrado en un destello azul blanco de un relámpago, era el rostro torcido de una arpía. Aún llevaba puesto el uniforme de rayón blanco, siempre había tenido la costumbre de vestirse igual que vestían sus meseras, pero ahora llevaba un babero de vómito sobre la prominencia del pecho.

El reverendo Rose caminó tambaleante junto a ella, con la cabeza baja. Deseaba que le soltara el cabello, pero, cada vez que trataba de decírselo, el trueno ahogaba sus palabras.

Unos cuantos los habían seguido por la ventana rota, pero la mayoría seguía amontonada en el otro lado de la puerta del vestíbulo. Nan vio inmediatamente la razón: bajo las manijas estaban recargadas dos palancas. Las quitó de una patada, en tanto caía un rayo sobre la plaza pública, convirtiendo el estrado de la banda, donde años antes un joven atormentado llamado Johnny Smith había descubierto el nombre de un asesino, en un montón de astillas. Ahora el viento soplaba con más fuerza, flagelando los árboles contra el oscuro cielo en precipitación.

Las puertas se abrieron en el momento en que quedaron libres de las palancas; una se arrancó de las bisagras por completo y cayó en el lecho de flores al lado izquierdo de los escalones. Salió un torrente de bautistas con ojos desorbitados, tropezando y cayendo uno sobre otro mientras bajaban a toda prisa los escalones de la iglesia. Apestaban. Lloraban. Tosían. Vomitaban.

Y todos estaban furiosos como el demonio.

8

Los Caballeros de Colón, encabezados por el padre Brigham, y las Hijas de Isabel, dirigidas por Betsy Vigue, se encontraron en el centro del lote de estacionamiento en el momento en que se abrían los cielos y empezaba a llover a cántaros. Betsy avanzó a tientas hacia el padre Brigham y lo abrazó, los ojos enrojecidos llenos de lágrimas, el cabello aplastado contra el cráneo en una gorra húmeda, reluciente.

-;Todavía hay más adentro! -gritó-. Naomi Jessup... Tonia Bissette... ¡no sé cuántas más!

-¿Quién fue? -rugió Albert Gendron-. ¿Quién diablos hizo esto?

-¡Oh, fueron los bautistas! ¡Desde luego que fueron ellos!

-chilló Betsy, y luego ya no pudo contener el llanto, mientras un relámpago saltaba por el cielo como un filamento de tungsteno candente-. ¡Me dijeron ramera del papa! ¡Fueron los bautistas! ;Los bautistas! ¡Fueron los condenados bautistas!

Mientras tanto, el padre Brigham se había liberado de Betsy y corría hacia la puerta del Salón de las Hijas de Isabel. Quitó la palanca de un puntapié, la puerta se había astillado toda alrededor de un círculo, y la abrió de golpe. Salieron tres mujeres, mareadas, con arcadas y una nube de humo hediondo.

A través de la niebla vio a Antonia Bissette, la atractiva Tonia, tan rápida y eficiente con la aguja y siempre tan dispuesta a colaborar en cualquier proyecto nuevo de la iglesia. Estaba caída en el piso, cerca de la mesa de la presidencia, oculta en parte por el estandarte volcado del Santo Niño de Praga. Naomi Jessup gimoteaba arrodillada junto a ella. La cabeza de Tonia estaba torcida en un ángulo extraño, imposible. Sus ojos vidriosos miraban fijamente el techo. El hedor ya no molestaba a Antonia Bissette, quien no le había comprado nada al señor Gaunt ni había participado en ninguna de sus travesuras.

Naomi vio al padre Brigham de pie en el umbral, se puso de pie y corrió tambaleante hacia él. En la profundidad de su conmoción, parecía que el olor de la bomba pestilente tampoco la molestaba ya.

-Padre -dijo llorando-. Padre, ¿por qué? ¿Por qué hicieron esto? Se suponía que sólo era un poco de diversión... se suponía que eso era todo. ¿Por qué?
-Porque ese hombre está demente -exclamó el padre Brigham. Cubrió a Naomi con sus brazos.
Junto a él, con una voz que era baja y mortal, Albert Gendron dijo:
-Vamos por ellos.
9
Desde la iglesia bautista, los Soldados Cristianos Bautistas Antijuego caminaron a grandes zancadas hasta la calle Harrington bajo la tremenda lluvia con Don Hemphill, Nan Robets, Norman Harper y William Rose a la vanguardia. Sus ojos estaban enrojecidos, esferas furiosas sobresalían de órbitas hinchadas, irritadas. La mayor parte de los Soldados Cristianos tenía vómito en los pantalones, la camisa, los zapatos o en las tres prendas. El olor a huevo podrido de la bomba pestilente se adhería a ellos a pesar de la torrencial lluvia, rehusándose a desaparecer.
Un vehículo de la policía estatal se detuvo en el cruce de Harrington y la avenida Castle, la cual, un kilómetro y medio más arriba, se convertía en Castle View. Un policía estatal bajó del auto y los miró boquiabierto.
-¡Hey! -los increpó-. ¿A dónde creen que van, amigos?
-¡Vamos a patear los traseros de algunos rufianes del papa y si sabes lo que te conviene más vale que te quites de nuestro camino! -le respondió Nan Roberts a gritos.
De pronto, Don Hemphill abrió la boca y empezó a cantar con voz plena, rica, de barítono:
-Adelante, soldados de Cristo, marchemos a la guerra...
Otros se unieron. En unos instantes, toda la congregación entonó el himno y aceleró el paso; ya no caminaban ahora, sino que marchaban al compás. Los rostros estaban pálidos y enojados y vacíos de todo pensamiento mientras rugían las palabras, en vez de cantarlas. El reverendo Rose cantaba con ellos, aunque ceceaba bastante sin la placa superior de su dentadura postiza.
¡Cristo, el maestro real, conduce contra el enemigo, Adelante en la batalla, vemos que va Su estandarte!
Ahora casi corrían.
10
El patrullero Morris permaneció junto a ta portezuela de su auto con el micrófono en la mano, viéndolos pasar. La lluvia escurría por el ala de su sombrero a prueba de agua en pequeños arroyuelos.
-Escucho, Unidad Dieciséis -tronó la voz de Henry Payton.
-¡Será mejor que mande algunos hombres aquí de inmediato! -clamó Morris. La voz se le oía agitada y asustada. Tenía menos de un año en el puesto de patrullero de la policía estatal-. ¡Está pasando algo! ¡Algo malo! ¡Acaba de pasar junto a mí una multitud de alrededor de setenta personas! ¡Fuera!
-Bien, ¿qué estaban haciendo? -preguntó Payton-. ¡Fuera!
-¡Iban cantando "Adelante Soldados de Cristo"! ¡Fuera!
-¿Eres tú, Morris? Fuera.
-¡Sí, señor! ¡Fuera!
-Bien, hasta donde estoy enterado, patrullero Morris, todavía no existe una ley que prohíba cantar himnos, incluso bajo una lluvia torrencial. Creo que es una actividad estúpida pero no ilegal. Ahora sólo quiero decir esto una vez: tengo cerca de cuatro enredos en las manos, no sé dónde está el comisario o cualquiera de sus malditos asistentes, ¡y no quiero que me molesten con trivialidades! ¿Me entendiste? ¡Fuera!
El patrullero Morris tragó con dificultad.
-Uh, sí, señor, entiendo, claro que sí, pero alguien que encabezaba la multitud, creo que era una mujer, vociferó que iban a, este, "patear los traseros de algunos rufianes del papa", parece que así lo expuso. Sé que no tiene mucho sentido, pero no me gustó la forma en que lo dijo -luego, Morris añadió tímidamente-: ¿Fuera?
El silencio fue tan largo que Morris estaba a punto de llamar a Payton de nuevo, la electricidad en el aire hacia imposible la comunicación de largo alcance por radio, e incluso dificultaba la conversación dentro de la misma periferia del pueblo, y en eso Payton dijo con voz extenuada y atemorizada:
-Ay. Ay, Jesús. Ay, Jesucristo. ¿Qué está pasando aquí?
-Bueno, la señora dijo que iban a...
-¡Ya te oí la primera vez! -vociferó Payton con tanta fueza que la voz se distorsionó y desarticuló-. ¡Dirígete a la iglesia católica! Si está pasando algo, trata de deshacerlo, pero no te expongas a salir herido. Repito, no te expongas. Te enviaré refuerzos tan pronto como pueda, si me queda algún refuerzo. ¡Hazlo ahora mismo! ¡Fuera!
-¿Uh, teniente Payton? ¿Dónde está la iglesia católica en este pueblo?
-¿Cómo carajos voy a saberlo? -vociferó Payton-. ¡Yo no asisto a la iglesia aquí! ¡Limítate a seguir a la multitud! ¡Fuera!

Morris colgó el micrófono. Ya no veía al grupo de personas, pero aún las podía oír entre los tronidos de la tormenta. Puso la patrulla en velocidad y siguió los cánticos.

11

El sendero que llevaba a la puerta de la cocina de la casa de Myra Evans estaba guarnecido con piedras pintadas en varios colores pastel.

Cora Rusk tomó una azul y la rebotó en la mano que no sostenía la pistola, probando su peso. Trató de abrir la puerta. Estaba cerrada con llave, como había esperado. Arrojó la piedra por el cristal y utilizó el cañón de la pistola para quitar los fragmentos y trozos que aún se adherían al marco. Después, metió la mano, quitó la llave y entró a la casa. El cabello se pegaba a sus mejillas en mechones y guedejas húmedos. Todavía llevaba el vestido desabrochado y por las protuberancias de sus senos, tachonados con barros, corrían gotas de agua de lluvia.

Chuck Evans no estaba en casa, pero Garfield, el gato de angora de Chuck y Myra, salió a recibirla. Entró trotando a la cocina, maullando, en espera de que se le diese alimento, y Cora se lo dio. El gato voló hacia atrás en una nube de sangre y pelo.

-Cómete esto, Garfield -comentó Cora. Caminó hasta el vestíbulo entre la humareda del disparo. Inició el ascenso de las escaleras. Sabía dónde encontraría a la golfa. La encontraría en la cama. Cora estaba tan segura de eso como de su propio nombre.

-Es hora de irse a la cama, en efecto -dijo-. Te conviene creerlo, mi estimada Myra.

Cora estaba sonriendo.

12

El padre Brigham y Albert Gendron conducían a un pelotón de católicos enfurecidos por la avenida Castle en dirección hacia la calle Harrington. A mitad de camino, escucharon los cantos. Los dos hombres intercambiaron una mirada.

-¿Crees que podríamos enseñarles una tonada diferente, Albert? -preguntó dulcemente el padre Brigham.

-Yo creo que sí, padre -respondió Albert.

-¿Qué te parece que les enseñemos "Corrí todo el camino a casa"?

-Una tonada muy adecuada, padre. Me parece que hasta unos cretinos como ellos podrían aprenderla.

Los relámpagos cruzaron el cielo. Iluminaron la avenida Castle con un destello momentáneo y les mostraron a los dos hombres la pequeña multitud que avanzaba por la colina hacia ellos. A la luz del relámpago, sus ojos relucían blancos y vacíos, como los ojos de las estatuas.

-¡Ahí están! -gritó alguien, y una mujer vociferó-: ¡Agarremos a los sucios hijos de puta de Mickey Finn!

-Vamos a recoger basura -dijo el padre John Brigham en voz baja y feliz, y embistió contra los bautistas.

-Amén, padre -exclamó Albert, corriendo a su lado.

Todos empezaron a correr, entonces.

Mientras el patrullero Morris daba vuelta a la esquina, un nuevo relámpago sacudió el cielo, derrumbando uno de los viejos olmos en Castle Stream. En el resplandor, vio a dos grupos de personas que corrían uno hacia el otro. Un grupo corría colina arriba, el otro colina abajo, y ambos iban dispuestos a verter sangre. De pronto, el patrullero Morris deseó haberse reportado enfermo esa tarde.

13

Cora abrió la puerta del dormitorio de Chuck y Myra y vio exactamente lo que había esperado: la golfa acostada desnuda en una cama matrimonial toda revuelta, como si se hubiese visto sometida a un duro periodo de servicio últimamente. Una de las manos de Myra estaba detrás de ella, metida bajo las almohadas. La otra sostenía una fotografía enmarcada. La fotografía estaba entre los carnosos muslos de Myra. Parecía que copulaba con ella. Tenía los ojos medio cerrados en éxtasis.

-¡Oooh, E! -gemía-. ¡Ooooh, E! ¡OOOOOOOOUUU, EEEEEEEEEE!

Unos celos horrorizados estallaron en el corazón de Cora y ascendieron por su garganta hasta que pudo percibir el sabor de jugo amargo en la boca.

-Oh, rata de letrina -masculló en voz baja y levantó la automática.

En ese momento, Myra la miró, sonriente. Sacó la mano de debajo de la almohada. También ella sostenía una pistola automática.

-El señor Gaunt me previno que vendrías, Cora -dijo, y disparó.

Cora sintió que la bala percutía el aire junto a su mejilla; oyó que golpeaba contra el yeso en el lado izquierdo de la puerta. Disparó su propia pistola. La bala se estrelló en la fotografía entre las piernas de Myra, destrozando el cristal para enterrarse en la parte superior del muslo de Myra.

También dejó un agujero en el centro de la frente de Elvis Presley.

-¡Mira lo que hiciste! -aulló Myra-. ¡Le disparaste a El Rey, estúpida golfa!

Le disparó tres tiros a Cora. Dos se extraviaron, pero el tercero acertó a Cora en la garganta, lanzándola contra la pared en un rocío rosado de sangre. Mientras Cora se derrumbaba sobre las

rodillas, disparó de nuevo. La bala hizo un agujero en la rótula de Myra y la tiró de la cama. Cora cayó de boca en el piso y la pistola se deslizó de su mano.
Voy hacia ti, Elvis, trató de decir, pero algo estaba mal, terriblemente mal. Parecía que sólo había oscuridad y, aparte de ella, no estaba nadie.
14
Los bautistas de Castle Rock, encabezados por el reverendo WiIliam Rose, y los católicos de Castle Rock, dirigidos por el padre John Brigham, se encontraron cerca del pie de Castle Hill con un crujido casi audible. No hubo peleas corteses a puñetazos ni se impusieron las reglas del marqués de Queensberry; el propósito era sacar ojos y arrancar narices. Y matar, posiblemente.
Albert Gendron, el enorme dentista quien era lento para enojarse, pero terrible una vez que montaba en cólera, agarró a Norman Harper por las orejas y tiró hacia adelante de la cabeza de Norman. AL mismo tiempo, impulsó la suya hacia el frente. Sus cráneos se estrellaron como vajillas en un terremoto. Norman se estremeció y cayó desmayado. Albert lo arrojó a un lado como si fuese un saco de ropa sucia y se lanzó contra Bill Sayers, quien vendía herramientas en la Western Auto. Bill lo esquivó y tiró un puñetazo. Albert lo recibió en plena boca, escupió un diente, agarró a Bill en un abrazo de oso y lo apretó hasta que oyó que se le rompía una costilla. Bill emitió un agudo grito de dolor. Albert lo arrojó casi hasta el otro lado de la calle, donde el patrullero Morris se detuvo justo a tiempo para evitar atropellarlo.
Ahora el área era una maraña de figuras que luchaban, tiraban puñetazos, sacaban ojos y gritaban. Se tropezaban unas con otras, se resbalaban en la lluvia, se levantaban, golpeaban y recibían golpes en respuesta. Los llamativos derroches de luz de los rayos hacían que pareciera que se estaba ejecutando una extraña danza, una en la que lanzabas a tu pareja contra un árbol en vez de imitar su paso, o le hundías la rodilla en la entrepierna en vez de darle un gracioso giro.
Nan Roberts asió a Betsy Vigue por la espalda del vestido al ver que estaba desgarrando las mejillas de Lucille Dunham con las uñas. Nan tiró de Betsy hacia ella, le dio vuelta y metió hasta el segundo nudillo dos dedos en la nariz de Betsy. Betsy emitió un chillido nasal de sirena de niebla cuando Nan empezó a zarandearla por la nariz, de un lado a otro, con gran entusiasmo.
Frieda Pulaski golpeó a Nan con su bolso de mano. Nan cayó de rodillas. Los dedos se salieron de la nariz de Betsy Vigue con una detonación audible. Cuando Nan trató de ponerse de pie, Betsy le dio un puntapié en el rostro y la derribó a mitad de la calle.
-¡Adpía, me aduinaste la nadiz! -chilló Betsy-. ¡Me aduinaste la nadiz! -trató de estampar el pie en el vientre de Nan. Nan le agarró el pie, lo torció y quien una vez fue Betsy La-La se desplomó en la calle sobre el rostro. Nan se arrastró hacia ella; Betsy la estaba esperando; un momento después, ambas rodaban en la calle, mordiéndose y arañándose.
¡ALTO!
rugió el patrullero Morris, piro su voz se ahogó en una descarga de trueno que sacudió la calle.
Sacó la pistola, la levantó hacia el cielo... pera antes de que pudiese disparar, alguien, sólo Dios sabe quién, le disparó en la entrepierna con uno de los artículos de la venta especial de Leland Gaunt. El patrullero Morris voló hacia atrás contra la capota de la patrulla y rodó sobre la calle, aferrando las ruinas de su equipo sexual mientras trataba de gritar.
Era imposible saber cuántos de los combatientes traían armas compradas al señor Gaunt ese día. No muchos, y algunos de los que habían estado armados perdieron las armas en la confusión que se desató al tratar de escapar de las bombas pestilentes. Pero por lo menos se dispararon cuatro tiros más en rápida sucesión, tiros que se perdieron mayormente en el barullo de las voces que gritaban y el retumbo del trueno.
Len Milliken vi ó que Jake Pulaski apuntaba una de las pistolas hacia Nan, quien había permitido que se escapase Betsy y ahora trataba de ahogar a Meade Rossignol. Len agarró la muñeca de Jake y la obligó a levantarse hacia el cielo deslumbrante con relámpagos un segundo antes de que se disparara la pistola. Después bajó con fuerza la muñeca de Jake y la rompió sobre su rodilla como una vara de leña. La pistola resonó en el pavimento húmedo. Jake empezó a aullar de dolor. Len dio un paso hacia atrás y dijo:
-Esto te enseñará a ... -no llegó más lejos, ya que alguien eligió ese momento para hundirle la hoja de una navaja de bolsillo en la nuca, cortando la médula espinal de Len en el tallo cerebral.
Ahora estaban llegando más vehículos de la policía, las luces azules oscilando dementes en la oscuridad bañada con la lluvia. Los combatientes no prestaron atención a los gritos amplificados que pedían que se detuvieran y desistieran. Cuando los patrulleros intentaron separar a los oponentes, en vez de lograrlo, fueron absorbidos por la reyerta.
Nan Roberts vio al padre Brigham, la detestable camisa negra desgarrada en la espalda. Sostenía al reverendo Rose por la nuca con una mano. La otra estaba apretada en un puño y golpeaba repetidamente en la nariz al reverendo Rose con ella. El puño daba en el blanco, la mano que detenía la nuca del reverendo Rose retrocedía un poco y luego empujaba de nuevo al reverendo Rose en posición para el siguiente puñetazo.

Con un bramido a pleno pulmón, ignorando al confundido policía estatal que le decía, casi le rogaba, que se detuviera y que se detuviera ahora mismo, Nan arrojó a un lado a Meade Rossignol y se lanzó contra el padre Brigham.

Veintidós

1

La embestida de la tormenta redujo la velocidad del vehículo de Alan a una lentitud desesperante, a pesar de la creciente sensación de que el tiempo había adquirido una importancia vital, amarga, y que si no volvía pronto a Castle Rock daría lo mismo que se quedara lejos para siempre. Ahora le parecía que una gran parte de la información que realmente necesitaba había estado en su mente todo el tiempo, encerrada detrás de una sólida puerta. La puerta tenía cuidadosamente impresa una leyenda, pero no decía OFICINA DEL PRESIDENTE o SALA DE CONSEJO, ni siquiera PRIVADO, NO ENTRE. La leyenda impresa en la puerta de la mente de Alan habia sido ESTO NO TIENE SENTIDO. Todo lo que se requería para abrirla era la llave correcta... la llave que le había dado Sean Rusk. ¿Y qué había detrás de la puerta?

Vaya, Cosas Necesarias. Y su propietario, el señor Leland Gaunt.

Brian Rusk había comprado una estampa de beisbol en Cosas Necesarias, y Brian Rusk estaba muerto. Nettie Cobb había comprado una pantalla en Cosas Necesarias, y también estaba muerta. ¿Cuántos otros en Castle Rock habían acudido al pozo y habían comprado agua envenenada al hombre veneno? Norris: una caña para pescar. Polly: un amuleto mágico. La madre de Brian Rusk: un par de gafas baratas para el sol que tenían algo que ver con Elvis Presley. Incluso Ace Merrill: un libro viejo. Alan estaba dispuesto a apostar que Hugh Priest también había adquirido un artículo... y lo mismo Danforth Keeton.

¿Cuántos otros? ¿Cuántos?

Se detuvo en el extremo opuesto del Tin Bridge, justo cuando un rayo se desprendía del cielo y dividía en dos uno de los viejos olmos en el otro lado de Castle Stream. Hubo un gran chisporroteo eléctrico y un violento destello de luz. Alan se puso el brazo delante de los ojos, pero aún continuaba impresa en ellos una posimagen de un azul penetrante cuando la radio emitió una fuerte descarga de estática y el olmo se derrumbó con pesada grandeza en el arroyo.

Bajó el brazo y luego gritó cuando el trueno rugió en lo alto, con un sonido lo bastante fuerte para agrietar el mundo. Durante un momento, sus ojos deslumbrados no podían distinguir nada y temía que el árbol hubiese caído en el puente, bloqueando el camino al pueblo. En eso, vio que yacía río arriba, junto a la vieja estructura oxidada, enterrado en un telar de rápidos. Alan movió la palanca de velocidades del auto y cruzó el puente. Mientras lo hacía, podía oír que el viento, convertido ahora en un vendaval, ululaba en los puntales y vigas del puente. Era un sonido espeluznante, solitario.

La lluvia apedreaba el parabrisas de la vieja camioneta, convirtiendo todo lo que estaba más allá de él en una alucinación vacilante. Cuando Alan salió del puente y entró a la parte baja de la calle Main, en el cruce con la avenida Watermill, la lluvia empezó a caer con tanta fuerza que los limpiadores, aun en alta velocidad, eran completamente inútiles. Abrió la ventanilla, sacó la cabeza y condujo en esa forma. En un instante, quedó empapado.

El área alrededor del Palacio Municipal estaba atestada con autos de la policía y camionetas de noticiarios, pero también tenía una apariencia extraña, desierta, como si extraterrestres malignos hubiesen teletransportado al planeta Neptuno a las personas que pertenecían a esos vehículos. Alan vio a unos cuantos reporteros que se asomaban desde el refugio de sus camionetas y a un policía estatal que corría por el callejón que conducía al lote de estacionamiento del Palacio Municipal, salpicando agua de lluvia con los zapatos, pero eso era todo.

Tres calles arriba, hacia Castle Hill, una patrulla de la policía estatal cruzó a toda velocidad la parte alta de la calle Main, en dirección oeste por la calle Laurel. Un momento más tarde, otra patrulla atravesó disparada por Main. Ésta iba por la calle Birch y tomó en dirección opuesta a la primera. Sucedió con tanta rapidez, zip, zip, que fue como algo que se vería en una comedia fílmica acerca de la ineptitud de la policía. "Smokey and the Bandit", tal vez. Sin embargo, Alan no vio nada gracioso en ello. Le dio una sensación de acción sin propósito, una especie de movimiento atropellado, impulsado por el pánico. De pronto, estuvo seguro de que Henry Payton había perdido el control de lo que fuese que estaba sucediendo esta noche en Castle Rock... es decir, si alguna vez había tenido algo más que una ilusión de control, en primer lugar.

Le pareció que oía gritos débiles provenientes de Castle Hill. Con la lluvia, los truenos y el impetuoso viento, era difícil saberlo con seguridad, pero no creía que esos gritos no fuesen más que un producto de su imaginación. Como para probarlo, un auto de la policía estatal salió rugiendo del callejón contiguo al Palacio Municipal, los faros resplandecientes y los giros de las torretas proyectando rayos plateados de lluvia, y tomó esa dirección. En el proceso, casi golpea de refilón una gran camioneta del noticiario WMTW.

Alan recordó que, a principios de la semana, había tenido la sensación de que algo estaba seriamente dislocado en su pequeño pueblo, que iban mal algunas cosas que no podía identificar y

que Castle Rock estaba tambaleándose en el borde de algún desorden inconcebible. Y ahora había ocurrido el desorden, y todo había sido planeado por el hombre
(Brian dijo que el señor Gaunt no es un hombre de verdad) que Alan nunca había logrado ver.
Un grito se elevó en la noche, alto y penetrante. Lo siguió el ruido de cristal destrozado... y después, desde otra parte, un disparo y un estallido de risa cascada, idiota. Los truenos golpeaban en el cielo como una pila de tablones que se derrumba.
Pero ahora tengo tiempo, pensó Alan. Sí. Tiempo de sobra. Señor Gaunt, creo que debemos saludarnos mutuamente, y creo que es un buen momento para que descubra !o que !es pasa a las personas que joden a mi pueblo.
Sin prestar atención a los débiles sonidos de caos y violencia que escuchaba a través de la ventanilla abierta, sin prestar atención al Palacio Municipal donde Henry Payton presumiblemente estaba coordinando las fuerzas de la ley y el orden, o intentándolo, Alan se dirigió a la parte alta de la calle Main, hacia Cosas Necesarias.
En ese instante, un violento relámpago blanco púrpura resplandeció en el cielo como un árbol electrificado, y mientras en lo alto seguía resonando el cañoneo que acompañaba al trueno, se apagaron todas las luces de Castle Rock.
2
El asistente Norris Ridgewick, vestido con el uniforme que guardaba para los desfiles y otras ocasiones formales, estaba en el cobertizo adjunto a la pequeña casa que había compartido con su madre hasta que ésta murió de apoplejía en el otoño de 1986, la casa donde él vivía solo desde entonces. Estaba de pie sobre un banquillo. De una de las vigas en el techo colgaba un pesado tramo de cuerda con un nudo corredizo. Norris metió la cabeza en este nudo y estaba apretándolo contra la oreja derecha cuando centelleó el relámpago y se apagaron las dos bombillas eléctricas que alumbraban el cobertizo.
Aún así, podía ver la caña de pescar Bazun recargada contra la puerta que daba a la cocina. Había deseado esa caña con tanta intensidad y había creído que la había conseguido a un precio tan bajo, pero al final el precio fue demasiado alto. Demasiado alto para Norris.
Su casa se situaba en el extremo superior de la avenida Watermill, donde la avenida entronca hacia Castle Hill y View. El viento soplaba directamente y podía oír el ruido de la reyerta que aún proseguía en ese lugar: los gritos, las maldiciones y los disparos ocasionales.
Soy responsable de eso, pensó. No completamente, demonios, no, pero sí en parte. Yo contribuí. Yo soy la razón por la que Henry Beaufort está herido o moribundo, o tal vez muerto ya, en Oxford. Yo soy la razón por la que Hugh Priest está en una plancha en el congelador. Yo. El sujeto que siempre quiso ser policía y ayudar a sus semejantes, el sujeto que quería eso desde que era niño. El estúpido, cómico y torpe de Norris Ridgewick, quien pensaba que necesitaba una caña de pescar Bazun y que podía conseguirla barata.
-Lamento lo que hice -dijo Norris-. Eso no arregla nada, pero lo lamento de verdad, si vale para algo.
Se preparó para saltar desde el banquillo y de pronto una voz nueva habló dentro de su cabeza: ¿Por qué no tratas entonces de corregir la situación, cobarde de mierda?
-No puedo -gimió Norris. Resplandeció el relámpago; su sombra saltó delirante por la pared del cobertizo, como si ya estuviese bailando en el aire-. Ya es demasiado tarde.
Al menos puedes darle un vistazo a las consecuencias de tus actos, insistió la voz enojada. ¿No puedes hacer eso siquiera? ¡Dales un vistazo! ¡Dales un BUEN vistazo!
El relámpago resplandeció de nuevo. Norris miró fijamente la caña Bazun... y soltó un grito de angustia e incredulidad. El sobresalto casi lo hizo caer del banquillo, con riesgo de ahorcarse por accidente.
Ya no estaba ahí la esbelta Bazun, tan flexible y tan fuerte. Había sido sustituida por una vara de bambú, sucia y astillada; en realidad, no era más que un palo con un carrete Zebco de niño adherido con un tornillo herrumbroso.
-¡Alguien se la robó! -gritó Norris. Todos los celos amargos y codicia paranoica volvieron en un instante, y sintió que debía salir a la calle a toda prisa para buscar al ladrón. Tendría que matarlos a todos, a todos los habitantes del pueblo, si era necesario, hasta que encontrara al malvado hombre o mujer responsable-. ¡ALGUIEN SE ROBÓ MI BAZUN! -gimió de nuevo, tambaleándose en el banquillo.
No, respondió la voz enojada. Así fue siempre. Lo que te robaron fue la venda que tenías en las ojos, la que te pusiste tú mismo, por tu propia voluntad.
-¡No! -unas manos monstruosas parecían aferrarse a los lados de la cabeza de Norris; ahora empezaban a apretarla-. ¡No, no, no!
Pero el relámpago resplandeció y de nuevo le mostró la sucia caña de bambú donde, sólo unos momentos antes, había estado la Bazun. Norris la había colocado ahí para que fuese la última cosa que viera antes de saltar del banquillo. Nadie había estado aquí; nadie la había movido; en consecuencia, la voz debía de tener razón.

Siempre estuvo así, insistió la voz enojada. La única pregunta es ésta: ¿ Vas a hacer algo al respecto o vas a escaparte a la oscuridad?
Buscó a tientas el nudo corredizo y, en ese momento, tuvo la sensación de que no estaba solo en el cobertizo. En ese momento, le pareció que olía tabaco y café y una sutil agua de colonia, Caballero Sureño, tal vez; los olores del señor Gaunt.
De súbito, perdió el equilibrio o unas manos furiosas, invisibles, lo empujaron del banquillo. Cuando se balanceó hacia adelante, le pegó con un pie y lo volcó.
El grito de Norris se ahogó al tensarse el nudo corredizo. Una de las manos, en la desesperación, encontró la viga en el techo y se sujetó de ella. Se izó un poco a sí mismo, con lo que logró aflojar levemente el tirón. La otra mano arañaba el nudo corredizo. Sentía que el cáñamo le picaba la garganta.
¡No está bien!, escuchó que gritaba enojado el señor Gaunt. ¡No esta perfectamente bien, maldito tramposo!
Gaunt no estaba en el cobertizo, no en realidad; Norris sabía que no lo habían empujado. Sin embargo, tenía la plena certeza de que aquí estaba una parte del señor Gaunt, de todos modos... y el señor Gaunt no estaba satisfecho, porque ésta no era la forma en que supuestamente ocurrirían los hechos. Se supone que los bobos no ven nada. AL menos, hasta que sea demasiado tarde para que tenga importancia.
Norris tiró y arañó la cuerda, pero parecía que el nudo se había mojado en concreto. El brazo que lo sostenía temblaba violentamente. Los pies oscilaban de un lado a otro, a un metro sobre el piso. No podría sostener este medio levantamiento por mucho tiempo. Era sorprendente que hubiese podido conservar floja la cuerda.
Por fin, logró introducir dos dedos debajo del nudo y abrirlo en parte. Sacó la cabeza sacudiéndola, justo cuando sintió un terrible calambre entumecedor en el brazo que lo sostenía en alto. Cayó al piso en una pila sollozante, con el brazo acalambrado contra el pecho. Se precipitó otro relámpago y convirtió la saliva en sus dientes desnudos en diminutos arcos de luz. Luego perdió el sentido... nunca supo por cuánto tiempo, pero cuando recuperó el conocimiento seguía el apedreo de la lluvia y el resplandor de los relámpagos.
Se puso de pie, tambaleante, y caminó hasta la caña de pescar, sujetándose todavía el brazo contra el pecho. El calambre empezaba a disminuir, pero Norris jadeaba aún. Tomó la vara y la examinó con cuidado y enojo.
Bambú. Bambú sucio e inmundo. No valía cualquier cosa; no valía nada.
El delgado pecho de Norris se agitó en busca de aliento y soltó un grito de vergüenza y rabia. AL mismo tiempo, levantó la rodilla y rompió la caña de pescar sobre ella. Dobló los pedazos y los rompió de nuevo. Se sentían repugnantes, casi infecciosos, en sus manos. Se sentían fraudulentos. Los lanzó a un lado y castañetearon hasta caer junto al banquillo volcado, como otros tantos palillos chicos insignificantes.
-¡Basura! -gritó-. ¡Basura! ¡Basura! ;BASURA!
Los pensamientos de Norris se volvieron hacia el señor Gaunt. El señor Gaunt, con el cabello plateado y la chaqueta de tweed y la sonrisa anhelante, incitante.
-Me las vas a pagar -susurró Norris Ridgewick-. No sé qué sucederá después de eso, pero me las vas a pagar bien caras.
Caminó hasta la puerta del cobertizo, la abrió de golpe y salió a la lluvia torrencial. La Unidad 2 estaba estacionada en la entrada. Dobló el delgado cuerpo de Barney Fife en el viento y se dirigió al vehículo.
-No sé qué eres -dijo Norris-, pero voy tras tu trasero embustero y timador.
Subid a la patrulla y retrocedió por la entrada. Sentimientos de humillación, tristeza y enojo sostenían una guerra equitativa en su rostro. AL pie de la entrada, dio vuelta a la izquierda y se enfiló hacia Cosas Necesarias a toda la velocidad que se atrevió.
3
Polly Chalmers estaba soñando.
En el sueño, entraba a Cosas Necesarias, pero la figura del mostrador no era Leland Gaunt; era la tía Evvie Chalmers. La tía Evvie llevaba puesto su mejor vestido azul y el chal azul, el que tenía un borde rojo. Entre los dientes postizos, grandes e imposiblemente uniformes, sostenía un Herbert Tareyton.
¡Tía Evviel, exclamaba Polly en el sueño. Un inmenso deleite y un alivio aún más inmenso, ese alivio que sólo conocemos en los sueños felices, y en el momento de despertar de los horribles, la llenaba con luz. ¡Tía Evvie, estás viva!
Pero la tía Evvie no mostraba ninguna señal de reconocimiento. Compre lo que quiera, señorita, dijo tía Evvie. A propósito, ¿su nombre era Polly o Patricia? Lo olvidé, en alguna forma.
Tía Evvie, sabes mi nombre, soy Trisha. Siempre he sido Trisha para ti.
La tía Evvie no le prestó atención.
Cualquiera que sea su nombre, hoy tenemos una venta especial. Estamos liquidando la mercancía.
Tía Evvie, ¿qué estás haciendo aquí?

YO PERTENEZCO a este sitio, dijo tía Evvie. Todo el pueblo pertenece a este sitio, señorita Dos Nombres. De hecho, todos los habitantes del MUNDO pertenecen a este sitio, porque a todos les gustan las gangas. A todos les encanta obtener algo por nada... aunque les cueste todo.
La sensación agradable desapareció de pronto. La sustituyó el temor. Polly miraba las vitrinas de cristal y veía frascos con un líquido oscuro marcados TÓNICO ELÉCTRICO DEL DR. GAUNT. Había juguetes de cuerda mal hechos que toserían las piezas del mecanismo y escupirían los resortes la segunda vez que se les diese cuerda. Había juguetes sexuales vulgares. Había pequeñas botellas llenas con lo que parecía cocaína; éstas estaban etiquetadas POL VOS DE POTENCIA INCREÍBLE DEL DR. GAUNT. Abundaban las novedades baratas: vómito de perro de plástico, polvos de pica-pica, cargas para cigarrillos, zumbadores. Había un par de esas gafas de rayos X que se suponía que te permitían ver a través de las puertas cerradas y los vestidos de las damas, pero en realidad lo único que hacían era dejarte anillos de mapache alrededor de los ojos. Había flores de plástico y naipes marcados y frascos de perfume barato etiquetados POCIÓN DE AMOR No. 9 DEL DR. GAUNT, CONVIERTE EL DECAIMIENTO EN LUJURIA. Las vitrinas eran un catálogo de lo atemporal, lo vulgar y lo inútil.
Lo que quiera, señorita Dos Nombres, dijo tía Evvie.
¿Por qué me dices así, tía Evvie? Por favor, ¿no me reconoces?
Está garantizado que todo funciona. Lo único que no se garantiza que funcione después de la venta es USTED. Así que entre y compre, compre, compre.
Ahora miraba directamente a Polly, y Polly sintió que le penetraba el terror como un cuchillo. Vio compasión en los ojos de tía Evvie, pero era una compasión terrible, despiadada.
¿Cómo te llamas, niña? Me parece que lo sabía hace tiempo.
En el sueño (y en su cama) Polly empezó a llorar.
¿Alguien más ha olvidado tu nombre?, preguntó tía Evvie. Me gustaría saberlo, porque creo que así es.
¡Tía Evvie, me estás asustando!
Te estás asustando a ti misma, niña, respondió la tía Evvie, mirando directamente a Polly por primera vez. Sólo ten en cuenta, señorita Dos Nombres, que cuando compras aquí también estás vendiendo.
¡Pero lo necesito!, gimió Polly. Su llanto era más intenso. ¡Mis manos... !
Sí, esto te aliviará; señorita Polly Frisco, dijo la tía Evvie, y sacó uno de los frascos marcados TÓNICO ELÉCTRICO DEL DR. GAUNT.
Lo colocó sobre el mostrador, una pequeña botella, de poca altura, llena con algo que parecía lodo líquido. Desde luego, no hará que desaparezca el dolor, nada puede hacer eso, pero puede efectuar una transferencia.
¿Qué quieres decir? ¿Por qué me asustas?
Cambia la ubicación de tu artritis, señorita Dos Nombres, en vez de las manos, la enfermedad ataca el corazón.
¡No!
¡Sí!
¡No! ¡No! ¡No!
Sí. Oh, sí. Y también ataca el alma. Pero tendrás tu orgullo. Eso quedará de ti, al menos. ¿Acaso no tiene derecho una mujer al orgullo? Cuando hayas perdido todo lo demás: corazón, alma, el hombre que amas, incluso, tendrás tu orgullo, ¿no es verdad, señorita Polly Frisco? Tendrás esa tabla a la cual asirte, cuando te estés ahogando. Ojalá que sea un oscuro y amargo consuelo por el resto de tu vida. Ojalá que te sirva. Tiene que servirte, porque si sigues el camino que llevas, no habrá otro con certeza.
Detente, por favor, no puedes...
4
-Detente -murmuró en el sueño-. Detente, por favor. Por favor. Se dio vuelta sobre un costado. El azka tintineó suavemente contra su cadena. El relámpago iluminó el cielo, el rayo cayó sobre el olmo a la orilla del arroyo Castle y lo derrumbó en las aguas turbulentas, mientras Alan Pangborn permanecía detrás del volante de la camioneta, deslumbrado por el resplandor.
El retumbar del trueno despertó a Polly. Sus ojos se abrieron. Su mano se dirigió de inmediato al azka y se cerró protectoramente alrededor de él. La mano era ágil; las articulaciones se movían con tanta facilidad como cojinetes de bolas sumergidos profundamente en aceite limpio.
Señorita Dos Nombres... señorita Polly Frisco.
-¿Qué...? -su voz era densa, pero sentía la mente clara y alerta, como si no hubiese estado dormida sino en un estado de concentración tan profunda que era casi un trance. Algo se configuraba en su mente, algo del tamaño de una ballena. En el exterior, los relámpagos resplandecían y parpadeaban en el cielo como brillantes chispas púrpuras.
¿Alguien más ha olvidado tu nombre... ? Parece que así es.
Extendió la mano hasta la mesa de noche y encendió la lámpara. Junto al teléfono Princess, el teléfono equipado con los botones de tamaño extragrande, los cuales ya no necesitaba, estaba el

sobre que había encontrado en el vestíbulo, con el resto de la correspondencia cuando regresó a casa esta tarde. Había vuelto a doblar y guardar la terrible carta en el sobre.
En algún lugar de la noche, entre los estrepitosos estallidos del trueno, creyó que escuchaba gritos de personas. Polly los ignoró: estaba pensando en el pájaro cuclillo, el cual pone su huevo en un nido ajeno cuando el dueño está ausente. Cuando regresa la futura madre, ¿se da cuenta de que se ha agregado algo nuevo? Por supuesto que no; lo acepta como propio, sencillamente. Lo mismo que Polly había aceptado esta maldita carta sólo porque estaba en el piso del vestíbulo, junto con dos catálogos y una promoción de la estación de televisión por cable Western Mainé.
La había aceptado sin más... pero cualquiera podría introducir una carta por la ranura del buzón, ¿acaso no era cierto?
-Señorita Dos Nombres -murmuró con voz desmayada-. Señorita Polly Frisco -yeso era, exactamente. Eso era lo que había recordado su subconsciente y había maniobrado para que se lo dijese la tía Evvie. Habrá sido la señorita Polly Frisco.
Lo había sido, en un tiempo.
Movió la mano hacia el sobre.
¡No!, le dijo una voz, y era una voz que conocía muy bien. No lo toques, Polly... ¡no lo toques, si sabes lo que te conviene!
Un dolor tan oscuro y fuerte como el café preparado un día antes le recorrió las manos.
No puede hacer que desaparezca el dolor... pero puede efectuar una transferencia.
Esa imagen del tamaño de una ballena estaba saliendo a la superficie. La voz del señor Gaunt no podría detenerla; nada podría detenerla.
TÚ puedes detenerla, Polly, dijo el señor Gaunt. Créeme, debes detenerla.
Retiró la mano antes de que tocara la carta. Volvió al azka y se convirtió en un puño protector alrededor. Podía advertir algo en el interior de la esfera, algo que había absorbido su calor y se escurría frenéticamente dentro del hueco amuleto de plata, y se sintió llena de repulsión, el estómago débil y suelto, descompuestos los intestinos.
Lo soltó y buscó la carta de nuevo.
Es la última advertencia, Polly, le dijo la voz del señor Gaunt.
Sí, respondió la voz de tía Evvie. Creo que lo dice en serio, Trisha. Siempre le han agradado las damas con orgullo, ¿pero sabes qué? No creo que le agraden las que deciden hacerlo a un lado. Considero que ha llegado el momento en que debes tomar una decisión, de una vez por todas, acerca de cuál es tu verdadero nombre.
Tomó el sobre, ignorando otra punzada de advertencia en las manos, y miró la dirección mecanografiada con esmero. Esta carta, supuesta carta, supuesta fotocopia, había sido enviada a "Sra. Patricia Chalmers".
-No -susurró-. Está mal. El nombre está mal -la mano se cerró lenta y firmemente sobre la carta, arrugándola. Un dolor sordo le invadió el puño, pero Polly lo ignoró. Sus ojos estaban brillantes, febriles-. Siempre fui Polly en San Francisco... fui Polly para todos, ¡incluso para la Asistencia Infantil!
Eso había sido parte de su intento por desligarse de cualquier aspecto de su vida pasada, la cual consideraba que la había lastimado tanto, sin permitirse nunca soñar, ni en las noches más negras, que la mayor parte de las heridas habían sido autoinfligidas. En San Francisco no había sido Trisha ni Patricia; sólo Polly. Así había llenado las tres solicitudes de Asistencia Infantil, y así había firmado: como Polly Chalmers, sin inicial intermedia.
Si realmente Alan había escrito a la oficina de Asistencia Infantil en San Francisco, suponía que habría dado su nombre como Patricia, ¿pero no habría resultado en blanco la búsqueda subsecuente en los archivos? Sí, por supuesto. Ni siquiera las direcciones concordaban, porque la que ella había puesto en el espacio para DIRECCIÓN DE LA ÚLTIMA RESIDENCIA todos esos años había sido la dirección de sus padres, y eso quedaba en el otro extremo del pueblo.
¿Supón que Alan les dio ambos nombres? ¿Polly y Patricia?
¿Supón que lo hizo? Polly conocía lo suficiente acerca del funcionamiento de las burocracias del gobierno para estar segura de que no importaba el nombre o nombres que Alan les hubiese dado; al escribirle a ella, la carta habría estado dirigida al nombre y señas que guardaban en el archivo. Polly tenía una amiga en Oxford cuya correspondencia de la Universidad de Maine aún llegaba con su nombre de soltera, a pesar de que tenía veinte años de casada.
Pero este sobre había venido dirigido a Patricia Chalmers, no a Polly Chalmers. Y en Castle Rock, ¿quién la había llamado Patricia hoy, precisamente?
La misma persona que sabía que Nettie Cobb era, en realidad, Netitia Cobb. Su buen amigo Leland Gaunt.
Todo eso de los nombres es muy interesante, dijo de pronto tía Evvie, pero no es lo más importante. Lo importante es el hombre, TU hombre. Él es tu hombre, ¿no es cierto? Incluso ahora. Sabes que nunca actuaría a tus espaldas como lo indica esa carta. No importa el nombre que aparece en ella o cuán convincente pueda sonar... tú sabes eso, ¿verdad?
-Sí -murmuró-. Yo lo conozco.

¿Había creído todo eso verdaderamente? ¿O había desechado sus dudas acerca de esa carta absurda, increíble, debido a que tenía miedo, terror, en realidad, de que Alan viese la repugnante verdad del azka y la obligara a elegir entre él y ese objeto?
-Oh, no, eso es demasiado sencillo -susurró-. Lo creíste, en efecto. Sólo por medio día, pero lo creíste. Oh, Jesús. Oh, Jesús, ¿qué he hecho?
Tiró la carta arrugada al suelo, con la expresión de asco de una mujer que acaba de darse cuenta de que está sosteniendo una rata muerta.
No le dije por qué estaba enojada; no permití que me diera una explicación; sólo... sólo lo creí. ¿Por qué? En nombre de Dios, ¿por qué?
Sabía la razón, desde luego. Había sido el súbito y vergonzoso temor de que el único hombre en el mundo de quien quería y deseaba que tuviese una buena opinión acerca de ella hubiese descubierto sus mentiras acerca de la causa de la muerte de Kelton, sospechara el sufrimiento de los años en San Francisco y evaluara su culpabilidad en la muerte de su bebé.
Pero eso no era todo. Ni siquiera fue lo que más influyó. Había sido el orgullo, mayormente; un orgullo herido, indignado, vibrante, inflamado, maligno. El orgullo, la única tabla a la que pudo asirse cuando se estaba ahogando. Lo había creído en el pánico de la vergüenza, una vergüenza que era producto del orgullo.
Siempre me han agradado las damas con orgullo.
Una terrible ola de dolor rompió en sus manos; Polly gimió y se las sujetó contra el pecho.
No es demasiado tarde, Polly, dijo el señor Gaunt en voz baja, No es demasiado tarde, incluso ahora.
¡Oh, al carajo el orgullo!, chilló de pronto Polly en la oscuridad del dormitorio cerrado y sofocante y se arrancó el azka del cuello. Lo sostuvo en alto en el puño apretado, la fina cadena de plata agitándose con violencia, y sintió que dentro de la mano la superficie del amuleto se rompía como el cascarón de un huevo-. ¡AL CARAJO EL ORGULLO!
Instantáneamente, el dolor se le enganchó en las manos como un animal pequeño y hambriento... pero incluso entonces sabía que el dolor no era tan grande como temía; no se acercaba a lo que había temido. Lo sabía con la misma certeza que sabía que Alan nunca había escrito a la Asistencia Infantil de San Francisco pidiendo informes sobre ella.
-¡AL CARAJO El. ORGULLO! ¡AL CARAJO! ¡AL CARAJO! ¡AL CARAJO! -gritó, y lanzó el azka al otro lado del dormitorio.
El amuleto pegó contra la pared, rebotó en el piso y se partió. Un relámpago iluminó la habitación y Polly vio que surgían dos patas peludas por la hendedura. La grieta se ensanchó, y lo que salía era una pequeña araña. Se escurrió hacia el cuarto de baño. El relámpago centelleó de nuevo, imprimiendo la sombra alargada, aovada, en el piso como un tatuaje eléctrico.
Polly saltó de la cama y corrió tras ella. Tenía que matarla y cuanto antes... ya que, incluso a simple vista, la araña se iba hinchando. Se había alimentado con el veneno que había absorbido del cuerpo de Polly, y ahora que estaba libre de su contención era imposible saber el tamaño que alcanzaría.
Dio un manotazo al interruptor del cuarto de baño y la luz fluorescente sobre el lavabo parpadeó a la vida. Polly vio que la araña corría hacia la bañera. Cuando pasó por debajo de la puerta, no era más grande que un escarabajo. Ahora tenía el tamaño de un ratón.
Cuando Polly entró al baño, se dio vuelta y corrió hacia ella, ese horrible sonido tenebroso de sus patas batiendo sobre el azulejo, y tuvo tiempo para pensar: Estaba entre mis pechos, estaba sobre mí, estuvo sobre mí TODO EL TIEMPO...
El cuerpo de la araña era cerdoso, café negruzco. Diminutos pelos sobresalían de las patas. Unos ojos tan apagados como rubíes falsos miraban fijamente a Polly... y ésta vio que en la boca destacaban dos colmillos, como los dientes curvos de un vampiro. De ellos goteaba un líquido incoloro. Donde caían las gotas en el azulejo dejaban pequeños cráteres humeantes.
Polly gritó y agarró el desatascador del baño que estaba junto al inodoro. Las manos le respondieron con otro grito, pero de todos modos las cerró alrededor del mango de madera del desatascador y golpeó a la araña con él. El animal se retiró, con una pata rota, colgando e inutilizada a un lado. Polly la persiguió mientras corría hacia la bañera.
A pesar de la herida, seguía creciendo. Ahora era del tamaño de una rata. El vientre protuberante se arrastraba sobre los azulejos, pero trepó por la cortina de la ducha con una extraña agilidad. Las patas hacían un ruido como de diminutas gotas de agua que caían contra el plástico. Los arillos tintinearon en la barra de acero colocada en lo alto.
Polly balanceó el desatascador como un bat de beisbol, la pesada copa de hule zumbando en el aire, y golpeó de nuevo la horrible cosa. La copa de hule cubrió un área extensa, pero desafortunadamente, cuando conectó, no fue muy efectiva. La cortina de la ducha onduló hacia adentro y la araña cayó en la bañera con un paf carnoso.
En ese instante se apagó la luz.
Polly permaneció en la oscuridad, el desatascador en la mano, y escuchó el escurrimiento de la araña. En eso, el brillo de un relámpago le permitió ver la espalda encorvada y cerdosa que sobresalía por el borde de la bañera. La cosa que había salido del azka del tamaño de un dedal

ahora era tan grande como un gato, la cosa que se había estado nutriendo con la sangre del corazón de Polly, incluso mientras extraía el dolor de sus manos.
El sobre que dejé en la vieja casa de los Camber, ¿qué era?
Sin el azka alrededor del cuello, con el dolor despierto y gritando en las manos, ya no podía decirse a sí misma que no tenía nada que ver con Alan.
Los colmillos de la araña chasqueaban en el borde de porcelana de la bañera. Sonaba como alguien que golpea deliberadamente una superficie dura con una moneda para llamar la atención. Sus ojos indiferentes de muñeca la miraban por encima del borde de la bañera.
Es demasiado tarde, parecían decir los ojos. Demasiado tarde para Alan, demasiado tarde para ti. Demasiado tarde para todos.
Polly se abalanzó hacia la araña.
¿Qué me obligaste a hacer?, gritó. ¿Que me obligaste a hacer? Oh, monstruo, ¿QUÉ ME OBLIGASTE A HACER?
Y la araña se levantó en las patas traseras, dando zarpazos obscenos con las delanteras en la cortina de la ducha en busca de equilibrio para enfrentarse al ataque.

5
Ace Merrill empezó a tenerle cierto respeto al viejo gomoso cuando Keeton sacó una llave que abría el cobertizo con los letreros rojos en forma de diamante que anunciaban EXPLOSIVOS DE ALTO RIESGO en la puerta. Y el respeto aumentó un poco más cuando sintió el aire frío, oyó el bajo zumbido constante del aire acondicionado y vio las cajas apiladas. Dinamita comercial. Dinamita comercial en abundancia. No era lo mismo que tener un arsenal lleno con proyectiles Stinger, pero era suficiente para un buen baile. Vaya que sí.
En el compartimiento de carga entre los asientos delanteros de la camioneta estaba una poderosa linterna de ocho celdas, junto con una provisión de otras herramientas útiles, y ahora, mientras Alan se acercaba a Castle Rock en su camioneta, mientras Norris Ridgewick estaba sentado en la cocina, confeccionando un nudo corredizo con un tramo de fuerte cuerda de cáñamo, mientras se aproximaba a su término el sueño de Polly Chalmers sobre la tía Evvie, Ace recorría las cajas de explosivos con la brillante luz de la linterna. En lo alto, la lluvia tamborileaba en el techo del cobertizo. Caía con tanta fuerza que Ace casi creía que había vuelto a las duchas de la prisión.
-Carguémoslas de una vez -dijo Buster en voz baja y áspera.
-Espere un minuto, papá -protestó Ace-. Es hora de descanso -le tendió a Buster la linterna y sacó la bolsa de plástico que le había dado el señor Gaunt. Vertió una pequeña pila de cocaína en el hueco de la mano izquierda y la inhaló rápidamente.
-¿Qué es eso? -preguntó Buster con recelo.
-Polvo de ángel de América del Sur, de lo más sabroso que hay. -Huh -bufó Keeton-. Cocaína. Ellos venden cocaína.
Ace no tuvo que preguntarle quiénes eran Ellos. El viejo gomoso no había hablado de otra cosa en todo el camino hasta aquí y Ace sospechaba que no hablaría de nada más en toda la noche.
-No es verdad,, papá -dijo Ace-. Ellos no la venden. La quieren para ellos mismos -vertió otro poco en el hueco en la base del pulgar y extendió la mano-. Pruébela y dígame si estoy equivocado.
Keeton lo miró con una combinación de duda, curiosidad y sospecha.
-¿Por qué siempre me dice papá? No soy tan viejo como para ser tu padre.
-Bueno, dudo que lea las tiras cómicas clandestinas, pero hay un sujeto llamado R. Crumb -dijo Ace. La coca ya le estaba haciendo efecto, encendiendo todas sus terminales nerviosas-. Él hace unas caricaturas acerca de un tipo llamado Zippy. Para mí, usted se ve igual que el papá de Zippy.
-¿Es bueno eso? -preguntó Buster con sospecha.
-Fabuloso -le aseguró Ace-. Pero le llamaré señor Keeton, si quiere -hizo una pausa y después añadió deliberadamente-: Como lo hacen Ellos.
-No -dijo Buster de inmediato-, está bien. Siempre que no sea un insulto.
-Desde luego que no -lo tranquilizó Ace-. Vamos... pruébela. Un poco de esta mierda y estará cantando "Aijó, aijó, vamos a trabajar" hasta que amanezca.
Buster le lanzó otra mirada de oscura sospecha y luego inhaló la coca que le ofrecía Ace. Tosió, estornudó y después se apretó la nariz con la mano. Sus ojos llorosos miraron de manera siniestra a Ace.
-¡Quema!
-Sólo la primera vez -le aseguró Ace en tono feliz.
-No siento nada, de todos modos. Dejemos de hacer tonterías y carguemos la dinamita en la camioneta.
-Como usted diga, papá.
Les llevó menos de diez minutos cargar las cajas de dinamita. Una vez que colocaron la última, Buster dijo:
-Tal vez esa sustancia suya sirva para algo, después de todo. ¿Me da un poco más?
-Claro, papá -Ace sonrió-. Yo lo acompañaré.

Se dieron los toques y enfilaron de regreso al pueblo. Buster conducía y ahora ya no se veía corno el papá de Zippy, sino como el señor Sapo en "The Wind in the Willows", de Walt Disney. Una nueva luz frenética aparecía en los ojos del Principal Concejal. Era sorprendente la rapidez con que se había disipado la confusión de su mente; ahora sentía que podía entender todo lo que Ellos se proponían, cada plan, cada conjura, cada maquinación. Le contó a Ace todo lo relacionado con Ellos, mientras Ace iba sentado en la parte trasera de la camioneta con las piernas cruzadas, enganchando los relojes automáticos Hotpoint a las cápsulas explosivas. AL menos por el momento, Buster se había olvidado de Alan Pangborn, quien era el cabecilla de Ellos. Estaba entusiasmado con la idea de volar Castle Rock, o tanto como fuera posible, hasta el otro mundo.

El respeto de Ace se convirtió en admiración sólida. El viejo estaba demente, y a Ace le gustaban las personas dementes, siempre le habían gustado.. Se sentía cómodo con ellas. Y, como la mayoría de las personas en su primera iluminación con cocaína, la mente del viejo papá estaba recorriendo los planetas exteriores. No podía callarse. Ace no tenía más que permanecer diciendo, "Ajá" y "Tiene razón, papá" y "Jodidamente cierto, papá".

En varias ocasiones casi le dijo a Keeton señor Sapo en vez de papá, pero se contuvo a tiempo. Podría ser una mala idea decirle señor Sapo a este sujeto.

Cruzaron el Tin Bridge mientras Alan todavía estaba a cinco kilómetros de distancia de él y bajaron en la lluvia torrencial. Ace encontró un cobertor en uno de los compartimientos de la banca de la camioneta y cubrió con él un bulto de dinamita y uno de relojes automáticos, equipados con las cápsulas.

-¿Quiere que lo ayude? -le preguntó Buster, nervioso.

-Es mejor que me deje manejar esto a mí, papá. Corre el riesgo de caerse en el maldito arroyo y perdería tiempo tratando de pescarlo. Sólo mantenga los ojos bien abiertos, ¿de acuerdo?

-Lo haré. Ace... ¿por qué no olfateamos un poco más de esa cocaína primero?

-Todavía no -dijo Ace con tolerancia, y palmeó uno de los carnosos brazos de Buster-. Esta mierda está casi pura. ¿Quiere explotar?

-Yo no -respondió Buster-. Que explote todo lo demás, pero yo no -empezó a reírse descontrolado. Ace lo acompañó.

-¿Se está divirtiendo esta noche, eh, papá?

Buster se sorprendió al darse cuenta de que era cierto. La depresión que lo había invadido después de... después del accidente de Myrtle... ahora parecía que había sucedido muchos años atrás. Sentía que él y su excelente amigo, Ace Merrill, por fin los tenían a Ellos exactamente donde querían: en la palma de su mano colectiva.

-Así es -dijo, y observó que Ace se deslizaba por el pasto húmedo de la orilla junto al puente, sosteniendo contra el vientre el paquete de dinamita envuelto en el cobertor.

Bajo el puente, estaba relativamente seco; aunque las cápsulas explosivas eran a prueba de agua. Ace colocó el paquete en el codo formado por dos de los puntales, después adhirió la cápsula explosiva a la dinamita introduciendo los alambres, las puntas ya estaban convenientemente peladas, en uno de los cartuchos. Giró la gran esfera blanca del reloj hasta 40. De inmediata se inició el tic-tac.

Salió arrastrándose de debajo del puente y ascendió por la resbalosa orilla.

-¿Bien? -le preguntó ansioso Buster-. ¿Cree que explotará?

-Explotará -dijo Ace en tono tranquilizante, y subió a la camioneta. Estaba empapado hasta los huesos, pero le tenía sin cuidado.

-¿Y si Ellos lo descubren? ¿Y si lo desconectan Ellos?

-Papá -dijo Ace-. Escuche un minuto. Saque la cabeza por esa ventanilla y escuche.

Buster obedeció. Entre los estruendos del trueno, pensó que podía oír gritos y chillidos. Después, claramente, oyó el tenue y duro crujido de un disparo de pistola.

-El señor Gaunt los mantiene ocupados -aseguró Ace-. Es un hijo de puta muy astuto. -Vació una pila de cocaína en el hueco para sorber, aspiró, y luego colocó la mano bajo la nariz de Buster-. Vamos, papá, es la hora del recreo.

Buster inclinó la cabeza e inhaló.

Se fueron del puente cerca de siete minutos antes de que 1o cruzara Alan Pangborn. Debajo, el marcador negro del reloj indicaba 30.

6

Ace Merrill y Danforth Keeton, alias Buster, alias papá de Zippy, alias Sapo de "The Wind in the Willows", circulaban despacio por la calle Main como Santa Claus y su ayudante, dejando pequeños paquetes aquí y allá. Dos veces, los vehículos de la policía estatal pasaron rugiendo junto a ellos, pero ninguno se interesó en lo que parecía una más de las camionetas de noticiarios de televisión. Como había dicho Ace, el señor Gaunt los mantenía ocupados.

Dejaron un reloj automático y cinco cartuchos de dinamita en el umbral de la Agencia Funeraria Samuels. La barbería estaba contigua a ésta. Ace se enrolló un tramo del cobertor en el brazo y metió el codo por el cristal de la puerta. Dudaba mucho que la barbería estuviese equipada con alarma... o, en el caso de que así fuera, que la policía se molestara en atenderla. Buster le dio una

bomba recién preparada, estaban usando cable de uno de los compartimientos de la banca para unir firmemente los relojes automáticos y las cápsulas explosivas con la dinamita, y Ace la arrojó por el agujero en la puerta. Observaron cómo rodaba hasta el pie de la silla No. 1, con el reloj en marcha desde 25.

-Nadie podrá afeitarse ahí por un tiempo, papá -dijo Ace en voz baja, y Buster emitió una risita ahogada.

Luego se separaron; Ace lanzó un paquete dentro de Galaxia, mientras Buster introducía otro en la boca del buzón para depósitos nocturnos del banco. Cuando regresaban a la camioneta a través de la implacable lluvia, en el cielo estalló un relámpago. El olmo se derrumbó en Castle Stream con un rugido desgarrador. Se quedaron de pie en la acera por un momento, mirando en esa dirección, y ambos pensaron que la dinamita bajo el puente había explotado veinte minutos antes de lo programado, pero no vieron que surgieran llamas.

-Creo que fue un rayo -dijo Ace-. Debe de haber caído en un árbol. Vámonos.

Cuando se pusieron en marcha, con Ace en el volante ahora, los pasó la camioneta de Alan. Bajo la lluvia torrencial, ninguno de los choferes miró al otro.

Condujeron hasta la cafetería de Nan. Ace rompió el cristal de la puerta con el codo y dejaron la dinamita y un reloj automático, éste fijo en 20, en el interior del local, cerca del pedestal de la caja registradora. Cuando salían, resplandeció un rayo increíblemente brillante y se apagaron todas las luces de la calle.

-¡Fue la energía eléctrica! -gritó Buster feliz-. ¡Nos quedamos sin energía eléctrica! ¡Fantástico! ¡Vayamos al Palacio Municipal! ¡Volémoslo hasta el cielo!

-¡Papá, ese sitio está plagado con polizontes! ¿No los ve?

-Se están persiguiendo los propios rabos -dijo Buster impaciente-. Y cuando empiecen a explotar estas cosas, se los van a perseguir dos veces más rápido. Además, ahora está oscuro y podemos entrar por el tribunal de justicia en el otro lado. La llave maestra también abre esa puerta.

-Tiene los cojones de un tigre, papá... ¿lo sabía?

Buster sonrió herméticamente.

-Tú también, Ace. Tú también.

7

Alan metió el auto en uno de los espacios oblicuos de estacionamiento frente a Cosas Necesarias, apagó el motor de la camioneta y se quedó ahí sentado por un momento, mirando fijamente la tienda del señor Gaunt. El letrero en el escaparate decía ahora:

TÚ DICES HOLA, YO DIGO ADIÓS
ADIÓS ADIÓS
NO SÉ POR QUÉ DICES HOLA, SI YO DIGO ADIÓS

Los relámpagos se encendían y apagaban como un gigantesco anuncio de neón dándole al escaparate el aspecto de un ojo vacío, muerto.

Sin embargo, un instinto profundo sugería que aun cuando Cosas Necesarias estaba cerrada y en silencio, era posible que no estuviese desocupada. En medio de toda la confusión, el señor Gaunt podía haberse ido del pueblo, sí, con la furia de la tormenta y los polizontes dando vueltas como gallinas decapitadas, su salida habría pasado inadvertida. Pero la imagen del señor Gaunt que Alan había formado en su mete durante el largo y penoso trayecto desde el hospital en Bridgton era la del rival de Batman, el Guasón. Alan tenía la impresión de que se enfrentaba a un hombre que consideraría la instalación de una válvula de retroflujo con propulsión a chorro en el inodoro de un amigo como la suma del humor. Y un sujeto así, la clase de sujeto que pondría una tachuela en tu silla o introduciría una cerilla encendida en la suela de tu zapato para divertirse, ¿se iría antes de que te sentaras o notaras que se están incendiando tus calcetines y el fuego está a punto de llegarte a los pantalones? Desde luego que no. ¿Cómo perderse la diversión?

Creo que todavía estas por aquí, pensó Alan. Creo que quieres observar todo el entretenimiento. ¿No es así, hijo de puta?

Permaneció quieto, mirando la tienda con el toldo verde, tratando de imaginarse lamente de un hombre que desataría una serie de sucesos tan complejos y maléficos. Su concentración era demasiado profunda para observar que el auto estacionado a su izquierda era muy antiguo, aunque la línea era delicada, casi aerodinámica. De hecho, era el Tucker Talismán del señor Gaunt .

¿Cómo lo hiciste? Es mucho lo que quiero saber, pero me conformaría con enterarme de una sola cosa esta noche. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo pudiste averiguar tanto sobre nosotros en tan poco tiempo?

Brian dijo que el señor Gaunt no era un hombre de verdad.

A plena luz del día, Alan habría considerado absurda esta idea, como había considerado absurda la mera posibilidad de que el amuleto de Polly tuviese un poder curativo sobrenatural. Pero esta noche, atrapado en el demente nudo de la tormenta, mirando el escaparate que se había convertido en un ojo muerto, vacío, la idea tenía un innegable poder tenebroso. Recordaba el día que había venido a Cosas Necesarias con la intención específica de conocer y hablar con el señor Gaunt, y recordaba la extraña sensación que lo había invadido mientras se asomaba por el cristal con las

manos arqueadas a los lados para reducir el reflejo. Sintió que se le vigilaba, aun cuando la tienda estaba evidentemente vacía. Y no sólo eso; sintió que el vigilante era maligno, odioso. La sensación había confundido su propio reflejo con el rostro desagradable (y casi transparente) de otra persona. Cuán intensa había sido esa sensación... cuán intensa.

Alan recordó otra cosa, algo que acostumbraba decirle su abuela cuando era pequeño: La voz del demonio es dulce para el oído.

Brian dijo...

¿Cómo habla obtenido el señor Gaunt todos estos conocimientos? ¿Y por qué, en nombre de Dios, le interesaría un extenso lugar en el camino como Castle Rock?

... que el señor Gaunt no era un hombre de verdad.

Alan se inclinó de pronto y buscó a tientas en el piso del lado del pasajero de la camioneta. Por un momento, pensó que ya no estaba el objeto que buscaba, que se había caído en algún punto durante el día, cuando estuvo abierta la portezuela del pasajero, y en eso sus dedos tocaron la curva de metal. Había rodado abajo del asiento, eso era todo. Lo sacó y lo sostuvo en alto... y la voz de la depresión, ausente desde que había salido de la habitación de Sean Rusk en el hospital (o tal vez lo complicado de la situación había impedido que Alan la oyera), habló con su voz alta e inquietantemente alegre:

;Hola, Alan! ;Hola! Lamento haberme alejado, pero ya estoy aquí de nuevo. ¿ Qué tienes ahí? ¿ Una lata de nueces? No, eso es lo que parece, pero no es así, ¿verdad? Es la última broma que Todd compró en la Tienda de Novedades Auburn, ¿correcto? Una falsa lata de Nueces Surtidas Tantee-Munch con una serpiente verde dentro, papel crepé enrollado en un resorte. Y cuando te la enseñó con los ojos brillantes y una gran sonrisa boba en el rostro, le dijiste que devolviera esa tontería, ¿no es cierto? Y cuando se desconcertó, fingiste no darte cuenta; le dijiste... déjame ver. ¿Qué le dijiste?

-Que el tonto y su dinero se separan pronto -dijo Alan en tono apagado. Le dio vueltas a la lata en las manos, mirándola y recordando la expresión de Todd-. Eso fue lo que le dije.

Ooooh, en efecto, concordó la voz. ¿Cómo pude olvidar una cosa como ésa? ¡Y hablas de actos mezquinos! ¡Caramba! ¡Qué bueno que me lo recordaste! ¡Qué bueno que nos lo recordaste a ambos! Fue Annie quien salvó la situación, dijo que permitieras que lo conservara. Dijo... déjame ver. ¿Qué fue lo que dijo Annie?

-Aseguró que era gracioso, que Todd era igual a mí y que sólo sería niño una vez -la voz de Alan era ronca y temblorosa. Había empezado a llorar de nuevo, y, ¿por qué no? ¿Por qué diablos no? El antiguo dolor había vuelto, envolviéndose alrededor de su lastimado corazón como un trapo sucio.

¿Duele, verdad?, la voz de la depresión, esa voz culpable, autorrecriminatoria, le preguntó a Alan con una simpatía que (el resto de Alan) sospechaba era completamente falsa. Duele demasiado, como el tener que vivir dentro de una canción folclórica sobre un buen amor que se pierde o niños que mueren. Nada que duela tanto puede ser bueno. Vuélvela a meter en la guantera, compañero. Olvídala. La próxima semana, cuando termine toda esta locura, puedes cambiar la camioneta con la falsa lata de nueces dentro. ¿Por qué no? Es la clase de broma barata que sólo le atraería a un niño o a un hombre como Gaunt. Olvídala. Olvida...

Alan cortó la voz a media perorata. Hasta ese momento, no sabía que podía hacerlo, y era bueno tener ese conocimiento, un conocimiento que podría ser útil en el futuro... es decir, si tenía un futuro. Miró la lata con más atención, dándole vuelta de un lado a otro, mirándola realmente por primera vez, sin verla como un recuerdo tonto del hijo perdido sino como un objeto que al igual que su varita mágica hueca, el sombrero de copa con el falso fondo o el truco de la flor que se dobla, todavía anidada bajo la correa de su reloj, era un instrumento para desorientar a las personas.

Magia, ¿no se relacionaba todo con la magia? Era una magia tenebrosa, de acuerdo; no era una magia calculada para provocar sorpresa y risa en las personas, sino para convertirlas en feroces toros que embisten, pero era magia, de todos modos. ¿Y cuál era el fundamento de toda la magia? Desorientación. Era una serpiente de metro y medio de largo oculta dentro de una lata de nueces... o, pensando en Polly, es una enfermedad con apariencia de remedio.

Abrió la portezuela del auto y, cuando salió a la lluvia torrencial, todavía llevaba la falsa lata de nueces en la mano izquierda. Ahora que se había retirado un poco del peligroso señuelo del sentimiento, recordaba su oposición a la compra de esta cosa con cierto asombro. Toda su vida le había fascinado la magia y, desde luego, de niño le hubiese entusiasmado el viejo truco de la serpiente en una lata de nueces. ¿Por qué, entonces, le había hablado a Todd en esa forma tan poco amistosa cuando quiso comprarla y por qué fingió después que no advertía el desaliento de su hijo? ¿Habían sido celos de la juventud y entusiasmo de Todd? ¿Una incapacidad para recordar la maravilla de las cosas sencillas? ¿Qué?

No lo sabía. Sólo sabía que era exactamente la clase de truco que entendería un señor Gaunt y que lo quería consigo ahora.

Alan se inclinó dentro del auto, sacó una linterna de la pequeña caja de herramientas revueltas en el asiento trasero, después pasó por la parte delantera del Tucker Talismán del señor Gaunt (aún sin prestarle atención) y se metió debajo del toldo verde oscuro de Cosas Necesarias.

8

Bien, aquí estoy. Aquí estoy, por fin.

El corazón de Alan palpitaba con fuerza, pero con regularidad en su pecho. En la mente, parecía que se habían combinado los rostros de su hijo, su esposa y Sean Rusk. Miró de nuevo el letrero en el escaparate y trató de abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. En lo alto, el toldo de lona ondeaba y crujía en el aullido del viento.

Había guardado la lata de Tastee-Munch en la camisa. Ahora la tocó con la mano derecha y pareció que le proporcionaba un consuelo indescriptible, pero perfectamente real.

-Bien -murmuró-. Ahí voy, preparado o no -volteó la linterna y usó el mango para romper el cristal. Se dispuso a oír el lamento de la alarma para ladrones, pero no sonó nada. Gaunt no la había encendido o no había alarma. Metió la mano por el agujero mellado y movió la perilla interior. Giró, y Alan Pangborn entró a Cosas Necesarias por primera vez.

El impacto inicial se lo causó el olor; era profundo, viciado y polvoso. No era el olor de una tienda nueva, sino el de un lugar que ha estado deshabitado durante meses o años, incluso. Con la pistola en la mano derecha, proyectó la luz de la linterna con la izquierda. Iluminó un piso desnudo, paredes desnudas y varias vitrinas. Las vitrinas estaban vacías y había desaparecido la mercancía. Todo estaba cubierto con una espesa capa de polvo y no se veía ninguna señal que perturbara al polvo.

Nadie ha estado aquí desde hace .mucho, mucho tiempo.

¿Pero cómo era posible, cuando él había visto que entraban y salían personas durante toda la semana?

Porque no es un hombre de verdad. Porque la voz del demonio es dulce para el oído.

Dio dos pasos más, usando la linterna para cubrir por zonas la habitación vacía, respirando el seco polvo del museo que prevalecía en el aire. Miró hacia atrás de él mismo y vio, en un destello de relámpago, las huellas de sus propios pies en el polvo. Proyectó de nuevo la luz en la tienda, recorriendo de derecha a izquierda, a todo lo largo, la vitrina que el señor Gaunt también utilizaba como mostrador... y se detuvo.

Ahí estaba una reproductora y grabadora de vídeos, junto a una televisión Sony portátil, uno de los modelos deportivos, redondo en vez de cuadrado, con un gabinete tan rojo como un carro de bomberos. Alrededor del aparato de televisión estaba enredado un cordón. Y había algo sobre la videocasetera. Con esta luz parecía un libro, pero Alan no creyó que fuera eso.

Se acercó al mostrador y enfocó la linterna en la televisión. Estaba cubierta con una capa de polvo tan espesa como el piso y las vitrinas. El cordón enredado sobre el aparato era un tramo corto de cable coaxial con una conexión en cada extremo. Alan movió la luz hacia el objeto que estaba sobre la videocasetera, el objeto no era un libro, sino un cartucho de vídeo en un estuche de plástico negro sin marca.

A un lado estaba un polvoso sobre blanco. Había un mensaje escrito en el frente del sobre:

ATENCIÓN COMISARIO ALAN PANGBORN

Alan colocó la pistola y la linterna sobre el mostrador de cristal, recogió el sobre, lo abrió y sacó una hoja de papel del interior. Luego tomó de nuevo la linterna y proyectó el poderoso círculo de luz en el corto mensaje mecanografiado.

Estimado comisario Pangborn:

A esta hora ya habrá descubierto que soy una clase de comerciante un tanto especial, una clase no muy usual que trata, en realidad, de tener "un artículo para cada persona". Lamento que no hayamos tenido la ocasión de encontrarnos frente a frente, pero espero que comprenda que ese tipo de encuentro habría sido muy imprudente, desde mi punto de vista, por lo menos. ¡Ja, ja! En cualquier caso, le dejo un recuerdo que considero que le interesará mucho. No es un regalo, no soy del tipo Santa Claus y me atrevo a pensar que estará de acuerdo conmigo, pero todas las personas del pueblo que he conocido me han asegurado que es usted un hombre honorable y confío que me pagará el precio que pido. Ese precio incluye un pequeño servicio... un servicio que, en su caso, más que una travesura es una buen acción. Creo que coincidirá conmigo, señor.

Sé que se ha preguntado durante mucho tiempo y con mucha profundidad qué fue lo que sucedió durante los últimos momentos de vida de su esposa y de su hijo menor. Estoy seguro de que pronto encontrará las respuestas a esas preguntas.

Créame por favor que le deseo sólo lo mejor y quedo de usted Su fiel y obediente servidor Leland Gaunt

Alan bajó lentamente el papel.

-¡Bastardo! -murmuró.

Enfocó la luz alrededor de nuevo y vio el cordón de la videocasetera que colgaba por el extremo de la vitrina y terminaba en una clavija que estaba en el piso a corta distancia de la torna eléctrica más cercana. Eso no era problema, de cualquier modo, puesto que no había corriente.

¿Pero sabes qué?, pensó Alan. No creo que eso importe. No creo que eso importe lo más mínimo. Creo que una vez que acople los aparatos y los conecte, y que coloque ese cartucho en la videocasetera, todo va a funcionar perfectamente. Porque no hay Jorma en que pudiese haber

ocasionado todo lo que ha ocasionado o conocido todo lo que conoce... si es humano. La voz del demonio es dulce para el oído, Alan, y hagas lo que hagas, no debes ver lo que dejó para ti.
No obstante, volvió a colocar la linterna sobre el mostrador y recogió el cable coaxial. Lo examinó durante un momento, luego se agachó para conectarlo en la entrada correcta en la parte de atrás de la televisón. Mientras lo hacía, la lata de Tastee-Munch trató de salirse de su camisa. La agarró con una de sus ágiles manos antes de que cayera al piso y la colocó en el gabinete junto a la videocasetera.
9
Norris Ridgewick estaba a mitad de camino de Cosas Necesarias cuando, de pronto, decidió que estaría loco, más loco de lo que ya había estado, y mira que había sido bastante, realmente, si intentara enfrentarse a Leland Gaunt él solo.
Sacó el micrófono de su soparte.
-Unidad Dos a la Base -dijo-. Soy Norris, ¿me escucha?
Soltó el botón. Sólo se produjo un horrible estallido de estática. El corazón de la tormenta estaba ahora directamente sobre The Rock.
-Carajo -masculló, y se dio vuelta hacia el Palacio Municipal. Alan podría estar ahí; si no, alguien le diría dónde estaba. Alan sabría qué hacer... y en caso contrario, Alan tendría que oír su confesión: había destrozado los neumáticos del auto de Hugh Priest y enviado al hombre a la muerte, simplemente porque él, Norris Ridgewick, había querido poseer una caña de pescar Bazun como la de su padre.
Llegó al Palacio Municipal cuando el reloj automático bajo el puente marcaba S y se estacionó directamente detrás de unta camioneta amarilla brillante. Una camioneta de noticiario de televisón, según su apariencia.
Norris bajó a la despiadada lluvia y corrió a la oficina del comisario en busca de Alan.
10
Polly acometió a la araña que se erguía obscenamente con el extremo de goma del desatascador del baña, y esta vez no retrocedió. Las cerdosas patas delanteras se aferraron al manga y las manos de Polly gritaron desesperadas cuando se añadió el peso oscilante de la araña a la copa de hule. Ya no pudo sostenerla con firmeza, las manas aflojaron la tensión en el desatascador y, de pronto, la araña trepaba por el mango como un hombre obeso en el alambre de circo.
Polly aspiró aliento para gritar y en eso las patas delanteras cayeron sobre sus hombros corno los brazos de un Don Juan barato en un escabroso baile. Los ojos de rubí indiferentes se fijaron en los de ella. Abrió la boca con los colmillos y Polly pudo oler su aliento: un hedor de especias amargas y carne en descomposición.
Abrió la boca para gritar. Una de las patas se introdujo en su boca. Unas cerdas ásperas, horripilantes, le acariciaron los dientes y la lengua.. La araña maulló ansiosamente.
Polly resistió el primer instinto de escupir la horrible cosa pulsante. Soltó el desatascador y agarró la pata de la araña. Al mismo tiempo, la mordió, con toda la fuerza de las mandíbulas. Algo crujió, como una boca llena con Salvavidas, y un frío sabor amargo, como de té rancio, le llenó la boca. La araña emitió un grito de dolor y trató de retirarse. Las cerdas se resbalaron con aspereza por los puños de Polly, pero antes de que pudiese escaparse, apretó ,de nuevo las manos que clamaban alrededor de la pata de la cosa... y la retorció, como una mujer que trata de retorcer una pata de un pavo para arrancarla. Se oyó un penoso sonido de desgarre cartilaginoso. La araña profirió otro grito babeante de dolor.
El animal trató de liberarse. Polly escupió el amargo líquido oscuro que le había llenado la boca, sabiendo que pasaría mucho, mucho tiempo, antes de que se librara por completo de ese sabor, y tiró de la araña otra vez. Una parte distante de ella estaba atónita ante esta exhibición de fuerza, pero había otra parte que lo comprendía perfectamente. Estaba aterrada, asqueada... pero, más que nada, estaba furiosa.
Fui usada, pensó incoherentemente. ¡Vendí la vida de Alan por esto! ¡Por este monstruo!
La araña trató de hincarle los colmillos, pero las patas traseras perdieron el precario equilibrio en el mango del desatascador y habría caído... si Polly lo hubiese permitido.
Pero no lo permitió. Aferró entre los antebrazos el cuerpo caliente, pandeado, y apretó. Lo levantó, de modo que quedó retorciéndose sobre ella, mientras las patas se sacudían y le lanzaban zarpazos al rostro vuelto hacia arriba. Del cuerpo de la araña empezó a brotar un líquido y sangre negra que corrieron por su cuerpo y escurrieron por los brazos de ella en chorros ardientes.
-¡NO MÁS! -aulló Polly. ¡NO MÁS, NO MÁS, NO MÁS!
La arrojó con toda su fuerza. Pegó contra el muro con azulejos detrás de la bañera y reventó en un cuajarón sanguinolento. Ahí se quedó por un momento, adherida con sus propias entrañas, y después cayó en la bañera con un ruido viscoso.
Polly tomó de nuevo el desatascador y se abalanzó hacia la araña. Empezó a pegarle como le pegaría una mujer a un ratón con una escoba, pero no tenía efecto. La araña se estremecía y trataba de escaparse, rasguñando con las patas la esterilla de hule de la ducha con dibujo de

margaritas amarillas. Polly volteó el desatascador y se abalanzó hacia la araña con toda su energía, usando el mango como una lanza.
Prendió a la horrible monstruosidad en el mero centro y la atravesó. Se produjo un grotesco sonido punzante, saltaron las entrañas de la araña y se esparcieron sobre la esterilla de la ducha en un flujo hediondo. Se retorció frenética, arqueando infructuosamente las patas alrededor de la estaca que Polly le había clavado en el corazón... y en eso, por fin, se inmovilizó.
Polly dio un paso hacia atrás, cerró los ojos, sintió que oscilaba el mundo. Estaba a punto de desmayarse cuando el nombre de Alan estalló en su mente como un fuego artificial. Cerró las manos en puños y se golpeó una con la otra, nudillos contra nudillos. El dolor fue claro, súbito e inmenso. El mundo volvió en un destello frío.
Abrió los ojos, avanzó hasta la bañera y miró al interior. Al principio, pensó que no había nada ahí. Luego, junto a la copa de hule del desatascador, vio a la araña. No era más grande que la uña de su dedo meñique y estaba muerta.
Nunca sucedió todo lo demás. Fue tu imaginación.
-Fue condenadamente cierto -dijo Polly con voz tenue y temblorosa.
Pero la araña no era lo importante. Alan era lo importante; Alan corría un terrible peligro y ella era el motivo. Tenía que encontrarlo y antes de que fuese demasiado tarde.
Iría a la oficina del comisario. Alguien sabría dón...
No, dijo la voz de tía Evvie en su mente. Ahí no. Si vas ahí, será demasiado tarde realmente. Tú sabes dónde ir. Tú sabes dónde está.
Sí.
Sí, desde luego que lo sabía.
Polly corrió hacia la puerta, un pensamiento confuso golpeaba en su mente como alas de mariposa nocturna: Por favor, Dios mío, no permitas que compre alguna cosa. Oh, Dios, por favor, por favor, por favor, no permitas que compre alguna cosa.
Veintitrés
1
El reloj automático bajo el puente de Castle Stream, el cual los residentes de The Rock habían conocido como el Tin Bridge desde tiempos inmemoriales, llegó a 0 a las 7:38 p.m., la noche del martes 15 de octubre, en el año de Nuestro Señor de 1991. La diminuta descarga de electricidad, cuyo propósito era que sonara la campana, corrió por los cables desnudos que Ace había enrollado en las terminales de una batería de nueve voltios que activaba el dispositivo. La campana en realidad empezó a sonar, pero un segundo después su toquido, y el resto del reloj, desaparecieron en una estampida de luz en el momento en que la electricidad disparó la cápsula explosiva y la cápsula, a su vez, hizo que estallara la dinamita.
Sólo unas cuantas personas en Castle Rock confundieron la detonación de la dinamita con un trueno. El trueno era artillería pesada en el cielo: esto fue un gigantesco fogonazo. El extremo sur del puente, el cual no estaba construido con hojalata sino con viejo hierro oxidado, se levantó de la orilla en una rechoncha bola de fuego. Se alzó tres metros en el aire, tal vez, convirtiéndose en una rampa suavemente inclinada, y después volvió a caer en un doliente crujido de cemento fragmentado y el estruendo de metal que sale volando. El extremo norte del puente se soltó retorcido y todo el armatoste cayó ladeado en el arroyo Castle, el cual ahora era un torrente. El extremo sur quedó descansando sobre el olmo abatido por el rayo.
En la avenida Castle, donde los católicos y los bautistas, junto con cerca de una docena de policías estatales, aún seguían enzarzados en un vigoroso debate, se detuvo la pelea. Todos los combatientes dirigieron la mirada hacia el fuego que se elevaba en el límite del pueblo, donde corría el arroyo Castle. Albert Gendron y Phil Burgmeyer, quienes segundos antes se daban de puñetazos con gran ferocidad, ahora permanecían lado a lado, mirando la luminosidad. La sangre escurría por el lado izquierdo del rostro de Albert desde una herida en la sien y la camisa de Phil estaba casi desgarrada.
Muy cerca, Nan Roberts estaba en cuclillas sobre el padre Brigham como un buitre muy grande (y muy blanco, con el uniforme de rayón de mesera). Había estado usando el cabello del buen padre para levantarle la cabeza y golpearla repetidameente contra el pavimento. El reverendo Rose yacía a un lado, inconsciente, como resultado de los servicios del padre Brigham.
Henry Payton, quien había perdido un diente desde su llegada (por no mencionaar cualquier ilusión que hubiese abrigado respecto a la armonía religiosa en Estados Unidos), se quedó inmóvil en el acto de separar a Tony Mislaburskis del diácono bautista Fred Mellon.
Todos se quedaron inmóviles, como niños que juegan a las estatuas de marfil.
-Jesucristo, eso fue el puente -murmuró Don Hemphill.
Henry Payton decidió aprovecharse de la tregua. Hizo a un lado a Tony Mislaburskis, arqueó las manos alrededor de la boca herida y gritó desgañitado:
-¡Escuchen, todos ustedes! ¡Esta es la policía! ¡Les estoy ordenando... !

En eso, Nan Roberts elevó la voz hasta un alarido. Había pasado muchos años vociferando órdenes en la cocina de su cafetería y estaba acostumbrada a que se la oyera sin importar el bullicio que reinara a su alrededor. No hubo competencia; su voz descolló fácilmente sobre la de Payton.
-¡LOS MALDITOS CATÓLICOS ESTÁN USANDO DINAMITA!
-pregonó.
Ahora eran menos los participantes, pero lo que les faltaba en número lo compensaban con exceso de entusiasmo.
Segundos después del bramido de Nan se inició de nuevo el estrépito, extendiéndose en una docena de escaramuzas a lo largo de un tramo de cincuenta metros de la avenida azotada por la lluvia.
2
Norris Ridgewick irrumpió en la oficina del comisario momentos antes de que volara el puente, gritando a pleno pulmón.
-¿Dónde está el comisario Pangborn? Tengo que encontrar al comisario Pan...
Se detuvo. Con la excepción de Seaton Thomas y un polizonte estatal, quien no se veía con bastante edad como para tomar cerveza todavía, la oficina estaba desierta.
¿Dónde diablos estaban todos? En el exterior, parecía que había seis mil unidades de la policía estatal y otros vehículos diversos estacionados sin orden ni concierto. Uno de ellos era su propio Volkswagen, el cual, si se otorgaran cintas, se habría ganado fácilmente la cinta azul a la anarquía. Todavía estaba sobre un costado en el sitio en que lo había volcado Buster.
-¡Jesús! -exclamó Norris-. ¿Dónde está todo mundo?
El polizonte estatal que no se veía con bastante edad para tomar cerveza todavía se fijó en el uniforme de Norris y dijo:
-Hay una reyerta en algún punto calle arriba, los cristianos contra los caníbales, o alguna maldita cosa. Se supone que estoy a cargo del despacho, pero con esta tormenta no puedo ni transmitir ni recibir una sola palabra -añadió malhumorado. -¿Quién es usted?
-Ridgewick, asistente del comisario.
-Bien, yo soy Joe Price. ¿Qué clase de pueblo es éste, asistente? Parece que todos los habitantes se volvieron locos de remate.
Norris lo ignoró y se acercó a Seaton Thomas. El semblante de Seat mostraba un color gris tierra, y respiraba con mucha dificultad. Tenía una de las manos arrugadas oprimida en el centro del pecho.
-Seat, ¿dónde está Alan?
-No sé -dijo Seat, y miró a Norris con ojos apagados, atemorizados-. Algo malo está pasando, Norris. Realmente malo. Por todo el pueblo. Los teléfonos no funcionan, y no hay razón para eso, ya que ahora la mayoría de las líneas son subterráneas. ¿Pero sabes algo? Me alegro de que no funcionen. Me alegro porque no quiero enterarme de lo que está sucediendo.
-Deberías estar en el hospital -aconsejó Norris, mirando con preocupación al hombre de edad.
-Debería estar en Kansas -replicó Seat con tristeza-. Mientras tanto, me voy a quedar aquí sentado y esperaré a que termine todo esto. Yo no...
Lo interrumpió el estallido que derrumbó el puente, este terrible fogonazo rasgó la noche como una garra.
-¡Jesús! -exclamaron Norris y Joe Price al unísono.
-Sí -dijo Seat Thomas con voz fatigada, atemorizada, molesta, imperturbable-, me imagino que van a volar todo el pueblo. Creo que ése es el siguiente paso.
De súbito, de modo impresionante, el viejo empezó a llorar.
-¿Dónde está Henry Payton? -le preguntó Norris en voz alta al oficial Price. Price no le prestó atención. Corrió a la puerta para ver lo que había explotado.
Norris miró de nuevo a Seaton Thomas, pero Seat contemplaba sombrío el espacio, las lágrimas rodándole por las mejillas y la mano todavía plantada en el centro del pecho. Norris siguió al oficial Joe Price y lo encontró en el lote de estacionamiento del Palacio Municipal, donde Norris había dejado una multa en el Cadillac rojo de Buster Keeton cerca de mil años antes. Una columna de fuego moribundo destacaba claramente en la noche lluviosa y con el brillo que despedía ambos pudieron ver que había desaparecido el puente sobre el arroyo Castle. El semáforo en el otro extremo del pueblo también estaba caído sobre la calle.
-Madre de Dios -dijo el oficial Price con voz reverente-. Me alegra de verdad que éste no sea mi pueblo -el resplandor del fuego había puesto rosas en sus mejillas y rescoldos en sus ojos.
Se había profundizado la urgencia de Norris por localizar a Alan. Decidió que sería mejor que regresara a la patrulla y tratara de encontrar a Henry Payton primero, no sería demasiado difícil, si estaba ocurriendo una gran reyerta en alguna parte. Alan podría estar también ahí.
Cuando llegaba
casi a la orilla de la acera, un rayo le mostró dos figuras que corrían a paso corto, desde la esquina del tribunal de justicia, anexo al Palacio Municipal. Parecía que se dirigían a la camioneta amarillo brillante. De una de ellas no estaba seguro, pero la otra figura, gorda y un poco patizamba, era inconfundible. Era Danforth Keeton.

Norris Ridgewick dio dos pasos a la derecha y plantó la espalda contra el muro de ladrillo a la salida del callejón. Sacó el revólver de servicio. Lo levantó a la altura del hombro, la boca apuntando hacia el lluviosa cielo, y gritó "¡ALTO!" a pleno pulmón.

3

Polly sacó su auto en reversa por la entrada, encendió los limpiadores del parabrisas y dio vuelta a la izquierda. Al dolor en las manos se le había agregado un profundo y fuerte ardor en los brazos, en los espacios donde le había caído en la piel la inmundicia de la araña. La había emponzoñado en alguna forma y parecía que el veneno se introducía persistentemente. Pero ahora no había tiempo para preocuparse por eso.

Cuando se acercaba a la señal de alto en Laurel y Main se derrumbó el puente. Se encogió ante el estallido masivo y miró fijamente por un momento, atónita, la brillante bola de fuego que surgía de Castle Stream. Por unos instantes, vio la silueta como de caballete del puente, ángulos negros contra la vigorosa luz, y después se la tragaron las llamas.

Dio vuelta a la izquierda de nuevo en Main, en dirección a Cosas Necesarias.

4

En un tiempo, Alan Pangborn se había dedicado a filmar escenas domésticas, no tenía idea de cuántas eran las personas que había aburrido hasta las lágrimas con películas saltarinas de sus hijas en pañales, gateando inciertos por la sala, de Annie bañándolos, de fiestas de cumpleaños y de paseos familiares, proyectadas sobre una sábana clavada en la pared de la sala. En todas estas películas, los protagonistas saludaban y hacían muecas a la cámara. Era como si existiese algún tipa de ley tácita: cuando. alguien enfoca una cámara hacia ti debes saludar con la mano, hacer muecas o ambas cosas. En caso contrario, se te podría detener acusado de Indiferencia en Segunda Grado, lo cual alcanza una pena de hasta diez años, y dicho tiempo se pasará viendo rollos interminables de películas caseras saltarinas.

Hacía cinco años que había cambiado esta afición por la cámara de vídeo, la cual era más barata y más fácil... y en vez de aburrir a las personas hasta las lágrimas durante diez o quince minutos, el lapso que duraban tres o cuatro rollos empalmados de película de ocho milímetros, podías aburrirlas durante horas, sin tener ni siquiera que introducir un nuevo cartucho.

Sacó el cartucho del estuche y lo examinó. No tenla etiqueta. De acuerdo, pensó. Perfectamente bien. Tendré que averiguar 142 que contiene por mí mismo, ¿verdad? Su mano se movió al botón ON de la videocasetera.., y ahí titubeó.

El conjunto que formaban los rostros de Todd y Sean y su esposa retrocedió de pronto; lo sustituyó el semblante pálido y angustiado de Brian Rusk, como lo había visto Alan esta misma tarde.

Te ves triste, Brian.

Sí, señor.

¿Quieres decir que ESTÁS triste?

Sí, señor, y si enciende ese interruptor, usted también estará triste. Él galera que usted lo vea, pero no porque quisiera hacerle un favor. El señor Gaunt no hace favores. Quiere envenenarlo, eso es todo. Igual que envenenó a todos los demás.

No obstante, tenía que verlo.

Sus dedos tocaron el botón, acariciaron la suave forma cuadrada. Se detuvo y miró a su alrededor. Sí; ahí seguía el señor Gaunt. En alguna parte. Alan podía sentirlo, una fuerte presencia, amenazante y embaucadora a la vez. Pensó en la nota que había dejado el señor Gaunt. Sé que se ha preguntado durante mucho tiempo y con mucha profundidad qué fue lo que sucedió durante los últimos momentos de vida de su esposa y de su hijo menor...

No lo haga, comisario, susurró Brian Rusk. Alan vio el pálido rostro, herido, presuicida, mirándolo por encima de la nevera en la canasta de su bicicleta, la nevera llena con estampas de beisbol. Deje que duerma el pasado. Es mejor así. Y él miente; usted SABE que miente.

Sí. En efecto. Lo sabía.

No obstante, tenía que verlo.

El dedo de Alan oprimió el botón.

De inmediato se prendió la pequeña luz verde de ENCENDIDA. La videocasetera funcionaba perfectamente, con corte de energía o no, como Alan sabía que lo haría. Encendió la sexy Sony roja y en un momento el brillante resplandor blanco de nieve del canal 3 iluminó su rostro. Alan oprimió el botón EJECT y se abrió el compartimiento para el cartucho.

No lo haga, susurró de nuevo la voz de Brian Rusk, pero Alan no la escuchó. Introdujo el cartucho y oyó los pequeños clics mecánicos cuando las cabezas ajustaron la cinta. Después respiró profundamente y oprimió el botón PLAY. Una oscuridad uniforme sustituyó la brillante nieve blanca en la pantalla. Un momento después en la pantalla apareció un tono gris pizarra y centelleó una serie de números: 8... 7... 6... 5... 4... 3... 2... X.

Lo que siguió era una toma temblorosa, con la cámara sostenida en la mano, de un camino vecinal. En primer plano, ligeramente fuera de foco, pero legible, estaba una señal de camino. Avisaba que era la carretera 117, pero Alan no necesitaba leerla. Había recorrido ese tramo muchas veces y lo conocía bien. Identificó el bosquecillo de pinos adelante del sitio donde se curvaba el camino, era el

bosquecillo donde había ido a parar el Scout, deshecha la parte delantera alrededor del árbol más grande, en un abrazo distorsionado.
Pero en esta imagen los árboles no mostraban cicatrices del accidente, aunque las señales todavía eran visibles si ibas ahí y mirabas (él lo había hecho, muchas veces). El asombro y el terror se deslizaron silenciosamente en los huesos de Alan cuando se dio cuenta, no sólo por la falta de huellas en los árboles y la curva en el camino, sino por toda la configuración del paisaje y toda la intuición de su corazón, que esta videocinta se había grabado el día que murieron Annie y Todd.
Iba a ver cómo sucedió.
Era imposible, pero era verdad. Iba a ver cómo se estrellaban su esposa y su hijo ante sus propios ajos.
¡Apáguéla!, gritó Brian. ¡Apàguela, él es veneno y vende cosas envenenadas! ¡Apáguela antes de que sea demasiado tarde!
Pero á Alan le era imposible apagarla, tan imposible como le sería interrumpir a voluntad los latidos de su corazón. Estaba congelado, atrapado.
Ahora la cámara se enfocaba en una sacudida hacia lo alto del camino, a la izquierda. Durante un momento, no había nada en él y, en seguida, se vio un parpadeo en la luz del sol. Era el Scout. Se aproximaba el Scout. El Scout se dirigía al pino donde él y las personas en su interior terminarían para siempre. El Scout se acercaba a su punto terminal en la tierra. No iba a gran velocidad; no se movía de modo errático. No había señal de que Annie hubiese perdido el control o estuviese en peligro de perderlo.
Alan se inclinó hacia adelante junto a la zumbante videocasetera, el sudor le escurría gota a gota por las mejillas, la sangre le golpeaba con fuerza en las sienes. Sentía náuseas.
Esto no es real. Es un truco fotográfico. Alguien se lo preparó. No son ellos; lo más probable es que dentro del auto haya una actriz y un joven actor que fingen que son ellos, pero no lo son. No puede ser.
No obstante, sabía que sí eran. ¿Qué otra cosa podrías ver en imágenes transmitidas por una videocasetera a una televisión que no estaba conectada pero funcionaba de todos modos? ¿Qué más, aparte de la verdad?
¡Una mentira!, exclamó la voz de Brian Rusk, pero era distante y podía ignorarse con facilidad. ¡Una mentira, comisario, una mentira! ¡UNA MENTIRA!
Ahora podía ver el número de la matrícula del Scout que se acercaba. 24912 V. El número de matrícula del auto de Annie.
De pronto, detrás del Scout, Alan vio otro parpadeo de luz. Otro auto que se acercaba a toda velocidad, acortando la distancia.
Afuera, el Tin Bridge estalló con ese monstruoso sonido de fogonazo. Alan no miró en esa dirección, ni siquiera oyó. Cada pizca de su concentración estaba fija en la pantalla de la televisión Sony roja, donde Annie y Todd se acercaban al árbol que se interponía entre ellos y el resto de sus vidas.
El auto detrás de ellos corría a ciento diez, ciento veinticinco kilómetros por hora, tal vez. Cuando el Scout se aproximaba a la posición del camarógrafo, el segundo auto, del cual nunca había habido ningún informe, se acercó al Scout. Aparentemente, Annie también lo vio; el Scout aumentó la velocidad, pero no fue suficiente. Y fue demasiado tarde.
El segundo auto era un Dodge Challenger verde limón, levantado en la parte trasera de modo que la nariz apuntaba hacia el camino. A través de los cristales polarizados apenas podía verse la barra antivuelcos que formaba un arco por el techo interior. El extremo trasero estaba cubierto con calcomanías: HEARST, FUELLY, FRAM, QUAKER STATE... Aunque la cinta era silenciosa, Alan casi podía oír las detonaciones y estallidos que emitían los tubos de escape.
-¡Ace! -exclamó en comprensión angustiosa. ¡Ace! ¡Ace Merrill! ¡Venganza! ¡Desde luego! ¿Por qué no había pensado en eso antes?
El Scout pasó frente a la cámara, la cual se movió a la derecha para seguirlo. Hubo un momento en el que Alan pudo ver al interior y sí; era Annie, con la mascada estampada que había usado ese día atada en el cabello, y Todd, con su camiseta de "Viaje a las Estrellas". Todd veía hacia atrás, al auto que los seguía. Annie estaba mirándolo por el espejo retrovisor. Alan no podía verle el rostro, pero su cuerpo se inclinaba tenso hacia adelante en el asiento, estirando el arnés del hombro. Tuvo ese breve y último vislumbre de ellos, su esposa y su hijo, y una parte de él se dio cuenta de que si no había esperanza de cambiar el resultado, no quería verlos en esta forma: no quería ver el terror de sus últimos momentos.
Pero ya no había retroceso.
El Challenger chocó contra el Scout. No fue un golpe duro, pero Annie había acelerado y llevaba la suficiente fuerza. El Scout no pudo tomar la curva y se salió de la carretera hacia el bosquecillo donde lo esperaba el gran pino.
-¡NO! -gritó Alan.
El Scout cayó en la cuneta y salió de ella con el mismo impulso. Se columpió en dos ruedas, recuperó el equilibrio y se estrelló contra el tronco del pino con un crujido silencioso. Una muñeca

de trapo, con una mascada estampada en el cabello, voló a través del parabrisas, golpeó un árbol y rebotó en la maleza.
El Challenger verde limón se detuvo a la orilla de la carretera.
Se abrió la portezuela del conductor.
Ace Merrill bajó del auto.
Miraba hacia las ruinas del Scout, ahora apenas visible por el vapor que escapaba del radiador roto, y se reía.
-¡NO! -gritó Alan de nuevo y empujó la videocasetera por un lado de la vitrina con ambas manas. Pegó en el piso, pero no se rompió, y el cordón coaxial era demasiado largo para soltarse. Por la pantalla de la televisión corría una línea estática, pero eso era todo. Alan pudo ver a Ace cuando volvió a subir a su auto, riendo todavía, y entonces tomó la televisión roja, la levantó sobre su cabeza como si ejecutara una media vuelta y la arrojó contra la pared. Se dio un estallido de luz, un ruido hueco y después nada, excepto el zumbido de la videocasetera con la cinta que todavía corría en el interior. Alan le dio un puntapié y misericordiosamente quedó en silencio.
Mátalo. Vive en Mechanic Falls.
Esta era una nueva voz. Era fría y demente, pero tenía su propia racionalidad despiadada. La voz de Brian Rusk se había ido; ahora sólo estaba esta voz, repitiendo las dos mismas frases una y otra vez.
Mátalo. Vive en Mechanic Falls. Mátalo. Vive en Mechanic Falfs. Mátalo. Mátalo. Mátalo.
AL otro lado-de la calle hubo dos más de esas monstruosas explosiones cuando la barbería y la Agencia Funeraria Samuels volaron casi en el mismo instante, arrojando cristales y escombros ardientes hacia el cielo y la calle. Alan no lo advirtió.
Mátalo. Vive en Mechanic Falls.
Recogió la lata de Tastee-Munch sin darse cuenta, tomándola únicamente porque era algo que había traído consigo cuando entró y, por tanto, debería llevarse consigo al marcharse. Llegó hasta la puerta, restregando la previa estela de huellas en algo incomprensible, y salió de Cosas Necesarias. Las explosiones no significaban nada para él. El mellado agujero ardiente en la fila de edificios en el otro extremo de la calle Main no significaba nada para él. Los fragmentos de madera y cristal y ladrillos en la calle no significaban nada para él. Castle Rock y toda la gente que vivía ahí, incluyendo a Polly Chalmers, no significaban nada para él. Tenía un asunto pendiente en Mechanic Falls, a cincuenta kilómetros de aquí. Eso sí tenía significado. De hecho, significaba todo.
Alan caminó a grandes zancadas hasta el lado del conductor de la camioneta. Lanzó la pistola, la linterna y la lata de nueces al asiento. En su mente ya tenía las manos alrededor de la garganta de Ace Merrill y empezaban a apretarla.
5
-¡ALTO! -gritó Norris otra vez-. ¡NO SE MUEVAN!
Pensaba que esto había sido la chiripa más increíble. Estaba a menos de sesenta metros de la celda en que se proponía encerrar en custodia a Dan Keeton. En cuanto al otro tipo... bueno, eso dependía de lo que hubiesen estado haciendo los dos, ¿verdad? No tenían exactamente la expresión de hombres que han estado atendiendo al enfermo y consolando al afligido.
El oficial Price miró de Norris a los hombres de pie junto al anticuado letrero que decía TRIBUNAL DE JUSTICIA DEL CONDADO DE CASTLE. Volvió la mirada a Norris. Ace y el papá de Zippy se miraron el uno al otro. En seguida, ambos hombres llevaron las manos hacia las cachas de las pistolas que sobresalían de las pretinas de sus pantalones..
Norris había apuntado el cañón del revólver hacia el cielo, como se le había enseñado que debía actuarse en estas situaciones. Ahora, todavía de acuerdo con el procedimiento, aferró la muñeca derecha con el puño izquierdo y niveló el revólver. Si los manuales estaban en lo cierto, no se darían cuenta de que la boca apuntaba directamente entre ellos; cada uno pensaría que Norris le apuntaba a él.
-Retiren las manos de las armas, amigos. ¡Ahora mismo!
Buster y su acompañante intercambiaron otra mirada y bajaron las manos a los costados.
Norris lanzó un vistazo hacia el oficial de la policía del estado.
-Tú -dijo-(Price, ¿me quieres ayudar un poco aquí? Es decir, si no estás demasiado cansado.
-¿Qué estás haciendo? -preguntó Price. Se le oía preocupado y renuente a intervenir en ese asunto. Las actividades de la noche, con la martilleante demolición del puente como remate, lo habían reducido a una condición de mero espectador. Aparentemente, se sentía incómodo ante la idea de volver a asumir un papel más activo. Los sucesos habían sido demasiado sensacionales y demasiado rápidos.
-Estoy deteniendo a este par de vagos -respondió Norris con rudeza-. ¿Qué diablos crees que estoy haciendo?
-Detén esto, compadre -dijo Ace, y le hizo una seña obscena a Norris. Buster emitió una alta risa tirolesa.
Price los miró nervioso y después volvió la vista intranquila a Norris.
-Uh... ¿de qué los acusas?

El amigo de Buster se rió.
Norris dirigió toda la atención a los dos hombres y se alarmó al ver que habían cambiado sus posiciones en relación uno con otro. Cuando les había apuntado, habían estado casi hombro con hombro. Ahora estaban separados casi metro y medio, y seguían deslizándose.
-¡No se muevan! -rugió. Los hombres quedaron quietos e intercambiaron otra mirada-. ¡Colóquense juntos!
Ellos sólo se quedaron quietos bajo la lluvia torrencial, las manos balanceándose, mirándolo fijamente.
-¡Los estoy deteniendo con el cargo de posesión de armas ilegales para empezar! -le gritó furioso al oficial Joe Price-. ¡Ahora sácate el pulgar del culo y ayúdame!
Esto puso en movimiento a Price. Trató de sacar su propio revólver de la funda, descubrió que tenía puesto el broche de seguridad y empezó a manipularlo con torpeza. Todavía estaba trajinando con el broche cuando estallaron la barbería y la agencia funeraria.
Buster, Norris y el oficial Price miraron calle arriba. Ace no. Había estado esperando este momento dorado. Sacó la automática del cinturón con la velocidad de un pistolero del oeste y disparó. La bala hirió a Norris en la parte alta del hombro izquierdo, le perforó el pulmón y le destrozó la clavícula. Norris había dado un paso hacia adelante de la pared de ladrillo cuando observó que se separaban los hombres; ahora el impacto lo lanzó contra ella de nuevo. Ace disparó otra vez, desportillando un cráter en el ladrillo a dos centímetros de la oreja de Norris. El rebote produjo un sonido como de un insecto muy grande, muy enojado.
-¡Oh, Cristo! -exclamó el oficial Price y empezó a afanarse con más vehemencia en la liberación del broche de seguridad sobre la cacha de su revólver.
-¡Quémate a ese tipo, papá! -vociferó Ace. Estaba sonriendo. Disparó a Norris de nuevo, y la tercera bala penetró en un ardiente surco por el costado izquierdo del delgado asistente mientras caía de rodillas. El relámpago centelleó en lo alto. De modo increíble, Norris todavía podía oír en la calle el repique de ladrillos y madera de las últimas explosiones.
Por fin, después de tanto tiempo, el oficial Price logró soltar la correa sobre el revólver. En el momento en que lo sacaba, una bala de la automática que sostenía Keeton le arrancó la cabeza desde las cejas. Price salió despedido de las botas y cayó contra la pared de ladrillo del callejón.
Norris levantó una vez más el revólver. Parecía que pesaba cincuenta kilos. Sosteniéndolo aún con ambas manos, apuntó a Keeton. Buster era un blanco más claro que su amigo. Y lo que era más importante, Buster acababa de matar a un policía y, definitivamente, esa mierda no tenía cabida en Castle Rock. Serían palurdos, tal vez, pero no bárbaros. Norris tiró del gatillo en el mismo instante en que Ace apuntaba para volver a disparar.
La reculada del revólver mandó volando a Norris hacia atrás. La bala de Ace zumbó a través del aire donde medio segundo antes había estado su cabeza. Buster Keeton también se desplomó de espaldas, con las manos apretadas en el vientre. La sangre brotaba entre sus dedos.
Norris yacía contra la pared de ladrillo, cerca del oficial Price, jadeando severamente, con una mano oprimida contra el hombro herido. Cristo, éste ha sido un día realmente horrible, pensó.
Ace dirigió la automática hacia Norris, después cambió de idea, al menos por el momento. Se acercó a Buster y se inclinó, apoyándose en una rodilla junto a él. Al norte, el banco estalló, en un rugido de fuego y granito pulverizado. Ace ni siquiera miró en esa dirección. Retiró las manos del viejo papá para ver mejor la herida. Lamentaba que hubiera ocurrido esto. Empezaba a simpatizarle el viejo papá.
Buster gritó.
-¡Oh, duele! ¡Oh, duele!
Ace no lo dudaba. El viejo papá había recibido una bala calibre .45 justo encima del ombligo. El orificio de entrada era del tamaño del ojo de una cerradura. Ace no necesitaba verle la espalda para saber que el agujero de salida sería del tamaño de una taza de café, del cual probablemente sobresalían trozos de la columna del viejo papá, como bastones de caramelo sangrientos.
-¡Duele! ¡DUELE! -gritó Buster en la lluvia.
-Sí -Ace colocó la boca de la pistola en la sien de Buster-. Mala suerte, papá. Te voy a dar algo que quita el dolor.
Tiró del gatillo tres veces. El cuerpo de Buster saltó y luego se quedó inmóvil.
Ace se puso de pie, con la intención de terminar con el maldito asistente, si todavía quedaba algo que terminar, cuando se oyó el rugido de una pistola y una bala silbó sobre su cabeza. Ace levantó la vista y vio a otro policía en la puerta de la oficina del comisario que daba al lote del estacionamiento. Éste se veía más viejo que Dios. Con una mano le disparaba a Ace y mantenía la otra oprimida contra el pecho, sobre el corazón.
El segundo intento de Seat Thomas surcó por la tierra justo a un lado de Ace, salpicando con agua lodosa las puntas de sus botas de ingeniero. El viejo ratonero no tenía idea de lo que era disparar, pero, de pronto, Ace comprendió que tenía que irse cuanto antes, de cualquier modo. En el tribunal de justicia habían colocado suficiente dinamita para volar todo el edificio hasta los cielos, habían

fijado el reloj en cinco minutos y aquí estaba él, casi recargado en la pared del edificio, mientras el jodido Matusalén le lanzaba tiros al azar.
Deja que la dinamita se ocupe de ambos.
Era hora de ir a ver al señor Gaunt.
Ace dio media vuelta y echó a correr por la calle. El viejo asistente disparó de nuevo, pero éste ni siquiera le llegó cerca. Ace corrió a la parte posterior de la camioneta amarilla, pero no hizo ningún intento por subirse a ella. El Chevrolet Celebrity estaba estacionado en Cosas Necesarias. Sería un vehículo excelente para escaparse. Pero primero, se proponía encontrar al señor Gaunt para que le pagara. Con seguridad, tendría exceso de cierta cosa y el señor Gaunt se la daría, con seguridad.
Además, tenía que encontrar a un comisario ladrón.
-La venganza es dulce -murmuró Ace, y corrió por la calle Main hacia Cosas Necesarias.
6
Frank Jewett estaba de pie en la escalinata del tribunal de justicia cuando vio por fin al hombre que había estado buscando. Frank llevaba un buen rato ahí y no le interesaban mucho las cosas que ocurrían esta noche en Castle Rock. Ni los gritos e improperios que provenían de Castle Hill, ni Danforth Keeton y un envejecido ángel del infierno que había bajado corriendo los escalones del tribunal de justicia hacía apenas cinco minutos, ni las explosiones, ni el más reciente tamborilea de disparos, esta vez justo a la vuelta de la esquina, en el lote de estacionamiento anexo a la oficina del comisario. Frank tenía asuntos más importantes en qué ocuparse. Frank se mantenía en un estado de alerta personal, en busca de su excelente "amigo" George T. Nelson.
¡Y maravilla! ¡Por fin! ¡Ahí estaba George T. Nelson, en carne y hueso, deambulando por la acera bajo los escalones del tribunal de justicia! Excepto por la pistola automática que George T. Nelson llevaba metida en la pretina de los pantalones de poliéster Sans A-Belt (y el hecho de que la lluvia era de todos los diablos), el hombre podría estar en camino a un día de campo.
Ahí, bajo la lluvia, monsieur George T. Hijo de Puta Nelson se paseaba tranquilamente, como si la vida fuese color de rosa. ¿Y qué decía la nota que había encontrado Frank en su oficina? Oh, sí: Recuerda, $2,000 en mi casa a las 7:15 a más tardar o desearás haber nacido castrado. Frank miró su reloj, vio que la hora se acercaba más a las ocho que a las 7:15 y decidió que no tenía importancia.
Levantó la Llama española de George T. Nelson y la apuntó a la cabeza del profesor de taller hijo de puta que había causado todo este problema.
-¡NELSON! -gritó-. ¡GEORGE NELSON! ¡DATE VUELTA Y MÍRAME, MALDITO!
George T. Nelson giró de inmediato. Bajó la mano hacia la cacha de la automática y detuvo el movimiento cuando vio que estaba cubierto. Colocó las manos en las caderas y miró con ojos de miope hacia lo alto de la escalinata del tribunal de justicia donde estaba Frank Jewett, con el agua escurriendo por la nariz, la barbilla y la boca de la pistola robada.
-¿Me vas a disparar? -preguntó George T. Nelson.
-¡Puedes apostar a que sí! -gruñó Frank.
-¿Me vas a matar como a un perro, eh?
-¿Por qué no? ¡Es lo que mereces!
Frank vio sorprendido que George T. Nelson sonreía y asentía con movimientos de la cabeza.
-Bien -dijo-, era de esperarse de un bastardo cobarde que allana la casa de un amigo y mata a un inofensivo pajarito. Exactamente lo que esperaría de ti. Adelante, gallina cuatro ojos. Dispara y termina de una vez.
El trueno aulló en lo alto, pero Frank no lo oyó. El banco explotó diez segundos después y apenas se dio cuenta de eso. Estaba demasiado absorto luchando con la rabia... y el asombro. El asombro ante las agallas, las osadas y temerarias agallas de monsieur George T. Hijo de Puta Nelson.
Frank logró por fin soltar el candado que le trababa la lengua.
-¡Maté al pájaro, correcto! ¡Me cagué en la estúpida fotografía de tu madre, correcto de nuevo! ¿Y tú qué hiciste, George, aparte de asegurarte de que perdería mi empleo y nunca volvería a practicar la enseñanza en mi vida? ¡Dios, tendré suerte si no acabo en la cárcel! -en un súbito y oscuro destello de comprensión vio la injusticia de todo eso; era como frotarse vinagre en un raspón en carne viva-. Si necesitabas el dinero, ¿por qué no me lo pediste directamente? ¿Por qué no me lo pediste con toda franqueza? ¡Podríamos haber encontrado alguna solución, estúpido bastardo!
-¡No sé de qué hablas! -gritó en respuesta George T. Nelson-.
¡Todo lo que sé es que eres muy valiente para matar periquitos diminutos, pero no tienes suficientes cojones para una pelea limpia!
-¿No sabes... no sabes de qué hablo? -balbuceó Frank. La boca de la Llama se agitaba violentamente de un lado a otro. No podía creer las agallas del hombre bajo él en la acera; no podía creerlo, sencillamente. Ahí estaba, con un pie en el pavimento y el otro en la eternidad, casi de hecho, y seguía mintiendo con toda tranquilidad...
-¡No! ¡No lo sé! ¡No tengo la menor idea!
La ira, ya desbordada, provocó en Frank Jewett una respuesta infantil regresiva ante una negativa tan descarada e indignante.

-¡Mientes, mientes, con todos los dientes!
-¡Cobarde! -respondió de inmediato George T. Nelson-. ¡Bebito cobarde! ¡Asesino de periquitos!
-¡Chantajista!
-¡Demente! ¡Guarda esa pistola, demente! ¡Pelea limpio!
Frank le sonrió.
-¿Limpio? ¿Pelea limpia? ¿Qué sabes tú de peleas limpias?
George T. Nelson levantó las manos vacías y agitó los dedos.
-Parece que más que tú.
Frank abrió la boca para responder, pero no salió nada. Había quedado temporalmente mudo ante las manos vacías de George T. Nelson.
-Vamos -dijo George T. Nelson-. Guárdala. Peleemos como en las películas del oeste, Frank. Si es que tienes bien puestos los pantalones, quiero decir. El hombre más rápido será quien gane.
Frank pensó: Bien, ¿por qué no? ¿Por qué diablos no?
De cualquier modo, no tenía ningún otro aliciente para seguir viviendo y, aunque no hiciera más que esto, por lo menos le demostraría a su viejo "amigo" que no era un cobarde.
-De acuerdo -dijo, e introdujo la Llama en la pretina de los pantalones. Extendió las manos al frente, rondando cerca de la cacha de la pistola-. ¿Cómo quieres que lo hagamos, GeorgiePorgie?
George T. Nelson estaba sonriendo.
-Tú empiezas a bajar -dijo-. Yo empiezo a subir. La próxima vez que el trueno...
-Está bien -dijo Frank-. Estupendo. Hagámoslo.
Frank empezó a bajar las escaleras. Y Gerge T. Nelson inició el ascenso.
7
Polly acababa de ver el toldo verde de Cosas Necesarias delante de ella cuando explotaron la agencia funeraria y la barbería. Fueron enormes el destello de luz y el rugido del sonido. Vio que del centro de la explosión salían disparados fragmentos de toda clase, como asteroides en una película de ciencia-ficción, y se agachó instintivamente sobre el asiento. Fue conveniente que lo hiciera; varios trozos de madera y la palanca de acero inoxidable del lateral de la Silla No. 2, la silla de Henry Gendron, destrozaron el parabrisas de su Toyota. La palanca produjo un extraño zumbido voraz cuando atravesó el auto y salió por la ventanilla posterior. Los cristales rotos susurraron en el aire en una nube chisporroteante, cada vez más extensa.
El Toyota, sin conductor para guiarlo, chocó contra el bordillo de la acera, pegó contra un hidrante para incendios y se detuvo.
Polly se incorporó, parpadeando, y miró hacia afuera a través del agujero en el parabrisas. Vio que alguien salía de Cosas Necesarias y se dirigía hacia uno de los tres autos estacionados frente
a la tienda. En la brillante luz del fuego al otro lado de la calle, reconoció a Alan fácilmente.
-¡Alan! -lo llamó a gritos, pero Alan no se dio vuelta. Se movía con un propósito fijo, como un robot.
Polly abrió la portezuela del auto y corrió hacia él, gritando su nombre una y otra vez. Desde calle abajo, llegó el rápido repique
teo de disparos. Alan no se volvió en esa dirección ni miró a la conflagración que, sólo momentos antes, había sido la agencia fu
neraria y la barbería. Parecía estar completamente concentrado en su propio curso interior de acción y Polly comprendió, de pronto,
que había llegado demasiado tarde. Leland Gaunt lo había atrapado. Había comprado algo, después de todo, y si no lograba llegar hasta su auto antes de que acometiera cualquier empresa destinada a la que lo hubiese enviado Gaunt, se iría sencillamente... y sólo Dios sabía lo que podría pasar entonces.
Corrió más rápido.
8
-Ayúdame -le dijo Norris a Seaton Thomas, y pasó un brazo alrededor del cuello de Seat. Con gran esfuerzo, y tambaleándose, logró ponerse de pie.
-Creo que lo herí en un brazo -dijo Seaton. Estaba jadeando, pero le había vuelto el color.
-Bien -exclamó Norris. El hombro le ardía como fuego... y el dolor parecía hundirse cada vez más hondo en su carne, como si buscara el corazón-. Ahora, sólo ayúdame.
-Te pondrás bien -lo calmó Seaton. En su angustia por Norris, Seat había olvidado el temor de que estaba a punto, en sus propias palabras, de derrumbarse con un ataque al corazón-. Tan pronto como te lleve adentro...
-No,-dijo Norris con voz entrecortada-. La patrulla.
-¿Qué?
Norris volvió la cabeza y miró a Thomas con ojos frenéticos, llenos de dolor.
-¡Llévame a mi patrulla! ¡Tengo que ir a Cosas Necesarias!
Sí. En el momento en que las palabras salieron de su boca, todo pareció encajar en su lugar. En Cosas Necesarias había comprado la caña de pescar Bazun. En esa dirección había corrido el

hombre que le disparó. Cosas Necesarias era el sitio donde había empezado todo. En Cosas Necesarias debía terminar todo.
La Galaxia estalló, inundando la calle Main con nuevo resplandor. Una máquina Doble Dragón surgió de entre las ruinas, dio dos vueltas en el aire y aterrizó boca abajo en la calle con un crujido.
-Norris, te han disparado...
-¡Claro que me han disparado! -gritó Norris. Un espumarajo sangriento salió de sus labios-. ¡Ahora llévame a la patrulla!
-Es una mala idea, Norris...
-No, no lo es -dijo Norris inflexible. Volvió la cabeza y escupió sangre-. Es la única idea. Anda, vamos. Ayúdame.
Seat Thomas empezó a llevarlo hacia la Unidad 2.
9
Si Alan no hubiese mirado por el espejo retrovisor antes de salir en reversa a la calle, habría atropellado a Polly, completando la noche aplastando a la mujer que amaba bajo las ruedas traseras de la vieja camioneta. No la reconoció; no era más que una figura detrás del auto, una figura de mujer esbozada contra la caldera de llamas en el otro lado de la calle. Apretó los frenos y un momento después Polly daba de golpes en la ventanilla.
Alan empezó a retroceder de nuevo, ignorándola. Esta noche no tenía tiempo para los problemas del pueblo, le bastaba con los suyos. Que se destrozaran unos a los otros, como estúpidos animales, si eso era lo que querían. Él iba a Mechanic Falls. Iba a matar al hombre que había asesinado a su esposa y a su hijo en venganza por una insignificante condena de cuatro años en el Shank.
Polly se afianzó de la manija de la portezuela y el movimiento del auto medio la empujó, medio la remolcó hacia la calle regada con escombros. Golpeó el botón debajo de la manija, la mano estremecida de dolor, y se abrió la portezuela, con ella aferrada desesperadamente, arrastrando los pies, mientras Alan daba la vuelta en reversa. La parte delantera de la camioneta apuntaba hacia la calle Main. En su dolor y rabia, Alan se había olvidado por completo de que ya no existía ningún puente que cruzar en ese camino.
-¡Alan! -gritó Polly-. ¡Alan, párate!
Alan oyó estas palabras. Las oyó en alguna forma, a pesar de la lluvia, el trueno, el viento y el pesado, pesado, crepitar del fuego. A pesar de su compulsión.
Alan la miró y Polly sintió que se le rompía el corazón cuando vio la expresión en sus ojos. Alan tenía la apariencia de un hombre que flota en el centro de una pesadilla.
-¿Polly? -preguntó distante.
-¡Atan, tienes que detenerte!
Quería soltar la manija, el dolor torturaba sus manos, pero temía que al hacerlo Alan se limitara a alejarse y la dejara ahí en medio de la calle Main.
No... no lo temía; sabía que lo haría.
-Polly, tengo que irme. Siento que estés enojada conmigo, que pienses que hice algo, pero ya lo arreglaremos. Es indispensable que me vaya...
-Ya no estoy enojada contigo, Alan. Sé que no fuiste tú. Fue él quien nos contrapuso uno con otro, como lo ha hecho con casi todos los demás en Castle Rock. Porque eso es lo que hace. ¿Me entiendes, Alan? ¿Me estás escuchando? ¡Eso es lo que él hace! ¡Detente! ¡Apaga el condenado motor y escúchame!
-Tengo que irme, Polly -dijo Alan. Su propia voz le parecía que llegaba de muy lejos. Por la radio, tal vez-. Pero volee...
-¡No lo harás! -gritó. De pronto, estaba furiosa con él, furiosa con todos ellos, todos esos seres codiciosos, atemorizados, coléricos, ávidos, ella misma incluida-. ¡No lo harás, porque si te vas ahora ya no habrá un maldito lugar al cual puedas regresar!
En eso estalló el salón de juegos de vídeo. Los escombros volaron alrededor del auto de Alan, estacionado en medio de la calle Main. Alan extendió la hábil mano derecha, recogió la lata de Tastee-Munch, como en busca de apoyo, y la sostuvo en el regazo.
Polly no prestó atención a la explosión; fijó en Alan los ojos oscuros, llenos de dolor.
-Polly...
-¡Mira! -exclamó de pronto y se desgarró el frente de la blusa. El agua de lluvia golpeó la turgencia de sus senos y brilló en el hueco de su garganta-. ¡Mira, me lo quité... el amuleto! ¡Ya no lo tengo! ¡Ahora quítate el tuyo, Alan! ¡Si eres hombre, quítate el tuyo!
La profundidad de la pesadilla que lo apresaba, la pesadilla que el señor Gaunt había tejido alrededor de él como un capullo venenoso, dificultaba que Alan entendiera lo que le decía Polly... y en un súbito destello de percepción, Polly comprendió cuál era esa pesadilla. Lo que debía de ser.
-¿Te dijo lo que les sucedió a Annie y Todd? -le preguntó con dulzura.
La cabeza de Alan respingó hacia atrás, como si Polly lo hubiese abofeteado, y ella supo que había dado en el blanco.

-Por supuesto que lo hizo. ¿Cuál es la única cosa en el mundo, la cosa inútil, que quieres con tanta intensidad que la confundes con la necesidad de tenerla? Ése es tu amuleto, Alan, eso es lo que colocó alrededor de tu cuello.
Polly soltó la manija del auto y metió ambos brazos en el auto. El brillo de la luz del techo cayó sobre ellos. La carne tenía un color rojo oscuro, como de víscera. Los brazos estaban tan hinchados que los codos se estaban convirtiendo en hoyuelos congestionados.
-Dentro del mío había una araña -dijo en un tono suave-. Una horrible araña que se arrastró hasta el caño del desagüe. Abrí el grifo del agua y se acabó la araña. No era más que una pequeña araña. Pero creció. Se alimentó y creció con mi dolor. Eso fue lo que hice antes de matarla y recuperar mi dolor. Deseaba tanto que desapareciera el dolor, Alan. Eso era lo que quería, pero no necesitaba que desapareciera. Puedo amarte y puedo amar la vida y soportar el dolor al mismo tiempo. Creo que el dolor podría darle un aspecto más positivo al descanso, igual que una buena montadura hace que un diamante se vea mejor.
-Polly...
-Desde luego que me envenenó -continuó pensativa-, y creo que el veneno podría ser mortal, si no me atiendo pronto. ¿Pero por qué no? Es justo. Duro, pero justo. Cuando compré el amuleto, compré el veneno. La semana pasada se vendió un buen número de amuletos en esa repugnante tienda. El maldito trabaja muy rápido, tengo que admitirlo. Una horrible araña que se arrastró hasta el caño. Eso estaba dentro del mío. ¿Qué hay en el tuyo? ¿Annie y Todd, verdad? ¿No es cierto?
-¡Polly, Ace Merrill asesinó a mi esposa! ¡Asesinó a Todd! Él...
-¡No! -gritó Polly angustiada, y le puso las manos pulsantes a los lados del rostro-. ¡Escúchame! ¡Entiéndeme! Alan, no se trata nada más de tu vida, ¿no lo ves? ¡Te obliga a que vuelvas a comprar tu propia enfermedad y hace que pagues el doble! ¿No lo entiendes todavía? ¿No lo comprendes?
Alan miró fijamente, con la boca entreabierta... y en eso, lentamente, cerró la boca. Una súbita expresión de sorpresa intrigada apareció en su rostro.
-Espera -dijo-. Algo estaba mal. Algo estaba mal en la cinta que me dejó. No puedo concre...
-¡Sí puedes, Alan! ¡Sea lo que sea que te vendió ese bastardo, está mal! Igual que estaba mal el nombre en la carta que me envió.
Ahora sí la estaba escuchando realmente.
-¿Cuál carta?
-Eso no es importante ahora, ya te lo diré más tarde, si hay un más tarde. El punto es que se excedió. Creo que siempre se excede. Está tan lleno de orgullo que no explota por milagro. Alan, por favor, trata de comprender: Annie está muerta. Todd está muerto, y si sales a perseguir a Ace Merrill mientras el fuego está destruyendo el pueblo alrededor de tus orejas...
Una mano apareció sobre el hombro de Polly. Un antebrazo se cruzó sobre su cuello y tiró de ella hacia atrás con rudeza. De pronto, Ace Merrill estaba detrás de Polly, sujetándola, mientras le apuntaba con una pistola y le sonreía a Alan sobre su hombro.
-Hablando del rey de Roma, dama -dijo Ace, y en lo alto...
10
... el trueno rugió a través del cielo.
Frank Jewett y su buen viejo "amigo" George T. Nelson se habían estado enfrentando uno al otro en los escalones del tribunal de justicia como un par de extraños pistoleros con gafas durante casi cuatro minutos, los nervios tan tensos como cuerdas de violín afinadas hasta la octava más remota.
-¡Yig! -dijo Frank. Su mano se apresuró a sacar la pistola automática metida en la pretina de los pantalones.
-¡Auk! -gritó George T. Nelson, y sacó la suya.
Extrajeron las pistolas con idénticas sonrisas febriles, sonrisas que se veían como grandes gritos sin sonido, y las empuñaron. Los dedos oprimieron el gatillo. Los dos estampidos se coordinaron tan perfectamente que sonaron como uno. Un relámpago centelleó cuando volaron las dos balas... y se rozaron una con otra en medio vuelo, desviándose lo suficiente para que se frustrara lo que habría sido un par de tiros a quemarropa.
Frank Jewett sintió un bufido de aire junto a la sien izquierda.
George T. Nelson sintió un piquete en el lado derecho del cuello.
Se miraron incrédulos el uno al otro por encima de las pistolas humeantes.
-¿Uh? -dijo George T. Nelson.
-¿Qué? -exclamó Frank Jewett.
Ambos mostraban idénticas sonrisas de incredulidad. George T. Nelson subió titubeante un escalón hacia Frank; Frank bajó titubeante un escalón hacia George. En un momento o dos, podrían haberse abrazado, la disputa empequeñecida con esos dos pequeños soplos de eternidad... pero en eso estalló el Palacio Municipal con un rugido que pareció dividir el mundo en dos y ambos se vaporizaron en el sitio en que estaban.
11

Esa explosión final superó a todas las demás. En el Palacio Municipal, Ace y Buster habían plantado cuarenta cartuchos de dinamita en dos grupos de veinte. Una de estas bombas se había colocado en la silla del juez en el tribunal. Buster había insistido en que dejaran la otra en el escritorio de Amanda Williams en el Ala de los Concejales.
-Como sea, las mujeres no tienen nada que hacer en la política -le explicó a Ace.
El sonido de la explosión fue demoledor, y en unós instantes todas las ventanas del edificio más grande del pueblo se llenaron con una luz sobrenatural naranja violácea. Después el fuego arremetió a través de las ventanas, a través de las puertas, a través de los orificios y rejillas, como musculosos brazos despiadados. El tejado color pizarra se elevó intacto, como una extraña nave espacial en forma de caballete, subió sobre un cojín de fuego, y después se destrozó en cien mil fragmentos.
En el siguiente instante, el edificio mismo estalló en todas direcciones, convirtiendo la parte baja de la calle Main en una granizada de ladrillo y cristal, donde no podría sobrevivir ningún ser vivo de mayor tamaño que una cucaracha. En el estallido murieron diecinueve hombres y mujeres, cinco de los cuales eran periodistas que habían venido a cubrir la escalada de hechos misteriosos y, en vez de eso, se convirtieron en parte de la historia.
Los autos de la policía estatal y los vehículos de los reporteros salieron despedidos por los aires como juguetes Corgi. La camioneta amarilla que el señor Gaunt les había proporcionado a Buster y Ace circuló serenamente por la calle Main a casi tres metros sobre la tierra, las ruedas giraron, en tanto las portezuelas posteriores colgaban de las bisagras destrozadas y por detrás caían herramientas y relojes automáticos. Una corriente huracanada la inclinó a la izquierda y se estrelló en la fachada de la oficina de la Agencia de Seguros Dostie, apilando máquinas de escribir y archiveros ante su magullada parrilla.
Un estremecimiento como un terremoto sacudió la tierra. En todo el pueblo se despedazaron las ventanas. Las veletas, las cuales habían estado apuntando persistentes hacia el noreste en el viento dominante de la tormenta (ésta ahora empezaba a menguar, como si estuviese avergonzada por la aparición de esta manifestación), empezaron a girar disparatadas. Varias se desprendieron de sus ejes y al día siguiente se encontraría una de ellas enterrada profundamente en la puerta de la iglesia bautista, como la flecha de un indio merodeador.
En la avenida Castle, donde la suerte de la batalla se inclinaba decisivamente en favor de los católicos, se detuvo la pelea. Henry Payton, de pie junto a la patrulla, el revólver colgando a la altura de la rodilla derecha, miró hacia la bola de fuego en el sur. La sangre goteaba por sus mejillas como lágrimas. El reverendo Rose se incorporó, vio el monstruoso resplandor en el horizonte y empezó a sospechar que había llegado el fin del mundo y que lo que veía era la diosa Artemisa. El padre Brigham se tambaleó hacia él en curvas y bamboleos de ebrio. Tenía la nariz seriamente desviada hacia la izquierda y la boca era una masa de sangre. Consideró la opción de colocar la cabeza del reverendo Rose como una pelota de futbol, pero lo ayudó a ponerse de pie.
En Castle View, Andy Clutterbuck ni siquiera miró hacia arriba. Estaba sentado en el escalón del frente de la casa de los Potter, llorando y acunando en los brazos a su esposa muerta. Aún estaba a dos años de distancia de la zambullida en estado de ebriedad a través del hielo del lago Castle que le costaría la vida, pero estaba al final del último día sobrio de su existencia.
En la avenida Dell, Sally Ratcliffe estaba en el clóset de su dormitorio, con un pequeño ejército de insectos que descendía zigzagueante, en una fila de conga, por la costura de su vestido. Se había enterado de lo que había pasado a Lester, comprendió que ella era en cierta forma la culpable (o creyó que lo comprendía, lo que al final se redujo a lo mismo) y se había ahorcado con el cinturón de su bata de toalla. Una de las manos la tenía metida en el bolsillo del vestido. Apretada en esa mano estaba una astilla de madera. Una astilla de madera oscurecida por los años y esponjosa con la putrefacción. La plaga de cochinillas de madera que la invadía se alejaba en busca de un hogar más nuevo y más estable. Llegaron al borde del vestido de Sally y empezaron a descender hacia el piso por una pierna inerte.
Los ladrillos zumbaban por el aire, dando a los edificios que estaban a cierta distancia del punto crítico de la explosión la apariencia de haber sido blanco de una cortina de fuego de artillería. Los más cercanos parecían ralladores de queso o se derrumbaban por completo.
La noche rugía como un león con una lanza envenenada en la garganta.
12
Seat Thomas, quien conducía la patrulla que Norris Ridgewick había insistido que tomaran, sintió que la parte posterior del auto se elevaba suavemente, como si la alzase la mano de un gigante. Un momento después, el vehículo quedó sumergido bajo una tormenta de ladrillos. Dos o tres perforaron el portaequipaje. Uno rebotó en el techo. Otro aterrizó en la capota en una rociada de polvo de ladrillo del color de sangre vieja y se deslizó, por el frente.
-¡Jesús, Norris, todo el pueblo está explotando! -gritó Seat con voz estridente.
-Limítate a conducir -replicó Norris. Se sentía como si estuviese ardiendo; el sudor resaltaba en grandes gotas en el rostro rosado y encendido. Sospechaba que Ace no lo había herido de muerte, que sólo lo había rozado ambas veces, pero aún así había algo que estaba terriblemente mal. Sentía

que la debilidad le taladraba la carne y su vista no desistía del empeño de nublarse. Se aferró inexorable al estado consciente. Entre más se elevaba su fiebre, más cierto estaba de que Alan lo necesitaba y que, si tenía suerte y era valiente, todavía podría expiar su responsabilidad en los terribles sucesos que había provocado cuando destrozó los neumáticos de Hugh.
Delante de él vio un pequeño grupo de figuras en la calle, cerca del toldo verde de Cosas Necesarias. La columna de fuego que surgía de las ruinas del Palacio Municipal iluminaba las figuras en un cuadro, como actores en un escenario. Pudo ver la camioneta de Alan, y a Alan mismo que bajaba de ella. Lo encaraba un hombre con una pistola, la espalda vuelta hacia la patrulla en que se acercaban Norris Ridgewick y Seaton Thomas. El hombre sostenía a una mujer frente a él, como un escudo. Norris no podía ver a la mujer lo suficiente para distinguir quién era, pero el hombre que la tenía apresada como rehén llevaba los restos de una camiseta Harley-Davidson hecha jirones. Era el hombre que había tratado de matar a Norris en el Palacio Municipal, el hombre que le había volado los sesos a Buster Keeton. Aunque nunca lo había conocido, Norris estaba seguro de que se había enredado con el chico malo dei pueblo, Ace Merrill.
-¡Santos cielos, Norris! ¡Ahí está Alan! ¡Qué está pasando ahora!
Quienquiera que sea el sujeto, no puede oír que nos acercamos, pensó Norris. No con todo el demás ruido. Si Alan no mira hacia acá, si no advierte al saco de mierda...
El revólver de servicio de Norris descansaba en su regazo. Bajó el cristal de la ventanilla del lado del pasajero y levantó la pistola. ¿Pesaba antes cincuenta kilos? Ahora pesaba por lo menos dos veces más.
-Conduce despacio, Seat, tan despacio como puedas. Y cuando te dé un golpecito con el pie, detén el auto. En seguida. No te molestes en pensar dos veces lo que vas a hacer.
-¡Con el pie! ¿Qué quieres decir con el pie...?
-Cállate, Seat -dijo Norris con una amabilidad cansada-. Sólo recuerda mis palabras.
Norris se dio vuelta de lado, sacó la cabeza y los hombros por la ventanilla y se agarró de la barra que sostenía las torretas de la patrulla. Laboriosa y lentamente, tiró de sí mismo hacia arriba y hacia afuera hasta que quedó sentado en la ventanilla. El hombro aullaba de dolor y la camisa se empezó a empapar con sangre fresca.
Ahora estaban a menos de treinta metros de las tres personas de pie en la calle, y a lo largo del techo podía apuntar directamente al hombre que sostenía a la mujer. No podía dispara, no todavía, al menos, porque era probable que también le pegara a ella. Pero si se movía alguno de los dos...
Era lo más cerca que Norris se atrevía a llegar. Dio un golpecito con el pie en la pierna de Seat. Seat detuvo pausadamente la patrulla en la calle llena de ladrillos y escombros.
Muévanse, oró Norris. Por favor, que se mueva uno de los dos. No me importa cuál, y sólo tiene que ser un poco, pero, por favor, que se muevan.
No se dio cuenta de que se abría la puerta de Cosas Necesarias; su concentración estaba demasiado intensamente enfocada en el hombre con la pistola y el rehén. Tampoco observó que el señor Gaunt salía de la tienda y se paraba debajo del toldo verde.
13
-¡Ese dinero era mío, maldito! -le gritó Ace a Alan-, ¡y si quieres que te devuelva a esta golfa con todo el equipo original, más vale que me digas qué diablos hiciste con él!
Alan bajó de la camioneta.
-Ace, no sé de qué estás hablando.
-¡Respuesta equivocada! -vociferó Ace-. ¡Sabes perfectamente de qué estoy hablando! ¡Del dinero de Pop! ¡En las latas! ¡Si quieres a la golfa, dime qué hiciste con él! ¡Esta oferta es buena por tiempo limitado, malnacido!
Con el rabillo del ojo, Alan captó un movimiento cerca de ellos en la calle Main. Era una patrulla, y pensó que era una unidad del condado, pero no se atrevió a mirarla con más atención. Ace mataría a Polly si se daba cuenta de que lo estaban cazando. Lo haría en un abrir y cerrar de ojos.
Por tanto, fijó la vista en el rostro de Polly. Los ojos oscuros dé Polly estaban fatigados y llenos de dolor... pero no tenía miedo.
Alan sintió que recuperaba la cordura. Era un elemento extraño, la cordura. Cuando te la quitaban, no te dabas cuenta. No sentías su partida. Sólo la reconocías cuando la recobrabas, como un raro pájaro silvestre que vivía y cantaba dentro de ti por elección, no por decreto.
-Cometió un error -le dijo en voz baja a Polly-. Gaunt cometió un error en la cinta.
-¿De qué carajos estás hablando? -la voz de Ace era irregular, llena de cocaína., Enterró la boca de la automática en la sien de Polly.
De todos ellos, sólo Alan vio que se abría con sigilo la puerta de Cosas Necesarias, y no lo habría visto si no hubiese apartado tan rigurosamente la vista de la patrulla que se deslizaba por la calle. Sólo Alan advirtió, como un espectro, en el mismo extremo de la visión, la figura alta que salió, una figura que no estaba vestida con una chaqueta deportiva o una bata corta, sino con un abrigo negro de paño.
Un abrigo de viaje.

El señor Gaunt sostenía en una mano una anticuada valija, la clase en que un comerciante o agente viajero habría llevado sus artículos y muestras en los viejos tiempos. Estaba hecha de piel de hiena y no se estaba quieta. Se hinchaba y pandeaba bajo los largos dedos blancos que apretaban el asa. Y desde el interior, como el sonido de un viento distante o el grito fantasmal que se oye en los cables de alta tensión, llegaba un débil eco de gritos. Alan oyó este horrible e impresionante sonido con los oídos; parecía que lo oía con el corazón y en la mente.

Gaunt permaneció bajo el toldo, en un punto desde el cual podía ver la patrulla que se acercaba y el cuadro junto a la camioneta, y en sus ojos había una expresión de irritación naciente... tal vez inquietud, incluso.

Alan pensó: Y no sabe que !o he visto. Estoy casi seguro. Por favor, Dios mío, permite que esté en Jo cierto.

14

Alan no le respondió a Ace. Le hablaba a Polly, apretando las manos en la lata de Tastee-Munch mientras lo hacía. Parecía que Ace ni siquiera había observado la lata, debido, probablemente, a que Alan no intentó ocultarla en absoluto.

-Annie no llevaba puesto el cinturón de seguridad ese día -le dijo Alan a Polly-. ¿Te lo mencioné en alguna ocasión?

-No... no me acuerdo, Alan.

Detrás de Ace, Norris Ridgewick iba surgiendo laboriosamente por la ventanilla de la patrulla.

-Fue por eso que salió despedida por el parabrisas -en un momento, tengo que atacar a uno de ellos, pensó. ¿Are o el señor Gaunt? ¿Cuál dirección? ¿Cuál de los dos?-. Eso fue lo que siempre me intrigó: por qué no llevaba abrochado el cinturón. Ni siquiera lo pensaba antes de hacerlo, era un hábito profundamente arraigado. Sin embargo; ese día no se lo puso.

-¡Es la última oportunidad, polizonte! -rugió Ace-. ¡Me llevo mi dinero o a esta golfa! ¡Tú eliges!

Alan siguió ignorándolo.

-Pero en la cinta, el cinturón todavía estaba abrochado -dijo Alan, y comprendió de pronto. El conocimiento se elevó en el centro de su mente como una nítida columna plateada de fuego-. ¡Todavía estaba abrochado Y USTED LA JODIÓ, SEÑOR GAUNT!

Alan giró hacia la alta figura de pie bajo el gran toldo a casi tres metros de distancia. Asió la parte superior de la lata de TasteeMunch, mientras daba un solo paso largo hacia el empresario más nuevo de Castle Rock, y antes de que Gaunt pudiese hacer nada, antes de que sus ojos llegasen a más que abrirse de par en par, Alan había quitado la tapa de la última broma de Todd, la que Annie le había pedido que permitiera que la comprara, porque sólo sería niño una vez.

La serpiente saltó de golpe, y en esta ocasión no era broma.

En esta ocasión era real.

Tan sólo fue real por unos cuantos segundos, y Alan nunca supo si alguien más lo había notado, pero Gaunt sí la vio; estaba absolutamente seguro de eso. Era larga, mucho más larga que la serpiente de papel crepé que había surgido una semana antes, cuando quitó la tapa de la lata en el estacionamiento del Palacio Municipal, después de su largo recorrido solitario de regreso de Portland. La piel brillaba con una iridiscencia cambiante y el cuerpo estaba moteado con diamantes rojos y negros, como la piel de una fabulosa víbora de cascabel.

Las mandíbulas se abrieron cuando pegó en el hombro del abrigo de paño del señor Gaunt, y Alan entrecerró los ojos ante el deslumbrante destello cromado de los colmillos. Vio que retrocedía la mortal cabeza-triangular- y-después-se danzaba hacia-el cuello de Gaunt. Vio que Gaunt levantaba la mano y la agarraba... pero antes de que lo hiciera, los colmillos de la serpiente se hundieron en su carne, no una sino varias veces. La cabeza triangular se movía borrosa, a toda velocidad, como la canilla de una máquina de coser.

Gaunt gritó, aunque Alan no supo si era de dolor, rabia o ambos, y dejó caer la valija para atrapar a la serpiente con las dos manos. Alan vio la oportunidad y, al mismo tiempo que Gaunt se quitaba de encima la ondulante serpiente y la arrojaba a la acera junto a los pies calzados con botas, saltó hacia adelante. Cuando la serpiente cayó al suelo, volvió a ser lo que había sido antes, nada más que una novedad barata, metro y medio de resorte cubierto con papel crepé verde descolorido, la clase de truco que sólo podría gustarle a un chico como Todd y sólo podría apreciar una criatura como Leland Gaunt.

La sangre escurría del cuello de Gaunt en diminutos hilos desde tres pares de agujeros. Se la limpió distraído con una de sus extrañas manos de largos dedos, mientras se agachaba a recoger la valija... y se detuvo de pronto. Así inclinado, las largas piernas combadas, un largo brazo extendido, se veía como un grabado en madera de Ichabod Crane. Pero lo que buscaba ya no estaba ahí.

La valija de piel de hiena, con los horripilantes lados que respiraban, ya estaba en el pavimento entre los pies de Alan. Se había apoderado de ella mientras el señor Gaunt estaba ocupado con la serpiente, y lo había hecho con su acostumbrada velocidad y destreza.

Ahora no cabía duda sobre la expresión de Gaunt; una atronadora combinación de rabia, odio y sorpresa incrédula distorsionaba sus rasgos. El labio superior se enroscó, como el hocico de un

perro, exponiendo las filas de dientes torcidos, y se notaba el cambio, todos esos dientes terminaban en puntas, como si se hubiesen afilado para la ocasión.
Extendió al frente las manos abiertas y siseó:
-¡Démela... es mía!
Alan ignoraba que Leland Gaunt les había asegurado a docenas de residentes de Castle Rock, desde Hugh Priest hasta Slopey Dodd, que no tenía el más mínimo interés en las almas humanas, esas pobres cosas empequeñecidas, ajadas, que eran. Si lo hubiese sabido, Alan se habría reído y señalado que las mentiras eran la principal mercancía del negocio del señor Gaunt. Oh, él sabía lo que había en la valija, en efecto, lo que estaba dentro, gritando como líneas de conducción eléctrica en un fuerte viento y respirando como un atemorizado anciano en su lecho de muerte. Lo sabía bien.
Los labios del señor Gaunt se retiraron de los dientes en una sonrisa macabra. Las horribles manos se acercaron más a Alan.
-Lo prevengo, comisario, no me joda. No soy un hombre a quien se puede joder impunemente. ¡He dicho que esa maleta es mía!
-No lo creo, señor Gaunt. Tengo la impresión de que lo que lleva ahí es propiedad robada. Creo que será mejor...
Ace había estado contemplando con la boca abierta la sutil pero constante transformación de Gaunt de hombre de negocios a monstruo. El brazo alrededor de la garganta de Polly se había aflojado un poco y ella vio que era su oportunidad. Torció la cabeza y hundió los dientes hasta la encía en la muñeca de Ace Merrill. Ace la empujó hacia adelante instintivamente y Polly cayó rodando en la calle. Ace le apuntó con la pistola.
-¡Perra! -gritó.
15
-Ahí está -murmuró Norris Ridgewick agradecido.
Había apoyado el cañón del revólver de servicio a lo largo de una de las barras de la torreta. Ahora contuvo la respiración, colocó el labio inferior bajo los dientes y apretó el gatillo. Se súbito, Ace Merrill salió despedido sobre la mujer caída en la calle, era Polly Chalmers, y Norris tuvo tiempo para pensar que debió haberlo sabido, cuando la bala le destrozó la parte posterior de la cabeza y la masa encefálica salió volando en fragmentos.
De repente, Norris se sintió muy débil.
Pero también se sentía muy, muy bienaventurado.
16
Alan no prestó atención al fin de Ace Merrill.
Tampoco Leland Gaunt.
Estaban frente a frente, Gaunt en la acera, Alan parado junto a la camioneta en la calle, con la horrible valija que respiraba entre los pies.
Gaunt inhaló profundamente y cerró los ojos. Algo pasó sobre su rostro, una especie de vibración. Cuando abrió los ojos de nuevo, había recuperado la apariencia del Leland Gaunt que había engañado a tanta gente en The Rock: el encantador y cortés señor Gaunt. Miró la serpiente de papel que yacía en la acera, hizo una mueca de disgusto y la mandó al arroyo de un puntapié. Luego volvió la mirada hacia Alan y extendió una mano.
-Por favor, comisario, no discutamos. Es tarde y estoy cansado. Usted quiere que me vaya del pueblo y yo quiero irme. Me iré... tan pronto como me devuelva lo que es mío. Y eso es mío, se lo aseguro.
-Su afirmación no vale nada. No le creo, mi amigo.
Gaunt miró a Alan con impaciencia y enojo.
-¡Esa bolsa y su contenido me pertenecen! ¿No cree en el libre comercio, comisario Pangborn? ¿Qué es usted, alguna clase de comunista? ¡Yo celebré un trato por todas y cada una de las cosas en esa valija! Las adquirí justa y rectamente. Si lo que desea es una recompensa, un emolumento, una comisión, derechos de descubridor, una prebenda, como quiera llamarlo, puedo entenderlo y lo pagaré con gusto. Pero debe comprender que esto es un asunto de negocios, no una cuestión legal...
-¡Usted nos embaucó! -gritó Polly-. ¡Nos embaucó, mintió y engañó!
Gaunt le lanzó un vistazo dolorido y luego volvió a mirar a Alan.
-No es verdad, usted lo sabe. Traté como siempre lo hago. Les muestro a las personas lo que tengo en venta... y dejo que ellas tomen una decisión. Por lo tanto... si es tan amable...
-Creo que me quedaré con ella -dijo Alan en el mismo tono. Una pequeña sonrisa, tan delgada y aguda como la corteza del hielo de noviembre, tocó su boca-. Digamos que es evidencia, ¿de acuerdo?
-Me temo que no puede hacer eso, comisario -Gaunt bajó de la acera al arroyo. En sus ojos brillaban diminutos fosos de luz roja-. Puede morirse, pero no puede quedarse con mi mercancía. No si me propongo recuperarla. Y lo haré -empezó a caminar hacia Alan, profundizándose los alfilerazos rojos en los ojos. A su paso, dejó la huella de una bota en un pedazo color avena de los sesos de Ace.

Alan sintió que sus entrañas trataban de envolverse en sí mismas, pero no se movió. En cambio, impulsado por algún instinto que no se esforzó por comprender, colocó las manos juntas frente al faro izquierdo de la camioneta. Las cruzó, proyectó la figura de un pájaro y empezó a mover rápidamente las muñecas de un lado a otro.
Los gorriones estdn volando de nuevo, señor Gaunt, pensó.
Una gran sombra de ave proyectada, más halcón que gorrión, e inquietantemente realista para ser una imagen insustancial, aleteó de repente a través de la falsa fachada de Cosas Necesarias. Gaunt la vio por el rabillo del ojo, giró hacia ella, se quedó con la boca abierta y retrocedió.
-Váyase del pueblo, amigo -dijo Alan. Reacomodó las manos y ahora un gran perro sombra, tal vez un San Bernardo, caminó arrastrando las patas por el frente de Cose y Cose en la luz proveniente de los faros de la camioneta. Y desde alguna parte cercana, quizá por coincidencia, o quizá no, se oyó el ladrido de un perro. Un perro grande, a juzgar por el sonido.
Gaunt se volvió en esa dirección. Ahora se veía ligeramente acosado y claramente descontrolado.
-Tiene suerte de que lo deje en libertad -prosiguió Alan-. ¿Pero de qué lo acusaría, si a eso vamos? Es posible que el código legal de Brigham y Rose se ocupe del robo de almas, pero no creo que encuentre ese delito en el mío. Sin embargo, le aconsejo que se vaya mientras puede.
-¡Deme mi bolsa!
Alan lo miró con fijeza, tratando de verse incrédulo y desdeñoso, mientras el corazón le martilleaba salvajemente en el pecho.
-¿Todavía no lo entiende? ¿No lo comprende? Perdió. ¿Se ha olvidado cómo manejarse en esa situación?
Gaunt siguió mirando a Alan por un largo segundo y después afirmó con un movimiento de cabeza.
-Sabía que era conveniente eludirlo -dijo. Casi parecía que hablaba consigo mismo-. Lo sabía muy bien. De acuerdo. Usted gana -empezó a darse vuelta; Alan se relajó un poco-. Me iré...
Volvió a girar, tan rápido como una serpiente, tan veloz que hizo que Alan se viera lento. El rostro había cambiado de nuevo; había desaparecido por completo el aspecto humano. El rostro era ahora el de un demonio, con largas mejillas profundamente marcadas y ojos marchitos que resplandecían con fuego naranja.
-... ¡PERO CON MI PROPIEDAD! -chilló, y saltó para recuperar la valija.
En alguna parte, cercana o a mil kilómetros de distancia, Polly gritó:
-¡Cuidado, Alan! -pero no hubo tiempo para tomar precauciones; el demonio, con un hedor mezcla de azufre y piel de zapato frita, ya estaba sobre él. Sólo había tiempo para actuar o tiempo para morir.
Alan pasó la mano derecha por el interior de la muñeca izquierda, buscando a tientas el diminuto lazo elástico que sobresalía de la correa de su reloj. Una parte de él anunciaba que nunca funcionaría, esta vez no lo salvaría ni siquiera otro milagro de transmutación, porque ya se había desgastado el Truco de la Flor Plegada, estaba...
El dedo pulgar se deslizó en el lazo.
El diminuto envoltorio de papel se abrió de golpe.
Alan empujó la mano hacia adelante, soltando el lazo por última vez.
-¡ABRACADABRA, MALDITO MENTIROSO! -exclamó en voz alta, y lo que floreció de pronto en su mano no fue un ramo de flores sino un refulgente rayo de luz que iluminó la parte alta de la calle Main con un fabuloso resplandor movedizo. Sin embargo, se dio cuenta de que los colores que surgían de su puño en una fuente increíble eran un solo color, al igual que todos los colores convertidos por un prisma de cristal o un arco iris en el aire son un solo color. Sintió que una sacudida de poder le recorría el brazo y, durante un momento, lo inundó un gran éxtasis incoherente.
¡Lo blanco! ¡La llegada de lo blanco!
Gaunt aulló de dolor y rabia y temor... pero no retrocedió. Tal vez se trataba de lo que Alan había sugerido: hacía tanto tiempo que no había perdido un juego que no sabía cómo manejar la derrota. Trató de agacharse por debajo del rayo de luz que resplandecía sobre la mano cerrada de Alan y, por un momento, sus dedos llegaron a tocar las agarraderas de la valija entre los pies de Alan.
De pronto, apareció un pie calzado con pantuflas de casa: el pie de Polly. Lo estampó en la mano de Gaunt.
-¡Deje eso! -gritó.
Gaunt levantó la mirada, gruñendo... y Alan oprimió contra su rostro el puño de resplandor. El señor Gaunt emitió un largo aullido atropellado de dolor y temor y se arrastró hacia atrás con llamas azules bailando en el cabello. Los largos dedos blancos hicieron un esfuerzo final por asir las agarraderas de la valija, pero en esta ocasión fue Alan quien les dio un puntapié.
-Es la última vez que le digo que se vaya -dijo con una voz que no reconocía como la propia. Era demasiado fuerte, demasiado. segura, demasiado llena de poder. Comprendía que era probable que no pudiese terminar con la cosa que se encorvaba ante él con una mano encogida para cubrirse el rostro del cambiante espectro de la luz, pero sí podría lograr que desapareciera. Esta noche, poseía

ese poder... si se atrevía a usarlo. Si se atrevía a mantenerse firme-. Y por última vez le digo que se marchará sin esto.
-¡Se morirán sin mí! -gimió la cosa Gaunt. Ahora las manos le colgaban entre las piernas; largas garras rechinaban y crepitaban en los escombros esparcidos por la calle-. Cada una de ellas morirá sin mí, como plantas sin agua en el desierto. ¿Eso es lo que quiere? ¿Eso es?
Polly estaba con Alan entonces, apretada a su costado.
-Sí -dijo ella con frialdad-. Es mejor que mueran aquí y ahora, si eso tiene que suceder, a que se vayan con usted y vivan. Ellas, nosotros, hicieron cosas horribles, pero ese precio es demasiado alto.
La cosa Gaunt siseó y agitó las garras hacia ellos.
Alan recogió la bolsa y retrocedió lentamente por la calle con Polly a su lado. Levantó la fuente de flores de luz de modo que proyectara un sorprendente reflejo giratorio sobre el señor Gaunt y su Tucker Talismán. Llenó con aire su pecho, parecía que con más aire del que su cuerpo había contenido alguna vez. Y cuando habló, las palabras surgieron en una voz enorme que no era la propia:
-¡VETE DE AQUI, DEMONIO! ¡ESTÁS EXPULSADO DE ESTE SITIO!
La cosa Gaunt aulló como si la quemara agua hirviendo. El toldo verde de Cosas Necesarias estalló en llamas y el escaparate voló hacia adentro, el cristal pulverizado en diamantes. Por encima de la mano cerrada de Alan, se reflejaron brillantes rayos de resplandor, azules, rojos, verdes, naranjas, violeta de matiz profundo, en todas direcciones. Por unos instantes, pareció que sobre su puño se sostenía una diminuta estrella explosiva.
La vasija de piel de hiena se abrió de golpe con una detonación putrefacta y las voces atrapadas, gimientes, se escaparon en un vapor, el cual no vieron, sino sintieron todos ellos: Alan, Polly, Norris, Seaton.
Polly sintió que desaparecía el penetrante veneno ardiente de sus brazos y pecho.
Se disipó el calor que envolvía lentamente el corazón de Norris.
Por todo Castle Rock, se,arrojaron pistolas y garrotes; las personas se miraban unas a otras con los ojos interrogantes de quien despierta de una terrible pesadilla.
Y cesó la lluvia.
17
La cosa que había sido Leland Gaunt, aún aullando, saltó y se arrastró por la acera hasta el Tucker. Abrió la portezuela y cayó pesadamente detrás del volante. El motor rugió a la vida. No era el sonido de una máquina que fuera producto de manos humanas. El tubo de escape vomitó una lengüetada de fuego naranja. Se encendieron las luces traseras y no eran de cristal rojo, sino horribles ojos pequeños: los ojos de diablillos crueles.
Polly Chalmers gritó y escondió el rostro contra el hombro de Alan, pero Alan no pudo darse vuelta. Alan estaba condenado a ver y recordar toda su vida lo que veía, así como recordaría las maravillas más notables de esa noche: la serpiente de papel que se convirtió en real momentáneamente, las flores de papel que se volvieron un ramo de luz y una reserva de poder.
Resplandecieron los tres faros delanteros. El Tucker retrocedió en el arroyo, abrasando el pavimento bajo los neumáticos en una sustancia viscosa hirviente. Chirrió en una 'vuelta en reversa a la derecha, y aunque no tocó el auto de Alan, la camioneta, de todos modos se movió unos metros hacia atrás, como si la repeliera algún imán poderoso. La parte frontal del Talismán había empezado a brillar con un nebuloso blanco y, bajo este resplandor, parecía que cambiaba y se deformaba.
El auto emitió un chillido agudo, apuntando colina abajo hacia la bullente caldera que había sido el Palacio Municipal, la confusión de autos y camionetas estrellados y el rugiente arroyo sobre el cual no se extendía ningún puente. El motor giró en revoluciones dementes, almas que clamaban en un delirio discordante, y el brillante resplandor nebuloso empezó a extenderse hacia atrás, envolviendo al auto.
Por un instante, la cosa Gaunt miró a Alan por la ventanilla caída y casi derretida del lado del conductor y pareció que lo marcaba para siempre con los ojos rojos en forma de rombos, la boca se abrió en un gruñido bostezante.
El Tucker se puso en marcha.
Se aceleró al descender la colina y también los cambios se aceleraron. El auto se derritió y se transformó. El techo se desprendió hacia atrás, crecieron rayos en los brillantes tapacubos, los neumáticos se volvieron más altos y delgados al mismo tiempo. De los restos de la parrilla del Tucker emergió una forma. Era un caballo negro, con los ojos tan rojos como los del señor Gaunt, un caballo cubierto con una lechosa mortaja de resplandor, un caballo cuyas pezuñas arrancaban fuego del pavimento y dejaban impresas profundas huellas humeantes en el centro de la calle.
El Talismán se había convertido en un carruaje abierto con un enano jorobado sentado en el sillín. Las botas del enano estaban apoyadas en el guardabarros y parecía que las puntas enroscadas de esas botas estaban en llamas.
Y aun así todavía no terminaban los cambios. Cuando el resplandeciente carruaje corría hacia el extremo más bajo de la calle Main, empezaron a crecer los lados; la mortaja proteica generó un

techo de madera con aleros sobresalientes. Apareció una ventanilla. Los rayos de las ruedas despidieron destellos fantasmales de color cuando las ruedas mismas, y las pezuñas del caballo negro, se elevaron del pavimento.
El Talismán se había convertido en un carruaje; ahora el carruaje se convertía en una carreta de venta de medicinas, de la clase que podría haber cruzado el país hace cien años. En uno de los lados, se veía una leyenda, y Alan apenas pudo distinguirla.
CAVEAT EMPTOR
decía.
A cinco metros de altura, y todavía elevándose, la carreta pasó a través de las llamas que surgían de las ruinas del Palacio Municipal. Las pezuñas del caballo negro galopaban en un camino invisible en el cielo, arrancando todavía chispas de brillantes tonos azules y naranjas. Se elevó sobre Castle Stream, una reluciente caja en el cielo; pasó sobre el puente derribado que yacía en el torrente como el esqueleto de un dinosaurio.
En eso, una racha de humo del casco ardiente del Palacio Municipal sopló a través de la calle Main y, cuando se disipó el humo, Leland Gaunt y su carreta infernal habían desaparecido.
18
Alan caminó con Polly hasta la patrulla que había llevado a Norris y a Seaton desde el Palacio Municipal. Norris aún estaba sentado en la ventanilla, aferrado a las barras de la torreta. Estaba demasiado débil para volver al interior sin caerse.
Alan deslizó las manos alrededor del vientre de Norris (Norris, con una constitución parecida a una estaca de tienda, no tenía mucho que digamos) y lo ayudó a descender al suelo.
-¿Norris?
-¿Qué, Alan? -Norris estaba llorando.
-A partir de ahora puedes cambiar de ropa en el excusado siempre que quieras -dijo Alan-. ¿De acuerdo?
Norris no lo oyó, aparentemente.
Alan había observado la sangre que empapaba la camisa del Primer Asistente.
-¿Qué tan seria es la herida?
-No mucho. No lo creo, al menos. Pero esto -extendió la mano hacia el pueblo, abarcando los incendios y los escombros-,todo esto es culpa mía. ¡Culpa mía!
-Estás equivocado -dijo Polly.
-¡No me entiendes! -el rostro de Norris era un trapo retorcido con dolor y vergüenza-. ¡Fui yo quien destrozó los neumáticos de Hugh Priest! ¡Yo lo eché a andar!
-Sí -dijo Polly-, probablemente lo hiciste. Tendrás que vivir con eso. Así como fui yo quien echó a andar a Ace Merrill y tendré que vivir con eso -señaló hacia donde los católicos y bautistas se dispersaban en diferentes direcciones, sin que intervinieran los pocos policías confundidos que aún estaban de pie. Algunos de los guerreros religiosos caminaban solos: otros caminaban juntos. El reverendo Rose parecía que se apoyaba en el padre Brigham, y Nan Roberts llevaba el brazo alrededor de la cintura de Henry Payton-. ¿Pero quién los echó a andar a ellos, Norris? ¿Y a Wilma? ¿Y a Nettie? ¿Y a todos los demás? Sólo te puedo decir que si tú hiciste todo eso, debes de ser el hombre más trabajador del mundo.
Norris estalló en sollozos altos y angustiados.
-Lo siento tanto.
-Yo también -dijo Polly en voz baja-. Tengo roto el corazón.
Alan les dio un breve abrazo a Norris y a Polly, y después se inclinó en la ventanilla del pasajero de la patrulla de Seaton.
-¿Cómo te sientes, compañero?
-Bastante animado -dijo Seat. De hecho, se veía muerto de curiosidad. Confundido, pero muerto de curiosidad-. Ustedes se ven mucho peor que yo.
-Creo que es mejor que llevemos a Norris al hospital, Seat. Si tienes lugar, podríamos ir todos.
-¡Claro, Alan! ¡Súbanse! ¿A cuál hospital?
-Northern Cumberland -dijo Alan-. Ahí está un pequeño niño que quiero ver. Deseo asegurarme de que su padre está con él.
-Alan, ¿viste lo que yo creo que vi? ¿El auto de ese sujeto se convirtió en una carreta y desapareció volando por el cielo?
-No lo sé, Seat -dijo Alan-, y te juro por Dios que no quiero saberlo nunca.
En eso, llegó Henry Payton y tocó a Alan en el hombro. Sus ojos estaban conmocionados y extraños. Tenía la apariencia de un hombre que pronto haría algunos grandes cambios en su forma de vida, su forma de pensar o ambas.
-¿Qué sucedió, Alan? -preguntó-. ¿Qué fue lo que sucedió realmente en este maldito pueblo?
Polly le contestó.
-Hubo una venta de liquidación. La mayor venta de liquidación que hayas visto... pero al final, algunos de nosotros decidimos no comprar.

Alan había abierto la portezuela y ayudó a Norris a subirse en el asiento delantero. Ahora tocó a Polly en el hombro.
-Ven -dijo-. Vámonos. Norris está sufriendo y ha perdido mucha sangre.
-¡Hey! -protestó Henry-. Tengo muchas preguntas y...
-Guárdalas -Alan se subió en la parte trasera junto a Polly y cerró la portezuela-. Ya hablaremos mañana, pero por ahora estoy fuera de servicio. De hecho, creo que estoy fuera de servicio para siempre en este pueblo. Confórmate con esto: ya terminó. Ya terminó lo que sea que haya sucedido en Castle Rock.
-Pero...
Alan se inclinó hacia adelante y dio un ligero golpecito en el hombro huesudo de Seat.
-Vámonos -le pidió en voz baja-. Y aprieta el pie en el acelerador.
Seat empezó a conducir, en dirección a la parte alta de la calle Main, en dirección al norte. La patrulla dio vuelta a la izquierda en la bifurcación y comenzó a ascender por Castle Hill hacia Castle View. Cuando llegaron a la cima de la colina, Alan y Polly volvieron la cabeza para mirar el pueblo, donde el fuego florecía como rubíes. Alan sintió tristeza, y pérdida, y un extraño dolor defraudado.
Mi pueblo, pensó. Ése era mi pueblo. Pero ya no lo es. Nunca más.
Se volvieron hacia adelante en el mismo instante y terminaron mirándose mutuamente a los ojos.
-Nunca lo sabrás -dijo Polly con ternura-. Lo que les sucedió realmente ese día a Annie y a Todd... nunca lo sabrás.
-Y ya no quiero saberlo -respondió Alan Pangborn. La besó en la mejilla suavemente-. Eso pertenece a la oscuridad. Dejemos que se lo lleve la oscuridad.
Salieron del View y tomaron la Ruta 119 en el otro lado y desapareció Castle Rock; también se lo había llevado la oscuridad.

Ya has estado aquí antes
Claro que sí. Seguro. Yo nunca olvido un rostro.
¡Acércate, déjame estrecharte la mano! Te diré algo: te reconocí por la forma en que caminas, aun antes de que pudiese verte bien el rostro. No podías haber elegido un día mejor para regresar a Junction City, el pueblo más bonito de Iowa, en este lado de Ames, por lo menos. Ahora, ríete; fue una broma.
¿Te puedes sentar un rato conmigo? Aquí mismo, en esta banca junto al Monumento a los Caídos, estaremos bien. El sol es cálido y desde aquí podemos ver todo el centro. Ten cuidado con las astillas, nada más; esta banca ha estado aquí desde que Héctor era un cachorrito. Ahora, mira hacia allá. No, un poco más a tu derecha. Ese edificio donde los escaparates están cubiertos con jabón. Antes era la oficina de Sam Peebles. Se dedicaba a corredor de bienes raíces, y era muy eficiente en su ramo. Después se casó con Naomi Higgins, quien vivía por la carretera que lleva a Proverbia, y se marcharon del pueblo, como casi siempre lo hacen los jóvenes en la actualidad.
El local permanecio vacío durante más de un año; la economía se ha estado deteriorando desde que se inició el conflicto del Medio Oriente, pero ya se ocupó, por fin. Quiero decirte que se ha hablado mucho al respecto. Pero ya sabes cómo sucede en estos casos; en un lugar como Junction City, donde las cosas no cambian mucho de un año al siguiente, la inauguración de una tienda nueva es un gran acontecimiento. Y por las apariencias, no tardará mucho; los últimos trabajadores empacaron las herramientas y se fueron el viernes pasado. Yo creo...
¿Quién?
¡Ah, ella! Pues es Irma Skillins. En un tiempo fue la directora de la escuela secundaria de Junction City, la primera mujer que fue directora de una escuela en esta parte del estado, según he oído. Se retiró hace dos años, y parece que abandonó todo lo demás al mismo tiempo: la Estrella del Oriente, las Hijas de la Revolución Norteamericana, Jugadoras de Junction City. Tengo entendido que también renunció al coro de la iglesia. Me imagino que su reumatismo fue el responsable, en gran parte, se le ha agravado seriamente. ¿Te fijas cómo se recarga en el bastón que lleva? Cuando una persona se encuentra en ese estado, supongo que haría cualquier cosa por obtener un poco de alivio.
¡Mira eso! Está examinando la nueva tienda con mucha atención, ¿verdad? Bueno, ¿por qué no? Es una persona de edad, pero
aún está llena de vida. Además, ya sabes lo que dicen; la curiosidad mató al gato, pero lo revivió la satisfacción.
¿Que si puedo leer el letrero? ¡Por supuesto! Hace dos años empecé a usar gafas, pero sólo para ver de cerca; aún veo perfectamente de lejos. Arriba dice PRÓXIMA INAUGURACIÓN, y debajo, ORACIONES ESCUCHADAS, UNA NUEVA CLASE DE TIENDA. Y en la última línea: ;No creerás l& que ven tus ojos! Sin embargo, dudo mucho que eso sea cierto, en mi caso al menos. En el Eclesiastés se nos dice que no hay nada nuevo bajo el sol, y estoy convencido de la validez de esa afirmación. Pero Irma regresará. ¡Aunque no sea para otra cosa, me imagino que querrá conocer a

la persona que tuvo la ocurrencia de colocar ese brillante toldo rojo sobre la vieja oficina de Sam Peebles!
Incluso tal vez yo mismo vaya a darle un vistazo. Supongo que lo mismo harán todos los habitantes del pueblo antes de que todo esté dicho y hecho.
Interesante nombre para una tienda, ¿verdad? Oraciones Escuchadas. Es inevitable el preguntarse qué venderán ahí dentro.
Vaya, con ese nombre podría ser cualquier cosa.
Cualquier cosa.

Octubre 24, 1988
Enero 28, 1991

FIN

ED.DIG.
DANIEL "GAUNT"SIERRAS
OCTUBRE/2003